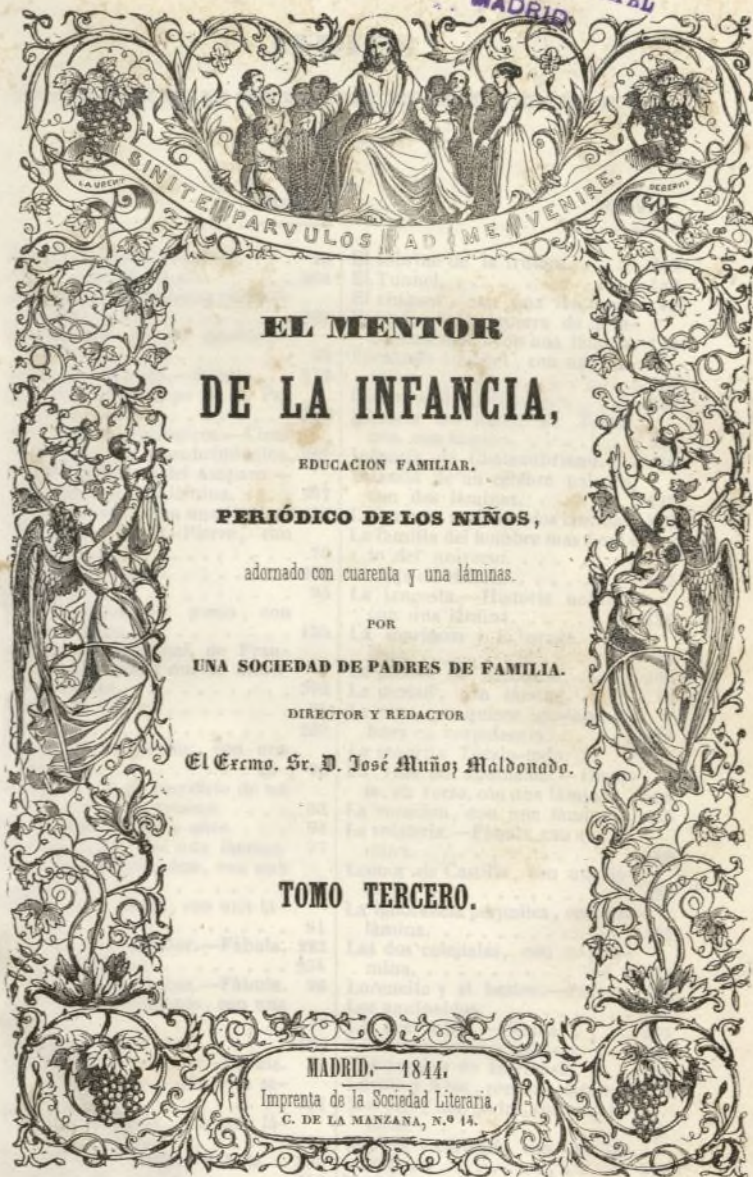




BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



**EL MENTOR
DE LA INFANCIA,**

EDUCACION FAMILIAR.

PERIÓDICO DE LOS NIÑOS,

adornado con cuarenta y una láminas.

POR

UNA SOCIEDAD DE PADRES DE FAMILIA.

DIRECTOR Y REDACTOR

El Excmo. Sr. D. José Muñoz Maldonado.

TOMO TERCERO.

MADRID.—1844.

Imprenta de la Sociedad Literaria,
C. DE LA MANZANA, N.º 14.

BIENESTAR MUNICIPAL
MADRID

EN MENCIÓN
DE LA INFANCIA

ENCICLOPEDIA DE LOS NIÑOS

El Director de D. José María de la Cruz
El Director de D. José María de la Cruz
El Director de D. José María de la Cruz

TOMO TERCERO

MADRID—1874
Imprenta de la Compañía de Seguros

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TERCER TOMO.

PAGINAS.

PAGINAS.

Abigail.—Historia sagrada.	29
Accion digna de elogio.	206
A Celedonia de Andueza y Geli.— Poesía.	304
Al Arcangel de mi guarda.— Poesía.	45
Al gusano de seda.—Soneto.	176
Anécdota del tiempo de D. Pe- dro el Cruel.	295
Animales microscópicos.—Cien- cias y nuevos descubrimientos.	267
A Nuestra Señora del Amparo.— Poesía, con una lámina.	367
Arturo Warner, con una lámina.	257
Bernardino de St.-Pierre, con una lámina.	70
Caminos de hierro.	205
Celestina.	95
Contratiempos del genio, con una lámina.	135
Delfines en las costas de Fran- cia.—Ciencias y nuevos descu- brimientos.	392
Deuda de honor.	94
Dos niñas.	239
El alcázar de Sevilla, con una lámina.	43 y 92
El bufon, ó el sacrificio de un hijo, con una lámina.	33
El cazador de doce años.	93
El espadachin, con una lámina.	97
El gato de Wittingdon, con una lámina.	65
El hijo de la judía, con una lá- mina.	81
El joven y el ruiseñor.—Fábula.	223
El lobo maligno.	254
El niño y las habas.—Fábula.	96
El organillo encantado, con una lámina.	17
El pastor asturiano.	190
El pavor real y el ruiseñor.—Fábula.	30
El profeta Elias.—Historia sa- grada.	351
El reloj de madera, con una lá- mina.	225
El rio y el torrente.—Fábula.	383
El secreto de Emilia.	104

El sobrino de la frutera.	315
El Tunnel.	153
El zingaro, con una lámina.	49
Episodio de la guerra de la in- dependencia, con una lámina.	129
Fernando é Isabel, con una lá- mina.	305
Himno á Dios.—Poesía.	319
Historia del baron de Trenk, con una lámina.	321
Infancia de Chateaubriand.	60
Infancia de un célebre paladin, con dos láminas.	177
La barrera real, con dos láminas.	273
La familia del hombre mas boni- to del universo.	189
La hija de Milton.	185
La langosta.—Historia natural, con una lámina.	158
La mariposa y la oruga.—Fá- bula.	80
La pascua en Alemania.	403
La piedad, con lámina.	15
La rana que quiere igualarse al buey en corpulencia.	278
La señorita Tócalo-todo.	297
La vida por aguinaldo.—Cuen- to, en verso, con una lámina.	409
La vocacion, con una lámina.	385
La volateria.—Fábula, con una lá- mina.	46
Leonor de Castilla, con una lá- mina.	193
La ignorancia perjudica, con una lámina.	400
Las dos colejiales, con una lá- mina.	369 y 387
Lorencito y el baston.—Fábula.	112
Los aguinaldos.	406
Las dos bujías.—Fábula.	206
Los tres hermanos músicos.	309
Los zapatos de Hortensia.	269
Lúculo y Nina, con una lámina.	353
Mal hijo y mal padre, con una lá- mina.	337
Miseria y caridad, con una lá- mina.	302
Modelo para los estudiantes.	26

Muerte de David.—Historia sa-	grada.	157
Orijen del médico á palos. . . .	77	
Pedro II y Dolgorouki, con una	lámina.	209
Presencia de espíritu.	335	
¿Qué es un cometa, papá? con	una lámina.	145 y 170
Rebelion de las tribus.—Historia	sagrada.	230
Remedio singular.	191	
Rosa y su muñeca.—Fábula. . .	160	
Sacrificio de Elias.—Historia	sagrada.	381
Serpientes boas.—Ciencias y nue-	vos descubrimientos.	299
Sor Marta, con una lámina. . .	330	
Saul.—Historia sagrada. 10—39—	122	
y.	142	
Sabiduria de Salomon.—Histo-	ria sagrada.	201 y 222

Satanás convertido en juez.—	Fábula.	126
Testalunga, con una lámina. . .	1	
Ternura y valor.	182	
Una espada por herencia, con	una lámina.	113
Un crimen castigado por los tri-	bunales, con una lámina. . . .	161
Un premio dado de limosna. . .	187	
Un témpano de nieve.	271	
Un príncipe calavera, con una lá-	mina.	289
Una buena especulacion.	396	
Valor extraordinario de un niño. .	110	
Viaje á la luna.	219	
Valor de una jóven.	237	
Viajes por Bélgica, con una lá-	mina.	241
Victorias de Israel.—Historia sa-	grada.	399





EL MENTOR DE LA INFANCIA.



TESTALUNGA.

ERA la caída del día, y gruesas nubes que partían de los estados romanos se adelantaban impulsadas por un viento tempestuoso hacia la ciudad de Nápoles, y amenazaban reventar en el camino, é inundar la hermosa pequeña ciudad de Terracina, situada sobre los confines de los dos territorios.

Gruesos goterones de agua empezaban ya á caer, seguidos de algunos truenos sordos y lejanos, cuando la campana de un monasterio de benedictinos sonó para llamar los habitantes á la oracion.

Este monasterio se reputaba ser uno de los mas ricos de la Italia, y aquel en que los niños recibían mejor educacion, y por eso de las ciudades mas lejanas, los padres enviaban allí sus herederos, y Roma y Nápoles habían confiado los hijos de las familias mas ilustres y las mas ricas. En fin, en aquel tiempo, os hablo de ahora treinta años, amiguitos míos, era del mejor buen tono decir: *he hecho mis estudios en el convento de Terracina.*

Así que aquella tarde los niños reunidos en la iglesia despues de la oracion hablaban unos con otros en voz baja, interrumpiendo la conversacion de cuando en cuando para echar miradas llenas de temor hacia las vidrieras de colores que la lluvia azotaba con violencia, que los relámpagos inundaban de claridad.

—Qué tiempo tan cruel! dijo el pequeño Julio, hijo de la princesa romana Albertini!

—Si uno de nosotros contase una historia para distraernos un poco de esos espantosos truenos que me causan miedo, dijo Bianco, huérfano y heredero de una gran fortuna, así como su hermano, dos años mas jóven que él.

—Yo sé una, dijo el hijo del virey de Sicilia, una que os vá á divertir mucho; es la historia de *Testalunga*, el famoso vándolero.

—Qué viene á ser ese Testalunga? preguntó Cayetano, el hijo de un rico joyero napolitano.

—Es uno de los hombres mas extraordinarios del mundo, dijo Leopoldo: lo primero, como su nombre os lo indica, tiene una cabeza tan larga, tan larga....

—Como la del hermano Esterno, el portero, interrumpió Mosé, el hermano de Bianco.

—¿La has visto tú? preguntó un nuevo pensionista, que hacia poco habia llegado de Roma.

—Yo estoy vivo, Marini, no es verdad? respondió Leopoldo, luego es una prueba que no la he visto.

—Cómo, su vista mata? preguntó Bianco ya todo pálido.

—Como el rayo; deja muerto en el acto, dijo Leopoldo con firmeza.

Un violento trueno interrumpió de pronto la charla de los estudiantes, y los dejó mudos: Bianco, que volvió casualmente sus miradas hacia un pilar de la iglesia, dió un gran grito.

—Qué es eso? dijeron todos los niños levantándose.

—Soy yo, chicos míos, dijo una voz meliflua detrás de ellos; y un hombre con el hábito de los hermanos de la casa salió de detrás de la columna donde estaba arrimado escuchando.

—Qué miedo me habeis causado, hermano Esterno, dijo Bianco riéndose de su temor, os creí al principio *Testalunga*.

—Testalunga!... repitió el portero dando un paso atrás.

—Sí, dijo Bianco, un atrevido vandolero con el cual Leopoldo nos aturde los oídos hace dos horas.

—Bah! dijo Esterno, todos esos son cuentos.

—Vos sí que sois un cuento, replicó Leopoldo irritado; cuando os digo que es cierto, y que mi padre ha ofrecido cien escudos á aquel que diga solamente donde está.

—La tempestad se calma, dijo el portero, la campana va á llamar muy pronto á cenar: á aquellos de vosotros, hijos míos, que quieran venir á buscarme á mi cuarto, les contaré bellas historias, y sobre todo más verdaderas que la de Testa.... Como has dicho, Bianco?

—Testalunga, dijo Mosé: ah! tanto mejor, porque tú sabrás, hermano Esterno, que no me gustan los bandidos.

La campana de la cena hizo cesar la discusión; entonces la tormenta se había serenado del todo, mas como la yerba estaba muy húmeda para dejar á los niños ir á jugar al jardín, se esparcieron en grupos por el corredor, los patios, y las celdas particulares de algunos educandos privilegiados.

El mismo grupo que ya conocéis habiéndose reunido en la de Leopoldo, un poco mayor que la de sus vecinos, la misma conversación se continuó.

—Yo detesté ese portero, dijo Julio; tiene un aspecto tan gazmoño!

Y además las singulares preguntas que os hace! añadió Julio. Tu madre es muy rica? dónde vive? cuántos criados tiene? En fin no ha llegado á preguntarme la semana pasada dónde tenía mi madre guardadas sus joyas?... que le importa á él? veamos.

—Sin embargo, no tienes que quejarte de él, Julio, dijo Bianco amenazándole con el dedo, pues el domingo último has entrado un poco tarde, y lo ha ocultado al superior.

—No por falta de ganas.

—Y qué era lo que le impedía hablar?

—Su patron. Se lo rogué por San Antonio, y noto que cuanto se le pide por este santo lo concede todo, todo.

—Y además ese modo de entrar en el convento, que ha sido tan misterioso, dijo Leopoldo.... Según mi parecer el superior no ha dado en eso prueba de prudencia.

—Con que no hay mucho tiempo que está aquí? preguntó Marini.

—Seis meses solamente, amigo mío, dijo Leopoldo; y tú que tendrás pronto doce años, que eres racional, vas á decir si tengo razón: imagínate que era una noche más oscura que boca de lobo: el hermano Fabiani, el anterior portero, estaba malo: en esto se oyen junto á la portería unos gemidos: se acude á ver, y se encuentra á un hombre que parecía desmayado; se le hace en-

trar; se le socorre; mas se le pregunta su nombre y no lo dice, respondiendo solo que pertenece á una familia arruinada.

—Pienso tambien, Marini, que el pobre Fabiani muere aquella misma noche, y lo que hay de mas extraordinario, es que este hombre, que no quiere decir su nombre, pide la plaza de portero, y se la conceden.

—Ah Leopoldo, dijo Bianco, olvidas decir que primero se habia confesado con el padre Domingo, y el padre ha dicho que la confesion del hermano Esterno era la de un santo, de un ángel.

—De un santo! de un ángel! replicó Leopoldo; no conozco ángel ni santo que no tenga un nombre conocido.

—Y bien: no se llama el Esterno?

El reloj del convento, que dió las diez, interrumpió una réplica un poco viva de Leopoldo.

—Haceis tanto ruido, señores, dijo Julio, que no hemos oido la campana para acostarnos, y hay media hora que suena: hemos quedado bien ahora!

Al decir estas palabras se adelantó hácia la puerta de la celda, y trató de abrirla dos ó tres veces, mas en vano.

—Cosa singular, dijo Leopoldo, su defecto es estar demasiado corriente; déjame á mí que me conoce, Julio.

—Silencio pues, señores, dijo Leopoldo con aire consternado, estamos encerrados!

—Encerrados! repitieron todos amedrentados.

—Oh! Dios mío! escuchad pues, repuso Leopoldo, la lengua entorpecida con el miedo.

Todos los niños guardaron silencio, y entonces oyeron claramente pasos de hombres que subian por las escaleras, y se adelantaban con precaucion por el corredor. Leopoldo apagó su lámpara; los pasos se acercaban siempre, y la oscuridad redoblaba su temor; todos los niños retubieron su respiracion para escuchar mejor y no descubrirse.

Los hombres pasaron sin detenerse delante de la puerta de la celda de Leopoldo, y ya los niños empezaban á respirar enjugando el sudor que cubría su frente, cuando el ruido agudo que produjo un objeto cayendo sobre el mármol de los corredores, los hizo temblar.

—Es una arma! dijo Julio en voz baja.

—Calla, pues, le dijo Marini al oido.

Decir la ansiedad de aquellos niños, es cosa que sería difícil describir; en pié con el oido aplicado á la puerta y á la pared de la celda, escuchaban temblando aquellos pasos de hombres que resonaban por los largos corredores, que se alejaban bajando, ó que volbian á subir los escalones.

Y no poder huir, escaparse, ir á ocultarse en algun sitio retirado del jardin, ó en los sótanos, ó en la iglesia! Pero, ay! la

puerta está cerrada y bien cerrada por fuera: la ventana está á cuarenta pies de altura, y además guarnecida de gruesos barrones de hierro.

De pronto, un gran ruido rompió por todos lados: eran como sollozos comprimidos, como gritos ahogados, despues rodaban muebles, cofres; luego se oían voces sofocadas gritar *ladrones! ladrones!* y las pisadas redoblaban, y á todo esto se mezclaban juramentos con un acento que ninguno de los pobres niños reconocía.

—Oh madre mía! te volveré á ver? dijo Julio sin poderse mantener sobre sus piernas.

—Padre mio, padre mio! dijo Leopoldo apretando los dientes.

—Virgen Santa! protegednos, dijo Marini poniéndose á rezar.

Al mismo instante y de un puntapié se abrió la puerta de la celda de Leopoldo, el cuarto se llenó de hombres armados, y antes que ninguno de los niños hubiese tenido tiempo de llamar, de gritar, y de mirar solamente á sus raptos, deslumbrados como estaban por los rayos brillantes de la luz que sucedía á la oscuridad, se encontraron tapada la boca, bendados los ojos y cada uno en hombros de un hombre que los conducía fuera del convento; luego, sentados en breve en el cuello ó la grupa de un caballo, fueron transportados á galope tendido sin saber á donde.

El día siguiente por la mañana, un paisano que venía todos los días á traer la leche al convento, encontró con grande admiración la puerta principal abierta, y la gran llave en la cerradura; entró y oyendo gritos ahogados, se apresuró á ir abriendo todas las celdas que se encontraban á su paso; así libertó á cada uno de los buenos padres que encontró con la boca tapada y atados fuertemente á un clavo clavado en la pared. Luego que se vieron libres, los desgraciados benedictinos corrieron al dormitorio, á las celdas particulares, á la iglesia, á los sotanos, á los graneros, por todas partes gritando, llamando á cada niño por su nombre. Ay! ninguno respondió, no se encontró uno: el desconsuelo de aquellos buenos padres llegó á su colmo.

Algunos monjes viejos se apresuraron á ir á visitar el tesoro del convento. Todo había sido robado.

Se preguntó con angustia por el portero, el portero! el hermano Esterno.

El hermano Esterno había desaparecido.

Habían conducido á los niños á las montañas, y al día siguiente al amanecer se les hizo comparecer ante el jefe.

Este jefe tenía un aspecto tan espantoso, parecía tan grande, cubierto con un sombrero adornado de siete ú ocho grandes plumas encarnadas; tenía unos vigotes tan negros, patillas tan espesas, y además puñales, pistolas al rededor de la cintura, un sable tan grande en sus disformes manos, que ni uno de aque-

llos infelices niños osó mirarle de frente. Pero el malvado fijó sobre ellos sus dos grandes ojos negros, y luego con voz gruesa, muy gruesa, los llamó á cada uno por su nombre, lo que admiró mucho á aquellos pobres chicos.

Después les hizo escribir á cada uno particularmente á sus padres ó á sus tutores una carta en estos términos:

«El 10 de setiembre próximo, á media noche, depositareis á los pies de la sierra, situada en los confines del territorio romano y del territorio napolitano, la suma de.... (la suma variaba según el rango y la riqueza de aquellos á quienes se escribía). Si dudais, si se vislumbra la menor señal de traicion, en el mismo instante vuestros hijos son degollados.

«Sabeis que cumplimos vuestras palabras.» Y el malhechor firmó él mismo: TESTALUNGA.

Haciendo justicia á los bandidos de aquellas regiones, les sucedía frecuentemente hacer semejantes tratos, y jamás faltaban á su palabra; á la hora señalada, el niño era restituido ó muerto, no había medio. Todos lo sabían; así bien, mis queridos niños, los padres tuvieron buen cuidado en responder á esta invitación.

Los niños fueron restituidos á escepcion de tres, Julio, hijo de la princesa Albertini, y Bianco y Mosé, ambos huérfanos y herederos de un gran caudal, como ya os he dicho.

Entonces Testalunga estaba ausente, y su teniente Fragnard, movido quizás de la hermosura y de la gracia sencilla de aquellas tres jóvenes criaturas que prometían á la Italia tres caballeros de los mas cumplidos, tomó sobre sí la responsabilidad de retardar la muerte de ellos.

Cuando Testalunga volvió, arqueó las cejas, lo que al decir de su gente era una prueba de gran descontento; y subiéndose en una roca de las mas elevadas, dió orden que le llevasen los tres prisioneritos.

Se presentaron. Mentiría si os dijese que no tenían miedo; ay! temblaban con todos sus miembros aquellos tiernos niños.

A su vista, Testalunga se quitó de la boca una pipa muy bella, y dirigiéndose á Julio, le dijo en tono truanesco:

—Ah! ah! Julio, parece que tu madre la altiva y la rica princesa Albertini ha preferido comprarse una joya que realce su hermosura, á pagar el precio del rescate de su hijo.

—No insultes á mi madre, cobarde saltador, dijo Julio; y animado por la indignación, se atrevió á mirar al jefe como para desafiarle; mas pronto cambiando de tono, exclamó: tú eres el hermano Esterno.

—Poco antes á tu servicio, dijo Testalunga.

—Y ahora?... dijo Julio.

—Ahora tú estás al mio, replicó el jefe recobrando su gruesa voz.

—Insolente, exclamó Julio mostrándole su puño, que Fragonard cogió al punto entre una de sus anchas manos, amenazándole con el puñal que tenía en la otra.

—Deja, Fragonard, dijo Testalunga con cierta indiferencia; por mi vida, el rapaz tiene corazon; pues bien, tanto mejor! vamos á ver si su audacia no se debilita ante los preparativos de su suplicio.

Pálido, mas con una noble entereza pintada sobre su frente infantil, respondió Julio friamente:

—No temo la muerte: mi padre era valiente, soy su hijo; moriré quizás como él de una bala enemiga, en tanto que tú y los tuyos no acabareis sino á manos del verdugo.

—Por Baco! dijo Testalunga, eres un gracioso profeta, mas que profetizas falsamente por lo que hace á tí; porque leyendo en lo futuro no has visto que Fragonard iba con su gran sable á cortarte la cabeza y la de tus camaradas.

Fragonard, oyendo estas palabras, desenvainó su sable, y se entretuvo en esgrimirlo por encima de aquellas tres cabezas rubias.

—Por cuál he de empezar, capitan? dijo Fragonard con ferroz alegría.

—Por la tuya, dijo Julio con firmeza.

—Es valiente, dijo Testalunga sonriéndose, y manda como si estuviese en el palacio de su madre; pero si yo dijese que se principiase por la tuya?

—Eso es lo que te guardarás bien de hacer, dijo Julio.

—Y por qué así, mi bello príncipe Albertini?

—Porque mi cabeza te traerá, estando sobre mis hombros, mas dinero que si la cortas.

—Es verdad, mas como la misma consideracion no debe detenerme respecto á tus amigos, que su tutor dejará perecer para heredarlos.... Fragonard....

—Por S. Antonio, Testalunga, guárdate de tocar á mis camaradas! interrumpió con viveza Julio lanzándose sobre el sable de Fragonard: yo respondo de su rescate y del mio: hermano Esterno, escribe á mi madre, y fija la suma.

Bianco y Mosé estaban callados: el terror paralizaba sus lenguas.

El capitan se levantó, tiró su pipa, que se rompió al caer sobre la roca.... Luego, con gran sorpresa de Fragonard, le mandó que envainase el sable.

Al mismo instante la roca se llenó de bandidos que acudían trepando por todos lados.

—Capitan, dijo el que marchaba á su frente, el saqueo del convento ha hecho ruido: se nos busca; hemos determinado ir á servir al príncipe Murat, si quiere perdonarnos; quereis mandarnos siempre?

—¿Quién lo duda? respondió el capitán levantando su espada en el aire.

—Vamos, marchemos.

—Y esos niños? preguntó Fragonard.

Los niños volvieron á empezar á temblar mirando á Testalunga.

—Todo hombre no tiene mas que una palabra, dijo Testalunga; he prometido esperar la contestacion de la princesa Albertini.

—No habiendo regresado hasta anoche á Roma, dijo el que capitaneaba á los bandidos recién llegados, ha encontrado tu carta, capitán: ella cree su hijo muerto, y se muere tambien en este momento.

—Mi madre se muere! exclamó Julio, y vino á ponerse de rodillas á los pies del capitán. Mi madre se muere! oh! vuélveme la libertad, hermano Esterno, vuélveme mi libertad! Cuánto quieres, habla, cuánto quieres?

—Todos los diamantes de tu madre, que valen mas de cien mil escudos.

—Los tendrás.

—Mil luises de oro pará mí.

—Los tendrás.

—Y cien escudos para cada uno de los de mi tropa: son ciento cincuenta.

—Los tendrás: déjame partir.

—No por cierto; cuando los tome partirás.

—Oh, madre mia! pobre madre mia! Si me tardo una hora no la encontraré ya viva. Testalunga, dijo levantándose y recordando su firmeza, déjame partir: un hombre no tiene más que su palabra, tú acabas de decirlo, te doy la mia que esta noche á media noche estaré en la ermita de la virgen con lo que pides.

—Y sin duda acompañado de otros bien armados, dijo el capitán.

—Te doy mi palabra de honor que estaré allí solo, y puedes confiar en mi silencio.

—Quién me responde de eso?

—Luego tú no crees en el honor, exclamó Julio en tono de desesperacion.

—Sí.... dijo el capitán despues de un momento de reflexion, y además tus camaradas me responderán de tu exactitud. Uno de los míos vá á conducirte con los ojos vendados hasta la ermita. Marcha.... esta noche á media noche, ó por S. Antonio á la una no existirán ya tus amigos.

—Sea! ó madre mia, mi querida madre! voy á volverte á ver, dijo Julio presentando su bonita cabeza, sobre la cual pusieron un pañuelo de color que le cubrió la vista.

Ay, niños míos, era muy cierto lo que había dicho el bandido, la princesa Albertini estaba en Florencia cuando la carta de Testalunga llegó á Roma; solo quince días despues se encontró con ella, y creyendo muerto su hijo, la pobre madre se moria tambien.

Rehusando todo alimento, se abandonaba á la desesperacion mas profunda, cuando de improvizo unos gritos de alegría la arrancaron á la apatía en que la había sumido el pesar: los gritos se acercan; una voz los domina: ella escucha.... cree reconocer.... la mas viva ansiedad se pinta sobre sus facciones. Estas palabras, *mamá! mamá!* llegan muy pronto hasta su corazon.

—Eres tú, ciertamente eres tú, decia palpando con sus manos, los ojos llenos de lágrimas, las manos, la cara, y el pelo de su hijo.

—Sí, yo soy, dijo el niño afectado, pero dominado por una fuerte preocupacion. Mamá te se devuelve tu hijo, no mueras; mas dá pronto tus diamantes, mil luises de oro y ciento cincuenta veces cien escudos.

—Diávolo! y que quieres tú hacer con todo eso? preguntó el duque de Belmonti, hermano de la princesa, y segundo tutor de Julio.

—Pagar mi rescate, dijo Julio, y contó á su madre y á su tio lo que le había ocurrido sobre la roca, que ya sabeis, niños míos.

—Diávolo! diávolo! voy ahora mismo á avisar á la policía, y que prendan á esos malvados.

—Poco á poco, dijo Julio, la vida de mis camaradas depende de mi silencio; y cuando tambien esos bandidos tienen mi palabra de honor, no procuraré hacerles mal.

—De honor por cierto se trata aquí con esa gente, dijo el tio.

—Si no se trata del suyo, es del mio, tio mio, y cumpliré mi promesa, dijo Julio con firmeza, que su madre no había visto en él hasta entonces.

—Sí, sí, mi Julio, tú cumplirás tu palabra, dijo la princesa, sin dejar de abrazar y mirar sin cansarse á su hijo.

—Qué! hermana mia, dijo el duque, vas á enviar tan gran suma á esos bandidos?

—Si hubiesen pedido toda mi fortuna, la habrian tenido, hermano mio.

—Y este niño irá solo á media noche á la cita?

—Irá, dijo la princesa.

—Y no desconfias?...

—De quién, hermano? de un hombre que me ha devuelto mi hijo? ah! Si quisiese mi vida la tendria actualmente.

—A Dios gracias, poco es lo que exige, dijo Julio; pero entregádmelo pronto, mamá, venga, que ya es hora de partlr, y Bianco y Mosé me esperan.

—Y no tendrás miedo, Julio, le preguntó el tío.

—Miedo de qué, tío mío? preguntó el joven príncipe admirado.

—Bien respondido, hijo mío, dijo la princesa levantándose y yendo á su escritorio: toma, estos son mis diamantes; toma dos mil luises de oro; marcha, vuelve pronto, pues no viviré mientras no vuelvas. Espera, todo eso es demasiado peso para ti; voy á hacer que ensillen tu caballito.

El caballo estuvo pronto ensillado; Julio acostumbraba montar en él, y su madre sabía que no corría ningun peligro; así, que el gineté lo espoleó y arrancó á galope.

Un cuarto de hora despues el capitán estaba en su presencia, y Bianco y Mosé en sus brazos.

—Tomad, dijo á Testalunga, estos son los diamantes; estos son dos mil luises; mirad, contarlos para ver si está completo.

Pero lejos de adelantarse para recibir aquellos objetos, el capitán retrocedió.—Esta es la vez primera que me avergüenzo del oficio que ejerzo, dijo poniéndose la mano sobre sus ojos.

Sin escucharlo, Julio puso los objetos sobre la piedra que servía de pedestal á la imágen, y se retiró apresuradamente agarrado del brazo de sus amigos, y llevando el caballo del diestro.

Tres años despues, un hermano de un convento de carmelitas vino á rogar á Julio, que entonces tenía ya quince años de edad, tuviese á bien seguirle á ver un moribundo que tenía una restitucion que hacer.

Julio condescendió con sus deseos; fué al convento, y tuvo bastante dificultad en reconocer, tendido en una estera de paja, las facciones pálidas y ajadas del atrevido vandolero Testalunga. El dinero se había gastado; mas los diamantes, todavía intactos, fueron devueltos por él á Julio, suplicándole le perdonase.

El joven príncipe apretó la mano del bandido, y derramando una lágrima sobre aquel hombre que el vicio había degradado, y conducido al sepulcro todavía joven, le dijo con bondad mostrándole el cielo: *A todo pecador arrepentido concede Dios misericordia.*

HISTORIA SAGRADA.

(CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAUL.)

II.

DESOBEDIENCIA DE SAUL.

ALGUN tiempo despues de la victoria conseguida por Saul contra los Philisteos, Samuel se presentó á Saul y le dijo:

— «Yo soy el que el Señor envió para consagraros rey de Israel: escuchad las órdenes del Todopoderoso.

» Hé aquí lo que dice el Señor: he recordado todo lo que Amalec hizo en otro tiempo en Israel, y como se opuso á su paso cuando salía de Egipto. Marchad en su contra, derrotadle, y destruid todo lo que le pertenezca. No tengais piedad, matad á todos, lo mismo á los hombres que á las mujeres, hasta los niños de pecho, y no dejéis nada de lo que les pertenezca.»

Al momento reunió Saul á su gente, y se puso á la cabeza de doscientos mil infantes y doce mil caballos de la tribu de Judá.

Avanzó en seguida hácia la ciudad de Amalec, y se puso en emboscada á lo largo del torrente. Los Amalecitas fueron puestos en huida y pasados á cuchillo, cayendo prisionero su rey Agag.

Saul le conservó la vida, y no queriendo el pueblo perder el botín que habia hecho, se quedó con todo lo que se le antojó.

Entonces dijo á Samuel el Señor:

— «Me arrepiento de haber hecho rey á Saul, porque me ha abandonado, y no ha ejecutado mis órdenes.»

A la mañana siguiente Samuel se levantó antes del día y fué á buscar á Saul; pero le dijeron que se hallaba en el monte Carmelo, donde habian levantado un arco triunfal.

En seguida bajó hasta Galgala, y ofreció al Señor las primicias del botín que habia traído de Amalec. Samuel se acercó á aquel sitio, y Saul le dijo:

— «Dios os bendiga: ya he cumplido sus órdenes.»

— Entonces de dónde proviene ese ruido de bueyes y ovejas que oigo aquí, y que resuena en mis oídos?

— Han sido traídos de Amalec; porque el pueblo ha respetado lo mejor para inmolarlo á Dios. Lo demás ha perecido.

— El Señor no pide víctimas y holocaustos; quiere que se le obedezca. La obediencia es mejor que cualquier sacrificio; y mas vale seguir sus preceptos que ofrecerle las ovejas mas gordas. De consiguiente, puesto que no habeis obedecido la palabra del Señor, conservando la vida á Agag, y reservando parte del botín, no quiere que seáis ya rey.

— He pecado por temor al pueblo, y por el deseo de contentarle. Pero os ruego que vengais conmigo á adorar al Señor.

— No, Dios os rechaza, y no iré.

Al mismo tiempo Samuel se volvió como para irse; pero queriendo detenerle Saul, lo cogió por un pico de la capa, que se desgarró.

— «Hoy ha roto el Señor el cetro de Israel, dijo Samuel: es lo quita de la mano para dálo á otro que valga mas.

— He pecado, pero acatadme delante de los ancianos de mi pueblo y de Israel. Volveos, á fin de que adore al Señor vuestro Dios.»

Después Samuel hizo que condujesen á Agag á donde él estaba, y le mató en el altar del Señor.

III.

DAVID Y JONATHAS.—ODIO DE SAUL.

La victoria alcanzada por David lo dió á querer al pueblo de Israel. Saul no quiso que volviese á la casa paterna, y Jonathás se hizo su amigo, profesándole un afecto entrañable y verdadero.

El rey le dió el mando de una parte de su ejército de tierra, y oficiales y soldados le tomaron cariño.

Cuando volvió después de la muerte de Goliath, todas las mujeres de Israel salieron á recibir al rey Saul, cantando y danzando, espresando su alegría con el ruido de los tambores y de los tímbrals.

En sus canciones decían:

—«Saul ha muerto á mil de nuestros enemigos, pero David ha muerto á diez mil.»

Estas palabras ajarón el amor propio del rey, y desde entonces cesó de manifestar su afecto á David.

Al día siguiente, como el espíritu maligno enviado por el Señor se apoderase de Saul, David cogió su arpa, y tocó como de costumbre. El rey tenia la lanza en la mano, y quiso traspasar con ella al jóven; pero él evitó el golpe hurtando el cuerpo por dos veces.

Saul conoció en esto que el Señor protegía á David, y lo alejó de su lado, dándole el mando de mil guerreros, y enviándoles á pelear contra los enemigos.

Algun tiempo después le dijo Saul:

—«Ya conoces á Merob, mi hija mayor; quiero dártela en matrimonio para alentar tu valor á fin de que pelees en servicio del Señor.»

Pero Saul se decia á sí mismo: «yo no le mataré por mi mano; deseo que sucumba á los golpes de los philisteos.»

Cuando llegó el tiempo fijado para el matrimonio, Saul, en vez de conceder á David su hija Merob, la dió á Habriel Malathita.

Supo el rey que Michol, su segunda hija, tenia alguna inclinacion á David, y prometió dársela en matrimonio, si le llevaba una prueba cierta de haber muerto á doscientos philisteos, esperando que sucumbiría en esta empresa.

David aceptó la condicion que le imponia, y volvió bien pronto llevando á Saul las pruebas que deseaba.

Obligado el rey á darle su hija en matrimonio, se aumentó su odio, y creció de día en día.

—Habiendo los philisteos salido otra vez á campaña, el nombre de David se hizo célebre á causa de la buena conducta y del valor que mostró en aquella guerra.

Esta celebridad, con tanta honra adquirida por el jóven guerrero, llevó la aversion que le tenia Saul hasta el último grado. Así es que convocó á sus oficiales, y en presencia de Jonathás les indujo á que matasen á David.

Jonathás avisó á su amigo el proyecto del rey, diciéndole:

—«Mi padre quiere matarte, con que mantente firme, y ocúltate mañana en un sitio secreto donde no puedan descubrirte. Yo saldré con mi padre, le hablaré de tí, y vendré en seguida á decirte todo lo que sepa.»

Jonathás buscó á Saul y le dijo:

—«No hagáis daño á David, vuestro servidor, porque lejos de obrar mal con vos os ha prestado grandes servicios, esponiéndose á un peligro que nadie queria arrostrar, y salvando á Israel con la muerte de Goliath. Vos presenciasteis este hecho que os llenó de alegría: por qué pues quereis cometer un crimen, derramando la sangre de un inocente, la sangre de un hombre á quien debeis la vida?»

Saul pareció que se aplacaba escuchando á Jonathás, y aun exclamó:

—«Vive el Señor!, te prometo que no morirá.»

Jonathás fué á buscar á David, le contó lo que habia pasado entre su padre y él, y despues lo presentó de nuevo á Saul, quien lo dejó á su lado como antes.

A poco volvió á comenzar la guerra, y David marchó contra los philisteos, á los cuales batió, dando muerte á un gran número, y haciendo huir á los demás.

Cuando volvió, el espíritu maligno se apoderó de Saul. David cogió el arpa y tocó para calmarle; pero el rey procuró matarle con la lanza, y entonces huyó salvándose por aquella noche.

Saul envió á sus guardias para que penetrasen en su casa y le diesen muerte; pero Michol avisó á su marido, diciéndole:

—«Si esta noche no te pones en salvo, mañana vendrán á matarte.»

Y le ayudó á que saliese por una ventana, y pudiera escaparse.

Tomó en seguida una estatua, cubrió su cabeza con una piel de cabra que aun tenia el pelo, y la tendió en la cama de su esposo.

A la mañana siguiente se presentaron los guardias para prender á David, y les respondieron que estaba malo.

Saul envió á otros soldados con órden de que le viesen, y le condujesen en el lecho, á fin de darle muerte.

Pero solo encontraron la estatua que Michol habia puesto.

El rey reprendió á su hija por la astucia de que se habia valido para salvar á su esposo, el cual se retiró á Naioth, cerca de Ramatha.

Jonathás fué á buscarle á su retiro, y le prometió le avisaría lo que hubiese, dándole parte de las intenciones del rey.

Pero el odio de Saul no se habia aplacado, y para evitar sus efectos, David se fué á casa del gran sacerdote Achimelech, despues á la de Achis, rey de Geth, y en fin, se refugió á la caverna de Odollam, donde se le unieron sus hermanos y todos los criados de su padre, encontrándose á poco á la cabeza de unos cuatrocientos hombres. Entonces le dijo el profeta Gad:

—«No permanezcais en este sitio; salid de él y encaminaos á la tierra de Judá.»

David partió, y se dirigió á los bosques de Harel. Cuando supo Saul que se hallaba en este sitio, convocó á sus oficiales y les censuró porque no le habian dicho lo que hacia David.

Uno de ellos le respondió que le habia visto en casa del gran sacerdote Achimelech, que le dió para que se armase la espada de Goliath.

Saul dió muerte al gran sacerdote, y á ochenta y cinco hombres vestidos con la túnica de lino, destruyendo la ciudad de Nobé, y pasando á cuchillo á todos los habitantes, incluso los niños.

Abiathan, hijo del gran sacerdote, se libró de la carnicería, y fué á juntarse con David, quien aseguró defenderia su vida con peligro de la suya propia.

Despues, como supiese David que los Philisteos atacaban á Ceila, marchó á su encuentro, los derrotó y salvó á los habitantes de aquella ciudad, donde permaneció algun tiempo; pero se vió obligado á alejarse, porque Saul tenia el proyecto de ir á sorprenderle.

Se retiró al desierto á los bosques para librarse del rey que le perseguía.

Los habitantes de Ziph fueron á Gabaa en busca de Saul, y le dijeron:

—«¿No sabeis que David está oculto entre nosotros, en el sitio mas espeso del bosque, hácia la colina de Achila, que se halla á la derecha del desierto? Si deseais hallarle, venid con nosotros, y os lo entregaremos.»

—Benditos seais, exclamó el rey, vosotros que os compadeceis de mis males! Partid al momento y buscadle con precaucion, porque sospecha que le observe y siga sus huellas. Luego que hayais descubierto el sitio en que suele ocultarse, volvereis á decírmelo, y entonces iré con vosotros, y le encontraré, aunque para ello tenga que bajar al centro de la tierra.»

Un dia que se hallaba en su persecucion, entró en la caverna profunda á donde David y su gente acababa de retirarse.

Los soldados de David le instaron á que se vengase de su perseguidor; pero se contentó con cortar un pico de la vestidura que llevaba Saul, diciendo á sus soldados:

—«No, no le daré muerte, porque es nuestro dueño, y Dios le ha elegido entre todos para que nos mande.»

Se opuso pues á sus designios, y consiguió que lo dejaran salir de la caverna.

David le siguió algunos pasos, y despues lo llamó:

—«Mi rey y señor.

Saul volvió el rostro.

David se inclinó profundamente, y le dijo:

—«Por qué ois las palabras de los que os dicen que David sólo espera la ocasion de perderos? Ya lo veis, si hubiese tenido malos designios, hoy hubiera podido ejecutarlos, porque el Señor os ha puesto en mis manos; pero me he opuesto á la violencia de mi gente, porque sois mi señor y jefe.»

Saul al oirle, vertió algunas lágrimas, y le contestó:

—Eres mas justo que yo, pues en recompensa de tanto bien como me has hecho, yo te he pagado haciéndote cuanto mal he podido. Dios premie tu generosidad; y puesto que estás destinado á reinar en Israel, júrame que no destruirás mi raza.»

David prestó el juramento, y se retiró con su gente á los sitios mas seguros, mientras Saul daba la vuelta á su casa.

Por aquel tiempo falleció Samuel, y fué enterrado en Ramatha.

LA PIEDAD FILIAL.

EN una erupcion del Etna, despues que el fuego derribó todos los obstáculos, rompiendo cuantos diques se oponian á su paso, salió con impetuosidad, esparciendo en todas partes el asolador torrente la ruina y la desolacion. Las mieses y los terrenos cultivados del contorno, las casas, los bosques y las colinas cubiertas de verdura, todo era presa de aquel terrible elemento, siatiéndose á poco conmovida por un temblor de tierra Catana, donde no tardaron las llamas en penetrar. Todos procuraron entonces, segun su fuerza y su valor, arrancar sus riquezas á la violencia del fuego: uno gemia bajo la pesada carga de su dinero; otro, en su turbacion, empuñaba las armas, como para combatir contra el elemento; este, agobiado con el peso de sus tesoros, tal vez adquiridos por medio del crimen, no podia dar un paso, en tanto que el pobre corria con gran presteza: cada uno, en fin, huia llevándose sus prendas mas preciosas; pero todos no podian salvarse; y el fuego devoró á los que eran mas lentos en huir, y á los que habia retenido una sórdida avaricia. Los que creian haber escapado al furor del incendio eran alcanzados por él, y en un mo-

mento perdian las riquezas que habian robado, ó el fruto de sus afanes, porque solo perdonó la llama á los que estaban animados de la piedad.



El Etna.

Ya el fuego habia ganado las casas inmediatas á la de dos valientes mancebos, cuando estos, hermanos por cierto, y uno de los cuales se llamaba Anfinones, vieron á su padre y á su madre, que, aunque agobiados por la vejez y las enfermedades, se habian arrastrado hasta la puerta de su casa, donde apenas se sostenian. Los hijos corrieron á ellos, los tomaron en brazos, y conocieron que se aumentaban sus fuerzas con aquella preciosa carga, con la cual marchaban por en medio de las llamas, como si el fuego les hubiese prometido respetarlos. Así es que aunque el incendio ejerció por do quiera su furor, los dos hermanos atravesaron todas las llamas como en triunfo, y escaparon el uno detrás del otro con su piadosa carga, llegando á lugar seguro sin la menor lesion.

Los poetas han cantado en su loor, y hecho célebres los dos hermanos. Siracusa y Catana se disputan en el dia el honor de haberles dado vida, habiendo ambas poblaciones dedicado templos á la piedad filial, en memoria de este suceso, que ha pasado á la posteridad consignado en la historia.



EL ORGANILLO ENCANTADO.

I.

La familia de un artista.

A principios del mes de julio de 1630, en una modesta casa de la ciudad de Guadalajara, un hombre como de cuarenta años daba lección de clavicordio a una niña de seis años, sentada, en razón de su pequeña estatura, en una silla atestada de papeles de música. Hallábanse al lado del organillo un muchacho de siete años, y otro sumamente pequeño, muy bonito, muy guapo, y que apenas contaría tres años. El profesor de aquellos tres niños, que también era su padre, se llamaba Genaro Melgarejo, y era conocido no solamente en Guadalajara, sino en todos los

contornos como el organista mas hábil, sin ser por esto rico, pues lejos de ello sufría mil privaciones y escaseces.

Mientras Melgarejo, siempre sério y pensativo, procuraba desarrollar las disposiciones musicales de sus hijos, su esposa, mujer de unos veinte y ocho años, acababa de ponerse un vestido de seda, cuyo lujo cuadraba muy mal con el aspecto de la habitacion.

La niña, que daba leccion en aquel momento, hacia media hora que se hallaba al piano, cuando la campana de una iglesia inmediata dejó oír su voz, diciendo á los vecinos de Guadalajara que eran las diez.

—«Padre, dijo al momento saltando de la silla, ahora le toca á mi hermano Miguel.»

El organista sin decir una palabra sentó á Miguel al clavicordio, despues de quitar la mitad de la pila de papeles de música que habia sido necesario poner para que alcanzase Ramoncita.

Durante la media hora que duró la leccion de Miguel, Isidoro y Ramona, sentados en cada una de las extremidades del clavicordio, se mecían en sus sillas, jugaban con las manos por debajo del instrumento, y tiraban besos á su madre, quien algunas veces se acercaba sin ruido á abrazarlos, encargándoles por señas que se estuviesen quietos y pusieran atencion, á fin de que su padre no los regañara.

Luego que Miguel dió su leccion, dijo Melgarejo á Ramoncita :
—«Traeme todos los cuadernos.»

Y esta obedeció, colocó en la silla cuantos papeles de música encontró á mano, y ayudó á Isidoro á subir al asiento que le habia formado para que sus manos pudiesen llegar al clavicordio.

Isidoro Melgarejo tenia entonces tres años y algunos meses, y ya hemos dicho que era el niño mas gracioso y mas bonito que se pudiese ver, de suerte que en toda la ciudad de Guadalajara ninguna madre era tan feliz ni se envanecía tanto como la esposa del organista, cuando adornada de sus mejores trages paseaba los domingos llevando de la mano á su hijo. Felician del Castillo, que así se llamaba, tenia una fisonomia viva y animada, y Ramoncita y Miguel no dejaban atrás á su madre; pero Isidoro era tan lindo, tan fresco y sonrosado, que cuantos le veían decían que era el amor ó un ángel, porque además de su hermoso rostro, sus formas delicadas y elegantes eran las de un serafín.

Respecto á su inteligencia era tal, que á los dos años y medio tocaba Isidoro algunas canciones fáciles en el clavicordio de su padre, quien transportado de gozo, cultivó sus disposiciones con infatigable ardor, dando tres lecciones todos los dias á Isi-

doro, el cual no se hacia de rogar, y muchas veces él solo se encaramaba á la silla del clavicordio para estudiar sus lecciones. Así es que al cabo de seis meses sabia mucho mas que Ramona y Miguel, y era el consuelo de su padre, que pensaba mejorar de fortuna gracias á la precoz inteligencia que Dios habia dado á su hijo menor.

Hacia un rato que Isidoro daba leccion, y mientras tocaba con extraordinaria facilidad una danza que le habian enseñado el dia anterior, su madre se habia acercado al clavicordio, mirándole arrobada. Por su parte el organista se agitaba en su silla, y de vez en cuando alguna lágrima de alegría resbalaba por su rostro, frio y severo casi siempre.

—«¡Bien! muy bien! exclamó dando palmadas cuando Isidoro acabó de tocar; el diablo del chico de tal modo aprovecha mis lecciones que pronto no necesitará que le enseñe.»

Y despues de abrazar con ternura al niño, que saltaba sobre sus rodillas desbaratándole los bucles de la peluca, lo puso en brazos de su madre, diciéndole:

—«Felician, da la mejor torta que haya en casa á este chico, que harto lo merece. Tienes un hijo que vale tanto comopesa.»

Entonces hubo un momento de recreo y de satisfaccion para toda la familia. El organista tarareaba la última contradanza, paseándose de arriba abajo; Isidoro devoraba la torta, despues de dar un buen pedazo á Ramona y otro á Miguel, y Felician solo pensaba en sus hermosos hijos. Pero luego que se calmó un poco la general alegría, dijo el organista á su mujer:

—«Felician, ¿está cerrada la puerta de la calle?»

—«A las once del dia? respondió Felician.»

—«No importa, tenla siempre cerrada, y si alguno llama, me lo advertirás, y abriremos despues.»

Felician se levantó y obedeció á su marido.

—«Ahora venid conmigo, dijo á Isidoro, Ramona y Miguel, cogiéndolos de la mano. Os voy á enseñar el instrumento que estoy haciendo en secreto, y que tanto escita vuestra curiosidad.»

Los tres niños siguieron con gusto á su padre dando gritos como una bandada de pájaros. Luego que llegó á la puerta del gabinete que le servia de taller, y cuya llave siempre tenia en el bolsillo, el organista la abrió, y entró con ellos cerrando la puerta por dentro.

Allí permanecieron dos horas enteras, durante las cuales oyóse sin cesar una música deliciosa. Al fin se abrió la puerta del gabinete, y el organista salió llevando á Isidoro en brazos y diciendo:

—«Felician, dentro de tres dias salimos para Madrid.»

—«¡Bueno! pensó Felician; con eso veré á las grandes seño-

ras de la corte, y compraré ricos vestidos en las tiendas de la calle de la Montera!

—Y yo, dijo Miguel, que era algo dado á la poesia, podré oír á los cómicos del rey. ¡Qué felicidad!

En cuanto al organista, solo pensaba en aquel momento en los medios de atraer mas pronto á sus bolsillos los escudos de oro y plata de los madrileños.

El dia señalado la familia del artista se despidio de su ciudad natal, encaminándose hácia Madrid, á donde gracias á los malos caminos y á los perversos medios de comunicacion de aquellos tiempos, llegó á los tres dias de haber salido de Guadalajara.

II.

La feria de Alcalá.

Poco tiempo despues la ciudad de Alcalá de Henares se hallaba atestada de forasteros, y sobre todo de elegantes madrileños que habian acudido á la feria en busca de distracciones. La feria de Alcalá era en aquellos tiempos muy concurrida, y no habia en quince leguas á la redonda un caballero y una dama, un comerciante y un artesano que no fuesen todos los años á espaciar el ánimo ó á traficar con sus géneros.

Multitud de juglares, de *saltimbanquis* y de titiriteros habian formado barracas, donde lucian su habilidad, sacando el dinero á los curiosos, que siempre son muchos. Pero entre todas las barracas sobresalia una por un gran cartel que tenia en la puerta concebido de este modo:

PRODIGIO NUNCA VISTO.

OCTAVA MARAVILLA.

ORGANILLO ENCANTADO.

DEL SEÑOR GENARO MELGAREJO.

Sin embargo de este pomposo anuncio, el organillo estaba muy lejos de hacer suerte; y el organista de Guadalajara, afligido en gran manera, dijo á su mujer, que se lamentaba al ver desvanecidas todas sus ilusiones:

—Escucha, Feliciana, ¿sabes por qué apenas sacamos para mantenernos? porque no tenemos, como esos juglares que estan ahí cerca, un tambor para llamar la gente. ¡Diablo de madrileños! ¡malditos cortesanos! ¡porque no hacemos ruido pasan por delante de nuestra barraca sin pararse siquiera!... Pero tengo un medio de atraerlos, y esto depende de tí...
—¿Cómo? dijo Feliciana.

—O mas bien, prosiguió el organista, cogiendo de la mano á su mujer, esto depende de esta sortija: préstamela, y te prometo darte por ella dentro de ocho dias un diamante circundado de esmeraldas y rubies.

—Puesto que no hay otro remedio, toma la sortija; pero dentro de ocho dias me comprarás un diamante cercado de esmeraldas y rubies.

—¡Bueno! ¡bueno! respondió Melgarejo, y salió de la barraca diciendo: «¡ah, señores cortesanos! ¿no queréis ruido, como el que hacen esos italianos, franceses ó hijos de satanás?... pues yo os daré música.»

Y en efecto, al dia siguiente colocó á la puerta de la barraca seis tambores, cuatro trompetas y un cuerno de asta de venado, cuyos instrumentos, tocados por hombres bien pagados, gracias al producto de la sortija, causaban tal estrépito que era necesario taparse los oidos, ó echar á correr como alma que lleva el diablo. No obstante, poco á poco fué llenándose de gente la barraca, y es necesario que nosotros sigamos á la multitud, acomodándonos lo mejor que podamos.

La barraca podía contener doscientas personas; y á la entrada recibia los billetes la esposa de Melgarejo, adornada con sus mejores trages. Frente á la puerta, y allá en el fondo, habia una cortina blanca, que sin duda ocultaba el organillo á los ojos de los espectadores.

Luego que la orquesta exterior hubo interrumpido su música infernal, recorrióse la cortina, y aparecieron Melgarejo de pie, y Ramona y su hermano Miguel sentados delante de un organillo de dos registros ó teclas.

Los niños cantaron un dúo, que fué acogido con frialdad, y entonces Melgarejo con voz llena de importancia y un tanto profética, pronunció esta palabra ininteligible: *Alamáné!* á cuya palabra mágica el organillo encantado repitió con la mayor exactitud y desde el principio hasta el fin el dúo que acababan de cantar Ramoncita y Miguel.

—En verdad que esto es raro y singular, decian algunos inteligentes, parece un eco, pero un eco perfecto. Son las mismas melodías compás por compás, nota por nota, y sin embargo el diabólico instrumento las dice con mas sentimiento y expresion que los dos chicos.

—«Bien! bien!» gritaron los espectadores; y entonces Melgarejo dió vueltas con ayuda de una maniqueta y al parecer haciendo gran esfuerzo á una rueda dentada, cuyo mecanismo causó uno de esos ruidos agudos y rechinantes que tanto excitan los nervios.

—Basta! basta! gritaron algunas mujeres tapándose los oidos, mientras mas de un niño, sobrecogido de terror, se colgaba al cuello de una madre ó de una hermana.

Miguel y Ramona ejecutaron en seguida un duo, despues del cual Melgarejo pronunció con la misma gravedad que la vez primera una palabra extraña, que inmediatamente fué seguida de los mismos resultados.

—«No mas duos! no mas duos!» gritaron varias personas, y Melgarejo dirigiéndose á un sargento de rostro feroz le dijo:

—¿Quereis, señor militar, designar alguna cancion ó tocata?

—Si la honrada compañía lo aprueba, dijo el sargento volviéndose hácia las señoras, que el organillo toque la *gavota francesa*.

—«Sí, sí, la gavota francesa,» repitieron de todas partes, porque esta gavota se habia hecho popular en España gracias á la alegría que causaba su música entusiasta y graciosa.

El organista se acercó al organillo, y pronunció estas palabras con voz solemne: *Mola, Fere Papi*. Al momento el organillo se puso á tocar la gavota, y á medida que sus bellas melodías se hacian mas perceptibles, la sorpresa y el placer se pintaban en todos los semblantes: los niños bailaban en sus asientos, y todas las cabezas se movian marcando la cadencia de un modo cada vez mas pronunciado.

Cuando el organillo hubo callado, el entusiasmo no tuyo límites, y mil aplausos resonaron en la barraca.

—Señores, dijo el organista, pedid otra tocata mas conocida pero mas antigua, y vereis como el organillo la ejecuta al momento.

—El *Amor sin esperanza*, dijo una jóven no mal parecida.

Despues de las ceremonias practicadas para la gavota, el instrumento encantado tocó el *Amor sin esperanza*, encantadora melodía, en tono melancólico y tierno.

—«Viva el Sr. Melgarejo!» gritaron todos á la vez, mientras que algunas mujeres se decian en voz baja:

—«De seguro es hechicero. ¿No es verdad que tiene un aire extraño?.... Y sus niños que son tan bonitos!....»

Pero el organista Miguel y Romana cortaron los aplausos y las murmuraciones, saludando al público con gravedad, como lo habian hecho al principio, y corriendo la cortina para empezar la funcion un cuarto de hora despues.

III.

La Familia real.

La feria de Alcalá habia producido á Genaro Melgarejo una gran suma, y, como es de suponer, su esposa recibió el diamante que el organista la habia ofrecido. De vuelta á Madrid alquilaron una bonita casa, y mientras que Feliciano recorria las

magníficas tiendas de la calle de la Montera comprando telas finas de seda y de raso; mientras Miguel procuraba adquirir conocimiento con cómicos y autores, y Romana é Isidoro pasaban todo el día en continuas distracciones, Melgarejo pensaba en los medios de aumentar su fortuna, cuando un lacayo que llevaba la librea real, se presentó en su casa entregándole una carta concebida en estos términos:

«Informado S. M. el rey de que el Sr. Genaro Melgarejo tiene un organillo encantado, ha manifestado deseos de que S. M. la reina y SS. AA. RR. los principes y princesas de la sangre oigan el mencionado instrumento; por lo cual se invita al señor Melgarejo á que el domingo 15 de octubre concurra á palacio con su organillo.

»El gentil-hombre de cámara de S. M.

BENAVENTE.»

—Felician! Felician! exclamó Melgarejo entrando en el aposento de su mujer con la carta en la mano: nuestra suerte está asegurada: el rey quiere oír el organillo encantado! Ah! qué buen rey!

—Y á mí no me llama! dijo con tristeza la esposa del organista, despues de recorrer con la vista el despacho.

—No tengas cuidado, que yo te presentaré en la corte algún día, dijo Melgarejo, que ya se creía primer ministro de capilla de Felipe IV.

Yacía España en aquel tiempo entregada á un mortal letargo, y la corte solo pensaba en fiestas, bailes y diversiones, mientras los Países-Bajos eran teatro de una lucha encarnizada, en que se disputaba la posesion de la Vattelina.

Todo esto lo sabía muy bien Melgarejo; pero qué le importaba á él que la monarquía se desplomase, cuando sin duda alguna iba á ser feliz y poderoso? Así es que al día siguiente á las dos de la tarde se habia instalado con su organillo en uno de los vastos salones del Buen Retiro, donde esperaba con impaciencia á que S. M. tuviese á bien salir á ver el instrumento. Al fin las puertas de la cámara se abrieron de un golpe, y un ujier anunció en voz alta: «el rey!»

Detrás de Felipe IV iban la reina, las princesas, el conde-duque de Olivares, los altos dignatarios, los gentiles-hombres y las camaristas que estaban de servicio, así como una multitud de cortesanos. Cuando el organista se vió en presencia de aquella reunion, perdió su natural confianza, y tuvo miedo de ser arrojado vergonzosamente del palacio; pero el rey acaba de hacerle una seña para que comenzase, y era preciso obedecer.

Lo primero que ejecutaron Miguel y Ramona fué una marcha militar, y cuando hubieron acabado, el organillo repitió la marcha con mucha precision y entusiasmo.

—«Muy bien, dijo el rey á Melgarejo; no podría tocar ahora alguna cancion tierna y graciosa? Sin duda gustará mas á la reina y á estas damas que los cantos bélicos.»

Melgarejo se inclinó en señal de obediencia, y se acercó á Ramona y Miguel, á los cuales dijo algunas palabras al oído, y los dos niños cantaron el famoso duo de la *Encantadora*, que en seguida fué repetido por el instrumento con admirable expresion.

—Melgarejo, dijo el rey despues del duo, el organillo merece el nombre que lleva, y doy cincuenta escudos á su inventor.

—¿Es verdad, preguntó la reina, que el organillo repite las canciones que se le piden, y hasta las que oye por la vez primera, si no son de difícil melodía?

—En efecto, señora, dijo Melgarejo.

—En este caso, saltó el rey dirigiéndose á la dama, preguntad al organillo encantado, y veremos como responde.

—Podría tocar el himno de *Viva Felipe IV*, dijo con aturdimiento la jóven y hermosa duquesa de Mantua.

—Sea! contestó el rey haciendo una seña á Melgarejo.

—Organillo, dijo este entonces en voz alta, S. M. quiere que toques *Viva Felipe IV*.

Y el organillo obedeció.

—Brandi, dijo el rey al maestro de capilla, no podrias cantar alguna arieta que nadie hubiese oido todavia? Tenemos curiosidad de ver si la octava maravilla la repite.»

Al oir esto, la atencion de los espectadores fué muy grande, y todas las miradas se dirigian á Brandi y á Melgarejo, el cual esperaba con cierta inquietud el resultado de la prueba final.

El maestro cantó una corta melodía, y el organillo toco sin errar una nota la melodía improvisada de Brandi.

—«Sr. Melgarejo, dijo entonces el rey, el organillo es obra del diablo; pero no importa, doblo la suma de los cincuenta escudos.» Y todos aplaudieron con entusiasmo, diciendo que el instrumento era una invención prodigiosa, nunca vista, sobrenatural.

Viendo el mecánico que las princesas se disponian á pedir nuevas piezas, dió vuelta á la maniqueta de que ya hemos hablado, y al ruido que hizo todas las damas se taparon los oidos, y la reina, á quien habia incomodado mucho aquel estridor, manifestó deseos de ver el organillo por dentro.

—«Basta de música, dijo el rey; Genaro, abre el instrumento, que queremos ver de donde sale un ruido tan espantoso.»

Y como Melgarejo, mudo de espanto, no se apresurase á obedecer, le dijo el rey:

—¿No has oido?

—Señor, respondió el artista mas y mas asustado, temo que si hago conocer mi secreto.....

—No hay secretos para el rey de España, dijo el conde-duque de Olivares con un tono que el organista empezó á temblar como hoja sacudida por el viento.

—¿No traes la llave? preguntó el rey.

—¿La llave? Señor..... me..... me la he dejado en casa.

El rey hizo una seña á un gentil-hombre, y un momento despues entro un lacayo con las herramientas necesarias para abrir el organillo. Todos los espectadores se acercaron al instrumento, y Melgarejo mas muerto que vivo, notando que no le observaban, se escurrió del salón, mientras el lacayo quitaba la cerradura.

Al fin cedió la tapa del instrumento, y en vez de un diablo negro, de frente acarnerada, de dedos en forma de gancho y de pies de cabra, ¿qué creéis, amables lectores, habia dentro del organillo? Un niño pequeñito sentado delante de un clavicordio, construido en medio del organillo, pero el niño mas mono y mas bonito que podia forjar en su imaginacion la dama mas encoquetada.

—No es un demonio sino un ángel, dijo la reina, cogiendo á Isidoro de la mano, y sentándolo en sus rodillas. Pero qué pálido se pone! que traigan un frasquito de esencia! pobre niño! tenerlo encerrado tanto tiempo..... y luego esos martillazos han debido asustarle..... Ya vuelve en sí!..... Mirad qué bonito es!

—Y qué formas tan delicadas! añadió la Sra. de Alcañiz.

—Cuánto me gustaria tener un retrato de este niño! dijo la reina, dirigiéndose al pintor de cámara.

—Señora, contestó éste, el modelo es tan perfecto, que solo puedo prometer á V. M. que pondré los medios para que el retrato sea digno de colocarse en el régio aposento.

—¿Dónde está el inventor? dijo el rey, celebrando la aventura: qué lo busquen y lo traigan aquí al momento.

Melgarejo se habia refugiado á una oscura galeria, y allí lamentaba su suerte con palabras ininteligibles, cuando se le acercó un gentil-hombre, diciéndole con voz grave:

—S. M. os ordena que comparezáis ante él sin la menor tardanza.

El prestigio que rodeaba al trono en aquella época era tan grande, el temor de desagradar al rey preocupaba hasta tal punto á los que se acercaban á su sagrada persona, que Melgarejo oyó las palabras del gentil-hombre, como si le hubiesen anunciado de pronto que acababa de llegar su última hora, y mudo y resignado siguió al palaciego.

Mientras esto pasaba, la reina decia á Isidoro con cariño:

—¿Cómo te llamas?

—Isidoro, respondió el niño, paseando por la sala sus grandes ojos azules.

La reina le tomó de la mano, y sentándole al clavicordio, lo abrazó afectuosamente, diciéndole que tocara lo que quisiera. Sea por casualidad, sea por instinto, Isidoro volvió a tocar el himno de *Viva Felipe IV*, y cuando acabó, el rey, cuya fisonomía revelaba sumo placer, tiró su bolsa sobre el tapiz á algunos pasos del niño. Al momento la reina, los príncipes, todas las damas y todos los cortesanos siguieron el ejemplo del monarca, cubriendo el tapiz de una multitud de sortijas, joyas y monedas de oro.

En aquel instante entró el organista precedido del gentil-hombre y pálido como la muerte.

—«Acércate, dijo el rey, y mira lo que te hubiera costado no descubrir tu secreto.

—Será posible, dijo Melgarejo doblando una rodilla, que V. M. se digne perdonarme?

—Gracias á ese chico, que parece un serafín.»

Isidoro se arrojó al cuello de su padre lo mismo que Ramoncita y Miguel, y despues de abrazar á los tres con efusion, el artista recojió las monedas, las joyas y los anillos, abandonando el Buen Retiro.

—Feliciano, gritó al ver á su esposa, qué rey tan bueno! si supieras cómo me ha recibido! traigo diez mil escudos en joyas y dinero. Qué rey tan generoso! ya te presentaré á él.»

Isidoro fué llamado á palacio una porción de veces, haciendo entrar en la gabeta de su padre cien mil escudos de capital. En cuanto á la Sra. Feliciano nunca tuvo la satisfaccion de ser presentada al rey.

MODELO PARA LOS ESTUDIANTES.

San Basilio y San Gregorio de Nacienceno, de familias nobilísimas, nacieron casi al mismo tiempo, y su nacimiento fué el fruto de las oraciones y la piedad de su madre, que desde aquel momento los ofrecieron á Dios, habiendo la de San Gregorio santificado á su hijo, haciéndole tocar con las manos los sagrados libros.

El uno y el otro niño tenían cuanto podia hacerlos amable: hermosura, talento, carácter dulce y elegancia en sus maneras.

Su educacion correspondió á lo que se debía esperar de unas familias, cuya piedad era hereditaria y doméstica, por decirlo así, y cuyos miembros todos, padres, madres, hermanos, hermanas y abuelos por uno y otro costado, eran santos y santas muy ilustres.

El buen natural que Dios les había concedido fué cultivado con todo el esmero posible; y despues de los estudios domésticos, se les envió separadamente á las ciudades de la Grecia que sobresalian mas en las ciencias, donde tomaron lecciones de los maestros mas hábiles.

Ultimamente se juntaron en Atenas, que si era el teatro de las bellas letras y la erudicion, fué tambien la cuna de la amistad famosa de nuestros santos, ó al menos sirvió mucho para estrechar los lazos mas y mas, para lo cual dió ocasion una aventura asaz extraordinaria. Habia en Atenas una costumbre muy rara con respecto á los estudiantes recién llegados de las diferentes provincias, á saber: se les introducía en una reunion numerosa de jóvenes, y allí se les hacia sufrir una lluvia de mil chanzonetas, mil burlas y mil insolencias, despues de lo cual se les conducía con grande aparato á los baños publicos, por medio de la ciudad, escoltados y precedidos por todos los jóvenes que marchaban de dos en dos. Llegados á los baños, la tropa se detenía, y lanzando agudos gritos hacia ademan de querer forzar las puertas, como si no quisieran abrirlas, recorbrando su libertad el recién llegado en el momento que se le admitía en el local. Gregorio, que había llegado primero á Atenas, y que sabia cuán opuesto era á aquella ridicula ceremonia el carácter grave y sério de Basilio, tuvo bastante crédito entre sus camaradas para hacer que quedase exceptuado «lo que dice S. Gregorio de Nazianceno en la admirable relacion que él mismo hace de aquella aventura, comenzó á encender en nosotros la llama que jamás se apagó, y que penetró en nuestros corazones para no salir de ellos nunca.»

Estas relaciones se aumentaron mas y mas, sobre todo cuando los dos amigos, que nada se ocultaban, conocieron que ambos tenían el mismo objeto, y buscaban el mismo tesoro, esto es, el saber y la virtud. Así es que vivían bajo un mismo techo, comían en una misma mesa, hacían los mismos ejercicios, se divertían juntos, y solo eran, hablando con propiedad, una misma alma.

Los dos santos, queridos niños, brillaron siempre entre sus discípulos por la vivacidad de su ingenio, por su constancia en el trabajo, por los premios extraordinarios que alcanzaron en todos sus estudios, por la facilidad y prontitud con que aprendieron todas las ciencias que se enseñaban en Atenas, bellas letras, poesía, elocuencia y filosofía; pero se distinguieron aun mas por la inocencia de sus costumbres, alarmadas á la vista del menor peligro, y temiendo hasta la sombra del mal. Un sueño que tuvo San Gregorio en su mas tierna edad, y del cual nos ha dejado una elegante descripción en verso, contribuyó en mucho á inspirarle tan buenos sentimientos. Mientras dormía

creyó ver á dos vírgenes, de la misma edad y de igual belleza, vestidas modestamente, y sin ninguno de los adornos que tanto ansian las personas del siglo: fijos los ojos en tierra, y cubierto el rostro con un velo, se entreveía el carmin que en sus mejillas esparcía el pudor virginal. «Su vista me llenó de alegría, porque revelaban un origen divino; y viendo que me abrazaban acariciándome como á un niño á quien amasen con ternura, les pregunté quiénes eran, y me dijeron la una que era la Pureza, y la otra la Continencia, ambas compañeras de Jesucristo y amigas de los que renuncian al matrimonio para seguir una vida celestial. En seguida remontaron el vuelo, y mis ojos las siguieron hasta que las perdí de vista.»

Todo esto era un sueño, pero que hizo gran efecto en su corazón: así es que jamás olvidó aquella imagen tan agradable de la castidad, que, como él mismo dice, fué una chispa que inflamándose mas y mas lo abrasó de amor hacia una castidad perfecta.

Y en verdad que tanto él como Basilio necesitaban semejante virtud para sostenerse en medio de los peligros de Atenas, la ciudad mas peligrosa del mundo respecto á las costumbres, á causa de la concurrencia extraordinaria de jóvenes que de todas partes se dirigia á ella, y cada uno de los cuales llevaba sus vicios. «Pero, dice San Gregorio, tuvimos la dicha de experimentar en una ciudad tan corrompida algo parecido á lo que cuentan los poetas de un río que conserva la dulzura de sus aguas en medio del amargor de las de la mar, y de un animal que subsiste en el fuego. No teníamos el menor trato con los malos, y solo conocíamos en Atenas dos caminos: el uno que nos conducía á la iglesia y á casa de los santos doctores que nos enseñaban, y el otro á las escuelas y al domicilio de los maestros de literatura: respecto á los que conducian á las fiestas mundanas, á los espectáculos, á las asambleas y á los festines, los ignorábamos absolutamente.»

Parece que unos jóvenes de semejante carácter, que se apartaban de toda sociedad, que no tomaban parte alguna en las diversiones y en los placeres de los de su edad, cuya vida pura é inocente era una censura continua del desarreglo de los otros, debían llamar la atención de sus camaradas, siendo el objeto de su odio, ó al menos de su desprecio y sus burlas. Sin embargo, sucedió todo lo contrario, circunstancia que es altamente gloriosa á la memoria de los dos ilustres amigos, y que les hace tanto honor como la misma piedad, porque era preciso que su virtud fuese muy pura, y su conducta bien sabia y circunspecta, para haber sabido, no sólo evitar la envidia y el odio, sino grangearse la estimacion, el amor y el respeto de todos sus discípulos.

Y esto se demostró de un modo bien palpable, cuando se supo que pensaban dejar á Atenas para volver á su patria. El dolor fué universal, los gritos y las quejas resonaron por todas partes, y corrieron lágrimas de todos los ojos, despidiendo en tropel á la honra de la ciudad, que así los llamaban, y la gloria de sus escuelas.

HISTORIA SAGRADA.

(CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAUL.)

IV.

ABIGAIL.—SAUL RECONOCE LA INOCENCIA DE DAVID.

Habia en aquella época en el desierto de Maon un hombre llamado Nabal, y cuyas propiedades estaban situadas sobre el monte Carmelo. Era rudo, brutal y perverso, al paso que Abigail, su esposa, era afable, buena y cariñosa.

Aquel hombre poseía grandes riquezas, y entre otras mil ovejas y mil cabras. Cuando llegó la estación oportuna, mandó sus ovejas al monte Carmelo para que las esquilasen, y David, que le había prestado servicios de importancia protegiéndole contra las devastaciones de los bandidos y las alimañas, le envió diez jóvenes para que le diesen algunos vellones de sus ovejas.

Nabal los despidió con dureza, diciendo ignoraba lo que su amo hubiese hecho por él.

Cuando David supo semejante ingratitud, resolvió castigar á Nabal, y dejando doseientos hombres para custodia de su equipage, marchó contra él á la cabeza de cuatrocientos guerreros.

Uno de los criados de Nabal, que había visto el modo con que su ama trató á los enviados de David, se presentó á su ama Abigail, cuya justicia y generosidad conocía, y la dijo:

—«David acaba de enviar á mi amo algunos de los suyos; pero los ha despedido con rudeza. Durante todo el tiempo que hemos permanecido con ellos en el desierto, nada nos ha faltado de lo que nos pertenecía, y además velaban por nosotros, protegiéndonos de noche y de día. Ved, pues, lo que debeis hacer para aplacar la justa cólera de David.»

Abigail se proveyó inmediatamente de doscientos panes, dos cántaros llenos de vino, cinco carneros cocidos, quinientos almudes de harina de cebada, quinientas cajas de pasas y doscientas de higos.

Colocó todo esto en burros, y partió sin decir una palabra á su marido.

David se dirigia al monte Carmelo con sus tropas, y hablando de Nabal decia:

—«Puesto que este hombre me devuelve el mal por el bien, recibirá el debido castigo. Mañana ni hombres, ni bestias, ni nada de lo que le pertenece existirá.»

Apenas habia dicho estas palabras vió á una mujer jóven y hermosa que se dirigia hacia él. Era Abigail.

Cuando estuvo á algunos pasos se bajó de su borrico, y se prosternó ante David, diciéndole:

—«Señor, olvidad la injusticia de Nabal, porque es un insensato, y su mismo nombre indica su locura. En cuanto á mí, no he visto á vuestros enviados. Concededme el perdon que vengo á pedirós de rodillas, y no derrameis la sangre humana por un crimen que yo expio mas que nadie.

—«Gloria al Dios de Israel que os envia á mí. Bendita seais, porque me impedis derramar sangre, vengándome por mi propia mano. Idos en paz á vuestra casa, pues cedo á vuestras súplicas, y nada quiero hacer contra vos.»

Cuando Abigail volvió á casa de Nabal le halló en un gran festin, y habia bebido tanto que estaba borracho.

(Se continuará.)

EL PAVO REAL Y EL RUISEÑOR.

Fábula.

«Cultiva tu entendimiento;
«Estudia, Amalia querida,
«Porque al fin
«Es la hermosa sin talento
«Pobre flor descolorida
«De un jardín.»

Una madre cariñosa
Esto mismo repetía
 Veces cien,
Mas la hija perezosa
A su buena madre oía
 Con desden.

Ufana con su hermosura,
Tan alegre hoy saltaba
 Como ayer,
Y en el agua clara y pura
De los lagos se miraba
 Con placer.

De la niña favorito
Era un gallardo y brillante
 Pavo real;
Que por lo manso y bonito
Amalia sacó triunfante
 Del corral.

Una tarde que cansada
A la margen de una fuente
 Se sentó,
Del pavo al ver la azulada
Cola y su cuello esplendente,
 Exclamó:

«Echate, hermoso, á mi lado,
«Porque te quiere tu ama
 Con pasión....
«Calla! pues no está posado
«Un pajarillo en la rama
 «De un lloron?....

«Ay! pavito, qué plumage!
«Qué patas y qué cabeza!
 «Qué feo es!....
«Y se mece entre el ramage!....
«Ahora salta con presteza.....
 «No lo ves?....

En efecto, iba saltando
De rama en rama el canoro
 Ruiñeñor,
Y así subiendo y bajando
Fué á gozar de un sicomoro
 El frescor.

Luego en las hojas perdido,
Comienza con voz subida

A cantar,
Y Amalia aplicó el oído,
Escuchando embebecida
Su trinar.

«Qué torrente de armonía!....
«Dijo Amalia con dulzura.....
«Será él?...»
Y sus ojos dirigía
A la florida espesura
Del vergel.

El pavo no muy contento
A la niña caprichosa
Se acercó.
Y por lucir su talento,
Su voz ruda, estrepitosa,
Oír dejó.

Asustada la avecilla,
Del bosque en lo mas espeso
A undirse va,
Y Amalia con su sombrilla
De furor en un acceso
Al pavo da.

Mas su madre la contiene
Exclamando: «Amalita,
«Ven aquí.
«Aquel que hermosura tiene
«De nada mas necesita.....
«No es así?....

«Si al pavo castigar quieres
«Por su ninguna o muy poca
«Habilidad,
«Es preciso consideres
«Que así condenas tu loca
«Vanidad.

«De esa avecilla armoniosa
«No olvides, niña, un momento
«La lección.
«Pues nada vale la hermosa
«Como no tenga talento
«E. instruccion.»

J. M. TENORIO.



**EL BUFON,
Ó EL SACRIFICIO DE UN HIJO.**

CRONICA DEL SÍGLO XIII.

I.

Desesperacion.

ERA el año de 1342, aniversario de la toma de Algeciras, arrancada al poder de los moros por Alfonso Onceno despues de una larga y vigorosa defensa por parte de los sitiados, y mil hechos

de valor ejecutados por los castellanos ó algunos de los muchos extranjeros que auxiliaron al rey en su santa empresa.

Acababan de dar las nueve en la torre de una de las iglesias, y poco á poco iba restableciéndose el silencio, solo interrumpido por los que aspiraban la frescura de la noche, tranquila y pura como lo son las de verano á orillas del mar. Era la víspera de la Asuncion, y el dia siguiente debía ejecutarse una magnífica fiesta para celebrar la toma de la plaza.

En una callejuela sucia y estrecha reinaba el mayor silencio, hallándose cerradas todas las puertas y ventanas, excepto las de una casa, si merece este nombre la grosera union de algunas bigas negras y podridas, mal cubiertas con tablas. En lo interior habia una gran chimenea casi destruida con una virgen groseramente esculpida; junto dos bancos cojos y una artesa roida de gusanos que servia de mesa. En un rincon un miserable lecho cubierto con guñapos, y en él una vieja de arrugado semblante que dormia en aquel momento, aunque á primera vista conocíase que su sueño era el de un enfermo.

A la cabecera hallábase sentado en un banco un ser, que no podia obtener mejor calificacion que la de un monstruo. Figuraos un cráneo sin cabellos, liso y brillante á los rayos de la luna que penetraban por una claraboya; ojos á flor de cara y sin pestañas, dejando descubierto todo lo blanco, cercado de un color sangui-nolento; la nariz perdida en las protuberancias de un rostro horriblemente destrozado, y la boca espantosamente contraída. Aquel infeliz era Juan Nadal, que no siempre fué pobre y asqueroso; al contrario, en otro tiempo tuvo ojos azules y cabellos rubios, y conoció las comodidades del bienestar, ya que no de la fortuna; pero solo le habia quedado un alma angelical oculta en el cuerpo de un monstruo.

Una noche se prendió fuego á su casa, propagándose el incendio con tal rapidez, que Juan para salvarse tuvo que saltar por una ventana. Ya en salvo, se acordó el niño, que solo contaba trece años, de que su madre se habia quedado entre las llamas, y con el mayor denuedo penetró por en medio del incendio hasta la habitacion de su madre, cogiéndola en brazos. Cuando se disponia á salir, la escalera, ya consumida, vino á tierra, y él cayó en un torbellino de llamas y de cenizas, estrechando contra su corazon su preciosa carga.

Los que acudieron á apagar el incendio salvaron á la madre y al hijo; pero este salió de las llamas medio consumido, quedando marcado en su rostro su amor filial. Para colmo de infortunio, gracias á la ignorancia de aquellos tiempos, corrió la voz de que el demonio habia caído sobre aquellos infelices; todo el mundo huyó de ellos, y se vieron obligados á dejar su patria, ocultando sus lágrimas y su miseria en la plaza de Alegirras.

Enferma la madre ya hacia tres meses, Juan subvenia á sus necesidades á fuerza de trabajo; pero dos dias antes se concluyó este, y Nadal y su madre no tenían un pedazo de pan que llevar á la boca. La enfermedad ganaba terreno, la agonía estaba cerca, y Juan no encontrando recurso alguno, pensaba en los medios de salir de estado tan angustioso.

Tal era la impresion que le dominaba, cuando de repente se levantó del banco de madera con un movimiento convulsivo, besó piadosamente la descarnada mano de su madre, alzó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz, y abriendo con mucho tiento la puerta se lanzó á la calle como un desesperado.

II.

El hijo.

Corrió al principio acá y allá, como uno que quiere aturdirse para llevar á cabo una resolucion cruel, y se dirigió por último hacia el mar absorto en sus reflexiones; pero poco á poco la soledad que le rodeaba, el frescor de la noche, y la hermosura del cielo fueron calmando su sangre, y revivieron sus ideas. De este modo llegó á la catedral, en cuya plaza habia un grupo de ciudadanos que se entretenian en hablar de las fiestas preparadas para el dia siguiente.

Juan, para evitar su encuentro, costeara las paredes de la catedral, cuando el ruido de una carraca le hizo detenerse. Era el pregonero, que adelantándose con gravedad hácia el grupo de ciudadanos, leyó en un gran pergamino que tenia en la mano lo siguiente:

«A los respetables vecinos de Algeciras, salud y bendicion.

«Por la presente anuncia el muy honrado señor Pedro Letara, por la gracia divina gran preboste de la Iglesia Catedral de Algeciras, que mañana, conforme á decreto del muy noble y religioso monarca Alfonso llamado el oncenno, se celebrará un misterio, siendo su argumento: *la Asuncion de la bienaventurada Maria*; y como el referido señor gran preboste no se ha provisto todavía del personaje de *bufon*, ofrece diez piezas de plata al que quiera desempeñar el susodicho papel en el Auto sacramental de la *Asuncion*.

Esto dicho: Amen!»

Desesperado, medio muerto de hambre oyó Juan las palabras *preboste de la Catedral y diez piezas de plata*, y echó á andar dirigiéndose á la tranquila morada del Señor Pedro Letara,

:

que era la casa mas bella de la plaza, y justamente se hallaba frontera á la puerta de la catedral. La parte inferior, construída por debajo de tierra, era sumamente oscura; pero la otra mitad, adornada con un lindo balcon de enverjados de madera, y sobre la cual la luna vertía sus brillantes rayos, parecia una segunda iglesia elevada enfrente de la catedral. Juan empuñó precipitadamente la cruz de hierro que servía de llamador, y lo dejó caer sobre la puerta. Toda la casa resonó con el golpe, y algunos instantes despues entraba en ella.

El señor Pedro Letara se hallaba en el oratorio, y Verónica, su ama, alzó el tapiz que cubria la puerta, y dijo introduciendo á Juan en el oratorio:

—Señor, os traigo un bufon.

—Bendito sea Dios! dijo el preboste, acercándose á examinar con una luz la figura de Juan.

Si por casualidad habeis visto á algun hombre registrando una cueva, y retrocediendo espantado al ver á un buho con los ojos fijos en él, formareis una idea aproximada de lo que sucedió al señor Pedro Letara. Con la cabeza inclinada hácia atrás, miraba asustado á Juan, que se mantenía inmóvil como una estatua, y mirando como un estúpido, mientras Verónica hacia ademan de persignarse, pensado que se hallaba en presencia de algun enviado de Satanás.

El sacerdote salió de su admiracion, y despues de hacer algunas preguntas al bufon, le entregó tres monedas adelantadas, despidiéndole hasta el día siguiente. Juan se enjugó dos lágrimas que corrían por sus mejillas, compró algunas provisiones, y se dirigió á la barraca, encontrando á su madre despierta y llena de inquietud por no ver á su hijo.

—Bendita sea la Santísima Virgen! dijo al verle entrar; qué buen alma ha tenido piedad de nosotros?

—Comed, madre mia, contestó temblando el pobre Juan; bebed un poco de este vino añejo que os dará fuerzas.

—Pero de dónde has sacado todo esto?

Juan dijo á su madre la verdad, y poco faltó para que la anciana tirase con horror todo cuanto habia llevado su hijo. Luego le estrechó en sus brazos bañándolo en lágrimas y diciendo:

—Virgen Santísima!... con que has creído que comería y bebería el fruto de tu verguenza!... Hijo mio, querido Juan, no vayas al auto; prométeme no ir á ejecutar ese infame papel que te convertirá en instrumento de amarga pena para tu madre, y objeto de burla para los demás.... Se reirían de tí, te insultarían gritando: *qué feo es!* porque no te conocen cómo tu pobre madre, tu madre que no quiere que nadie se mofe de tí.»

Y estrechaba á Juan contra su pecho como si temiese que alguno fuera á arrebatárselo!

III.

El auto sacramental.

La ancha nave de la catedral, los costados, las galerías y hasta las cornisas de los pilares, todo estaba ocupado al día siguiente por una multitud tan compacta que no se podía ir hacia atrás ó hacia adelante, y era preciso clavar-se en un sitio, sufriendo los empujones, codazos y sacudidas que tanto abundan en tales ocasiones.

En el coro y sobre el altar mayor, se habia levantado un teatro que representaba un trono de nubes con una pequeña tribuna encima. En el solio hallábase sentado un venerable anciano de barba y cabellos blancos, y vestido con una ancha capa azul sembrada de estrellas de oro, cuyo personaje representaba á Dios padre. Sobre su cabeza, á sus pies y enderredor suyo revoloteaban unos cuantos angelitos muy ufanos, que gracias á un mecanismo bastante diestro tocaban música, dando en una campana con martillos de plata.

En el coro y mas abajo del altar habia un lecho mortuorio, en el cual acostaban á la Virgen.

Restablecido el silencio, se dió principio á la misa, durante la cual dos ángeles enviados por el padre Eterno, cojieron en brazos á la Santísima Virgen, llevándosela al cielo con la mayor delicadeza.

Era costumbre que desde el Evangelio hasta que se alzaba á Dios, apareciese en la tribuna por debajo de las nubes el malhadado bufon, que alegraba á los concurrentes con su traje chocarrero, sus muecas y su fealdad.

Luego que la Virgen, en su dulce ascension, pasó la lámpara dorada del coro, concluyó el Evangelio, y se oyeron gritos por todas partes pidiendo que saliera el bufon. Entonces apareció el pobre Juan Nadal con su atalage de bufon, y su vista causó el mayor desorden, prorrumpiendo los unos en risas frenéticas y los otros en groseros insultos, estos en sangrientos apóstrofes, y aquellos en muestras inequívocas de disgusto y horror.

Las mujeres se tapaban la cara para no ver al bufon, ó tal vez para acrecentar el deseo de contemplar un ser tan extrañamente deforme: los niños lloraban, los juvenes aplaudian con silbidos, y entre tantos no habia uno que descubriese las lágrimas que abrasaban el rostro del infeliz.

Por fortuna la campanilla del monago anunció iba á alzarse á Dios, el bufon desapareció, y todo se abismó en el mas profundo silencio. Pero despues de la misa, volvieron á empezar los gritos y las vociferaciones, y el bufon tuvo que salir por segunda vez.

Desgraciado! cómo le hubieran compadecido á saber los tormentos que sufría! Tenía delante una especie de hidra con millares de cabezas que se agitaban, millares de ojos que le amenazaban y le insultaban, millares de bocas que se abrían para devorarle!

Y él estaba allí, solo, con los ojos vidriados, el corazón casi sin pulsación, no teniendo para sostenerse otras armas ni otra defensa que un pensamiento: su madre! su pobre madre por la cual se sacrificaba, y de cuyos brazos se había arrancado violentamente aquella mañana!

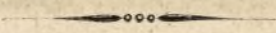
Algunos instantes más y Juan veía llegar la hora de su libertad, cuando un hombre que cabalgaba en una cornisa, le arrojó una piedra, la cual le dió en la frente: mil brazos se alzaron á la vez para tirarle manzanas, peras y hasta guijarros, de suerte que en pocos minutos el pobre mancebo se vió lleno de heridas y cubierto de sangre. Juan se agitó al principio de mil maneras para librarse de aquella infame lapidación; pero viendo que sus esfuerzos no servían más que para escitar su rabia, se detuvo pálido y sin aliento paseando sus ojos por toda la concurrencia. Oh! de qué no hubiera sido capaz en aquel momento para vengarse! Agarrado á una columna, intentaba como Sansón derribar la iglesia para aplastar á aquellos filisteos. De repente, viendo que se aumentaban las risas y los insultos á la vista de su angustia, les lanzó una mirada de tigre, y volviendo la espalda se precipitó detrás de la tribuna sobre las losas de mármol del coro.

La Virgen llegaba á la sazón en brazos del padre Eterno, y un ángel la coronó con aclamación universal; pero cuando las nubes envolvieron la corte celestial, el pueblo salió en tumulto, corriendo en pos de otras diversiones.

CONCLUSION.

Aquella misma tarde el pueblo reunido en la plaza mayor disfrutaba de un banquete do reinaba la mayor abundancia, pero el bufon que debía presidir aquella fiesta no se hallaba allí, viéndose desocupado el asiento que le destinaban.

La callejuela donde vivía la pobre vieja estaba silenciosa y desierta, y la infortunada madre de Juan, sola en su choza, escuchaba llorando los gritos del pueblo, y esperaba con ansiedad la vuelta de su hijo. De pronto entró un hombre, y luego otro: entre ambos había unas andas, y sobre ellas iba Juan con la cabeza partida. Su madre lo vió, y no dijo una palabra, ni lloró, ni exhaló el menor grito, ni dió siquiera un suspiro. Los hombres creyeron que dormía, y trataron de despertarla; pero estaba muerta!



HISTORIA SAGRADA.

(CONTINUACION DE LA HISTORIA DE SAUL.)

La embriaguez es un vicio horrible que degrada al hombre, lo enerva, le embrutece y lo iguala á los seres mas asquerosos de la creacion. Viendo Abigail á su marido en aquel estado, y juzgándole incapaz de comprenderla, aguardó al dia siguiente para explicarle su conducta; pero la orgía de la vispera habia extinguido en él todo sentimiento, toda inteligencia. Permaneció insensible como una piedra, y murió al cabo de diez dias.

Luego que supo David de qué manera habia caído sobre Nabal la mano del Señor, dió gracias á Dios, porque le vengaba de los ultrajes que le habia hecho aquel hombre.

La conducta de Abigail interesó vivamente á David; se acordó de todo lo que habia oido decir acerca de su virtud, su honradez y su generosidad, y habiéndola pedido en matrimonio se casó con ella á muy poco tiempo.

No apagado del todo el odio que Saul profesaba á David, se encendió mas ardiente, mas terrible que nunca.

El rey partió á la cabeza de tres mil hombres escogidos para ir á buscar al desierto de Ziph al que tenia por enemigo.

Cuando supo David que las tropas de Saul le perseguian, envió un confidente á que examinase su posicion, y en seguida se acercó al campamento del rey con Abisaias, uno de sus escuderos, y observó el atrincheramiento de la tienda de Saul. Cuando llegó la noche, penetró hasta donde se hallaba el principe, que estaba acostado y dormia profundamente, lo mismo que Abner, hijo de Ner, general de sus tropas y toda su gente.

Abisaias dijo á David:

—«Dios os entrega hoy vuestro enemigo. Voy á darle un lanzazo tan terrible que solo vivirá un segundo, pues le pasaré de parte á parte.

—No le mates, porque el hombre que pone su mano sobre el que ha recibido los santos óleos, comete un crimen horrible. Coge su copa y su lanza que está clavada en el suelo junto á su cabecera.»

Hízolo así, y salieron sin que nadie los viese, porque el Se-

ñor había sumido á todos aquellos hombres en un sueño profundo.

Luego que David llegó á una eminencia situada á cierta distancia del campamento, llamó á Abner en alta voz.

—«¿Quién sois, respondió éste, para gritar así y turbar el sueño del rey?

—No sois un hombre de valor? repuso David; por qué pues no habeis custodiado al rey vuestro señor? Mientras dormiais, han entrado en su tienda para matarle. Mirad la copa del rey y la lanza que tenia á la cabecera.»

Saul conoció la voz de David, y le preguntó:

—«No eres David?

—Sí señor. Por qué me perseguís? qué os he hecho? qué crimen he cometido?

—He pecado; vuelve á mí, David, que en lo sucesivo no te haré mal alguno, por haber respetado hoy mi vida. He obrado como un loco en dar oídos á cosas que no son ciertas.

—Que cualquiera de los soldados del rey, dijo David, venga por su lanza. El Señor premiará á cada uno segun su mérito y su fidelidad. De la misma manera que vuestra alma es sagrada á mis ojos, así Dios salve la mia y me libre de toda clase de males.

—Bendito seas, David! saldrás bien de todas tus empresas, y tu poder será muy grande!»

Saul se volvió á Gabaa con todas sus tropas.

Temiendo David que este príncipe, escitado por sus consejeros, tramase alguna cosa contra él, se dirigió con sus seiscientos hombres á casa de Achis, hijo de Maoch, rey de Geth, en el pais de los philisteos. Este rey le dió la ciudad de Siceleg para que residiese en ella; y aunque Saul supo el lugar á que se había retirado, no le turbó en manera alguna.

La conducta de David para con Saul es un doble ejemplo que debeis seguir. Perdonad, amables niños, á los que os ofendan, porque vale mas obligarlos á pedirlos perdon á fuerza de generosidad y grandeza de alma, que satisfacer vuestra venganza castigándolos vosotros mismos.

V.

APARICION DE SAMUEL.—MUERTE DE SAUL Y DE JONATHAS.

David residió cuatro meses en las tierras de los philisteos, haciendo frecuentes correrías contra los amalecitas y contra los habitantes de Gessuri y de Gerzi.

Hacia estas expediciones con tanta prudencia, que Achis ig-

noraba siempre porque parte las hacia, con lo cual este príncipe tenía gran confianza en él.

En la misma época, los philisteos reunieron sus tropas para combatir contra Israel, y Achis dijo á David:

—«Te llevaré conmigo á la guerra, y siempre te pondré al frente de mi guardia.

—Ya vereis cual será la conducta de vuestro servidor.»

El ejército de los philisteos fué á acampar en Sunam, y habiéndolo visto Saul, se llenó de admiración, penetrando el miedo en su alma.

Entonces consultó al Señor; pero no obtuvo respuesta ni en sueños, ni por medio de los sacerdotes ó los profetas.

Dirigióse disfrazado, y acompañado únicamente de dos hombres, á casa de una mujer que al decir de sus oficiales leía en el porvenir, y pasaba por maga ó hechicera.

—«A quién quereis que haga venir aquí? le preguntó la mujer.

—A Samuel.»

La mujer lanzó un grito, y cayó en tierra boca abajo. Un anciano envuelto en una capa apareció de repente, y Saul reconoció á Samuel ante el cual se inclinó.

—Para qué turbais mi reposo? dijo el santo varón.

—Me encuentro en una extraña perplejidad. Los philisteos me hacen la guerra, y Dios se ha retirado de mí: no ha querido responderme cuando le he interrogado, y por esto os he hecho llamar.

—Para qué os dirigís á mí? El Señor os ha abandonado para favorecer á vuestro rival. El reino de Israel pasará á manos de vuestro yerno David, porque habeis despreciado las órdenes del Señor. Mañana Israel caerá en poder de los philisteos, y vos y vuestros hijos vendreis á uniros conmigo en la tumba, que he dejado por mandato de Dios.»

Saul, espantado con estas palabras, cayó en tierra sin fuerzas; pero la mujer que pasaba por hechicera le sirvió algun alimento que le dió un poco de vigor, y despues de esto el rey volvió al campamento con su gente.

Las tropas de los dos ejércitos estaban formadas en orden de batalla: los príncipes de los philisteos marchaban á la cabeza de sus soldados, divididos en pelotones de á ciento y de mil. David, acompañado de su gente, marchaba en la retaguardia con Achis.

—«Qué hacen ahí esos hebreos? preguntaban los príncipes de los philisteos.

—No conoceis á David, que ha servido al rey de Israel? hace un año que se refugió á mis tierras, y desde entonces nada he tenido que observar que desmerezca en él, respondió Achis.

—Decidle que se vuelva á su albergue, y que no tome parte en la batalla, pues para aplacar á su soberano, tal vez se vuelva contra nosotros y derrame nuestra sangre.»

Achís llamó á David.

—«Juro por el Señor que tengo fé en tu fidelidad. Apruebo la conducta que has observado para conmigo, y desde el día en que me pediste albergue no me has dado motivo alguno de queja; pero los príncipes no quieren verte aquí. Márchate pues, y no te presentes á su vista.»

Cuando David llegó á Siceleg, halló la ciudad destruida y saqueada. Los Amalecitas, aprovechándose de su ausencia, la habían puesto sitio, y después de tomarla por asalto, habían hecho prisioneros á las mujeres y los hijos de los que acompañaban á David, hallándose entre las que sufrieron esta desgracia las dos mujeres de David.

Este con el corazón lleno de tristeza, consultó al Señor, y conforme á su respuesta, se decidió á acometer á los enemigos. Partió pues, y llegó á un llano donde los Amalecitas hacían una especie de fiesta para celebrar su victoria.

Cayó sobre ellos, los derrotó completamente, y solo se escaparon unos cuatrocientos, que huyeron en camellos.

Recobró los prisioneros y todo el botín que los enemigos habían sacado de Siceleg.

Entre tanto se trabó la batalla entre los filisteos y los israelitas, siendo estos derrotados, y pereciendo en la acción Jonathás, Abinadab y Melchisua, hijos de Saul. Herido el mismo príncipe, dijo á su escudero:

—«Saca la espada y márame, para que esos hombres no me insulten al quitarme la vida.»

No atreviéndose éste á ejecutar las órdenes que se le daban, Saul empuñó la espada, y se arrojó sobre ella.

Su escudero creyéndole muerto, se mató á su lado.

Al día siguiente, habiendo encontrado los filisteos á Saul y sus tres hijos entre los cadáveres, cortaron la cabeza al rey, y publicaron su victoria por todos los países vecinos.

Los habitantes de Jabés y de Galaad cuando supieron la muerte de Saul, enviaron sus guerreros mas valientes en busca de su cadáver así como los de sus hijos, y después de quemarlos, enterraron sus cenizas en el bosque de Jabés, y ayunaron por espacio de siete días en señal de luto.

Saul se hallaba en Siceleg, ignorante de lo que había sucedido, cuando al cabo de tres días se le presentó un hombre lleno de fatiga con los vestidos desgarrados y cubiertos de polvo.

—De dónde vienes? le preguntó David.

—Me he escapado del ejército de Israel.

—Qué es lo que ha sucedido? dímelo.

—Dada la batalla, el pueblo ha huido, y abandonados Saul y su hijo Jonathás, ambos han perecido.

—Cómo sabéis que el rey ha muerto?

—Pasaba por casualidad por el monte de Gelboé, cuando ví á Saul tendido en el suelo. Había procurado traspasarse con su lanza; pero á pesar de la gravedad de su herida, todavía respiraba. Me llamó y me dijo: «mátame, yo te lo ruego, porque sufro grandes dolores, y aun estoy lleno de vida.» Pensando yo que no podría vivir mucho tiempo, y no queriendo prolongar su agonía, le acabé de matar, y apoderándome de la diadema que ceñía su frente y de la pulsera que llevaba al brazo, os las traigo, porque sois mi señor y amo.»

Al saber esta noticia, David desgarró sus vestidos, y toda su gente le imitó, entregándose á las lágrimas y el dolor, y ayudando hasta la noche. David dijo en seguida al jóven que le habia dado todos estos detalles:

—«De dónde eres?

—Soy hijo de un extranjero, de un amalecita.

—Cómo te has atrevido á poner la mano sobre el elegido del Señor? Este es un crimen que expiarás con el sacrificio de tu vida!»

Y ordenó á uno de los suyos que le diese muerte.

David en esta circunstancia se mostró digno del favor que Dios le concedía, porque al saber la muerte de Saul, no se acordó de que era su enemigo y su encarnizado perseguidor, y lloró al que el Señor habia elegido rey, deplorando el horror de sus últimos momentos.

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

ENTRE todas las ciudades de España es acaso Sevilla la que ha gozado de mas renombre y esplendor. La fundaron los fenicios, dándola el nombre de Hispal, y en las guerras púnicas figuró en la historia como enemiga de los romanos, y aliada de Anibal. Luego que los romanos conquistaron la Bética, eligieron á Sevilla por capital de una de las cuatro provincias en que dividieron el pais, y Julio César añadió á esta distincion el nombre de *Julia Rómula* que le permitió usar, concediéndola además el derecho de batir moneda y de tener fortificaciones. Poseyeron los romanos á Sevilla hasta el año de 411 en que vino á poder de los vándalos, pasando á poco á poder de los reyes godos. Despues de la batalla de Guadalete dada en 711, se retiraron á Sevilla va-

rios de los caudillos que escaparon de la mortandad, y trataron de defenderse; pero muy pronto tuvieron que rendirse, y quedó Muza dueño de la ciudad, así como de toda España, que pasó al dominio de los Califas de Damasco. Sevilla, sin embargo, se declaró al fin por Abderramen, nombrado en Córdoba Califa de Occidente, y cuando á últimos del siglo X hubo en toda la España mahometana grandes trastornos, se proclamó Sevilla reino independiente, y eligió soberanos particulares, que la rigieron mas de cien años.

El último de sus reyes que fué Aben-Amet, tuvo la imprudencia de pedir auxilio contra los cristianos al jefe de los Almoravides, bárbaro conquistador que se habia apoderado de toda la parte Occidental del Africa, y que desembarcando en España con innumerable hueste, puso sitio á Sevilla, y la obligó á rendirse despues de una tenaz resistencia. El infeliz monarca, víctima de su confiada credulidad, acabó sus dias en una prision; y toda la península quedó desde entonces en poder de los almoravides. El reinado de estos no fué de larga duracion, porque la poderosa faccion de los almoades se levantó contra ellos, y habiéndolos vencido, envió Sevilla diputados al nuevo rey Abdelmomen, que fué á fijar en ella su residencia. Los soberanos de esta raza dueños de parte del Africa y de España se vieron en estado de armar poderosos ejércitos, y conquistar el resto de la Península; pero uno de ellos perdió la famosa batalla de las Navas de Tolosa, con lo que dió fin la unidad mahometana en España; porque desde entonces faltó el conjunto en las operaciones militares de los árabes; muchas provincias y aun ciudades se erigieron en reinos, y nombraron soberanos particulares, que limitaron su ambicion á defender sus estados. Sevilla no resistió mucho tiempo, y se rindió á Fernando III de Castilla el 23 de noviembre de 1248, habiendo permanecido desde entonces bajo el dominio de los reyes católicos.

La riqueza y poblacion de Sevilla, así como la feracidad y hermosura de sus alrededores, son proverbiales. Tambien habrá pocas ciudades que contengan mayor número de edificios dignos de atencion, bastando solo nombrar la catedral, el alcazar, el consulado, la fábrica de tabacos, y una porcion de iglesias y monasterios magníficos.

Pero el edificio mas interesante que contiene Sevilla es sin duda el alcázar ó antiguo palacio de los reyes moros. Sabido es que los reyes de España y todos los señores poderosos de su corte adoptaron la arquitectura árabe con algunas modificaciones que debia producir naturalmente el renacimiento del estilo griego en Italia; y por lo mismo es el alcázar de Sevilla un tipo de este arte mixto.

Se principió en tiempo de los reyes moros, y se acabó en el reinado de D. Pedro el Cruel ó en uno de los inmediatos, y es imposible ponderar la magnificencia de tan hermoso edificio. Hay una prodigalidad de mármoles increíble; y el agua riega muchas habitaciones y los suntuosos jardines. Uno de los patios rodeados de galerías es verdaderamente un tipo de hermosura y elegancia. La sala de embajadores tiene treinta pies cuadrados, y está tan llena de adornos de mármol tan rico, que en nada cede á las mejores cámaras de la Alhambra; pero se observa cierta disposicion en las columnas y capiteles que indica una vuelta al gusto antiguo y aquella oportuna mezcla que se verificó en los siglos XV y XVI de las proporciones griegas y romanas con las riquezas del arte gótico y árabe que principalmente en habitaciones particulares constituye el *non plus ultra* de la belleza y de la elegancia. El alcázar de Sevilla es un modelo en este género.

En los tiempos mas modernos ha sido habitado el alcazar por la reina Isabel I, por Carlos I, por Felipe V, que tuvo pensamiento de establecer en él su residencia, y últimamente por Carlos IV y por Fernando VII.

C. DE T.

AL ARCANGEL DE MI GUARDA.

INVOCACION.

EN tí mi esperanza fundo;
Sin tí todo me acobarda:
Puro arcangel de mi guarda,
Defiéndeme tú del mundo!

Jamás sus vanos placeres
Esciten ¡ay! mis antojos!
Jamás fascinen mis ojos
Los ojos de las mujeres!

Que cuestan penas y luto
Sus alegrías y amores,
Y dan tan hermosas flores
El desengaño por fruto!

Desde hoy, desde este momento,
Arcangel mio, serás
Quien solo merecerás
Vivir en mi pensamiento;

Poniendo á su santo amor
Por hermosa compañía,
El recuerdo de María,
y la imagen del Señor!

Puro arcangel inmortal,
En tí mi esperanza fundo:
Guíame tú por el mundo,
y librame de su mal!

GREGORIO ROMERO LARBAÑAGA.

LA VOLATERÍA.

Fábula.

Diversas aves de distinta especie
De una casa de campo en el corral
Vivian, y admirando su destino,
Así yo dije su calma al contemplar.
» Sin vicios que desdoren su belleza,
Alzan altivas la risueña faz,
Y en su redor no brama arrebatado
De mezquina pasión el huracán.

Es cierto que sañudo cocinero
Sus filas disminuye con crueldad;
Pero tambien ignoran que hay un fisco,
Y que obligadas se hallan á pagar.
Ni el dia de mañana las inquieta,
Ni á herir su corazon el odio vá,
Y solo agita su tranquilo pecho
El deseo de amor y libertad.»

Mientras esto decia yo á mis solas,
De la puerta aparece en el umbral
Una vieja, y llamando á la bandada,
Blanco trigo rocía acá y allá.
¡Qué cambio, Dios mio! presurosas
Acuden en tropel, y con afán
El grano se arrebatan de la boca,
Y gritan y se pegan sin piedad.
La polla á picotazos arrincona
Al pichon infeliz que echa á volar;
El pato á la paloma quita el trigo;
Al capon roba el gallo; y ¡oh maldad!
Orgullosa, soberbio é impudente,
Cogiendo gran espacio el pavo real,
A todos amenaza, y los insulta
Gritando el muy gloton *karakakráa!*
No faltó sin embargo alguna madre
Que á sus pobres polluelos sin cesar
Estubo dando trigo, defendiéndolos
De la turba famélica y voraz;
Y hubo tambien algunos gorriones
Que, aunque tenian gran necesidad,
Desde el tejado vieron la pitanza,
Sin atreverse ¡oh cielos! á bajar.

Entonces amostazado
Dije en voz alta: «bah! bah!
Tan menguadas son las aves

Como los hijos de Adan.
El niño, el jóven, el viejo,
El paisano, el militar,
El noble ilustre, el plebeyo,
El literato, el patan....
Todos del ciego apetito
Nos dejamos arrastrar;
Y si vencer no podemos
Con vil astucia falaz,
Por un duro, por un grano
Pelemos ¡voto vá!
Y siempre vence al derecho
La torpe fuerza brutal!»

TENORIO.





EL ZÍNGARO.

“HAY calderas que componer?... sartenes y cazos que componer!... Señor marqués, quereis que componga vuestras calderas?... Señora condesita, dadme á componer vuestras calderas.”

Así se espresaba un gitanillo de edad de diez años cuando mas, de rostro pálido é interesante aunque tiznado, dirigiéndose á un señor vestido de negro, y á una linda señorita que se hallaban en el umbral de la puerta de una casa situada en la plaza del Mercado de Nápoles. Estas dos personas aguardaban á alguno.

—“Papá, Carlos no viene: qué estará haciendo?”

—Voy á verlo; espérame aquí, Annociata, respondió su padre desapareciendo por el corredor de la casa.

De repente el sonido de una voz que oyó cerca de ella cambió la expresion de tristeza que revelaba su rostro.

Era la voz del caldererillo, que volvía á empezar con su tono particular: «señora princesita, teneis alguna sarten, algun cazo ó alguna caldera que componer?

—Es el *zingarello*, exclamó la niña acercándose amistosamente al pobre chico: ola! buenos días, Antonio; cómo estás?

—Cuánto habeis crecido, Annonciata! no os conocia, respondió el chico, mirándola con alegres ojos.

—Ya tengo ocho años, respondió Annonciata poniéndose sobre la punta de los pies para parecer mas alta; ya debo ser de tu estatura; vamos á medirnos!

Y la linda muchacha midió con la vista la altura de la cabeza de Antonio, y como todavía le llevaba mucho, dijo con desprecio:

—«Oh! aun eres mas alto que yo! por mas que quiero crecer, nunca puedo ser tan alta como tú.

—Consiste esto en que yo crezco al mismo tiempo que vos.

—Antonio, por qué me hablas de vos este año?

—Porque.... á fé mia.... no sé por qué, respondió Antonio tartamudeando.

—Entonces háblame de tú, porque me gusta mas.... A propósito, Antonio; qué has hecho que no te he visto ha mas de un año?

—Me he ocupado en viajar con el amo, dijo Antonio con voz triste; hemos ido á Roma, á Venecia y á Palermo.

—Cómo dices esto! cualquiera diría que no te gusta viajar.

—Oh no! muy al contrario; pero como en todo este tiempo no te he visto!... dijo Antonio con sencillez.

—Lo has sentido, no es verdad? repuso la niña con igual candor; tambien yo, es decir los primeros dias, porque no quiero mentir, pobre Antonio, te he olvidado.

—Eso es malq, muy malo, Annonciata.

—Qué quieres, Antonio? acaso tengo yo la culpa?... pero oi-go á papá que vuelve con Carlos; vamos á subir al Vesuvio; qué gusto! qué gusto!

—Al Vesuvio! repitió Antonio asustado; al Vesuvio! cuando está arrojando llamas!...

—Por eso mismo, porque entonces el Vesuvio es mucho mas bonito, y papá vá á pintarlo.

—Qué idea la del señor Colentino del Fiore, repuso Antonio; y tú vas tambien, Annonciata?

—Papá no queria llevarme, pero le he suplicado tanto que al fin ha consentido.

—Y si el Vesuvio te abrasa!

—Ay! es verdad; no habia pensado en ello; pero bah! con papá nada malo puede sucederme.

—Gracias por tu confianza, dijo el padre apareciendo de pronto; mas con quién hablabas?

- Con el gitanillo; no te acuerdas, papá?
- Teneis calderas que componer? preguntó Antonio.
- No, por hoy no tengo ninguna.
- Y mañana?

—Ni mañana ni nunca, déjame tranquilo.—Acabarás de venir, Carlos? añadió Colentino alzando la voz para que lo oyesen allá dentro.

—Ya voy, señor, ya voy, respondió una persona que no se veía; se me había olvidado moler la tierra de *Siena*.

Y al momento apareció un joven con un caballete al hombro, una caja enorme y un quitasol.

Estos tres personajes iban á ponerse en marcha, cuando Antonio, colocándose delante del padre de Annonciata, dijo en tono afligido:

—«Señor, dejad que componga vuestras calderas.»

Colentino no pudo menos de reirse, respondiendo:

—«No te he dicho que mis calderas no estan rotas?

—Yo os lo ruego, señor, porque si vuelvo á casa sin haber ganado un *grano*, me pegará mi amo.

—Si no es mas que un grano lo que necesitas, repuso Colentino, alivia las espaldas de Carlos, cargando con parte de su bagage, y te daré quince.

—Mereceis ser príncipe, respondió Antonio; y acercándose muy alegre al eriado del pintor, alargaba sus manitas y su espalda para recibir todo aquello de que quisiera aligerarse Carlos, cuando Annonciata exclamó.

—No le lleves, papá, porque tiene miedo al Vesuvio.

—Contigo no, repuso con viveza el zingaro.

—Qué tunante! dijo Annonciata riendo, pues no dice de mí lo que yo he dicho de papá?

—Acábase la conversacion, y pongámonos en camino, dijo el pintor. Pronto son las siete de la tarde, y es preciso que á las ocho nos halledmos en Resina, para estar antes que llegue la noche en la ermita, donde descansaremos hasta la cuatro de la madrugada.

—Marchemos, repitió Annonciata, cogiendo de la mano á su padre.

—Marchemos, repitió tambien Antonio, cargado del quitasol y la paleta, y siguiendo á Annonciata lo mas cerca que podia.

Pero apenas dieron unos pasos por la plaza del Mercado, se vieron asaltados y aturridos por todos los vendedores de macarones y de castañas cocidas, que les ofrecian sus mercancías, y por una masa de populacho medio desnudo, cubierto de harapos y que les pedia limosna.

—Papá, cómprame castañas, por si me da hambre en el camino, dijo Annonciata.

Y como el pintor se apresurase á hacer que le echasen una medida en un canastillo que llevaba al brazo, oyó con admiración á su hija decir:

—Otra, otra.

—Qué glotona estás esta tarde! la dijo.

—Es que esta tarde, respondió la chica dirigiendo una mirada de inteligencia al mas chico de sus compañeros, esta tarde somos dos.

—Qué buena eres, Annonciata! le dijo en voz baja.

—Ah! sí, soy buena, dijo Annonciata. Mira, Antonio, cuantas castañas; nos vamos á regalar de lo lindo.

El pálido rostro del gitanillo se inflamó al oír estas palabras.

Después de atravesar una infinidad de callejuelas sucias, llegaron al palacio del rey, la *Vicaria*.

Al pasar por delante de las altas y macizas paredes que forman todo el exterior del edificio, cuya fachada está adornada con cabezas de muerto colocadas en una especie de pucheros, así como de manos y brazos de condenados á muerte que han perecido en el cadalso, Annonciata no pudo librarse de un sentimiento de horror.

—«Por qué pasamos por aquí, papá? le dijo; ya sabes que tengo miedo á esas cabezas.

—Es nuestro camino, contestó el pintor.

La niña se acercó con temor á su padre, se tapó los ojos con la mano, y no consintió en quitársela hasta que la aseguraron que se hallaban lejos del palacio; efectivamente, cuando abrió los ojos conoció que habia pasado la puerta de Capua. La deliciosa bahía de Nápoles acabó de borrar las enfadosas impresiones de la *Vicaria*; y al ver á su izquierda, en el golfo de Gaeta, las encantadoras islas de Ischia y de Procida, á su derecha el promontorio de Puzola, y delante de ella el Vesuvio, el Vesuvio cuya cima estaba coronada por una masa de negro humo, y que hacia resonar los ecos de distancia en distancia con sus terribles y misteriosas detonaciones, exclamó con entusiasmo:

—Qué bonito, Dios mio! qué bonito!

—Oyes, Annonciata, que furioso está el Vesuvio? dijo en voz baja Antonio, caminando al lado de la chica.

—Furioso! sí, contestó Annonciata riendo; pero no hace daño.

—No obstante, mi amo me ha contado ahí arriba cosas que hielan á uno de espanto, respondió el gitanillo, cuyos ojos marcaban notable angustia.—Figúrate, Annonciata, que un día, ya hace mucho tiempo, el Vesuvio vomitó tantas llamas, humo y lava, que sepultó á todas las poblaciones de las cercanías.... á todas.... no te rías, Annonciata, que es verdad lo que digo.

—Todas? y Nápoles, Ischia, Procida y Pestum? si se las hubiese tragado las veríamos ahora?

—Pues sin embargo es verdad, dijo Antonio; y si no preguntásele á tu padre. Los cuatro paseantes entraban entonces en Resina, y el señor Colentino del Fiore, que habia escuchado sonriendo la conversacion de los chicos, respondió:

—El zingaro tiene razon, hija mía; pero despues han corrido muchos siglos; el Vesuvio vomitó una vez tantas cenizas que muchas poblaciones desaparecieron de la noche á la mañana; Pompeya y Herculano fueron de este número, y Resina, donde nos hallamos en este momento, Resina esta edificada sobre Herculano.

—Con que hay un pueblo aquí debajo? dijo Annonciata dando en el suelo con su pieccecito; hay un pueblo con casas, calles?...

—Aquí y allí, y mas allá, dijo Colentino indicando con el dedo muchas playas calcinadas por la lava del Vesuvio.

Permitidme que interrumpa un momento mi historia, amigos míos, y que deje el siglo catorce en que vivian las personas de que os voy hablando, para traerlos al nuestro.

No hace mucho tiempo se empezó á hacer escavaciones en las playas que enseñaba Colentino á los dos chicos, y ya han sido descubiertas dos ciudades subterráneas, la de Pompeya y la de Herculano; pero la última ha sido hallada en completa ruina, mientras que la primera ha aparecido como en los tiempos de su esplendor, con su foro, su anfiteatro, sus templos á Júpiter, á Isis, á Hércules y otros dioses, con sus altares de las victimas, y los lugares sagrados donde se ocultaban los sacerdotes para pronunciar sus oráculos y asustar al pueblo: todo existe, menos el pueblo, los sacerdotes y los habitantes; hoy se pasea la gente por sus calles empedradas con anchas losas, adornadas con fuentes y columnas, y donde se distingue, no sin conmoverse, las huellas de las ruedas de los carruajes que guiaban hombres que hace muchos siglos no existen. El viajero se detiene delante de los palacios de los grandes señores, cubiertos de pinturas al fresco y de mosaicos, donde en otro tiempo resonaba el rumor de las fiestas, y que hoy parecen consagrados al silencio; entra en cada habitacion, y vé la arena amontonada sobre los muebles y los utensilios, porque todo está intacto, todo lo ha conservado la lava, hasta los nombres de los propietarios trazados con letras encarnadas sobre las puertas de las casas; así es que se lee: *Diomedes, Paulo, Cayo Cayo y Cayo Salustio*; despues baños de mármol, todo lo mas bello que se puede ver, hasta los sepulcros que adornan el *Campo Santo*, porque tambien ellos han salido de su doble tumba de ceniza.

La corta poblacion de Resina, levantada, como ya os lo he dicho, sobre Herculano, ha sido sepultada muchas veces y reconstruida de nuevo. Los habitantes aman en tal manera á su patria, que no pueden resolverse á ir á establecerse en otra parte.

En 1372, época á que ya es tiempo de volver, aun no habian pensado los pueblos en ahondar las entrañas de la tierra; pero sin embargo, Colentino sabia y contaba á su hija de qué modo los habitantes de aquellas ciudades, hoy subterráneas, fueron sepultados una mañana debajo de una lluvia de cenizas calientes, que asfixiándolos les quitó toda esperanza de huida:

—Cuando yo te lo decia! observó Antonio á su compañera; y además, mi amo lo sabe todo, lo presente, lo pasado y lo porvenir. Es gitano, y esto basta!

—Lo pasado, lo creo, dijo Annonciata, esto nada tiene de particular; en cuanto á lo presente, no se necesita ser muy hábil para adivinar lo que se vé; pero por lo que hace á lo porvenir, Antonio, esto es lo mejor: yo quisiera saber lo que me sucederá hoy.

—Si fueras á consultarle, Annonciata, te diría lo de hoy, lo de mañana, lo de mas tarde, y lo de siempre, como hace con las señoronas que van todos los dias á su casa.

—Le has consultado tú?

—Por supuesto.

—Y qué te ha dicho?

—Primero que soy un hijo extraviado, que encontró en el Abruzzo, cerca de Chieti.

—Y despues? dijo Annonciata.

—Despues me llevó á mi padre, que se llamaba Solario, que era viudo, pobre y calderero, y le preguntó si queria confiarme á él, para enseñarme tambien el oficio de calderero; mi padre aceptó, y murió un año despues. Desde entonces no he dejado á mi amo, y todos los años compongo las calderas de tu padre, y quisiera componerlas todos los dias.

—Todo eso te ha dicho? y qué mas?

—Me ha dicho que toda mi vida seré un mal calderero.

—Si no es mas que eso, dijo Annonciata, no te aflijas; bueno ó mal calderero, te prometo que tú serás siempre el que componga mis calderas.»

La noche habia ido avanzando, y Colentino del Fiore, que habia alquilado tres borricos, montó á su hija en uno de ellos, tomó para él otro, y dejó el último para su criado y el zingaro; luego el primer guia con una antorcha en la mano, porque ya no se veía, abriendo la marcha, comenzó á subir por un sendero estrecho, cortado en la montaña.

Cuando llegaron á la ermita, situada en medio de la cuesta, los viajeros hicieron alto en casa de un religioso, que les ofreció con cordialidad huevos, queso, jamon y una botella de buen vino. Despues de esta comida frugal, y dos horas de sueño concedidas á Annonciata para reparar sus fuerzas, debilitadas con la fatiga, Colentino llamó á su gente; y queriendo aprovechar el resto de

la noche para examinar cómodamente y á su sabor el cuadro gigantesco y sublime de una montaña ardiendo, dispuso se subiese hasta el cráter.

Serían las tres de la madrugada, y despues de subir algun tiempo con ayuda de los pollinos, que evitaban con particular destreza los pasos mas dificiles, llegaron los viajeros á la bajada del terraplen de la montaña; allí se vieron obligados á dejar las cavalgaduras, y continuar su marcha á pié; pero aunque suspendidos, por decirlo así, á una correa que el guia se habia atado al cuerpo, les costó sumo trabajo, y cada uno de los chicos subia en hombros de un guia.

Al cabo de dos horas de esta especie de ascension, Colentino y su pequeña comitiva, sentados en la cumbre de uno de los dos montes, en otro tiempo antiguos volcanes, y que hoy sirven de barrera y muralla protectora á las poblaciones situadas á sus pies, pudieron disfrutar el espectáculo mas sublime y espantoso.

De buena gana hubiera bajado Colentino al crater, y ya se arrepentia de haber llevado á los dos chicos, que no podian seguirle á un precipicio de quinientos pasos, y que no tiene menos de tres millas de circunferencia; pero temia exponerlos á una fatiga, sobrado fuerte para su edad, cuando Annonciata, adviniendo el deseo de su padre, le dijo:

—«Baja, papá, si quieres; yo me quedaré aquí con Antonio, y no me moveré de este sitio.

—Me lo prometes? le preguntó su padre.

—Sí, respondió con sencillez.

—Carlos, dijo entonces Colentino á su criado, prepara mi caballete, mi lienzo, mis pinceles y mis colores, á fin de que pueda ponerme á pintar al momento que empiece á rayar la aurora; y cuida á la niña con los dos guias que te dejo.»

En seguida recomendó á los guias su hija única, y comenzó á bajar. Los pies resbalan con increíble rapidez en esa tierra caliente y ahumada, así es que en menos de cinco minutos llegó el pintor al abrasado suelo, avanzando con precaucion por aquel empedrado de lava medio apagada. Semejante á un mar de fuego, el líquido hirviente serpenteaba en torno suyo, ya de color azul claro sobre un azul subido, ya de un verde amarillento; lo rodeaba saltando, y el calor era tan fuerte así como el olor á azufre tan violento cuando tuvo que atravesar uno de los torrentes inflamados, que no pudo permanecer allí mucho tiempo. Bien hubiera querido subir hasta el mismo terraplen; pero las piedras que el volcan arrojaba á elevadísima altura iban á caer tan cerca de él, que conoció el peligro que corria acercándose mas, y pensó en volverse.

Además, el sol no podia tardar en salir, y teniendo bien pronto que luchar contra el dia el terrible fenómeno, iba á debi-

litarse su espantoso brillo. Todas estas consideraciones decidieron á Colentino; mas la dificultad que tuvo en volver á subir fué en proporcion á la facilidad que habia tenido en bajar. Con todo, llegó á donde se hallaba su hija sin contratiempo alguno, y como todo estuviese preparado para pintar, y ya hubiese luz suficiente para emprender la tarea, comenzó su cuadro.

No lejos de él, hablaban los dos niños, y aunque al principio prestó á su charla la misma atencion que se presta al rumor de un arroyo que murmura á nuestro lado, á poco oyó algunas palabras, y sin pensar escuchó lo siguiente:

—En qué piensas, Antonio? preguntó la niña á su compañero que estaba sentado junto á ella, y la miraba con atencion.

—Estoy pensando en que eres la mas linda de todas las mu-chachas de Nápoles, respondió sin dejar de mirarla.

—Silencio, Antonio; no digas eso, pues papá no quiere que me digan que soy bonita; dice que los niños no son bonitos sino cuando son instruidos.

—Entonces tú serás muy instruida, Annonciata, porque eres muy bonita.

—Yo bien sé que estos son cuentos de papá, porque ayer conozco que hize mal, no quise estudiar mi leccion, y mi ama me dijo: «Jesus! qué fea eres!» y entonces me miré al espejo....

—Y eras fea? interrumpió Antonio vivamente.

—Ni por pienso, amigo mio, era tan bonita como hoy, y en esto he conocido que me dicen que soy fea para castigarme y....

—Pues entonces, añadió Antonio, puedes ser mala á tu antojo sin temer nada.

—Oh! no, Antonio, porque, mira tú, dice papá que le aflige mucho que yo sea mala, y á mi buen papaito, que me quiere tanto y á quien yo quiero tanto, no pienso darle que sentir.

—Dichosa tú que tienes un padre que te ame! dijo Antonio con voz triste; yo no lo tengo, ni madre tampoco, y así nadie me quiere.

—Pobre Antonio! exclamó Annonciata con cariño; pues bien! yo te querré, yo!... estarás contento?

—Sí, Annonciata; pero te veo tan pocas veces!

—Vas otra vez á Venecia?

—Creo que sí, porque mi amo habló ayer de esto á su mujer.

—Pero acaso se quede en Nápoles su mujer, y tú con ella.

—No, Annonciata, pues cuando se vá el marido le sigue su mujer.

—Tienes razon, dijo Annonciata; soy una tonta: las mujeres siguen siempre á sus maridos.

—Oh!, Annonciata! qué idea tan buena! saltó Antonio, dando palmadas: quieres casarte conmigo?

—Acuérdate de que no eres mas que un calderero.

—Y eso qué le hace?

—No olvides que yo soy noble.

—Y eso qué importa?

—Soy mas rica que tú.

—Lo mismo me dá! á pesar de todo eso me casaré contigo.

—Pero yo no me casaré contigo.

—Por qué causa?

—La causa, la causa, repitió Annonciata; la causa, amigo mio, es porque.... eres un calderero.

—Mira lo que la detiene! dijo Antonio admirado.

—Sí, respondió Annonciata, la hija del pintor Colentino del Fiore no puede ser esposa de un calderero.

—Pues mira, sábetelo que maldito el empeño que tengo en ejercer este oficio, te lo aseguro: si quieres que sea otra cosa no tienes mas que decírmelo; quieres que sea vendedor de macarrones ó de castañas cocidas?

—Yo no me casaré con un vendedor de macarrones ni de castañas.

—Pues habla, escoge; qué quieres que sea? quieres que sea papa, obispo ó arzobispo?

—Como si los sacerdotes se casasen....

—Es verdad! no habia caído en ello, respondió el zíngaro. Pues bien! quieres que sea.... qué?... veamos.... rey de Nápoles?

—No, porque los reyes no se casan mas que con princesas, y yo no soy princesa.

—Pues habla! ya te lo he dicho.... cuando te digo que seré lo que tú quieras.... Dios mio! no me comprendes?

—Escucha, dijo Annonciata, inclinándose con aire confidencial hácia el chico; me es igual que seas todo lo que quieras, con tal que no seas ni calderero, porque tendrás las manos tiznadas, ni vendedor de macarrones, porque atraparás un solazo ó un constipado; pero he oído decir á papá un día que es necesario que mi marido haya de ser pintor.

—Lo que él hace? dijo Antonio, señalando con el dedo á Colentino, que pintaba á la sazón.

—Sí, un pintor! repitió la niña.

—No es mal oficio, querida amiga; y puesto que tú quieres que sea pintor, lo seré; emborronaré, y....

—Mira que no es tan fácil como piensas, observó Annonciata.

—Mas difícil es ser calderero: mira, cuando se quiere pintar el cielo, se coge azul; se quiere hacer una mujer? se usa el color de carne; se quiere hacer árboles? ahí está el verde. Oh! no tengas miedo; puesto que tu padre quiere que no te cases sino con un pintor, yo lo seré, y no hay mas que hablar. Esperáme.

—Te vas á hacer pintor ahora mismo? exclamó Annonciata.

—No, pero debemos enterar á tu padre de nuestros proyectos, respondió levantándose.

Y acercándose Antonio á Colentino, que no habia perdido una palabra de la conversacion, le dijo con gravedad cómica:

—«Monseñor Colentino, no es verdad que quereis que me case con vuestra hija?

—Cuando seas pintor, respondió Colentino.

—Se entiende, repuso Antonio, y mañana me marchó para conseguirlo. Os pido que aguardeis diez años, porque no consiste en ser pintor, sino en ser un gran pintor.

—Así es como yo lo entiendo, dijo Colentino sonriéndose de la ambicion del futuro artista.

—Convenido, dijo Antonio; dentro de diez años volveré á pedirlos á Annonciata por mujer.»

Y luego que acabó estas palabras, Antonio volvió á sentarse junto á su esposa futura.

Algunos instantes despues, habiendo acabado Colentino su tarea, dejó el caballete, y tomó con los dos chicos, su criado y su guia, el camino de la ermita, donde la caravana descansó un momento para almorzar; despues bajó la montaña examinando con sorpresa las cepas de viñedo que crecian sobre un suelo de lava, y sabiendo que de aquellas vides se saca el famoso vino de Lacryma-Christi, el mejor de toda la Italia.

A la mañana siguiente Antonio dejó á Nápoles y á su amo, diciendo á Annonciata:

—Adios, esposa; voy á hacerme pintor.

Diez años despues una multitud de personajes de todas clases se agolpaba en una galería de la *Vicaria* hácia los aposentos de la reina, para admirar el retrato de esta princesa, hecho por un pintor desconocido.

Entre los curiosos se distinguia un hombre vestido de negro, grave y circunspecto, y que daba el brazo á una jóven hermosa y como de diez y ocho años; cuando se acercó la multitud se abrió para dejarlo pasar, y el nombre de Colentino del Fiore circuló de boca en boca: al oír este nombre, un jóven que iba á salir de la galería volvió atrás precipitadamente, y abriéndose paso, aunque con dificultad, hasta el pintor, se detuvo junto á él.

—Bien, muy bien, decia Colentino á los que le rodeaban, y que por deferencia á su talento escuchaban su juicio sin atreverse á pronunciar una palabra.—Hay movimiento y vida en este retrato; es lo mejor que he visto en este género hasta el día.

—Eso os parece? dijo en voz baja el jóven que al oír el nombre de Colentino habia vuelto atrás.

—Esta es mi opinion, dijo Colentino, y tengo curiosidad por conocer al artista que ha retratado á la reina.

—De veras le encontrais talento? preguntó el jóven respirando con dificultad.

—Mucho, joven, mucho, respondió el padre de Annonciata; un envidioso no podría menos de convenir en ello.

—Conozco al autor de este retrato, dijo el jóven tartamudeando: cuando era niño, una niña le dijo: «te amaré cuando seas pintor.»

Se detuvo, y Annonciata, que hasta entonces no habia dejado de mirar el retrato, fijó la vista en el jóven. Este prosiguió:

—«El niño era entonces un zingaro, un calderero....»

—Antonio! interrumpió Annonciata, tendiendo su mano al jóven.»

El iba á estrecharla entre las suyas; pero por un movimiento de reflexion dirigió sus miradas hácia el señor Colentino.

—«No he olvidado mi promesa, y la cumpliré, dijo el padre sonriendo.»

Y en efecto, algunos dias despues, Antonio Solario se casó con la hija de C. Colentino del Fiore, porque la amistad contraida entre dos niños habia formado un pintor ilustre.

La idea de vivir siempre con su amiguita, tan buena y tan alegre, le hizo dejar á su amo el calderero, como ya sabeis; desde entonces soñó con los pinceles y los cuadros, y habiendo oido hablar de un tal Lippo dal Masi, muy hábil en formar discipulos, se trasladó á Bolonia, donde este artista tenia una escuela de pintura. Al cabo de siete años de un trabajo continuo, dejó á su maestro, y recorrió la Italia, estudiando por do quiera las obras de los grandes pintores: cuando espiró el plazo de los diez años volvió á Nápoles, donde bajo un nombre supuesto se ofreció á la reina para hacer su retrato.

Ya sabeis el resultado: la singularidad de esta historia, y el mérito efectivo de Antonio Solario, mas conocido con el nombre del *zingaro*, contribuyeron á la par á darle celebridad.

Despues de su casamiento le encargaron los benedictinos de Nápoles la decoracion de la sala del noviciado en el monte de las Olivas; los dominicos le pidieron un descendimiento de la cruz para su capilla de Santo Tomás, y los canónigos de Letran le compraron un gran cuadro para el altar mayor de San Pedro *ad aram*. Solario se aprovechó de esta ocasion para colocar su retrato y el de su mujer en un grupo de santos que rodean á la Virgen; pero su obra mas bella es la que emprendió en San Severino de Nápoles, donde trazó al rededor del claustro la vida de San Benito; trabajo que no han podido borrar cuatro siglos de abandono.

Tambien se debe á Solario un trabajo de suma delicadeza y

precision, cuales son la iluminacion de las páginas de algunas biblias, y de un manuscrito de las tragedias de Séneca, que todavía se puede admirar en Nápoles, en los padres del Oratorio.

Solario murió en 1455, dejando muchos discípulos distinguidos.

Esta historia, amigos míos, os probará que con el trabajo y la buena conducta los niños pobres alcanzan gloria y fortuna.

INFANCIA DE M. DE CHATEAUBRIAND.

QUEREIS, niños míos, que os refiera los primeros años del autor de la Atala, de los Mártires, del Genio del Cristianismo? de M. de Chateaubriand, el escritor mas grande de su siglo? mucha razon teneis en interesaros así por esa gloria sin igual en el mundo.

M. Chateaubriand nació en Bretaña en el castillo de Combourg, propiedad de los señores de Chateaubriand, que despues de haber pertenecido á los Montmorency y los Condé, vino á parar á poder del padre de M. de Chateaubriand á mediados del siglo XVII. Este castillo de Combourg es de consiguiente un castillo histórico, describiéndolo así Mr. de Chateaubriand en un poema que leereis mas tarde:

«Llegué al castilló por la larga calle de pinos, atravesé á pié los patios desiertos, me detube á mirar las ventanas cerradas ó casi rotas, el cardo que crecía al pié de las murallas, las hojas que tapizaban el suelo amontonadas en el dintel de las puertas, y la solitaria escalera, donde tantas veces habia visto á mi padre y sus fieles criados. Los mármoles estaban ya cubiertos de musgo, el amarillo alhelí crecía entre las separadas y mal sostenidas piedras, y un hombre desconocido me abrió las puertas bruscamente....

»Por un momento me tapé los ojos con un pañuelo, y entré en la morada de mis ascendientes, recorriendo los sonoros aposentos, donde solo se oía el ruido de mis pasos. Las habitaciones apenas se hallaban alumbradas por una débil luz, que penetraba entre los cerrados postigos. Visité el cuarto en que mi madre dejó la vida, el gabinete de mi padre, la habitacion en que dormí en la cuna, y aquella, por último, en que la amistad habia recibido mis primeros votos en el seno de una hermana. Salí precipitadamente de aquellos sitios, y me alejé con premura sin atreverme á volver la cabeza. ¡Cuán dulces son, pero cuán rápidos, los instantes que los hermanos y las hermanas pasan al lado de sus ancianos padres!»

Aunque M. de Chateaubriand no hubiera escrito las memorias

de su juventud, las tendríamos en ese libro escrito con los recuerdos de sus primeros quince años.

«Mis inclinaciones eran impetuosas y violento mi carácter, al propio tiempo que desigual: á la vez revoltoso y alegre, silencioso y triste, reunía en mi derredor á mis jóvenes compañeros, y de repente los abandonaba para contemplar las fugitivas nubes, ú oír la lluvia que caía sobre los árboles.»

Lo que el autor dice apenas en *René*, pero lo que dice bien en sus memorias, es el respeto mezclado de terror que le inspiraba su padre. Era este de alta estatura, de rostro sombrío y severo, y que imponía: su paso era grave, su voz solemne, y sus ojos despedían lumbre. Durante el día, el joven Francisco de Chateaubriand queria mejor que pasar por delante de su padre dar un gran rodeo; y cuando llegaba la noche, en aquel palacio desierto, *situado en medio de los bosques, en una comarca lejana*, se reunía en un vasto salon toda la familia, acurrucados la madre y los hijos junto á la chimenea, y envuelto el padre en su capa, paseándose de un lado á otro sin decir una sola palabra.

Cuando daban las once, el anciano señor subía á su cuarto; la familia prestaba el oído, y se le oía subir: su pié hacia gemir las viejas vigas; pero al fin todo callaba, y entonces la madre, el hijo y la hermana lanzaban un grito de alegría: los dos niños se entregaban á mil juegos alegres, ó bien, lo cual era aun mas divertido, se contaban historias de aparecidos, entre las cuales hay una que M. de Chateaubriand cuenta en sus Memorias, y que algun dia será citada como modelo de narracion.

Hé aquí algunos fragmentos de esta historietta; hé aquí el pálido esqueleto del aparecido de Chateaubriand.

«A eso de la media noche un monje anciano oye llamar á la puerta de su celda. Una voz dolorida le llama, y el monje se apresura á abrir. Al fin se levanta y abre; es un peregrino que pide hospitalidad. El monje da una cama al peregrino, y se acuesta en la suya; pero apenas se habia dormido, cuando despierta de repente, y ve al peregrino al pié de su lecho haciéndole señas de que le siga. Salen juntos: se abre la puerta de la iglesia, y vuelve á cerrarse tras ellos. El sacerdote celebraba en el altar los santos misterios. Llegados al pié del altar, el peregrino se quita su capucha, y enseña al monje una cabeza de muerto. «Tú me has dado un sitio á tu lado, dijo el peregrino; á mi vez te doy un lugar sobre mi lecho de cenizas!»

Ya conocereis qué sustos tan sabrosos pasarían, y cómo al oír estos cuentos la hermana se abrazaba al hermano, y el hermano se pegaba á la hermana! Nada es tan interesante como las páginas de M. de Chateaubriand acerca de esa bella, inteligente y tierna hermana Lucila! Toda su infancia la pasó á su lado,

y el uno y el otro tuvieron los mismos pesares, los mismos placeres y los mismos terrores.

«Tímido y cohibido en presencia de mi padre, no me hallaba satisfecho y contento sino al lado de mi hermana. Una dulce conformidad de costumbres y gustos nos unía estrechamente, aunque era de alguna mas edad que yo. Nos divertíamos en subir juntos á los collados, y en recorrer los bosques á la caída de las hojas, paseos cuyo recuerdo todavía llena de delicias mi alma. O ilusiones de la infancia y de la patria, que jamás perdeis vuestro encanto!

«Ora marchábamos en silencio, prestando el oído al rumor del otoño y al ruido de las hojas secas, que arrastrábamos tristemente á nuestro paso; ora en nuestros inocentes juegos perseguíamos en el prado á la golondrina y al arco iris sobre las mojadas colinas; algunas veces también murmurábamos versos, que nos inspiraba el espectáculo de la naturaleza.

«Los dos teníamos en el corazón un fondo de tristeza, y esto lo debíamos á Dios ó á nuestra madre!»

Ya veis lo que era el niño; segun él podeis juzgar al estudiante. Un jóven pensativo, un poeta; estudiando con ardor y á sus horas, fastidiado del colegio, y en el colegio lo mismo que en la casa paterna, refugiándose á la amistad, que le hacia menos largas las horas. El jóven Francisco de Chateaubriand fué educado en el colegio de Rennes; allí estudió, en cuanto podia estudiar, la aritmética de Bezout, y como contrapeso á M. Bezout, descubrió á Horacio, el Horacio *expurgatus* y las *Confesiones de San Agustín*, dos nuevos amigos de colegio.

El colegio de Rennes no deja otros recuerdos á Chateaubriand. Todos sus camaradas han muerto ó casi todos. Ved aquí entre las aventuras que cuenta la mas alegre:

«Estaba expresamente prohibido á los colegiales tocar á los nidos de pájaros. Paseando un día los alegres condiscípulos descubrieron un nido de urraca en la copa de un árbol corpulento: la madre velaba su nidada, y ¿cómo llegar al nido tan defendido y tan deseado? Los niños se mostraban el nido con la mirada y el gesto.

—Quién subirá allá arriba el primero? Eres tú, Luis? Eres tú, Víctor? Eres tú, Francisco?

—Yo lo seré, dijo Francisco viendo que los demás dudaban; yo lo seré.

Y sin detenerse comenzó á trepar. Trepa; se ase á las ramas; sube, sube, sube mas, y ya no se le vé subir: oye que lo aplauden desde abajo y continua subiendo, cuando oyó gritar de repente á sus condiscípulos:

—El maestro! el maestro!

Y en efecto el maestro aparecia á lo lejos, y tomaron vuelo

como la urraca, quedándose Francisco solo allá en lo alto, á caballo sobre su árbol. Uno solo de sus condiscípulos habia permanecido al pié del árbol, y le decia: «ponte en salvo, Francisco! déjate correr por el árbol, Francisco! cójelo con pies y brazos, Francisco, y déjate venir!»

Así lo hizo Francisco. Tomó el árbol entre sus dos manos, y se dejó correr hácia abajo por la áspera corteza: así llegó á tierra, algun tanto magullado, es verdad, pero ¿qué importa? nada ha visto el maestro. Toma, pues, carrera, y se reúne á sus camaradas; el maestro le vé venir y le mira. El maestro, breton muy terco, declara á Francisco de Chateaubriand que le dará azotes. Entran en el colegio, y ya podeis pensar si entran tristemente.

Apenas está de vuelta, el maestro llama á Francisco de Chateaubriand á su cuarto para que sufra el castigo, y entonces Francisco con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas junta las manos, y ruega y suplica que se le exima de esta ignominia. Pide otro castigo: la prision, el pan seco, ó aprender de memoria doscientos versos de Horacio. Vanos esfuerzos! el maestro lo ha dicho, Francisco recibirá azotes! Al mismo tiempo el maestro se acercaba para dar azotes á Francisco; pero este, viendo la inutilidad de sus ruegos, toma al momento un partido como caballero que era; se pega contra la pared, y cuando su verdugo se aproxima se defiende á puntapiés y á puñetazos; muerde, grita, araña, huye, se oculta debajo de la cama, se hace fuerte detrás de los muebles, y un leoncillo no se hubiera portado mejor. Al fin, cansado de guerra cede el maestro, y el chico alcanza la victoria con mas garbo y mas castamente, que el pequeño Juan Jacobo Rousseau en una ocasion semejante.

Después de diez meses empleados en estos estudios y estos paseos, á la vez pensativo y colérico, violento y sufrido, estudiando á sus horas, pero estudiando solo, meditando ya, y ya modulando esa frase sabia y cadenciosa que tal vez es mejor que poesía, poesía que ya se albergaba en su alma, y que mas tarde ha encontrado el primero, el único, con gran admiracion de toda la Francia, volvía á pasar las vacaciones en Combourg. Volvía á ver el viejo castillo que azotaba el mar, abrazaba á su madre, se ponía á temblar delante de su padre, hablaba con su tierna hermana, y trabajaba con ella: aquellos dos niños aplicaban el oido al rumor confuso de los bosques y el mar. Luego repentinamente no se le envió al colegio sino al regimiento, porque si la víspera era estudiante, al dia siguiente fué soldado, soldado hecho y derecho que iba al ejercicio. Uno! dos!—Armas al hombre! errrr....! presenten! errrr....! Cuando supo su oficio, marchar al paso, ir, venir, limpiar su fusil, blanquear sus correas, y dar lustre á su cartuchera, ascendió. Le hicieron cabo, después sargento, y al fin subteniente! Entonces le tocó enseñar á otros,

y les enseñó todo lo que había aprendido.—Uno! dos!—Uno! dos! Vuelta á la derecha! vuelta á la izquierda! Avancen! marchen! fijo! por la derecha! por la izquierda! armas al hombro! errrr....! al brazo! Todo esto sucedia en Dieppe, donde se hallaba de guarnicion; las playas del mar le servian de campo de batalla, y así se convirtió, como decia su coronel, en *un oficial completo*.

Terminada aquella nueva educacion del jóven Chateaubriand, lo que sucedió muy pronto, su padre le envió á París á buscar fortuna. Pero, como dice M. de Chateaubriand, *dejemos hablar á sus memorias*.

»Solo tres veces he vuelto á ver á Combourg: á la muerte de mi padre se reunió toda la familia en el castillo para decirse á Dios. Dos años mas tarde acompañé á mi madre á Combourg; queria amueblar el viejo castillo, porque mi hermano debia conducir a él á mi cuñada: sin embargo, mi hermano no vino á Bretaña, y pronto subió al cadalso con su jóven esposa para quien habia preparado mi madre el lecho nupcial; tomé en fin el camino de Combourg al llegar al puerto, cuando me decidí á pasar á América.

»Despues de diez y seis años de ausencia, dispuesto á dejar el suelo natal por las ruinas de Grecia, fui á abrazar en medio de las landes de mi pobre Bretaña lo que me restaba de mi familia; pero no tuve el valor de emprender la peregrinacion de los campos paternos. En los matorrales de Combourg es donde yo me he hecho lo poco que soy, allí es donde he visto reunirse y dispersarse á mi familia. De diez hijos que hemos sido, solo quedamos cuatro. Mi madre ha muerto de dolor, y las cenizas de mi padre han sido arrojadas al viento.

»Si mis obras me *sobreviven*, si debo dejar un nombre, tal vez algun dia, guiado por mis Memorias, el viajero se detendrá un momento en los lugares que he descrito. Bien podrá reconocer el castillo; pero en vano buscará la gran calle de árboles ó el gran bosque, porque ha sido derribado; la cuna de mis sueños ha desaparecido ni mas ni menos que mis sueños. Solo y en pié sobre su roca el antiguo torreón, como que echa de menos las encinas que le cercaban protegiéndole contra las tempestades. Aislado como él, he visto, como él, caer en torno mio la familia que embellecia mis dias y me daba su abrigo; gracias al cielo mi vida no está edificada sobre la tierra con tanta solidez como las torres en que pasé mi juventud!»

Hasta aquí llega la primera parte de esta admirable biografía; pero tranquilizaos, queridos niños, porque M. de Chateaubriand no es uno de esos hombres de quienes solo se cuenta la infancia. Volveréis á hallarlo mas tarde viajero, historiador, hombre de Estado, embajador, y siempre mas fuerte que el destino, mas grande que las grandezas.



EL GATO DE WITTINGDON.

SOBRE la puerta de Newgate ó sea cárcel de Londres, se veía hace algunos años un bajo relieve que representaba un grueso lord con un gato á sus pies. Esta escultura, de principios del siglo XV, contrastaba con el escudo de los príncipes y los caballeros de la misma época, el uno con un león régio, el otro con una liebre noble; pero el pueblo de Londres no por eso dejaba de saludar con respeto al gato de Newgate; y hoy que la piedra, gastada por los siglos, apenas deja adivinar las figuras de aquellas armaduras populares, una canción celebra todavía á Wittingdon y su gato; el gato porque enriqueció á su dueño, y éste porque se mostró digno de ser rico, dotando á su país de establecimientos útiles y benéficos.

A fines del siglo XIV, un caballero del condado de Lancas-

ter arruinado en las guerras de Eduardo III, murió recomendando un huérfano á la generosidad de sus parientes y de sus amigos; pero Williams Wittingdon, que así se llamaba el caballero, habia olvidado que los parientes y los amigos de los que mueren pobres, ni son generosos ni en gran número.

Ricardo su hijo no encontró á poco quien quisiera reconocerle y sobre todo mantenerle. Vióse un día en medio del camino sin pan y sin asilo á tiempo que pasaba un ordinario con su carro, y recordando todo cuanto le habian dicho del esplendor de Londres, persuadido de que donde habia tantos ricos palacios y banquetes régios habria tambien un albergue y un pedazo de pan para el hijo de un oficial arruinado en servicio del rey, suplicó al ordinario le permitiese seguir á pié su pesado carruaje. Permitiósele aquel de mil amores, y aun le dejó que subiese de tiempo en tiempo al carro; y como Ricardillo supiese hacerse útil cuidando los caballos mientras el cosario entraba en las tabernas, ó se detenía á hablar con algun conocido, fué mantenido de balde hasta Londres, á donde llegaron un día á la caída de la tarde.

Ricardo durmió aquella noche en el carro, esperando despertar á la mañana siguiente no pobre huérfano de una miserable aldea situada á cien larguissimas leguas del sol de la corte, sino ciudadano de Londres tan hecho y derecho como los demás. Cuando llegó el día, Ricardo, sin pensar en el almuerzo, se dió á recorrer las calles de Londres, abriendo tanto ojo cada vez que hacia alto, ya para admirar lo que nunca habia visto, ya para antojársele entrar en las casas que le parecian tan altas y tan grandes. Pero luego que anduvo así mucho tiempo, sin que nadie hiciese caso de él en medio de aquella multitud que iba y venia, el pobre Ricardo, medio muerto de admiracion, de hambre y cansancio, no tuvo mas remedio que imitar á otro niño, mas arapiento que él, alargar la mano, y recibir la limosna de algunos cuartos, con los cuales compró con que hacer de una vez sus tres comidas: luego que sobrevino la noche, se tendió en un banco de piedra, y durmió mucho mejor que los que le dejaron en la puerta; pero sus sueños no fueron tan dorados como los de la víspera.

El segundo y tercer dias continuó Ricardo su viaje por Londres, triste, desanimado, y en la precision de acostarse de noche bajo las goteras de una de esas casas, donde le parecia habria tanto sitio para él como le dijeran que entrará. A la cuarta noche le disputó su lecho de piedra una criada de mal humor, que viéndole desde la ventana de la cocina lo trató de holgazán, amenazándole si no se retiraba con verterle sobre la cabeza el contenido de su cucharón para espumar.

«Buena señora, dijo el pobre huérfano un poco asustado, no

hagais tal, porque estoy acostumbrado á la lluvia del cielo y al rocío de la mañana, pero no al agua hirviendo.»

Estas palabras las oyó con sonrisa el dueño de la casa, rico mercader llamado Fitzwaren, que interponiéndose entre la mal humorada cocinera y el niño, le hizo algunas preguntas, se rió de su sencillez, le dijo que entrase, y le mandó dar de cenar. La criada refunfuñó un poco, pero entre dientes, y se vió obligada, luego que acabó la cena, á dar una cama á nuestro huéspedito, quien la perdonó de todo corazón, creyéndose al fin en posesión del derecho de ciudadanía en Londres, objeto de toda su ambición. Al día siguiente le preguntó Fitzwaren lo que sabía hacer, cómo podría hacerse útil, y otras cosas que le pusieron en gran apuro, porque solo podía ofrecer su buena voluntad.

Sin embargo de esto, el mercader le conservó en su casa, tratándole con bondad; pero Ricardo fué el pagache, como se dice vulgarmente, de toda la casa. Bajo el pretexto de que para nada servía, todos procuraban utilizarle en su esfera, hasta la criada, tratándole siempre de holgazan. Ricardo comprendió que no se libraría de la cocinera, sino perteneciendo al escritorio de Fitzwaren, y como pudo hizo la corte á un viejo tenedor de libros, á quien le pidió hiciese el favor de darle lecciones de leer y escribir, tarea que se impuso desde luego el dependiente.

Una tarde reinó en la casa gran tumulto; todos corrían hacia el jardín, y se oía llorar á Miss Alice, hija de Fitzwaren, la cual tenía fijos los ojos en las ramas de un gran álamo, donde se había posado un loro. El pícaro reía, decía por mofa todo cuanto sabía, y se burlaba de toda aquella gente que no podía cogerlo. Era el loro favorito de Miss Alice, que acababa de escaparse, mas bien por broma de loro malicioso que para huir, porque estos pájaros caprichosos y glotones pronto se acomodan á las dulzuras de la cautividad, y prefieren su jaula á la vida errante é incierta del aire. Ricardo no dudó un momento; trepó al árbol, y bajó con el prisionero, á quien no soltó á pesar de sus fuertes picotazos. Miss Alice agradeció mucho al niño esta acción, dándole un shelling nuevo.

Qué hizo Ricardo con él?—Cuando acostado sobre un montón de heno ó sobre un banco soñaba Ricardo que en las casas grandes se dormía muy bien, no sabía que los graneros tienen el inconveniente de servir de refugio á las ratas: ahora bien, en el granero donde pasaba la noche Ricardo esos animales incómodos hacían un ruido infernal, que muchas veces turbaba su sueño. Con el shelling compró un gato pequeño, que á poco se convirtió en un gatazo, y con cuyo fiel y valeroso aliado pudo dormir tranquilo en lo sucesivo.

Algun tiempo después Fitzwaren reunió á todos sus depen-

dientes, porque iba á disponer un cargamento para lejanos países, y segun una antigua costumbre queria que todos los que le servian diesen su pacotilla al capitan del buque. Como este debia visitar las islas de Africa, pobladas por habitantes aun salvajes, el menor objeto podia tener su valor, y así unos aprontaron agujas, y otros cuchillos y vidrio cuajado que los salvajes preferian en aquella época á las perlas finas y á los diamantes de su país. Abochornado Ricardo Wittingdon, confesó que no poseía mas que su gato, y llevado del deseo de la ambicion, entregó al capitan el pobre animal como mercancía de pacotilla, lo que hizo reir á todos; pero Fitzwaren, que queria que sus dependientes comerciasen como se les antojara, dispuso que el capitan llevase á bordo la pacotilla de Ricardo.

A la mañana siguiente, al verse el pobre chico sin su gato, lloró de sentimiento, y sin decir á nadie una palabra, sabiendo que el buque estaba anclado en el Támesis acabando de completar el cargamento, se puso en marcha resuelto á embarcarse y buscar fortuna como su gato. Dirigióse con rostro alegre á Dallo-way, y allí se sentó sobre una piedra, poniéndose á reflexionar acerca de la suerte que podria caberle. Era día de Todos Santos, y en aquel momento las campanas de la iglesia de Bow dieron la señal á todas las demás campanas de Londres, y Ricardo, cuyo espíritu estaba exaltado, creyó que las lenguas de metal decian:

Di-din-don, di-din-don,

Animo, Wittingdon,

Di-din-don, di-din-don,

Alcalde de London.

«Que seré corregidor de Londres? dijo Ricardo; entonces no debo dudar un momento en embarcarme: para ser corregidor de Londres, es preciso que vuelva, y que vuelva rico. Animo pues, y á cruzar los mares.»

Dicho esto, echó á correr; pero á poco acortó el paso, porque no podia respirar, encaminándose al Támesis, donde encontró al capitan que le admitió á bordo, teniendo Ricardo el gusto de ser acariciado por el gato, que ya se habia instalado en el almacen de las provisiones.

Al día siguiente dió el buque á la vela, y abordó á una isla de Berbería, donde se hacian cambios muy ventajosos, porque en aquella isla se hallaba polvo de oro, y los habitantes pagaban en esta moneda natural las mercancías europeas.

Pero el rey salió á recibir al capitan en una piragua, diciéndole no podia dejar entrar el buque en la bahía. Es el caso que algunos años antes, un buque europeo, sin saberlo, habia aclimatado en el país un azote cruel: dos ratas se escaparon desde el navío á tierra, y se habian multiplicado hasta el extremo de verse los habitantes amenazados de un hambre general, pues

no sabían como librarse de sus incómodos y voraces huéspedes.

El rey vió con indiferencia cuanto le ofreció el capitán, hasta que le enseñaron el gato de Ricardo. Cuando su magestad salvaje supo para que servía un gato en las casas de Europa, descubrió á los ingleses el motivo de su desconfianza, y quiso comprar el gato á cualquier precio; pero Ricardo, fuese por afecto ó por cálculo comercial, no quiso venderlo, ofreciéndose únicamente á recorrer la isla, contentándose con una corta cantidad de polvo de oro por cada rata que matase *Pus*, nombre que significa *Mizo*. Hecho el trato, el buque entró en la bahía, Ricardo desembarcó, y comenzó por el palacio del monarca su extraña expedición. *Pus* causó una carnicería horrible en cada casa: no diré cuantas ratas atrapó, porque nadie se entretuvo en contarlas; pero lo cierto es que no dejó la isla sin un tonel de polvos de oro, y habiendo prometido el capitán al rey que en su primer viaje le llevaría un centenar de gatos, su magestad compró á ojos cerrados toda la pacotilla.

Algun tiempo despues, M. Fitzwaren se hallaba sentado á la mesa con su hija cuando llamaron á la puerta el capitán y Ricardo, quien se habia hecho un traje nuevo, y parecia un hombre formado. El mercader los recibió con alegría, y al ver el tonel de oro dijo á Ricardo:

«Eres mas rico que yo.

—No tal: sé lo que os debo, y estas riquezas os pertenecen.

—Ni por pienso, Ricardo; eso es tuyo.

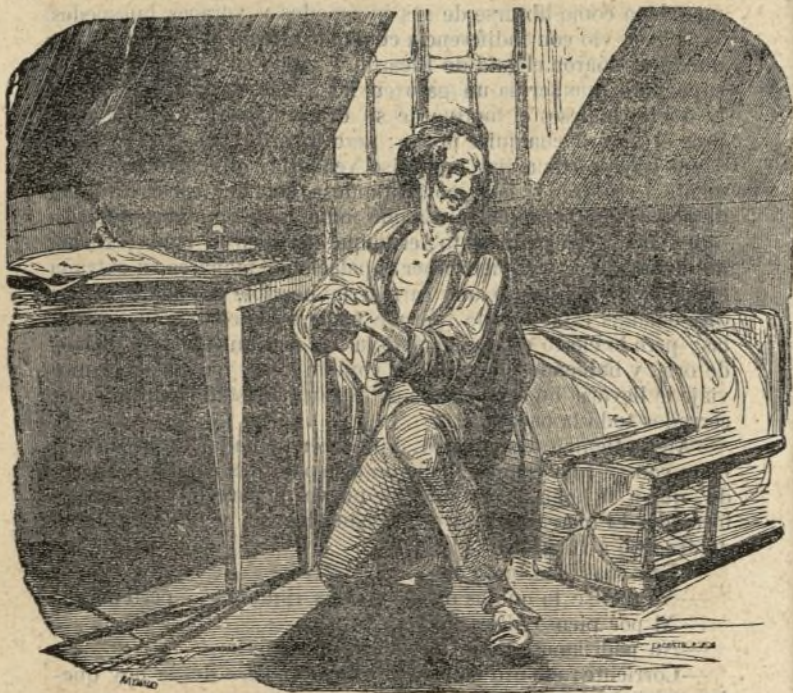
—No podríamos partir? preguntó el mancebo.

—Corriente; ese oro entrará en mi caja; pero desde hoy quedas asociado á todos mis negocios.»

Concluido el contrato, Ricardo regaló á todo el mundo, inclusa la cocinera gruñona, pero sobre todo al tenedor de libros que le enseñó á leer y escribir.

Pasados algunos años, Ricardo se casó con Alice, la hija del mercader, cuya fortuna habia crecido rápidamente, gracias al trabajo é inteligencia de Wittigdon, y el gato, aunque algo viejo, figuró dignamente en las bodas. El mismo año (era en 1360) Ricardo fué nombrado sherif de Londres, y al otro lord corregidor, como se lo habian predicho las campanas. y el gato participó del triunfo en la elegante carroza del ayuntamiento.

Al cabo de dos años murió *Mizo*, y le embalsamaron con el mayor esmero. Poco despues en su cualidad de primer magistrado de la capital, Ricardo Wittingdon dió un gran banquete al rey Enrique V, que tornaba victorioso á su reino, y á quien habia prestado una cantidad respetable para gastos de la guerra. El monarca quiso pagársela; pero el banquero quemó los billetes en su presencia, y el rey le hizo noble, figurando desde entonces en el escudo de Wittingdon el gato á quien debió su suerte.



BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

BERNARDINO de Saint-Pierre nació en el Havre el 19 de enero de 1737. Desde su mas tierna edad manifestó un gusto decidido por el retiro y la soledad, odio profundo á la injusticia, y un instinto enérjico de la divinidad, cuyos tres sentimientos dominaron toda su existencia, y se revelan en todas sus obras. A la edad de ocho años tenia un pequeño jardin, que él mismo cultivaba, y á donde por las noches iba á espiar el desarrollo de sus plantas, á estudiar la atraccion de sus flores, á sorprender sus caricias, á regar su tallo, y á consumir las horas muertas contemplando los insectos que dormian en sus cálices cubiertos de rocío. Así es que lloraba amargamente cuando sus hermanos arrojaban en medio de las rosas ó los tulipanes sus pelotas ó sus aros, y solo cogia con gusto las flores para regalarlas á su madre ó su madrina.

Como amaba extraordinariamente á los animales, un día que halló en el albañar de un arroyo á un pobre gato traspasado con un asador y próximo á espirar, lo envolvió en su capotilla, lo condujo al granero de su casa, le hizo una cama de heno y plumas, y no dejó pasar un día sin llevar á su enfermo la comida y la leche que escamoteaba en la cocina. Gracias al niño, la herida se cicatrizó, y luego que el gato cobró fuerzas, corrió á los tejados á tomar el sol, haciéndose á poco el Atila de los ratones. Traspasado con tanta crueldad por los hombres, tomó horror al género humano, y de todo el mundo huía menos de Bernardino, de quien se dejaba acariciar, rondando á su alrededor con el pelo herizado y la cola alzada en forma de penacho.

Su odio á la injusticia, su amor por la soledad y su confianza instintiva en Dios, influyeron sobre toda su infancia, y dieron lugar á un hecho extraño. Un día que se hallaba en la escuela (tenia entonces nueve años) su maestro de latin le amenazó con azotarle públicamente delante de todos sus condiscípulos, si al otro día no daba la leccion sin errar un punto. Esta amenaza le irritó de tal modo que resolvió retirarse del mundo, donde el fuerte oprime al débil, y decidido á hacerse ermitaño, á la mañana siguiente, en vez de ir á la escuela, se deslizó furtivamente á lo largo de las paredes, se escapó por calles estrechas y sombrías, y á poco se encontró en las puertas de la ciudad, la cual abandonó mas que de prisa.

Al cabo de algunas horas de camino llegó á un bosque de álamos y encinas, penetró en él, y fué á parar á un prado cubierto de verdura y muy solitario. Arrebatado de gozo corre acá y allá, cogiendo moras de zarza y ciruelas silvestres, comiendo raíces, estudiando las flores, bebiendo agua clara de un arroyo, y admirando el verde musgo de las orillas. Luego, como la noche se acercaba, y el solitario empezaba á espantarse de la soledad, y del gran apetito que no había aplacado su frugal alimento, se hincó de rodillas, rogando á Dios fervorosamente le enviase un angel con alguna cosa mas sustancial que las frutas del bosque y las raíces del valle. Dios oyó sus ruegos, y á poco vió el chico un angel que se acercaba á él bajo la forma de una mujer cariñosa que lo había visto nacer, que lo había criado, y había salido en su busca. Bernardino se dirigió á ella con transporte, y despues que ambos lloraron de alegría, el niño abrió el canasto que la mujer llevaba, y calmó la necesidad imperiosa del hambre; pero luego que su estómago estuvo mas tranquilo, se despertó su vocacion, y persistió en hacerse ermitaño, y en vivir en el fondo de un bosque, lejos del mundo y de su familia.

Se necesitaron muchas lágrimas, muchas súplicas y no pocos ruegos para que aquélla noche volviese á la casa paterna. Con-

ducido á poco á Caens, pasó algunos años en casa de un cura que tenia una quinta en las puertas de la poblacion, y un gran número de discípulos, á los cuales enseñaba los elementos de las lenguas latina y griega.

De vuelta á su casa, contrajo relaciones con un capuchino de las cercanias, que se habia hecho amigo de su familia, y que era muy instruido. Debiendo el hermano Pablo partir para Normandía, rogó á M. de Saint-Pierre que le confiase su hijo, y como el capuchino era un hombre de alma elevada y recto corazón, aquel dió su consentimiento, y Bernardino y el hermano Pablo partieron una mañana, con el morral á la espalda y un baston de nudos en la mano. Viajando á pié, pasaron juntos quince dias, llamando ya á la puerta de ricas haciendas, ya á la de pobres chozas, deteniéndose en todos los conventos que encontraban en el camino, por todas partes bien recibidos, el hermano Pablo como el mejor de los hombres, y Bernardino como el mas amable y mas guapo de los capuchinos.

Jamás se habia oculto bajo una capucha un rostro mas fresco ni mas sonrosado, y tantas caricias hicieron las damas al capuchinito, que tomó gusto á la profesion, y á su vuelta habló seriamente á su padre acerca de su proyecto de ser uno de los hermanos del orden. M. Saint-Pierre logró, aunque con trabajo, vencer su piadosa resolucion; pero su madrina le regaló el *Robinson*, y este libro decidió su destino, reviviendo en él con doble fuerza el deseo de viajar y ver tierras desconocidas.

Abrigaba estas disposiciones cuando un tio suyo, que era capitán de navío, le propuso se embarcase con él para la Martinica, y por mas que lloró su madre y resistió su padre, el lloró mas que su madre, y resistió mas que su padre, su tio unió sus ruegos á los suyos, y Bernardino se embarcó saltando de alegría. Pero no encontró lo que esperaba, porque en vez de un mar agitado y furioso, lo halló en completa calma, y el mareo destruyó los sueños dorados de su imaginacion. Además, en lugar de largas contemplaciones sobre el puente, sufrió rudos trabajos, teniendo que ocuparse en las maniobras, que obedecer el silbido del contramaestre, acostarse por la noche en una hamaca fatigado y triste, y sufrir de dia los caprichos de su brusco tio.

Al cabo de alg un tiempo, volvió de su fatal viaje, y fué enviado á Caens con los jesuitas para que continuase sus estudios, y los jesuitas, que buscaban con ardor discípulos que cautivar y almas que convertir, no tardaron en conocer que el nuevo discípulo era el mas á propósito para recibir sus inspiraciones.

Todos los dias de fie sta por la noche se reunian los religiosos en la sala del seminario, y un superior leia al auditorio la relacion de los jesuitas misioneros. Estas lecturas despertaron en

Bernardino el deseo de viajar para convertir á la religion de Cristo los pueblos del Ganges, arrostrando toda clase de persecuciones, y aun tal vez sufriendo la corona del martirio! Cuando confesó á los santos padres su vocacion, estos le propusieron asociarle á los hermanos que iban á predicar la fé al Japon y á la China; pero á M. de Saint-Pierre le gustó muy poco el proyecto de ir á convertir chinos, japoneses y antropófagos, y envió su hijo al colegio de Rouen, donde estudió filosofía, y alcanzó el primer premio de matemáticas en 1757, cuando ya tenia veinte años.

Del colegio pasó á la escuela de puentes y calzadas, y hacia un año que estudiaba allí cuando supo que su padre habia vuelto á casarse, y licenciados la mayor parte de los ingenieros por falta de fondos para subvenir á los gastos del colegio, comprendiendo Bernardino que nada podia esperar de su padre, solicitó entrar en el cuerpo de ingenieros militares. Obtuvo su real despacho, seiscientas libras de gratificacion y cien luises de paga, y marchó á Dusseldorf, donde se reunia un ejército de treinta mil hombres. Víctima de la envidia algun tiempo despues, fué suspendido de su empleo, y recibió la orden de trasladarse á París. Sin dinero, sin colocacion y sin recurso alguno, determinó pasar algunos años al lado de su padre; pero á poco conoció que su presencia no era muy agradable á su madrastra, y deseando no turbar la armonía del nuevo matrimonio, resuelto otra vez á intentar fortuna, se dirigió á París por el mes de marzo de 1760 con seis luises, pero lleno de esperanzas.

Habiendo temores en aquella época de que los turcos sitiasen á Malta, muchos ingenieros, y entre ellos Bernardino, fueron enviados á la plaza; pero por segunda vez fué calumniado, y perseguido se embarcó para Francia, sufriendo una furiosa borrasca á la vista de Cerdeña, entre el banco de la Casa y las rocas que herizan la costa.

Llegado á París, vivió en aquella capital algunos años pobre, miserable, olvidado de sus amigos, y abandonado por su familia. Entonces resolvió ir á fundar una república, quimera de su juventud, y tomando prestados algunos centenares de francos, vendió sus vestidos para pagar sus deudas, se hizo con algunas cartas de recomendacion, y partió para Holanda con intencion de fundar la república en el fondo de la Rusia.

Al cabo de un viaje lleno de dificultades, falto de todo, pero terco como el genio, llegó á Petersburgo; pero sabiendo que la corte de Catalina se hallaba en Moscow, desmayó un poco porque se le iban acabando los fondos. Cuando solo le quedaban seis francos fué presentado al gobernador de Petersburgo, al cual llevó un plan de que quedó tan satisfecho el mariscal que prometió recomendar el autor al general de la artillería; al mis-

mo tiempo ofreció á Saint-Pierre un saco de rublos diciéndole que con aquella suma podría pagar el viaje á Moscow; pero Bernardino respondió que los ingenieros del rey de Francia no podían recibir dinero mas que de un soberano, y rehusó.

Penetrado el gobernador de tanta dignidad, le confió al general Sivers que se dirigía á la corte, y este colocó al jóven en un carrillo descubierto que la primera noche volcó: al segundo día se le heló á Bernardino una mejilla, luego una oreja, y sin mas alimento que pan duro y frio como el hielo, ni otra bebida que vino que tenia que cortarse con hacha, comenzaba á perder el valor cuando descubrió las torres de Moscow que brillaban entre la bruma de la tarde á los rayos del sol que iba á ponerse.

Abandonado á su llegada por el general Sivers, con un escudo por todo capital se presentó al general Bosquet, para quien llevaba carta de recomendacion, y que le acogió muy bien, alcanzándole una subtenencia en el cuerpo de ingenieros. Amigo al cabo de unos dias del general de la artillería, su nuevo protector resolvió presentarle á Catalina, y como habia escrito Bernardino una memoria que fué publicada mas tarde con el título de *Proyecto de una compañía para descubrir el paso para las Indias por la Rusia*, decidido á fundar una república cerca de las orillas orientales del mar Caspio, bendijo á la Providencia, y no dudó que con la proteccion de Catalina estaba llamado á muy altos destinos.

Desgraciadamente se cortó cuando fué presentado á la emperatriz: no la dijo una palabra, y desesperado por haber perdido una ocasion tan oportuna, al día siguiente se presentó al ministro favorito de Catalina, y le entregó la memoria. Este la leyó con indiferencia, no volvió á ocuparse de ella, y al dolor profundo que Bernardino sufrió al ver destruidas las esperanzas de toda su juventud, fué á mezclarse un dolor no menos amargo; el aspecto del despotismo de los grandes y de la servilidad del pueblo.

Después de muchas escursiones á la Finlandia rusa y á la Finlandia sueca, volvió á Petersburgo, cuando la Rusia y la Prusia querian colocar en el trono de Polonia á un príncipe electivo, y este pueblo valeroso acudia á las armas proclamando su independencía. Llevado Saint-Pierre de un piadoso entusiasmo, abandonó el servicio de la Rusia, y se dirigió á Polonia con la alegría del prisionero que acaba de recobrar su libertad.

Caminaba hácia Polonia en 1765 con el consentimiento del embajador del imperio y del ministro de Francia en Varsovia, cuando fué hecho prisionero por la imprudencia de su guía. Encerrado en un calabozo, le amenazaron con que le entregarían á los rusos si no confesaba que el embajador de Viena y el ministro le habian aconsejado aquel paso; pero él insistió en culparse

á sí mismo, y permaneció preso nueve días, al cabo de los cuales fué puesto en libertad, gracias á las vivas gestiones de ilustres personajes que se interesaron por él.

Admitido Saint-Pierre en los salones de todos los jefes de partido, fué muy bien recibido por una princesa jóven, hermosa y de talento, grave como una romana, heroica como la mujer de Sparta, amable y coqueta como la de París. Ocupado Bernardino hasta entonces con sus viajes y su ambicion, no habia pensado en el amor; pero concibió entonces una profunda passion, á que correspondió la princesa. Luego que la familia lo supo, sacaron á la enamorada de Varsovia, y Bernardino marchó á Viena, donde recibió una carta de la princesa, y engañado por la pintura animada que le hacia de sus pesares, se trasladó á Varsovia. La princesa se hallaba en un baile, y apenas hizo caso del oficial, quien se volvió á Viena con el corazón desgarrado.

Encendida la guerra entre Polonia y Sajonia, partió para Dresde, donde fué muy bien acogido por el conde de Bellegarde que le concedió su amistad; pero la amistad del conde fué tan impotente como sus promesas, y cansado de residir en Dresde partió para Berlin, resuelto á pedir servicio al gran Federico. No pudiendo obtener lo que pedia, dejó á Berlin para volver á Francia, y se encontró con que su padre habia muerto, y su hermana habia entrado en un convento. En él la vió y despues de cederle algunas rentillas de su patrimonio, alquiló una casita en Ville-d'Avray, y se retiró á ella para dar la última mano á sus viajes por el Norte.

Luego que acabó sus memorias, las presentó á M. Durand, primer oficial del ministerio de estado, á quien conoció en Polonia; pero Durand no leyó las memorias y las estravió. Entonces desanimado y cansado de solicitar en balde, manifestó Saint-Pierre deseo de pasar á las colonias, y habiendo conseguido el despacho de ingeniero para la isla de Francia por influjo del baron de Breteuil, que lo habia acogido muy bien en San Petersburgo, este le confió que su destino era para Madagascar, y que estaba encargado de levantar las murallas del fuerte Delfin y de civilizar la colonia.

Lleno de alegría se embarcó Saint-Pierre con el jefe de la empresa, y un día que sentados los dos en la duneta de popa le hablaba de sus proyectos de legislacion y de felicidad pública, el jefe de la expedicion le dijo sonriendo que ya era tiempo de renunciar á semejantes quimeras, y que no habia tenido otro designio que ocuparse en la trata de negros. Indignado de tanta perversidad, Saint-Pierre se separó de la expedicion, compró una mala cabaña en la isla de Francia, y vivió allí como ingeniero, no sin estudiar la historia natural, haciendo excursiones

á la isla Borbon y al cabo de Buena-Esperanza, hasta que dió la vuelta á Francia, entrando en París en el mes de junio de 1771.

Despreciado por sus amigos, y burlado de los extraños, publicó en 1773 sus memorias sobre la isla de Francia, por cuyo manuscrito debian darle mil francos; pero no se la pagaron, y si esta obra le valió algunos admiradores, tambien le grangeó no pocas enemistades, introduciéndole en una sociedad relajada que se burló de sus desgracias, y le despreció por sus virtudes.

La ingratitud de los hombres, desgracias imprevistas de familia, la ruina total de su patrimonio, las deudas de que estaba atestado, sus esperanzas de fortuna desvanecidas, sus intenciones calumniadas, un pasado doloroso, un presente que se le escapaba á cada paso, un porvenir incierto, tantos males combinados destruyeron su salud y su razon, y tomó tal odio á los hombres, que le era imposible permanecer en un aposento donde hubiese gente, y no podia atravesar una calle en que se encontrasen reunidas muchas personas.

Cuando se hallaba solo, se disipaba su mal, y tambien se calmaba en los sitios donde solo habia niños. A poco, sin solicitarlo, le señaló el rey un socorro anual, beneficio incierto que dependia de la voluntad de un ministro, del capricho de terceras personas, y de la maldad de sus enemigos. Convencido de esto mismo, se alejó del trato de los hombres, y luego que dejó de verlos, se calmó poco á poco, tranquilizóse su espíritu, y se refugió al amor de la naturaleza, el único que no engaña, el único cuyas riquezas nunca se agotan.

Habiendo perdido en un cambio de ministerio la gratificacion anual de mil francos, que era su único recurso, se decidió á publicar sus escritos, y recogió los fragmentos de la *Arcadia*, á fin de formar con ellos los *Estudios*, que mutiló la censura, y que no quisieron comprar muchos libreros, teniendo el autor que publicarlos á su costa. Al fin aparecieron los *Estudios* en 1774, y su buen éxito consoló al autor de las tribulaciones que habia experimentado. Cuatro años despues, en 1788, publicó *Pablo y Virginia*, que tal vez no hubiera visto la luz pública, sin el pintor Vernet á quien la leyó el autor, lo mismo que antes habia hecho en los salones de Madama Necker, cuyos tertulios la acogieron con fria indiferencia.

El éxito de *Pablo y Virginia* fué inmenso, y puso al autor en estado de abandonar su boardilla para comprar una casita con un jardin, desde la cual dirigió á Luis XVI los *Votos de un solitario*, meditaciones morales que tendian á conciliar los nuevos intereses que se agitaban en la nacion con los viejos intereses de la monarquía. Dos años despues publicó la *Cabaña india*, sátira ingeniosa escrita con el corazon, y en 1792, cuando se ocupaba en poner en orden algunos fragmentos de las *Harmonías*,

Luis XVI le arrancó á la soledad para confiarle la intendencia del jardin de las plantas y del gabinete de historia natural.

Suprimida la intendencia en los dias de la revolucion, Bernardino se aprovechó de su libertad para refugiarse á Esona, donde habia hecho edificar una linda casita, y tuvo que solicitar una corta gratificacion para completar el pago de las dos fanegas de tierra que poseía, pues salió de su destino sin un cuarto. A ellas se retiró con su mujer, porque se habia casado poco tiempo antes de su nombramiento para la intendencia, y vivió feliz y solitario, extraño á las pasiones que ardian á su alrededor.

A fines de 1794 fué nombrado catedrático de moral de la escuela normal, destino que aceptó con repugnancia, y que desempeñó con nobleza y modestia, pero con valor para predicar sus doctrinas religiosas en medio de la impiedad de su siglo.

Muerta su esposa, Saint-Pierre se estableció en París con sus dos hijos, cuya educacion queria dirigir; pero aquella tarea era harto pesada para un hombre de sesenta y tres años, y se casó con una jóven, que consagró con entusiasmo su juventud y sus virtudes á cuidar al que la habia prendado con su talento. Despues de tantas fatigas y contratiempos, la noche de su vida fué pura y serena, y gracias á la munificencia de José Bonaparte vivió en paz sus últimos años en una casa de campo situada en las orillas del Oisa, en la aldegüela de Epaguy, donde redactó la *Amazona*, y puso en orden su *Teoría del Universo*. A la pension de seis mil francos que le señaló José Bonaparte, y mil que poseía ya, el gobierno añadió otra de dos mil, concediéndole la cruz de la legion de honor, con lo que libre de la miseria y sin inquietud por el porvenir de sus hijos, pudo descansar de sus trabajos, la única ambicion que abrigaba.

Murió Bernardino de Saint-Pierre en los brazos de su mujer y su hija el 21 de enero de 1814, dejando notas preciosas y muchos materiales acerca de su vida triste pero novelesca.

ORÍGEN DEL MÉDICO Á PALOS.

ANÉCDOTA CÓMICA.

ANTIGUAMENTE hubo un villano (llamábase así á los habitantes del campo) que á fuerza de avaricia y trabajo reunió un buen capital. Sin embargo, no pensaba en casarse, y sus amigos se empeñaron en buscarle una compañera, como en efecto lo hicieron, proponiendo al campesino una señorita noble y bella, pero muy pobre.

El bueno del villano se unió en matrimonio á la jóven, y á poco se hizo celoso y colérico hasta el extremo de pegar á su

esposa tres veces á la semana, dándole tales bofetadas, que muchas veces quedaron grabados en su rostro los toscos y ásperos dedos del campesino. La pobrecilla no hacia otra cosa que llorar y gemir; pero como tenia buen corazon, siempre perdonaba á su marido, el cual prometia con frecuencia que se corregiría de su brutalidad. Con todo, pasaban las semanas, y el villano continuaba en su manía, de suerte que la infeliz señora se devanaba los sesos para hallar un buen medio de atraer á la razon al rústico.

Un dia, que estaba desesperada, entraron en su casa dos enviados caballeros en magníficos potros blancos, señal evidente de que pertenecian á la servidumbre del rey. Dióles pues albergue, y no tardó en saber que buscaban á un médico habil para que curase á la hija del monarca, la cual hacia ocho dias que tenia clavada en la garganta una espina de pescado sin que nadie hubiese podido extraérsela. «La princesa no come ni duerme, añadieron los enviados, y sufre dolores increíbles; por lo cual el rey, que está profundamente afligido, y que si muere su hija habrá de seguirla al sepulcro, nos ha encargado busquemos á un buen médico para que la salve.

—No vayan VV. mas lejos, repuso la dama; yo conozeo á un médico mas hábil que Hipócrates y Galeno.

—Lo dice V. de veras?

—Es la pura verdad; pero el médico de que hablo es muy caprichoso, y le ha dado por no ejercer su facultad: así es que como VV. no le casquen de lo lindo, no sacarán de él el menor partido.

—Si no es mas que eso, ya le calentaremos las costillas: dónde vive?»

La dama les mostró unas tierras que á la sazón labraba su marido, y los dos enviados, provistos de muy buenos palos, fueron en busca del villano, á quien saludaron en nombre del rey, rogándole les siguiese.

—Para qué? preguntó el campesino.

—Para curar á su hija.»

El patan respondió que sabia llevar el arado, y que si el rey lo necesitaba para esto, podría servirle; pero respecto á la medicina, protestó que no entendia una palotada.

«Esta visto, dijo uno de los caballeros, que nada conseguiremos con los cumplimientos.»

Y echando pié á tierra tanto el uno como el otro, apalearon al rústico por mas que gritó y se desesperó, hasta que al fin prometió obedecer.

Inquieto y cuidadoso el rey por la salud de su hija, acusaba la tardanza de los comisionados, cuando se presentaron estos con nuestro buen hombre, el cual fué conducido inmediatamente á la

cámara de la princesa. El pobre diablo se hince de rodillas y jura por todos los santos de la corte celestial que no sabe una palabra de medicina; pero el rey, enterado del capricho del facultativo, hace una seña, y al momento cae sobre las espaldas del patán una lluvia de palos.

—«Perdon! exclama, perdon! yo la curaré.»

Y como viese delante á la princesa, pálida, moribunda y con la boca abierta, se acercó á ella, y luego que se enteró de la causa del mal, así como del sitio que ocupaba, se dijo á sí mismo:

—«Puesto que el mal está en el cuello, tal vez desaparecerá haciéndola reír.»

Y mandó que encendiesen lumbre, y le dejáran solo con la princesa.

Cuando todo el mundo se hubo retirado, la sienta, se tiende á lo largo de la candela, é imitando los gestos del mono se pone á rascarse con sus negras y retorcidas uñas, haciendo tantas contorsiones y muecas, que la princesa, á pesar de sus dolores, no puede contenerse. Lanza pues de repente una ruidosa carcajada, y al esfuerzo que hace se desprende la espina, la cual es recogida por el villano, diciendo al rey en tono doctoral:

—Señor, la salvé.

Festejado por el monarca y cubierto de magníficos y costosos regalos, trató el campesino de dar la vuelta á su choza; pero una multitud de cortesanos, en la esperanza de que los curaría, se presentaron á nuestro hombre que por haber rehusado recibió de nuevo unos cuantos palos. Para librarse del vapuleo prometió que curaría hasta la última criada; pero cómo componérselas? Este era el punto de la dificultad.

Convocó á todos los enfermos, y les habló así:

—Amigos míos, solo conozco un medio de curación; cual es escoger al que se halle en peor estado, arrojarle al fuego, y luego que esté consumido recoger las cenizas para darlas en ciertas bebidas á los demás pacientes. Violento es el remedio, pero seguro, y respondo de que con él sanarán todos. Cuál es pues el mas enfermo?

—Yo no! dijo uno.

—Ni yo tampoco! exclamó otro.

—«Ni yo! ni yo! ni yo!» gritaron todos, levantándose precipitadamente y tomando las de Villadiego.

Desembarazado el villano por medio de esta astucia de su papel de médico, no permaneció mucho tiempo en la corte, y de vuelta á su aldea se habia corregido en tal manera que su esposa en lo sucesivo solo tuvo ocasion de celebrar la cortesía del marido.

Esta aventura, tan antigua que apenas se sabe el lugar donde acaeció, fué pasando de boca en boca, hasta que Moliere, el

primer autor dramático de la Francia, la acomodó á una de sus mejores comedias, *le Medecin malgré lui*. Traducida al español con el título de *El Médico á palos*, ha estado con razon muy en boga en nuestros teatros, hasta que las obras de una nueva escuela literaria y dramática vinieron á desterrar de la escena esta y otras producciones altamente cómicas.

LA MARIPOSA Y LA ORUGA.

Fábula.

Una linda mariposa
De flor en flor revolaba,
Y festiva acariciaba
Ya al jacinto, ya á la rosa.

Pero en un lirio al posar
Una oruga descubrió,
Y con cólera exclamó:
«¡Quién lo habia de pensar!

Entre odoríferas flores
Un vicho tan pobre y feo?...
Me voy de aquí, porque creo
Que va á manchar mis colores.

—Orgullosa coquetuela,
El insecto la responde,
Cuál es tu cuna? de dónde
Desciende tu parentela?

Recuerda que fué un gusano
Tu padre, y no casquivana
Así te engrias ufana,
Hendiendo el aire liviano.»

Yo aprecio de corazon
Al que, si sube con gloria,
No arroja de la memoria
Su primera condicion.

Pero hoy ¡voto á Merlin!
Muchos que á elevarse llegan,
Muy pronto al olvido entregan
Su origen harto ruin.

Que en este siglo orgulloso,
De ruido y oropel,
Todo el que muda de piel,
Se hace necio y vanidoso.

TENORIO.



EL HIJO DE LA JUDIA.

CRÓNICA DEL SIGLO XIII.

ERA el año de 1350. Las tropas cristianas con su rey Alfonso XI ponían estrecho cerco á la ciudad de Algeciras, cuando el azote terrible de la fiebre amarilla, comunicada desde el campo agareno, llevó la muerte y el estrago al campo de los sitia-

dores. Alfonso XI muere víctima del contagio, y el reinado de su hijo el famoso D. Pedro I el *Cruel* se inaugura con la desolación de una terrible epidemia en todos los pueblos de Andalucía. Empero si el contagio diezaba á los habitantes de todas las poblaciones del reino, para Sevilla habia reservado, por decirlo así, sus dolores mas agudos y sus mas crueles tormentos. La peste se declaró de repente en la populosa ciudad, y estendiendo sus descarnados brazos del uno al otro extremo, queria destruilrila enteramente. Y en verdad que era un espectáculo espantoso el que ofrecian las calles, las plazas y las enercujadas de la pobre Sevilla. La muerte en todas partes; pero una muerte asquerosa é infecta; do quiera el silencio, pero un silencio de luto, de miedo y de horror! Los cadáveres yacian amontonados en el suelo; las casas estaban cerradas: á nadie se veía en las calles, ó si por casualidad alguno se arriesgaba á atravesarlas, corria sin volver la cara atrás, como si el azote le siguiese para caer sobre él duro y terrible.

Vivía en la calle de la Lechera una mujer llamada Sara Felix, cuyo nombre pronunciaban sus vecinos con respeto. Retirada con un hijo, á quien queria en extremo, miraba como hermanos á los que poblaban su calle, porque todos eran judíos como ella, y en aquella época, perseguidos y mirados mal los judíos, hallaban en la unión una recompensa al desprecio que los habia confinado en un rincon de la ciudad. Queríanla tanto mas los judíos, cuanto que conocia ciertas composiciones antipestilenciales, conocimiento que adquirió durante su residencia en Oriente por espacio de muchos años. La bebida que componia no dejaba de ofrecer buenos resultados empleada al principio del mal, y sus coreligionarios tenian la mayor confianza en su remedio.

Como la judía prodigaba el tesoro de salud que poseía, se agotó una mañana, y como si la peste hubiese conocido la extinción de su enemigo, redobló su furor aquel día, y muchos desgraciados se agolparon á la puerta de Sara, implorando su piedad. Llena de compasion la caritativa mujer, quiso preparar la bebida; pero como le faltase una planta indispensable para que surtiese buen efecto, llamó á su hijo, y le preguntó:

«Jacob, no oyes esas voces y esos lamentos que lanzan en la calle?

—Sí madre, respondió Jacob; esos que gimen son Daniel Gamez y Job Manilo atacados de la peste.

—Los salvarías si pudieras?

—Oh! sí: ¿qué debo hacer?

—Atravesando la ciudad....»

Sara se paró de repente, se puso pálida, y comenzó á llorar.

—¿Qué tienes, madre? exclamó el niño.

—Me ha asaltado un pensamiento espantoso, dijo la madre

sollozando... Tal vez al pasar por medio de tantos cadáveres respirarás un aire contagioso, y...

—Y eso qué importa? interrumpió el niño: ¿la ley de Moisés no dice que nos socorramos los unos á los otros?

—Tienes razon, Jacob; tú eres la gloria de la pobre Sara, y Dios te concederá su proteccion. Atraviesa la ciudad, dirígete á la huerta de S. Alberto, y en ella encontrarás la planta que necesito.»

Dió en seguida á su hijo las instrucciones necesarias, y le dijo llorando:

«Anda, querido Jacob; que el patriarca cuyo nombre tienes te proteja, y vuelve pronto á mis brazos para bien de los que padecen y consuelo de tu pobre madre.»

—Adios!» exclamó el niño, y desprendiéndose del cuello de la judía, que lo tenia estrechamente abrazado, se precipitó hácia la calle, mientras su madre caía de rodillas bañada en lágrimas y sin fuerzas, para buscar en la oracion un refugio contra las crueles angustias de la ansiedad.

II.

En el cuartel de S. Isidoro, no lejos de la parroquia de este nombre, se veia una casa mucho mejor que las que la rodeaban, y al frente de la cual se habia parado un grupo de hombres acometidos por la peste. Los mas enfermos, á fuerza de gritar, caian medio muertos; pero el ruido no cesaba, y cada vez acudian mas infelices, agolpándose á la casa, que permanecia cerrada y en el mayor silencio.

«Maldito médico! gritó uno; pues no reserva para él sus remedios de Satanás?

—Los pobres no tienen derecho á que los asista, dijo otro.

—Fuego á su casa, gritó un tercero.»

Es probable que hubieran arrojado un hachon encendido á la puerta del médico, si uno de los enfermos no hubiese gritado:

—«Ahí viene! ahí viene!»

La muchedumbre se precipitó hácia él; pero los soldados que escoltaban al médico rechazaron á los infelices con las picas, y no pudiendo estos sufrir aquel choque, cayeron unos sobre otros sin poderse levantar.

Ademas del grupo de soldados que rodeaba al médico, iban detrás cinco ó seis hombres con un carrillo, los cuales se ocupaban en recoger los cadáveres que yacían en las calles.

—«¿Qué es esto? exclamó el médico al llegar á su casa. Recojed esos cuerpos.»

Acabada esta operacion, sacó un frasquito, roció sobre las piedras parte de su contenido que olía á cloruro, distribuyó á los que le habian acompañado un poco de este licor, y entró en su casa, seguido de un jóven y de tres soldados que se hallaban á sus inmediatas órdenes.

Luego que el médico se retiró á su laboratorio con el jóven, que era su discípulo, ambos se frotaron las manos y las sienes con alcanfor, y dirigiéndose al mancebo su maestro le dijo:

«Oliveros, qué has descubierto sobre la enfermedad?

—Nada de positivo.

—Y acerca de los síntomas.

—Que son tan variados como los colores del arco iris.

—Cuántos muertos ha habido ayer?

—Cerca de seis mil.

—Han tenido muchos los judíos?

—Cinco solamente.

—Cinco! repitió el médico, paseándose con precipitacion: ¿no es una vergüenza que cuando los cristianos caen á millares, esos judíos salgan tan bien librados?

—Dicen que Sara Felix posee un secreto, dijo el discípulo con timidez.

—No me hables de eso, Oliveros, gritó el físico en el colmo de la ira: no hay secretos que valgan... sortilegios de la hija de Satanás!.... á menos que las voces que se han esparcido no tengan algun fundamento.

—A propósito de lo cual debo deciros que el hijo de la judía Sara ha ido esta mañana á la huerta de S. Alberto, donde le he visto coger una planta, cuya propiedad es venenosa: si que-reis, podemos detenerle todavia cuando pase por la plazuela de S. Isidoro.»

El médico sin decir una palabra se lanzó á la calle, y se dirigió á la plazuela por donde Jacob debía pasar, situándose á corta distancia Oliveros y los tres soldados.

Entre tanto Jacob, despues de haber hecho gran provision de la planta que debía salvar á sus hermanos, caminaba alegremente y de prisa. Habia formado un manojo con las yerbas; se lo habia puesto en la cabeza para que nada le embarazase, y pensaba en su madre al mismo tiempo que marchaba.

—«Pobre madre! se decía; cuánto no será su placer! Yo se-caré con mis besos sus lágrimas, y daremos la vida á Daniel... Sí, que mi patrono me ha protegido hasta aquí, y espero que no me abandone...»

Cuando desembocó en la plazuela, el médico dijo á los solda-dos: «que uno de vosotros detenga á ese chico.»

Jacob divisó el grupo, y dudó un momento si volvería atrás ó seguiría su camino; pero acordándose de que los moribundos le

esperaban, se adelantó con resolución, y á los pocos pasos se vió rodeado por los tres hombres de armas, uno de los cuales le puso la mano en el hombro, diciéndole:

—«Sígueme, que quiere hablarte el médico de la ciudad.

—El médico de la ciudad! pensó Jacob; soy perdido.

Y volviéndose hácia el soldado que le tenía sujeto, exclamó:

—«¡Infeliz! no me toqueis, que tengo la peste!

Los soldados retrocedieron con espanto, y Jacob echó á correr como una exalacion.

Oliveros se disponía á seguirle; pero no tuvo precision de demostrar su agilidad, porque aun no se hallaba el pobre judío á un tiro de ballesta, cuando sintió un frio glacial, temblaron sus piernas, y cayó al suelo, soltando el manajo de yerbas.

III.

—«Buena puntería! dijo el médico cuando vió caer á Jacob: bien vale este tiro tres maravedís de plata.»

Y sacando unas monedas de su escarcela, pagó al soldado su bajo asesinato; porque lo que habia detenido al pobre judío en medio de su carrera, no era la peste, como cualquiera presumiría, sino un tiro de ballesta disparado por orden del malvado médico.

Acercóse despues á Jacob, que yacía sin conocimiento; alzó las yerbas, y despues de examinarlas un rato, exclamó:»

—No hay duda! es veneno, y no de los peores... Oliveros, reconocamos á ese chico, pues necesito que viva.»

Inclinóse hácia el muchacho, y declaró que solo estaba desmayado, porque el tiro le habia dado á lo largo de la sien izquierda, y sin duda perdió el conocimiento agobiado con el dolor que debió sufrir al sentirse herido en parte tan delicada.

El médico llamó á los soldados; les mandó que transportasen el judío á su laboratorio, y á pesar de la brevedad de la travesía, no pudieron llegar á casa del doctor sin ser vistos. Un hombre escondido detras de los vidrios de su ventana, los vió pasar, y se dijo para sus adentros:

—«Bien cumple el cirujano las leyes que hay sobre la materia! ¿pués no se lleva un cadáver para disecharlo?

Entre tanto el fisico y sus acólitos entraron en casa; cerraron la puerta; dejaron á Jacob en una sala contigua al laboratorio, y habiendo ordenado el médico á los soldados que se retirasen, sin dar el menor socorro al herido, lo dejó encerrado, y penetró con Oliveros en el santuario de las ciencias.

«Eseucha, amigo, dijo á su discípulo: tengo confianza en tí, y

te voy á revelar mis secretos. No creas que estoy interesado en perder á la maldita judía porque envidio su saber: ¿qué me importan á mí algunos cadáveres mas ó menos?... Ya sabes que hace muchos años abrigo el deseo de vengarme del Señor de Luna, á quien aborrezco de muerte. Hace ocho dias que al retirarme á mi casa solo y ya de noche, comenzó á llover á cántaros, y resolví quedarme en la primera casa donde me admitiesen. Llamé pues á una puerta, y al cabo de muchos instantes se asomó un hombre al balcon, y me preguntó qué queria.

«Albergue por esta noche; le dije.

—En otra parte habrá proporcion; lo que es aquí no podeis entrar.

—Soy el médico de la ciudad.»

Apenas pronuncié estas palabras, bajó el hombre á abrirme, y me introdujo en una habitación donde habia un enfermo, suplicándome lo asistiese. Acerquéme á él, y hazte cargo de cual seria mi alegría al reconocer al Señor de Luna, mi mortal enemigo!... Le miré en silencio saboreando las delicias de la venganza, y me retiré sin querer asistirle.

Al llegar á la puerta me encontré con la maldita judía, enviada allí por mandato del demonio. «Hombre sin piedad, me dijo; ese enfermo no necesita los socorros de vuestro arte; yo le salvaré.»

Salí sin decirle una palabra; mas hoy he visto que cumplió su promesa; he encontrado á Luna, convaliente todavia, pero enteramente sano.... Ahora bien, es preciso que la judía muera, y que su hijo revele los secretos que tanto pueden valerme.

—Qué vais á hacer para conseguirlo? preguntó Oliveros.

—Acusaré á la judía de que ha envenenado las fuentes, y entregaré el chico al verdugo para que cante de plano.

—Magnifico! exclamó Oliveros; yo esparciré la voz de envenenamiento, y vos presentaréis la acusacion á los tribunales.

—Vamos pues», dijo el médico, y se separaron.

Entre tanto Jacob, gracias á la frescura del aposento, habia ido volviendo en sí. Luego que abrió los ojos, miró á todas partes, y estaba admirado de hallarse entre cuatro paredes, en una habitación que no conocia. Se restregó los ojos varias veces como para despertar, y un dolorcillo que sintió en la sien le recordó lo que habia pasado. Se puso entonces en pié, y oyó hablar; aplicó el oido, y llegó á él el nombre de su madre: puso mas atencion, y no perdió ni una palabra de la conversacion habida entre el médico y Oliveros.

Luego que Jacob estuvo cierto de que se habian ido, rompió á llorar, diciendo:

«Pobre madre! el malvado quiere que mueras, y á mí me destina al tormento como si fuese un criminal!»

Pero bien pronto cesó de llorar, y dijo con resolución:
«No, no sucederá esto por el Dios de Israel!.... Yo avisaré á mi madre, y partiremos juntos!.... iremos lejos!.... muy lejos de aquí!.... Mas cómo saldré de este maldito aposento? todo está cerrado!.... Dios mio! Dios mio! Salvad á mi pobre madre!!!....»
Se dejó caer sobre un banquillo de madera, y apoyando la cabeza en ambas manos, comenzó á llorar de nuevo.

IV.

Mientras Jacob se hallaba entregado á sus meditaciones y á su dolor, su buena madre, á quien dejamos en el momento en que buscaba un refugio contra los tormentos de la inquietud, esperaba con ansia la vuelta de su hijo, y se le hacían siglos las horas. Cada vez que oía pasos en la calle aplicaba el oído, extendía los brazos, y clavaba la vista en la puerta por donde debía entrar Jacob; pero los pasos se alejaban poco á poco, y Jacob no entraba. Entonces volvía á rezar la desolada judía, y pedía al cielo, anegada en lágrimas, que le volviese á su hijo.

De pronto se oyó un gran ruido en la calle, y á poco se vió Sara rodeada de hombres y de mujeres que imploraban su piedad.

«Sara, libra de la muerte á mi hermano!....»

— Sara, ten misericordia de nosotros!....

— Bálsamo! bálsamo!»

Entregada Sara á su dolor no comprendió al pronto lo que querían aquellos hombres que no cesaban de gritar; pero de repente exclamó con voz dolorida: «mi hijo! volvedme mi hijo!»

Los apestados la miraron con asombro, y abriéndose ella paso por en medio de los judíos, salió á la calle como una loca, y desapareció, seguida de todos aquellos á quienes la enfermedad había dejado el uso de las piernas.

El primer cuidado de Sara fué dirigirse á la huerta de San Alberto, y despues de reconocer las huellas de su hijo, tomó el camino que conducía á la plazuela de San Isidoro. Si tropezaba en las calles con el cadáver de algun niño, se bajaba para reconocerlo, y cuando veía que no era Jacob, corría con precipitación por en medio de los cadáveres gritando: «Jacob! hijo mio! respóndeme!»

Así llegó á la plazuela, y el hombre á quien ya hemos visto detrás de los vidrios, al oír á Sara se asomó al balcón, y la preguntó:

«A quién buscáis así?

—A mi hijo! lo habeis visto?... Decídmelo por el Dios de Israel....»

—Es judía! «murmuró el hombre, y cerró la ventana.

—Sed generoso, gritaba Sara; decídmelo donde está mi hijo... llevaba una chaqueta verde de sarga, y una gorra amarilla de visera alta....»

Tanto rogó la judía, que el hombre que había permanecido detrás de los vidrios abrió otra vez la ventana, y la dijo:

«Escucha, judía; yo he visto al muchacho de que hablas, y si quieres que sus huesos no se vean despojados de la carne, date prisa, porque ha caído en manos del médico de la ciudad, quien lo ha llevado para disecarlo.»

La pobre madre lanzó un grito que resonó á lo lejos, y cayó en medio de la plazuela sin conocimiento.

En aquel mismo instante entraba Oliveros en casa de su maestro, á quien halló en el laboratorio paseándose como un tigre dentro de la jaula.

—«Qué hay de envenenamiento? preguntó al discípulo.

—Se ha esparcido la voz por toda la ciudad, y el pueblo amotinado quiere matar á los judíos.

—Bueno! por lo que hace á mí he presentado la acusacion, y sea por medio de los tribunales, ó valiéndome de la furia popular, espero satisfacer mi venganza.

—Maestro, ya que he ejecutado lo que me habeis prevenido, ¿no me daréis la llave del arca donde está encerrado el libro que contiene los secretos de la ciencia?

—Mis secretos! repuso el médico pálido como la muerte.

—Así me lo prometisteis.

—Jamás!

—Pues bien! respondió Oliveros; desde hoy me separo de vos.

—Haz lo que quieras,» dijo el médico con frialdad; y se marchó con el manojo de yerbas arrebatado á Jacob.

Oliveros lloró de rabia, se mesó los cabellos, y pensaba en los medios que emplearía para vengarse del médico que tan villamente le había engañado, cuando llamaron á la puerta. Fué á abrir, y una mujer desalentada se precipitó en la casa gritando:

—«Mi hijo!.... dadme á mi hijo muerto ó vivo!....

—Ven conmigo, dijo Oliveros, y condujo á Sara á la habitacion donde habían dejado á Jacob. La madre penetró en ella con los brazos abiertos; pero se quedó como una estatua cuando vió que no había nadie.

—Me habeis engañado, dijo con angustia.

—Cálmate, repuso Oliveros sorprendido.... tal vez haya podido escaparse.... Dicho y hecho, añadió alzando la vista á la ventana; se ha descolgado á la calle. Sin duda alguna lo encontrarás en casa.»

La judía desapareció como un relámpago, y Oliveros no tardó en salir, satisfecho de haber substraído a aquella mujer á la venganza de su ingrato maestro. No por esto vayais á creer, queridos niños, que el pasante sentía el placer que dá una buena accion; no, obraba bien por un sentimiento de odio, y salvaba á la judía únicamente por desbaratar los planes del que ya era su enemigo.

V.

Tal vez mientras reinó el azote en Sevilla no hubo un día de tanta mortandad como aquel en que tuvieron lugar los sucesos que vamos contando. Tristísimo era el espectáculo que ofrecía la ciudad aquella noche; se oía un rumor siniestro y prolongado; los cadáveres eran pisoteados en las calles llenas de gente, y un pueblo entero se agitaba de cólera y de furor contra los judíos, acusados de haber envenenado las aguas.

Ay! hartos ejemplos hemos visto del ciego furor popular en iguales circunstancias: no ha mucho, queridos niños, que el cólera pesaba sobre Madrid, y á la voz de envenenamiento corrió la sangre de infelices sacerdotes en los mismos templos. Pero volvamos á nuestra historia.

La noche de aquel funesto día se puso el sol de un color de fuego, y el horizonte parecía un volcan inflamado, como si al cruel azote que dieztaba la ciudad se hubiese agregado el no menos cruel de las llamas. Agolpada la muchedumbre en la plaza de S. Francisco, lanzaba gritos de furor, y solo faltaba á las masas un impulso para que estallase la cólera popular.

De pronto salió una voz de entre los grupos, y á los gritos de «allí viene el médico!» abrió calle la multitud, y el fisico al son de las ruidosas aclamaciones empezó á arengar al pueblo subido en un tonel, hablándole de los muertos que habia habido en la ciudad el día anterior, y de los pocos que habian tenido los judíos cuando su población subia á tres mil almas.

Un murmullo sordo acogió estas palabras, y el médico, enseñando las yerbas que tenia en la mano, habló de envenenamiento, acusando principalmente á Sara Felix y su hijo.

—«Mueran los judíos!» gritó la multitud.

—Mueran! exclamó el médico; al cuartel de los judíos!» y blandiendo un puñal se puso al frente de la desenfrenada turba, que con antorchas encendidas siguió al doctor, el cual solo pensaba en la venganza.

—«Maestro! le dijo Oliveros atajándole en medio de una calle; perdonadme, que no he tenido razon para abandonaros.

—Retírate, le contestó el médico; déjame y sigue tu camino.

—Perdonadme, maestro, y desde hoy obedeceré sin decir una palabra al que me ha enseñado lo poco que sé.»

El médico titubeó un rato; pero al fin alargó la mano á su discípulo, y haciendo una señal á la muchedumbre, prosiguió su marcha hacia el barrio de los judíos.

Entre tanto la habitacion de Sara era teatro de una escena de otro género. La pobre madre habia encontrado á su hijo, y pasados los primeros momentos de alegría, Jacob la enteró del designio del médico, y la conjuró á que huyese, diciéndola que habia hecho un lio de las mejores prendas, envolviendo todas las joyas, y que llevaba en su escarcela el dinerillo que habia en casa.

La judía cogió á Jacobo de la mano, y ambos se dirigieron á la puerta, pero encontraron un impedimento que no esperaban. Todos aquellos á quienes Sara habia prometido la salud si encontraba á su hijo, iban á exigir el cumplimiento de esta promesa, y en vano quiso Jacob hacer comprender á sus coreligionarios el peligro que corría su madre. El miedo á la muerte habia cerrado sus corazones á la gratitud, y viendo Jacob que su madre estaba en peligro entre aquellos furiosos, la hizo entrar, cerró la puerta, y aguardó á que se presentase mejor ocasion de huir.

Voces siniestras, y el resplandor de las antorchas, anunciaron á los judíos el peligro que corrían; pero se hallaban tan desanimados, que ni aun pensaron en defenderse, y la carnicería duró mas de dos horas.

Al cabo de ellas el médico, fuera de sí, los ojos echando fuego, y el cabello herizado, se dirigió á la casa de Sara, seguido de la insana muchedumbre y por Oliveros, que observaba sus movimientos con extraño interés.

Degollados muchos de los infelices que tenían sitiada á Sara, y derribada la puerta, el médico se arrojó hacia la judía, y tirando á sus pies las yerbas, gritó con voz de trueno:

—«Muere, envenenadora!»

Iba á descargar su puñal, mas sus pies temblaron, y cayó en tierra como herido de un rayo. Varios hombres se habian apoderado de Sara, y asestaban sus puñales contra el pecho de la infortunada, cuando Jacob, que habia recogido las yerbas haciendo frente á los verdugos, exclamó:

—«Deteneos!... la vida de mi madre por la de vuestro médico atacado de la peste!»

La seguridad del niño desarmó á los asesinos, los cuales bajaron las armas, y sin soltar á la judía dieron un consentimiento tácito á lo que proponía Jacob. Este se precipitó hacia la bebida empezada á preparar aquella mañana, y arrojó en ella la planta, causa de tantas desgracias.

Entre tanto el médico se habia incorporado, y dijo con voz débil.

«Sara! Sara! he sido cruel é injusto para contigo!..... dame la vida..... tu bálsamo....»

—Jamás! jamás! exclamó Oliveros: ¿no nos habeis dicho que es un veneno sutil?

—No, respondió el médico haciendo un esfuerzo..... el bálsamo de la judia da la vida.

—Amigos míos, exclamó Oliveros, mi maestro se ha vuelto loco; no permitamos que le envenenen en nuestra presencia. Demos el remedio á ese infiel, y si hace buen efecto.... entonces....

—Por Dios, Oliveros!..... la vida!.... el bálsamo!....

—No, maestro, os quiero demasiado, contestó Oliveros sonriendo, y antes que hayamos experimentado....

—Aquí está la bebida! dijo Jacob.

—A mí! á mí! murmuró el médico.

—Primero al judío! repuso Oliveros, ó perece Sara.»

Asustado Jacob con esta amenaza, dió la bebida á Daniel, mientras el físico articulaba sonidos ininteligibles, en medio de los cuales se distinguia:

«Amigo mio!... me muero!.... sálvame! sálvame!

—Qué efecto hace el remedio? preguntó Oliveros á Jacob.

—Obra poco á poco.

—Pues no veo señal alguna de curacion.

—Esperad un cuarto de hora, y veréis á Daniel en pié... Pero dejadme salvar á vuestro maestro.

—Cuando Daniel se levante.

Transcurrido el fatal cuarto de hora, Daniel se levantó débil pero sano, y los asesinos reclamaron el bálsamo para el facultativo.

«Sería inútil; dijo Oliveros; mi pobre maestro acaba de morir.

—Qué hacemos con esta mujer? preguntaron los malvados.

—La vida de mi madre, gritó Jacob, y os doy el bálsamo.»

Aceptada la propuesta por los asesinos, soltaron á Sara, en cuyos brazos se arrojó Jacob.

«Para nosotros el bálsamo! exclamaron los hombres.

—Para nosotros la libertad! gritó Jacob, cogiendo de la mano á su madre.

—Y para mí el libro de las ciencias!», dijo Oliveros, mirando al médico tendido á sus pies.

Sara y su hijo se lanzaron á la calle; pero tres ó cuatro desalmados, que los conocieron, iban á detenerlos, cuando se presentó un hombre armado de punta en blanco, con dos criados que llevaban dos mulas del diestro, perfectamente enjaezadas.

«Judía, dijo á Sara; una para tí y otra para tu hijo. El Señor de Luna te debía la vida, y viene á pagar su deuda.»

Quince dias despues Sara y Jacob se hallaban en Africa, donde vivieron en paz, siendo citado Jacob como modelo de piedad filial.

En cuanto á Oliveros, no disfrutó mucho tiempo del tesoro de las ciencias, adquirido por medio de un asesinato. Algunos dias despues le hallaron muerto en su laboratorio.



Vista del Alcázar Real de Sevilla.

En la página 43 hemos dado la descripción de este suntuoso edificio, de que presentamos hoy una exacta vista á nuestros lectores representando el acto en que el último monarca Fernando VII visitó en 1823 aquel regio palacio.

EL CAZADOR DE DOCE AÑOS.

CUANDO todavía era joven el actual marqués de Villafranca, solía residir largas temporadas en un magnífico soto llamado de *Oñana*, que posee en el condado de Niebla. Cierta día le hablaron de un pastorcillo de doce años que con una honda mataba muchos conejos y liebres, sin que ningún castigo hubiese podido corregirle. Ni los tirones de orejas de los guardas, ni los golpes de su padre, ni la amenaza del calabozo le habían hecho abandonar su culpable industria.

No creyendo el marqués en semejante destreza, al día siguiente se dirigió al sitio en que solía apostarse el cazador, á quien no tardó en encontrar. Acercóse á él de repente, y le dijo con severidad:

—Con que tú eres el que te atreves á cazar en mis tierras?

—Señor, respondió el chico temblando, perdóneme V.

—Por qué matas mis liebres?

—Por qué? repitió el chico rascándose la oreja; lo hago por diversion..... y además porque somos muy pobres; mi madre está mala, y si de vez en cuando no matase una liebre, jamás veríamos en casa la carne.

—Pobre niño! pensó el generoso marqués; pero recobrando muy luego el tono severo, le dijo:

—Cualquiera que sea el motivo, haces muy mal: dónde están tus armas?

—Mírelas V., Señor, dijo el niño sacando la honda de la faltriquera.

—Con esto matas la caza!.. y cómo te las compones?

—Toma! cuando el guarda pasa por el bosque con sus perros levanta la caza, y como hay tanta, luego que se retira hacia el llano, no la dejo escapar.»

Y diciendo esto hacia ademan de disparar la honda.

—Si yo te levanto una liebre, estás seguro de poderla matar?

—Vaya si lo estoy.

—Prepara pues la honda, que voy á penetrar en el bosque y á hacer una batida; sea liebre ó conejo, dispárale, porque necesito que mates algo.»

Los ojos del cazador brillaron de alegría; pero de repente le asaltó una reflexion.

—Señor, y si el guarda nos coje?

—No tengas cuidado, dijo el marqués sonriendo, que yo respondo de todo.»

Y penetrando en el bosque se puso á dar con un cayado en

los árboles y el matorral, no tardando mucho tiempo en levantar varios bichos.

El niño mató una liebre, y admirado el marqués de su destreza, al mismo tiempo que compadecido de la pobreza de sus padres, le otorgó permiso para cazar, con la condicion de que nunca usaría otra arma que la honda, ni mataría mas que dos liebres por semana.

No podemos asegurar si el cazador se abstuvo de infringir esta última prohibicion: lo único que sabemos es que el señor marqués de Villafranca cuando dejó el soto, encargó á los guardas fuesen indulgentes con el chico. T.

DEUDA DE HONOR.

Ya sabeis, queridos niños, que vienen á Madrid muchos mancebos pobres, con el objeto de estudiar la ciencia de la medicina en el colegio de San Carlos. Para poder mantenerse, los unos escriben por cierto estipendio, los otros se hacen ayudas de cámara, y todos buscan un rincon donde albergarse y trabajar en las horas que no son de estudio. Loable empeño el de unos jóvenes que ganosos de gloria, y con el fin de ser útiles á su familia, pasan los mejores años de su vida entre los libros y los quehaceres domésticos, nutriendo su mente de ideas y nociones científicas, y acostumbrando su cuerpo al trabajo y la fatiga!

Manuel de la Cámara, hijo de Segovia, servia á un señorito eleganton, que no se ocupaba en otra cosa que en jugar, pasear, concurrir al Prado, asistir al teatro, y visitar por mañana y tarde. Durante los dos primeros meses, recibió el estudiante de medicina el salario convenido; pero al cabo de ellos, se hizo el prudente su amo, y en vano pasaban los días, las semanas y aun los trimestres, porque el bueno del solteron no daba un cuarto á su barbero y ayuda de cámara. Viendo este que nada adelantaba á su lado, le exigió un recibo de la cantidad que era en deberle, y pasó á servir á otro, sin abandonar empero su principal objeto, esto es, el estudio.

Solia el pobre estudiante presentarse de vez en cuando á su antiguo amo, para pedirle su dinero; mas siempre le respondia:

«Por hoy no puedo; otro día te pagaré.»

Pero fueron transcurriendo días y mas días, sin que el empedernido deudor diese un peso duro á cuenta de los doce que legítimamente habia ganado Cámara.

Al fin cierta mañana fué este introducido en el gabinete del eleganton, y le halló contando dinero.

«Hoy sin duda saldremos de nuestra cuentecita? dijo el estudiante con el recibo en la una mano y en la otra el sombrero.

—Imposible, contestó el deudor.

—Pues cómo? y este dinero.....

—Este dinero, dijo con indolencia el calavera, no es mío! Anoche he perdido seis onzas, y como las deudas de honor se pagan al momento, ahora mismo voy á pagar la mia.

—Tambien lo que V. me debe es deuda de honor!

—Sin duda; pero tú tienes un recibo con mi firma, y si de pronto dejára yo de vivir, te pagaría mi familia, sin que perdieses un ochavo. El otro acreedor, por el contrario, solo cuenta con mi palabra, y si me muriera lo perderia todo. Ya ves que no son iguales estas deudas, y por lo tanto hoy no puedo pagarte.»

Luego que el estudiante oyó esto, dió dos pasos atrás, puso su sombrero en una silla, y cogiendo el recibo con ambas manos lo rompió gravemente.

—«Ya no tengo recibo contra V., dijo en seguida, y por lo tanto tambien nuestra deuda es deuda de honor.»

El calavera comprendió cuánta honradez y galantería encerraba la accion de Cámara; le hizo sentar, almorzó con él, y luego que hubieron concluido, le contó los 240 rs. duro sobre duro.

T.

CELESTINA.

Hace pocos días que á eso de las diez y media de la noche, al pasar por la Plaza Mayor una niña de siete años llamada Celestina, la salió al encuentro otra chica de su edad, diciendo con voz llorosa:

—«Señorita, me dá V. un poquito de pan por el amor de Dios? tengo mucha hambre!

—Dios mío! respondió Celestina, toma, que casualmente traigo un bollo que me ha comprado mamá; pero qué pálida estás! cómo lloras!

—Es que hace mucho tiempo que estoy aquí, replicó la niña devorando el bollo; tenia miedo, mas aguardaba á que pasase una niña como V.

—No tienes mamá que te cuide?

—Mi madre murió hace cinco meses, y mi padre me trajo aquí esta mañana; pero me dijo que le esperára, y no ha parecido. Sin duda me ha abandonado, porque ayer dijo á una vecina que se iba de Madrid.

—Mira, dijo Celestina, yo tengo un papá muy bueno y una buena mamá: ven á mi casa, y ellos te cuidarán: luego que te vistan como yo, iremos juntas á la maestra, y serás mi hermanita, no es verdad?»

Y la encantadora niña cogió de la mano á la pobre abandonada, encaminándose á su casa en compañía de una criada que no

había hecho mas que oír y callar. Luego que vió á su madre, la dijo.

—Mamá, te traigo una niña á quien su padre ha abandonado de intento: quieres que se quede en casa? Tú eres muy buena para conmigo, y ya ves, con lo que me das todos los días habrá lo suficiente para las dos.

Los deseos de la generosa niña han sido satisfechos como debían serlo por su padre y su madre, honrados artesanos á quienes el trabajo y la economía suministran lo necesario para vivir con comodidad. La abandonada niña, vestida con los trajes de su hermana adoptiva, va á ser enviada á la escuela, y á juzgar por la sencilla gratitud que manifiesta, puede creerse que el honrado matrimonio que la ha recogido no tendrá que arrepentirse de su generosidad.

EL NIÑO Y LAS HABAS.

Fábula.

Por en medio de un habar

Pasaba un niño una tarde,

Y con desdeñosa voz

Aquesto dijo á su padre:

«Vaya una planta mezquina!

Ni fragante olor esparce,

Ni tiene, como otras muchas,

Hojas que la vista encanten.»

Habría corrido un mes

Cuando ambos paseantes

Tornaron al mismo campo,

Sentándose en medio á un valle.

«Ay! qué olor tan delicioso!

Esclamó el niño al instante;

Papá, papá, este aroma

De qué planta ó yerba sale?

—Hijo mio, de esas habas

Que con desprecio miraste

Cuando, sin flor, todavía

No perfumaban el aire.»

Oh niños, tened presente

Que bajo un grosero traje,

Suele hallarse un corazon

Tan puro como el de un ángel.

TENORIO.



EL ESPADACHIN.

I.

EL 11 de mayo de 1686 una pesada berlina tirada por dos vigorosos caballos entraba en la ciudad de Salamanca, y una de las personas que iban dentro sacó la cabeza por la ventanilla diciendo á su cochero:

—Vé despacio, Claudio, pues no quiero atropellar á nadie:

deja ir los caballos á su paso natural, y pregunta al primero que pase dónde está situado el colegio de Santiago el Mayor.

Luego se recostó en los almohadones, y dirigiéndose á una mujer que la acompañaba, añadió:

—Cuánto deseo tengo de abrazar á mi hijo!

—Y yo me atrevo á asegurar, señora, que el señorito debe tener igual deseo, porque sin duda alguna espera nuestra llegada.

—He escrito al director; pero como los correos se hallan en tan mal estado, mucho temo que no haya recibido mi carta.

—Está decidida la señora, preguntó el cochero con tosco acento, á no atropellar á nadie?

—Por qué lo dices, Claudio?

—Porque hay parada una porción de gente, y no es razón que yo no pueda atravesar á galope las calles de esta ciudad.

La señora sacó otra vez la cabeza, y se puso pálida como la azucena.

—Paulina, no ves á un joven en medio de la multitud?

—Dónde, señora? preguntó el ama de leche fijando sus ojos en el grupo.

—Allí, allí, cerca de la esquina.

—Veo á muchos, señora.

—Aquel que está vestido de paño pardo, y tiene un sombrero blanco, adornado de una pluma encarnada.

—Ya lo veo, señora, ya lo veo.

—No se parece á mi hijo?

—¿Qué decís, señora?... vuestro hijo no es tan alto, y además siempre lleva el manto y la collareta, como que sigue la carrera de la iglesia.

—Ya hace dos años que no le hemos visto, Paulina, y puede haber crecido.

—Sus cabellos eran menos negros que los de ese pillastre, señora.

—Sí, pero con la edad ennegrecen los cabellos.

—Con que no atropellamos á nadie? Dijo el cochero con enfado.

—Ya te he dicho que no, Claudio, respondió la dama con cierta autoridad.

—Entonces la señora, repuso el cochero, tendrá que esperar á que la gente despeje, porque no se puede dar un paso sin tropezar con algun canalla.

—El canalla lo serás tú, replicó uno de los hombres que se hallaban mas cerca del cochero.

—Calla, repuso éste, ó te cruzo la cara de un latigazo.

—A mí, señor lacayo?

—A ti, canalla.

—Quién nos dice canalla? demandó un viejo con furia.

—Este galopin, respondió el de la disputa.

—Con que nos ha llamado canalla! replicó otro, y habiendo circulado entre la multitud la palabra *canalla*, todos se agolparon hácia el coche en ademan amenazador.

—Corramos las persianas, señora, exclamó Paulina, ejecutando el consejo que acababa de dar. Estos hombres serán capaces de todo si descubren que no hay en el coche mas que dos pobres mujeres!

—Abajo! abajo! gritaron unos pocos en tumulto, dando al coche un violento empuje.

La dama comprendió que se habia trabado un combate entre el cochero y la gente, y no atreviéndose ni a moverse ni á respirar, se mantuvo en un rincon, y escuchó temblando el ruido que iba en aumento, no sin esperar de un momento á otro ver muerto á su cochero, sueltos los caballos, roto el coche, y ella, así como la nodriza, obligada á atravesar aquella multitud furiosa, que la insultaría sin miramiento alguno.

Escesivo era su miedo, cuando la portezuela del coche se abrió, y una voz juvenil pronunció estas palabras:

—¿A dónde quiere la señora que la conduzca?

—Al colegio de Santiago, respondió la dama sin mirar al que le hablaba.

—Lo agradezco mucho, dijo el joven; se me ha olvidado el camino de ese colegio, y no pienso en poner los pies en él.

—Entonces, á la primera posada, ó á donde tengais á bien, se apresuró á decir la dama, no atreviéndose á descubrir el rostro por no ver los muertos y heridos que debía haber en torno suyo.

II.

La portezuela se cerró, partiendo la berlina á galope.

—Habeis visto, señora, al diablo que nos conduce? dijo Paulina cuando sintió el sacudimiento dado al coche para ponerse en marcha.

—No, Paulina, respondió la dama temblando todavía: ¿qué le habrá sucedido á Claudio en este tumulto espantoso?

—Quién sabe, señora?... Tal vez haya muerto... ¡qué gente, virgen santa! ¡qué gente tan soez!.... ¿No habeis visto al borracho que nos preguntó á dónde queríamos ir?

—No; era feo?

—Espantoso, señora, espantoso; figuraos una boca abierta hasta las orejas, ojos de mochuelo, cabellos rojos, y una nariz... yo no he visto una nariz por el estilo... y luego una estatura de gigante... pues y su voz?... qué voz tan terrible, señora!...

:

—No lo creas, Paulina; su voz era muy dulce, y si he de decir la verdad, me pareció que oía la voz de mi Teodoro.

—Lo que es una madre! exclamó la nodriza; la voz del señorito, que es tan dulce y tan suave!

—Hola!... muchacha.... mozo!... se puso á gritar la misma voz que á la señora de Lerin, pues así se llamaba la dama, le parecía tan dulce y á Paulina tan terrible; ¿dónde está el huésped de la posada del *Toro*?... ea, prevenid habitaciones y una buena comida... Arrancad las verduras, retorced el pescuezo á todos los pavos, que viene jente...

El coche se paró, abrióse la portezuela, y la misma voz añadió:

—Ya habeis llegado, señoras.

Y otra voz mas gruesa dijo:

—Cuando gusten pueden bajar las señoras.

Todo esto fué dicho tan pronto que la señora de Lerin no tuvo tiempo, ni la necesaria presencia de espíritu para detener á la primera persona que la habia hablado; pero la habia visto, y aunque mas alto y de cabellos mas oscuros reconoció á su hijo, exclamando:

—Teodoro!

Pero ya el jóven habia desaparecido, y solo se presentaba á la portezuela del coche el semblante vinoso del huésped de la posada del *Toro*.

La señora de Lerin y Paulina se apearon, y apenas ocuparon una habitacion, aquella preguntó al posadero si conocia al jóven que la habia conducido.

—Si le conozco, señora? respondió; es el mas valiente espadachin de toda la ciudad, y entre todos los pendencieros se distingue por su audacia, su gallardía y su apostura.

—Cómo se llama? preguntó con interés la de Lerin.

—Listo, osado, sin desamparar nunca la espada, que ha desenterrado de no sé dónde, acude á donde hay ruido, y se divierte en dar y recibir porrazos, aunque si se ha de hablar en justicia, siempre da mas que recibe.

—Cómo se llama? preguntaba la pobre madre con angustia.

—Pero tambien es el primero, señora, que acude á donde hay peligro: la última semana salvó á un muchacho que iba á abrasarse en un incendio: ayer mismo sacó del Tormes á un hijo mio que se cayó jugando junto al puente; porque habeis de saber que el espadachin nada como un pez.

—Mas cómo se llama? dijo la señora de Lerin; por el amor de Dios decidme su nombre.

—Su nombre! repuso el huésped admirado; ni lo sé ni he pensado en preguntarlo. Aquí le llamamos el espadachin, ó el pendenciero, ó el valiente tahir.

El posadero salió dichas estas palabras, y la señora de Lerin dijo á la nodriza.

—Paulina, es mi hijo, lo conozco.

—En verdad, señora, que no sé como podeis figuraros que el señorito sea el espadachin de que ha hablado el posadero. El hijo de un valiente marino muerto en defensa de su patria, el jóven destinado á la carrera de la iglesia habia de ser el mónstruo que yo ví? Imposible, señora, imposible.

El huesped interrumpió á la nodriza, diciendo á la de Lerin.

—Señora, acabo de saber que el espadachin ha librado á vuestro cochero de manos del populacho, el cual queria hacerle tomar un baño de agua fria en el Tormes para enseñarle á ser político..... En seguida el pendenciero acaba de entrar en la sala de armas, que está aquí cerca, para ejercitarse en tirar al florete con otro espadachin..... Si quereis divertirlos, señora, venid conmigo á la sala, á donde se dirige medio Salamanca.

—Con mil amores, dijo la dama, aprovechándose de la ocasion para asegurarse por sí misma de si efectivamente era su hijo, ó si la habian engañado su corazon, sus ojos y sus oidos. Cubrióse pues con un espeso velo, y siguió al huesped con gran asombro de Paulina.

III.

Cuando la viuda de Lerin y Paulina se presentaron á la puerta de la sala de armas, fueron rechazadas por la multitud de curiosos que se cruzaban al entrar y salir, y ya la dama iba á renunciar á su deseo de ver el desafio, cuando el maestro de esgrima se acercó á la elegante forastera, diciendo:

—Si la señora quiere presenciar el asalto, yo le proporcionaré sitio: será tanto mas curioso, cuanto que ya no es al florete sino á espada, ó, lo que es lo mismo, un desafio á muerte..... El mas jóven no tiene diez y seis años, pero es muy hábil..... como que yo he sido su maestro..... Su antagonista tiene mucha mas edad que él, pero no es tan diestro..... Sitio, señores, sitio á una dama!..... ¿Veis bien, señora?

—No mucho, respondió la de Lerin; solo veo el rostro de uno de los adversarios..... Pero Dios mio! se van á matar.

—Nada temais, señora, porque son muy diestros..... uno..... dos..... bien!..... perfectamente!..... Mirad, señora, el mas jóven se vuelve hácia nosotros; no le veis la cara?

—Detenedlos, señor, detenedlos, se puso á gritar la viuda, apenas fijó los ojos en el mas jóven de los combatientes; por el amor de Dios, impedid el duelo.

—Dios me libre, señora; son muy valientes los dos para que yo

me prive de semejante espectáculo; pero callad, porque vuestra voz puede distraer á uno ú otro, y causar su muerte..... Callad, señora, que es un verdadero combate.»

Esta palabra cerró la boca á la pobre madre; pero al mismo tiempo suspendió todas sus facultades, de suerte que ni tenía fuerzas para huir ni valor para quedarse.

—Por piedad..... impedid el desafío, dijo al maestro de esgrima con la voz cortada y respirando apenas.

—Impedir el combate, señora!.... ni por pienso, dijo el maestro indignado, y siguiendo con ansiedad á la par que alegría los golpes de los combatientes, cuyas espadas se cruzaban con tal rapidez, que era preciso ser muy inteligente para ver algo mas que encarnizamiento.

A poco se escapó un grito al mas jóven de los adversarios, y la señora de Lerin cayó sin conocimiento en brazos de la nodriza.

Cuando recobró sus sentidos, se hallaba en la posada del *Toro*, y sentia que una boca la cubria de lágrimas y de besos. En pié delante de ella estaba Paulina mirando á un individuo arrodillado á los pies de la señora de Lerin, y el posadero y algunos criados se mantenian á cierta distancia. La viuda se bajó para ver al que la estrechaba la mano, y conoció al que había conducido el coche así como al diestro espadachin de la sala de armas.

—Mal hijo! dijo con profundo dolor.

—Perdon, madre mia, perdon, contestó el osado mancebo, convertido de repente en el mas tierno de los hijos.

—Pero estás herido? repuso la madre, recordando el grito de Teodoro.

—Nada, un arañazo en el hombro..... me perdonais, mi buena mamá?

—Pero Teodoro, por qué dás tanto que sentir á tu madre?

—Oh! decid que me perdonais.

La señora de Lerin levantó al muchacho besándolo en la frente, y Paulina dijo con aire de incredulidad:

—Pero, señora, creéis que este espadachin es el señorito?

—No es verdad que ha crecido? preguntó la madre mirando con orgullo á Teodoro.

—El demonio es muy malo, señora, y vos demasiado crédula, dijo la nodriza con aire apesadumbrado.

—No me conoces, Paulina? saltó Teodoro, dirigiéndose con los brazos abiertos á donde estaba la nodriza. No conoces al niño á quien meciste, acariciándolo y mimándolo, y al cual diste las primeras lecciones de glotonería?

—Atrás, Belcebú, exclamó Paulina retrocediendo con espanto, y añadió persignándose varias veces: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La señora de Lerin no pudo menos de reirse del miedo de la nodriza, y luego dirigiéndose á Teodoro le dijo:

—Pero por qué has salido del colegio? cómo es que te encuentro dando de cuchilladas por esas calles?

—Mamá, lo he pensado muy bien, y conozco que el estado sacerdotal no es para mí el mas adecuado: por esto he dejado el seminario, querida mamá..... y luego á un hijo de un marino le conviene el mar.....

—Sin embargo, dijo la madre sonriéndose, la tierra, si he de creer lo que dicen en esta ciudad, te agrada muy mucho.

—Sí, replicó el mancebo; pero como llegue á ser marino, prometo no volver á poner los pies en ella, sino para venir á abrazar á mi querida mamá.

—Pues bien! ya sabes la guerra pendiente con Francia; la familia de tu padre arma una fragata de diez y ocho cañones, y en ella harás tu primera campaña.

IV.

Embarcado en efecto Teodoro Lerin en la *Santa Isabel*, prestó muy buenos servicios en las aguas de Cataluña, peleando contra los franceses que invadieron el Principado y llevaron la desolacion hasta las puertas de Barcelona.

Mas tarde, su familia, admirada de su valor, le confió el mando de la misma fragata, á bordo de la cual peleó con denuevo contra los moros que habian sitiado á Ceuta pero que tuvieron que cambiar en bloqueo el sitio de esta plaza y la de Melilla, despues de perder la mitad de su gente.

Muerto Carlos II, subió al trono de España Felipe V, y habiendo atacado la Andalucía en 1702 la escuadra combinada de Inglaterra y Holanda, Lerin se portó como un valiente en aquella lucha, colmándole el monarca de honores y distinciones.

En medio de tantos reveses como sufrió España en aquel tiempo, Teodoro Lerin sobresalió por su arrojo y mucho mas por su fidelidad al monarca nunca desmentida. Murió tan esforzado marino á los cincuenta y tres años de edad, dejando tres hijos, los cuales en sus respectivas carreras siguieron con gloria las huellas de su padre.

EL SECRETO DE EMILIA.

UNA hermosa tarde del mes de agosto de 1838 hallábase sentada en un banco de piedra del Buen Retiro una señora anciana, y á sus pies se veía un sombrero de paja, un chal y una sombrilla, prendas de una niña como de trece años, que con la frente húmeda, brillantes los ojos y las mejillas sonrosadas, se divertía, así como sus compañeras, en ver un diluvio de hojas, coronas doradas que el otoño ciñe en la frente de los árboles, y que un viento algo desatado hacia volar en espesos torbellinos.

Bien sabía la abuela de Emilia que los niños se rien de cualquiera cosa, de un mechón de pelo que se desprende del peine, de un rayo de sol que viene á deslumbrar á uno, de una chanza, de la torpeza ajena, y á veces de la nuestra; pero quería mucho á su nieta, y como iba refrescando, llamó á Emilia, disponiéndose á abandonar el Retiro.

Irse al mejor tiempo! cuando el viento azotaba mas y mas las hojas! cuando comenzaba á aspirarse el perfume de la noche! Esto era para desesperarse; pero Emilia propuso como término medio á su buena abuelita que la permitiese ir al siguiente día, acompañada de la fiel Dorotea, á dar de comer á los patos del estanque, para lo cual se abrigaría perfectamente con su chal y su sombrero. Vaya V. á negar semejante petición á una niña amable y bonita!... La señora de Medina dió pues su permiso, y además magníficos dos reales para subvenir á los gastos que iba á originar aquel banquete repentino.

Alegre y á paso ligero, Emilia cruzó las calles, y al fin de la de Alcalá compró unos bollos para obsequiar á los moradores del estanque, y no volvió á casa hasta pasadas dos horas. Empero entonces sus ojos no brillaban de placer, y cuando la señora de Medina, sobresaltada de su palidez y de su tristeza, la preguntó qué tenía, Emilia respondió estas palabras:

«No lo sé, estoy mala, y tengo frío!»

Ya hemos dicho que Emilia tenía trece años, mas era todavía tan chica y delicada que solo representaba diez ú once, de suerte que su padre, que hacia ya tiempo enviudara, y su abuela materna, los cuales componian su única familia, no se cuidaban de otra cosa que del bienestar y la salud de su querida Emilia. Figuraos pues cuanto no sería el pesar de la buena señora al oír las palabras de su nieta; asustóse en extremo, y creyó que aquel

frio repentino ocultaba el germen de una odiosa enfermedad, tal vez la que habia conducido al sepulcro á su hija única.

Por fortuna desapareció el frio, y Emilia siguió yendo al Retiro, porque habia tomado tal cariño á los patos, que no podia dejar pasar una tarde sin verlos. El invierno fué á sorprenderla en medio de su capricho, y si exceptuamos el domingo que la niña iba á oír misa á S. Ginés con la buena de Dorotea, no salia jamás de casa.

Bien es verdad que la morada de D. Indalecio Montes ofrecia mil atractivos: habia tertulia una vez á la semana; siempre se quedaba á comer algun amigo, y como la fortuna del dueño, confundida con la de su suegra, facilitaban mas de lo necesario, aunque sin hacer ostentacion de un lujo inútil, no carecian de nada absolutamente.

Así es que apenas Emilia manifestaba el menor deseo, apresurábanse á complacerla, y ya se le antojase un libro propio de su edad, ya apeteciese un bordado nuevo de tapicería, ya pusiera las mientes en un lindo dibujo, aun no habia transcurrido el dia cuando ya se lo presentaba su bondadoso padre. Mas hé aquí que de pronto sale con el capricho de que no la gusta nada de cuanto la dan, y pide á su padre le permita comprar sus cosas en compañía de Dorotea, para lo cual se contentaría con muy poco.

Es imposible no acceder á los deseos de una persona amada: Montes dió poquísima importancia á la peticion de su hija, á la cual señaló seis duros al mes para sus gastos menudos, pues por lo que hace á la costurera y á la modista, esto quedaba á cargo de la señora de Medina.

Transcurrió mas de un año, durante el cual creció Emilia, se fué embelleciendo, aprendió cuanto la enseñaron, y solo se la conoció un defecto, uno solo. Emilia se hizo avara, la sórdida avaricia se apoderó de ella, y tanto su abuelita como su padre se afligían profundamente, sin atreverse á decirla ni una palabra, porque ya no era una niña, y temian humillarla sin fruto alguno; otras veces confiaban en que con el tiempo se corregiría, figurándose que aquella manía de amontonar dinero provendría de algun capricho, natural en los primeros momentos en que uno llega á poseer lo que ha deseado por mucho tiempo.

Pero en el fondo no dejaban de estar tristes, pues su natural generosidad les presentaba bajo el aspecto mas feo las continuas mezquindades de Emilia para economizar y guardar dinero, porque de seguro no gastaba un duro de los seis que le daba su padre. Cuando la llevaban un pañuelo nuevo, ó la hablaban de un cinturón, Emilia registraba la cómoda, zurcía el vestido si estaba roto, decia que era muy lindo, y se lo plantaba aun los dias de fiesta.

¡Cuando llegó el cumpleaños de su padre, le regaló unas bonitas chinelas de tapicería, pero de muy poco valor, y para contentar á su abuelita la dió unos vuelos bordados, pero sin el menor adorno. Para que conociese su falta, Montes trató á su hija con mas generosidad, dándola, además de lo necesario para comprar un sombrero, diez duros en un bolsillo de valor.

—«Toma, la dijo, con esto cubrirás los gastos que hayas hecho para bordar las chinelas y los vuelos.»

Sangrienta ironía, porque ella misma los había bordado, sin tener que gastar un ochavo; comprendió pues el sentido de las palabras de su padre; pero, cosa extraña! la alegría que experimentaba al recibir aquella cantidad, disminuía en mucho la pena que sentía por haber merecido una lección tan dura, sin que pronunciase una sola palabra de arrepentimiento.

Al dia siguiente, de orden de su padre, y acompañada de Dorotea, Emilia salió á comprar un sombrero, porque se trataba de hacer una visita, y Montes la habia encargado comprase una cosa buena, sin regatear sobre el precio. Pero en vez de obedecer á su padre, y comprar un sombrero de terciopelo adornado de preciosas flores, Emilia tomó el mas sencillez que encontró de gró de Nápoles, sin adorno, sin flores, y cuyo aspecto hizo arquear las cejas á la abuela cuando se lo enseñó.

—«Y has dado por él una onza? dijo mirando á Emilia con severidad.

—Abuelita, respondió la jóven, qué importa el precio si me sienta bien?

—A tu edad todo cae perfectamente, menos la desobediencia á los padres.

—Y menos la avaricia, dijo Montes que acababa de entrár, la sórdida avaricia, pasión que oculta á los ojos de Emilia sus continuas impertinencias, el ridiculo que las acompaña, lo mal miradas que son las jóvenes viciosas, y sobre todo el dolor de un padre.»

Dicho esto, se dejó caer sobre una silla profundamente afligido, y al oír Emilia aquellas palabras encerradas hacia tiempo en el paterno corazón, y que al fin se escapaban, al ver el sentimiento que causaba al mejor de los padres, se puso pálida, y arrojándose á los pies de aquel á quien habia ofendido, solo pudo decir antes de desmayarse:

—«Perdóneme V. y se lo contaré todo!»

Dorotea acudió al ruido de la campanilla que tocaba con fuerza la señora de Medina, y condujeron á Emilia á su cama, llamando al instante á un médico. No tardó éste en llegar, y declaró que á causa de la calentura que acababa de entrarle, necesitaba mucha tranquilidad, con la cual al cabo de dos dias estaría buena.

Emilia se vió, pues, condenada á guardar completo silencio, y luego que estuvo mas recobrada de la agitacion que habia sufrido, su padre la abrazó con cariño, asegurándola que no dudando de su arrepentimiento no volvería á hablarla de lo pasado. A lo cual solo respondió Emilia:

—Sí, todo se lo diré á V., y en lo sucesivo no le ocultaré cosa alguna!»

Palabras que excitaron la curiosidad de Montes, quien toda la noche estuvo pensando en la conducta misteriosa de su hija.

Era domingo al día siguiente, y la señora de Medina y su yerno acababan de almorzar en la sala. Dorotea se ocupaba en quitar la mesa, y Montes, acercándose al balcon, dijo con aire distraido, al ver la lluvia que caía á torrentes:

—«Qué tiempo tan perverso!

—Yo lo siento por la pobre Guadalupe, dijo Dorotea.

—Quién es Guadalupe? preguntó la señora de Medina.

—Una chica rubia como un ángel, que jamás pierde una misa, y que siempre se pone al lado de la señorita.

—Y hablan mucho una con otra? preguntó la anciana.

—No hablan, sino rezan, dijo Dorotea picada; *buenos días, buenos días*, y nada mas. Sin embargo, la pobre Guadalupe quiere mucho á la señorita Emilia, porque un día que no la dejó V. ir á misa á causa, de estar constipada, la chica se acercó á mí en la iglesia pálida y llorosa, preguntándome qué tenía la señorita, si era cosa de cuidado, y muchas otras cosas, acerca de las cuales no entiendo una palabra.»

El padre y la abuela de Emilia se miraron, y la virtuosa anciana tomó la palabra para manifestar el pensamiento de los dos.

—«Qué triste estará la pobre Guadalupe! Vé á buscarla, Dorotea, y tráela aquí.... S. Ginés está cerca, y deseo conocer á la protegida de mi nieta.»

Dorotea sin decir una palabra salió de casa, y se dirigió á la iglesia, volviendo un cuarto de hora despues con una niña de once á doce años, cuyos menudos pies calzaban zapatos ordinarios, que llevaba puesto un vestido de coco azul muy limpio, y un pañuelo de percal negro á la garganta. Lo demás estaba oculto bajo un paraguas de tafetan verde que tenia en la mano Dorotea, de suerte que la señora de Medina y Montes, que la divisaron á través de los vidrios, no pudieron ver mas.

A poco entró en la sala, y cuando se vió en su presencia, la pobre niña se puso encarnada, y en vez de seguir, dió un paso hácia la puerta; mas revelaba tanto candor su lindo rostro, que la anciana la dijo:

—«No tengas miedo; Dorotea me ha dicho que quieres mucho á mi nieta, y he querido sacarte de inquietud trayéndote á verla: lo sientes acaso?»

—Sentirlo? dijo Guadalupe acercándose á la anciana, al contrario: es tan triste no ver á las personas que una quiere!»

—Cuánto tiempo hace que conoces á Emilia? la preguntó Montes tomándola la mano. Guadalupe miró en torno suyo como admirada, y luego dijo:

—Cuánto tiempo? desde la tarde en que la señorita fué á dar de comer á los patos.

—Sí, ya me acuerdo, dijo la abuela, pero cuéntamelo todo.

—Yo estaba en la puerta del Retiro, y tenía tanto miedo y vergüenza, que á cada momento me daban ganas de huir; mas pensaba en mi madre, y no me movia de aquel sitio.

—Qué tienes? me preguntó la señorita Emilia, por qué lloras así?

—Porque mi madre está muy mala!

—Cómo! tu madre está enferma, y tú te hallas aquí?

—Salí de casa para ir en busca del médico, y cuando llegué á la suya me dijo la criada que acababa de salir á dar un paseo; pero que si me daba prisa podía alcanzarle.

—Y bien, no le has encontrado?

—Le he visto, pero á lo lejos, entrar por esta puerta, y cuando me disponia á seguirle, un guarda me ha detenido diciendo que estoy mal vestida, y que mi objeto era pedir limosna en los jardines.

Entonces la señorita quiso saber por qué no iba á buscar otro médico, y yo la dije que como hacia dos meses que mi madre no trabajaba, no teníamos ni aun con que comprar pan, y que por esto habíamos acudido á un médico del hospital, que era el que visitaba á mamá, y tras el cual corría yo, en tanto que mi madre quizá se moría por falta de socorro. Dicho esto, rompí á llorar mas fuerte, y la señorita lloraba tambien.

—Toma, me dijo, dándome un duro, corre al momento en busca de otro médico, y mañana á la misma hora ven á buscarme aquí.

—Y qué mas? dijo la anciana.

—Después la señorita se acercó á la criada, que la esperaba sentada al pié del enverjado.

—Y al dia siguiente? preguntó Montes.

—Al dia siguiente la encontré en el mismo sitio, y quiso que la llevase á casa: mi madre estaba mejor, la habian sangrado, y el médico habia dicho que era cosa larga, pero no de peligro. Estaba sola en aquel momento con una pobre vecina, y contó á la señorita como no tenia á nadie mas que á mí, que era viuda, y que trabajábamos en coser ropa blanca, yo para aprender, y mi madre para ganar con qué mantenernos; pero después de tanto tiempo de estar en cama sin trabajar, mil veces hubiera deseado morir sino hubiera tenido á su Guadalupe.

La señorita la consoló, dándole tres duros, y después cuando se iba, me dijo en voz baja: «vé todos los domingos á San Ginés á eso de las nueve, y allí me encontrarás»

—Y qué mas? preguntó la señora de Medina.

—Qué mas? dijo Guadalupe, nunca he dejado de ir, ni la señorita tampoco, excepto una vez.

—Y está ya buena tu madre?

—No ha muerto, y esto es mucho, dijo la niña saltándosele las lágrimas; querían llevarla al hospital, pero era necesario dejarme sola, y no quise.

—Pobre mujer! exclamó la señora de Medina, y con qué habeis vivido?

—Con qué? repuso Guadalupe; con cinco duros que la señorita Emilia nos dá todos los meses. Sin ella, sin su buen corazón, de seguro nos hubiéramos muerto de hambre, porque todavía no he acabado de aprender, y solo gano cinco ó seis cuartos que me dá mi maestra por ciertas cosas que le hago!»

La abuela miró al padre, el padre tendió la mano á la abuela, y ni el uno ni la otra pudo decir una palabra. Guadalupe creyó ver en este silencio una desaprobación de la conducta de Emilia, y dijo sobresaltada:

«La primera vez que la señorita me dió tanto dinero, mi madre no quiso tomarlo hasta no saber si su familia aprobaba la inversión de su dinero; pero la señorita me dió entonces para mamá esta carta, que conservo siempre. Quiere V. leerla?»

La anciana tomó la carta de su nieta, y leyó lo que sigue:

«No cavile V. sobre el dinero; si no fuese mío, por nada de este mundo dispondría de él ni aun para hacer un favor. Mi papá me quiere mucho, y me ha señalado una cantidad mensual para que haga con ella lo que tenga á bien, y como tengo gusto en ser á V. útil, espero tomará el dinero. Sin cesar pido á Dios que devuelva á V. la salud: si mi abuela ó mi papá se ponen malos alguna vez, ruegue V. por ellos, y se lo agradeceré en gran manera.

P. D. Guadalupe es muy guapa, y me gusta mucho.»

Montes besó á la niña con cariño, y la señora de Medina hizo lo mismo, la dió un regalo para su madre, y antes de que Dorotea se la llevase, la prometió que pronto iría á verla en compañía de Emilia.

D. Indalecio, impaciente por abrazar á su hija, empujó lentamente la puerta de la alcoba, y vió á Emilia sentada en la cama.

«Venga V. acá, papá, que todo se lo voy á contar.

—Es inútil, querida, porque he visto á Guadalupe, y ha charlado como una cotorra.

—Y mañana iremos á verla, dijo la anciana que acababa de entrar.

— Ah! qué gusto! es decir que no está V. enfadado conmigo? preguntó Emilia á su padre.

— Sí, y mucho.... porque me has ocultado....

— Lo que he hecho? Pero, papá, V. tiene la culpa. No me ha dicho V. muchas veces que el mundo está lleno de gentes vanidosas que hacen el bien por ostentacion, para irlo á contar, para darse importancia? Yo he pensado que tenía V. razon, porque he hecho lo mismo muchas veces, dando limosnas quando alguno me miraba; pero he reflexionado, y no solo me he corregido, sino que he querido tener un secreto ni mas ni menos que V.!

— Cómo? dijo Montes, bajando los ojos á la maliciosa mirada que le dirigió Emilia.

— Sí, V. tiene un secreto: para V. el manco y sus hijos; para mí Guadalupe y su pobre madre.

— Pues no está avergonzando á su padre! dijo la abuela sonriendo.

— Oh! no se ponga V. contra mí, dijo Emilia, porque sé muchas cosas que V. hace á escondidas!

D. Indalecio Montes acabó la buena obra que su hija había empezado, y gracias á su generosidad, la pobre enferma recobró la salud, y Guadalupe volvió á ser dichosa.

VALOR EXTRAORDINARIO DE UN NIÑO.

Era una fria noche de otoño; el suelo estaba cubierto de escarcha, y una densa niebla exparecida en los aires hacia la oscuridad mucho mas profunda. Un pequeño caserío de las cercanías de Sta. Elena, en Sierra Morena, se hallaba entregado á la custodia de un niño, porque los habitantes del caserío, tanto los amos como los criados, habian ido aquella mañana á un pueblecillo inmediato, donde se celebraba la fiesta del patrono, y despues de la misa habia meriendas, bailes y juegos.

Por qué Agustinillo no habia sido de la partida? Por qué se habia quedado en casa, quando los otros iban á divertirse? Ay! el pobre chico los vió partir no sin sentimiento; pero se resentia de una caida reciente que no le permitia andar á pié las dos leguas que separaban la quinta de la aldea, mas bien que pueblo, á donde debia ir.

Obligado por este accidente á permanecer en el caserío, Agustin Ligeró (este es el apellido de su padre) se habia aburrido en grande, no haciendo otra cosa en todo el santo dia que mover

las quijadas. Cuando llegó la noche, aumentóse su fastidio; pero considerando que pronto llegarían los que habían ido á solazarse, se dijo con satisfaccion:

«Pronto vendrán.»

Reflexionando de este modo, dió un suspiro, y se ocupaba en encender un candil, cuando fué á llamar su atencion de pronto un ruido lejano, que se hizo mas perceptible, hasta oirse muy cerca. Pensó al principio que eran sus amos y los demás criados; mas era temprano todavía, y además no oia ni los alegres ladridos de Turco ni las canciones en coro de los labradores. El chico se acercó á la puerta, y oyó la siguiente conversacion:

«Dime, estás seguro de que no hay nadie dentro?»

«Como que he visto pasar á toda la gente con direccion al pueblo; el mastin iba á la cabeza, y esta es una fortuna, porque tiene muy buenos dientes. Por lo tanto, estamos como queremos, y en una hora podemos despachar. Venga el cuchillo, y rompamos la cerradura, que por cierto es bien sólida.»

Agustin no podía dudar que aquellos hombres eran malhechores, y en vez de tener miedo y ocultarse, como hubieran hecho en iguales circunstancias muchos niños y no pocas personas adultas, el muchacho lejos de asustarse, sintió nacer en él un valor y una resolucion ajenos á su edad. Clavado contra la puerta y reteniendo el aliento, mira á través de una rendija, y vé en efecto á dos hombres armados y de mala facha.

«Ah! dijo para sus adentros; quieren VV. robar la casa! pues bien! veremos quien puede mas.»

Dicho esto, se aleja sin hacer ruido, y á dónde se encaminó nuestro héroe? cuáles eran sus designios? á dónde iba? á buscar armas y municiones.—Tanto para defenderse de los malhechores que siempre han abundado en Sierra Morena, como para cazar, habia en el caserío varias escopetas, tres de las cuales cargadas de postas cogió Agustinillo, corriendo con resolucion hácia la puerta.

«Quién anda ahí?» gritó ahuecando la voz.

Los ladrones guardaron el mas profundo silencio, y luego dijo uno en voz baja:

«No decias que no habia nadie?»

—Será algun viejo chillon, respondió el otro; no hay que desmayar.»

Y principiaron de nuevo á forzar la cerradura.

Agustin colocó las escopetas en forma de batería, poniendo las bocas en tres diferentes hendiduras, y dijo:

«Ola! con que no quieren VV. retirarse? pues bien! allá vá esa china.»

Un tiro disparado á boca de jarro rozó el sombrero de uno de los ladrones, quien se puso furioso.

«Nos largamos? preguntó su camarada temblando de pies á cabeza.

—No, no, sería una cobardía huir de un viejo.

—Soy un viejo? estoy solo?.... ahora lo verán VV..... Juan, Perico, José, pronto! venid acá con las escopetas!

Imitando entonces el ruido de los pasos y confuso vocerío de cinco ó seis personas reunidas, Agustinillo, para dar mas peso á su ficcion, suelta con ambas manos el gatillo de las otras dos escopetas, las cuales se disparan á la vez, hiriendo en el pecho á un ladron, que cayó en tierra herido mortalmente.

El otro huyó precipitadamente, y Agustinillo aguardó con impaciencia la llegada de los ausentes, los cuales se sorprendieron no poco, cuando de vuelta de su romería tropezaron con un cadaver á la puerta del caserío. Agustin, luego que les abrió, contóles lo que habia pasado, y el valeroso niño recibió de su amo, por via de regalo, una de las escopetas de que tan bien habia sabido servirse.

Poco tiempo despues (esto sucedió en 1822) el ayuntamiento de Sta. Elena, de órden del gefe político de Córdoba, dió á Agustín Ligeró una buena gratificacion de fondos de propios.

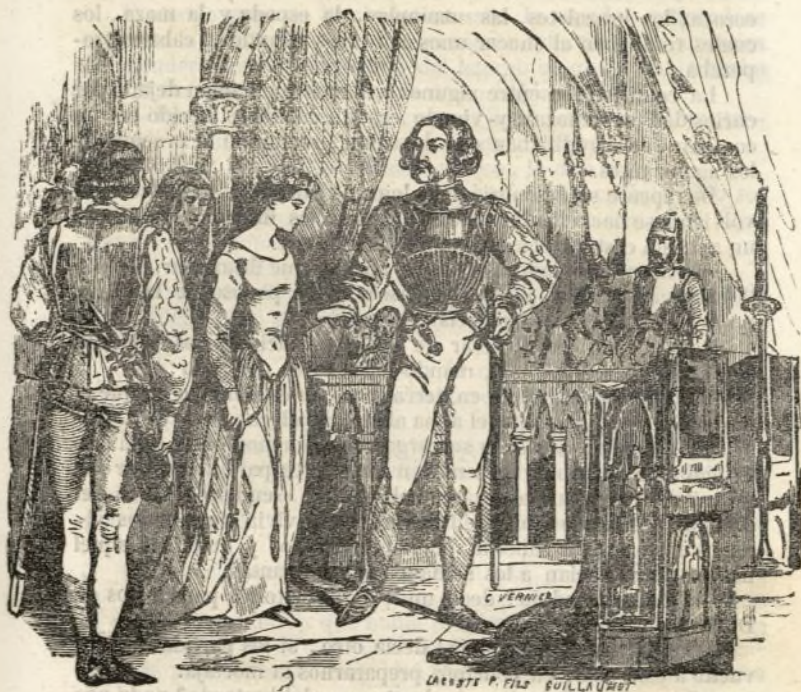
LORENCITO Y EL BASTON.

Fábula.

De caballo sirviera á Lorencito
Cierta baston en la niñez inquieta;
Mas luego que fué el niño viejecito
Hizo de su baston una muleta.

El baston es la ciencia que divierte
En el albor risueño de la vida,
Y ayuda al hombre en la vejez inerte
A llevar la existencia dolorida.

TENORIO.



UNA ESPADA POR HERENCIA.

I.

El fallecimiento.

Por medio de las tortuosas y sucias calles de un pueblecillo de Castilla la Vieja, un día del mes de agosto del año 1395, á eso de las seis de la tarde, cuatro soldados caminaban lentamente llevando sobre sus lanzas cruzadas un cuerpo desfigurado y cubierto de sangre. Delante, montado en un caballo lleno de sudor, iba otro hombre que parecía un escudero por su traje de guerra, y que llevaba del diestro un soberbio alazan acribillado de heridas. De la silla de hierro del animal colgaban un casco, un morrion, una

coraza, los brazaletes, las manoplas, la espada y la maza, los cuales resonaban al chocar unos con otros cuando el caballo tropezaba.

La comitiva iba entre algunos villanos que habían dejado por curiosidad sus chozas, y viendo era un caballero herido en un combate, se arrodillaban con devoción, recitando la oración de los agonizantes.

De repente se descubrió á lo lejos un torreón, y el escudero, volviéndose hacia los hombres de armas, les indicó la ruina de un antiguo castillo como término de su viaje.

— «Animo, soldados, les dijo, no hay que desmayar. Pronto llegamos al castillo, y así no penseis en lo penoso de la tarea, porque en el Paraíso hallareis el premio.»

Pero viendo que á pesar de sus exhortaciones los soldados caminaban con dificultad, mandó hacer alto, diciendo:

— «Deponed el herido en tierra; pero tened cuidado de que el movimiento no haga que el alma abandone al cuerpo.»

Los soldados colocaron su carga sobre un montón de paja que extendió un villano, y se sentaron muy cerca para demostrar que necesitaban en gran manera aquel alto. El escudero se apeó del caballo, acercándose al herido para ver si vivía aun; y los villanos ansiosos por saber lo que había pasado, y quién era aquel noble señor, hacían á los soldados mil preguntas.

— «¿Qué ha sucedido? decía uno; han vuelto los partidarios de D. Enrique?

— San Bernabé nos proteja! decía otro, si los partidarios han vuelto á este país, ya podemos prepararnos la mortaja.

— Santa Brígida! si serán las tropas del bastardo? nada nos dejaron los malditos cuando pasaron por aquí la primera vez.... Pero no respondeis, caballeros?»

Y la mujer que hablaba así sacudía el brazo de uno de los soldados, á fin de obtener respuesta.

— «Nada bueno, respondió por último el soldado; ha habido un combate, y el mejor de los caballeros castellanos ha recibido tantos mandobles que se halla en muy mal estado.

— Santa Brígida! quién es ese señor?

— Arnaldo de Montobán, dijo el soldado en voz baja.

— La Virgen nos asista! balbució la mujer aterrada con esta noticia, y santiguándose repetidas veces: qué va á ser de nosotros?»

Al momento corrió á esparcir la noticia, la cual causó tal efecto entre la multitud, que todos se acercaron para ver al señor Arnaldo. El círculo que le rodeaba se estrechó tanto, que el escudero se levantó de pronto gritando:

— «Atrás, villanos! no veis con qué trabajo respira? quereis ahogarle?»

Y viendo que no le obedecían sacó la espada, retirándose entonces la multitud; pero el movimiento que causó la amenaza del escudero sacó al moribundo del letargo en que le había hecho caer el derrame de tanta sangre como había perdido.

— «Por el Dios vivo! dijo con voz débil procurando levantarse; qué tumulto es este? estamos ya en el infierno?»

Después, dirigiéndose á su escudero, le dijo:

— «Mateo, date prisa, que no quiero morir en este sitio sobre un monton de paja.... como un perro. Deseo ver á mi hija, y si permanecemos aquí mas tiempo no lo lograré.

— «Arriba, soldados!» dijo Mateo á los hombres de armas.

Los soldados levantaron su carga, echándosela al hombro, y el escudero gritó á la multitud:

— «Paso! paso!»

Esta se abrió en dos filas, y la comitiva se dirigió hácia el castillo, ó mas bien hácia el único torreón que quedaba de un castillo poderoso en otro tiempo.

Una hora después, en una gran sala cuyas paredes de piedra no estaban cubiertas con ninguna estera de junco, aunque esto era costumbre entonces, el herido yacía en un lecho con su correspondiente dosel, y una jóven bañada en lágrimas se hallaba á su cabecera.

Un silencio profundo reinaba en la sala, y todas las personas que cercaban el lecho del moribundo aguardaban con impaciencia el efecto de una crisis que había determinado la fatiga del camino, y después de la cual había vuelto á caer el herido en un estado de postracion que muy bien podía tomarse por el paroxismo de la agonía. Entre las personas que eran testigos de aquella escena dolorosa, además del escudero del Sr. Arnaldo de Montoban, los cuatro soldados y los vecinos que acudieron al saber la noticia, se hallaba un doncel que tomaba gran interés en todo lo que pasaba en su derredor. Era Guillermo de Rosvina, noble castellano que había aprendido el manejo de las armas á las órdenes del caballero, y que le profesaba una amistad sin límites. Guillermo era uno de los señores mas ricos de las cercanías, de antigua y poderosa familia, y al saber el estado de su amigo, de su maestro de armas, había acudido tan pronto como se lo permitió el precipitado galope de su buen alazan.

Hacia ya largo tiempo que el enfermo permanecía en el mismo estado de postracion, y sin embargo vivía aun. Guillermo estaba junto al lecho, y sostenía la cabeza del herido. Elvira, que así se llamaba la hija del caballero, fijaba con ansiedad sus ojos llenos de lágrimas en los cerrados ojos de su padre, quien al fin comienza á moverse, abre un poco los ojos, los cierra y los vuelve á abrir, mira á todas partes, y reconociendo á su hija, hace un esfuerzo y murmura:

—«Elvira!»

Elvira al oír la voz de su querido padre se acerca á él, y cubre de besos su rostro desfigurado.

—«Elvira! dijo por último Arnaldo de Montoban incorporándose con trabajo, y con la cabeza siempre apoyada en el brazo de Guillermo, á quien no reconoció. Elvira! pobre hija mía, los malditos defensores de D. Enrique nos han dado hoy que hacer, y creo que no volveré á combatir por mi rey D. Pedro.... Condenados de Satanás! me han acuchillado de lo lindo....

Se detuvo un instante como para respirar, y luego prosiguió:

—No he querido morir sin verte, pobre Elvira mía; esto hubiera sido para mí anticiparme los tormentos del infierno.... Escucha, Elvira, siempre he obrado como franco y leal caballero... Pero soy pobre.... y nada tengo que dejarte.... sino la bendición paterna.... y....

Aquí le faltó la palabra.

—Por el Dios vivo, añadió al cabo de un instante: no parece sino que Satanás me oprime la garganta para no dejarme hablar... Agua! agua!

El escudero cogió un cántaro que se hallaba en un rincón de la sala, llenó un cuerno del licor que contenía (era cebada fermentada con miel) y lo acercó á la boca del caballero, quien bebió algunos tragos.... Reinó un silencio bastante profundo, hasta que al fin volviendo á tomar la palabra Arnaldo de Montoban, llamó al escudero:

—«Mateo, le dijo, mi espada!

Mateo puso la espada sobre el lecho, y enseñándosela el caballero á su hija, la dijo:

—Hé aquí todo mi haber; saluda á esta espada que jamás ha defendido una mala causa.... te la dejo.... júrame por la Virgen no confiarla jamás sino á un digno y leal caballero.... á tu esposo.... porque quiero que te cases con un caballero....

—Padre mío, lo juro por la Virgen y los santos! exclama Elvira con angustia, conociendo que su padre se debilitaba por momentos.

El señor se volvió entonces hácia el que le sostenía la cabeza, y pareció reconocerle. Sus ojos despidieron un rayo de alegría, y quiso hablar.

—Guillermo, amigo mío.... fueron las únicas palabras que pudo articular en sonidos inteligibles, señalando á su espada.

Dos monjes entraron al momento con el viático, y el uno de ellos se acercó al caballero como para recibir su confesión.

—Dios y mi rey! murmuró el caballero, y espiró.....

Algunos momentos despues solo se veía en la sala á un cadáver y un monje, el cadáver en un atahud, y el monje rezando. En la sala contigua Elvira lloraba en los brazos de la anciana

Marta, su parienta, y Guillermo, en calidad de amigo, se ocupaba en los funerales y en el banquete que debia darse despues, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos.

II.

El mensaje.

Dejar una espada á una doncella de diez y seis años! triste herencia! y qué ha de hacer con ella? Hé aquí lo que sin duda os direis, amables niños, no sin algun viso de razon. No obstante, veamos si en aquella época, y conforme á los usos del tiempo, semejante espada no era una buena herencia.

Habia ya cerca de un mes que Arnaldo de Montoban descansaba en el sepulcro, y el dolor de Elvira, sin ser menos vivo, no tenia ya el carácter desesperado que siempre tiene en los primeros momentos. El profundo pesar que habia sentido dejára en su rostro, tan risueño dos ó tres meses antes, un sello de tristeza y de melancolía que realzaba la belleza de sus facciones.

Una mañana que se hallaba sentada con la vieja Marta en un banco de madera esculpida, oyó en el patio las pisadas de un caballo, y antes que pudiera asomarse á la ventana para ver quien llegaba así, su viejo sirviente, el único que le quedaba, entró en la sala precipitadamente.

— «Por la santa cruz! qué significa esto, mi noble señorita? exclamó con muestras de la mayor sorpresa.

— Qué quieres decir, Julian? preguntó Elvira.

— No tener nosotros rastrillo, pase; pero que haya entrado en el patio como en el de una hospedería, sin tocar el cuerno, y sin que se le baje el puente levadizo!..

— Acabarás, Julian? dijo Marta á su vez, queriendo poner freno á la intempestiva locuacidad del bueno del sirviente. ¿Quién es el caballero que ha entrado en el castillo?

— Decid los caballeros, señora Marta, porque hay un bonito escudero y cuatro pages perfectamente vestidos.

— Pero ¿quiénes son? preguntó Elvira impaciente.

— Traen un mensaje del duque de S. Carlos.

— Un mensaje del duque de S. Carlos? preguntó Elvira asombrada; para mí?

— Sí, noble señorita, y el escudero espera que tengais á bien recibirle. Le dejo entrar?

Obtenido el consentimiento, salió Julian, y el escudero, vestido con elegancia, entró en la sala saludando á Elvira, quien preguntó á Julian si habia dado de refrescar á aquel señor y su comitiva.

— Este señor quiere cumplir antes el encargo que aquí le ha traído, respondió Julian.

Elvira se sentó entonces, y acercándose el escudero la dijo:

—Noble señorita, mi señor y maestro de armas el duque de S. Carlos me envía á vuestra presencia para solicitar de vuestra cortesía un don de gran precio para él... desea poseer la espada de combate de vuestro noble padre ya difunto, que alcanzó con ella fama y gloria. En cambio mi dueño y señor os ofrece, por amor hácia vos y en memoria del difunto caballero, una dote de diez mil monedas de oro.»

Este mensaje despertó de pronto en el corazón de Elvira tantos recuerdos que se cubrió el rostro llorando amargamente. El escudero admirado á la par que conmovido, no sabía lo que debería hacer, cuando Marta se acercó á él diciéndole:

—Noble señor, acabais de abrir una herida mal cerrada, y la memoria de su padre causa en este momento las lágrimas de mi parienta: sed atento, y retiraos hasta que pueda responder á vuestro mensaje.

Después volviéndose hácia Julian, añadió:

—Cuida de que nada falte á este noble señor, y acuérdate de que Arnaldo de Montoban hubiera consentido en arruinarse antes que dejar de tratar bien á un señor que se abrigase en su castillo.

El escudero, después de darla gracias, la saludó, y se retiró precedido de Julian, quien lo condujo á la sala de honor, obsequiándole de la manera que pudo, según lo permitía la escasez en que se hallaba la pobre doncella.

—Vender por oro la espada de mi padre! decía Elvira sollozando.

—No, es un cambio, Elvira: piensa en tu pobreza!

—Jamás!.. no puedo desprenderme de ella... he jurado á mi padre confiarla á un noble caballero... á mi esposo...

—Pero considera que ninguno se ha presentado, y que tal vez pasará mucho tiempo antes que esto suceda, al paso que las diez mil monedas de oro.....

—No me harán faltar á lo que prometí á mi padre.

En vano procuró Marta hacer mudar de dictamen á su joven parienta; nada había conseguido cuando Guillermo de Rosvina, á quien no habían visto desde el día de los funerales, entró en la sala.

La doncella se turbó, ora recordando la amistad que había profesado á su padre, ora por agradecimiento al trabajo que se había tomado presidiendo el banquete de los funerales. Conmovida Elvira no reparó en la turbación de Guillermo; pero viendo que no la hablaba, fijó en él la vista, y exclamó al punto:

—Cielos! qué teneis, amigo mio?... qué pálido y pensativo estais!...

—Acabo de saber, noble señorita, que un mensajero del du-

que de S. Carlos viene á reclamaros la noble espada de Arnaldo de Montoban. Por la cruz que estas espadas no se venden sino á peso de oro cuando han pertenecido á hombres tan valientes, y yo vengo á ofreceros cuarenta marcos de oro por la tizona de vuestro noble padre.

Guillermo, como dijimos arriba, era uno de los señores mas ricos de todas las cercanías; pero semejante oferta hubiera abierto ancha brecha en el edificio de su fortuna, si se hubiese visto obligado á realizarla.

—No estabais presente, respondió Elvira con cierto embarazo, cuando mi moribundo padre me hizo jurar por la Virgen que jamás confiaría esta arma sino á un leal é ilustre caballero?...

—Sí, vuestro esposo... tengo grabadas en la memoria todas sus palabras.

—Pero vos no sois caballero!

—Ni esposo vuestro! Pero lo seré, vive Dios! ó la cuchilla de un enemigo me partirá el corazón.

—Pero, señor, ¿quién os dice...

—Os comprendo, noble señorita, y no emprenderé el ganar mis espuelas hasta que me hayais autorizado para ello, porque soy hartó noble para obrar de otro modo: espero vuestras órdenes.

Al decir estas palabras, Guillermo se inclinó ante Elvira, y esta le tendió la mano, diciéndole con timidez:

—Partid, mi buen Guillermo, y ojalá torneis á este castillo armado caballero, y digno de poseer la herencia de mi noble padre.

—No tendré yo la culpa si así no sucede, noble Elvira, lo juro por el cielo: quiero hacer tantas proezas que las espuelas y la cadena de oro me sean dadas en un combate formal, y volveré á este castillo trayéndoos el derecho de llamaros *señora*, y de colocar *banderolas pintadas en el techo de vuestra morada*.

El entusiasmo y el ardor guerrero embellecían en aquel momento al doncel.

—Pero y el duque? preguntó Marta.

—Yo mismo, noble Elvira, llevaré vuestro mensaje al duque de S. Carlos, y entraré á servir al rey. Ahora me retiro dichoso, y seguro de poseer bien pronto la herencia de Arnaldo de Montoban.

Salió rápidamente, y aquella misma tarde despues de despedirse de Elvira, partió en compañía del escudero, que tambien se dirigia á la corte.

III.

El caballero.

Cinco años hacia que Guillermo había dejado á Castilla en busca de gloria y renombre, y Elvira no había tenido noticias suyas sino muy rara vez. De cuando en cuando solia pasar algun soldado por delante del castillo, y en él recibia hospitalidad, en cambio de la cual Julian le hacia un millon de preguntas. — «De dónde venís? — y si el soldado no respondia que de la corte, entonces las atenciones del sirviente no eran tantas. Si al contrario la palabra corte era pronunciada por el soldado, entonces Julian se desvivía haciéndole muchos agasajos, y por la noche, despues de la cena, sentado á la mesa con su huesped, menudeaba el trago, no sin ensartar sus acostumbradas preguntas.

—Habeis oido hablar de un doncel que se llama el señor Guillermo de Rosvina? — qué hace? — dónde está? — habrá adquirido mucha gloria, no es verdad? — ha muerto? — vive? — qué hace en la corte? — Y cuando obtenia una respuesta satisfactoria para su ama, el bueno de Julian corria á llevársela.

Por este medio supo Elvira que Guillermo había vencido en un torneo á un caballero aragonés, y que mas tarde en un reto que había tenido, le habían visto caer, herido en la cabeza de un golpe de maza. Julian ocultó á Elvira esta última noticia algun tiempo; pero por último se le escapó una palabra indiscreta, y la doncella adivinó lo demás.

Un año había corrido desde aquella mala noticia, y Elvira esperaba siempre un mensaje de Guillermo que le anunciase que vivía, habiendo conquistado el título de caballero; pero el mensaje no llegaba, y la pobre niña acabó por persuadirse de que el doncel había muerto, y que la herencia de Arnaldo de Montoban no sería recogida por nadie, porque había deshauciado á cuantos se presentaron á solicitar la espada de su padre.

La pobre niña veía pasar las horas, los dias, los meses y su tristeza crecia por grados. Una tarde que se hallaba mas triste que nunca, se retiró á su oratorio, y quiso estar sola, rehusando hasta los consuelos de la anciana Marta, quien jamás la abandonaba, cuidándola como si fuese su hija. Elvira se arrodilló en la capilla; pero mal su grado un desasosiego interior interrumpia sus oraciones, hasta que cansada de estar de rodillas, se sentó á la ventana, paseando sus ojos por el camino. Pero su desasosiego no la dejaba parar, é iba á levantarse, cuando oyó una bocina.

De repente se levanta á lo lejos una nube de polvo, y se oyen crugir armas, y resonar pisadas de caballos: á poco se descubren brillantes cascos, y por último se enteró la doncella de que era

un tropel de guerreros, á cuyo frente iba un caballero armado de punta en blanco. Cuando llegó la tropa á cierta distancia se detuvo, y despues que un hombre habló un rato con el que parecia el jefe, adelantóse á galope hácia el castillo.

—Guillermo! exclamó Elvira levantándose con ligereza; pero luego que el caballero pasó por debajo de su ventana, cayó sin aliento sobre el banco diciendo:

—No es él!

Un instante despues entró Marta en la capilla.

—Otro mensaje, dijo.

—Un mensaje? preguntó Elvira; y de quién?

—De un caballero cuyo nombre no sé todavía; pero creo viene á solicitar la espada de vuestro padre.

—No la daré, lo he prometido.

—Es verdad, mas supuesto que ha muerto el señor de Rosvina no podeis esperarle hasta la resurreccion.

—Mientras no esté segura de su muerte, dijo Elvira, seré fiel al juramento que hice á mi padre y á Guillermo.

—Pobre niña! murmuró Marta enjugándose una lágrima, y despues añadió; pero debeis recibir al mensagero.

Bien hubiera querido Elvira librarse de semejante molestia, pero el uso requeria que ella misma respondiese, y así salió al encuentro del que la esperaba, diciéndole luego que este le pidió la espada:

—Responded á vuestro amo que la hija de Arnaldo de Montoban ha prometido á un noble la espada de su padre, y que prefiere morir á faltar á sus juramentos.

El hombre se alejó con esta respuesta, y se agregó á la tropa dando cuenta del resultado de su mision al caballero que le habia enviado. Este se precipitó entonces hácia el castillo, se apeó con suma agilidad, y entró en la sala: sorprendida Elvira quiso retirarse, pero el caballero no la dió tiempo.

—Noble señorita, habeis rehusado sin duda alguna lo que tanto deseo porque el mensagero no es digno de presentarse ante vos; por eso vengo yo mismo.....

Y al decir esto alzó la visera de su casco.

—Guillermo! exclamó Elvira, y poco faltó para que cayese en tierra: tal conmocion le causó aquella vista inesperada.

—Sí, Guillermo, que despues de haber peleado con gloria vuelve á este castillo con la cadena y las espuelas de caballero.

Un mes despues Guillermo, cuya herida habia sido cierta, pero que ya curado se hizo célebre combatiendo á las órdenes del rey D. Pedro el Cruel, cubierto de una soberbia armadura, y llevando al costado la espada de Arnaldo de Montoban, conducia á Elvira, orgullosa y feliz, á la capilla de Rosvina, donde el capellan los unió en matrimonio.

De este modo Elvira, la pobre niña que carecía de fortuna y de porvenir, halló fortuna y porvenir en la gloria de su padre muerto hacia tanto tiempo. Noble época en que tenían inmenso poder los recuerdos de gloria, y en la que un brillante hecho de armas valía á una pobre familia consideracion, títulos y riquezas!

HISTORIA SAGRADA.

LOS REYES.

SAUL.

I.

Muerte de Abner y de Isboseth.

DAVID consultó al Señor acerca de lo que debía hacer muerto Saul, y por mandato de Dios se dirigió con su familia á Hebron, á donde acudió la tribu entera, y donde David fué consagrado rey.

Por otra parte Abner, hijo de Ner, general de las tropas de Saul, nombró rey de Israel á Isboseth, hijo del difunto monarca.

Abner salió al momento de su campo, y fué á Gabaon con la gente de Isboseth.

Joab marchó contra él con las tropas de David, y los dos ejércitos se encontraron cerca de la piscina de Gabaon, siendo derrotado Abner con las tropas de Israel. Asael, hermano de Joab, era muy agíl, y corría con mas velocidad que los ciervos de los bosques: se obstinó en perseguir á Abner, y viendo éste que iba á alcanzarle, le dió un golpe tan violento que cayó en tierra sin vida.

A poco se puso el sol, y los dos ejércitos dejaron de combatir. Las tropas de Israel marcharon toda la noche, y atravesando el Jordán llegaron á su campo.

Joab recogió el cadáver de su hermano, le dió sepultura en Betlehem, y volvió á Hebron al rayar el día.

Mientras David permaneció en aquel país tuvo muchos hijos, á saber: Amnon, Cheleab, Absalom, Adonias, Saphatia y Jethraham.

Una larga guerra se trabó entre el hijo de Saul y David.

Hasta entonces se había sostenido Isboseth, gracias á los consejos y el apoyo de Abner que mandaba sus tropas; pero de resultas de una reyerta, Abner lo abandonó, diciendo á los ancianos de Israel:

— «Hace mucho tiempo que deseábais que David fuese vuestro rey; nombradle ahora, porque el Señor ha dicho hablando de él que salvará al pueblo de Israel, librándole de los filisteos y de todos sus enemigos.»

De la misma manera habló á los de la tribu de Benjamin, y fué á Hebron para anunciar á David cuál era la resolución que Israel había tomado.

El rey le recibió amistosamente, y le dió, así como á los que le acompañaban, un gran banquete.

Entonces Abner le dijo:

— «Voy á reunir á todo Israel para que os reconozca, como yo lo hago, por Señor y rey, porque es preciso que gobernéis á este pueblo.»

Partió en seguida para poner en ejecución este proyecto, y á poco llegó Joab con la gente de David, la cual acababa de exterminar una tropa de bandidos, y conducía un gran botín. Cuando supo que el rey había recibido á Abner amistosamente, dijo á David:

— «Qué habeis hecho? Abner se os ha presentado, y le dejais ir sano y salvo? No veis que su venida no tiene otro objeto que reconocer vuestras fuerzas, y saber lo que hacíais?»

Dicho esto envió varios de sus partidarios en persecución de Abner, y sin que David lo supiese lo encerró en la ciudadela de Sira, donde le quitó la vida para vengar la muerte de Asael.

Cuando David lo supo, exclamó:

— Estoy inocente ni mas ni menos que mi pueblo del asesinato de Abner. Que su sangre recaiga sobre Joab!»

Luego dijo á Joab y á cuantos se hallaban con él:

— «Desgarrad vuestros vestidos, cubríos con sacos y llorad, porque Abner ha muerto, y vamos á celebrar sus funerales.»

Y siguió el féretro hasta Hebron, donde Abner fué sepultado.

Cuando Isboseth supo la muerte de Abner, perdió el valor, y la nodriza de su hijo Miphiboset recibió tal susto, que huyó precipitadamente, dejando caer al niño, el cual desde entonces quedó cojo.

Isboseth tenía á sus órdenes dos capitanes de ladrones, llamados Baana y Rechab. Un día en que el príncipe, fatigado por el calor, se había tendido en el lecho, y la mujer que guardaba la puerta de la casa había cedido al sueño, penetraron hasta donde se hallaba Isboseth, le mataron, le cortaron la cabeza, y la presentaron al día siguiente á David, diciéndole:

—Aquí está la cabeza de Isboseth, hijo de Saul y enemigo vuestro. Procuraba quitaros la vida, y le hemos dado muerte.

—Viva el Señor! exclamó David con indignacion. Si condené á muerte á Siceleg que vino á anunciarme la muerte de Saul creyendo traerme una buena noticia, ¿qué debeis esperar vosotros que habeis muerto á un hombre inocente, sin defensa, en su casa, y hallándose en el lecho? Vuestra sangre lavará la que habeis derramado!»

Rochab y Baana fueron ejecutados, y habiéndoles cortado las manos y los pies, los soldados de David los colgaron cerca de la piscina de Hebron enterrando la cabeza de Isboseth en el sepulcro de Abner.

II.

Victorias de David.

Muerto Isboseth, todas las tribus de Israel consagraron rey á David, que entonces contaba treinta años, y hacia siete y medio que reinaba en la Judea.

A poco tomó las armas el nuevo rey para hacer la guerra á sus enemigos, y aumentó en mucho su poder. Los filisteos salieron á su encuentro, mas fueron derrotados, y entonces David, para atraer la bendicion del cielo sobre su familia, fué á buscar el arca de la Alianza, que estaba en Gabaa, en casa de Abinabab, y la condujo á Sion con gran acompañamiento de músicos, que tocaban la trompa, la lira, el tambor, sistros y timbales.

David quiso edificar un templo para encerrar en él el arca; pero Dios le hizo saber que aquella obra estaba destinada á su hijo luego que le sucediese en el trono.

El rey de Israel prosiguió el curso de sus conquistas, derrotando á los filisteos, y eximiendo al pueblo de Dios del tributo que les pagaba. Tambien venció á Aderézer, hijo de Rohob, rey de Soba. Los sirios de Damasco acudieron á socorrer á Aderézer; pero experimentaron la misma suerte, y el rey se apoderó de la Siria, y condujo á Jerusalem las armas de oro del vencido.

Thon, rey de Emath, cuando supo las victorias de David, envió á Joram, su hijo, para manifestarle su alegría, y darle las gracias por haber vencido á Aderezer, que era su enemigo. Joram regaló á David vasos de oro, de plata y de estaño, los cuales se colocaron en el templo del Señor.

Los triunfos que el rey alcanzaba cada día no llenaron su corazon de insensato orgullo, ni le hicieron olvidar lo pasado. Siempre se acordaba de la amistad que le unía á Jonatás, sin la cual habría sido víctima del odio de Saul.

Trató pues de indagar si existía alguno de la familia de Saul,

y enterado de que vivía un hijo de Jonatás llamado Miphiboseth, le trató con bondad, dándole bienes considerables.

Algun tiempo después tuvo David un hijo, á quien puso por nombre Salomon.

III.

Rebelion de Absalom.

El Señor, que hasta entonces había protegido al rey de Israel, lo abandonó un instante para castigarle por una falta que había cometido. Sus hijos llegaron á aborrecerse, y Absalom mató á su hermano Amnon, huyendo en seguida para evitar la cólera de su padre; pero aunque este lloró la muerte de su hijo primogénito, consintió al fin que Absalom volviese á la casa paterna, pero no quiso verle.

Este príncipe era el hombre mas hermoso de todo Israel; pero sobre todo sus cabellos eran bellísimos.

Semejante indulgencia no cambió las malas inclinaciones de Absalom, el cual envió emisarios á todo el reino de Israel, á fin de insurreccionar al pueblo contra su padre. Pronto llegó á tener gran número de partidarios, y enterado David de la conducta y los proyectos de su hijo, dejó á Jerusalem con toda su familia, á fin de que no le sorprendieran los rebeldes.

Los que le eran fieles lo acompañaban llorando, y por todas partes no se oían mas que lamentos. El gran sacerdote Sadoc, acompañado de todos los levitas, condujo el arca de la Alianza á un sitio elevado.

Luego que el pueblo pasó, David dijo á Sadoc:

—Llevad á la ciudad el arca de la Alianza; si Dios me perdona, la volveré á ver; si me arroja de su seno, estoy dispuesto á sufrir lo que se digne disponer acerca de mi suerte!

Y con los pies descalzos y la cabeza descubierta subió al monte de las Olivas, seguido del pueblo. Cuando llegó á la montaña, Siba, sirviente de Miphiboseth, salió á recibirle con dos borricas cargadas de doscientos panes, cien cajones de pasas, cien cajas de higos, y un cántaro lleno de vino.

Mientras tanto Absalom entró en Jerusalem seguido de sus partidarios, y llevando por consejeros á Achitophel que había hecho traicion á David para sostener la rebelion de su hijo, y á Chusai de Arach, que se hallaba á su lado con el fin de neutralizar en provecho del rey de Israel los malos consejos de Achitophel.

Este último dijo á Absalom:

—Si os parece bien, voy á tomar doce mil hombres escogidos, y esta misma noche perseguiré á David. Sus tropas estan muertas de cansancio, y los batiré sin dificultad, haciendo huir á todo

el mundo, y deshaciéndome del rey. Entonces todo el pueblo os obedecerá como si fuese un solo hombre.»

Este dictamen fué de la aprobacion del rebelde y de todos los ancianos de Israel; pero sin embargo el jóven príncipe quiso consultar á Chusai de Arach.

—El consejo que os ha dado Achitophel no me parece bueno, dijo este: no ignorais quien es vuestro padre, y cuán valerosos son los que le siguen. Hé aquí pues lo que en mi sentir debe hacerse: reunid á todo el pueblo de Israel, que es tan numeroso como los granos de arena de las orillas del mar; entonces perseguiremos al rey, y en cualquier sitio donde esté, le vencemos por el número. Si se refugia á una poblacion, todo Israel rodeará de cuerdas sus muros, y la arrastraremos á un torrente sin que quede de ella ni una piedra.»

Adoptado este consejo, Chusai dijo á los grandes sacerdotes Sadoc y Adiathar que avisasen á David, y le indujesen á que pasára el Jordan lo mas pronto posible.

Cuando David supo lo que habia pasado, atravesó el rio rápidamente, Absalom le siguió de cerca, y á poco se encontraron los dos ejércitos uno en frente del otro.

SATANÁS CONVERTIDO EN JUEZ.

Fábula.

Para saber qué nombre dar se debe
A este siglo, Satan, no muy contento
Con el nombre de siglo diez y nueve,
A los diablos gritó con ronco acento:
«Todo el que en vez de vino azufre bebe,
Acuda á mi redor y tome asiento,
Pues hay junta formal, y es necesario
Que no falte ni un solo perdulario.»

Luego que vió reunidos á los diablos
Que hablaban y gruñian á la par,
Sin escoger palabras ni vocablos
A la turba incivil manda callar,
Y echando maldiciones y venablos
Comienza una campana á repicar,
Diciendo: «dónde están los lechuguinos
Que quieren de este siglo ser padrinos?

La Ambicion desde luego se presenta,
Mirando con orgullo al presidente,

Y mil patrañas fementida cuenta
En tono altisonante y elocuente...
«No extraño que mi hermana tanto mienta,
Interrumpe la Intriga de repente,
Sino que la asamblea preste oído
A quien á mí me debe lo que ha sido.»

— «Al órden! voto va!» dice rugiendo
El monarca feróz que presidía;
Pero luego el semblante componiendo,
A ambas las gracias dió, porque sabía
Que la Ambicion al mundo conmoviendo,
Y apelando la Intriga á la falsía,
Ambas son enemigas capitales
De cuanto bueno hacen los mortales.

El poderoso rey de los infiernos
No sabía á quién dar la preferencia,
Cuando un demonio de dorados cuernos
Del siglo reclamó la presidencia.
«Terrible capitán de los avernos,
Dice de Satanás con la anuencia,
Aunque bajillo y calvo, tengo oro,
Y ora cristiano soy, ora soy moro.

«Es verdad, sí, que la Ambicion insana
Es digna de alcanzar tu horrible apoyo;
Es cierto que la Intriga, su hermana,
Siempre camina cual torcido arroyo:
Mas cuando á mí me da la real gana,
Al cristiano mejor envío al hoyo;
Que con oro se compra acero fino
Y por oro se vende el asesino.

«Mío es el siglo pues: la humana raza
Por lograr mi favor se despepita;
Todos del buen metal andan á caza,
Lleven chaqueta, frac, nagua ó levita...
Repartid esa enorme talegaza
Que puede remediar mas de una cuita,
Y corra desde hoy bajo mi amparo
Un siglo de riquezas tan avaro.

— «Poco á poco, amiguito, tenga calma,
Saltó la Vanidad de gozo henchida;
Ni una hoja te cedo de la palma
Que debe coronar mi frente erguida.
Con el oro tú pierdes mas de un alma;
Arrebatas con él mas de una vida;
Mas si el hombre el dinero busca ansioso,
A mis pies lo depone generoso.

«Por un chal, un pendiente ó un sombrero
 Digo á la esposa que al esposo arañe;
 Yo convierto al patan en caballero;
 Yo hago que un marqués su lustre empañe;
 Yo envío al mercader y al usurero
 Un tunante sagaz que los engañe;
 Yo induzco á la doncella á que se vista,
 Aunque robe á su padre, con batista.»

Cuando dejó de hablar el candidato,
 La diablesca asamblea le aplaudió,
 Y Satanás mayando como un gato
 Esta breve sentencia pronunció:
 A ESTE SIGLO DE LUJO Y DE BOATO
 LLAMAREIS, PORQUE LO MANDO YO
 EN USO DE MI RUDA AUTORIDAD,
 EL SIGLO DE..... ¿LO OÍS?.... LA VANIDAD!

Si la sentencia del diablo,
 Pomposamente dictada,
 Es injusta ó acertada,
 No he podido averiguar.
 Pero el infernal monarca
 Anda que bebe los vientos,
 Y escoje sus instrumentos
 Con un tacto singular.

TENORIO.





EPISODIO

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

I.

EN una humilde choza situada entre Arlaban y Salinas, vivían dos niños cuyo padre, que tendría cincuenta años, los había abandonado por seguir á Mina, siempre ocupado en hacer cara á los enemigos de nuestra independencia.

Luego que los dos niños, el mayor de los cuales tenía quince años y el otro doce, se vieron sin protectores, sin parientes, pues hasta su pobre madre había muerto, comprendieron que debían amarse y defenderse mutuamente, y en una edad tan tierna en que el corazón se abre á sentimientos dulces y puros, se juraron eterna amistad.

Tomas, como el mayor, se hizo cargo de la direccion de la casa, y todas las mañanas, *caballero en su borrica*, como decia sencillamente, se dirigia á los pueblos inmediatos á fin de vender las frutas y hortalizas de su huertecillo, huevos y alguno que otro pollo. Era tan guapo, que al oirle decir: «huevos frescos! ¡tomates y lechugas! á las buenas peras!» muchos se acercaban á comprarle, y Tomas volvía alegre á la choza, enseñaba á su hermano los cuartos y monedas de plata, sacaba de la faltriquera alguna golosina que partian entre ambos, y decia á Javier:

—Pronto te compraré un tambor.»

Palabras que Javierillo oía saltando, porque aquellos dos niños tenían disposiciones bélicas, y todos sus juegos se resentían de semejante manía. Así es que luego que ponían la puchera y la espumaban, luego que echaban un pienso á la burra y rociaban algunos granos de trigo ó cebada entre las gallinas, Tomas se cubría la cabeza con un sombrero de tres picos hecho de papel, montaba en un palo de escoba, blandiendo un sable de madera que él mismo había hecho, y mandaba el ejercicio con voz sonora á Javier, el cual, derecho como una estaca, y provisto de una vara muy larga, se mantenía firme, con la vista clavada en su gefe.

Á la voz de mando, se ponía en movimiento la columna, daba dos vueltas á la casucha, y despues arremetía al contrario trabándose entre ambos enemigos una obstinada lucha. Cuántas veces el vencido, derribado en tierra, imploraba la piedad del vencedor! Cuántas veces este, asustado de un golpe algo fuerte, cubría de besos y de lágrimas la parte en que había puesto la mano!.... Tomas, como mas alto y mas robusto que su hermano, por precision llevaba la ventaja en la lucha; pero jamás hacía uso de la fuerza, y se contentaba con apelar á la astucia, valiéndose de mil estratagemas. Javier acometía, y Tomas se defendía, siempre con el mayor miramiento para no lastimar á su hermano; de suerte que era una escena curiosa la de dos niños, rubios ambos, tan fresco y colorado el uno como el otro, rodando sobre la yerba en medio de ruidosas carcajadas, sin cuidarse del porvenir ni acordarse de lo pasado, flores que se alzaban bellas y lozanas en un terreno azotado por la tempestad!

Una noche que se hallaban sentados en la puerta de la cabaña, se presentó ante ellos de pronto un hombre pálido, ensangrentado y con los vestidos hechos pedazos.

—Padre! exclamaron los dos niños á un mismo tiempo.

—¡Silencio! dijo Martin Zubiri, mirando hácia atrás con ojos inquietos; y luego añadió volviéndose á Tomas: «tiéndete boca abajo en medio de esos trigos, y acércate hasta el borde del camino: si ves venir á unos soldados, corre del mismo modo para que no te descubran, y ven á decírmelo.»

El niño comprendió que su padre se hallaba amenazado de

un grave riesgo, y sin decir una palabra desapareció bajo las doradas espigas, las cuales se movían á su paso, como si el viento las agitase suavemente.

Javierillo, cuya inteligencia era menos precoz que la de su hermano, exclamó llorando:

—Padre, padre, quién le ha puesto á V así?»

Pero el partidario, sin responder á su pregunta, le cojió en brazos, y se precipitó en la choza, porque á la luz de la luna había visto brillar el cañon de un fusil. También lo vió Tomas, pues á poco entró en la cabaña pálido y sin aliento.

—Los gabachos! los gabachos!

—Cierra la puerta, repuso el padre, y si vienen aquí, responde que nada has visto.»

Y diciendo estas palabras, Zubiri se metió en una tinaja, que Tomas tapó con todo cuidado, mientras Javier atrancaba la puerta.

—*Ouvrez la porte!* dijeron muy luego los franceses, dando con las culatas de los fusiles.

—No te muevas, dijo Tomas en voz baja á Javier, deja que yo responda.

Y viendo que los golpes menudeaban dijo con voz tranquila:

—Quién es?»

Y al mismo tiempo que se desnudaba apresuradamente, hacía señas á su hermano para que se metiese en la cama.

—*Ouvrez la porte!* dijo una voz amenazadora.

—Estamos acostados, respondió Tomas.

—Tú abrir la porta, ó te corto la pescueza!

Juzgando Tomas que sería inútil cualquier resistencia, se dirigió á la puerta medio desnudo, y la abrió.

Tú tardar mucho en abrir! dijo el primero que entró, sargento de larguísimos bigotes y de semblante esquivo.

—Estábamos acostados, señor oficial, mi hermano y yo, y como no acostumbramos á recibir á nadie tan tarde, teníamos miedo.

—Vus estar solos?

—Solos, señor oficial.

—Vive Dios! dijo el sargento en francés, poniendo el sombrero en la mesa; se nos ha escapado, y despues de dos horas que andamos de cuesta en cuesta, bueno será hacer alto aquí. No os parece bien, camaradas?

Esta proposicion fué acogida con muestras visibles de alegría, y Tomas, adivinando su intencion, dijo:

—Señor oficial, si V. quiere que le enseñe el camino de Salinas, le acompañaré, porque falta poco. Allí podrán VV. descansar mejor.

—No querrer ir Salinas... Nos querrer vino y pan.»

:

Sentóse el sargento en una mala silla, y viendo que el chico no se movía, le dijo con voz de trueno.

—Vino y pan, ó yo cupar la gañota!

—Aquí no hay vino ni pan, repuso Tomas asustado.

—Tú estar un tunante y un picarro: alon, buscar en la meson.»

Y levantándose de la silla se acercó á la tinaja; pero Tomas se puso delante, pálido y asustado, y saltándosele las lágrimas. El sargento le miró con atencion, y volviéndose á sus camaradas les dijo en su idioma:

—Aquí hay gato encerrado.»

Y apartando á Tomas de un empuellon alzó la tapadera de la tinaja. Zubiri al verse descubierto quiso huir; pero veinte brazos se apoderaron de él, sacándole con violencia de su escondite.

—Muera el brigante! gritaron los soldados.

—Perdon! perdon! exclamaron Tomas y Javier en tono de súplica, abrazando las rodillas del sargento, cubriendo con sus pechos el cuerpo de su padre, é interponiéndose entre este y las bayonetas.

—Demonios! exclamó el sargento viendo que no podia librarse de los dos chicos; combien dinterrés á un brigante!

—Es nuestro padre! respondieron Jacobo y Javier, y los soldados, respetando el cariño de tales hijos, dieron un paso atrás; pero el sargento les dijo con voz mal humorada.

—Es un partidario, y necesito cumplir con mi deber: conduzcámosle á Arlaban, y que el gobernador del castillo decida lo que tenga á bien.»

Dicho esto, ataron las manos á Martin Zubiri, desoyendo las súplicas de sus dos hijos, y el destacamento se dispuso á emprender la marcha; pero los chicos pidieron permiso para abrazar á su padre, y les fué concedido. Zubiri estrechó á los chicos contra su corazon, cubriéndolos de besos, y desprendiéndose de sus brazos, se volvió á los franceses, gritando con voz entera: viva el rey!»

II.

Hacia una hora que el peloton de soldados habia salido de la choza, y Martin Zubiri caminaba en silencio, mirando á todas partes: do quiera reinaban la calma y la soledad, sin que la luna, velada á la sazón por una espesa nube, alumbrase la campiña. Los soldados iban á dos en fondo y de frente, y tambien entre ellos no se oía una palabra, cuando de repente sonaron dos gritos, uno á la derecha del camino y otro á la izquierda, cayendo varios proyectiles en medio de la tropa. Sorprendidos los franceses, hicieron fuego sin saber á quien, y se arrojaron fuera del camino, de cuya favorable circunstancia quiso aprovecharse Zubiri para escaparse; pero el sargento le detuvo con vigorosa mano diciendo:

—Quieto, infeliz!»

Y luego formando un círculo con la tropa que le quedaba, en torno del prisionero, gritó:

—Atencion! en el momento en que trate de huir, fuego! fuego sobre él!»

Volvióse en seguida á un soldado que corria hacia él, y le dijo:

—Qué es lo que sucede?

—Nada, sargento, dos pilluelos que se han divertido en tirar-nos piedras; hemos cogido á uno de ellos, y el otro no tardará en caer en nuestras manos.»

Apenas habia acabado estas palabras, se presentaron los soldados conduciendo á Tomas y Javier, pues ellos eran los que intentaron sorprender á los franceses. Cuando salieron estos de la choza, Tomas dió á Javierillo las instrucciones convenientes, y los dos, uno por la derecha y otro por la izquierda del camino, se lanzaron á través de los espesos matorrales, sin que ningun obstáculo les arredrase: ágiles ambos, ambos valientes y decididos á salvar á su padre con peligro de su propia vida, aunque cubiertos de sangre y de lodo, no repararon en nada, y cuando les pareció oportuna la ocasion, pusieron en planta su tentativa, siendo el resultado prenderles los franceses al momento.

—*Sacré nom de Dieu! venez ici*, pícarros; dijo el sargento con feroz acento: vus tirar pierras á los soldados *del petit caporal*?

—Señor oficial, respondió Tomas, creia que si de repente..... en medio de la noche... VV tenían miedo...

—*Moi* te comprendo: tú querrer que el brigante sesquivára..... tú non saber que yo povia vus fusilar.

Javierillo se acercó á su hermano como para ponerse bajo su proteccion, y Tomas bajó los ojos sin responder.

—En marcha, camaradas, dijo el sargento, y ojo alerta!»

Y la pequeña columna se puso en movimiento, dirigiéndose á Arlaban, donde los franceses habian construido un castillo, artillándole con cuatro piezas. Ya cerca del pueblo, encontraron al gobernador que con una escolta de caballería entraba en él de vuelta de una expedicion á Salinas. Luego que llegaron á la plaza la escolta del coronel y el destacamento mandado por el sargento Bertrand, al ver el gobernador á los presos, dijo con severidad.

—Qué es lo que traeis ahí?

—Mi coronel, son dos hijos de un brigante que nos han atacado esta noche con el único fin de favorecer la evasion de su padre, á quien traen atado mis fusileros.

—Os han atacado ellos solos?

—Sí, mi coronel, enteramente solos; dando gritos para asustarnos, lo que no es muy reprehensible, y arrojándonos piedras para herirnos, lo cual es de alguna mas gravedad.»

Compadecido el coronel-gobernador de aquellos dos pobres niños medio desnudos, echó pié á tierra, y mandó al sargento le contase circunstanciadamente lo que habia pasado.

—Respecto al padre, dijo Bertrand al concluir su relato, debe ser fusilado por brigante y rebelde: en cuanto á estos pillastres, mi coronel, haced lo que mejor os parezca.»

Tomas, que se habia escurrido entre las piernas de los soldados, se acercó al jefe, y se hincó de rodillas, diciendo:

—Señor coronel, perdone V. á mi padre, que está herido, y no puede hacerle daño alguno. Es un viejo que rogará á Dios por V., señor coronel, y así no le mate V! no le mate V! Y si no, nosotros que somos jóvenes, y que creceremos, vengaremos á nuestro padre, matando á los gabachos... Oh! perdon, mi coronel, pues no sé lo que digo; pero no mate V. á mi padre!»

El gobernador, que era uno de esos hombres generosos que deploran la crueldad de la guerra, no pudo ser insensible á la súplica de Tomas, y le preguntó en buen español, aunque con acento francés.

—Me respondes de que tu padre se estará tranquilo en sus hogares, sin tomar las armas contra los súbditos del emperador?

—Si, mi coronel; y para probarlo estoy pronto á ser soldado, siguiendo á VV. á donde quieran llevarme.

—Y yo tambien! dijo de repente una voz infantil, pero perfectamente acentuada, y el gobernador se acercó á Martin Zubiri, diciéndole:

—Vas á ser libre, mas con una condición; que no nos hagas la guerra, y te dediques á cuidar á tus hijos. Sobrados valientes tiene ó sus órdenes Mina, para que necesite de los auxilios de un anciano, animoso es verdad, pero debilitado por los años. Aceptas?

—No! dijo Zubiri con aire ceñudo.

Entonces Tomas lanzó un grito, arrebató el sable á un soldado que se hallaba junto él, y poniéndose al pecho la punta exclamó en ademan resuelto:

—Padre, acepte V. ó me mato!

Zubiri al verle cayó de rodillas, murmurando algunas palabras, y el gobernador despues de mandar á los soldados que desatases al prisionero, dijo á Tomas.

—Con el tiempo llegarías á ser un buen soldado; pero no admito tus servicios, porque ninguno debe hacer armas contra su patria. Vivid en paz, y acordaos alguna vez del coronel Augusto Renó.»

Dicho esto, repartió á los chicos unas cuantas monedas, y montando á caballo se dirigió á su alojamiento, mientras Zubiri y sus hijos se encaminaban á su abandonada choza, decidido el partidario á cumplir su palabra, y enagenados de gozo Tomas y Javierillo, al acordase de que á ellos debia la vida su padre.

T.



CONTRATIEMPOS DEL GENIO.

ERA un molinero y una molinera, que tenían dos hijos, el uno llamado Luis y el otro Carlos. Luis era alto, robusto, arreglado y lloron: conocía perfectamente su oficio, y según las trazas debía ser un buen molinero, pero de poca inteligencia. Sabía mucho, pero aprendía con suma dificultad, y como no dotado de energía, le desesperaba el menor obstáculo, pudiendo llamársele un buen trabajador, pero un trabajador como cuantos le habían precedido, un trabajador que sería buen molinero, mas un molinero como su padre, porque no podía aspirar á otra cosa.

Carlos era de carácter enteramente opuesto, y presentaba un contraste completo con su hermano mayor: vivo hasta rayar en violento, apasionado, perezoso, disipado, pero inteligente, industrioso y confiado en sus fuerzas. Dotado de gran penetración

apenas veía un mecanismo cualquiera, lo comprendía á las mil maravillas, y ya había inspeccionado y descompuesto de mil diferentes maneras el molino de su padre.

El molinero y su esposa querían mucho á su hijo mayor, porque era el mayor, y porque aquellas buenas gentes, á pesar de su afecto á la igualdad de las familias, la comprendían muy poco cuando se trataba de la suya. Censuraban que los antiguos señores diesen toda su fortuna á un primogénito, y les parecía muy natural dejar al suyo la industria en que consistía su única fortuna.

«Sí, decían, nuestro hijo mayor debe heredarnos, porque es un muchacho cuerdo, económico, y él hará que el molino ande bien. El otro es un loco, que se las compondrá como pueda ó como se le antoje: si le dejáramos el molino, á fuerza de componerle y descomponerle, acabaría por convertirle en una pila de leña, y en un mes no molería un costal de trigo. Le haremos molinero, y luego que haya aprendido, irá á viajar, volviendo hecho un *señor*, un *cortesano*.»

Ay! en esto hacían lo que otros muchos padres, quienes en vez de decir: «tenemos un hijo de imaginación ardiente y exaltada, que ha menester los cuidados de la familia para calmarle, tengámosle á nuestro lado, y vigilemos sus pasiones: tenemos un hijo frío, prudente y pacífico, dejémosle á su libre albedrío, que él sabrá seguir su camino....» Ay! en vez de decir esto, tal vez se preparan vivísimos pesares, porque una gran fortuna no se adquiere sin graves riesgos, y los hombres de genio solo triunfan después de mil contratiempos, pruebas rudísimas y penosas privaciones, que jamás debe provocar una familia.

Nuestro molinero y nuestra molinera no pensaban así, y tenían consigo á Luis, que sin cuidarse de saber cómo el molino de su padre reducía á harina el trigo, se contentaba con decir: «tantos costales de trigo molido, producen tal cantidad al molinero.» Y si su padre, algo mas inteligente que él, hubiese ido á proponerle un medio nuevo, un mecanismo mas sencillo, un sistema de ruedas mas poderoso y eficaz, se habría burlado de él, tratándole de visionario.

Carlos, colocado en casa de un molinero, formaba mil proyectos, y pasaba la mayor parte del tiempo en hacer molinos pequeños, ya de viento ya de agua, que por lo regular andaban muy mal, y que le atraían tantas correcciones que un día se rebeló; y juzgando que nada tenía que esperar de su padre, se despidió de su maestro, fué á recibir la bendición paterna, y provisto de un ligero equipage y de un peso duro, se dirigió á la ciudad de Santander.

Ya en ella, buscó trabajo; pero cuando solo tenía tres pesetas, aun no había encontrado donde trabajar.

—«Ah! decía nuestro camarada; es muy duro mantenerse á sí

mismo! No es fácil encontrar trabajo cuando hay ganas de trabajar.» Y pensando en su suerte y en sus padres, añadía:

—Dios mío! ¿por qué mi padre y mi madre no me han dado parte en el molino? Mi hermano era buen trabajador y podía moler el grano: yo hubiera reparado las averías, lo hubiese perfeccionado, y de este modo los dos hubiéramos sido dichosos.»

Por aquel tiempo el molinero, que se iba poniendo viejo, instalaba á su hijo mayor en el molino, y el joven molinero, sin trabajo, sin la menor dificultad hacía que la rueda de molino diese vueltas, y con su natural economía prosperaba, haciéndose uno de los mas ricos del valle de Ontaneda.

—Bien! decía el anciano molinero; ya ves, mujer, como prospera Luis: qué bien hemos hecho en darle el molino!

—Ay! quién sabe lo que Dios tiene reservado al pobre Carlos! decía la buena mujer, cuya ternura maternal era tanto mas viva, cuanto que la ausencia la daba alimento.

—Que se las componga como pueda, repuso el marido; es preciso que estos mozuelos sin prudencia coman obleas para aprender á vivir.

Nuestro pobre desterrado se hubiera dado por muy contento teniendo obleas para comer; mas es el caso que se hallaba reducido á la última extremidad, porque ni tenía dinero, ni encontraba trabajo.

Desesperado, se paseaba por el muelle, formando mil proyectos á cual mas espantosos, cuando oyó decir á dos individuos que iban detrás de él.

—Ya sé que es un buen negocio; pero cómo has de entregar en un plazo tan breve esa obra?

—Cómo? ajustando á todos los jornaleros y peones que encuentre.

—Pero dónde están?

—Ya los encontraremos; no hay que desanimarse.

—Magnífico!... dijo para sí Carlos; se trata de trabajo, y tal vez encuentre que comer. Señores, exclamó encarándose con los desconocidos, si necesitan VV. trabajadores, denme trabajo á mí que no tengo pan, y aseguro á VV. que trabajaré bien.

—Qué sabes hacer?

—Lo que V. me mande.

—Pues vente con nosotros.

Una hora despues Carlos trabajaba en el astillero, donde se estaba construyendo un bergantin. Durante algun tiempo, sus maestros no tuvieron motivo alguno para quejarse de él; pero su indole fué á distraerle de sus ocupaciones, y la manía de perfeccionarlo todo se apoderó del mancebo en tal grado, que perdía una gran parte del tiempo en lo que el maestro llamaba tonterías.

—Por qué, le decían los demás trabajadores, tú que trabajas

tan bien cuando quierés, por qué pierdes el tiempo en cosas que harán que seas despedido?

Los trabajadores le daban estos consejos con interés, porque les gustaba el carácter de Carlos: era bueno para con sus compañeros de trabajo, y cuando tenía una moneda en el bolsillo era de ellos, de suerte que su carácter franco y abierto le había conciliado todos los corazones.

—Por qué? decía Carlos; porque si hallo un medio nuevo de construcción, seré útil al maestro y á todos vosotros, además de prestar un servicio al país, porque en industria no hay pequeños inventos, todos son grandes.

—Será esto muy bueno; pero los inventos nuevos arruinan á los trabajadores.

—En vez de arruinarlos, labran la ventura de un gran número; y para las masas se debe trabajar... No seamos egoístas nosotros pobres jornaleros, cuando hay tantos que lo son.... Mirad, amigos, ya que habláis de esto, voy á daros una buena noticia. Ya sabéis que el maestro nos dijo ayer, que por no estar concluidas las poleas, no podia botar el bergantin para el veinte de este mes.... Pues bien, yo he descubiertó el medio de hacer al dia las poleas que sean necesarias.

—Y cómo te las compendrias?

—Las haria fabricar de vidrio.

—Vamos, tú te chanceas.

—De ningún modo. El vidrio, empleado de una manera compacta y sin contacto con cuerpos duros, es tan sólido como el hierro, y mucho mas fácil de trabajar que la madera: además, es muy propio, por el bruñido que se le dá, para las maniobras del cordaje.

—Oh! si salieras adelante con tu descubrimiento, nos arruinarías á todos, dijeron los trabajadores.

—Al contrario, nuestro maestro podria hacer mas buques, y vosotros tendriais mas trabajo.

—Con estas razones no comen nuestras mujeres y nuestros hijos.»

Al dia siguiente, á pesar de las amenazas de sus compañeros, Carlos comunicó su proyecto al maestro, el cual comprendió la utilidad de semejante invento; lo ensayó, y se convenció de lo fácil que era ejecutarlo; pero apenas quiso ponerle en práctica, los carpinteros de ribera acudieron en tropel, se amotinaron contra el infortunado inventor, se quejaron, y dijeron al maestro que optase entre ellos y Carlos.

Víctima de su superioridad, Carlos fué despedido, y se halló en la calle sin dinero y sin trabajo.

Durante este tiempo, su hermano continuaba en su molino, y hacia sus ahorros sin mas esfuerzo que el de poner el trigo debajo de la rueda.

Cárlos, sin desanimarse con semejante revés, se dijo:

—Puesto que mis camaradas no me comprenden, trabajaré solo.

Y á fuerza de cuidados y de aplicacion fabricó un molino de mano, con el cual un niño podia moler en algunas horas grano para el consumo de toda una familia.

—Al fin, dijo cuando acabó su molino, he hecho una cosa útil que me dará con que comer, y aun para socorrer á mis compañeros que no tengan pan.»

Y como la lechera de la fábula, formaba los proyectos mas risueños.

Trató en seguida de vender su invento; pero unos no lo comprendian, otros sostenian que no valia nada; aquí le hablaban del privilegio de invencion, allá le pedian dinero para ponerle en ejecucion, y cansado de tanta ignorancia é indiferencia se dijo:

—Mi hermano tiene el molino de nuestro padre, y hace su negocio: es verdad que no tenemos las mismas ideas; pero hemos nacido de una misma madre, y voy á escribirle que me ayude para ejecutar mi molino.

Y escribió:

«Querido hermano: desde que dejé la tierra, no he sido dichoso, pero no me ha faltado valor, y estoy á punto de conquistarme, si no una fortuna, á lo menos alguna cosa: para ello necesito que me favorezcas, pues con tu auxilio podré sacar un privilegio de invencion, y labrar mi suerte. Sé que diriges el molino de nuestro padre, y en vez de sentirlo, como nuestro padre y nuestra madre te nombraron su heredero, respeto su voluntad, y no es un derecho el que reclamo, sino que te pido me hagas un servicio que te agradeceré en gran manera. Envíame pues algun dinero, y despues de Dios, á tí te deberé mi fortuna.

«Tuyo de corazon tu hermano

Cárlos.»

Nuestro infeliz mancebo aguardaba con inquietud la respuesta de su hermano; pero como todos los hombres de imaginacion viva y de corazon generoso, abrió su pecho á las mas risueñas ilusiones. Cómo se quedaría al recibir la carta siguiente!

«Hermano: me hablas de tus proyectos, y mejor quisiera oirte hablar de tus ocupaciones..... Nuestra posicion y la educacion que recibiste, te han hecho artesano, tu orgullo quiere hacerte inventor de no sé qué cosa, y Dios te castiga haciéndote desgraciado, lo cual debe suceder á todos los vanidosos como tú. Me hablas de la herencia de nuestro padre, á quien sostuve, lo mismo que á mi madre, y me pides te envíe algun dinero: vosotros los que vivís en las ciudades, creéis que ganamos montes de oro, y yo puedo decirte que no sé cómo salir de los apuros que me rodean.

«Tu hermano

Luis.»

Cárlos no se desanimó con tanta dureza, porque su hermano mentía: sus negocios iban viento en popa, y no se vendía un pedazo de tierra, sin que él lo comprase, ni dejaba de aprovechar cuantas ocasiones se le presentaban de hacer fortuna. Se armó pues de valor el desventurado Cárlos, y harto lo necesitaba, pues á poco supo que en Francia acababa de hacerse el descubrimiento de las poleas de vidrio, ni mas ni menos que otras muchas cosas que han descubierto los españoles, descubrimientos que mueren donde nacen para resucitar mas tarde en el extranjero. Pobre nacion la nuestra!....

Entre las personas á quienes se dirigió Cárlos, se hallaba una que le animó cariñosamente, dándole una carta para un mercader catalan.

Cuando entró en casa de su nuevo protector, creyó que habian querido burlarse de él y de su precaria situacion. El mercader á quien iba recomendado, era un traficante en hierro viejo, en calderas rotas y en cazos inservibles, cuyo capital, al parecer, no subia á veinte duros. Luego que se enteró de la carta que le presentó Cárlos, le dijo:

—«Ya vé V., amigo mio, que yo no puedo serle útil por mí mismo; pero tengo un hijo, que, por decirlo así, comenzó como V., y que es mi fortuna y la gloria de mis últimos días. Este hijo querido se halla al frente de un taller de máquinas en Barcelona, y es preciso que vaya V. á esta ciudad, porque en ninguna otra parte de España existe la industria fabril. Si tiene V. talento, en la capital del Principado podrá utilizarlo; si tiene V. verdadera vocacion por la mecánica, se sabrá de un modo seguro, y V. logrará sus deseos. Voy á dar á V. una carta para mi hijo, que le recibirá bien, porque es un buen muchacho, un antiguo jornalero como V., y lleva el corazon en el rostro.»

Dicho esto, el traficante escribió su carta de recomendacion, sacó de un cofrecito media onza de oro, y dándosela al pobre Cárlos, que se puso colorado de vergüenza, le dijo:

—«Devuelvo á V., mi querido amigo, lo que otros han hecho con mi hijo. Dios guie á V., y le dé fortuna!»

Cuando el jóven llegó á Barcelona con su modelo, se dirigió á casa del maquinista, quien le hizo varias preguntas acerca de su obra, convenciéndose bien pronto de que aquel hombre, á pesar de su falta de instruccion, tenia una gran disposicion para el arte de la maquinaria. Despues de un largo exámen del modelo del molino, y otro mucho mayor de su autor, dijo á Cárlos, el cual temblaba como un azogado, y esperaba el resultado de la deliberacion que iba á absolverle ó condenarle:

—«Amigo, es preciso olvidar todo esto: tiene V. una vocacion decidida; pero antes de pasar á la práctica, es necesario estudiar la teoría.»

Cárlos no respondió, y casi se le saltaron las lágrimas.

—«Ya lo veo, repuso el constructor de máquinas: mis palabras afligen á V., porque para estudiar se necesita tiempo y dinero; mas no hay que apurarse. Yo he sido tan pobre y desvalido como V., y he encontrado apoyo; satisfaré á V. pues la deuda que he contraído con otros. Desde hoy trabajará V. en mi taller, yo le daré lecciones particulares, y dentro de poco podrá V. hacer algunas obras, que le proporcionarán si no una gran posición, al menos lo necesario para vivir cómodamente.»

Al cabo de un año nuestro jornalero había hecho tales progresos en matemáticas, que resolvía cualquier problema de álgebra. Gracias á su protector, era tan instruido en teoría como ingenioso y atrevido en la práctica; pero desgraciadamente aquel tuvo que marchar al extranjero, á fin de examinar un nuevo invento, y aunque pensaba volver pronto, mil circunstancias imprevistas le obligaron á prolongar su ausencia. Durante este tiempo, habiendo nuestro mecánico consumido todos sus ahorros, y viendo que su maestro no volvía, no quiso recibir socorro alguno de otras manos, y se dió á trabajar día y noche en la construcción de un nuevo molino.

Encerrado en una pobre casucha, con el estómago vacío, porque no tenía ni aun pan, sin lumbre, porque no tenía leña, tirando de frío, la cabeza llena de inquietud y de dolor, con la desesperación en el alma, ahogó su natural amor propio, cogió la pluma, y escribió:

«Hermano: en este momento estoy próximo á expirar de necesidad. Sostenme solamente por muy pocos días, y saldré adelante con mi proyecto, labrando mi fortuna é ilustrando nuestro nombre. Ten compasión de tu hermano, y te ahorrarás un remordimiento.»

Respuesta:

«Bien te lo había dicho: tu perseverancia en tus vanidosas ideas causa tu ruina. Razon tenía nuestro pobre padre, cuando pensaba que no harías nada bueno; pero ya que han salido ciertos sus pronósticos, yo á lo menos tendré fuerzas para resistir, y no me arrastrarás en tu pérdida.»

—«Ay! dijo Cárlos, luego que leyó esta carta; ya no me queda otro recurso que morir ó pedir limosna, y como no tengo suficiente valor para mendigar, es preciso morir!»

Y con la cabeza hecha un volcan por el exceso del trabajo, y las entrañas atormentadas del hambre, cayó sin fuerzas sobre su miserable lecho. El exceso del infortunio produce algunas veces la calma, así es que Cárlos se durmió; pero habría una hora que dormía, cuando de repente despierta sobresaltado, salta del lecho, y cayendo de rodillas, exclama:

—«Gracias, Dios mio! gracias! Compadecido de mis desgra-

cias y de las pruebas á que me habeis sometido, habeis querido convertir la corona de espinas en corona de laurel..... Gracias! gracias, gran Dios!.... Habeis tenido piedad del débil, tendiéndole la mano!.....»

Después de esta corta oracion, se acercó á la mesa en que trabajaba, y se convenció de que durante su sueño habia hallado la solucion de un problema, que en vano buscaba hacia un mes, para que su máquina fuese útil.

Reconocida por varios célebres maquinistas y por mecánicos de mérito, fué recompensado generosamente, obteniendo un privilegio de invencion. La fama llevó la noticia á su hermano, cuya envidia fué muy grande; pero este no debía ser su único castigo, porque Dios no queria que tanta dureza quedase impune. Un vecino de Santander, de cuya ciudad tanta harina se exporta para las Antillas, colocó un molino conforme al nuevo sistema, cerca del de Luis, y éste, que persistió en su rutina, perdió á los dos años toda su fortuna, muriendo á poco de una grave enfermedad.

Al contaros esta historia, hemos querido haceros ver el poder de una vocacion decidida, con la cual es necesario no confundir la movilidad de espíritu y la inconstancia en las ideas, defecto que lleva á muchos á la casa de los locos y á los hospitales. Tambien hemos querido probaros que si la economía debe ser la regla de toda persona sensata, la dureza de corazon, aunque las leyes no la hayan impuesto pena alguna, es castigada severamente por el justiciero creador del mundo.

T.

HISTORIA SAGRADA.

LOS REYES.

SAUL.

IV.

Muerte de Absalon.

David pasó revista á sus tropas, dividiendo el mando entre Joab, Abisai, y Etaí de Geth, á los cuales dijo:

—Quiero tomar parte en la batalla.

—No, respondieron, no vendreis con nosotros; vos valeis tanto como diez mil hombres, y será mejor que permanezcáis en la ciudad para socorrernos en caso necesario.»

El rey vió desfilar por delante de él todo el ejército, y dijo á los que le mandaban:

—Respetad la vida de mi hijo Absalon.»

Cuyas palabras oyó todo el pueblo.

Dada la batalla en el bosque de Ephraim, el ejército de David derrotó completamente al de Israel, quedando en el campo veinte mil hombres.

Absalom, montado en su mula, huía la furia de los vencedores, cuando al pasar por debajo de una frondosa encina, prendiéronse sus cabellos en la rama del árbol, y como la mula continuase su carrera, quedó suspendido en el aire.

Un soldado que lo vió en aquel estado, fué á decir á Joab:

—«He visto á Absalon colgado de una encina.

—Bueno! respondió Joab; con eso presenciars su muerte.»

Y en efecto, atravesó el corazon del principe con tres dardos, y como respirase todavía, diez escuderos acabaron de matarle, arrojando el cadáver en una gran fosa, sobre la cual pusieron un monton de piedras.

Cuando el rey supo la muerte de su hijo, lloró amargamente diciendo:

—«Hijo mio! querido Absalon! que no pudiera dar mi vida por la tuya!»

La victoria se convirtió en luto en todo el ejército, porque todo el pueblo supo que al rey habia afligido profundamente la muerte de Absalon.

V.

Victorias de David.—Consagracion de Salomon.

Muerto Absalon, quiso David dar la vuelta á Jerusalem, y al atravesar el Jordan, vió entre la multitud á un anciano que le habia prestado grandes servicios cuando estaba abandonado por todos los suyos. Aquel hombre, llamado Berzellan, salia á recibir al rey para acompañarle en el paso del Jordan. David le dijo:

—«Venid conmigo, y vivireis tranquilo en Jerusalem.

—No, señor mio, respondió el anciano; tengo mas de ochenta y cuatro años, y mis debilitados sentidos apenas distinguen lo dulce de lo amargo. Dejadme dar la vuelta á mi pais, porque me queda poco tiempo de vida, y quiero que mi cadáver sea enterrado junto á los restos de mi padre y mi madre... Adios, mi señor;

quisiera hallarme en estado de poder serviros; mas ya que así no sea, aquí teneis á mi hijo Chamaan, que es joven y robusto; llevadlo, y os servirá ni mas ni menos que yo.»

Partió el anciano para su pais, y Chamaan siguió al rey, pasando el Jordan en su compañía.

Toda la tribu de Judá acompañaba al rey, al paso que la gente de Israel no llegaba á la mitad.

Trabóse una querella entre ambas tribus, y un hombre de la tribu de Benjamin, al ver semejante division, indujo al pueblo de Israel á que abandonase al rey.

Seguido este consejo, David volvió á Jerusalem con la tribu de Judá, y al momento envió á Joab con tropas aguerridas para que se apoderase de Seba, que se habia retirado á la ciudad de Abela-Beth-Maacha. Joab le puso sitio, y el traidor no tardó en recibir el castigo de su crimen, porque el pueblo de Israel le abandonó, y arrojó su cabeza desde lo alto de las murallas.

Joab volvió entonces á Jerusalem, y poco tiempo despues David sostubo guerra prolongada contra los philisteos, á los cuales logró rechazar, librando á Jerusalem de su presencia.

Siendo David muy avanzado en edad, resolvió antes de morir consagrar á su hijo Salomon, á fin de asegurarle el trono de Israel, que queria disputarle un hombre osado y emprendedor llamado Adonías. Ordenó pues que se le presentasen Sadoc, gran sacerdote, el profeta Natham y Benaías, hijo de Joiada, á los cuales dijo:

—«Haced que os acompañen los criados de vuestro rey, que mi hijo Salomon monte en mi mula, y se dirija con vosotros á la fuente de Gihon. Sadoc y Natham le consagrarán rey en aquel sitio, y entonces tocareis la trompeta, gritando viva el rey Salomon!.... Hecho esto, le acompañareis de nuevo, y vendrá á sentarse en mi trono, reinando en mi lugar sobre Israel y Judá.»

Salomon montó en la mula de su padre, y se encaminó á la fuente de Gihon.

El gran sacerdote Sadoc tomó del tabernáculo un cuerno de aceite bendecido, y consagró á Salomon rey de Israel, mientras los que se hallaban allí tocaban la trompeta, gritando: viva el rey Salomon!

Todo el pueblo salió en su busca, manifestando la alegría que sentía, con cánticos que llenaban la tierra.

Cuando Adonías oyó este ruido, preguntó la causa, y luego que la supo, corrió á abrazar el ángulo del altar, diciendo:

—Que el rey Salomon me jure no quitarme la vida.

—Si obra bien, dijo Salomon, nadie le tocará ni á un solo cabello; pero si se conduce mal, morirá sin remedio.»

Con lo cual volvió Adonías á su casa, abandonando sus pretensiones al trono de Israel.



¿Qué es un cometa, papá?

DEFINICION SUCINTA DE LOS CUERPOS CELESTES.

—Qué tarde es! exclamó Enriqueta Torrealba; quisiera que papá y mamá estuviesen ya de vuelta. ¡Con tal que no los haya detenido algun accidente penoso!

—Siempre estás pensando en alguna desgracia, repuso su hermano Carlos; yo no los espero hasta las nueve, y aun no son mas que las ocho y media.

—Estoy segura de que es mas tarde, dijo Enriqueta.

—Pues te engañas, replicó Carlos.

Pero Enriqueta solo quiso dar fé al reló, y luego que vió la hora dijo:

—Tienes razon, Carlos; mas me parece el tiempo tan largo cuando papá y mamá pasan la tarde fuera de casa! Además, me gusta mucho hablar con papá, porque sus conversaciones me aprovechan mas que todas mis lecturas.

—Ya lo creo, respondió Carlos; como que los libros no pueden servirnos á nosotros como á papá, porque no pueden responder á las preguntas que nos sujeren.

—Y qué haremos? preguntó Matilde, la hermana mas pequeña: qué haremos hasta que vengan papá y mamá? Está muy oscuro para leer ó trabajar, y si los esperamos sin ocuparnos en alguna cosa, el tiempo nos parecerá terriblemente largo; y aun hay mucha claridad para encender luz.

—Oh! no nos privemos de este lindo crepúsculo, dijo Enriqueta; sentémosnos á la ventana, y miremos la luna nueva tan brillante, que bien pronto va á perderse detrás de esos árboles: cuando desaparezca, procuraremos descubrir las estrellas á medida que empiezen á brillar en el cielo.

Aceptada la proposicion, los tres niños se sentaron en la ventana, desde donde podian gozar á las mil maravillas de la luna y de un cielo hermoso. Permanecieron algun tiempo contemplando la creciente, hasta que Matildita interrumpió el silencio, exclamando:

—Qué es la luna?

ENRIQUETA. ¿Nó te acuerdas haber leído en la Sagrada Escritura que cuando Dios creó el mundo, formó dos grandes luces, la mayor para arreglar el dia, y la mas chica para arreglar la noche? No sabes que la mayor es el sol, y la mas chica la luna?

MATILDE. Si, Enriqueta, ya sé que Dios ha creado la luna, porque es el creador de todas las cosas, y sé que la luna es la luz mas pequeña que Dios hizo al cuarto dia de la creacion. No es esto lo que yo pregunto. Quiero saber por qué brilla la luna, por qué muda de forma, y qué se entiende por luna nueva.

CARLOS. Yo voy á explicarte lo que desees saber, Matilde, y quisiera que papá estuviese aquí para que te lo explicase mejor; pero en fin, diré lo que sepa. —Pero antes, para darte á conocer mejor la luna, te daré una idea de la tierra que habitamos.

MATILDE. ¿Por qué no me hablas de la luna, y dejas la tierra para otro dia?

ENRIQUETA. ¿No será mejor hablar de la tierra cuando podamos ver sus hermosas praderas, sus colinas, los árboles y las flores que la adornan? Ahora todas estas cosas se pierden en la oscuridad.

CARLOS. Para la idea que quiero daros en este momento de la tierra, esta oscuridad es mas favorable, porque deseo que os figureis la tierra como una bola inmensa.

MATILDE. ¿Qué dices, Carlos? La tierra no puede ser una bola, puesto que vemos que es una superficie plana.

CARLOS. Su inmensidad, con relacion á nosotros, es la que nos impide descubrir su forma redonda.

MATILDE. ¿Con que la tierra no es un gran cuerpo plano que á larga distancia se junta con el cielo, cuya bóveda, que el sol atraviesa todos los dias, tiene una altura inmensa?

CARLOS. No, Matilde. La tierra es un cuerpo redondo en forma de naranja, que dá vueltas continuamente.

MATILDE. ¿Que da vueltas?

CARLOS. Sí, no es el sol el que, como suponias, atraviesa la bóveda de los cielos, es la tierra que habitamos, la cual gira sobre sí misma en el espacio de veinte y cuatro horas.

MATILDE. ¿Esto es, en el espacio de un día?

CARLOS. Sí, y el movimiento cotidiano de la tierra forma el día y la noche, porque cuando una parte de la tierra está vuelta hácia el sol, su luz, cayendo sobre nosotros, produce el día, y cuando una parte está vuelta hácia el sol por el otro lado, es de noche.

MATILDE. ¿Cuál es la celeridad del movimiento de la tierra?

CARLOS. Se mueve á razon de seis leguas y cuarto por minuto.

MATILDE. Es imposible! si la tierra se moviese con tanta ligereza, nosotros sentiríamos el movimiento.

CARLOS. Dice papá que si estubiéramos situados de manera que pudiéramos sentir el movimiento, seríamos arrebatados de la tierra en un instante; pero Dios ha dispuesto todas las cosas con tal sabiduría, que podemos ir y venir con tanta tranquilidad como si la tierra no se menease.

MATILDE. No comprendo por qué no sentimos el movimiento.

CARLOS. ¿No te acuerdas que cuando el año pasado nos embarcamos en Valencia en el vapor *Neptuno*, tú, que te hallabas en la camara, creías que no caminábamos, siendo así que íbamos bien aprisa?

MATILDE. Sí, ya me acuerdo, y entonces tú me llevaste á la cubierta para convencerme de la rapidez con que navegábamos.

CARLOS. Y cuando estuviste en el puente, no podías pasearte como si estuvieras en tierra?

MATILDE. Mucho que sí.

CARLOS. Pues bien, la tierra es como un gran buque que nos lleva á través de los campos del espacio, es decir, el firmamento; pero hay una gran diferencia entre la tierra y el buque, á saber, que marchando este por en medio de las olas está expuesto á encontrar mil obstáculos que originan sacudidas y deten-

;

ciones, al paso que la tierra tiene un movimiento perfectamente igual, constantemente tranquilo, y jamás se para, sea á fin de poner en tierra los pasajeros, sea por cualquiera otra causa.

ENRIQUETA. Pero si es cierto que la tierra se mueve con tanta rapidéz, cuando un pájaro, por ejemplo, se suspende sobre su nido, y permanece algun tiempo en el aire ¿no es de temer que la tierra deje atrás al pajarillo?

CARLOS. De ninguna manera, porque la tierra está circundada de la atmósfera que sigue el mismo impulso, y el pájaro puede volar en ella como un insecto en la bodega del buque ó en un coche en movimiento.

MATILDE. ¿Pero á qué suponer que la tierra es redonda, y que ella es la que dá vueltas, y no el sol, la luna y las estrellas?

CARLOS. ¿No digiste hace poco que te figurabas la tierra como una superficie plana, que se estendía sin limite alguno hasta lo infinito?

MATILDE. Si, Carlos.

CARLOS. Si fuese así, el sol no tendría sitio para ponerse, á menos que no supongas se pone en nuestro jardín!

MATILDE. ¡Qué locura, Carlos!

CARLOS. Mas si no se hunde en el seno de la tierra, y no se pone en nuestro jardín, es preciso que sea en cualquier otro jardín, ó de otro modo la tierra debe tener un término. Mientras que si la tierra fuese redonda, podría el sol, aunque no suceda así, moverse en derredor de ella.

MATILDE. Y no se mueve el sol?

CARLOS. No, el sol está fijo, y la tierra da muchas vueltas, como una manzana que el cocinero pusiese en el asador, haciéndola girar delante del fuego, á fin de que por todas partes recibiese el calor. El lado puesto al fuego recibiría entonces la luz y el calor, y esto sería, por decirlo así, su día, mientras que el lado opuesto al fuego, como no recibía ni luz ni calor, sería su noche.

MATILDE. Creo que ya lo comprendo; pero dime, Carlos ¿se puede saber hácia qué lado se mueve la tierra?

CARLOS. ¿Cuando vas en un coche tienes algun medio para conocer hácia qué lado camina?

MATILDE. Hácia el lado donde están los caballos.

CARLOS. ¿Y sin esto no habría medio de conocerlo, mirando por la portezuela del coche?

MATILDE. Sí, los objetos por delante de los cuales pasamos, porque al paso que nosotros parecemos inmóviles, parece que las casas y los árboles corren hácia nosotros.

CARLOS. Del mismo modo podemos saber hácia qué lado se mueve la tierra.

MATILDE. ¿Cómo así, si no hay árboles ni casas que nos sirvan de guía?

CARLOS. Es verdad que no hay casas ni árboles para convenernos; pero ¿no hay sobre nuestra cabeza objetos que nos puedan ayudar?

MATILDE (*después de una pausa*). Ah! sí, las nubes; mira esa nubecilla que parece que viene hacia nosotros! hacia ese lado iremos.

CARLOS. No son las nubes, Matilde, porque si la tierra cambiase como ellas de dirección, experimentaríamos sacudimientos mas frecuentes que en el barco de vapor. ¿No hay otros objetos que puedan hacernos descubrir en qué sentido se mueve?

Las niñas no supieron responder, y Carlos continuó:

—¿No tenemos el sol, la luna y las estrellas? Podemos pues figurarnos estos cuerpos celestes como los árboles y las casas que vienen hacia nosotros cuando vamos en coche, pero como en realidad nosotros somos los que nos dirigimos hacia ellos, si el sol, la luna ó las estrellas salen de Oriente, es claro que caminamos de Occidente á Oriente.

MATILDE. ¡Qué cosa tan extraordinaria! Y se sabe el grandor de la tierra?

CARLOS. Sí: la circunferencia de la tierra, es decir, su medida en una vuelta completa, es, en su mayor anchura, de 8610 leguas.

ENRIQUETA. Entonces si yo recorriese el espacio de 8610 leguas (al parecer en línea recta) daría vuelta á la tierra volviendo al punto de donde saliese.

CARLOS. Sin duda alguna. Muchos viajeros (sin seguir absolutamente esta línea directa) han dado vuelta al mundo por mar, y así es como se han convencido de que su forma es circular.

MATILDE. Ahora sí que estoy convencida de que la tierra es redonda.

CARLOS. Además de su movimiento cotidiano, la tierra una vez al año dá vueltas alrededor del sol en lo que se llama su esfera ó camino trazado, y este viaje anual produce los admirables cambios de las estaciones: la primavera, el estío, el otoño y el invierno.

ENRIQUETA. De consiguiente las luces del firmamento son las que dan á conocer los signos del zodiaco, las estaciones, los días y los años?

CARLOS. Sí, Enriqueta, y cuanto mas examinemos las cosas que Dios ha creado, tanto mas nos sorprenderá la excelencia de sus obras.

MATILDE. ¿Es muy grande el sol?

CARLOS. De un tamaño prodigioso: su medida es de 320,000 leguas de diámetro, y está á 34 millones de leguas de distancia de la tierra.

MATILDE. ¡Qué distancia tan monstruosa!

CARLOS. Este astro gigantesco, á pesar de su enorme distancia, está cerca de nosotros, en comparacion de las estrellas fijas. La mas próxima se halla, segun los astrónomos, á muchos cientos de leguas de la tierra.

MATILDE. ¿Es posible que las estrellas que vemos se hallen á distancia tan prodigiosa? ¿Y cómo alcanza tanto nuestra vista?

CARLOS. Has observado alguna vez esa cinta luminosa que se estiende á través del cielo durante la noche?

MATILDE. Sin duda hablas de la via láctea: ah! sí, la he visto muchas veces.

CARLOS. Háse descubierto que la forman millones de estrellas, las cuales tal vez están tan distantes de las demás, como estas últimas lo están de nosotros.

MATILDE. ¿Para qué sirven las estrellas?

CARLOS. Se cree que el sol es de la misma naturaleza que las estrellas fijas, y se pretende que sirvan de sol á otros mundos, los cuales no se pueden observar merced á su inmensa distancia.

ENRIQUETA. Solo el pensar semejantes cosas me confunde. ¿Qué idea no nos dá esto de la gloria del sublime creador de todas las cosas visibles é invisibles!

CARLOS. Sí, los cielos proclaman la gloria de Dios, y la tierra atestigua su poder inmenso.

MATILDE. Háblame de la luna, Carlos: ¿es una gran estrella?

CARLOS. La luna, que es el planeta mas próximo á nosotros, es un satélite (1) de la tierra, de la cual está distante unas 86.000 leguas. No brilla por su propia claridad como el sol y las estrellas fijas, sino que refleja la luz del sol.

MATILDE. ¿Cuál es el tamaño de la luna?

CARLOS. De unas 782 leguas de diámetro.

MATILDE. Si la luna tiene 782 leguas de diámetro ¿cómo nos parece tan chica?

CARLOS. No te acuerdas de las barquillas de pescadores que desde las orillas del mar en Cádiz mirábamos dirigirse hácia alta mar?

MATILDE. Sí, y las seguíamos con la vista hasta que parecían tan chicas como una mosca.

CARLOS. ¿Nos parecían á lo lejos tan grandes como cuando estaban amarradas en el muelle, y entrábamos en ellas para pasear con papá?

MATILDE. No, ciertamente.

CARLOS. Pues lo mismo sucede con la luna: nos parece chica á causa de la gran distancia.

MATILDE. ¿Y cuál es la forma de la luna?

(1) Satélite quiere decir que acompaña, ó que rueda en la misma esfera.

CARLOS. La luna es un cuerpo redondo como la tierra.

MATILDE. Pues no siempre es redonda: esta noche solo tiene una pequeña creciente, y se irá haciendo mas ancha hasta convertirse en luna llena. Cómo puede ser redonda?

CARLOS. La luna siempre tiene la misma forma; pero como no brilla por su propia claridad, y solamente refleja la luz del sol, solo vemos la parte de la luna que recibe los rayos del sol, y que está vuelta hácia nosotros: ahora bien, como la luna continuamente cambia de posicion, nos parece que continuamente cambia de forma.

MATILDE. ¿Qué se entiende por luna nueva?

CARLOS. La luna al girar alrededor de la tierra es invisible cuando está colocada entre el sol y la tierra: entonces es luna nueva ó cambio, aunque llamemos luna nueva á la primera vez que se hace visible despues de este cambio.

MATILDE. ¿Por qué es invisible la luna cuando cambia?

CARLOS. Porque la mitad alumbrada está completamente vuelta hácia la parte opuesta de la tierra; y á medida que vá adelantando en su movimiento circular en derredor de nuestro globo, vemos por grados la parte alumbrada, la cual crece hasta que forma lo que llamamos luna llena; y luego comienza á declinar, y disminuye su superficie alumbrada, hasta que cambia y se oculta de nuevo á nuestra vista.

ENRIQUETA. ¿Pero qué es la luna?

CARLOS. Se supone que es un globo parecido en muchos puntos á la tierra, porque los astrónomos han llegado á descubrir montañas en su superficie.

ENRIQUETA. Qué cosa tan extraordinaria! Pero si la luna es oscura como la tierra, ¿cómo refleja con tanto brillo la luz del sol?

CARLOS. ¿No has observado que los nubarrones, que parecen enteramente sombríos cuando estan entre nosotros y el sol, parecen blancos y luminosos cuando estan á la parte opuesta del sol, y reciben sus rayos?

ENRIQUETA. Sí, y podría decirse que son montañas que se elevan unas sobre otras, mientras que la parte inferior de la nube, que no está alumbrada por el sol, muchas veces aparece completamente negra.

CARLOS. Pues bien! casi de la misma manera refleja la luna los rayos del sol, porque es en efecto como una nube blanca suspendida en la bóveda azulada del cielo. Así es que durante el dia cuesta trabajo distinguirla de una nube.

ENRIQUETA. ¿Pero cómo se sabe que es redonda cuando parece un cuerno?

CARLOS. Vas á juzgar por tí misma, Enriqueta: mira con mucha atencion lo que te parece un cuerno, y dime si no distin-

gues una cosa como un cuerpo redondo que estuviese atado á él.

ENRIQUETA (*después de mirar algunos instantes*). Oh! sí, lo veo perfectamente: qué es eso?

CARLOS. La parte oscura de la luna, es decir, aquella á la cual no hiere en la actualidad la luz del sol.

ENRIQUETA. Quedo convencida de que la luna es redonda: miraré siempre la parte sombría cuando la luna no sea llena.

CARLOS. No podrás verla siempre, porque solo está visible pocos días antes y después de la luna nueva: según todas las probabilidades también mañana estará visible; en seguida vereis crecer los cuernos, es decir, la parte que refleja la luz del sol, y disminuirse la parte oscura, aumentándose la parte alumbrada hasta la luna llena.

MATILDE. ¿A qué se dá el nombre de eclipse de luna?

CARLOS. Dicese que la luna está eclipsada, cuando la tierra, hallándose entre el sol y la luna, impide á esta, á la cual cubre con su sombra, recibir los rayos del sol, fenómeno que no puede tener lugar sino después de la luna llena.

ENRIQUETA. ¿Cuál es la causa de los eclipses de sol?

CARLOS. Produce el eclipse de sol el paso directo de la luna entre la tierra y el sol, cuya vista nos quita: esto solo se verifica en la luna nueva.

ENRIQUETA. ¿Cuál era esa estrella brillante que papá y tú mirábais siempre con el telescopio el año pasado?

CARLOS. Sin duda hablas del planeta Júpiter.

MATILDE. ¿Qué diferencia hay entre un planeta y una estrella?

CARLOS. Hay dos clases de estrellas: las unas, á causa de su apariencia inmóvil, se llaman estrellas fijas, y son, si te acuerdas, las que te he dicho tienen la misma propiedad que el sol.

MATILDE. Sí, que brillan por su propia luz.

CARLOS. Hay otra gran clase, que son las que mudan de sitio continuamente, como se conoce por medio de una observación atenta. Son de la misma naturaleza que la tierra y satélites del sol, es decir, que reciben la claridad del mismo sol que dá á la tierra y á la luna luz y calor, y su brillo es de igual naturaleza que el de la luna: estas estrellas errantes se llaman planetas, porque la palabra planeta significa *vagabundo*.

MATILDE. ¿Se mueven en todas direcciones?

CARLOS. Siguen las mismas admirables leyes que han señalado sitio á la tierra, y, como la tierra, dan vueltas en derredor del sol.

MATILDE. ¿Hay muchos planetas?

CARLOS. Diez, además de la tierra y su satélite la luna: cuatro de ellos, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, son vastos y brillantes; Mercurio está tan cerca del sol que muy rara vez se le vé.

Uranus ó Herschel no se vé sin el auxilio del telescopio, y los otros cuatro Cérés, Palas, Vesta y Juno, jamás se ven á la simple vista.

MATILDE. ¿Cuál es el mas brillante de los planetas?

CARLOS. Venus mas que ninguno, aunque no se vé jamás á gran distancia del sol.

ENRIQUETA. ¿Venus no se llama la estrella de la tarde?

CARLOS. Cuando Venus se pone despues del sol, se llama estrella de la tarde, y cuando sale antes del sol se le dá el nombre de estrella de la mañana.

MATILDE. ¿Hay algunos otros planetas de un brillo notable?

CARLOS. Júpiter, el mayor de todos los planetas, es el mas brillante depues de Venus, y forma algunas veces un hermoso punto de vista en el cielo. Tiene cuatro lunas ó satélites. Marte es de apariencia un poco rojiza. Saturno tiene siete satélites ó lunas, y está cercado de dos anchos anillos, que se supone reflejan sobre el planeta la luz del sol.

MATILDE. ¿Hay alguna diferencia en el aspecto de un planeta ó de una estrella fija?

CARLOS. Los planetas brillan con una luz inmóvil, al paso que las estrellas fijas parece que despiden chispas.»

Diciendo Carlos estas palabras, entraron D. Fernando Torrealba y su esposa Doña Isabel de Villafuella. Los niños corrieron á recibir á sus queridos padres, y despues de sus mútuas caricias, Matildita exclamó:

—Si tú supieses, papá, qué conversacion tan buena hemos tenido acerca del sol, la luna, la tierra y las estrellas!

D. FERNANDO. Mucho me gusta saber que mis queridos hijos emplean tan bien el tiempo. Es una cosa bastante singular que vuestra mamá y yo nos hemos entretenido hablando del mismo asunto, y especialmente de los cometas.

MATILDE. ¿Qué es un cometa, papá?

D. FERNANDO. Ya es tarde para entablar esta noche una conversacion sobre este punto; pero si Dios quiere, y nada nos lo impide, mañana por la noche nos reuniremos en esta ventana, y os daré algunas nociones acerca de los cometas.

(Se concluirá en el próximo número.)

EL TUNNNEL.

EL que escribe estas líneas acaba de llegar de Lóndres, y se propone hablar á los jóvenes lectores del *Mentor* no de la torre de aquella ciudad, monton de edificios de todas épocas; no de los

famosos *docks*, inmensos sitios de depósitos ó aduanas, donde van á descargar los buques de ambos mundos; tampoco de su célebre puente formado de cantería, y mucho menos de esa poblacion numerosa de una ciudad diez veces mayor que Madrid. Solamente vá á describir una cosa ingeniosísima, muy portentosa, y que parece debe su existencia á un milagro, á saber; el *Tunnel* ó camino por debajo del Támesis.

Qué es el *Tunnel*? Una obra hecha por el hombre, que excede en mucho á las siete maravillas del mundo de antigua memoria. Figuraos una bóveda subterránea de veinte y dos pies de altura, cincuenta y ocho de anchura y quinientos de largo, formada á gran profundidad de la tierra, y que pasa por debajo del lecho de un rio ancho y profundo: agregad á esto que la bóveda de semejante camino subterráneo debe soportar no solamente todo el peso del suelo que gravita sobre ella, sino tambien el de las aguas del rio, con los muchísimos buques que á velas desplegadas lo surcan. No es una obra gigantesca? pues bien! este es el *Tunnel*, palabra inglesa que significa galería; ved aquí lo que es el camino por debajo del Támesis que la Europa entera envidia á la Gran Bretaña!

El ingeniero encargado en la obra es un francés llamado Brunel, y vamos á hablaros de cómo concibió una idea tan grandiosa, cómo puso en ejecucion el plan á través de dificultades inauditas y siempre nuevas, cómo, en fin, halló los millones necesarios para costear la empresa; todo lo cual será la historia del *Tunnel*.

En las grandes poblaciones comerciales lo mas precioso es el tiempo, hallándose el dinero en segunda línea. Ahora bien, siendo el Támesis, que atraviesa á Londres, como ya hemos dicho, un rio ancho y profundo, tiene muy pocos puentes, de donde resultaba que para comunicarse de una á otra orilla, y de un punto populoso á otro punto populoso, muchas veces habia que dar un rodeo de media legua. Este grave inconveniente, que embaraza el movimiento comercial, era perjudicial sobre todo á los hombres de negocios, de suerte que hacia mucho tiempo se pensaba en el modo de remediarlo.

Se quiso al principio ensayar *bacs* ó grandes barcos chatos, que movidos por la corriente, y deslizándose á lo largo de un cable ó cuerda gruesa, echada de una orilla á otra, hubieran transportado los habitantes de un punto á otro; pero los barcos no eran suficientes á la masa circulante, y como habrian embarazado el rio, siempre henchido de buques de todos tamaños, fué preciso renunciar á este proyecto. Luego que se inventaron los puentes colgantes de hierro, se pensó en aprovecharlos para el Támesis; pero tenian otros inconvenientes insuperables, siendo preciso renunciar á este plan, ni mas ni menos que al de los barcos.

Entre tanto aumentábase la poblacion de dia en dia; se ha-

cia mas y mas urgente la necesidad de establecer prontas comunicaciones entre los cuarteles de la banda de acá y la banda de allá del rio; y nadie acertaba con el medio, aunque habia mas de un opulento comerciante que hubiera dado muchos miles de libras esterlinas (la libra esterlina vale unos noventa reales) al inventor de una simple idea, buena ó mala, que les mostrara en perspectiva la solucion del problema.

Al fin salió de repente el hombre de genio, que debia resolverle á las mil maravillas. Un dia, era en 1825, un francés llamado Mr. Brunel se presenta en medio de una junta de capitalistas de Lóndres, y con sus planos en el bolsillo ofrece abrir una galería por debajo del Támesis, la cual llenaria el mismo objeto que un puente colocado sobre el rio, costaría menos, y no tendria ninguno de sus inconvenientes. Al oir aquella proposicion sin ejemplo, muchos dijeron que era una locura, y como tal imposible de realizar; pero la confianza del inventor, su fé en el plan, su conviccion acerca del buen éxito eran profundas, y como el pueblo inglés está acostumbrado á las grandes empresas, habiendo establecido antes que ninguna otra nacion los caminos de hierro, y construido barcos de vapor, la oferta de Brunel fué admitida, y se le entregaron tres millones.

Envanecido con tal confianza, el hábil ingeniero no perdió un minuto, comenzando sus trabajos desde 1.º de abril. A la cabeza de buenos trabajadores ahondó desde luego á cien metros por delante del rio un pozo de desagüe de ochenta y un pies de profundidad, cuya parte baja debia recibir el agua que filtraba á través de las tierras. Hecho esto, se dió principio á la escavacion horizontal, es decir, del *Tunnel*, á sesenta y tres pies por debajo del nivel, cuya escavacion se hacia por medio de una gran máquina de bronce llamada *broquel*, ingenioso mecanismo que consiste en doce grandes divisiones que se pueden mover por separado. Las divisiones ó aros, cada uno de los cuales tiene veinte y dos pies de alto y cinco de ancho, constan de tres pisos, formando el todo treinta y seis celdas para los trabajadores, quienes son de dos especies: los mineros que cavan y horadan la tierra, allanándola despues y asegurando el terreno removido, y los albañiles, que colocados detrás de los mineros, fijan las piedras en derredor de la bóveda ó galería. Es escusado decir que el broquel anda con mucha lentitud, porque es preciso que el trabajo de albañilería se haga casi en el mismo instante que el de la escavacion, para no dejar al suelo el tiempo de venirse abajo.

Seria inútil seguir á Brunel paso á paso en su obra: diremos solamente que al cabo de diez y seis meses de trabajo (en setiembre de 1826) ya el *Tunnel* tenia doscientos pies de largo, sin que se hubiese encontrado ningun sério obstáculo; pero en aquella época empezaron las grandes dificultades.

Las capas de tierra en que penetraba el broquel, se hacian cada vez mas blandas y húmedas, siendo, en una palabra, muy poco á propósito para soportar el peso del agua situada por encima de la excavacion. Brunel lo habia previsto, y se preparó á luchar contra las irrupciones del Támesis, esperando con calma la hora del peligro. A mediados de mes, un arroyo negro y cenagoso pasó á través del broquel, y amenazó inundar la galería; pero gracias á las precauciones sabiamente tomadas y al zelo de los trabajadores, se logró contenerle. En octubre hubo otra irrupción, mas el ingeniero triunfó de nuevo, adelantando con valor en su obra.

A principios de enero de 1827 tenia el *Tunnel* quinientos cincuenta pies, y aunque ya entonces se hallaban precisamente debajo del centro del rio ó en la parte mas peligrosa, todo hacia esperar que saldrian victoriosos: desgraciadamente un movimiento inusitado de buques de alto bordo, que en febrero, marzo y abril anclaron sobre el punto de la bóveda que ocupaban los trabajadores, dió al rio tal impulso que el terreno no pudo resistir, y el *Tunnel* se anegó enteramente.

Qué momento tan espantoso para Brunel! Sin embargo, no perdió el valor, y como el agujero por donde se habia introducido el agua, se ensanchaba de dia en dia, el ingeniero tuvo la feliz idea de cubrir la parte del rio, cuya bóveda se hundió, con lienzos embreados: arrojóse sobre ellos sacos de arcilla desleida y de cascajo, haces de leña y ramas de avellano, cuya especie de enrejado, sostenido por el broquel, contuvo en parte el paso del agua. Luego, aprovechándose de la menguante del rio, el ingeniero francés, no sin peligro de su vida, fué á examinar la excavacion, y empleando con inaudita perseverancia y admirable combinacion centenares de bombas, máquinas de vapor y miles de cubas, consiguió limpiar las galerías, primero de las aguas, luego de la tierra, y proseguir por último la obra.

Pero en todo esto y en reparar los trabajos, que duraron mas de un año, costando sumas enormes, consumiéronse los recursos de la compañía del *Tunnel*, y como no solo se habian gastado los tres millones sino otros dos mas, M. Brunel, por falta de dinero, se vió obligado á abandonar por algun tiempo su colosal empresa.

Suspendida en 1828, siete años despues se dió principio de nuevo al *Tunnel*, y como ya entonces ayudaba la experiencia, los trabajos no ofrecieron dificultad, y caminaron á pasos de gigante hasta su conclusion. Oh! debió ser un dia muy dichoso para el ingeniero francés aquel en que puso el pié en la otra banda del rio, pasando por su bóveda subterránea. La alegría de sus consocios no fué menor; así es que como en 1825, al poner la primera piedra, habian tenido un banquete, y los miembros de la sociedad, reservando algunas botellas de Jerez y Cham-

pañá, jurasen no destaparlas hasta que hubieran pasado la bóveda, las apuraron á su salida, brindando por la reina de Inglaterra y su hijo recién nacido.

El camino por debajo del Támesis presenta ahora un aspecto admirable. Es una vasta y magestuosa galería, ó mas bien dos galerías paralelas separadas por hermosos arcos de macizos pilares. A cada lado de las galerías hay magníficas aceras para la jente de á pié, mientras que el centro lo forma una calzada plana é igual, por la cual circulan en todas direcciones nobles lores é ilustres damas en sus gallardos carruajes, elegantes donceles montados en soberbios caballos, hombres del pueblo, jentes de librea; en una palabra un cuadro movable, que visto á la luz resplandeciente del gas, presenta una escena arrebatadora.

Un peage, ó derecho de pasage bastante crecido, que se exige á todo el que atraviesa el *Tunnel*, enriquecerá bien pronto á sus osados emprendedores. En cuanto á M. Brunel, además de la gloria de haber inmortalizado su nombre, el gobierno inglés le ha concedido el título de baronet (entre hijo-dalgo y baron) con una pensión considerabilísima.

HISTORIA SAGRADA.

LOS REYES.

Muerte de David.

Conociendo David que ya las fuerzas le abandonaban, comprendió que le quedaban pocos dias de vida, y llamó á su hijo Salomon.

«Ya ha llegado para mí, le dijo, el instante supremo; escúchame pues, hijo mio, y no olvides las últimas palabras que te dirige tu padre desde su lecho de muerte.

«Observa cuanto Dios nuestro Señor nos ha mandado; sigue sus preceptos y sus órdenes como estan eseritas en la ley de Moisés, á fin de que todo lo que hagas y emprendas lleve el sello de la prudencia.

«De este modo cumplirá el Señor la promesa que me hizo cuando me dijo: «si tus hijos obran bien, si marchan por la senda de la verdad de todo corazon, y con la mejor buena fé, siempre empuñará el cetro de Israel alguno de tus descendientes.»

«Ya sabes lo que hizo Joab, y como asesinó en tiempo de paz á Abner y Amasa como si estuviese declarada la guerra: castiga sus crímenes, y no permitas que despues de haber envejecido baje sin castigo al sepulcro.

«No eches en olvido á los hijos de Berzellai de Galaad, que me ofrecieron sus auxilios cuando yo huia perseguido por Absalom, tu hermano. Siéntalos, pues, á tu mesa, y muéstrate agradecido á lo que hicieron por mí.»

Dichas estas palabras espiró David, al cabo de cuarenta años de reinado.

La vida de David es otro ejemplo del poder y la bondad de Dios que escogió para regir á su pueblo, para librarle del yugo que pesaba sobre él, á un pobre jóven, á un pastor ignorante y sin experiencia; pero su espíritu divino lo fortaleció, é ilustrando al mancebo, instruyéndole y sirviéndole de guia, le condujo á la victoria.

HISTORIA NATURAL.



LA LANGOSTA.

Los naturalistas comprenden bajo este nombre un género de insectos cuyos caracteres son: cuerpo prolongado; cabeza grande y vertical; dos ojos pequeños, saltones y redondos, acompañados de otros dos ó tres ojillos lisos, pero poco visibles; un coselete comprimido sobre los costados, y sin escudo; largas alas y patas, las de delante nacidas al parecer debajo de la cabeza, y muy grandes las de detrás.

Las langostas machos dejan oír un ruido particular, impropriamente llamado canto, y que es producido por el frote de los

elytros, los cuales presentan en su extremidad una parte dura y transparente, que no deja de parecerse á un espejo en cierto modo.

Las langostas, gracias á la disposicion de sus alas plegadas y á la extension de su cuerpo, no pueden volar á gran distancia, pero saltan con facilidad, hallándose por lo regular en los prados y sobre los árboles, pues se mantienen de vegetales.

Hemos dicho que no podian volar á grandes distancias: sin embargo, ¿quién no ha oido hablar de esas innumerables legiones de langostas que asolan regiones enteras? Pero conviene observar que el insecto á que nos referimos, aunque pertenece al mismo orden, forma un género aparte, que se distingue de la langosta comun en lo siguiente:

Su cabeza, muy desenvuelta, sostiene cuernos cortos; sus ojos salientes son de forma ovalada, y estan acompañados de tres ojillos lisos, colocados como un triángulo, sobre la coronilla de la cabeza; su boca se compone de un labio superior y otro inferior grandes y anchos, de mandíbulas fuertes y cortantes, y de quijadas que terminan en tres dientes. Su esternon, ancho y plano, es muy diferente del de las otras langostas, y las cuatro patas anteriores son de mediana dimension; pero las posteriores adquieren gran tamaño.

La langosta emigrante es un verdadero azote para los países por donde pasa. Sus innumerables tropas producen con el movimiento de sus alas un ruido sordo que causa espanto, y oscurecen el sol en su carrera. En su marcha recorren diez leguas al día, y cuando se acerca la noche se posan en tierra, ó caen sobre los árboles, no quedando al cabo de algunas horas ni una mata ni una hoja en la extension de muchas leguas, porque todo lo devoran, convirtiendo de repente la mas hermosa campiña en triste y árido desierto.

Si la region á donde van á parar tan dañinos insectos no les ofrece lo necesario para subsistir, mueren á millares, y sus hediondos cadáveres esparcen miasmas pestíferos que producen enfermedades epidémicas, tan destructoras como la peste. Así es que el hambre y la muerte marchan en pos de esas legiones de langostas, cuya presencia es tanto mas terrible, cuanto que nada puede aplacar su hambre devoradora, y despues de destruir las plantas mas delicadas, embisten á las hojas de los árboles y á la corteza.

Por fortuna estos asoladores insectos tienen muchos enemigos, como los pájaros, los lagartos, los cerdos, los zorros y hasta las ranas, los cuales devoran gran cantidad de langostas. Además, ellas mismas se hacen cruda guerra, y la intemperie de la atmósfera, un golpe de viento, una lluvia fria ó una tempestad, destruyen millones en un solo instante.

En las regiones asiáticas es apreciada la carne de estos insectos, los cuales secos y molidos sirven para fabricar una especie de pan, que es muy útil en las malas cosechas, ó se venden en los mercados como cualquier otro género, no faltando naturalista que asegure que este insecto tiene el gusto á pichón.

Atribúyese la emigracion de la langosta arábica y tártara á diferentes causas, entre ellas al rigor de las hembras, que por evitar la persecucion de los machos huyen á lejanas regiones; pero la única causa es sin duda alguna la falta de víveres, siendo el viento del este el que dirige hasta Europa tan desoladora plaga.

ROSA Y SU MUÑECA.

Fábula.

Oye, Adela,

Una fábula

Que mi madre

Me contó

Con acento

Cariñoso,

Cuando chico

Era yo.

Una niña

Caprichosa

É indolente

Como tú,

No estudiaba,

Y por tanto

No sabia

Ni la Q.

Por su madre

Reprendida

Día y noche

Con razon,

Nunca Rosa

Hizo caso

Del retórico

Sermon.

Pero en cambio

La culpable

Que ignoraba

Hasta la K,

Decia esto

A su muñeca,

Imitando

A su mamá:

«Me abochorna

Tu pereza;

Me dá grima

Verte aquí....

Ea, niña,

Al estudio,

Y de hoy mas

No sea así.»

La muñeca

Tal oyendo,

A Rosita

Dijo: «bien!»

Eso mismo

Con cariño

Diz tu madre

Veces cien.

«No prediques

Sino cumple,

Pues no puede

Reprender

—Te lo digo

En confianza—

Quien no llena

Su deber.»

TENORIO.



UN CRIMEN NO CASTIGADO POR LOS TRIBUNALES.

EL héroe de esta verídica historia vivía aprisionado en una jaula de hierro, siempre vestido de verde y encarnado, y hablando á tontas y á locas. Se llamaba Coco, y era un loro! Pero un loro amable, de talento, de buen corazon y de nobles maneras.

Tierno y aficionado á volar por los bosques, le privaron de

muchos goces que la naturaleza ha concedido á los loros, sin que jamás conociese la alegría de padre ni el placer de esposo. Arrebatado á su familia desde su mas tierna edad, privado de sus semejantes, desterrado de su patria, Coco vivió en la esclavitud y el celibato, solo amó á seres superiores á él, gozó de la celebridad, y fue tan desgraciado como el hombre mas infeliz.

Un capitán de cierto buque mercante compró á Coco en Rio Janeiro, capital del Brasil, y á su vuelta á España lo regaló á una señorita amiga suya, la cual tomó mucho cariño al loro, hasta el extremo de llevarle á paseo en brazos, como en otro tiempo llevaban alcones las damas. Instalado Coco en el aposento de su ama, cuidado por Lucía, doncella mal encarada, como solo oía palabras cariñosas y dulces, olvidó los términos de marina que aprendió á bordo del buque que le trajo á España; y acompañando á la señorita Emilia Giron á la tertulia, viviendo entre personas ilustradas, rodeado de las comodidades del lujo, atestado de golosinas, viendo únicamente lazos, terciopelos, gasas y esencias, Coco se hizo el loro mas célebre, no solo de Cádiz, sino de toda la Andalucía.

Pero á aquellos hermosos dias debian suceder otros de tempestad, y á aquel lujo la miseria!.... Huérfana Emilia Giron, sin auxilio alguno en la tierra, fué consumiendo su caudal, y cuando llegó á ser vieja se mantenía únicamente con lo que le daban dos sobrinos suyos, capitanes de la guardia real. Lucía, que jamás quiso abandonar á su ama, cuidábala lo mejor que podia, y la buena señora aguardaba el término de su vida con resignacion sí, mas no sin sentimiento.

Porque habeis de saber que la *señorita* Emilia, con sus sesenta años y vestida á la moda de 1790, queria extraordinariamente á un ser, compañero de su juventud, y que mas de una vez la habia hecho sonreír con sus picarescos dichos. Coco, el loro del Brasil, habia permanecido tambien al lado de su ama, y la buena señora dividia sus caricias entre él y otro personaje llamado *Mizo*, camarada y amigo de Coco, y que tenia tres colores. Este cuarto personaje no era otro que un gato de pelo muy fino, de bonita cara, de patas de terciopelo y de graciosos gestos. Mizo era observador, sensible, inteligente, y muchas veces al dia abandonaba el dulce calor de la lumbre y los provechos de la cocina, para acercarse á la jaula de Coco, junto á la cual dormia por la noche.

Emilia Giron, Lucía, Coco y Mizo, son pues los cuatro actores de este drama.

ESCENA.

Aposento de la señora con ventanas al jardín. Es de día y el sol penetra en la habitación. La vieja aparece sentada en su butaca junto á una ventana abierta y cerca de la mesa donde está Coco. Tiene un libro en la mano que lee con aire distraído, mirando á cada instante á Coco y á Mizo, el cual restrega su cabeza contra los hierros de la jaula, para que Coco lo acaricie con el pico. Cuando cree que Coco se ha cansado, mete las manos entre dos barrotes al parecer separados para este uso, y acaricia á su amigo. La señora Emilia suelta el libro, saca de la faltriquera un almanaque, y mira la fecha.

EMILIA GIRON, á Coco.

Hoy hay treinta años que entraste en mi casa por la vez primera: por cierto que el día era hermosísimo, y el jardín estaba lleno de flores.

Coco.

Quiero á mi ama! quiero á mi ama!

EMILIA.

Sí, á poco de salir del buque ya sabias estas palabras!

(*Emilia queda sumerjida en profunda meditacion*).

LUCIA, entrando.

Señorita, voy á salir.

EMILIA.

A dónde vas?

LUCIA.

Vaya una pregunta! ya que quiere V. pescado, es preciso ir á buscarlo, porque no ha de venir él solo.

EMILIA.

Si no te gusta salir.....

Coco, apresuradamente.

No! no! no!

LUCIA, remedando á Coco.

No, no, no; yo te daré no, no, no, holgazan. ¿Con que te alegras cuando salgo, tunante?

Coco.

Sí, sí, sí.

:

LUCIA, *con enfado.*

Algún día me pagarás tantas injurias como me haces.

EMILIA.

Pues no da valor á palabras dichas por casualidad!

LUCIA, *en tono agrio.*

Señorita, yo no sé qué es lo que tiene en la cabeza contra mí; pero es bien claro que me ha tomado manía.

Coco, *dando una carcajada.*

Ho! ho! ho!

EMILIA.

Con todo tu talento, eres una necia, Lucía.

LUCIA, *acalorándose.*

Es una ingratitud!... yo no podía creer que hubiese pájaros tan ingratos como los hombres!... A mí que le sufro todos sus caprichos, que le mimo todo el día, y que hago cuanto quiere, debía tenerme mas cariño que á V. Sí, señora, mas que á V. ¿Quién le trae cañamones, dulces y cuanto apetece el señor?

EMILIA, *sonriendo.*

Tienes razon; pero ve por el pescado.

LUCIA, *amenazando á Coco.*

Te he de torcer el pico!

Coco, *remedando á Lucía..*

El pico!

LUCIA, *furiosa.*

Burlate de mí, que ya veremos quien puede mas!

(*Vase.*)

EMILIA, *á Coco y á Mizo.*

Se fué, hijos míos?

Coco, alegre.

Sí, sí, sí.

(Mizo que tambien ha comprendido la pregunta de su ama, corre á la puerta, huele, escucha, y luego vuelve haciendo un ron ron tan satisfactorio que Emilia abre la jaula del loro y le da libertad. Coco salta al hombro de su ama, y despues va á jugar con Mizo.)

EMILIA.

¿Qué daño hacen estos pobres animales? no sé por qué Lucía los trata con tanta severidad, y no quiere que Coco salga de su jaula.

(Emilia acaricia á Coco y á Mizo, el cual alza las orejas, corre á la puerta y vuelve asustado. Emilia encierra en la jaula precipitadamente á Coco.)

Démosnos prisa, porque si supiera que has salido, te regañaría!
(Se oye meter la llave en la cerradura, y Mizo ocupa con aire de hipocresía el sitio donde se hallaba cuando se marchó Lucía.)

LUCIA, notando la turbacion de su ama.

Dios mio! qué ajitada está V. señorita! qué es lo que ha habido?

(Dirije una mirada escrutadora al suelo, y descubre sobre la estera una prueba de la libertad dada á Coco.)

Ya veo lo que es! ha dejado V. salir á Coco como para recompensarle las picardías que me ha hecho hoy! Señorita, voy á hablar á V. con claridad... Hartos quehaceres tengo para que haya de pasar la mitad del dia en limpiar la estera y los sillones emporcados por el señor! El otro dia manchó el vestido nuevo de V., y ha costado diez cuartos quitarle la mancha... Acuértese V. de que no somos ricas, y que yo me voy poniendo vieja, y no puedo con el trabajo... Para acabar, ó el loro no sale, ó que otra limpie lo que ensucie.

EMILIA, abriendo la puerta de la jaula.

Lucía, mi pobre loro saldrá mientras su ama tenga fuerzas para abrir esta puerta, ya un poco apretada para su débil mano; y cuando no pueda dar algunas horas de libertad á su antiguo amigo, estoy segura de que algun dia te arrepentirás de haber hecho sufrir á Coco!

Coco, saliendo de la jaula.

Pícara! pícara!

(Lucía furiosa quiere coger al loro, y este se defiende; pero al

fin se apodera de él y lo arroja con fuerza en la jaula, cuya puerta cierra con precipitación).

EMILIA.

Lucía, vete de aquí.

LUCIA, *desesperada.*

Sí, me iré, y mas lejos de lo que V. cree, porque no quiero que se me tenga por menos que un loro.

EMILIA.

Lucía, tu amenaza es una crueldad; vete á tu cuarto!

LUCIA, *al salir.*

Dónde se habrá visto que se prefieran los pájaros á los criados?
(Emilia rompe á llorar, y Mizo inquieto va de su ama á Coco, lame las manos de su ama y acaricia al loro).

EMILIA, *en voz baja.*

Pobre Coco! te ha hecho daño?

Coco, *con voz triste.*

Ama! ama!

EMILIA, *siguiendo con la vista á un pájaro que vuela hacia las nubes..*

Qué locura enfadarse así!... Bien pronto alzaré el vuelo como esa golondrina, y seré feliz!... Olvidemos las injurias, y no demos que sentir á la única criatura que me cuida.

Coco, *aflijido.*

Ama! ama!

(Emilia procura llamar á Lucía, pero le falta la voz, y la emoción de esta escena la hace desmayarse.)

Coco, *asustado, llama con fuerza.*

Lucía! Lucía! Lucía!

(Mizo corre á la cocina, y trae á Lucía cogida del delantal).

LUCIA.

Dios mío! Dios mío! mi pobre ama!... pícaro animal, tú tienes la culpa, pero ya me las pagarás!

(Se acerca á su ama, y la hace volver en sí).

Algunos días despues de la escena que acabamos de describir, al parecer nadie se acordaba de ella; pero, sin embargo, la señora Emilia Giron no se atrevia á dar libertad á su loro, y Lucía se aprovechó de aquel acto de temor para establecer su autoridad de un modo despótico.

Coco, naturalmente alegre, franco y malicioso, aborrecia á la criada, y expresaba su odio con bromas, que para colmo de infortunio algunas veces hacian sonreír á su ama. Coco, por ejemplo, solia interrumpir á Lucía en medio del diluvio de palabras que esta hacia llover sobre la señora, dirigiéndola expresiones cariñosas; de suerte que Lucía, acordándose del cariño que en otro tiempo tuvo al loro, se acercaba á la jaula, diciéndole: «¿qué quieres, mono mio?... *Vieja charlatana!* le soplabá Coco al oído con voz exténtorea, riéndose á carcajadas.

Otro día, imitando la tos de la criada, parecia que se ahogaba, y Lucía, creyendo que tambien los loros tienen inflamaciones catarrales, se acercaba al pérfido, el cual la esperaba para picarla en la nariz, lo que desesperaba á Lucía hasta el extremo de decir entre dientes:

—«Todo esto ha de acabar mal.»

En medio de circunstancias tan críticas, Mizo, mas político que Coco, acariciaba á Lucía, llevando sus atenciones hasta acostarse en la cama de la criada, porque allí cada uno amaba á su manera; Coco injuriando á Lucía creía vengar á su ama, y Mizo creía salvar á su amigo. Gato sublime!

Empero Lucía mudó de conducta, y en vez de enfadarse con las ofensas del loro, era la primera que se reía de sus malicias.

—«Coco, dijo un día la señora Emilia, somos perdidos; Lucía trata de vengarse!»

Y en efecto no se engañaba la pobre señora, y he aquí como Lucía se las compuso para llevar á cabo su venganza. Como la debilidad de su ama se aumentase hasta el extremo de que el menor ruido, una voz fuerte, un portazo la causaba una sensación profunda, resentida como se hallaba de los nervios, cuando Coco gritaba, lo que solia hacer algunas veces, Emilia aturdida encargaba al loro que callase, y Lucía dijo un día:

—«Ya no puede V. sufrir el loro, señorita.

—Al contrario, Lucía, me distrae, y sin él los días se me harían muy pesados!

—Señorita, ahora sé yo mejor que V. lo que la perjudica y lo que la conviene. Coco acorta los días de V., porque necesita V. mucha tranquilidad y completo reposo.

—Lucía, dijo la anciana señora en tono de suplica, déjame á mi pobre Coco, porque es el compañero de mi vida, y me recuerda á mis amigos.»

Durante este altercado, el loro gritaba *ama!* con tales infle-

xiones de voz, que parecia decir *desfíndeme! desfíndeme!*; pero ay! la señora Emilia no tenia fuerzas para luchar con Lucía.

Un día de diciembre en que Coco, para distraer á su querida ama, habia estado mas alegre que nunca, Lucía lo trasladó desde el aposento en que habia vivido 18 años, á una cocina ahumada, triste y solitaria. Su pobre ama lo siguió con los ojos, diciendo:

—«Qué débil es una cuando se pone vieja!»

Lucía, á pesar de su insensibilidad, llevaba á su ama dos veces al día el loro; pero la alegría que los dos manifestaban al verse, reanimaba los celos de la criada, y acabó por no llevar á Coco, sin que Emilia se atreviese á preguntar por él!

Sin embargo, un día en que la criada, como para disculpar su crueldad, dijo que los dolores reumáticos le impedían trasladar la jaula, exclamó la pobre señora:

—«Tráele sin la jaula.

—Ni por pienso! respondió Lucía en tono ágrío; para cojerlo, tendría que sostener un combate, porque Coco se vá haciendo feroz!

—Coco feroz! decia Emilia llorando; esto prueba que Lucía atormenta á mi pobre amigo!»

Y como la infeliz señora no podia soportar la privacion de no ver al único amigo que tenia á su lado, empleó, para ganar á Lucía, tanta diplomacia como para conquistar un reino, haciéndola continuos regalos y acariciándola. Luego, escojiendo hora y momento, la dijo:

—«Lucía, dame el brazo, porque tú quieres á tu ama mas que Coco! ya conozco tu intencion..... privándome de Coco, te has propuesto que haga ejercicio para recobrar las fuerzas; tienes razon, es preciso que ande un poco.»

Y revistiéndose de autoridad, quiso dirigirse á la cocina. La criada, aunque furiosa, no se atrevió á resistir abiertamente á su ama, y la condujo de un modo brusco, pero que prestó alguna enerjia para andar á la achacosa señora. Cuando llegó á la cocina, el espectáculo que se presentó á sus ojos la quitó enteramente el valor. Coco triste, taciturno, espeluznado, cuando vió á su ama, gritó: *al fin has venido!* mas con inflexion tan sentida, que su ama se conmovió dolorosamente. Coco la habia esperado todos los dias, todas las horas, todos los instantes, siempre pensando en ella!....

La señora Emilia no pudo presenciar impasible el estado lastimoso de su loro, y cayó sin sentido en brazos de Lucía, la cual la condujo á su lecho, diciéndola brutalmente, cuando volvió en sí:

—«Para que yo permita á V. otra vez que ande y vea á Coco!.... No en mis dias.

—Lucía, respondió Emilia, Coco está muy flaco!

—Siempre ha estado así! por lo demas, no atormentará á V. la vista de su querido loro.

—Lucía, Coco está muy triste.

—Triste? diga V. mas bien que es un hipócrita, y que se ha hecho un santurron en su presencia, porque un momento antes jugaba con Mizo, y hacia tanto ruido que tuve que separarlos, y encerrar á Mizo en mi cuarto. Pero que esté triste ó alegre, yo respondo á V. de que por él no ha de tener mas desazones.»

La pobre señora jamás volvió á preguntar por Coco; pero Mizo iba y venia de la cocina á la sala, y de la sala á la cocina con tal inquietud, que cierto dia del mes de febrero, en que Lucía habia salido de casa, Emilia apoyada en su baston, y asiéndose de las sillas, de las paredes y de las puertas, se trasladó sola á la cocina!.... Pero cual no fué su tormento no encontrando á Coco!

—«Mizo, dónde está Coco?

El gato corrió al cuarto de Lucía, y la vieja le siguió como pudo, hallando á Coco medio muerto, tiritando, sin agua, sin cañamones, débil y sin voz! Emilia procuró abrir la puerta de la jaula, mas la puerta estaba condenada!.... trató entonces de transportar la jaula; pero no habia dado tres pasos, cuando cayó al suelo.

Lucía la encontró en aquel estado, y algunos instantes después espiraba Coco presa de violentas convulsiones, porque Lucía habia puesto perejil en el pan mojado que le dió, y que devoró al instante el pobre hambriento. Lucía dejó abierta la puerta de la jaula, y Mizo logró introducirse en ella, para lamer y acariciar á su infeliz amigo, en tanto que la señora tendida en su lecho ordenaba imperiosamente á la criada que le llevase á Coco.

—«Aquí está, dijo, presentando la jaula!»

La señora Emilia vió á Mizo y á Coco estrechamente unidos, vivo el uno y el otro muerto, y cubriéndose la cara con la colcha, lloró amargamente el funesto destino de su compañero de juventud.

Aquella misma noche Lucía enterró en la bodega á Coco, y al dia siguiente de su crimen velaba á su ama, que no habia pronunciado la menor palabra de reconvencion. Era media noche, y la criada sentia á la vez el aguijon del remordimiento y la alegría de la venganza, cuando vió á sus pies á Coco desenterrado por Mizo, y llevado á la alcoba de su ama. Lucía asustada no comprendió por qué milagro estaba allí el loro, y llevándolo de nuevo á la bodega, hizo un hoyo tan profundo, que Mizo no pudo sacarlo; pero no quiso moverse de allí, y á los tres dias murió sobre la tumba del pobre Coco.

Tal fué el fin deplorable de dos seres admirables, de dos seres dignos de ser llorados, puesto que sabían amar! La señora Emilia Giron falleció algunas semanas despues, contenta con dejar este mundo por un mundo mejor, y murió sin legar una hilacha á Lucía!...

A esto se agregó el que los remordimientos asaltaron de repente á Lucía, y desde entonces no tuvo ni una hora de tranquilidad, ni un momento de alegría: su turbada conciencia la acusaba de haber muerto á su ama, acortando su vida despues de quitarla á Coco y á Mizo; y teniendo siempre presente la repentina aparición del loro, creía sin cesar verle á sus pies, y por la noche se figuraba oírle echarla en cara sus crímenes, y hasta se sentía desgarrada por su pico.

Un viejo avaro descubrió la fortunilla que Lucía había hecho en casa de su ama; la hizo algunos arrumacos, y olvidando la vieja su edad, su figura, su caracter y sus pesos duros, se casó con el avaro, el cual vengó á la señora Emilia Giron y á las otras dos víctimas de Lucía, quien privada de todo, molida á palos con sobrada frecuencia, y despreciada del avaro, murió antes que este.

Tal fué el fin de Lucía, cuyo fin prueba que muchas veces, aun en la tierra, Dios castiga á los malos....

El narrador de esta historia, cuando vé á unos niños que se entretienen en hacer sufrir á algun animal, cree hallar en sus lindos rostros el feo semblante de Lucía, culpable sin duda alguna á los ojos de nuestros jóvenes lectores, porque ¿no había lastimado el corazon de una pobre vieja? ¿no la había hecho verter amargas lágrimas? ¿no martirizó á unos seres amables y cariñosos?

Queridos niños, acordaos de Lucía, y nunca maltrateis á los animales, ni mucho menos hagais sufrir á persona alguna.

DEFINICION SUCINTA DE LOS CUERPOS CELESTES.

(Conclusion.)

APENAS llegó la noche del dia siguiente, los tres niños se apresuraron á tomar asiento en la ventana, á donde llegó á poco D. Fernando Torrealba, preguntando si Carlos había explicado la víspera el sistema solar.

MATILDE. No, papá.

D. FERNANDO. El sistema solar se compone del sol, que for-

ma el centro, y muchos cuerpos mas pequeños, que se mueven en torno suyo en sentido casi circular ó esférico: comprende todos los cuerpos que reciben del sol luz y calor. ¿Sabes cuáles son estos cuerpos.

MATILDE. La tierra, la luna y demas planetas.

D. FERNANDO. A los cuales se puede añadir los cometas.

ENRIQUETA. ¿Cómo los cometas, papá? Yo creía que los cometas eran estrellas errantes con grandes colas, que aparecen de pronto en el cielo.

D. FERNANDO. Así se les consideraba en otro tiempo; pero la astronomía nos ha hecho conocer una multitud de fenómenos, que por lo raro de su aparición, escitan el asombro de la ignorancia, siendo los cometas uno de estos fenómenos mas notables.

Se vé sin reflexionar que el sol sale y se oculta todos los dias: nadie duda que volverá á aparecer á la hora acostumbrada, y sabiendo que Dios ha creado este astro para producir el dia, se piensa, no sin razon, que habrá dia mientras dure el mundo.

Se vé que la luna cambia de forma, que se convierte de simple línea de plata en un círculo completo, que luego disminuye, y que al fin desaparece, y nadie duda que aparecerá bien pronto, porque este convencimiento nace de que siempre ha sucedido así desde el principio hasta el fin.

Pero los cometas, por su rareza, siempre han sido objeto de admiracion; y en los tiempos en que se ignoraba su verdadera naturaleza, la supersticion los consideraba como precursores de algun suceso funesto.

Y esto no debe sorprenderos: ¿no habia antiguamente jentes crédulas que consideraban al grillo, este insecto tan alegre, como un hésped que atraía la dicha á una casa, mientras otros pretendian que causaba desgracias? este ejemplo basta para demostrar lo absurdo de semejantes quimeras, porque no podia á la vez el grillo causar la ventura y el infortunio, de suerte que tales supersticiones son una especie de idolatría.

ENRIQUETA. ¡Una idolatría!

D. FERNANDO. Sí, es atribuir á una criatura un poder que notiene, y que solo pertenece al supremo regulador del universo.

En los tiempos en que reinaba la ignorancia, acostumbrábase en las naciones paganas matar animales, examinar sus entrañas, y sacar de ellas ó pretender sacar presagios dichosos ó malaventurados: así leemos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, que redujo los judíos á la cautividad (el mismo que santificó el becerro de oro en los llanos de Doura, y que despues fué desterrado de la especie humana y reducido á pastar en los campos como los bueyes) así leemos que antes de embestir á Jerusalem, recurrió á la adivinacion, consultando á las imágenes, es decir, los dioses

falsos, é interrogando el hígado de los animales que hacia matar á este efecto. Así es como se examinaba tambien el vuelo de las aves para sacar señales y presagios.

MATILDE. ¿Cómo es eso, papá?

D. FERNANDO. Voy á contaros una historia que leí esta mañana. Un destacamento de judíos se dirijia desde la Judea al mar Rojo, y uno de ellos se llamaba Mosalem. Iba tambien un hombre que pretendia ser adivino, y anunciar los sucesos futuros. Seguian todos su ruta con la mayor tranquilidad del mundo, cuando de repente se paró la tropa. Mosalem, que se habia quedado algo detras, se acercó para saber lo que les detenia, y oyó al adivino que decia mostrando un pájaro posado en un árbol: «si ese pájaro se está quieto, no debeis moveros; si vuela hácia adelante, debeis seguir la marcha; pero si vuela hácia el lado opuesto, debis tomar la vuelta de Judea.» Mosalem, sin decir una palabra, cojió una flecha, y mató al pájaro. El adivino y algunos otros, indignados de esta accion, gritaron *haro!* (muera) contra Mosalem; pero él les dijo: «no es una locura hacer tanto ruido por una miserable avecilla? Si esa pobre criatura hubiese podido predecir el bien ó el mal, no hubiera dejado el árbol antes que yo la matase?»

MATILDE. ¿Es particular que haya gente tan tonta!

D. FERNANDO. Para nosotros, que vivimos en una época en que la instruccion y la religion están muy esparcidas, esto es increíble; pero en vez de criticar á los que han sido menos favorecidos que nosotros, debemos ver en las relaciones que nos han transmitido una razon mas para aprovecharnos de las luces que hemos adquirido. Por eso no hay que extrañar que en tiempos en que los hombres eran tan ignorantes que daban fé á tales puerilidades, las no acostumbradas apariciones en el cielo de ciertos fenómenos fuesen consideradas como signos de la cólera celeste, y los precursores de la guerra, de la peste, del hambre y otras calamidades.

CARLOS. Pero dígame V., papá, los cometas no tienen influencia en las estaciones?

D. FERNANDO. Así se cree comunmente, pero es un gran error, y jamás la ciencia ha reconocido esta influencia. Un célebre astrónomo (M. Arago) ha hecho una descripcion de la temperatura, segun las observaciones recojidas desde hace mas de noventa años, así como de los cometas, y ha demostrado que de ningun modo obran sobre la temperatura.

ENRIQUETA. ¿Papá, los cometas no son algunas veces causa de una epidemia?

D. FERNANDO. De ninguna manera: por lo demas, os costará trabajo creer lo que voy á deciros de los efectos que se atribuyeron á un cometa.

MATILDE. ¿Cuáles, papá?

D. FERNANDO. Una enfermedad general en los perros de Wesfalia.

TODOS. ¡Esto no es posible!

CARLOS. ¿Quién podría creer semejante cosa?

D. FERNANDO. Esto prueba hasta qué punto se estravia uno cuando persiste en ideas que no se fundan en la realidad.

Ahora que estamos seguros de lo que hay acerca de la influencia de los cometas, procuremos formar una idea de su verdadera naturaleza.

Lo mismo que los planetas, tienen los cometas un movimiento orbicular en derredor del sol; pero como la mayor parte gastan muchísimo tiempo (algunas veces mas de mil años) en dar vuelta al círculo, la brevedad de la vida nos impide, salvo algunas escepciones, ver dos veces el mismo cometa mientras vivimos.

CARLOS. Papá ¿se ha visto alguna vez el mismo cometa?

D. FERNANDO. Sí: se ha demostrado la vuelta de tres cometas en periodos determinados, á saber, el cometa de Halley, el de Eneké y el de Biela. El cometa de Eneké (que debe su nombre al profesor Eneké de Berlin) terminó su vuelta en derredor del sol en mil doscientos dias, cerca de tres años y medio. Muchas veces se ha observado su vuelta regular en la época indicada, pero es invisible sin el auxilio del telescopio.

El cometa de Biela (así llamado de M. Biela, oficial austriaco) terminó su carrera en el espacio de cerca de seis años y ocho meses; es un cometa pequeño é insignificante, invisible á la simple vista.

El cometa Halley, que debe su nombre al célebre astrónomo Edmundo Halley, y que apareció en el año 1835 despues de sesenta y seis de ausencia, reclama nuestra particular atencion.

Fue observado por el doctor Halley en el año 1682, y casi en la misma época, habiendo hecho Isaac Newton el admirable descubrimiento de las leyes que arreglan el movimiento de los cuerpos celestes, el doctor Halley las aplicó con especialidad á los cometas, y despues de un profundo examen de las tradiciones recojidas, dedujo que era el mismo cometa que apareció en los años 1607 y 1531, habiendo sido de cerca de 66 años los intervalos de una á otra aparicion. Se ha hablado de multitud de cometas, y la historia cita entre otros uno que apareció ciento treinta años antes del nacimiento de Jesueristo: creíase que todos eran diferentes; pero el doctor Halley á casi todos los consideraba como el mismo que habia visto en 1682, lo cual lo animó á anunciar que se podía esperar volver á verle en 1758 ó 1759.

Al acercarse la época designada, todos los astrónomos se pusieron á observar con cuidado la llegada del maravilloso viajero,

y hubo algunos que estuvieron ocupados diez y ocho meses en tan laboriosa tarea. Pero la honra de ser los primeros en descubrir al viajero no estaba reservada á aquellos sabios personajes. Un simple aldeano de Prolir, cerca de Dresde, muy hábil en el estudio de las estrellas, fué el primero que vió el cometa.

MATILDE. ¡Es cosa particular! ¿Y cómo pudo saber lo que eran los cometas?

D. FERNANDO. ¿Qué quieres? sus medios para instruirse eran muy limitados; pero habia hecho muy buen uso de aquellos de que podía disponer.

CARLOS. ¡Qué chasco se llevaron los astrónomos! Y sin embargo, el doctor Halley tenia razon.

D. FERNANDO. Sí, y el cometa llegó á su mayor proximidad hácia el sol el 12 de marzo de 1759.

CARLOS. ¿Es brillante, papá?

D. FERNANDO. Aquella vez el cometa apareció en circunstancias no muy favorables, estando casi siempre oscurecido por el efecto del crepúsculo: parecia enteramente redondo con un punto brillante rodeado de una especie de vapor ó nubecilla, y sin que se distinguiese nada que se pareciera á una cola.

MATILDE. ¿No tenia cola? Pues yo creia que los cometas siempre tenian una cola.

D. FERNANDO. Cuando se dió á estos cuerpos estraordinarios el nombre de cometa (que se deriva del nombre latino *coma*, cabellera) suponíase que todos tenian cola. Pero mas tarde se observó que muchos cometas no terminaban en parte que tuviese cabellos. Cuando los tienen, no son colas, hablando con propiedad, porque no siempre siguen la cabeza del cometa á la manera de cabellos flotantes, sino únicamente durante el período en que el cometa se acerca al sol, que los absorbe con el brillo de sus rayos, impidiéndonos verlos por algun tiempo. Luego que han pasado del sol y aparecen al otro lado, se vé delante del cometa esta especie de crin, parecida entonces á una barba brillante. Hace noventa años se vió uno proyectando seis chorros de luz que le cercaban como un estenso abanico. Otros han sido descritos enteramente sin colas, tan brillantes y tan redondos como el planeta Júpiter, y aun ha habido algunos parecidos á nubes ó masas de vapor.

ENRIQUETA. Los cometas no son lo que yo me habia imaginado. Yo creia que eran poco mas ó menos como los cohetes volantes que pasan inflamados por medio de los aires hasta que se consumen, y me figuraba las colas como los globos de chispas que siguen á los cohetes en su carrera.

D. FERNANDO. Muy lejos de ser inflamados, los cometas son al parecer masas de vapor que brillan por la luz que el sol refleja, y puede comparárseles á esas ligeras y apiñadas nubes que flotan

en las altas regiones de nuestra atmósfera, y que muchas veces al ponerse el sol aparecen bañadas en luz y como en combustion.

Pero volviendo al cometa de Halley, es el que apareció en 1835. Hubiérais podido contemplarle en la noche del 3 de octubre, visible en el Oriente, casi en línea intermedia entre la estrella brillante llamada Castor y la estrella mayor de la Gran Osa.

CARLOS. Pero, papá, si los cometas se presentan bajo diferentes formas ¿cómo se conoce que son los mismos que vuelven?

D. FERNANDO. Hay dos medios, la observacion y el cálculo, y el uno corrobora á la otra. Escucha la analogía que voy á presentarte. Nuestro cercado tiene una milla de circuito: ahora bien, si empleo cinco minutos en andar la cuarta parte del camino, puedo calcular ó reconocer que si no encuentro algun obstáculo, emplearé cuatro veces el mismo tiempo, ó veinte minutos en dar vuelta al cercado. De la misma manera se puede calcular el tiempo que gastará un cometa en dar vuelta al sol, observando el que emplea en recorrer á nuestra vista una corta porcion de su ruta.

ENRIQUETA. Pero ¿cómo se conoce la direccion que lleva?

D. FERNANDO. Voy á explicártelo: figúrate que tú estás ahí como espectadora, que esta taza representa el sol y esta cucharita el cometa. Ahora voy á poner la cuchara (el cometa) en línea recta de la ventana á la puerta entre tú y la taza, (el sol). Mientras la cuchara camine en esta direccion, jamás puede volver á donde tú estás ó donde se halla la taza, no es verdad?

ENRIQUETA. De seguro que no, papá.

D. FERNANDO. Ahora bien, ponte junto á esta mesita redonda. Voy á colocar la taza (el sol) en medio de la mesa, y tú siempre eres el espectador que está en la tierra: entonces llevo la cuchara (el cometa) en rededor de los bordes de la taza, y verás que siguiendo esta ruta, no puede dejar de volver á donde tú estás.

ENRIQUETA. Es claro que si dá vuelta á la mesa, por necesidad ha de volver á donde yo estoy.

MATILDE. Pero, papá, el cometa no tiene mesa al rededor de la cual pueda dar vuelta para guiar su marcha.

D. FERNANDO. Es lo mismo que si yo con el lapiz tirase una línea sobre el suelo; pues aunque el cometa no tiene línea perceptible para dejar huella á su paso, la sabiduría suprema le ha señalado un camino, que sigue constantemente conforme á las leyes de su autor.

Antes de hacerse el maravilloso descubrimiento de las leyes de la gravitacion y del equilibrio de los cuerpos, considerábase á los cometas como masas errantes que no seguian ninguna ley conocida, y se les miraba como á piratas ó ladrones, los cuales nunca se presentan sino para causar daño. Pero hoy, lejos de mirarlos como objetos de terror, esperamos su llegada con ahinco

como la de un viajero que llegase de lejanas tierras. Y si acaeciera que un cometa apareciese de repente y sin estar previsto, no escitaría mas alarma que la venida de un habitante de la Nueva Zelandia ó de otra region desconocida.

ENRIQUETA. Oh! qué hermoso es todo esto, y qué cosas tan grandes ha hecho el Criador!

MATILDE. Es verdad!... Pero dime, papá, ¿será posible que el autor de todas estas maravillas cuide de un pobre ser tan pequeño como yo?

D. FERNANDO. Sí, hija mia, porque Dios está presente en todas partes, y como si el mismo cielo fuese estrecho para él, cuida de todos los objetos de la creacion, y tiene fijos sus ojos en el bien y el mal. Siempre estamos en presencia del que nos juzgará algun dia, y continuamente nos observa, lo cual puede servir de terror á los malos, pero debe ser un manantial inagotable de confianza para los que procuran obedecer la voluntad suprema.

Así, queridos hijos, cuanta mayor sea nuestra ilustracion acerca del poder, la sabiduria y bondad de Dios, que se revelan en toda la creacion, tanto mas aprenderemos á amarle, poniendo en él toda nuestra esperanza.

AL GUSANO DE SEDA.

Soneto.

¡Qué bellos son los frutos, oh gusano,
De tu noble afanar, y cuán hermosos
Son los vestidos con que adorno ufano
Mis miembros ya entumidos, ya ardorosos!
Consagras de tu vida al ser humano
Esos pocos momentos laboriosos,
Y el hombre ingrato, en su pensar liviano,
No admira tus trabajos prodigiosos.
Tu labor, oh gusano, concluida,
Acaso de tristeza al punto mueres;
Mas al perder tu laboriosa vida,
Grande igualmente y generoso eres,
Pues dejas numerosos herederos
Que sigan tu trabajo placenteros.

TENORIO.



CRONICAS DE ESPAÑA.

INFANCIA DE UN CELEBRE PALADIN.

Por el mes de abril del año 1630, en un castillo feudal situado en lo interior de la Navarra, conociendo un noble y anciano caballero que caminaba rápidamente hácia el sepulcro, reunió á sus cuatro hijos en torno de su magnífico lecho, adornado con un soberbio dosel de sarga verde, y en presencia de su madre les preguntó qué carrera pensaban seguir. El mayor declaró que quería permanecer al lado de sus padres mientras Dios se los conservase, y que despues su deseo era vivir en paz con el producto de sus bienes.

«Yo, dijo con calor el segundon, no dejaré extinguirse la raza ilustre de los Lacerda, á que pertenezco de padres á hijos, y así

desde hoy mi carrera es la de la caballería, en la que siempre se han distinguido nuestros ascendientes.

—Dios te proteja, hijo mío! respondió el anciano, llorando de alegría. Aunque no llegas á los trece años, ya tienes la estatura y el aire de tu abuelo, que en su tiempo fué uno de los caballeros mas cumplidos; y tu resolución colma de ventura mis últimos dias, porque el corazón me dice que llenarás de gloria á tu familia. Vé, pues, desde este mismo momento á alguna noble casa de un príncipe, donde aprendas el manejo de las armas para poder guerrear.»

Alvar Dávalos, que así se llamaba el anciano, despachó un enviado cerca del obispo de Pamplona, su cuñado, suplicándole fuese á su castillo, y el prelado, que amaba con extremo á su familia, se trasladó á la morada feudal, donde encontró á muchos caballeros, parientes ó amigos, á quienes el padre invitara con igual designio. Enrique Dávalos de la Cerda, el niño en cuestión, sirvió en la mesa á sus parientes con tanta modestia y gracia, que fué acariciado por toda la reunión.

Acabada la comida, levantóse el señor de Dávalos, y con tono de dignidad, aunque las lágrimas bañaban sus ojos, dijo:

«Os he invitado, hermanos y amigos, á que me honreis con vuestra compañía para consultaros sobre la suerte de uno de mis hijos antes que Dios disponga de mí, lo que no tardará mucho si se toma en cuenta mi edad y mis achaques. Enrique, mi segundo hijo, me ha causado extraordinaria alegría declarándome su afición á las armas, y como se parece mucho á mi padre, que fué un honrado y valiente paladin, os ruego me aconsejéis en qué casa de príncipe ó de señor debo colocarle, á fin de que tome buenas y provechosas lecciones.»

Todos dieron su dictámen, opinando unos porque lo pusiesen de paje en casa del rey, y otros en la casa del conde-duque de Olivares. Pero el obispo de Pamplona habló de las relaciones que le unian al marqués de Mortara, célebre capitán, y se encargó de presentar él mismo su sobrino al marqués, que se hallaba á la sazón en Jaca.

Luego que obtuvo el permiso de su cuñado, el obispo envió á Pamplona por vestidos de diferentes telas para el niño, con orden de que todo estuviese dispuesto para partir al otro día, lo que fué ejecutado con presteza.

A la mañana siguiente, Enrique, lujosamente vestido y montado en un caballito blanco proporcionado á su estatura, se presentó á los caballeros, ufano con su nuevo equipaje. El alazán, acostumbrado á carga mas pesada, cuando sintió la espuela, dió tres ó cuatro saltos que alarmaron á la reunión; pero el mancebo, sin asustarse, se afirmó en la silla, metió espuelas al caballo, y corrió un buen espacio, dando la vuelta despues á medio

galope á donde se hallaban los paladines, admirados de que tan jóven y delicado hubiese podido sujetar el caballo con tanta destreza como el ginete mas esperto.

Despues Enrique saludó á la reunion, y abrazando á su padre le deseó muchos años mas y prosperidades. El anciano le dió su bendicion, recomendándole mas que todo que no olvidase que el rey de Castilla era su señor natural y España su patria, y que se haria aborrecible á los ojos de Dios y de los hombres si, cualquiera que fuese el puesto que llegase á ocupar, tomase armas contra su patria ó su rey.

Enrique salió del castillo paterno con una bolsa llena de dinero que le dió su madre, y tomó con su tio el camino de Jaca, á donde llegó á los tres dias. Al siguiente era domingo: el obispo se dirigió á la casa do se hallaba alojado el marqués de Mortara, quien le recibió con demostraciones de la mas tierna amistad, y despues de ir juntos á la iglesia, al salir dió la mano el marqués al prelado, convidándole á comer. Este aceptó, y durante la comida sirvió Enrique á su tio con tal gracia, que el marqués observaba con curiosidad sus mas mínimos movimientos.

«¿Quién es este caballerito que os sirve con tanta finura? preguntó el de Mortara.

—Mi sobrino, que he traído para presentároslo, si sus servicios os pueden ser gratos.

—Mucho que sí! repuso el marqués; y sería muy melindroso si no recibiese de vuestra mano un presente de tanto valor.»

Alegre el doncel con lo que acababa de oir, salió de la sala luego que se concluyó la comida, se armó de punta en blanco, y mandando ensillar su caballo, montó en él con suma lijereza. Trasladóse despues con paso lento hácia el alojamiento del marqués, y penetró en el patio de honor, á uno de cuyos balcones asomóse Mortara para ver al mancebo, quien hizo varias veces que el caballo se encabritára, dando saltos de carnero, y cara-coleando á las mil maravillas.

—«Señor obispo, dijo de nuevo el marqués, si no me engaño ese es vuestro paje, y pardiez! que monta á caballo como un escudero de profesion.

—En efecto, señor marqués, respondió el prelado, es ese mi sobrino: desciende de muy buena casa, y su familia ha producido valerosos caballeros y nobles paladines: su padre, viejo soldado, lleno de años y acribillado de heridas, no ha podido tener el honor de presentároslo, dándome á mí por tanto esta honrosa comision.

—Desde ahora le tomo á mi servicio, repuso Mortara: tanto mas estimo el presente, cuanto que vos me lo haceis, y ruego á Dios que el niño siga las huellas de sus abuelos, cuyo nombre conozco, así como su extraordinario valor.»

:

Y llamando al escudero en quien tenia mas confianza, le encargó cuidase de Enrique, tratándolo como á un niño que le habia hecho concebir grandes esperanzas.

Seis meses despues de lo que acabamos de relatar, el marqués de Mortara partió para Castilla, hallándose Enrique en el número de sus pajes. Felipe IV, que residía en un sitio real divirtiéndose en dar á las nobles castellanas torneos y carreras de caballos, recibió al marqués de Mortara como á ilustre capitán y poderoso vasallo, invitándole á sentarse en su mesa.

Durante la comida, rodó la conversacion sobre la caza, los caballos y los perros, hablándose tambien de torneos y de guerra. A este propósito el marqués dijo al rey pensaba regalarle un hermoso paje de catorce años, que era el caballero mas atrevido que habia visto, añadiendo que si S. M. quería lo vería á la hora de ir á visperas.

El rey consintió en ello, y en cuanto Enrique supo esta conversacion, corrió en busca del escudero á quien lo habia confiado el marqués, diciendole con alegría:

—Amigo mio, ensillad mi caballo, que el rey quiere verme.

—Deseo, contestó el escudero, que tengas la dicha de agradar al rey; pero aunque me alegro de tu adelantamiento, no por eso dejo de lamentar nuestra separacion.

—Dios me conceda la gracia, replicó Enrique, de practicar siempre las lecciones de virtud que me habeis dado! y si algun día puedo seros útil, por San Ubaldo que no perderé la ocasion.

En seguida montaron á caballo el escudero y Enrique, cuyo alazan iba tan bien enjaezado como si hubiese sido el del mismo rey, y se encaminaron á unos prados contiguos á una ermita. El rey llegó á poco con su corte, echó pié á tierra, y dijo á Enrique:

«Paje, mete espuelas al caballo.»

Lo cual hizo el mancebo al instante con la gracia de un hombre que hubiera tenido treinta años de ejercicio, y al fin de la carrera le obligó á dar tres ó cuatro saltos, volvió hácia el rey á rienda suelta, y se paró delante de él con admirable destreza. El rey quedó sorprendido, y queriendo presenciar de nuevo aquel espectáculo, le gritó:

«Pica, paje, pica!» palabras que repitieron los demás pajes. Concluida aquella segunda carrera, el rey dijo al marqués de Mortara:

—Primo, ciertamente que es guapo tu paje, y ya no espero á que me lo des, sino que te pido el paje y el caballo.

—Señor, respondió el marqués, perteneciéndos el amo, tambien debe perteneceros el paje: deseo, pues, que algun día preste á V. M. buenos servicios.

—Es imposible, repuso el rey, que un paje tan apuesto y

gentil no sea hombre de provecho.... Conde de Oñate, añadió, dirigiéndose á uno de los señores mas principales de su comitiva, te entrego ese doncel con encargo de que su caballo le pertenezca exclusivamente, y que lo mantengas lo mismo que á los tuyos.»

Desde aquel día empezó Enrique á distinguirse, peleando primero contra los franceses que querían invadir la Navarra, y pasando despues á los Países Bajos, donde á la cabeza de uno de aquellos tercios que tanta gloria alcanzaron, hizo prodigios de valor contra los mismos franceses y sus aliados. A los diez y siete años habia vencido á muchos famosos caballeros de aquella época; á los diez y ocho se le tenia por el primer juez del honor y la bravura, y los mas valerosos caballeros apelaban á sus conocimientos militares y á su lealtad para que dirimiese sus disputas; á los diez y nueve ya habia visto huir ante su formidable espada á los enemigos de Castilla, dando pruebas de clemencia y magnanimidad; á los veinte significaba su nombre honor, probidad, valor, desinterés y galantería.

Enrique Dávalos de la Cerda, que tanto brilló en las guerras del siglo XIV, estimado de sus amigos, y respetado por los enemigos de su patria, hubiera podido amontonar inmensas riquezas, fruto de sus muchas victorias; sin embargo murió pobre con la cara vuelta al enemigo, al cual su noble rostro, aunque inanimado, causaba aun terror, como si aquella boca fuese á lanzar palabras de esterminio y guerra.

T.



TERNURA Y VALOR.

HISTORIA DEDICADA A LAS MADRES.

I.

Los combates del amor materno y del amor filial son tan interesantes y tan puros, que esparcen en el relato mas simple un encanto irresistible—el interés del corazón. Vamos á contaros una historia verdadera que tal vez hará verter lágrimas á algunos de nuestros buenos lectores.

Cristina de Sandoval tenía trece años, y esta edad de placeres, de juegos y diversiones corría para la pobre niña en medio del dolor y la tristeza. Era querida de sus parientes, rica y llena de gracias, uniendo á una sólida instruccion los tesoros de un entendimiento natural y el caracter de un angel; pero entre tantos favores de la providencia solo faltaba uno solo, el que vivifica, el que todo lo embellece, aquel sin el cual todo se marchita y descolora.

Hacia tres años que una enfermedad cruel, un pólopo en la garganta atormentaba á la infeliz, sin que sus agudos sufrimientos la dejaran descansar de día ni de noche. Para ella no habia juegos, ni amables conversaciones con sus amiguitas, ni paseos, y la fué preciso renunciar á sus estudios, suspender las dulces ocupaciones que tanto la gustaban.

Su madre, su pobre madre, al contemplar el precioso objeto de su amor, el fruto de sus entrañas, la única esperanza de su vejez, postrada en una cama, consumiéndose lentamente, derramaba lágrimas de profundo dolor, y mas de una vez habia dicho:

«La seguiré al sepulcro.»

Porque cuando el lirio vé que le arrancan sus capullos, se inclina sobre el tallo, y muere.

La señora de Sandoval cuidaba á su hija con el mayor esmero, y multiplicándose prodigiosamente, á todo atendía, velando al pie del lecho á todas horas del día y en las larguísimas de la noche. Sucedia algunas veces que la asaltaban pensamientos crueles; pero Cristina la consolaba, volviéndola la enerjía con estas ó semejantes palabras:

«Confiemos en Dios.»

Entonces la abrazaba su madre llorando, y esto la aliviaba un poco.

Apenas empezó el mal, trabajó un buen cirujano en restablecer la salud de la paciente; pero su ciencia nada pudo contra los

progresos del mal, y el tumor, débil y ligero al principio, creció rápidamente, declarándose la calentura, y tomando la enfermedad un carácter alarmante. Todavía quedaba una puerta de salvación, una operación quirúrgica, como mas de una vez habia dicho el doctor Drumen; pero esta operación de que pendia la cura de Cristina, podia darla la vida, ó atraerla mas pronto la muerte!

En vano la paciente reclamaba con ardor la operación propuesta por Drumen, en vano el hábil facultativo, amigo de la familia, se esforzaba en querer persuadir á la cariñosa madre los buenos resultados del remedio; la señora de Sandoval temblaba por la vida de su hija, y no podia resolverse á entregarla en manos del cirujano, aunque sabia que al fin tendria que hacerlo.

Colocada de este modo entre la necesidad y el temor, apenas tomaba un partido lo renunciaba al momento, y varias veces, despues de haber sido llamado Drumen, con un pretexto ingenioso aplazaba la madre para otro dia la terrible operación. Cansado por último el doctor, dijo una tarde con enfado á la señora de Sandoval:

«Con ese cariño se ha propuesto V. matar á su hija.»

Sin que volviese á presentarse en la casa; porque el facultativo distinguido de quien hablamos no queria ó no podia comprender la lucha de un corazon materno; porque acostumbrado como todos sus compañeros á ver heridos, hospitales y moribundos, habia perdido, ni mas ni menos que todos los médico-cirujanos, esa delicadeza de sentimientos y de sensacion, origen de los mas acerbos dolores, al propio tiempo que de los gozes mas puros y suaves.

II.

Dos meses habian corrido desde que el célebre cirujano dirigió á la señora de Sandoval sus severas palabras, y el mal habia ido creciendo de dia en dia. Cristina estaba desconocida: sus hermosas mejillas tan blancas, tan sonrosadas en otro tiempo, habian perdido el rastro de su pristina frescura y de su rica encarnacion. Un color lívido enlutaba su enflaquecido rostro, minado por una calentura continua, y si sus ojos mustios y apagados, despedian á veces vívidas miradas, aquel brillo desaparecia como un relámpago. Por lo demás, el polipo habia hecho tales estragos, que apenas podia hablar la pobre niña, y tenian que darla los líquidos por medio de un instrumento que los destilaba casi gota á gota en una garganta abrasada y corroida, á lo que se añadia una debilidad que se aumentaba de hora en hora, y que no permitia á la enferma incorporarse siquiera.

Todo anunciaba una catástrofe inevitable, y la angustiada señora, sin fuerzas, medio muerta de sentimiento, se tiró en un

sofá del gabinete, sufriendo una especie de agonía que solo puede comprender el corazón de una madre. Al fin, quince días de incesantes vigiliass pudieron mas que su voluntad, la materia triunfó del espíritu, y se durmió profundamente como si hubiese caído en un letargo.

Eran las doce de la noche, y una criada velaba al pié del lecho de la enferma, sin que interrumpiese el silencio del aposento, débilmente alumbrado por un quinqué, el menor ruido: de pronto Cristina clava los ojos en María, y pregunta por su mamá; la criada responde que estaba durmiendo, y una idea sublime asalta la imaginación de aquel ángel, separado un corto espacio de la eternidad!

«María, dice, mi querida María, ayúdame á recostarme contra la almohada, y dame tintero y papel.»

La criada, sorprendida de tan extraño capricho, quiso hacer algunas observaciones; pero obedeció al ver el ademán suplicante de la niña. Mandó esta después que llamase á Lorenzo, y mientras no venia, garabateó con sumo trabajo la siguiente escuela dirigida á Drumen:

«Señor Doctor.

Mi madre está dormida, y como al fin es necesario que me haga V. la operación, convendría que nos aprovecháramos de su sueño. Venga V. pues, y mi gratitud será eterna.

De V. segura servidora

CRISTINA DE SANDOVAL.»

Cerraba la niña esta escuela cuando entró Lorenzo, antiguo soldado lleno de cicatrices, que había servido á las órdenes del coronel Sandoval, muerto del cólera.

«Mi buen Lorenzo, le dijo Cristina, tengo que pedirte un favor.

—Qué quiere V., señorita?

—Toma esta escuela para el doctor Drumen, y llévasela al momento de mi parte.»

Comprendiendo Lorenzo el objeto del mensaje, se enjugó una lágrima, y salió con la mayor precaución, volviendo al cabo de una hora con el cirujano y uno de sus practicantes. Cristina saludó al doctor afectuosamente, y este preparó los instrumentos necesarios, comenzando al instante la dolorosa operación con su prontitud y su destreza habituales.

El momento era solemne; se trataba de muerte ó de vida, y se hubiera oído volar un insecto. María lloraba, y el valiente soldado que había arrostrado la muerte en cien batallas, también lloraba al ver la imposibilidad de la niña. Al fin, al cabo de algunos segundos exclamó el hábil cirujano:

« ¡La salvé! »

Todo se habia terminado, sin que la niña hubiese exhalado un grito, ni el mas pequeño suspiro por no despertar á su mamá! El mismo Drumen no pudo contener su admiracion, y se retiró no sin decir que jamás habia visto semejante valor.

Encargada María en contar á su señora con precaucion lo que habia sucedido, lo hizo con la mayor prudencia, no siendo posible en manera alguna pintar lo que entonces pasó entre la madre y la hija. La convalecencia de esta fué larga; pero poco á poco recobró la niña sus perdidas fuerzas, y con ellas volvieron los hermosos colores, la vivacidad de sus miradas, y la bulliciosa alegría. Pronto pudo levantarse, andar por la alcoba y por la casa, hasta emprender de nuevo sus anteriores ocupaciones.

III.

Tres meses despues, una señora de edad ya madura, y una jóven de trece á catorce años se arrodillaban delante de la Virgen en una capilla de S. Luis. Eran la señora de Sandoval y su niña, que oraban con fervor, dando gracias á la consoladora de los corazones lacerados.

LA HIJA DE MILTON.

Milton, el sublime poeta inglés autor del *Paraiso Perdido*, poema que leereis algun dia con gusto, ya viejo y ciego, se veía reducido á la mayor indigencia; pero en medio de sus infortunios le quedaban su esposa, todavía jóven, y tres hijas hermosas como serafines que con sus cuidados y sus caricias hacian olvidar sus desgracias al ilustre poeta. Jenny, que era la mayor, proveía á las necesidades de la casa, y á fuerza de trabajo y actividad, no carecian sus padres de algunas comodidades.

Jenny tocaba divinamente el clavicordio, talento muy raro en una época en que la música habia hecho pocos progresos en Inglaterra. Ademas, se hallaba dotada de cuantas ventajas pueden dar mérito á una jóven: quince años, mucha gracia, lindo rostro, carácter excelente, notable inteligencia, tales eran las dotes de la hija de Milton, á quien sus preciosas cualidades y su extraordinaria habilidad como tocadora de clavicordio habian conciliado el interés de algunos miembros eminentes de la aristocracia inglesa.

Dos ó tres familias de las mas ilustres de Lóndres la habian confiado la educacion musical de sus hijas, entre las cuales se

contaba la del duque de Rochester. Heredero este señor de uno de los nombres mas bellos y una de las mejores fortunas de la Gran-Bretaña, parecía que su proteccion debía ofrecer muchas ventajas á Jenny; pero con todo, la mezquina retribucion que le daba el duque, no pasaba de dos guineas al mes.

Por dos guineas ser esclava todos los dias durante muchas horas de las exigencias de dos niñas muy caprichosas, muy vanas y muy arrogantes; condenarse á empezar veinte veces el mismo framento, á repetir cien veces las mismas observaciones, sin poder obtener algunos minutos de silencio y atencion de sus petulantes discípulas! Sin duda convendreis en que es una existencia muy poco digna de envidia.

Sin embargo, Jenny soportaba sin murmurar su triste posicion, porque la daba paciencia y conformidad el recuerdo de que su mezquina retribucion servia para mantener á su padre ciego y enfermo, y á dos niñas mas jóvenes que ella, adorados seres por los cuales hubiera hecho sacrificios mucho mas penosos.

Iba, pues, todos los meses á recibir de manos del mayordomo del duque de Rochester su corto salario, y lo llevaba á su familia alegre y satisfecha.

Un dia el mayordomo ya viejo, y que algunas veces era muy distraído, puso tres guineas en la mano de la joven, en lugar de las dos que se la debian con arreglo al ajuste que se habia hecho.

Ya estaba Jenny en la calle cuando conoció semejante equivocacion. ¿Debia volver atrás, dar parte de aquel error al mayordomo del duque, y devolver lo que habia percibido indebidamente? La cuestion podia debatirse en pró y en contra.

«Por un duro mas ó menos, se decia la joven, el duque no será ni mas rico ni mas pobre, al paso que mi familia recibiría tanto bien con este pequeño aumento!»

Y pensaba con alegría en el placer que podia proporcionar á su padre y á sus hermanitas.

Pero bien pronto tomaron sus reflexiones un giro mas grave y sério: acordóse de los principios de honor y probidad en que habia sido educada, y se avergonzó de haber concebido el pensamiento de apropiarse lo que no la pertenecia.

En seguida, los sofismas con que antes procuró paliar una conducta poco delicada, se presentaron á su mente, y permaneció indecisa entre las sugerencias del amor filial y los escrúpulos de la conciencia. Larga y porfiada fué la lucha; pero al fin salió triunfante la conciencia.

Jenny tomó, pues, el camino del palacio del duque, y aunque saltándosele las lágrimas, puso en la mesa una guinea, diciendo al mayordomo:

«Se ha equivocado V. dándome tres guineas en vez de dos.» Hecho este gran sacrificio, la jóven se sintió descargada de un peso enorme; y volvió á su casa alegre como de costumbre.

Esta lealtad, esta delicadeza de una jóven de quince años que resiste á las sugerencias de la miseria y tal vez del hambre, que resiste á las inspiraciones mucho mas poderosas de la ternura filial, y solo escucha los escrúpulos de su conciencia; esta conducta revelan un corazon noble, y nos alegramos de hallar semejante rasgo en la familia de uno de los genios mas brillantes de la Inglaterra.

UN PREMIO DADO DE LIMOSNA.

I.

A fines de 1828 una honrada familia de provincia fué á establecerse en París, porque muerto un administrador de correos, su esposa y su hijo no encontraron otro recurso que solicitar una pension para sostenerse. Desgraciadamente no se realizaron los deseos de la viuda, y despues de haber empeñado ó vendido cuanto poseía, se encontró en agosto de 1829 sin un pedazo de pan que poder dar á su hijo.

Lloraba amargamente la pobre viuda, cuando José entró saltando y brincando; pero al verla en aquel estado se arrojó á su cuello, procurando calmar con sus caricias un pesar cuya causa ignoraba.

«¡No tenemos recurso alguno! dijo la desgraciada madre estrechando convulsivamente en su seno á José. Mira, añadió enseñándole el retrato de su padre; esto es lo único que nos queda, y me veo obligada á venderlo para darte pan esta noche!»

El niño no contestó, y desprendiéndose de los brazos de su madre, desapareció á pesar de sus gritos y sus lamentos, dirigiéndose á la calle de Luxemburgo.

II.

A la puerta del colegio de este nombre se veían varios carruages, conociéndose que debia celebrarse allí alguna ceremonia importante. En efecto, tratábase de la distribucion de premios al cabo de un año de trabajos, y los parientes de los colegiales habian acudido en tropel á presenciar aquel acto.

Al fin empezó á salir la gente, los coches se pusieron en

movimiento, y los pobres principiaban á implorar la pública conmiseracion, tendiendo sus brazos á los alegres estudiantes. Mas de una limosna habian ya recibido los infelices, cuando de repente se pusieron en movimiento, arrastrando á José que se hallaba entre ellos, y cercando una magnífica berlina. Un niño, escoltado por lacayos de riquísima librea, se hallaba de pié en el carruaje, y arrojaba á los pobres monedas de oro y plata que sacaba de un bolsillo. José era muy pequeño para alcanzar las liberalidades del niño, y se hallaba desesperado; pero cuánto no sería su dolor al ver que el dadivoso niño habia concluido la distribucion, sin que él pudiese llevar á su madre siquiera una moneda!

Ya el carruaje iba á partir, cuando José hizo un esfuerzo, y sin poder hablar se acercó al coche, dando á entender por señas que nada habia recibido, y que sin embargo lo necesitaba mas que nadie. El jóven premiado metió la mano en el bolsillo, pero le halló vacío; miró al chico, y al notar su desesperacion, cojió unos libros que llevaba en la berlina, y dijo dándolos á José:

«Toma esto, pues no tengo otra cosa.»

Y volviéndose á un anciano que le acompañaba le dijo sonriendo de gozo:

«Es un premio dado de limosna.»

José llevó á su madre los libros, y esta abrió uno, leyendo en una hoja de papel que estaba dentro:

PRIMER PREMIO DE HISTORIA,

concedido á

S. A. R. ENRIQUE EUGENIO FELIPE DE ORLEANS,

DUQUE DE AUMALE.

De este modo el bienhechor de José fué el hijo del rey de Francia que trocó despues la corona de encina que entonces conquistó por los laureles que ha recojido en Africa peleando contra los árabes.

La pobre viuda devolvió al príncipe los libros, accion que le valió una pension de 1,000 francos, y á José un bolsillo para estudiar en el colegio á cuya puerta recibió el extraño regalo.

LA FAMILIA DEL HOMBE MAS BONITO DEL UNIVERSO.

ANECDOTA COMICA.

El teniente coronel D. Santiago Medero, citado como el hombre mas bello de su tiempo, conservó su hermosura hasta edad muy avanzada, y por un raro efecto de casualidad, siempre iba acompañado de algunos parientes suyos que tenían la desgracia de no parecersele, pues si la naturaleza habia favorecido al teniente coronel, habia tratado á sus deudos como desapiadada madrastra á sus hijastros. La extraordinaria fealdad de aquella buena gente dió margen á la anécdota que vamos á contaros.

Era en 1825, y toda la familia de Medero se hallaba en Burdeos, á donde habia emigrado. Una noche el teniente D. Nicolás de Arias, aturdido y alegre, como lo son muchos jóvenes, entró en casa de la marquesa de Villars, que habia abierto sus salones á los emigrados de cualquiera nacion; pero sobre todo á los españoles.

Arias, que hasta entonces habia vivido en París, no conocia á muchos de los concurrentes á la tertulia, por lo cual se acercó á Medero con intencion de adquirir las noticias que deseaba. Saludóle, pues, cortesmente, y le dijo:

—«Quién es aquella horrible mujer que está sentada junto á la linda Antoñita Morejon?

—Es mi esposa, respondió Medero con rostro compungido.

—Oh! no, repuso el teniente, procurando ocultar su turbacion; yo conozco muy bien á su señora de V. (sin embargo, era aquella cuyo nombre habia preguntado), y tiene muy buena figura; hablaba de la que está á la izquierda de Antoñita, y parece un vestiglo.

—Esa es mi hermana, dijo en tono mas triste el teniente coronel.

—Dios mio! V. se engaña, se apresura á añadir el curioso, abochornado de su torpeza. No pregunto yo el nombre de esa jóven alta y guapa (era delgada y seca como un esqueleto), sino de la señora con quien está hablando en este momento: V. convendrá en que su rostro es horrible.

—Entonces es mi hija.»

Qué hacer en semejante ocurrencia? excusarse de nuevo sería ridículo, y Arias escapó al compromiso, merced á su excelente buen humor, siempre el mismo, á pesar de los sinsabores de la emigracion.

—«A fé mia, caballero, exclamó soltando una carcajada, que

es imposible componérselas con V.: cuando uno es el hombre mas bello de España y las Indias, debiera estarle prohibido por las leyes divinas y humanas tener una familia tan fea.»

Medero se sonrió al oír esto, y le dió la mano para demostrarle que no se habia resentido.

Y sin embargo, el aturdido jóven habia hecho mal en burlarse de la fealdad de aquellas señoras, porque no se corrige un rostro desagradable ó un talle mal formado como un defecto ó ridículo.

EL PASTOR ASTURIANO.

A fines de enero de 1842 el jóven Antonio Bomela, natural de una aldea cercana á la ciudad de Oviedo habia salido con su rebaño de ovejas para conducirlo á ciertos parages, cuya nieve habia derretido el sol, radiante á pesar del frío. Era Antonio un muchacho de diez años y medio, de negros ojos, de andar osado, que gustaba de trabajar, y no tenia miedo: así es que aun cuando abundaban los lobos en aquellos campos, y hacia seis semanas se hablaba de varias desgracias causadas por estos animales, el jóven Bomela no los temia en manera alguna. Bien es verdad que tenia confianza en su fiel Bocaza, excelente mastín, vivo, despierto, valiente y sobre todo entendido.

Ya era la caída de la tarde, y aun se hallaba Antonio á media legua de la aldea, cuando oyó unos ahullidos terribles que al parecer salian de un bosquecillo situado á un tiro de escopeta del valiente muchacho, á cuyos ahullidos respondió Bocaza con furiosos ladridos. Antonio corre al momento hacia el bosque, llega y vé á su perro luchando contra un lobo disforme que habia derribado al pobre Bocaza, y se disponia á ahogarle. Antonio no vacila un momento; con el cayado en una mano y la navaja en la otra, embiste al lobo dándole en la cabeza; romperse el arma, pero el animal al sentirse herido abandona al perro para arrojarle sobre el chieo. Antonio le espera con el pedazo de la navaja, y en el momento en que la fiera se aproxima á él con la boca abierta, le hunde el puño con navaja y todo en el fondo de la garganta.

«¡A él, Bocaza!» grita al mismo tiempo, y el perro, aunque estropeado, se reanima, pónese de pie, cae sobre el lobo, le echa los dientes al pescuezo, consigue derribarle y le ahoga.

«¡Bien, Bocaza!» grita el niño, cuyo brazo chorreaba sangre, y olvidando el dolor de sus heridas con el placer de la victoria, desgaja una rama de un árbol, engancha en ella al

lobo por el pescuezo, y lo arrastra de esta manera, en tanto que Bocaza, cuidando del rebaño, lo guía hacia la aldea.

Entre tanto los padres de Antonio comenzaban á sobresaltarse con la tardanza de su hijo, y ya el tío Bomela se disponía á salir en su busca, cuando vió llegar á Bocaza cubierto de sangre y sin aliento.

«Dios mío! qué habrá sucedido? exclamó.

—Nada, padre; respondió Antoñillo que llegaba casi al mismo tiempo: este pícaro ladrón de ovejas quería comer carne de cristianos, y yo le he quitado la gana para siempre!... Madre, añadió enseñándola el brazo destrozado, póngame V. un trapo, y dé V. de comer á Bocaza, que se ha portado como un *hombre*!»

Al instante acudieron todos los habitantes de la aldea, y no podían dar crédito á sus ojos, al aspecto de aquel lobo disforme que el animoso niño había llevado arrastrando hasta la puerta de su casa. Era en efecto muy difícil creer que un muchacho de tan corta edad hubiese salido vencedor en semejante lucha; pero fué necesario rendirse á la evidencia de los hechos, y para que nada faltase al triunfo de Antonio, al día siguiente se fué con su padre á Oviedo para recibir la recompensa destinada al que mata un animal dañino.

El alcalde primero presentó el chico á su familia y á varias personas de distincion que le hicieron algunos regalos. En seguida dió la vuelta á su casa, y sus paisanos al verle gritaron:

«Viva Antonio Bomela!»

REMEDIO SINGULAR.

ANECDOTA COMICA.

D. Jacinto Silva, coronel de caballería, era de carácter violento y muy quisquilloso. Un día, cuando todavía era muy joven, de resultas de un fuerte acceso de cólera, se dislocó la quijada; es decir, que no solo no podía hablar ni hacer un movimiento, sino que se le quedó la boca completamente abierta, circunstancia que le hacia tan ridículo, que todos los que le veían se hubieran reído de corazón, á no temer su furia.

Llamóse inmediatamente á D. Bonifacio Santaella, el mejor cirujano de Valencia, y no tardó en llegar, encontrando al paciente muy asustado, en la creencia de que permanecería así toda su vida. El cirujano le anima, prometiéndole no dejarle hasta que esté perfectamente curado, recobrando la quijada su es-

tado natural. Dicho esto sienta al coronel en una butaca, le hace reclinar la cabeza hácia atrás, le palpa con detencion toda la parte dislocada, y despues, aprovechándose del momento en que nuestro hombre tenia fijos los ojos en otro punto, le aplica la bofetada mejor que ha dado en toda su vida.

Este ataque imprevisto saca de quicio al coronel: se levanta hecho un tigre, y quiere arrojarse contra el cirujano, que apenas tiene tiempo para ganar la puerta y ponerse en salvo.

«¿Dónde está ese pícaro, ese tunante, ese ladron? que venga, que lo voy á ahogar! Mi sable! Patricio, mi sable!.... A mí una bofetada! nadie sino yo te ha de enviar al otro mundo!»

Por mas que le hacian reflexiones, nada oía, y seguramente hubiera ahogado á Santaella, si este no hubiera tenido la precaucion de salir á escape.

Al fin, cansado de patear, calló el coronel, y entonces uno de sus asistentes le hizo comprender, aunque con trabajo, que la bofetada era el remedio de que se habia valido el cirujano para curarle supuesto que ya podia hablar como de costumbre. A esta observacion volvió en su acuerdo el coronel, se puso á mover la quijada en todos sentidos, y viéndose sano, se aplacó de repente, diciendo con sonrisa á cuantos le rodeaban:

—«¿Ese maldito no podia pegar mas suavemente?

—No, porque se exponia á errar el golpe, y tener que empezar de nuevo; valia mas acabar de una vez.

—Corriente; pero ¿dónde diablos se ha metido ese hombre?

—Ha tomado las de Villadiego, porque estaba V. S. tan furioso, que ya se creyó muerto.

—A fé mia que ha hecho bien; si lo atrapo vá á contarla al infierno; pero hacedle venir.»

Fueron en busca del facultativo, quien estaba mas muerto que vivo, costando mas trabajo animarle que el que habia sido necesario emplear para calmar al coronel. Al fin llega lleno de miedo, y Silva le dice:

—Con que me ha temido V.?

—Y habia motivo para ello! estaba V. hecho un leon.

—No podia V. curarme sin descargar sobre mi rostro una terrible bofetada? Estoy muy poco acostumbrado á sufrir semejante remedio.

—Yo no lo miraba como un bofeton, sino como si aplicára un vejigatorio, ó tuviese que sangrar. Si el mal hubiera estado en la rodilla, en ella hubiera dado el golpe; estaba en la quijada, y tenia que dar en la mejilla.

—Tiene V. razon; toque V. esos cinco, y no hablemos mas de la ocurrencia.»

Diéronse la mano, y abofeteador y abofeteado se separaron como los mejores amigos del mundo.



LEONOR DE CASTILLA.

CRONICA DEL SIGLO XII.

I.

UNA bella pero calurosa mañana del mes de julio de 1252 se hallaban reunidas en el jardín del palacio real de Toledo varias señoritas que en el oro de sus cinturones, en los ricos trages que enian puestos, y sobre todo en cierto movimiento de cabeza

dulce á la par que noble, daban á conocer pertenecían á una clase muy elevada.

En efecto, todas aquellas jóvenes eran hijas de los caballeros mas ilustres de Castilla, y camaristas de la noble esposa de Alfonso X, llamado *el Sábio*.

En medio del enjambre de doncellas, sobresalía una, no por su traje, que se diferenciaba muy poco del de sus compañeras, sino por la especie de culto que estas le rendían. Apoyada en el brazo de una joven que quizá no tendría veinte años, la mencionada niña estaba triste y pensativa, ora fijando sus distraídas miradas en alguna flor, ora clavando sus hermosos ojos en las paredes del palacio, como si examinase su caprichosa y gótica arquitectura.

—¿Qué teneis, señorita Leonor? le preguntó la camarera mayor, estrechando contra su seno la blanca mano de la niña, quien, aunque de delicadas é infantiles formas, llevaba grabado en su frente el sello de la reflexion.

—No lo sé, respondió Leonor lentamente; lo cierto es que estoy triste.

—¿Teneis algun mal presentimiento?

—¿Y de qué! demandó la niña fijando en Isabel sus azules y serenos ojos.

—Poseo un secreto, señora Leonor.

—¡Un secreto! ¿y por qué no me lo revelas, querida Isabel?..

—Porque es un secreto muy grande, y si el rey vuestro hermano y mi señor supiese que os he hablado de él, me regañaría de lo lindo; y no sé por qué, pues en mi concepto cuando se trata de casar á una persona, se le debe decir antes que á nadie.

—¿Quieren casarme, Isabel?... Si no tengo mas que trece años, dijo Leonor sorprendida.

—No importa, señora, cuando la política lo exige, se casa á los parientes de los reyes sin tener en cuenta su edad.

Un extraño personaje, que apareció de pronto en el jardín, fué á cortar el coloquio de las dos jóvenes: era un hombre de alta estatura y vestido á la usanza de los nigrománticos de aquel tiempo; cubría su cabeza un gorro puntiagudo; una larga túnica de lana forrada de pieles envolvía su cuerpo; calzaban sus pies toscas sandalias, y una larga y nevada barba ocultaba parte de sus facciones, descendiendo hasta la cintura.

Rodeáronle las doncellas, diciéndole:

—Señor nigromántico, decidnos la buena aventura.

—El cielo cumplirá el primer voto que forméis, dijo el hechicero á una.—Es preciso dominar todos los pesares que os puedan sobrevenir, dijo á otra.—Vos esperais noticias que no tardarán en llegar.—Vos saldreis bien de vuestras empresas.

—No os fieis de todo el mundo.—Los placeres que disfrutais os harán olvidar las penas que antes hayais pasado.—Vos sereis feliz en la vejez.

Al mismo tiempo que el sabio personaje ensartaba esta lección de predicciones, se acercaba á Isabel de Lara, quien se quitó el guante presentando la mano al adivino para que pudiese leer en ella.

—Os casareis con un extranjero, dijo con gravedad.

—Si soy casada... dijo Isabel sonriéndose.

—¡Pues bien! en segundas nupcias, repuso secamente el nigromántico.

Y se encaró con la hermana del rey, la cual bajó los ojos fascinada sin saber por qué, y confusa hasta el extremo.

—Y vos, noble hermana de Alfonso X, dijo inclinándose ante Leonor, ¿no quereis que os describa el velo del porvenir?

La niña tendió su mano sin decir una palabra, y el adivino la estrechó entre las suyas, diciendo con galantería:

—A mano tan linda conviene un cetro, á talle tan esbelto un manto real, y á frente tan pura una diadema. ¿Trocariáis, añadió en voz baja, vuestro sombrerillo de color de rosa por una corona de reina?

—Si esta fuese la voluntad de Dios y de mi noble hermano, respondió Leonor con ingenuidad, ciertamente no lo sentiría.

—¡Pues bien! dijo el adivino en tono respetuoso, antes de una hora sereis princesa de Inglaterra, ¿y quién sabe lo que sucederá despues?

Y al mismo tiempo un gran tumulto de voces y de caballos turbó la calma del palacio, oyéndose éstas palabras: ¡*el rey, el rey!* No queriendo las jóvenes que las vieran con el nigromántico, se dispersaron al instante, y Leonor se disponía á seguirlas, pero el mágico la detuvo, fascinándola con sus miradas de águila.

II.

Luego que Isabel se halló sola en el jardín con el nigromántico, iba á pedirle cuenta de la audacia que mostraba deteniéndola así, cuando le vió sacar de la manga de su larga túnica un pequeño brazalet de terciopelo encarnado, bordado de oro y sembrado de piedras preciosas, del cual pendía una reliquia con la imagen de la vírgen.

—Antes de dejaros, permitidme, señora, que os ofrezca un talisman contra los males que el destino pueda prepararos. Tomad esta joya y ocultadla á todas las miradas: consagrada con la sangre de un martir, el piadoso ermitaño que me la dió dice que es un preservativo contra toda clase de infortunios.

—Y entonces ¿por qué os privais de ella, señor? le dijo la niña sencillamente.

—¡Ay! muchas veces los peligros que rodean á los príncipes esceden á las miserias de una vida oscura y pobre. Guardad este talisman, y acordaos del nigromántico, que acaso vendrá algún día á reclamároslo.

Obedeciendo á un poder natural que provenia del prestigio que en aquellos tiempos rodeaba siempre á tan misteriosos personajes; Leonor tomó el brazaletes, y se lo ató á la muñeca; pero cuando alzó los ojos para dar las gracias al nigromántico, ya este habia desaparecido. Atemorizada la princesa, y como para buscar un apoyo contra su miedo, besó la reliquia, dirigiéndose hacia el palacio.

Isabel de Lara le salió al encuentro, diciéndola:

—Venid, señorita, que está aquí mi rey y señor, acompañado de un numeroso cortejo, y de varios enviados igleses. Venid, que preguntan por vos.

—¿Para qué me necesitan? preguntó Leonor; pero la de Lara se la llevó consigo sin responder una palabra.

Y aquí, amabilísimas niñas, pues á vosotras dedicamos esta verídica relacion, nos vemos obligados á hablar un poco de *historia*; pero tranquilizaos, porque no será muy largo lo que digamos.

Alfonso X, hijo del gran rey Fernando II de Castilla, á la muerte de éste subió al trono con aplauso general del pueblo, porque el jóven monarca poseia grandes virtudes, era muy instruido en las ciencias y en las artes, y habia dado pruebas de extraordinario valor. Declarada la guerrá entre el rey de Castilla y Enrique III de Inglaterra, por mediacion de la corte de Roma se ajustó la paz, debiendo la princesa Leonor, hermana de Alfonso, casarse con Eduardo hijo de Enrique, á cuyo efecto envió á España este rey una brillante embajada compuesta de los señores mas ilustres del Reino-Unido.

Para asistir, pues, á la ceremonia de la presentacion fué llamada la princesa Leonor, quien se colocó al lado de la reina, pidiendo á la virgen del brazaletes encarnado la calma necesaria para estar con dignidad delante de los enviados.

Despues que estos ofrecieron sus respetos al rey, se adelantaron hacia Leonor, y poniendo una rodilla en tierra la dijo el conde de Cumberland:

—Señora, si Dios no dispone otra cosa, sereis esposa de Eduardo, noble hijo del rey de Inglaterra Enrique III.

—¡Señor! respondió la niña sin inmutarse, si Dios no dispone otra cosa, y es la voluntad de mi augusto hermano que sea esposa del príncipe Eduardo de Inglaterra, lo seré de buen grado.

Y presentando su linda mano á aquel poderoso y erguido se-

ñor, le hizo levantar, conduciéndole con gracia al solio do se hallaba el rey.

—Noble hermano y señor, le dijo, ya habeis oído la proposición de estos señores; ¿dais vuestro consentimiento?

—Sí que lo doy, respondió el rey, y la reina añadió:

—¡Ojalá seais igual á mí!

—Tal vez lo seré, señora, repuso Leonor, besando la mano á la reina; pero siempre os respetaré como si fueseis mi noble madre.

—Será una excelente señora, se dijeron los enviados.

Y muy contenta Lenor, recorría con los ojos el círculo de los enviados ingleses, cuando de repente los fijó casi con espanto en uno de aquellos señores. Su rostro era parecido al del nigromántico, y aunque mucho mas jóven que él sus miradas eran tan penetrantes como las del adivino: la princesa cerró los ojos como para sustraerse al poder de aquella vision; pero cuando los abrió ya el caballero habia desaparecido.

El cortejo de los enviados ingleses desfiló lentamente por delante de la familia real, y en vano procuró Leonor descubrir entre ellos el interesante rostro del desconocido, porque no le vió!

III.

Al día siguiente determinó el rey salir á una montería, y convidó á ella á todos los señores ingleses, nombrando caballero de la princesa Leonor al noble conde de Cumberland. Al rayar el sol, los soberbios alazanes relinchaban de impaciencia, esperando á los caballeros ó las amazonas que debían montarlos, y á poco estaban prontos á partir el rey, la reina, sus hijos, la princesa Leonor, los grandes dignatarios, los enviados, damas, pages y escuderos.

Un lindo pagecillo presentó á Leonor una magnífica yegua blanca, y en el momento en que esta saltaba á la silla creyó ver en el que la presentó la rodilla para ayudarla á montar al mismo señor inglés, cuyas miradas tenían un extraño talisman; pero sin duda se engañó porque ya en la silla, miró á su escudero estrechando el brazalet encarnado, y solo vió al noble conde de Cumberland.

Soberbio era el día: la comitiva salió en orden de Toledo; mas luego que estuvo en el campo, animáronse los aficionados á la cacería, desbandáronse poco á poco, y Leonor no tardó en hallarse sola con el grave conde de Cumberland, quien la preguntaba de vez en cuando si quería alguna cosa, aconsejándola moderase el ardor de su corcel. Bien hubiera querido la niña tener á su lado á Isabel de Lara, ó á algunas otras cama-

ristas; pero se hallaban muy lejos, y ya el conde repetía por la vijésima vez su consejo con el mismo tono grave, la misma inflexion de voz hueca y el mismo gesto ceremonioso, cuando de repente un javalí acosado por los perros se arrojó en medio de los caballos crujiendo sus cortantes y agudos colmillos.

Sea que Leonor tuviese miedo y hubiera hecho encabritarse al bridon clavándole la espuela, sea que el caballo se asustase con la aparicion del javalí, lo cierto es que su yegua salió á galope, no tardando en correr á rienda suelta. Llevada por medio del bosque con increíble rapidez, la princesa apenas podia mantenerse en la silla; pero su brazaletes encarnado la prestaba fuerzas, y la idea de que con él no habia peligro alguno, la daba no solamente valor, sino la presencia de espíritu que muchas veces es mejor que el arrojo.

Al fin llegó sin contratiempo á un sitio solitario del bosque, donde el caballo se detuvo de repente, como si hubiese llegado al término de su carrera. La primera necesidad de Leonor fué respirar, porque el viento que le daba de cara habia oprimido su pecho; y en seguida se puso á reparar el desórden de sus vestidos que habia ocasionado tan rápida carrera. Hecho esto, examinó el sitio donde se hallaba no sin admiracion: era una soledad sombría y salvaje jamás tocada por la mano del hombre, y donde gigantescas encinas estendian por do quiera sus frondosas ramas: la yerba, jamás oprimida por humana huella, era verde y espesa; las flores de los campos, mezcladas á las vistosas fresas de los bosques, embalsamaban los aires con sus perfumes, y el mirlo y el ruiseñor exhalaban dulcísimos y melodiosos gorgoros.

Leonor contemplaba embebecida aquel risueño cuadro, respirando con delicia las gratas emanaciones que la rodeaban, cuando oyó los pasos de un bridon, que sin duda no podia ser otro que el del ceremonioso caballero á quien la habia confiado su hermano. Volvió la cabeza con despecho, y descubrió á un jóven con el traje de los escuderos del embajador, y cuyos rubios cabellos se mecian blandamente al soplo de la brisa.

Luego que entró en el bosquecillo, apeóse el caballero, y descubriendo su cabeza con respeto, fijó en la princesa sus ojos, y esta se quedó sobrecogida, porque era la vision que la traía inquieta. Sus ojos tenian la expresion del nigromántico, al mismo tiempo que la dulzura de las miradas del señor desconocido y del escudero que la ayudó á montar aquella mañana.

—Señora, dijo en dulce tono, muchos caballeros recorren el bosque, buscando unos á la princesa de Castilla y otros á la futura esposa de Eduardo de Inglaterra: ya que he tenido yo el honor de encontraros, ¿me permitireis que os acompañe hasta llegar á donde se halla vuestro noble hermano?

La niña saludó por toda respuesta, y cogiendo las riendas salió del bosque al lado del caballero, quien montó de un salto con suma gracia. Hacia un rato que caminaban juntos en el mayor silencio, cuando el extranjero lo rompió diciendo á la princesa:

—¿No os causa pena el tener que dejar el hermoso pais do habeis nacido?

—No lo sé, milord, respondió la princesa; desde ayer se suceden tantos raros acontecimientos en mi existencia, que estoy aturdida, y no tengo tiempo para pensar en nada.

—¿Ni aun en el príncipe Eduardo?

—A propósito, dijo la niña con su natural abandono; vos conocereis al príncipe Eduardo; ¿es bueno?

—Así se dice.

—Y.... ¿es bonito?

—No es feo, señora.

—Tanto mejor, con eso no me infundirá miedo.

Sonrióse el caballero, y luego continuó:

—¿Nada dejais en Toledo que os pueda hacer derramar lágrimas?

—¡Y mi noble hermano, milord, y mi cuñada, y mi querida Isabel, señora de Lara!

—¿Y no llevareis ningun recuerdo de alguno de esos hermosos y nobles donceles castellanos?

—Creo que no, dijo la princesa con sencillez.

—¿Y entre todos esos donceles y milores ingleses, no habeis visto á ninguno cuya imájen se interponga entre vos y el príncipe Eduardo?

Turbóse la niña, y luego respondió sonriéndose:

—De seguro no será la del conde de Cumberland.

—Vedle corriendo hácia nosotros, dijo el desconocido, designando con el dedo un grupo de caballeros que se acercaban á paso ligero; y metiendo espuelas á su bridon, desapareció por un pequeño sendero antes que la princesa hubiese adivinado su intencion de dejarla. Incorporada la princesa con el grueso de los cazadores, bien hubiera querido saber quien era aquel joven inglés que hablaba español como un español; pero no volvió á verlo, por mas que examinó los rostros de todos cuantos la rodeaban.

Algunos dias despues los enviados dieron la vuelta á Inglaterra, con la promesa de que en la próxima primavera se embarcaría Leonor de Castilla para unirse á su esposo.

VI.

A principios del mes de marzo de 1253, la señora de Lara

anunció á Leonor de Castilla iba á verificarse su casamiento con Eduardo III, y en efecto, tuvo lugar el enlace por poderes, é Isabel de Lara medio riéndose medio ceremoniosa dobló una rodilla en tierra, diciendo:

—Permitid, señora, que sea la primera en rendir homenaje á la noble esposa del príncipe Eduardo.

—¡Qué alegría! ¡qué satisfacción! dijo Leonor tristemente; ¡y luego dice que me quiere!

—¡Oh! ¿cuándo os he dado motivo para dudarlo? repuso la de Lara en tono de dulce reconvenccion.

—Hoy, ingrata, pues te alegras porque me vas á dejar.

—Si no os dejo, ¡señora Leonor! os sigo á la corte de vuestro esposo.

—¡Ojalá fueses sola!

—¿Qué decís?

—Que este casamiento me mata.

Y Leonor contó á la camarera la predicción del nigromántico, el regalo del brazalet que siempre llevaba atado al brazo, y el encuentro del desconocido en el bosque.

—Es preciso que le olvideis, señora, dijo Isabel haciendo la señal de la cruz: todo eso es obra del demonio.

—No, porque tiene las facciones de un angel.

—No importa, señora, es preciso olvidarle.

—¡Ay! procuro hacerlo, y algunas veces lo consigo de día; pero se me aparece en el sueño, y he pensado una cosa, que es muy malo casarse con un hombre cuando está grabada en el corazón la imagen de otro.

—Es preciso que os confeseis con el limosnero mayor: él es el único que podrá curaros de esa pasión insensata.

—Dios lo quiera, querida Isabel.

A los pocos días se embarcó la princesa para Inglaterra, donde fué recibida con todas las ceremonias de costumbre, saliendo á abrazarla la familia real. Eduardo se acercó á su esposa, que tenía clavados en tierra los ojos, y la dijo:

—¿Prometeis amarme, como lo manda la santa madre iglesia?

Leonor, sin alzar la vista, le dijo llorando:

—Señor, quisiera hablar con vos.... con vos solo.

Eduardo la llevó de la mano á un extremo del salón, y la niña le dijo:

—Señor, muchas veces las princesas son tristes víctimas de la política de los reyes: pedidme obediencia y sumision; pero no exijais que os ame.

—¿Tan cruel es ese corazón? dijo el príncipe en tono chancero.

—¡Amo á otro, señor!

—¿Y quién es ese mortal? preguntó el príncipe apretando los dientes.

—No os enfadeis, señor, que no conozco al que amo: se hallaba entre vuestros enviados, cuando fueron á Toledo.

—¿Era un desconocido que se parecía á un nigromántico?

—¡Cielos! ¿cómo lo sabéis?... dijo la princesa cubriéndose el rostro con ambas manos para ocultar su rubor.

—Miradme, Leonor, dijo el príncipe con tierno acento.

La princesa alzó los ojos lentamente, y se quedó sorprendida al hallar en el príncipe al nigromántico y al desconocido del bosque. Besó con fervor el brazalete encarnado, y no pudo menos de exclamar con infantil alegría:

—¡Teniais razon en decir que el príncipe Eduardo no era feo!

Abrazóla su esposo con ternura, y la comitiva real se encaminó á la sagrada capilla, mientras las campanas y los victores del pueblo celebraban la llegada á Inglaterra de la noble princesa Leonor de Castilla.

TENORIO.

HISTORIA SAGRADA.

SABIDURIA DE SALOMON.

Las dos madres.

Salomon tomó posesion del reino de su padre, y su primer cuidado fué ejecutar las órdenes de David, castigando á Joab, el asesino de Abner.

Afirmado su poder, tomó en matrimonio á la hija del rey de Egipto.

Salomon amaba al Señor, y con frecuencia le ofrecia sacrificios, yendo por lo comun á los parages mas elevados, á las colinas y á los montes, porque no habia templos para los sacrificios.

Un dia se dirigió á Gabaon, y ofreció sobre el altar en que se hallaba mil hostias en holocausto.

Aquella noche se le apareció el Señor, y le dijo:

—«Pídeme lo que desees.»

A lo que respondió Salomon:

—«Habeis tenido gran misericordia de'mi padre David, mientras marchó por el camino de la verdad y la justicia y su corazon fué digno de vos. Además le conservasteis vuestra bondad dándole un hijo que hoy ocupa su trono.

«Habeis elevado á Salomon al puesto que su padre ocupó: pero no soy mas que un niño, que no sabe como obrar, y sin embargo me hallo al frente de un pueblo numerosísimo.

«Dadme, oh mi Señor, un corazón dócil, á fin de que pueda gobernar á vuestro pueblo y distinguir el mal del bien.

—«Me agrada tu deseo, dijo entonces el Señor, puesto que no me pides ni larga vida, ni riquezas sin medida, ni ruidosas victorias, sino la sabiduría, que ayuda á distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.»

«He hecho lo que me has pedido, puesto que te he dado un corazón tan lleno de sabiduría é inteligencia que no ha habido hombre que te iguale, ni lo habrá despues de tí.

«Mucho mas te he dado, porque te he colmado de riquezas, circundándote de gloria. Así pues, si caminas por el sendero de la virtud, si cumples mis órdenes y mis preceptos, ni mas ni menos que tu padre, te daré aun larga vida.»

Salomon despertó, y pensando en el sueño que acababa de tener, fué á Jerusalem, se presentó ante el arca de la alianza, y ofreció víctimas al Señor, dando un magnífico festin á todos sus servidores.

Entonces se le presentaron dos mujeres de mala conducta, exclamando la una:

—«Justicia, Señor! justicia en nombre del cielo! Esta mujer y yo viviamos en una casa, y yo he parido en el cuarto en que ella se hallaba, el mismo en que tres dias despues dió á luz un niño.

«Estabamos solas en esta casa, y nadie ha entrado en ella.

«El hijo de esta mujer ha fallecido en la noche pasada, porque lo ha ahogado durmiendo.

«Cuando despertó, vió á su lado ya sin vida el cadaver de su hijo, y levantándose en silencio en tanto que yo dormia, se acercó á mi lecho. Conociendo entonces que un sueño profundo me impedia oponerme á sus odiosos proyectos, me robó á mi hijo, poniendo en el sitio que ocupaba el cuerpo de su niño.

«Al despertar esta mañana, quise dar de mamar á mi hijo; ¡pero ay! estaba muerto!... Creí que era el mio, y rompí á llorar, porque perdía mi consuelo, mi felicidad, mi vida. Cuando la luz del dia penetró en la habitacion, quise mirar de nuevo al que habia querido tanto, y entonees, Señor, conocí que aquel niño no era el mio.... Oh! os lo suplico encarecidamente, volvedme mi hijo por piedad, no me arrebatéis el único bien que poseo en el mundo.

—Lo que dices no es verdad, respondió la otra mujer; tu hijo ha muerto, y el mio vive. Quieres quitármele para que ocupe el lugar del que has perdido.»

Ambas sostenian con enerjía sus pretensiones, y hacia un rato que disputaban, cuando dijo el rey:

—«Que me traigan una espada.»

Luego que la vió en sus manos dijo á sus guardias:

—«Estas dos mujeres sostienen que este niño es suyo, y no sabemos cual de ellas tiene razon: cortad pues por la mitad al tierno infante, y divididlo entre ambas.»

Entonces dijo la una:

—«Corriente; que no sea de ninguna, pero que lo partan.»

La otra se arrojó á los pies del rey, exclamando con desesperacion:

—«Por Dios, Señor; perdonad á mi hijo! Oh! por piedad, no le mateis.... Dadle este niño, pues mejor quiero verle en sus brazos que causar su muerte. Señor, tened misericordia; quitadme á mí la vida, pero que no muera mi hijo!»

Salomon comprendió entonces que esta mujer era la verdadera madre del niño, y mandó que se lo diesen.

Cuando el pueblo de Israel supo la sentencia de Salomon, concibió gran respeto hácia él, porque vió que le animaba la sabiduría divina.

Construccion del templo.

Reinaba Salomon en todo Israel, teniendo bajo su dominio todos los reinos desde el rio Eufrates hasta el país de los Filisteos y la frontera de Egipto.

Ilustres extranjeros, llevados de la fama de su sabiduría y su prudencia, iban á verle, é Hiram, rey de Tyro, envió algunos de sus servidores, para que le felicitasen en su nombre por haber sido consagrado rey en lugar de su padre, de quien siempre fué amigo Hiram.

Salomon dijo al rey de Tyro, y en su ausencia á los enviados:

—«Ya sabeis cual era el deseo de David mi padre, y que no pudo elevar un templo al Señor á causa de las incesantes guerras que le amenazaron, hasta que Dios exterminó á sus enemigos.

«Ahora, por la gracia del Señor, estoy en paz con todos los pueblos que me rodean, y no tengo ni un solo enemigo que ose levantarse contra mí.

«Voy pues á edificar un templo consagrado al Señor, para ejecutar lo que ordenó á mi padre cuando le dijo: «tu hijo, á quien sentaré en el trono de Israel, elevará una casa donde se glorifique mi nombre.

«Dad orden, por consecuencia, á vuestros servidores para que corten cedros del Líbano, y yo les daré por ellos la recompensa que me pidais, porque, bien lo sabeis, en mi reino no hay nadie que sepa labrar el cedro como los habitantes de Sidonia.»

Hiram supo con placer los proyectos de Salomon, y respondió:

«Ejecutaré con gusto cuanto querais; mis servidores llevarán la madera de cedro y de aloe á la orilla del mar; la haré colocar en balsas que las transportarán al sitio que me indiqueis, y allí se verificará el desembarque, poniéndola á vuestra disposición.

«Solo os pido por todo esto que mantengais á la gente que empleo en estas faenas.»

Salomon le envió todos los años veinte mil medidas de trigo candéal y otras tantas de aceite muy puro, por las cuales dió Hiram toda la madera que fué necesaria.

Treinta mil hombres fueron escogidos por Salomon para que fuesen á ayudar á los servidores del rey de Tyro en sus trabajos allá en el Líbano.

Setenta mil peones dirigian el peso de la obra, y noventa mil trabajadores cortaban la piedra, vigilados por tres mil trescientos sobrestantes, que les daban órdenes.

Dióse principio al templo del Señor cuatrocientos ochenta años despues de la salida de Egipto, al cuarto del reinado de Salomon, terminándose el edificio á los siete años de haber puesto los cimientos.

Tenia el templo setenta codos de extension, veinte de ancho y treinta de altura.

Empleáronse en él piedras cortadas y pulidas, de suerte que no se oyó el ruido del martillo ni de la sierra, ni de herramienta alguna durante la construccion.

Las paredes del templo, desde el pavimento hasta la techumbre, cubriéronse con madera de cedro, empleando minuciosa labor en las juntas de los fragmentos, y adornándolos con esculturas y molduras. Luego que estuvieron concluidas, el rey hizo ir á trabajadores extranjeros, diestros en labrar el bronce, y que llenaron su palacio de sus obras admirables. Habia, entre otras, columnas hechas á cincel con arte prodigioso, y una gran copa de bronce de diez codos de circunferencia, llamada *el mar de cobre*, y destinada á contener el agua con que los sacerdotes se lavaban los pies al entrar en el templo.

Esta mar de bronce estaba sostenida por doce bueyes, que solo mostraban la cabeza y la parte anterior del cuerpo.

El oráculo, colocado en medio del templo, y que debia contener el arca de la alianza, estaba cubierto de oro muy puro, así como la parte del templo situada al frente.

Salomon puso sobre el oráculo querubines, cuyas alas estaban adornadas de oro.

Llenó todas las paredes de molduras y esculturas que representaban ángeles y palmas, y además de pinturas que parecian destacarse del fondo, y salir de sus marcos.

El enlosado del templo, tanto por fuera como por dentro, cubrióse con oro, y despues de construir este edificio maravilloso

para glorificar al Señor, Salomon levantó para él un palacio, en cuya construccion se empleó el oro, los metales mas preciosos, las maderas mas raras y las piedras mas hermosas.

Los trabajadores de Tyro hicieron otros muchos vasos y adornos para el templo, siendo fabricado por ellos todo cuanto debia servir en la casa del Señor.

El altar y la mesa sobre la cual se exponian los panes, los candelabros y las lámparas, las vinageras, las copas, los morteretes y los incensarios, todo esto era de oro puro.

Dedicacion del templo.

Cuando todos estos trabajos estuvieron concluidos, todos los ancianos de Israel, con los principes de las tribus y los jefes de las familias, se reunieron, y fueron á Jerusalem en busca del rey Salomon, para transportar el arca de la alianza del Señor.

Los sacerdotes tomaron el arca, y la llevaron con el tabernáculo de la alianza y los vasos del santuario.

Salomon iba delante de ella con todo el pueblo.

Solo habia en el arca las tablas de piedra que Moisés puso en ella en Horeb, cuando el Señor hizo alianza con los hijos de Israel, despues de la salida de Egipto.

Volviéndose el rey al pueblo reunido en rededor suyo, dijo:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que habló á David mi padre, y que con su inmenso poder ha ejecutado las promesas que hizo cuando dijo: «Desde el dia en que saqué de Egipto á mi pueblo de Israel, aun no habia escogido poblacion para que se me levantase un templo que llevara mi nombre, y no habia elegido un hombre á quien confiar el gobierno de mi pueblo; mas ahora escojo á Jerusalem por ciudad donde quiero que mi nombre sea adorado, y á David para que sea rey de Israel.»

«Mi padre quiso elevar un templo al Señor; pero á mí me estaba reservada esta gloria.»

Entonces colocándose delante del altar, Salomon alzó las manos al cielo, implorando para su pueblo y para él la bendicion de Dios omnipotente. Inmoló en seguida veinte y dos mil bueyes, y ciento veinte mil ovejas que ofreció en holocausto al Señor. Esta fiesta, á que asistió todo Israel, duró catorce dias.

Al cabo de ellos, el rey envió á su pueblo á sus labores, y y partió bendiciendo al Señor y con el corazon lleno de alegría por los bienes que Dios le habia concedido, acordándose de David, su siervo.

LAS DOS BUJIAS.

Fabula.

«Querida y dichosa hermana,
Cómo envidio tu destino!
Tú brillas....

—Qué desatino
Envidiar mi suerte insana!

A qué, en la sombra escondida,
Buscas ay! la claridad?
Para tí es la oscuridad
No la fortuna, la vida.

Aunque el ambiente perfume,
Mas venturosa tú eres....
Porque no brillas no mueres;
Porque brillo me consumo!»

TENORIO.

ACCION DIGNA DE ELOJIO.

Ningun habitante del mediodía de España puede formar idea exacta de esos huracanes terribles que en el otoño se levantan de repente en los Pirineos. Algunas veces parece que se abren todas las cataratas del cielo, trasformándose las negras y apiñadas nubes en anchos é impetuosos rios que causan do quiera la devastacion y la muerte. En los valles, sobre todo, cercanos á las cadenas de montañas, son mas funestos semejantes turbiones, porque cuando la tempestad comienza á rugir ha principiado ya á descargar, y no es posible en muchos puntos retirar los ganados.

En octubre de 1842 estalló de repente un furioso huracan en las cercanías de Zugarramurdi: por algunos instantes el cielo apareció inflamado, y del seno de las sombrías nubes, que parecian querer tocar la tierra, se desprendian sin cesar pro-

longados relámpagos que abrasaban el horizonte, mientras el zumbido de los vientos, repetido por el eco de las montañas, se mezclaba al continuo rebramar del trueno, atemorizando á los infelices moradores de las aldeas.

Un anciano llamado Francisco Gardarriá, que habia perdido á su hija y á su yerno, tenia á su cuidado dos nietos, Mauricia, de nueve años de edad, y Felipe, que ya contaba diez. Estos dos huérfanos, que desde por la mañana habian ido á una heredad contigua, donde su abuelito tenia unas vacas, debian haber sido sorprendidos por la tormenta en medio del valle, y el aflijido anciano lloraba amargamente, diciendo con voz cortada:

—« ¡Dios mio! tomad mi vida y salvad á mis pobres niños.»

De vez en cuando intentaba, aunque inútilmente, cruzar el camino invadido por las aguas; pero varios impetuosos torrentes, rodando desde la cima de los montes, se lanzaban hácia el valle tronchando árboles seculares, y arrancando enormes pedazos de rocas. Pronto llegó el agua á las primeras casas de la aldea, y los vecinos tuvieron que retirarse con sus ganados á las mas inmediatas eminencias, arrastrando al desesperado Gardarriá que queria correr en busca de sus nietos, ponerlos en salvo, ó perecer con ellos.

Entre tanto, apenas empezó á relampaguear, Felipe y Mauricia abandonaron la heredad precipitadamente, y llegaron con sus vacas á poca distancia de la aldea; pero se vieron envueltos por un mar furioso, cuyas corrientes giraban por todas partes en el estrecho valle que habian invadido. No tardó mucho en verse desde la colina á los pobres niños agarrados de la mano y luchando contra la violencia de las aguas, cada vez mas enrespadas.

«Animo, Mauricia! decia Felipillo; si logramos llegar á aquel arbol que está delante de nosotros, nos salvamos: tu te subirás sobre mis hombros, y alcanzarás las ramas; en seguida treparé yo como pueda, y allí esperaremos á que pase la tormenta.»

Hallábanse los desgraciados á cien varas del árbol de que Felipe habia hablado, cuando cediendo aquel á la violencia del torrente, cayó en las espumosas olas, las cuales lo arrastraron como si fuese una pluma.

«Dios mio! exclamó la niña; no puedo sostenerme.»

Su hermano la cogió en brazos y procuró transportarla; pero sus fuerzas no correspondian á su valor, y no tardó en caer hundiéndose ambos. De repente una jóven de quince años llamada Fermína Zulaya, llevada de un entusiasmo sublime, sale del sitio á que se habian refugiado los habitantes de la aldea, y se dirigió al valle, asiéndose de los troncos de los árboles y de las puntas de las rocas: dos veces es derribada por la violencia de la cor-

riente y dos veces se levanta, hasta que al fin alcanza á la pobre Mauricia que habia perdido el conocimiento; la coge, la traslada á los brazos de su abuelo, y arrojando de nuevo el peligro con igual ardor, se encamina hácia el muchacho á quien iba arrastrando la corriente, le coge de los cabellos, le conduce así á un cerrillo donde el agua no desplegaba tanta violencia, se lo echa al hombro, y lo pone junto á su hermana.

No es posible pintar la alegría del buen anciano, cuando sus dos niños, luego que recobraron el uso de los sentidos, fueron á arrojarse en sus brazos: lloraba de gozo, y queria dar gracias á la animosa jóven; pero la alegría le sofocaba, y yendo hácia ella con los brazos abiertos, la estrechó contra su corazón sin pronunciar una palabra.

Uno de nuestros corresponsales, testigo de este suceso, nos ruega que consagremos un recuerdo en el *Mentor* á la osada á la par que benéfica Fermina Zulaya, y nos apresuramos á complacerle con el mayor gusto, suplicando á nuestros amables lectores no olviden la conducta de esa jóven aldeana.





PEDRO II Y DOLGOROUKI.

LLEGÓ el 8 de febrero del año de 1725, y en aquel día tenía un aspecto extraño, no acostumbrado, la ciudad de San Petersburgo, poco antes nacida de la voluntad y del genio de Pedro el Grande, y convertida desde el mismo día de su nacimiento en la capital de la Rusia. La mayor parte de las tiendas del barrio del comercio estaban todavía cerradas, aunque los relojes hacia mucho que habían dado las diez de la mañana. En las calles, por las plazas, por todas partes, en fin, una multitud inmensa, á pesar del frío tan fuerte de la estación, circulaba inquieta, ajitada, con gran rumor. Los que se encontraban unos con otros se

saludaban solo con estas palabras, repetidas en todas direcciones: «tiene V. algunas noticias?» Pero nadie respondía de una manera satisfactoria á esta pregunta. Si no obstante acontecía que alguno pareciese mas instruido sobre lo que estaba sucediendo en el momento, un grupo numeroso se formaba en el momento al rededor de él; y desde el centro de ese grupo salían voces, y la conversacion se hacia ruidosa y animada; luego se calmaba por sí misma, y el profundo silencio que la sucedía indicaba bastante la expectativa y la inquietud de la multitud.

Sobre todo, en la circunferencia del palacio de los Czares era donde las gentes se apresuraban mas, y los grupos eran mas numerosos. Allí, cada cual con los ojos fijos en el palacio, procuraba adivinar lo que pasaba en el interior; mas la habitacion imperial en sosiego, é imponente como de ordinario, no dejaba transpirar nada por fuera de la crisis que se agitaba dentro. Sin embargo, rumores vagos pasaban de boca en boca; se decía muy de quedo que el ministro omnipotente, que Menciloff estaba á punto de caer en desgracia. Este rumor habia ya existido la víspera; mas hé ahí que hoy otro mas extraño habia recorrido los grupos: el emperador está agonizando!

A pesar del silencio que los empleados de palacio guardaban sobre todo esto, los rumores tomaban consistencia, y parecia cierto que se habia trabado una gran lucha. Pedro el Grande luchaba con la muerte, y Menciloff con la fortuna que la víspera parecia dispuesta á abandonarle. ¿Cuál de los dos debía salir victorioso de la lucha? Eso era lo que la multitud, agitada por las calles y las plazas, esperaba con tanta ansiedad; porque se sabia que si el emperador llegaba á sucumbir, el nuevo Czar, demasiado feliz de poderse auxiliar con la fuerza de Menciloff, restablecería al ministro en el mas alto grado de poder.

En tanto que se esperaba así el desenlace de este drama, un niño que el superior interés que ocupaba entonces á la multitud habia impedido se fijase en él la atencion, aunque pertenecía á una de las familias mas nobles de la Rusia, entró en el palacio, y se dirigió hácia una parte aislada del edificio. Subió algunos escalones, y despues de haber llamado á una puerta que se encontraba á su paso, esperó algunos instantes. En breve vinieron á abrirle, y fué introducido en una cámara ocupada por otro niño, que podia tener entonces de diez á once años. Cuando entró su compañero, este último se levantó de pronto, se adelantó corriendo hácia él, lo abrazó con todas las señales de la alegría mas viva, mientras que el otro le devolvía sus caricias con cierto respeto á que no estaba acostumbrado. El jóven que moraba en aquella sala del palacio, parecia admirado.

—Qué tienes? le dijo, ¿qué significa esa gravedad y esa frialdad para mí desconocida?.... no eres ya mi compañero, Dolgo-



rouki? no eres ya mi amigo..... es posible que esos dos días pasados lejos de mí te hayan mudado hasta tal punto? qué es lo que quiere decir esto?

—Esto quiere decir, monseñor, respondió el jóven Dolgorouki, afectando siempre el mismo tono respetuoso, esto quiere decir que las cosas han cambiado, no yo; que podía ser el compañero, el amigo libre y sin encogimiento del hijo del desgraciado Czar Owitz Alexis; pero que no me atrevo á serlo del que dentro de pocas horas llevará el título de Czar.

—De Czar!.... no te comprendo..... Qué pasa?.... habla..... pero habla pues.... bien sabes que en este rincón aislado del palacio vivo en la ignorancia de todo lo que sucede.

—El emperador, tu abuelo, está á la muerte, respondió al instante Dolgorouki, dejándose llevar de su familiaridad habitual.

—El emperador, mi abuelo? replicó el niño con voz débil.

Y una palidez extraordinaria se esparció sobre sus facciones tan animadas poco hacia, porque se le había de pronto recordado el suplicio de su padre Alexis Petrowith, decapitado por orden del Czar como cómplice de una conspiración; y como siempre el temor se había apoderado de él á esta sola palabra: el emperador! Dolgorouki se apresuró á tranquilizarlo.

—No temas nada en este momento, Pedro, le dijo; te traigo buenas noticias. Mi padre me ha llamado esta mañana, y me ha instruido de muchas cosas que te causarán gran placer.

—¿Y bien qué? preguntó Pedró un poco tranquilizado, y abriendo tantos ojos.

—Primero, cuando entré en el cuarto de mi padre, le encontré con un semblante de triunfo que nunca le había notado, y apenas me ha visto, ha exclamado: saludo al compañero del nuevo Czar! Despues me ha abrazado con un cariño que me hizo llorar de placer. Sin embargo, yo estaba como tú hace poco, nada comprendía. Entonces me ha explicado que los médicos habían declarado que la enfermedad del emperador era incurable, y que lo conduciría en breve al sepulcro.

Una lágrima se vió brillar en los ojos del jóven príncipe.

—Tú lloras, añadió Dolgorouki; pero piensa no obstante en tu padre muerto sobre el cadalso; piensa en esta vil habitación en la que se te tiene encerrado.

—Sí, el emperador ha sido para mí bien malévolos y severo; pero era mi abuelo....

—Sea así, pues.... llóralo.... Pero escucha lo que añadió mi padre. «Muerto el emperador, me dijo, paseándose en su departamento, sé bien que habrá partidarios que se conmuevan en favor de Catalina; mas el Senado, mas todos los votos de la multitud han designado á Pedro II para subir al trono de todas las Rusias. Vé, pues, y prevenle que no pasarán dos días sin que

:

sea proclamado Czar. Entonces cesarán para él la opresion, y la permanencia en la cámara en que se le retiene como en prision!.... Toda libertad! toda suerte de placeres! Siempre festejos, siempre alegría! Vé aquí como estando contento con esta feliz noticia para tí, para mi amigo, llegué, con todo, aquí con aire mas respetuoso, porque me decia: luego que sea mi soberano querrá todavía que sea su amigo?....

— Oh! siempre! siempre! exclamó Pedro con entusiasmo.

Su dolor se habia olvidado, y habia enjugado sus lágrimas, porque verdaderamente podia concebirse que no amase mucho á aquel que le habia privado tan cruelmente de su padre; y además la idea de su nueva posicion se presentaba á su espíritu bajo colores tan grandiosos, que no pudo contener su alegría.

— Siempre mi compañero como antes, repitió cojiendo la mano de su amigo, ¿no has participado tú de mis tristes juegos cuando estaba encerrado en esta ruin habitacion? Es, pues, justo que seas tambien el compañero de mis placeres cuando esté libre.

— Y de tus trabajos tambien, Pedro, exclamó Dolgorouki, cuya jóven imaginacion soñaba ya con batallas, y de tus guerras cuando vayas á combatir los enemigos de la Rusia. Será menester que yo esté tambien allí cerca de tí para pelear á tu lado, y morir en tu defensa.

— Sí, siempre el uno cerca del otro. Oh! qué felices seremos!... pero piensa en nuestros festejos.... en esas buenas comidas que te daré en mi palacio, porque yo tendré un palacio, no es verdad?

— Sin duda!

— Y despues tendremos..... el niño se detuvo de pronto; un ruido extraordinario se sentía en el patio, y rumores confusos llenaban el aire, que desde la plaza llegaban hasta sus oidos.

— Qué ruido es ese? preguntó un poco asustado. Mira lo que es.

Dolgorouki se acercó á la ventana.

— No sé lo que significa todo eso, le dijo; pero todos los regimientos de la guardia estan formados delante del palacio.

Pedro vino á colocarse junto á su amigo, y los dos miraron, tratando de comprender lo que pasaba á su vista.

Sin embargo, como lo habia dicho Dolgorouki, todos los regimientos de la guardia estaban formados delante del palacio, y Mencicoff recorria sus filas distribuyendo oro y promesas, parándose á cada instante, hablando á los soldados en el lenguaje de los soldados. A cada uno de estos discursos se respondia con gritos de entusiasmo por todas partes. La multitud, contenida á mucha distancia por las tropas, no conocia todavía la solucion de todo esto, y mostraba con vocerío su impaciencia. Sin embargo, parecia cierto que habia llegado el momento en que todo aquel misterio iba á descubrirse, y en que el pueblo sería ins-

truido de lo que mostraba tanta inquietud por saber. De pronto una voz, que no se sabe de donde salió, pronunció estas palabras: «El emperador ha muerto,» y en poco tiempo, llevada la noticia de grupo en grupo, llegó hasta el mas remoto. Despues se advierte una grande agitacion en los guardias, miles de voces proclaman la elevacion de la viuda del Czar, y confirman esta eleccion con el grito, mil veces repetido por los soldados, de *Viva Catalina I, emperatriz de todas las Rusias!*

La multitud que habia poco designaba todavía á Pedro II por heredero de Pedro el Grande; la multitud que, como en cualquiera otro pais, grita siempre cuando oye gritar; la multitud arrebatada, repitió: *viva Catalina I.* El Senado sorprendido de este gran poder de Menciloff, que solo con su esfuerzo habia decidido la elevacion de la Czarina; el Senado, sintiéndose demasiado débil para comprometer una lucha, repitió tambien: *viva Catalina I!*

Estas voces llegaron hasta los dos niños que hemos dejado con la cara pegada á las vidrieras, y procurando adivinar lo que pasaba. Pedro fué el primero que las oyó claramente entre el rumor.

—Qué es lo que dicen? preguntó á Dolgorouki.... Viva Catalina I.... Luego no soy yo el que será proclamado Czar?

—Mi padre nos ha engañado! dijo Dolgorouki sorprendido, ó mas bien él mismo se ha engañado: mi pobre Pedro! añadió con las lágrimas en los ojos.

—Esperaba, sin embargo con fundamento, pasar de esta indecente habitacion á otra mas agradable en este palacio! dijo Pedro con semblante triste. —Vamos, es preciso permanecer todavía aquí.... Pero tú vendrás como otras veces á participar conmigo de mi soledad?

—Siempre!.... pero esperaba mejor resultado.

Los dos niños se abrazaron silenciosos, y Dolgorouki salió, prometiendo volver pronto.

Algunos días despues, el Senado reunido habia solemnemente reconocido la eleccion de Catalina.

Veinte y siete meses despues encontramos á estos dos niños en una casa de campo á dos leguas de San Petersburgo. Los dos tan unidos uno á otro, unidos con tan estrecha amistad, y sin embargo con esta diferencia, que el mas jóven es emperador con el nombre de Pedro II.

Consistía en que las cosas habian cambiado mucho de semblante durante estos veinte y siete meses. Primero el omnipotente Menciloff habia visto á su fortuna tomar un aumento tan grande, que, como dice un historiador, podia ir desde Riga en Lihonia hasta Derbeut en Persia sin dormir una sola noche fuera de sus tierras. Mas en breve, el ministro, notando que la salud

de la Czarina se debilitaba de día en día, aunque no tenía entonces mas que treinta y nueve años, había pensado buscar seguridad en su sucesor en caso que ella muriese; y para esto había puesto los ojos en el joven que se educaba retirado en ignorado rincón del palacio. Había manifestado algun interés al joven príncipe, y cuando había visto que la Czarina se acercaba á la agonía, había hecho por Pedro II lo que poco antes por Catalina, se había ganado las tropas. Así, luego que se supo la muerte de la Emperatriz, Pedro II fué proclamado, y todos pudieron creer que se debía á los cuidados de Mencicoff. Esta política diestra le había conservado su poder, y lo habría aumentado tambien si esto fuese posible.

Sin embargo, el joven príncipe solo era emperador en el nombre, y despues que estaba revestido de la dignidad imperial, no había conseguido mas que un cambio de reclusion, ó mas bien de prision. El ministro, mas emperador mil veces que aquel que llevaba el título vano, había desposado su hija con el joven Czar, y despues de los esponsales había relegado á Pedro á una casa de campo, donde lo guardaba con cuidado.

Con todo, sea imprevision de su parte, sea que creyese realmente que no tenía nada que temer de un niño, el ministro había permitido al joven Dolgorouki continuar sus visitas, y aun su mansion cerca del Czar. El compañero del príncipe podía, pues, entrar en la casa de recreo, ó salir de ella á cualquiera hora, sin que tan solo se pusiese atencion en sus pasos.

Las cosas estaban en este estado cuando volvemos á encontrar á los dos amigos.

Despues de quince días pasados al lado de su padre, Dolgorouki hace pocos instantes ha regresado cerca del Czar, que empezaba á hallar bien larga la ausencia de su compañero. No os pintaré la alegría de los dos niños cuando se volvieron á ver; una hora se pasó en efusiones de amistad, mezcladas de palabras sueltas y preguntas prontas y tan repentinas, que todas quedaban sin respuesta. Sin embargo, todo debe tener un término; esta grande alegría vino á moderarse, y la conversacion tomó un giro mas sentido.

—Oh! si yo no fuese un Czar *de burlas*, decia Pedro, quisiera que hubiese hoy un festejo en mi palacio, tan dichoso soy en volverte á ver.... Pero qué has hecho? has visto á tu padre? qué pasa en San Petersburgo?

—He visto á mi padre. En cuanto á lo que pasa en San Petersburgo..... se suscitan quejas contra el ministro que te tiene así retirado de la corte; se dice, con reserva, que se desearia verte regresar; pero nadie se atreve á intentar nada para arrancarte de las manos del ambicioso Mencicoff. Y sin embargo tú eres emperador!

—Sí, soy emperador! respondió Pedro despues de algun silencio.

—Y tú tienes trece años, Pedro, y tú no haces nada para sustraerte á tu esclavitud?

—¿Qué quieres tú que haga? Cuando veo al ministro tengo miedo; tiemblo delante de él como un niño perezoso que no ha aprendido la leccion tiembla delante de su preceptor.

—Un Czar que teme las disciplinas ó la palmeta! respondió Dolgorouki con cierta expresion burlesca.

—Dolgorouki! exclamó el jóven principe poniéndose encarnado como la grana.

—Y bien qué? replicó Dolgorouki como impulsado, quieres impedirme reir al pensar que el que llaman Pedro II, que decoran con el título pomposo de emperador de todas las Rusias, no es dueño de salir solo de esta casa si le agrada? ¿No es ridiculo ver el soberano de un imperio mas esclavo que el último de los siervos de mi padre?..... Mira! tú te acuerdas cuando se nos hizo leer la historia de los reyes de Francia, el desprecio que hemos mostrado respecto á algunos de esos reyes que se llamaban holgazanes.... Pues bien....

Dolgorouki se detuvo, porque acababa de fijar los ojos en su amigo, y viendo la contraccion de su cara, y las dos gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas, comprendió que habia ido demasiado lejos.

—Pues bien!... dijo Pedro haciendo un esfuerzo.

—Dolgorouki calló y bajó la cabeza; estaba lleno de pena por la mortificacion que habia causado al jóven principe.

—Oh! eso no está bien! añadió este último, que no fué dueño de contener sus lágrimas; tú te burlas de mí.... tú! mi amigo!

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales Dolgorouki procuró, con caricias, enjugar las lágrimas que sus palabras habian hecho derramar. Sus esfuerzos triunfaron, y muy pronto el sentimiento del Czar se templó en presencia de la amistad que le probaba su jóven compañero.

—Oh! tú has sido bien maligno, respondió Pedro despues de algunos instantes.

—Es que yo deseaba verte libre y feliz: recuerda los bellos proyectos que hacíamos habrá dos años. Cuando yo sea Czar, decias tú, nada de etiqueta, siempre fiestas en mi palacio, siempre mi amigo á mi lado para participar de mis trabajos y mis placeres, siempre felicidad y alegría.... Y bien! ya eres emperador, ¿en qué han venido á parar los hermosos sueños que habíamos tenido?.... Ni aun siquiera tenemos libertad!

—Es verdad, respondió Pedro quedándose pensativo.

—Y sin embargo, si tú quisieras!.... añadió Dolgorouki, cuya imaginacion se enardecia con la idea de librar á su amigo; si

tú quisieses..... dudó algun tiempo, despues guardó silencio.

—Qué? preguntó Pedro, cuyos ojos relucian al pensar en la libertad.

Oh! no, respondió al punto Dolgorouki, tendrías todavía miedo á las disciplinas y á la palmeta.

—Vuelves á lo mismo? dijo Pedro con acento que indicaba el pesar.

—No, no..... pero quiero salvarte! y si quieres, nada será mas fácil.

—Qué quieres decir? preguntó Pedro con la mayor curiosidad, y llevando á su amigo al sitio mas reservado del cuarto en que se encontraba.

—Es menester dejar esta casa, continuó Dolgorouki en voz baja; mi padre me ha asegurado que si tú llegases á conseguir escapar de aquí, serías recibido con aclamacion en la capital del imperio. El Senado está de tu parte; las mismas guardias no titubearían en sostener á su amo.

—Dejar esta casa! dijo Pedro reflexionando.

—Dudarías intentarlo? preguntó su amigo, que parecia temer y desear la respuesta del Czar.

—Dudar! me crees, pues, un niño cobarde y sin energía? Dudar cuando vislumbro la libertad por premio de mi valor..... Lo haré, lo intentaré todo; y aunque me cueste la vida, no quiero que se me pueda comparar, como tú acabas de hacerlo, á esos reyes holgazanes.... Cuando partiremos?

Dolgorouki se abrazó del principe con las señales de la mas grande amistad.

—Así es como me gusta verte! exclamó con entusiasmo; ahora no se trata mas que de tomar nuestras medidas para conseguir escaparnos. Nosotros somos solo unos niños; pero procuremos que se pueda decir de nosotros: se han conducido como hombres.... Primero....

—Escucha.... dijo Pedro interrumpiéndole de pronto, alguien viene, cállate.

Un oficial de guardias entró entonces, y anunció al jóven Czar que el ministro vendría á visitarle al otro dia. Despues, habiendo saludado al principe, que lo recibió con mas dignidad que podría esperarse de un niño de su edad, el oficial salió del cuarto.

—Y bien! dijo Dolgorouki luego que se retiró el oficial, esperaremos esta visita?

—No, respondió Pedro, es preciso que mañana cuando venga aquí busque en vano, y que encuentre á su señor cuando entre en San Petersburgo.

El rostro enfermo tenia entonces tal expresion de entusiasmo, que era hermoso, y estaba animado.

—Es, pues, preciso que esta noche se verifique nuestra eva-

sion. Una escolta perteneciente á mi familia, y que me ha traído, nos esperará mañana al romper el día á alguna distancia de esta habitacion, y entraremos en triunfo en San Petersburgo.

Bien decididos á la fuga los dos niños, solo se trató de ponerla en ejecucion con la prudencia posible. Era sobre todo preciso no despertar las sospechas de los guardias, á los cuales estaba confiado el príncipe; por lo mismo los dos niños pasaron toda la noche conferenciando. A media noche, sin embargo, Pedro se rindió al sueño; pero Dolgorouki no dormia, y cuando vió los primeros albos que anunciaban el día, despertó á su amigo.

—Vamos, le dijo, levántese V. M.: su pueblo le espera para saludarle en la capital.

Pedro se levantó al punto. En un momento uno y otro estaban dispuestos, y bajando de puntillas, sin atreverse á respirar, llegaron á los jardines. Los guardias estaban dormidos, y nadie pensó en hacer oposicion á la fuga, que se verificó sin el menor contratiempo. Al cabo de algun tiempo se encontraron rodeados de la escolta que los aguardaba, y desde aquel momento no fué dudoso el éxito de su empresa.

Pocas horas despues habia llegado Pedro II, por caminos extraviados, hasta San Petersburgo, donde habia sido recibido por las aclamaciones de las guardias y de la multitud. Luego que pasó el primer momento de sorpresa, y que quedó el Czar instalado en su habitacion imperial, Dolgorouki, que acababa de tener una larga entrevista con su padre, se presentó ante el príncipe. Todo habia cambiado en el tono y en las maneras del jóven favorito. No era ya el compañero de niñez de un niño como él, era el amigo de un príncipe, y se presentó respetuosamente.

—Abrázame, pues, le dijo Pedro al punto que le vió; nos hemos salido con nuestro proyecto.

—V. M. no ha hecho aun todo lo que debe hacer para librarse.

—¿Qué significa ese lenguaje? preguntó el príncipe admirado.

—Este es el lenguaje que conviene tome todo súbdito del emperador, aunque sea este súbdito su amigo.... Pero hé aquí lo que le queda que hacer á V. M.... Mientras Menciaff esté en San Petersburgo será temible; el medio único es desterrarle.

—Sí, lo desterraré, respondió Pedro; pero con una condicion, y es que tú y los tuyos ocupareis su lugar.

—Yo y los míos estamos prontos á morir por V. M.

Mientras esto pasaba, Menciaff habia llegado á la casa de recreo en que creia encontrar al Czar. Nada puede compararse á su admiracion, y no viéndole allí nada comparable á su despecho, cuando al llegar á San Petersburgo encontró la orden imperial que lo desterraba á la magnífica tierra de Resmemburgo.

Marchó; pero no debia detenerse tan pronto. Nuevas ór-

denes lo dirigieron hácia la Siberia. No os diré todo lo que tuvo que sufrir despues de haber sido poderoso. Grandes fueron las desgracias de este hombre, juguete de la fortuna.

Y ahora, si os ha interesado algo la narracion de los sucesos de estos dos amigos, debería detenerme, porque no me será posible decir que el reinado de Pedro II ha sido largo y glorioso, y que Dolgorouki ha gozado durante largo tiempo de la posicion que le habia dado su amigo el Czar, á pesar de todo el deseo que tendria de no causaros pena, esto no me será posible, porque si yo lo hiciese, la historia, que no miente jamás, ó mas bien, que no debe mentir, se levantaría ante mí, y me acusaría de falsedad: ¿no es así, amigos míos? Bien veis que no debo exponerme á ello, y que es menester que os diga la verdad, sea cual fuere. Sin embargo, lo diré en pocas palabras, porque no quiero dejaros mucho tiempo en medio de las crueldades que ejercian en esta época los que llegaban al poder contra los que lo dejaban.

Tres años despues de lo que os digo, el 20 de enero de 1730, murió Pedro II de las viruelas, á la edad de quince años. Antes de su muerte, habia tenido el consuelo de estrechar todavía una vez mas la mano de su amigo, y pensar que lo dejaba dichoso y poderoso. Ay! ¿qué es lo que esto debia durar?

Inmediatamente despues de la muerte de Pedro, los Dolgoroukis hicieron subir al trono una princesa que no tenia el derecho mas inmediato al imperio. Esperaban que por esto mismo sería mas reconocida para con ellos. Quedaron burlados en sus esperanzas. La emperatriz Ana, duquesa de Courlandia, apenas fué proclamada Czarina, pensó en deshacerse de los Dolgoroukis, cuyo poderío temia. Habia en esta época en la corte de Rusia dos hombres igualmente ambiciosos, el conde de Munich, que se habia ya distinguido en tiempo de Pedro el Grande, y Biren, á quien la emperatriz Ana habia traído consigo del centro de la Coutlandia. Estos dos hombres no tardaron en destruir la fortuna de los Dolgoroukis; y muy en breve una órden llegó á los últimos, una órden que los enviaba á construir chozas en la Siberia al lado de Menciloff. El antiguo ministro acababa de morir, y no pudo ver á los autores de su desgracia llegar como él al término fatal del poder. El de Biren se aumentó con detrimento de el del conde de Munich, su antiguo aliado, y su crueldad fué á buscar los Dolgoroukis en el centro de su destierro. Siete de estos príncipes murieron miserablemente por la mano del verdugo, y los tormentos y la cuchilla acabaron con esta familia, antes tan poderosa.

Munich y Biren tuvieron su turno, y la Siberia los vió tambien llegar desterrados; porque parecia que este lugar de tristeza fuese entonces el retiro forzoso de todos los que habian ejercido el poder.

VIAJE A LA LUNA.

Una noche de otoño D. Felipe Arriaga se hallaba en su gabinete con sus dos hijos, Eugenia, que tenía catorce años, y Victor, que solo contaba diez. Este último, despues de hablar de mil cosas, dió como gran novedad la noticia de que había un instrumento con cuyo auxilio se puede pintar sin maestro, y Eugenia exclamó:

«Bah! eso es tan viejo como la luna.

—La luna es en efecto muy vieja, saltó D. Felipe; cuando menos tanto como la tierra, quizá mucho mas, pero no por esto es mas conocida.

—Y probablemente, dijo Eugenia, nunca lo será mas.

—¿Quién sabe?

—¿Qué dice V., papá?

—Querida hija, si hubiesen dicho á nuestros padres cuando eran jóvenes que algun dia ciertos atrevidos novadores se remontarían en los aires conducidos por una especie de barco; que pasarían así por cima de las poblaciones, bosques, mares y las mas elevadas montañas; si les hubieran hablado de carruages sin caballos que habian de andar quince ó veinte leguas por hora, de seguro habrian tenido esto por cuentos de brujas, y sin embargo, todo ello existe.

—Es decir, papá, qué V. cree llegará á saberse lo que pasa en la luna?

—Creó que ya se sabe alguna cosa, y pienso no es imposible que se sepa mas. Mientras esto no sucede, bueno será que esta noche hagamos un viaje á ese pais que tú crees tan desconocido.

—¡Un viaje á la luna! exclamaron al mismo tiempo los dos niños con aire medio alegre medio incrédulo.

—Sí, un verdadero viaje, que no nos cansará mucho, aunque tenemos que examinar volcanes, que subir montes de prodigiosa elevacion, y atravesar llanuras inmensas. Pero antes de ponerse en camino, siempre es bueno tener algunas nociones del pais á que se dirige uno.

Debo pues deciros ó recordaros que la distancia media de la tierra á la luna es de cerca de ochenta mil leguas; su diámetro es casi la cuarta parte del de la tierra, y su volumen la cuadragésima novena parte de esta última. Tiene un movimiento de rotacion igual á su movimiento de revolucion, de suerte que siempre presenta á la tierra la misma faz: con todo, sabido es que muestra algunas veces algo menos, como si tuviera un ligero vaiven, lo cual se llama *ciclo ó edad de oro*.

Es el primer año del ciclo cuando su *Noemia* ó luna nueva

cae el 1.º de enero. La luna tiene siempre vuelta hácia el sol la parte luminosa; así en su movimiento en redor de la tierra, como que permanece fija sobre su eje, y solo tiene un leve movimiento de *libración* ó balance, debe tener, por espacio de trece ó catorce de nuestros días, cada una de sus fases y hemisferios sucesivamente alumbrados y sumergidos en las tinieblas; pero durante las largas noches la tierra la envía bastante luz para que este reflejo, que se llama *luz cenicienta*, sea perceptible sobre todo su disco en las lunas nuevas.

La luna, despues de haber desaparecido tres ó cuatro días (es la luna nueva), por la noche vuelve á aparecer en el occidente despues de ponerse el sol, bajo la forma de creciente. Continuando su marcha hácia el oriente, como se aleja del sol, la parte alumbrada nos parece cada vez mayor, y se convierte á nuestra vista en un semicírculo, cuando llega á noventa grados del sol, que es el primer cuarto.

Siete ú ocho días despues, aparece redonda y llena; á la media noche pasa al meridiano, y entonces es luna llena. Se vé en seguida que la parte alumbrada disminuye de la misma manera que se ha aumentado, y que se convierte en un semicírculo; entonces es el último cuarto. Luego, á medida que se acerca al sol, se la vé reducirse á creciente, y perderse en los rayos de este astro para volver á aparecer al otro lado algunos días despues, y presentar los mismos fenómenos.

Ahora, hijos míos, que hemos recapacitado las nociones generales que se poseen acerca de este país, vamos á penetrar en él con osadía, seguidme.»

Dichas estas palabras, Arriaga se levantó, y subió al piso mas alto de la casa, donde tenia un bonito observatorio: cuando los tres se hallaron allí, flechó un soberbio telescopio hácia la luna, que estaba entonces en su plenilunio, y los dos niños aplicaron uno despues del otro su ojo derecho á la extremidad inferior de aquel largo tubo.

«Os prevengo, dijo D. Felipe, que entramos en este país por el sud: desde luego nos encontramos, como veis, junto á un enorme volcan, cuyo inmenso cráter está situado á mas de legua y media de distancia sobre el suelo, y tiene muchas leguas de circunferencia. Con un instrumento mas fuerte que el que nos sirve en este momento, podriais ver los torrentes de fuego que este golfo lanza á prodigiosa altura: Cassini y Herschel, dos astrónomos célebres, afirman haber visto distintamente, no solo las columnas de llamas que salen casi constantemente por este cráter, sino tambien los negros torbellinos de humo que exhala, y los torrentes que vomita; ademas han visto salir de pronto montañas, y aplanarse otras....

Pasemos esa elevada cordillera: ya estamos en los bordes de

un abismo que no tiene menos de tres mil toesas de profundidades y seis leguas de anchura. Creían los antiguos astrónomos que este abismo, y algunos otros que lo cercan, eran mares y lagos; pero despues se ha conocido que solo eran profundos valles donde no penetra la luz del sol. Todos estos golfos habian recibido nombres, como el mar de los *Humores*, el mar de *Nectar*, el mar de *Serenidad*, etc.: pero ya hoy se sabe que estos pretendidos mares no tienen agua.

—Papá, veo perfectamente todo esto, dijo Eugenia; pero supuesto que es la luna una tierra como la nuestra, ó casi lo mismo, salvo la dimension, debe tener habitantes, y yo no los veo.

—Tal vez, hija mia, consistirá esto en nuestros ojos, que son harto débiles, ó en nuestros instrumentos de óptica, que están muy lejos de ser perfectos: por eso acerca de esto tenemos que acudir á las conjeturas.

Supongamos que jamás haya habido relaciones entre Madrid y Carabanchel, y que un habitante de Madrid, que jamás haya salido de la corte, suba á la torre de Santa Cruz, y vea á Carabanchel desde lejos: si se le preguntase si cree que Carabanchel esté habitado como Madrid, responderá al momento que no; porque dirá, yo veo bien á los habitantes de Madrid, pero á los de Carabanchel no los veo, y nunca se ha oido hablar de ellos. Aunque haya alguno que le haga presente que si desde la torre de Santa Cruz no se vé á los habitantes de Carabanchel, esto consiste en la distancia; que todo lo que se puede ver de Carabanchel se parece mucho á lo de Madrid; que Carabanchel tiene campanarios y casas, y que podría muy bien para parecerse en todo á Madrid estar habitado; todo esto no influiria en nada en nuestro hombre, que se obstinará siempre en sostener que Carabanchel no está habitado, porque á nadie vé. Nuestro Carabanchel es la luna, y nosotros somos el madrileño que nunca ha salido de su patria.

Hay ocho ó diez años que algunos astrónomos alemanes, con el auxilio de excelentes instrumentos, pretendian haber visto en la superficie de la luna bosques y aun poblaciones con fuertes murallas. Desgraciadamente otros sábios oponen á estas ingeniosas conjeturas un argumento que al parecer no tiene réplica; cual es que la luna carece de atmósfera, y de consiguiénte de agua, de aire, de vejecacion, en una palabra, de vida. Pero tal vez en su oríjen sucedia lo mismo á la tierra, como lo asegura Buffon: ¿está equivocado ó acierta en sus cálculos?....

HISTORIA SAGRADA.

SABIDURIA DE SALOMON.

La Reina de Saba.

Algun tiempo despues, el Señor se apareció á Salomon, y le dijo:

—«He escuchado tus oraciones, santificando la casa que has edificado para que mi nombre sea honrado en ella eternamente. Si sigues el ejemplo de tu padre, y ejecutas religiosamente mis leyes, estableceré tu trono y tu reinado en Israel, como lo ofrecí á tu padre.

«Pero si tú y tus hijos olvidais los sentimientos que debeis conservar; si abandonais mi culto para servir y adorar á dioses extraños, exterminaré á los israelitas, arrojándolos de esta tierra que les he dado, y no haré caso de ese templo consagrado á mi gloria. Entonces se convertirá Israel en objeto de burla para todos los pueblos.»

Salomon, á quien Hiram enviaba las maderas de cedro y de pino y el oro que necesitaba, le recompensó dándole veinte poblaciones que había hecho levantar. La reputacion del sabio Salomon se extendia hasta lejanas tierras, y como los viajeros contaban en todas partes las maravillas que ejecutaba en nombre del Señor, muchos extranjeros iban á admirar los grandiosos monumentos alzados á la gloria de Dios.

La Reina de Saba cedió al deseo que habia concebido de ir á la corte de aquel príncipe, y dejando sus estados llegó á Jerusalem, en cuya ciudad entró con gran acompañamiento y rico equipaje, compuesto en su mayor parte de camellos cargados de perfumes, oro y piedras preciosas.

Se presentó al rey, y le rogó la explicase ciertas cuestiones oscuras y enigmáticas. Salomon, con la ayuda de su profunda ciencia y de su gran sabiduría, la satisfizo en cuanto preguntó.

La reina le dijo:

—«Cuanto me habian dicho de vuestra sabiduría es verdad: y si antes no habia podido creerlo, ahora no me queda duda alguna. Dichosos vuestros servidores que gozan sin cesar de vuestra presencia, y escuchan vuestras palabras!

«Bendito sea el Señor vuestro Dios que os ama, y os ha dado la justicia y la equidad con las cuales se debe gobernar á los pueblos!»

La reina de Saba dió al rey una cantidad enorme en oro, per-

fumes y piedras preciosas, tal como nunca se habia visto en Jerusalem.

Salomon la hizo tambien regalos de valor, con los cuales se dirigió á sus estados la ilustre viajera.

Como veis pues, Salomon era el monarca mas rico y mas poderoso de toda la tierra, y además tenia la ciencia y la sabiduría que proviene de Dios.

Cuando se vió en tal altura, el orgullo se apoderó de su razon, y olvidó lo que habia prometido al Señor.

Siguió malos consejos, y desdeñando el culto del verdadero Dios, elevó templos á los ídolos y á extraños dioses.

El señor le dijo:

—« Puesto que obras de esta manera, y olvidas lo que me has prometido, destruiré tu reino, dividiéndolo y dándolo á uno de tus servidores. Gracias á David, tu padre, no haré esto mientras vivas, sino cuando tu hijo empuñe el cetro, pues solo tendrá poder sobre una tribu.»

Desde entonces suscitó Dios á Salomon muchos enemigos, siendo uno de ellos un hombre fuerte y poderoso llamado Jero-boan, á quien el rey habia dado la intendencia de los tributos de toda la casa de José.

Rebelóse contra Salomon, el cual quiso darle muerte; pero el insurrecto huyó á Egipto, descendiendo Salomon á la tumba despues de un reinado de cuarenta años.

EL JOVEN Y EL RUISEÑOR.

Fabula.

Yo conocí á un mancebo

Que horas enteras pasaba

Ante un rosal muy bonito

En el jardin de su casa.

Mas qué mucho si el rosal,

Mecido por dulces auras,

Lindas rosas ofrecia

Al jóven cada mañana?

Un domingo levantóse

El mancebo con el alba,

Dirigiéndose al jardin,

Llena de placer el alma.

Pero al llegar al arbusto

Se afligió, porque ¡oh desgracia!

La mejor rosa habia sido

Por un pájaro picada.
«Esas tenemos? gritó
Nuestro amiguito en voz alta;
Yo daré al insolente
Una lección de crianza!»

Dicho y hecho: tendió un lazo,
Y una avecilla cuitada
Cayó en manos del cruel,
Pasando luego á una jaula.

Un canoro ruiseñor
Era la avecilla incauta,
Y con su dulce lenguaje
Hizo que al fin lo soltara.
Entonces, reconocido,
El ruiseñor dijo: «gracias;
Tan generosa conducta
Es muy digna de alabanza,
Y en pago de ella te advierto
Que debajo de tus plantas
Hay un tesoro escondido
De duro fierro en un arca.»

Al punto coje el mancebo
Del jardinero la hazada,
Rompe la tierra afanoso,
Y el rico tesoro halla.
Después de mirar ufano
El aureo metal, exclama:
«Estoy dormido ó despierto?
Es mía fortuna tanta?....
Mas cómo bajo la tierra
Tus ojos á ver alcanzan,
Y no puedes descubrir
El lazo que te preparan?

«Yo te diré,» respondió
Con su lengua almibarada
El habitante del bosque,
Batiendo alegre sus alas.
«Muchos hay que por descuido,
Y quizá por ignorancia,
Ni los peligros conocen,
Ni de los lazos se escapan.
Mas suele la gratitud,
Si su corazón asalta,
Iluminarlos de pronto
Con su antorcha pura y clara.»

TENORIO.



EL RELOJ DE MADERA.

PARA que veais, queridos niños, á donde puede conducir la pereza, ayudada de la glotonería y una indiscreta curiosidad, os contaremos un lance que sucedió no ha mucho en Barcelona, capital del antiguo principado, cuyos habitantes son los mas laboriosos de toda España.

Un pobre matrimonio arrinconado en la Barceloneta, ganaba lo necesario para mantener á un hijo y mantenerse él: es verdad que esto les costaba gran trabajo; pero cuando se cansaban, de-

cian : Jacobillo nos ayudará dentro de tres ó cuatro años ; Jacobillo nos amará ; Jacobillo nos mantendrá cuando seamos viejos. Ay ! no envejecieron y cayeron, cuando su hijo, de unos cinco años de edad, no tenía fuerzas para sostenerles. Una vecina, pobre como ellos, pero caritativa como el pueblo lo es con el pueblo, prometió á los moribundos que recogería y cuidaría á Jacobillo, promesa que cumplió, llevándosele á su casa, y trabajando para mantenerlo hasta la edad de seis años.

Cuando vió que empezaba á hacer de las suyas holgazaneando por el cuartel, queriendo ponerle en estado de ganar su vida mejor, lo envió á la escuela, diciéndole que era vieja, y que el día menos pensado podía quedarse solo, cuyas palabras le repetía cuando volvía de la escuela gratuita con malas notas.

Porque en la escuela contrajo perjudiciales relaciones, y perdía en la ociosidad de las horas de recreo cuanto adelantaba durante la clase : había en ella condiscípulos laboriosos que aprovechaban el tiempo del juego para estudiar, y perezosos que consumían las horas de estudio jugando, siendo estos últimos los que mas gustaban á Jacobillo, que siempre llegaba tarde á la escuela.

Lo que le hacía detener sobre todo era un reloj de madera que desde su infancia veía en casa de un zapatero vecino, que se conocía con el apodo de *Machaca-Hierro* : el chico no se cansaba de contemplar el reloj, en verdad de muy ingenioso trabajo. Cuando daba la hora salía un cuco de la caja, y moviendo las alas dejaba oír su cántico tan dulce y tan puro : dos herreros se alzaban del reloj á cada media hora, y cada uno de ellos daba un golpe sobre el yunque. Por lo que hace á los cuartos y á los tres cuartos, los anunciaban uno ó tres soldados que aparecían cuando era necesario. Claro es que cualquier niño se divertiría en mirar aquel manejo ; pero Jacobillo no se cansaba, y perdía el tiempo en la tienda del zapatero, teniendo muy buenas ganas de tocar las pesas que bajaban y subían á cada oscilación del balancin : no lo hacía, porque el zapatero interponía su autoridad, no permitiendo que Jacobillo pusiese la mano en las pesas de movimiento ni en las del despertador.

Machaca-Hierro no era perezoso, y cuando tenía mucho que hacer, subía por las noches el despertador, tirando de una de las pesas, y llegada la hora que había marcado para no dormir, se armaba un repiqueteo capaz de despertar al sordo mas sordo. ¿Qué no hubiera dado Jacobillo por oír aquella encerrada, y sobre todo por hacerla sonar? Pero quedó harto satisfecho sobre este punto, como vereis mas adelante.

Viendo su madre adoptiva que cada día era mas holgazan, y advertida por otra parte de las notas que le ponían los maestros, le regañaba sin cesar ; pero con tanta dulzura, que él se burlaba

de sus regaños, cosa muy fea, porque el niño que se rie de las reprimendas templadas por la bondad, y solo cede á los regaños brutales y al miedo, revela tener mal corazon, siendo tan vergonzoso para un niño como para un hombre dejarse llevar del temor. Siendo, pues, vanas sus súplicas y sus amenazas, la buena de la vieja no tenia otro recurso que acudir al vecino, pidiéndole por favor echase á la calle á Jacobillo cuando entrara en la tienda, y que le riñese con alma.

El vecino cumplió con el encargo de mil amores, quitándole la gana de volver á contemplar el reloj de madera, á lo menos para quince dias; pero aun no habia transcurrido este tiempo, cuando ya el perezoso se paraba delante de la tienda, atisvando el reloj, y mirando las pesas con tanto ojo. Y sin embargo, entonces tenia diez años, y hubiera podido estar bastante adelantado para salir de la escuela, porque nadie se quejaba de su inteligencia. Leia y escribía bastante bien; pero no sabia una regla de aritmética, prueba evidente de la falta de aplicacion y de raciocino. Además era muy gloton, y como por desgracia la posicion de su madre adoptiva no le permitia satisfacer este vicio como hubiera deseado, pasaba muy malos ratos cada vez que veia alguna golosina.

Cierto dia descubrió en la tienda del zapatero dos cosas que le alborotaron los cascos: á la derecha el reloj en cuestion, y á la izquierda un monton de manzanas, que el zapatero se ocupaba en guardar en un cuarto contiguo á la tienda.

— «Quieres hacerme el favor de largarte?... Ea, á la escuela!» gritó Machaca-Hierro, que por cierto no era mas dulce que su nombre, y cuando hablaba de mal humor y con voz gruesa, hubiérase dicho que machacaba hierro efectivamente: añadid á esto grandes patillas en unas mejillas huecas, y apuesto á que os hubiera infundido miedo. Jacobillo al menos lo tuvo, porque se dirigió á prisa á la escuela, pensando en las manzanas y en el maravilloso reloj, por lo que deducireis que con tales disposiciones no oiría al maestro, recibiendo mas de una palmeta.

Con qué impaciencia aguardaba el fin de la clase! Por último llegó, y hétenos aquí á Jacobillo valiéndose de las manos y de los pies para abrirse calle por en medio de los niños que se agolpaban á la puerta de la escuela. Al fin lo consiguió, y vedlo caminando hácia la Barceloneta; pero solo ya, y dejando á la espalda á sus condiscípulos. Anda á prisa, lentamente, acorta el paso y lo alarga de nuevo, siempre mirando hácia adelante... ya adivinareis qué... la tienda del zapatero. A cien pasos de distancia se escurre como un gato que se acerca á un raton, y estuvo tentado por decir en voz alta: «qué fortuna!»

Nadie habia en la tienda: mira á derecha y á izquierda, sin cuidar si su madre adoptiva lo vé, y paf! de un salto llegó has-

ta el reloj, poniendo la mano en la pesa que era preciso subir para preparar el despertador. Esperaba ver cosas magníficas, pues muchas veces se había dicho que si pudiera tirar de la cuerda, sin duda vería figuras mas bellas que las que aparecian de ordinario. Vedle, pues, tirando de la pesa muy alegre; pero con algun temor, porque ¿no podía salir de la caja alguna garra, y arañarle en la cabeza para enseñarle á que no fuese curioso ni desobediente?... No importa, continúa hasta que el despertador sube, y no oyendo mas que un ruido monotonó y rechinante, se dijo:—«No es mas que esto?» Ni mas ni menos que lo que suele suceder á todo curioso.

Disgustado en cuanto al reloj, y sin poder atrapar ni una manzana, nuestro Jacobillo se escapa, y entra en su casa avergonzado.

—«Tú no has sabido la lección, le dijo la vieja... lo conozco en tus ojos, y en castigo apenas comas te irás á acostar: lo oyes?»

Después de la comida eran las tres de la tarde; pero que quiso que no quiso, Jacobo tuvo que someterse, y se sopló en su cuarto, sin saber que subiendo el despertador, el maestro Machaca-Hierro despertaría algunos minutos después de la una de la madrugada, gracias al repiqueteo de que os he hablado.

Cuando llegó la noche, el zapatero, que había trabajado mucho aquel día, sacó su catre de tijeras á la tienda, que le servia de dormitorio, y se dijo al tiempo de acostarse:

—«Lo que es por esta noche vaya al demonio el despertador! Estoy muy cansado, y no pienso levantarme hasta muy entrado el día.»

Y á poco de decir estas palabras dormia á pierna suelta, sin que en la tienda se oyese otra cosa que los ronquidos de Machaca-Hierro, y el ruido mesurado de la péndola del reloj de madera.

Jacobillo estaba acostado, mas no dormia, y no sabiendo que hacer con sus ojos y sus manos, miraba á derecha, á izquierda, al rededor de él, seguia con el dedo la pintura de los pedazos de papel que colgaba de las viejas paredes, ó sobre las mismas paredes tocaba el tambor con los puños, con tanta fuerza y tan bien, que cayó un pedazo de yeso, dejando abierto un gran agujero; y qué creéis que vió Jacobillo por este agujero? el monton de manzanas del vecino.

No era Jacobo de los que se contentan con ver, y así alarga el brazo por el agujero para atraer una manzana; pero todos sus esfuerzos eran inútiles: procura meterse por el agujero, mas su cabeza no podía entrar. Entonces se apodera de él una buena intencion, y renuncia á toda tentativa, procurando dormirse. No! el demonio de la glotonería está allí que le impide cerrar los ojos, y

vé de nuevo el agujero y aquellas manzanas tan apetitosas. No pudo resistir mas, y alargó el brazo como la primera vez; pero tampoco logró su objeto. Sin embargo, arrancó otro pedazo de yeso, y agrandando el agujero, comenzó á arañar al rededor con extraordinaria actividad.

Aquella operacion fué larga, porque Jacobillo se paraba de rato en rato cuando oia que alguno pasaba por la calle, ó á su madre adoptiva que todavía no se habia acostado, y porque le asaltaban remordimientos que le decian: «alto!» y obedecía; pero la glotonería no se apartaba de su lado, y proseguia el chico su obra, sin saber que el escalamiento lleva al que lo ejecuta á galeras, ó á presidio.

A medida que iba abriendo en la pared el boquete, dos ruidos se aumentaban mas y mas, dos ruidos que debieran haberle asustado; el *toc, toc* de la péndola del reloj de madera del zapatero, y los ronquidos del susodicho, que no esperaba ser despertado tan pronto merced al pícaro Jacobo.

El tunante seguia trabajando en su agujero, y ya podia pasar la cabeza hasta los hombros cuando oyó dar las doce: su madre se habia acostado, y como no oia pasos en la calle, y el zapatero roncaba á la buena de Dios, Jacobillo arañó la pared con los dedos de tal manera, que á las doce y media pudo pasar los hombros, y de consiguiente tambien el cuerpo. Se detiene sin embargo á la orilla del precipicio que ha abierto, y duda algun tiempo; pero al fin cuando dió la una, ya se hallaba en el gabinete del zapatero.

La una de la madrugada! bien pronto, dentro de algunos minutos, ya lo sabeis, queridos lectores, el repiqueteo vá á despertar á Machaca-Hierro, que en lo que menos piensa es en eso, ni tampoco el ladroncillo.

Mientras cojía las manzanas, no estaba contento ni tranquilo, porque nadie puede estarlo cuando obra mal, y se daba prisa como si fuera á ser sorprendido; pero como el zapatero seguia roncando, esto le tranquilizaba en parte.

—«Hola! hola!.... silba alguna serpiente?.... cantan á la vez ciento ó mas gallos?.... chocan sables y espadas? hola!....» exclama Jacobillo en el colmo del espanto, y sin poder hallar el agujero, pues el cuarto estaba muy oscuro, y con el miedo perdió el tino.

—«Hola! qué es esto? grita el zapatero despertando sobresaltado: habré subido sin saberlo el maldito despertador?.... pero oigo pasos..... ladrones! ladrones!...»

Apenas Machaca-Hierro dice estas palabras, salta de la cama, enciende un fosforo, y con él una vela: agarra en seguida un palo, y entra en el cuartito, hallando en el suelo á Jacobo, que habia caído aterrado junto á las manzanas.

—«¿Qué haces aquí, desgraciado? ¿qué haces? exclama con la voz gruesa que ya sabeis, de suerte que una patrulla que pasaba hizo que le abrieran la puerta, y se llevó preso á Jacobillo; pero el zapatero tuvo compasion de él, y le disculpó para que le absolvieran.

—Quedas en libertad, le dijo el juez; pero acuérdate de que he sido indulgente, porque el robo de una fruta es tan grave como cualquier otro. Dices para justificarte que no hubieras robado dinero, mas una manzana se vende y se compra, y de consiguiente hurtas dinero cuando robas una fruta. Primero se roba una manzana, despues el dinero para comprarlas, y quién sabe si para adquirir dinero no será preciso quitar la vida á un hombre?»

Durante la prision de Jacobillo, quien estuvo en la carcel dos meses antes de ser absuelto, falleció su madre adoptiva, y se hallaba expuesto á vivir en la vagancia sin sujecion alguna; pero una viuda que habia perdido á su hijo único, á quien amaba con delirio, considerando que Jacobillo se habría enmendado con aquella terrible leccion, lo prohibió, llevándoselo á su casa, sin que jamás haya tenido que arrepentirse de su buena obra.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE JUDA.—REINO DE ISRAEL.

I.

Rebelion de las Tribus.—Roboam.—Jeroboam.

Luego que murió Salomon, Roboam, su hijo, marchó á Sichem, donde el pueblo de Israel se hallaba reunido para nombrar rey.

Pero Jeroboam, prevenido de lo que pasaba, dejó el Egipto, á donde se habia refugiado para evitar las persecuciones de Salomon, y dió la vuelta á Jerusalem.

Inmediatamente fué en busca de Roboam con el pueblo de Israel, y le dijo:

— «Vuestro padre nos impuso un yugo muy pesado, no seáis vos tan severo; disminuíd las cargas que tenemos que soportar, y os serviremos fielmente.

— Volved dentro de tres días, respondió Roboam, y os manifestaré lo que haya decidido.»

El hijo de Salomon convocó á los ancianos contemporáneos de su padre, y les consultó acerca de la respuesta que debía dar.

«Si accedeis un poco á las pretensiones del pueblo, dijeron los ancianos, y le tratais con dulzura, se dedicará para siempre á serviros.»

Pero el rey no aprobó este consejo, y siguió el dictamen de unos jóvenes, sus camaradas y amigos, cuyo modo de pensar, igual al suyo, conocía.

«Es preciso responder al pueblo en estos términos: si mi padre os ha impuesto un yugo muy pesado, yo seguiré su ejemplo, y aun seré mas severo. Si os castigó con varas, yo emplearé varas de hierro.»

Tal fué el dictámen de los jóvenes consejeros de Roboam, quien dirigió estas duras y abominables palabras al pueblo en respuesta á la petición que le habia hecho.

A todo Israel indignó semejante conducta, y se retiró á sus tiendas. Solo los habitantes de Judá permanecieron fieles á Roboam, el cual huyó á Jerusalem, mientras Jeroboam era nombrado rey de todo Israel.

Cuando el rey supo esto, reunió á toda la tribu de Judá y á la de Benjamin, y se puso en marcha con ciento ochenta mil hombres escogidos para reducir á la obediencia á las tribus rebeldes.

Entonces el Señor se dirigió á Semeias, hombre instruido y religioso, á quien amaba.

«Habla á Roboam, á las tribus de Judá y de Benjamin, así como á todo el pueblo, y diles: «he aquí las órdenes del Señor: no quiere que vengais á las manos, ni que hagais la guerra á los hijos de Israel, vuestros hermanos. Marchad, pues, y dad la vuelta á vuestras tiendas; abandonad vuestros proyectos, y seguid los consejos que Dios os dá por boca mia.»

El pueblo oyó la voz del Señor; y no se trabó aquella guerra impía.

Jeroboam reedificó á Sichem en la montaña Ephraim, y fundó la ciudad de Phanuel.

Entonces reflexionó, y pensó que si su pueblo iba á Jerusalem para ofrecer sacrificios en el templo del Señor, podría algún dia volver á la obediencia de Roboam, y para evitarlo mandó hacer dos becerros de oro, y dijo al pueblo:

«No vayais á Jerusalem en lo sucesivo: estos son los dioses que os sacaron de Egipto, y á ellos es preciso adorar.»

Colocó al uno en Bethel y al otro en Dan, no sin que el pueblo abandonase por ellos al verdadero Dios.

Continuando Jeroboam su impia obra, alzó templos, y los puso al cargo y conservacion de sacerdotes que no eran de la tribu de Levi, instituyendo fiestas, durante las cuales se sacrificaba víctimas en honor de los becerros de oro.

El mismo rey subia al altar para ofrecerlas en holocausto.

II.

El profeta desobediente.

Por aquel tiempo un profeta, es decir, un hombre animado del espíritu del Señor, de Judá se trasladó á Bethel por mandato de Dios, y halló á Jeroboam junto al altar, quemando incienso.

El profeta exclamó:

«He aquí lo que dice el Señor: en la raza de David nacerá un niño que se llamará Josías, é inmolará en este altar á los sacerdotes que inciensan en este momento, quemando los huesos de los hombres. El altar vá á romperse, y la ceniza será derribada, á fin de que veais que hablo en nombre del Señor.»

Jeroboam oyó estas palabras que el profeta pronunciaba en alta voz delante de él, extendió la mano hacia el altar y dijo: «Prended á ese hombre!»

En el mismo momento el altar se partió en dos pedazos, y la ceniza cayó al suelo. La mano que el rey tenia extendida hacia el profeta se secó, y no pudo moverla hacia sí.

Jeroboam imploró al hombre de Dios, suplicándole le volviese el uso de la mano, y el profeta dirigió una plegaria al Señor, volviendo al instante la mano á su primer estado.

El hombre de Dios se retiró en seguida sin querer aceptar lo que el rey le ofrecia, porque el Señor le habia prohibido comer ni beber en aquel lugar.

Pero mas tarde, como encontrase en el camino á un hombre que le ofreció hospitalidad, aceptó, y se sentó á su mesa. Cuando volvió á emprender su viaje, halló un leon que le dió muerte, quedando su cadaver en medio del camino; pero fué conducido á la ciudad y colocado en un sepulcro. Así es como, amados niños, castiga Dios la desobediencia de sus siervos, porque si bien es infinita su bondad, su justicia es terrible.

III.

Profecía acerca del linage de Jeroboam.—Muerte de Roboam.

Este suceso en nada mudó la conducta de Jeroboam, quien continuó su vida depravada, y siguió el culto de los dioses falsos, escogiendo entre los últimos del pueblo á los sacerdotes y encargados en las ceremonias religiosas.

Por aquel tiempo, Abia, hijo de Jeroboam, cayó enfermo, y el rey dijo á su esposa:

«Disfrázate para que no te conozcan, y vé á Silo, donde hallarás al profeta Ahias, el cual me ha predicho que reinaría en este pueblo. Consúltale, á fin de saber el destino de este niño.»

La esposa de Jeroboam fué en busca del profeta, llevando consigo diez panes, un roel (pieza de escudo), un vaso lleno de miel y algunos otros regalos.

El santo varon era muy anciano, y sus ojos ya debilitados no tenían fuerza para ver lo que se presentaba ante ellos.

El Señor le dijo:

«La esposa de Jeroboam viene á consultarte sobre la enfermedad de su hijo.»

Entonces el Señor manifestó á Ahias lo que debía responderle.

Apenas entró la reina, el profeta le habló así:

«Por qué os ocultais? tengo que anunciaros una mala noticia.

«He aquí las palabras del Señor: «te he elevado entre todos los israelitas, y te he hecho gefe de mi pueblo, quitando este reino al linage de David para dártelo. En vez de seguir el ejemplo de este príncipe, has hecho mas daño que todos tus predecesores, estableciendo dioses extraños, representados por imágenes de metal, y has abandonado mi culto, faltando á tus juramentos.

Haré caer toda especie de males sobre la familia de Jeroboam; haré morir desde los animales hasta el niño mas querido; exterminaré su raza, y la perseguiré hasta que no quede ni uno solo. Los deudos de Jeroboam que mueran en las poblaciones, serán devorados por los perros, y los demás destrozados por las aves de rapiña. Volved á vuestra casa, que vuestro hijo morirá en el momento en que entreis en la ciudad. Todo Israel lo llorará, siendo el único de entre vosotros que descansará en un sepulcro, porque es el único que agrada al Señor.»

Todo lo que el hombre de Dios habia predicho sucedió, quedando exterminada la familia de Jeroboam mas tarde.

A los cinco años de reinado por parte de Roboam, Sesac, rey de Egipto, marchó contra Jerusalem, y como los israelitas ha-

bían desobedecido al Señor , los abandonó á merced de sus enemigos.

Los egipcios se apoderaron de las plazas mas fuertes de Judá, y avanzaron hasta Jerusalem, á donde se habia retirado con sus tropas Roboam.

Entonces el profeta fué en busca del rey y los príncipes de Judá, y les dijo:

« He aquí las palabras del Señor: » me habeis abandonado , y os he retirado mi proteccion.

— « El Señor es justo, » respondieron los príncipes.

Viéndolos Dios tan humillados , dijo á Semeías:

« Puesto que están humillados no los exterminaré; les daré algunos socorros, y haré recaer mi enojo sobre Jerusalem, protegiendo las armas de Sesac, pero sufrirán su yugo, á fin de que sepan qué diferencia hay entre servirme á mí ó á los príncipes de la tierra. »

El rey de Egipto se retiró de Jerusalem, llevándose los tesoros de la casa del Señor y los del palacio del rey, sin perdonar el broquel de oro hecho de orden de Salomon.

Mientras vivió Roboam, el reino de Judá estuvo atormentado sin cesar por guerras terribles contra Jeroboam.

Murió despues de un reinado de diez y siete años, dejando el trono á su hijo Abia.

IV.

Batalla entre Israel y Judá.—Muerte de Jeroboam y de Abia.

Inmediatamente despues que murió su padre, Abia se preparó á continuar la lucha que sostenia contra Jeroboam. Reunió pues un ejército de cuatrocientos mil hombres, y avanzó contra su enemigo, que contaba con mayor número de tropas. Fué á acampar en el monte de Semeron, y desde allí, dirigiéndose al pueblo de Israel y á Jeroboam, les dijo:

« Ignorais que el Señor, el Dios de Israel, ha dado para siempre á David y á sus descendientes la soberanía de Israel? Ignorais que Jeroboam, hijo de Nabat, súbdito de Salomon, se rebeló contra su Señor, y que una multitud de gentes sin nombre y sin fé le prestaron su apoyo, con lo cual se halló mas fuerte que Roboam?

« Habeis abandonado el culto del verdadero Dios para adorar becerros de oro, habeis arrojado á los hijos de Aaron y á los levitas, que son los sacerdotes del Señor, para convertirlos en sacerdotes de vuestros dioses.

« ¿Cómo os atreveis á esperar que nos vencereis, á nosotros que somos el pueblo de Dios? Hemos conservado el cul-

to del Señor y de los sacerdotes de la raza de Aaron, encargando á Levitas los altares.

«Cada día por la noche y por la mañana ofrecemos holocaustos al Señor, y quemamos perfumes en honra suya. Tenemos los panes consagrados en una mesa muy limpia, y el candelero de oro está guarnecido de siete lámparas que se encienden todas las noches.

«Así, ya lo veis, seguimos fielmente las órdenes de la ley de Moisés.

«El jefe de nuestro ejército es el mismo Dios, y los sacerdotes tocan trompetas, cuyo sonido llega hasta vosotros.

«O vosotros pues, hijos de Israel, que oís mi voz, no combatais contra el Dios de vuestros padres!»

Mientras hablaba así, Jeroboam procuraba sorprenderle por detrás, y desplegar su ejército para envolverle.

Pero habiendo Abia penetrado su intencion, imploró al Señor, y al mismo tiempo todos los sacerdotes tocaron las trompetas.

El ejército de Judá entero lanzó terribles gritos, y Dios arrojó el espanto en Israel, de suerte que las tropas de Jeroboam tomaron la huida.

A los diez y ocho años de su reinado Jeroboam descendió á la tumba, y Abia gobernó á Judá por espacio de tres años, al cabo de los cuales murió.

V.

Muerte de Zambri.—Impiedad de Israel.

Asa reinó en seguida en Judá, y siguió el ejemplo de David merced á la proteccion de Dios. Arrojó de Jerusalem todos los ídolos que habian alzado, y llevó al templo del Señor el oro, la plata y los vasos que su padre habia hecho voto de dar.

Engrandeció su reino; edificó ciudades, y rechazó con valor las embestidas de sus enemigos. Fué sepultado con sus padres en la ciudad de David, sucediéndole en el trono su hijo Josaphat.

Al segundo año del reinado de Asa, Nadab, hijo de Jeroboam, comenzó á reinar en Israel, y vivió dos años en el vicio y la impiedad: pero Baasa, hijo de Abias, del linage de Isachar, formó una trama contra él, y le mató cerca de Gebbethon, ciudad de los philisteos que Nadab y todo Israel sitiaban á la sazón. Este hombre subió al trono de Israel, y exterminó lo que quedaba de la casa de Jeroboam, sin dejar ni un solo descendiente, cumpliéndose por tanto la profecía de Abias.

El Señor habló á Jehu, su profeta, diciéndole:

«He aquí lo que repetirás á Baasa: te he sacado del polvo para ascenderte al trono de Israel; y lejos de servirme de buena voluntad ni ser agradecido, has imitado á Jeroboam.

«Pues bien! serás castigado como él, pues arrebataré de la tierra la posteridad de Baasa y la de su familia, como he exterminado la de Jeroboam.»

Ela, hijo de Baasa, reinó despues de él; pero su reinado fué de corta duracion. Zambri, su servidor que mandaba su caballería, se rebeló contra él, y le mató mientras se embriagaba en compañía del gobernador de Thersa.

Zambri quiso aprovecharse de su crimen poniéndose en lugar de Ela; pero el ejército de Israel que sitiaba á Gebbthon, supo que se habia hecho nombrar rey, no lo reconoció, y eligió por príncipe á Amri que mandaba las tropas de Israel.

Este general dejó el sitio, y tomó posicion con su ejército bajo los muros de Thersa.

Viendo Zambri que la ciudad iba á ser tomada, y temiendo la crueldad del vencedor si caia entre sus manos, se retiró á su palacio. Reunió en torno de él á toda su familia, y prendiendo fuego al edificio por muchos puntos, se dejó abrasar, prefiriendo esta horrible muerte á rendirse á sus enemigos.

Despues de él, estallaron en Israel disensiones intestinas, y muchos príncipes procuraron levantarse contra Amri; pero consiguió someterlos, y reinó solo por espacio de doce años.

Compró la montaña de Samaria, y edificó una ciudad á quien puso este mismo nombre en memoria de Samer, que habia sido el propietario de esta tierra.

La conducta de este rey fué muy depravada, mucho mas vergonzosa que la de sus predecesores, y por su orgullo y su falsedad irritó al Señor.

Su hijo Achab imitó sus vicios, y se sumergió mucho mas en la infamia, edificando altares á Baal y un templo en Samaria, al mismo tiempo que Hiel fundaba la ciudad de Jericó.

Despues de Jeroboam, amables niños, el trono de Israel fué ocupado por una sucesion de príncipes sin fé, sin principios y sin moralidad; no siendo respetado el culto del verdadero Dios, le reemplazaron los ídolos; quebrantóse la ley de Moisés, y el pueblo, siguiendo el ejemplo de sus reyes, se entregó sin temor al crimen y á la impiedad.

Así la cólera del Señor hirió cruelmente á ese pueblo ingrato que olvidaba sus beneficios y como que desafiaba su poder. La guerra diezmo á sus hijos; las enfermedades destruyeron á los que respetó la guerra, y en vez de la dicha reinó la desesperacion en todas partes! El crimen sustituyó á la virtud, y la miseria sucedió á la riqueza, viéndose á cada paso el dedo de Dios que amaga y castiga á los malos.

O vosotros, niños, que leéis estas líneas escritas para vosotros, estudiadlas con atención, y sacaréis de ellas lecciones que sabréis apreciar. Si no practicáis el bien por amor á la virtud, hacedlo por temor del castigo que os está reservado; porque, no lo olvideis, el Señor juzgará vuestras acciones; y desgraciados de vosotros si no os presentáis ante él con la seguridad y la calma que dá el sentimiento de haber cumplido con sus deberes!

VALOR DE UNA JOVEN.

¿Habeis visto en la casa de las fieras, y en una de las grandes jaulas un ave de rapiña de penetrantes ojos, de pico retorcido y acerado, de garras armadas de cortadoras uñas, cuyo plumaje es de un color pardusco, sembrado de manchas negras? Ese pájaro es el águila, reina de las aves, la cual tine su habitual morada en la cima de las montañas; y vamos á contaros un hecho que tuvo lugar años pasados en las costas de Alicante, y á que dió margen la voracidad de un águila.

En un pueblecillo, no lejos de la costa, compuesto en su mayor parte de pescadores, vivía una familia que tenía en un valle cercano una corta heredad. Era el mes de julio, y mientras el resto de la familia se hallaba diseminada en las montañas, ocupada en diversos trabajos campestres, Josefa Ríaza y su hermana residían en la heredad al cuidado de algunas reses.

El tiempo era soberbio, y las dos jóvenes quisieron aprovecharlo para lavar en un arroyo inmediato alguna ropa, llevándose una de ellas un niño que apenas tendría tres meses. Despues de dormirlo, la hermana de Josefa puso á su hijo en una cuna, y lo dejó debajo de un pino, ocupándose luego en lavar. Cuando acabó su tarea, fué en busca del niño para darle de mamar; pero cuáles no serían su asombro y su dolor cuando halló la cuna vacía! —Dónde estaba el hijo que había salido del fruto de sus entrañas?

Ay! un águila monstruosa acababa de arrebatarlo, y Josefa Ríaza, atraída por los gritos desesperados de la pobre madre, vió al ave de rapiña con la inocente criatura entre sus garras, y que remontándose con rápidas alas, ya tocaba en las nubes.

Qué hacer? si se espantaba al águila con gritos ó escopetazos,

era capaz de soltar al niño, el cual hubiera caído al suelo hecho mil pedazos.

La joven, sin perder su presencia de espíritu, pensó desde luego en semejante peligro, y enviando á su hermana, que se hallaba mas muerta que viva, á buscar socorro en el pueblo, tomó una resolución heroica.

Habia visto muchas veces al ave, notando que siempre dirigía su vuelo hácia la cumbre de un cerro llamado *Pico de Cabra*, y dijo para sus adentros:

«Sin duda tiene su nido allí; lleguemos antes que ella, á fin de arrancarla el niño.»

Pero cómo ejecutar esta resolución? esto era lo difícil, ya que no imposible. La roca que era preciso escalar era de una altura prodigiosa, y en lugar de un sendero abierto entre las piedras, se encuentran muchos guijarros que ruedan bajo los pies, arrastrando á uno en su caída.

Josefa Ríaza veía la inminencia del peligro; pero nada pudo contener su ardor, tratándose como se trataba de la felicidad de toda su familia.

Descalza y provista de una navaja, se puso á subir á la roca, agarrándose con manos y pies á los matorrales, pasando por en medio de las grietas y sobre precipicios, que las cabras mismas hubieran salvado con dificultad. Por último, con los vestidos enteramente destrozados, los brazos chorreando sangre, y llena de angustia, llegó al pico de la roca.

Esto era mucho sin duda alguna; mas dónde encontrar el nido?

A fuerza de buscar descubre al fin una cavidad atestada de ramillas de árboles y de animales muertos, como liebres, conejos y cabritos: muy cerca, y tambien sobre ramas, varios aguiluchos esperaban su cotidiano alimento.

Horrible era aquel espectáculo; el nido del águila se parecía á la cueva de una fiera; pero no por eso se asustó la joven; al contrario, bajó con resolución al agujero, y apostándose lo mejor que pudo detrás de una gran piedra, esperó que llegase el ave de rapiña.

A poco llegó esta con el niño entre las garras, y saliendo la joven repentinamente de su guarida navaja en mano, se arroja sobre el águila, la cual cojida de improviso, comienza por tener miedo, y deja caer á la inocente criatura sobre un pedazo de carne de venado. Pero recobrando á poco el valor, furiosa el águila quiere volver á conquistar la presa que le han arrebatado, dando principio á una encarnizada lucha.

Figuraos en el hueco de una roca, á algunas millas sobre los valles, y al son de los roncós rugidos de las olas, que azotaban la base del pico, á una joven luchando contra la mas intrépida

de las aves! esta batiendo las alas con fuerza, aquella evitando con destreza los terribles golpes de su adversario, y procurando herirla con la navaja! Aquel combate singular duró mas de un cuarto de hora, hasta que al fin, gracias á la proteccion del cielo, al ir á dar el águila un picotazo á Josefa Riaza, esta la clavó la navaja en la cabeza, cayendo el ave de rapiña sobre los muertos animales.

Nuestra heroína coje precipitadamente al niño, y estrechándolo en sus brazos, bajó, ó mas bien, se dejó correr á lo largo de *Pico de Cabra*, dirigiéndose en busca de su familia, cuya alegría, así como la de todos sus amigos, fué extremada, al ver al niño tan milagrosamente salvado.

DOS NIÑAS.

La bella condesa de Desomira es una viuda cuya fortuna es inmensa; pero emplea tan bien sus riquezas, que muchos desgraciados la bendicen, pronunciando su nombre cada vez que dirijen al cielo sus fervientes oraciones.

Sin embargo, el tesoro mas precioso de la opulenta condesa, es su Margarita, su hija única, niña de rubios cabellos, de azules ojos, amable, viva, y cuyo corazon es excelente, lo que vale mucho mas.

No hace muchas mañanas que la madre y la hija, despues de recorrer en carretela abierta el paseo que se extiende desde la puerta de Recoletos hasta la Fuente Castellana, se dirigieron hácia la puerta de Bilbao. Ciertamente era digno de verse un grupo de una niña de nueve años elegantemente vestida, jugando con el chal de su mamá, charlando mas que una cotorra, y de una señora jóven y hermosa, extasiada al contemplar las caricias y los infantiles juegos de su adorada hija.

La carretela, tirada por dos magníficos caballos perla, deseosos de entrar en casa, desempedrabá las calles, y ya habia llegado á la plaza de Santo Domingo, cuando Margarita dijo de repente:

— «Mamá, mira!

— Qué hay, hija? respondió la madre mirando en torno suyo.

— Dios mio! ya estamos muy lejos: pára, Manuel, pára.»

El cochero obedeció, y habiendo preguntado la condesa á

Margarita la causa de su emoción y de sus gritos, contestó esta: —«Mamá, no ves allá abajo aquella niña llorando? yo quisiera ir á socorrer su miseria, porque tiene trazas de ser muy pobre.»

En efecto, junto á la puerta de la lotería estaba acurrucada una chica cubierta de harapos, llorando á lágrima viva, y la condesa, cediendo á las instancias de Margarita, bajó de la carretela, y se acercó á la afligida niña.

—«Qué tienes, y por qué lloras así? la preguntó con cariño.

—« Ah! señora, señora, soy muy desgraciada! respondió sollozando y bañada en lágrimas.

—Pero qué es lo que te ha sucedido?

—No lo sé, señora; pero ya hace mucho tiempo que mi madre, que era lavandera, se puso mala: estuvo en cama muchos dias, muchos dias, y despues se durmió, sin que yo pudiese despertarla gritando y abrazándola: entonces me dió miedo, y subí á casa de una vecina á decirle que mi madre no quería hablarme. La vecina me miró llorando sin responder, y luego unos hombres vinieron á casa, metieron á mi madre en una caja, y se la llevaron. Yo lloraba al ver que me separaban de mi buena madre, y quise seguir á los hombres; pero la vecina me detuvo, hasta que me escapé viniéndome á llorar aquí, porque no encuentro á mi madre, y no sé que hacerme!»

Esta historia, contada por la pobre huérfana en su lenguaje triste y sencillo, conmovió vivamente á la mamá de Margarita; y mientras esta partía con Juliana (este es el nombre de la infeliz) algunos bollos, y procuraba enjugar sus lágrimas, el lacayo enviado á la calle del Río, se informaba de la certeza de lo referido por la niña.

Segura entonces de que Juliana no tenia parientes ni amigos que la socorriesen, la condesa, no solo por satisfacer los buenos deseos de su corazon, sino cediendo á las vivas instancias de su hija, condujo á su casa á la huérfana. Es de creer que la buena conducta de Juliana, y su tierna gratitud, harán que la ilustre y rica viuda adopte á la compañera y amiga de Margarita, cuyo buen corazon es la principal causa de la fortuna que pueda caber á la huérfana.





VIAJES POR BELGICA.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

I.

«QUERIDA abuelita, decía Eduardo Villavicencio sentado al pié de la butaca de la condesa de Roca-Alegre; no me hable V. de casamiento, pues todavía no tengo veinte y cuatro años, y si he de decir la verdad estoy enamorado de otra.

—Y de quién? preguntó la respetable señora.

—Lo ignoro, respondió Eduardo.

—Esto es muy grave, repuso la condesa en tono chancero.

—No se burlé V., querida abuelita, y lo contaré todo, dijo el joven con tristeza. Es una historia singular, casi increíble, una linda vision....

—No tiene mal principio, dijo la señora condesa con afectada solemnidad; pero como preveo que habré de necesitar fuerzas para oír el relato de esta misteriosa aventura, dame una eucharada de esa bebida.»

Eduardo desempeñó con gracia sus funciones de enfermero, y sentándose de nuevo junto á la butaca, comenzó así:

«Después de residir seis años en Italia con V. para restablecer su salud, algo decaída, tuvo V. la bondad de permitirme pasase una temporada en París, mientras V. se quedaba en Bruselas á instancia de nuestros buenos amigos los señores de Vander-Noot. Cuando dejé á París para venir á la capital de la Bélgica, empezó la serie de mis aventuras.

Luego que llegué á Brujas, me di á recorrer la ciudad, llamando desde luego mi atención un edificio de extraño aspecto, pero de gótica arquitectura. Buscaba con la vista á alguno que me diera detalles de aquellos restos, cuando una mujer, que se hallaba á mi lado, y sin duda adivinó mi curiosidad, me dirigió la palabra en español puro y correcto, y sobre todo con un acento delicioso, manifestándome que el edificio en cuestion era la antigua residencia de los condes de Flandes, donde en otro tiempo habian tenido su espléndida corte los príncipes borguñones, y donde habian nacido Felipe, padre de Carlos V, y la célebre Margarita, su tia y tutora.

Después invitóme la mujer á que entrase, y acepté, siguiendo á la singular compañera que la casualidad me deparara. Ocultaba su rostro una gran toca blanca, y su talla se perdía en los largos pliegues de una ancha túnica de sarga negra. ¿Era joven ó vieja, bonita, fea, bien formada ó contrahecha? Fuéme imposible adivinarlo; pero repito que el sonido de su voz era tan dulce y tan gracioso, que por él deducía lo que sería su rostro.

Introdujome en la sala principal de aquel antiguo edificio, cuya vasta chimenea esculpida, así como el macizo bufete y otros restos de grandezas pasadas, se habian hecho poéticos, no solo por los siglos acumulados sobre ellos, sino por los recuerdos que suscitan. A pesar del encanto que disfrutaba al escuchar el melódico timbre de la voz de mi conductora, la interrumpí en medio de sus explicaciones, para confesarle que tenia el tiempo tasado, y que antes de salir de Brujas, lo que esperaba hacer el mismo dia, tenia intencion de visitar las pinturas de Hemlink.

—En ese caso, caballero, me dijo mi misteriosa compañera,

iremos al hospital de S. Juan; con eso veremos en la iglesia la caja de santa Ursula, y en la sala los cuadros que desea V. ver.»

Un largo silencio reinó entre nosotros durante el tránsito desde la morada de los condes de Flandes hasta el hospital. ¿En qué pensaba mi singular compañera?... Lo ignoro... En cuanto á mí, solo una cosa me ocupaba, el motivo que la hacia ocultarse á todas las miradas.

En las puertas del hospital mi *cicerone* recobró el uso de la palabra, y luego que entramos me enseñó la caja de Santa Ursula: es un cofrecito elegante, que representa en una multitud de excelentes miniaturas el martirio de la Santa y de sus once mil compañeras.

Al pasar á una galería sumamente pintoresca, cuyas viejas paredes estaban cubiertas de yedra, y plantas de enredadera, ví á un corto número de enfermos que tomaban el aire y el sol, y entre ellos á algunas mujeres vestidas como la que me acompañaba.

—«Madre, dijo mi compañera, dirigiéndose á una de ellas que llevaba á la cintura un gran manojo de llaves: este extranjero quiere ver el cuadro de Hemlink.» Y luego, saludándome, se perdió en medio de sus compañeras.

Desesperado con el brusco resultado de mi aventura, seguí á la otra mujer, la cual abrió la puerta del salon, llevándome á un sitio desde donde pudiera ver el cuadro. Con acento duro y seco me explicó que aquel cuadro, que representa la Natividad, es la única muestra de un género de pintura al fresco que dejó de estar en boga aun en tiempo de Hemlink. Es un cuadro hermoso; la expresion de las cabezas recuerda los retratos de Van Dick, y aun les lleva alguna ventaja, consistiendo la novedad del género de pintura en que los colores estan sentados con clara de huevo.

La campana del hospital dió las dos, y mi acompañante me dijo:

—Perdonadme, si os dejo; pero hoy mismo salgo para Gante, y no puedo detenerme.»

Como yo me dirigia tambien á Gante, media hora despues me hallaba á bordo del *Treckschuyt*, vapor ancho, espacioso y de agradable aspecto. En el puente y cerca de la popa, se habia levantado una tienda, bajo la cual formaban circulo una multitud de damas, muy elegantes, pero silenciosas y entonadas, y no lejos de ellas se distinguían tambien algunos trajes como los que llevaban puestos las que en Brujas me sirvieron de guia. Sin embargo, no esperando volver á hallar á la primera, me senté aparte, examinando con ávidos ojos el paisaje que se desplegaba á mi vista.

La riqueza y la tranquila prosperidad de las orillas estaban

en armonía con los alegres y sonrosados semblantes de los pasajeros del vapor. A medida que avanzábamos, se aumentaba la fertilidad del suelo: el cultivo era admirable, magníficas las cosechas, y por todas partes se veían casas de campo, blancas quintas con sus tejas encarnadas y sus verdes torrecillas, graciosas aldehuelas situadas de trecho en trecho á lo largo de ambas orillas, y paisanos vestidos de un modo grotesco, pero que animaban aquella encantadora escena, dando con su buena salud la mejor prueba de la prosperidad del país.

Llegamos á Gante muy entrada la noche, y me asustó la nube de conductores de equipaje que saltaron de repente al vapor: en medio de aquella confusion, de que procuraba salir, una mano cojió la mia, y una voz dura y seca, que al momento conocí, era la de la que me enseñó el cuadro de Hemlink, me dijo:

—«Queréis tomaros la molestia de ayudarnos á desembarcar á mi compañera y á mí?»

Sin contestar una palabra la conduje á tierra, y volví á buscar á la otra, cuya mano me admiró por su forma graciosa y por su blancura mate; pero figúrese V., abuelita, cómo me quedaría cuando despues de conducirla á donde estaba su compañera oí salir de debajo de su toca un *gracias, caballero!* Era la voz deliciosa de mi cicerone en la residencia de los condes de Flandes.

Quise seguirlas, mas habian desaparecido en la oscuridad, y afligido, pero no desanimado, llamé á un comisionista, al cual rogué me condujera á uno de los mejores *hoteles*.

Cuando nos dirigíamos á él, el sonido grave y profundo de una campana interrumpió el silencio de la calle sombría que seguíamos, sucediéndole un repique que se hacia mas claro á medida que caminábamos, hasta que llegamos al pié de una torre cuadrada, en cuyo chapitel brillaba una luz.

«Es la torre mas alta de Bélgica, me dijo mi guia, y uno de nuestros mas antiguos monumentos: fué edificado en 1188 para perpetuar la memoria de la riqueza, de la prosperidad, y de la independencia de los gandeses del siglo XII.»

En aquel momento llegábamos á una callejuela oscura, cuyo aire húmedo me hizo estornudar.

—*Proficiat*, me dijo una voz dulce al pasar junto á mí, y parecióme ver brillar en la oscuridad una toca blanca.

—La gente de esta ciudad habla latin? pregunté á mi guia.

—La persona que acaba de saludaros es una *beguina*, me respondió el comisionista: en la actualidad hay en Gante ochocientas de estas buenas religiosas, siendo esta la hora en que van á visitar los enfermos. Son unas señoras santas y caritativas, que se hallan en todas partes, lo mismo en las casas de los pobres que en las de los grandes, cuidando á los que sufren, y acompañándolos hasta la hora de su muerte.»

Luego que salimos de la callejuela oscura, desembocamos en la plaza de Kanten, plaza de armas de la capital flamenca, cuadrada, plantada de árboles, y rodeada de edificios de la arquitectura mas pintoresca, y de cafés magníficamente alumbrados. Aquí el teatro, al lado la casa de correos, mas lejos el cuartel y el principal, delante del que habia una tienda, y debajo de ella, sentados al rededor de una mesa, varios oficiales belgas bebían cantando canciones patrióticas.

Al dia siguiente visité la ciudad, encaminándome desde luego á la catedral dedicada á San Bavon: su elevacion es magestuosa, su distribucion sencilla á la par que elegante, y el ornato enteramente severo y religioso. Al cruzar la magnífica nave, que ofrece á la vez cierta grandeza física y moral, donde cada capilla es un gabinete de curiosidades, me detuve á contemplar los objetos que despertaban recuerdos históricos, tales como el púlpito labrado de Lorenzo Vaux, los grandes y macizos candelabros de bronce que alumbraron los bailes de máscaras de Carlos I, y que fueron vendidos por Cronwel á los canónigos de San Bavon, y el famoso cuadro de Rubens, donde él mismo se pinta en San Huberto, pidiendo limosna á la puerta del convento, y seguido de varias monjas, gruesas y brillantes de frescura.

La misma noche, estando en el teatro, oí detrás de mí una voz que me pareció la de mi *cicerone*: volvíme con presteza, y en lugar de una mujer envuelta en una gran toca y un hábito de sarga, ví á una doncella muy bonita y bien puesta. Trabé conversacion con ella, y no le oculté que la impresion que me habia causado su dulce órgano provenia de que me recordaba el de una *beguina* que habia encontrado en Brujas; pero que era imposible que una religiosa concurriese al teatro.

—Veo que no estais bien informado de lo que son las *beguinas*, me dijo en francés la jóven, á quien acompañaba un hombre de cierta edad. Su orden no es severa; al contrario, se les ordena que vean mundo, y que se mezclen con toda clase de personas.... Pero si quereis adquirir mas detalles acerca de esta especie de religiosas, os aconsejo que vayais mañana al convento; preguntareis por sor Creita, y ella os dará cuantas explicaciones querais.»

A la mañana siguiente, siguiendo el consejo de mi desconocida, me dirigí al convento de las *beguinas*, y no doy á V., mi querida abuelita, detalles sobre él, porque como ya hace algun tiempo que vive V. en Bruselas, debe saber las costumbres de las *beguinas*.

—«Muy poco, replicó la condesa de Roca-Alegre; tan poco, que únicamente sé que el nombre de *beguina* viene de Begué, hija de Pepino de Landon, y madre de Pepino el Ceos, la cual creó este establecimiento á mediados del siglo VII. Sé tam-

bien que no hay un enfermo en Brujas, en Gante ó en Bruselas que no tenga una *beguina* á la cabecera de su lecho; pero no sé nada mas, y así, hijo mio, cuéntame lo que tú mismo has visto.»

Eduardo continuó:

—A la mañana siguiente, como decia á V., me dirigí al convento, curioso resto de los edificios monásticos de los Países-Bajos. Me detuve en medio de una plaza irregular, en cuyo centro habia una iglesia gótica muy antigua: un árbol venerable extendía á lo lejos sus viejas ramas, largas y frondosas: muchísimas casitas, de forma muy particular, se elevaban sin orden por todas partes, siendo todas diferentes entre sí, y á manera de celdas pequeñas, sobre cuya puerta habia un nicho ocupado por la imájen de algun santo. Las aberturas de las ventanas contenian enrejados de varitas, en los cuales crecian flores y frutas, que aquellas siervas de Dios cuidaban con esmero para distribuirlas á los niños que pasaban por delante de sus celdas. La soledad y el silencio eran uno de los mayores encantos de aquellos sitios; pero en el momento en que yo me acercaba á ellos, el sonido de una campana interrumpió la acostumbrada monotonía.

Luego que la campana hubo cesado, abriéronse todas las puertas, y se ofreció á mi vista el mas extraño espectáculo. La galería, desierta un momento antes, se llenó de repente de una infinidad de túnicas blancas y negras, que se ajitaban en todos sentidos: hubiera podido creerse que las tumbas de algun cementerio monacal acababan de dejar salir de su seno las difuntas vestales que en ellas estaban sepultadas. Setecientas ú ochocientas religiosas, envueltas en sus tocas blancas y sus negros hábitos, se encaminaban en tropel hácia el portal de la iglesia, y yo me acerqué á una preguntándole por sor Creita.

—Yo soy, me dijo aproximándose á mí una mujer gruesa, pero baja, y al punto reconocí la *beguina* de Brujas, la del manojo de llaves.

—Sin duda venís de parte de sor Margarita, y en ese caso tened la bondad de seguirme.

—Quién es la hermana Margarita? pregunté.

—Ya la conoceis, se hallaba con nosotros en el vapor de Brujas; es una *hermana temporal*.

—Perdonadme, pero quisiera una explicacion mas clara.

—Llamamos así, dijo sor Creita conduciéndome á la iglesia, á las hermanas para quienes la toca de la orden solo sirve de proteccion, las cuales toman el hábito por gusto, ó para cumplir un voto de caridad por afecto á nuestra patrona Santa Begué.

—Y pronuncian votos? pregunté, pensando en la blanca mano de la misteriosa *beguina*.

—No, me dijo la vieja: además, como los que nosotras pro-

nunciamos son por tiempo limitado; es lo mismo que si no los pronunciáramos.

Animado con la bondad de sor Creita continué:

—La hermana Margarita es jóven, rubia, bonita, deja algunas veces el hábito?

—Nuestra orden, dijo sor Creita mirándome con malicia, nos impide satisfacer toda la curiosidad de los extraños.

A este tiempo entrábamos en la iglesia, y sor Creita se arrojó en medio de centenares de tocas blancas y de hábitos de sarga, quellenaban la espaciosa nave, y de varios grupos de mujeres de manto negro.

A despecho de la distracción que me causaba el nombre de Margarita, la música que siguió á la corta y sencilla ceremonia de la salve, se apoderó por grados de mi espíritu, hasta que lo cautivó. Las voces puras y suaves de las vírgenes, que iban á confundirse con aquella música, la daban una armonía celestial, figurándome que distinguía entre tantas voces el timbre puro y argentino de sor Margarita.... Cuando salí de mi admiración, los cánticos habian cesado, y la iglesia se hallaba desierta.

II.

Salí, y en vano torné muchas veces á preguntar por sor Margarita: siempre me respondian que no estaba en el convento, y no sabia si esto era verdad ó era mentira, ó si tal vez se negaba porque ya supiese mi nombre.

—Cómo? interrumpió con extraña sorpresa la condesa de Roca-Alegre?

—El fin de mi aventura lo revelará á V., querida abuelita, respondió Eduardo. Deseando descubrir á Margarita y saber si era mi linda desconocida del teatro de Gante, lo que sospechaba en gran manera conforme á los detalles que me dió sor Creita acerca de las *beguinas temporales*, no cesé de recorrer la ciudad en todas direcciones. Al fin un dia, cansado de mis inútiles pesquisas, pensé en ir á visitar la galería de pinturas de M. Shamps, de que tanto se envanecen los ganteses. Me dirigí á ella pues, y fui recibido por tan digno belga con noble y patriarcal hospitalidad, propia de nuestros primeros padres. Basta llamar á una antigua puerta del vestíbulo para ser admitido en la casa: un largo semblante aleman acoge á uno sonriendo, y sin preguntarle su nombre el extranjero lo conduce á una porción de piezas, situadas en el piso bajo, le presenta un catálogo, saluda, y se retira.

Recorria lentamente aquella série de magníficos cuadros que la hospitalidad flamenca ofrecia á la admiración de los extranjeros, parándome á contemplar uno, luego delante de otro, volviéndome atrás algunas veces, y empezando de nuevo mi silen-

cioso paseo, cuando fué á herir mis oídos un suspiro profundo: miré á todas partes, y ví que las salas daban por el un costado á pequeñas cavidades adornadas de pinturas y terminadas por una ventana, las cuales presentaban el aspecto de unos gabinetitos.

En uno de ellos una jóven, vestida muy sencillamente, estaba sentada sobre un cojín de terciopelo en frente de un retrato de que sacaba una copia; la luz de la ventana caía á plomo sobre su frente, y lo demás solo tenía una media tinta. Casi me volvía la espalda; pero á la primera mirada que la dirigí conocí á la señorita con quien trabé conversacion en el teatro, pareciéndome mucho mejor de día que de noche: nada era tan lindo ni tan jóven como la blancura de aquella frente, cuya pureza dejaba ver en todo su esplendor un mechón de pelo negro como el azabache. La atencion en que se hallaba sumida me permitió acercarme sin que lo echara de ver, y su mano me pareció tenía mucha semejanza con la linda mano de la beguina del vapor de Brujas.

Copiaba un cuadro de Rubens, el retrato de la hija de este gran pintor llamado *príncipe de los pintores*: está pintada saliendo del pórtico del jardín de su padre en la suntuosa casa que se enseña con orgullo en Amberes, y no pude dejar de admirar la destreza con que la jóven artista copiaba el retrato: era exactamente el bello ideal de la niña flamenea, su rostro jovial, bien que algo comun, su aire de aturdimiento con el que parecía correr hácia uno risueña y alegre, el traje suntuoso de la mimada heredera, la basquiña bordada de oro, el delantal de seda, la capa de terciopelo azul, su sombrero color de lila, y su pluma flotando á merced del viento sobre el mismo sombrero: en una palabra, la copia era igual al original.

—Magnífica copia! exclamé sin poderme contener.»

La jóven artista volvió hácia mí su rostro profundamente triste, y bajando los ojos dijo en tono humilde:

—Se vende esta copia, caballero.

—En cuánto? pregunté con viveza.

—En mil escudos, respondió en voz tan baja que se lo hice repetir otra vez.... Mil escudos!... conozco que es muy caro; pero necesito esta suma.»

El suspiro que acabó su frase me reveló la tristeza de su alma, y como llevaba conmigo mayor cantidad, se la dí al momento, no dudando la hacia un servicio eminente. Un rayo de alegría iluminó sus hermosos ojos, y me dijo:

—Ya vé V. que solo me faltan algunas luces que poner aquí y allí: si quiere V. dejarme las señas, lo llevaré mañana á la fonda donde se albergue.»

Y tratando yo de dirigirle algunas preguntas acerca de la

identidad que me parecía existir entre ella y sor Margarita, me rogó con frialdad que no la distrajesen, y se puso á trabajar diciéndome:

—Hasta mañana.»

Pero ay! añadió Eduardo, no debía volver á verla, siendo el desenlace de esta aventura, tan interesante como original, harto brusco é insultante para mí!

—Insultante? repitió la condesa, alzando la cabeza con orgullo.

—V. juzgará, le respondió su nieto. Cuando por la noche volví á mi *hotel* me dijeron que una hermana de la caridad había llevado una caja y un billete.... La caja contenía el oro que yo le había dado, y el billete... pero tómelo V., y léalo V. misma.»

La condesa tomó de manos de Eduardo un billete, y lo leyó dos veces, no sin extraña sorpresa y notable indignación. Decía así:

«Nada de un Villavicencio.»

Sor Margarita.

—Y no fuiste en busca de esa mujer? preguntó la condesa; ¿no la obligaste á confesar....

—Ay! abuelita, respondió Eduardo con resignación; gasté un mes en buscarla inútilmente, y aun tal vez á estas horas me hallaría en Gante, sin la noticia de la enfermedad de V.; pero lo conozco, la imájen de esa joven, el recuerdo de su talento, y aun de su frío desprecio, me perseguirán mucho tiempo, turbando mi reposo.»

Aun tenía en la mano la condesa el extraño billete cuando la mampara se abrió, entrando una *beguina* con la toca alzada. Al ruido que hizo, Eduardo volvió la cabeza, diciendo:

—Es ella!

—Quién? preguntó la condesa.

—Sor Margarita, respondió Eduardo señalando á la religiosa que, pálida y muda, ni se admiró de ver á Eduardo, ni la causó extrañeza su exclamación.

—Es V., hermana, quien ha escrito este billete? preguntó la condesa con severidad.

—Si señora, respondió la hermana sin inmutarse.

—Y por qué? qué le ha hecho á V. un Villavicencio para que le insulte de este modo?

—Lo ignora, señora, respondió sor Margarita con tristeza; cuando este caballero me dió su targeta, era la primera vez que veía este nombre, y si he escrito el billete era obedeciendo á un poder superior á mí.

—Nómbrelo V., dijo la condesa con autoridad.

—Nunca! respondió la jóven con nobleza.

—En ese caso, salga V. de mi casa, y jamás vuelva á presentarse ante mis ojos.

La pobre niña dió un paso hácia atrás, y luego bañada en lágrimas dijo:

—Oh! no me arroje V. así, señora.... yo cuido á V. no por caridad ni para cumplir el voto que he formado, sino porque quiero á V., porque ver á V., oír el sonido de su voz, estrechar su respetable mano, es el único consuelo que tengo en este país, pues yo tambien soy extranjera....

—Hable V. pues, dijo Eduardo profundamente conmovido; nombre V. el poder al cual obedece, el poder que le ordena despreciarme y aborrecerme.

—Yo no desprecio á V., caballero, dijo la beguina; ni desprecio ni aborrezco á nadie!

—Entonces será su padre de V., el que estaba con V. en el teatro de Gante.

Sor Margarita bajó la cabeza sin responder.

—Hable V., ó salga de mi casa, repitió la condesa levantándose de su asiento.»

Silenciosa y aflijida la hermana de la caridad se cubrió el rostro con la toca, y salió de la sala sin pronunciar una palabra.

Pasó un día, pasaron dos, pero al tercero la condesa llamó á Eduardo, diciéndole:

—Hijo mio, no tengas celos de lo que voy á decirte: tú eres para mí un buen hijo, y el amor que me profesas ha mitigado el dolor que me causó la muerte de tu padre y de tu madre, á quien quería como si fuese mi propia hija.... Cuando estabas lejos, parecíame que no podia vivir sin tí, y ahora que te hallas á mi lado no estoy contenta.... mi corazon no está satisfecho!

—Diga V. lo que le falta, querida abuelita, dijo Eduardo con el tono de un niño mimado.

—Era tan buena, dijo la condesa; cualesquiera que fuesen los dolores que yo sufría, cuando cantaba, los calmaba como por encanto su deliciosa voz; y luego era tan diestra!... todo lo adivinaba, y si me veía triste, contaba cosas, decia palabras.... que no eran nada.... pero á las cuales daba mucha gracia su acento puro y juvenil. Si acaso yo sufría, aunque débil y delicada, sabía colocarme en mi lecho, levantarme, componerme las almohadas, aliviarme en fin.... Solo en mis alegrías no tomaba parte; pero con qué destreza ocultaba su melancolía!... Eduardo, vé en busca de sor Margarita: si, que calle, pero que venga, pues no puedo vivir sin ella.

—No iré á buscarla muy lejos, respondió Eduardo sin ocultar la satisfaccion que le causaba aquella orden: la pobre niña, tan aflijida como V., querida abuelita, no deja las cercanías de este

hotel, y segun me ha dicho Pablo, todos los dias pregunta como vá V. de salud.

—Tráela, tráela, dijo la condesa, y Eduardo salió volviendo á poco con la hermana de la caridad. A una seña que le hizo la condesa, se arrodilló ante ella llorando y besando con ardor la mano de la señora.

—Oh! cuánto he sufrido, y qué arrepentida estoy! exclamó la beguina.

—Habla pues, la dijo la condesa tan conmovida como ella.

—Perdóneme V., señora, y lo diré todo, y porque á pesar de mis diez y siete años no puedo estar alegre, y llevo este traje... Todo lo diré.... menos porque quiero á V. tanto, añadió con un tono singular que no comprendieron ni la condesa ni su nieto.» Pero como vió que la condesa de Roca-Alegre la escuchaba con atencion, se sentó en un taburete delante de la enferma, mientras Eduardo ocupaba el sitio de costumbre junto á la butaca, y comenzó de esta manera:

«No me pida V., señora, que la aclare lo que le parezca oscuro en mi relato; no puedo hablar mas que de mí, y de mí sola hablaré. Por lo regular habito en Brujas, y cuando era muy pequeña, una beguina llamada sor Creita me tomó cariño. Ni un dia dejaba de ir al convento á buscar en su celda flores ó frutas; además me enseñaba á leer y escribir, siendo ella quien desarrolló en mí el gusto por las artes que hoy me es tan útil: en cuanto á adquirir la caridad que nos atrae al lecho de los enfermos, primero lo hize por imitar á sor Creita, luego por costumbre, y por último llevada del placer que me resultaba; pero ni pronuncié votos, ni habité en el convento, porque mi padre no quiso, y porque tenia que cuidar á mi madre. Por lo demás, casi siempre llevaba el traje de las beguinas, dejándolo únicamente cuando mi padre me llevaba consigo, ya al teatro, ya á paseo.

La primera vez que encontré á este caballero fué en Brujas, ante el palacio de los condes de Flandes, y me divertí mucho con la curiosidad que manifestaba por adivinar mis facciones bajo la espesa toca que las cubria. Luego encontré á V., añadió dirigiéndose á Eduardo, en el vapor que iba á Gante, á donde marchaba con el objeto de acabar el cuadro que V. conoce.

Al dia siguiente de haberme encontrado V. en el teatro de Gante con mi padre, que habia llegado aquella mañana, supimos una espantosa noticia: mi padre habia salido fiador de un amigo de Bruselas; este amigo habia huido, y mi padre se veia perseguido y amenazado de ser puesto en prision en lugar del fugitivo, si no lograba reunir en toda la semana la suma de mil escudos, suma enorme para él, á quien ha mucho tiempo que yo mantengo, lo mismo que á mi madre, con el producto de mis cuadros.

Oh! qué dichosa fui cuando V. me dió la suma por la copia del cuadro, que representa á la hija de Rubens!... No dejé de pintar hasta el anohecer, y ansiaba llegar á mi casa para decir á mi padre: «no tema V. por su libertad!» Pero cómo me quedaría; Dios mio! cuando despues de mirar la targeta que V. me dió se puso pálido, la estrujó en sus manos, y con un aire terrible puso delante de mí un papel, lo necesario para escribir, y me dictó las palabras que saben VV., obligándome á que yo misma llevase el billete á la fonda!»

—Pero qué ha hecho mi familia á ese hombre, cuando no le conozco! dijo la condesa; Margarita, cómo se llama su padre de V.?

—Perdóneme V., señora, pero me está prohibido decirlo.

—Se halla aquí?

—Sí, en la cárcel, dijo la hermana llorando; habia venido á Bruselas para arreglar el malbadado asunto, mas á la mañana siguiente de su llegada le redujeron á prision.

—No llores, dijo la condesa compadecida del dolor profundo pintado en el rostro de la doncella; no llores, que ya trataremos de encontrar esta suma.

—Ay! dijo sor Margarita entregándose á su pesar, trabajo día y noche, y mis débiles manos no pueden completarla.

—Yo te la prestaré, dijo la condesa.... No te la prestaré..... te la daré en cambio de amor, y me pagarás en cuadros; pero no quiero verte llorar, hermana.»

Sor Margarita se arrojó á los pies de la condesa sin poder pronunciar una palabra; mas de pronto, y como herida de una reflexion funesta, se levantó exclamando:

—Qué haré? qué haré?

—Aceptar, dijo la condesa sonriendo.

—No puedo recibir los beneficios que quiere V. hacerme, porque no sabe V. á quien los hace.

—Qué dice V.? exclamó Eduardo; conoce V. el motivo del odio que su padre de V. me tiene?»

Sin responder á esta pregunta tan directa, Margarita se volvió hácia la condesa diciendo:

—Si por un motivo que no tengo derecho para calificar, tuviese V. queja de una persona, la haría V. un beneficio?

—No te comprendo, la dijo la condesa.

—Dios mio! cómo haré que me comprenda?... Por ejemplo, señora, dignese V. perdonarme la suposicion; pero los criados son indiscretos, y... yo sé que aborrece V. al marido de su hija!

—Tiene V. una hija, abuelita? preguntó Eduardo altamente sorprendido.

—Esta niña, sin saberlo, ha abierto una llaga muy profunda, Eduardo, dijo la condesa sin cólera, pero con notable tris-

teza; sí, tengo una hija, una hija que me ha desobedecido, que amó á pesar de mis órdenes á un extranjero, plebeyo, mercader en fin.

—Y se casó sin su consentimiento de V. ? preguntó Eduardo.

—No, dijo la condesa oprimida.... quise evitarle una nueva desobediencia, y le dí mi consentimiento; pero le prohibí se acercase á mí, y desde entonces solo sé que marchó al extranjero con su esposo.

—Pues bien, señora, dijo sor Margarita, que habia escuchado con ansiedad las palabras de la condesa; pues bien, si esta persona.... fuese.... el marido de su hija de V?...

—Retiraría mis beneficios, dijo la condesa con severidad.

—En ese caso recóbrelos V., señora, porque mi padre es su yerno de V. »

Un profundo silencio sucedió á las palabras de la jóven, como si un rayo hubiese herido á aquellas tres personas. La una estaba asustada de lo que habia dicho, y las otras dos de lo que habian oido; pero la condesa fué la primera que recobró el uso de sus sentidos.... dirigió lentamente sus ojos á la beguina, y luego rompió á llorar, atrayendo poco á poco á la jóven sobre su seno, y diciéndole en voz baja:

—Háblame de mi hija.

—Llora mucho, y pide á Dios que la perdone V., señora, dijo Margarita confundiendo sus lágrimas con las de la condesa, la cual dijo haciendo un esfuerzo sobre la violencia de sus sentimientos:

—La perdono.... pero con una condicion... que no la veré, y que tu padre, á quien daré el dinero necesario para que salga de la cárcel y continúe su comercio, te dejará á mi lado, consintiéndome en tu casamiento con Eduardo, que te ama. »

Este besó con transporte la mano de su abuela, y Margarita respondió con noble firmeza:

—V. tiene derecho de poner precio á sus beneficios; pero mi madre, señora, á nadie mas que á mí tiene en el mundo, y jamás abandonaré á mi madre. »

Sorprendida mas que irritada de aquella resistencia, la condesa de Roca-Alegre permaneció un rato sin hablar; pero de pronto, como si hubiese acabado de caer el hielo de su resentimiento, exclamó:

—Has veneido, niña; tu dulzura, tu talento y tu virtud me vuelven á la senda del deber... busca á tu padre, y que me traiga á mi hija, sí, á mi hija, á quien no he visto hace tanto tiempo!... Vé, Margarita... pero antes ven á mis brazos, y llámame abuelita, que harto lo has merecido.

Qué nos resta ya que decir, amables niñas? sin duda algun adivinareis lo demás. Despues de haber reunido á su padre y á

su madre con su abuela, sor Margarita ha dejado para siempre el hábito y la toca, y luego que la condesa regrese á España con su familia, se verificará el casamiento, segun dicen, entre Margarita y su primo Eduardo Villavicencio.

EL LOBO MALIGNO.

Todos los admirables lances, todas las hazañas llevadas á cabo por los niños, y que hemos insertado en nuestro *Mentor*, tienen relacion con el valor físico; pero no tanto con el valor moral, y así vamos á contaros un hecho de que hay pocos ejemplos.

Entre las supersticiones que reinan en nuestros campos, una de las mas comunes en ciertas provincias, es la creencia en el *lobo maligno*, terror de ciertas aldeas, y causa de todas las desgracias y daños que por allí ocurren. Ladran los perros mas fuerte que de costumbre? es que el lobo maligno ronda en derredor del aprisco: las tardías heladas del mes de abril destruyen la fruta antes de madurar? esto consiste en que el lobo maligno se ha paseado por el huerto: por último, si el gallinero está despoblado, esta devastacion solo puede ser obra del lobo maligno, porque Dios sabe cuán diestro y fértil en astucias es este ser misterioso y dañino.

Esta supersticion popular existia hace pocos años en una aldehuela situada á corta distancia de La-Granja, pueblo de Extremadura, y no solo habia hallado crédito semejante ridícula creencia entre algunas mujercillas, sino que habia echado profundas raíces en la imaginacion de hombres graves, serios y de experiencia. Así es que no era permitido tener dudas acerca de la existencia del lobo maligno, objeto de todas las conversaciones, y texto fecundo de cuentos mas ó menos extraordinarios. Su nombre inspiraba terror, y cuando un niño se quedaba un poco tarde fuera de la aldea, sus padres eran presa de la mas viva inquietud, temiendo hubiese sido devorado por el rapaz y sanguinario mónstruo.

Sin embargo, un chico que apenas tenia diez años, y se llamaba Regino Barra, no sentia estos absurdos terrores, y se reía de todo corazón de los cuentos maravillosos que se ensartaban á propósito del lobo maligno, diciendo á cuantos querian oírlo que todo era faramalla y embustes forjados por alguna vieja.

Semejante excepticismo escandalizaba muy mucho á los buenos y sencillos aldeanos, los cuales decian á Regino:

«Cómo puedes poner en duda una cosa que es cierta y evidente para todo el mundo? porque todos nosotros hemos visto al lobo maligno, que nos ha jugado muy malas partidas. Nuestros graneros vacíos, nuestros ganados arrebatados, todo esto es una prueba indudable de su existencia.

—Y cómo saben VV. que el lobo maligno es el autor de todas estas fechorías? ¿quién ha dicho á VV. que no puede ser algun ratero astuto, algun pillastron que se aprovecha del terror general para robar á VV. divirtiéndose á su costa?

—Oh que no! nosotros no nos engañamos. Si tú hubieras visto como nosotros sus ojos encandilados, sus manos armadas de garras, y su rabo negro y velludo, dirías que era un ser del infierno.

—Todo eso es muy bueno y muy bonito, respondia el chico; pero nada me prueba que no se engañan VV.—Por lo demás, yo tengo una idea... me propongo hacer una prueba decisiva, y espero demostrar á VV. antes de poco que se burlan completamente de nosotros.»

Nadie hizo caso de las palabras del chico; mas él se apresuró á poner en ejecucion el proyecto que habia formado.

A la caída de la tarde se dirigió á una de las extremidades de la aldea, paraje en que por lo regular aparecía todas las noches el lobo maligno. Clavó dos estacas, una á la derecha y otra á la izquierda, y atando á ellas una cuerda que atravesaba la calle en toda su anchura, fué en busca de sus amigos y conocidos, y les rogó le acompañasen, asegurándoles habia hallado un medio infalible de librarlos del lobo maligno. Los aldeanos dudaron por algun tiempo antes de decidirse á tomar parte en aquella empresa nocturna que les parecía muy peligrosa; pero al fin la curiosidad pudo mas que la prudencia, y se determinaron á seguir al muchacho.

Encamináronse, pues, al sitio en cuestion, y no hacia diez minutos que se hallaban allí, cuando de pronto apareció el lobo maligno á unos cien pasos de distancia. Los aldeanos al verle, retroceden asustados; pero Rejino Barra, que se habia mantenido á su cabeza constantemente, avanza solo hácia el monstruo, y este, sorprendido de la impasibilidad del niño, procura asustarle, agita el rabo, lanza ahullidos, y quiere precipitarse sobre él. Empero, en medio de su rápida carrera, se halla detenido de repente por un obstáculo imprevisto: apenas toca la cuerda de que hablamos arriba, su cabeza vá á caer pesadamente sobre las piedras, y de resultas de la terrible caída, permanece en el suelo aturdido é inmóvil.

«Amigos, grita Rejino, vengan VV. acá, que ya es nuestro el lobo maligno...»

Al mismo tiempo se acercó el muchacho al cuerpo que ya-

cia en tierra, lo levantó, lo examinó de cerca, y reconoció, á pesar de su disfraz, á Pedro Marrero, vecino de la aldea, y que hacia dos años ejecutaba con maravilloso éxito el papel de lobo maligno. Tiñéndose el rostro, proveyéndose de un rabo muy largo y un traje mucho mas extraño, habia logrado sembrar de lejos el espanto, cometer impunemente una multitud de robos, y sin duda hubiera continuado por mas tiempo su lucrativo oficio, sin el lazo que diestramente le habia tendido el chico.

Marrero solo tenia algunas contusiones; así no tardó en recobrar sus sentidos, y júzguese cual sería su confusion y su espanto al verse rodeado de sus convecinos. Estos, avergonzados de que los hubiese engañado tan bajamente aunque con astucia, querian tomarse la justicia por su mano; pero un labrador prudente los aquietó, y á la mañana siguiente el ratero fué conducido á La-Granja, y puesto a disposicion de aquellas justicias.

Desde entonces no ha vuelto á hablarse del lobo maligno ni en la aldea ni en los contornos, y esta supersticion absurda ha desaparecido totalmente, gracias á la ingeniosa estratagema de un chico de diez años.





ARTURO WARNER.

ARTURO Warner era hijo único de una madre que lo adoraba. El amor de esta madre hubiera podido con mayor razón llamarse un culto, una religión. Había hecho de este niño una especie de idolo: sin cesar estaba vijilante para que nada le fuese penoso, y que en todo encontrase placer y dicha. De día, de noche ponía en tormento su imaginación para facilitarle nuevos contentos y reemplazar con flores las espinas que la infancia misma encuentra frecuentemente en la vida. Sentía este la mas ligera indisposición, al punto lo creía en peligro de muerte; no queriendo que dejase la cama, lo rodeaba de las mas minuciosas atenciones; en fin, se hacía culpable de todos los excesos de ternura á que una madre puede entregarse, porque las demostraciones de afecto, de aquel afecto racional, tienen sus límites.

¿Y qué sucedió por lo mismo? Arturo se finjia con frecuencia enfermo, y esto no faltaba nunca cuando quería conseguir alguna cosa, que ningun otro medio podia procurarle. Su madre, neciamente meticulosa, sin que la vida del niño corriese riesgo alguno, cedia entonces á todos sus caprichos. Sin esta condicion nunca decia Arturo que gozaba de buena salud. Si tenia un deseo estravagante, era inútil hacerle ver toda la dificultad que habia para satisfacerlo, no reconocia obstáculo alguno; y si se le rehusaba, amenazaba con una enfermedad. Ésta era su palabra decisiva.

Estas enfermedades se renovaban muy frecuentemente, porque sus exigencias eran muy difíciles, y frecuentemente imposibles de satisfacer. Habia llegado al extremo, que parecia conceder un favor á su madre cuando consentia en estar bueno.

No hay, quizás, un niño, que en el curso de los estudios, no se haya finjido el enfermo, sea asustado por algun deber que estimaba superior á sus fuerzas, sea convidado por el atractivo del reposo ó de un placer pasajero. Es tan gustoso, cuando se está en un colejo, donde es menester levantarse mucho antes del dia, en un tiempo de nieve y de hielo, es tan gustoso dejar á los otros que bajen del dormitorio, y quedarse en la cama bien caliente, mientras ellos trabajan, tiritan, y se restregan los dedos para calentárselos! Se sale luego del paso diciendo que se ha tenido un fuerte dolor de cabeza, y aun se llega á persuadirse á sí mismo, y para convencer de ello á los demás, se anda con mas lentitud que se acostunbra, no se rie con tanta facilidad como los otros dias, y en caso necesario no se rie de manera alguna; y si ese dia no se come de carne, si es un viernes, no se come casi nada para hacer ver que se ha perdido el apetito. Otras veces se vá á dar un baile ó una gran comida en la casa; cómo no se ha de asistir á esta funcion! ¡Cómo no disfrutar de la diversion donde todos han de tener tanta parte! Eso no se puede soportar, cuando se está algun tanto mimado. Es indispensable por lo mismo recurrir entonces al artificio, porque el dia que se verificará ese baile, esa comida, es un dia de trabajo, un dia de fastidio, un dia de griego y de latin, y está todo dicho; y no se puede con decoro alegar al señor preceptor una fiesta para salir cuando todo el mundo estará ocupado; no daría oídos á la peticion. Entonces pronto una enfermedad cualquiera será necesaria para salir de la dificultad, y la víspera viene el quejarse de alguna indisposicion; no se cena, y se sale al dormitorio antes que los astros. Mas con anticipacion se ha escrito á su madre, digo á su madre, porque esta se cuida mas frecuentemente de la salud de su hijo que el padre; se la ha escrito, pues, que se está muy indispuerto, que ya tiene fecha, y que para restablecerse son in-

dispensables algunos días de reposo. Y la madre no puede dormir según lo llena de inquietud que está. Qué de noches en blanco hacen pasar los hijos á sus madres! Al día siguiente, olvidando la función que debe darse, pensando solo en el enfermo, que solo pensaba en la función, vá ella volando al colegio, y á pesar de los buenos colores, que no puede ocultar el artificioso niño, á pesar de los esfuerzos del preceptor que vé claro para tranquilizar á la madre y retener al hijo, ella se lo lleva de grado ó por fuerza. Una hora basta para restablecer al enfermo, iba á decir al moribundo, y volverle la vida y la salud. Bebe, come, salta este día mas de lo ordinario; es necesario que se desquite de la molestia y de lo que ha tenido que comprimirse para conseguir su objeto; y á la noche se acuesta con una fuerte indigestion que le castiga por su fraude, precisándole á guardar cama por muchos días.

Atended á esto, amiguitos míos. Una falta, cuando es solo pasajera, se borra con el tiempo sin dejar rastro peligroso; mas repetida con frecuencia, constituye un defecto que se agarra á vosotros, no os deja nunca, hace parte de vosotros y puede tener los mas tristes resultados. Pero volvamos á la historia de Arturo.

Los multiplicados y excesivos cuidados, el tormento continuo á que se habia sometido voluntariamente la señora Warner, acabaron por alterar su salud. La carga era muy pesada; la habia infaliblemente abrumado, sin que Arturo hiciese nada para aliviarla; no amaba bastante á la madre para eso, cuando su padre profundamente afligido de un desórden semejante, cuya causa ya habia penetrado, quiso en fin hacerlo cesar. El queria á su hijo tanto como á su mujer, y no queria que la una fuese víctima del otro. Llamó, pues, un día á Arturo y le dijo en presencia de su madre:

—Arturo, ya has llegado á una edad en que la instruccion debe ser para tí una necesidad, la ignorancia causa vergüenza. No son los cariños diarios de tu madre los que necesitas, es el estudio, es una enseñanza sólida que haga en su día de mi hijo un hombre útil á la sociedad, y la honra de su familia. Escoge el colegio en que mas te agrada entrar al instante.

Arturo no respondió nada, y pareció someterse. Pudo retener sus lágrimas; de nada habrian servido; mas aparecieron luego que estuvo solo con su madre. No os referiré todo lo que la dijo; no os hablaré del despropósito de sus palabras, de la ingratitud de su corazón; todo esto lo dejo á vuestra imaginacion, puesto que ya conoceis ese feo carácter. Se adelantó á acusar á su madre de la resolucion que habia tomado el Sr. Warner. Era bastante injusto para quejarse de su madre á la que afligia semejante determinacion, tanto como á su hijo; á ella

que lo amaba mas que á sí misma, á ella en fin que en su ciego y culpable afecto, habría querido mas verle ignorante toda su vida, que separarse de él un solo instante; porque creia que metiéndolo en el colejio lo condenaba al sepulcro.

Y sin embargo, esta separacion mucho tiempo hacia que era muy urgente. La salud de la señora Warner, mas que vacilante y profundamente alterada, necesitaba ser prontamente socorrida. Era como un arbol que se secaba rápidamente si no se tenia cuidado de separar los renuevos que crecen al rededor de él, y que absorven todos los jugos nutritivos. El Sr. Warner creyó que un viaje á Italia sería necesario y así se determinó. Veía en él una doble ventaja; primero sería favorable á la salud de su mujer, y luego la madre y el hijo se acostumbrarían á vivir lejos uno de otro.

Los preparativos de la entrada en el colejio los acompañó Arturo de una multitud de lágrimas y quejas que la señora Warner era la única que podía testificar. Viendo que eran inútiles, empleó la palabra eficaz.

—Me pondré malo, moriré.

Y en su desesperacion la señora Warner dijo á su marido:

—Se pondrá enfermo, se morirá.

Mas el padre no dió crédito á esta prediccion. Arturo entró en el colejio contra su voluntad. Algunos dias despues, el matrimonio partió para Italia.

No hay necesidad de deciros que el colejio era para Arturo un verdadero infierno. Sin embargo, muchos de vosotros sabeis hacer justicia á ese pobre colejio tan temido antes de estar en él, tan desacreditado cuando se está allí, y que tanto se echa menos despues de haberlo dejado. Se puede vivir en él feliz ¿no es verdad? Esos juegos ruidosos, esa alegría tan loca, tan franca, tan atractiva que reina en él y que hacen siempre que sintamos no ser todavía niños, todo eso es un indicio muy seguro de que la vida es allí muy agradable. Por mi cuenta no os he visto reir nunca y retozar con tanta libertad, ser tan vuestros en una palabra, como en el colejio. Mirad, estoy cierto de que comeis siempre allí con mejor apetito, por delicadamente criados, por mimados que seais en casa de vuestros padres. Además ¿no se han visto y se ven todos los dias príncipes que están en él contentos, y preferir aquellos patios cubiertos de polvo, donde se ejercitan con tanta libertad, á los salones dorados de sus palacios donde frecuentemente están oprimidos y llenos de tedio?

No sucedió lo mismo á nuestro niño mal criado, porque allí no podia encontrar esclavos de sus caprichos.

¡Oh! esto consiste en que en el colejio no es bueno tener caprichos.

Pero Arturo se habia propuesto no permanecer en el colejo. Niño extravagante, y queriendo siempre permanecer el mismo, no podia acomodarse á aquella misera vida. Habia dicho á su madre que se pondría enfermo, y si no lo estuvo desde luego, lo fingió al menos, pensando que este gran arbitrio lo sacaría de lo que él llamaba su prision.

Así es que, por la mañana era muy frecuente en él no bajar del dormitorio con los otros; ya pretestaba un violento dolor de cabeza, ya un cólico espantoso, otras veces un gran mal de corazon. Todas las enfermedades que habia oido nombrar en su casa, aun las mas extravagantes, las que solo acometen á los viejos, del mismo modo que las que atacan solo á los niños, se las encajaba con una seguridad imperturbable. Al principio se asustó el médico; cuando venia á visitarlo lo encontraba con los ojos vueltos, porque Arturo se habia adiestrado á ponerlos así cuando lo juzgaba á propósito. Conservaba apenas un soplo de voz para responder á las preguntas del doctor; en fin, él representaba su papel como el cómico mas consumado. Mas el doctor vió pronto con quién se las habia. Entonces no recetó mas que un remedio para todas aquellas enfermedades, la dieta, que es la panacea de todas las enfermedades del colejo.

El hambre, dice un proverbio, echa el lobo fuera del bosque. El hambre tambien sacaba á Arturo del dormitorio; lleno de vergüenza iba á emprender su trabajo acostumbrado, su cadena, no sin aparentar que se violentaba y consultaba mas bien su razon que sus fuerzas. Muy bien habría deseado procurarse á cualquier precio algunos alimentos, aunque solo fuese pan, á fin de permanecer mas tiempo en cama; mas los sirvientes no se esponian á dárselo, contenidos como estaban por una severa prevencion y por el ejemplo de uno de ellos despedido por haber faltado á ella.

Este modo de manejarse hacia ya algunas semanas que duraba; Arturo habia esperado que el director, engañado por aquellas falsas apariencias de enfermedad, escribiría á sus padres que la salud de este niño delicado no le permitia permanecer en el colejo, y que solo la casa paterna podría convenirle; pero desgraciadamente el director no era el juguete de esta estratagemas. ¡Un director es tan malicioso! Nada que se pareciese á esto habia escrito. Los avisos que se dan periódicamente á los padres sobre el trabajo y la salud de los hijos, contenian solamente que Arturo era un niño desapacible y caprichoso que necesitaba el colejo para igualarse con los otros. Lejos de anunciar que sus enfermedades fuesen peligrosas ó mortales, no hacia mención de la mas leve indisposicion.

Todas las molestias que se habia tomado para llegar á su fin,

todas las dietas que le fué preciso sufrir, solo habian servido para atraerle la nota que se da á los niños voluntariosos. Esta palabra lo reasumia todo. Y no veía llegar á su madre para librarlo. ¡Oh! qué enojado estaba con ella entonces! cuánto deseaba poderla dar las quejas que estaba persuadido merecia! cómo se proponia luego que se rompiesen las cadenas, desquitarse á costa de cuantos le rodeaban, de la opresion en que le habian tenido tanto tiempo! Pero estas cadenas no se rompian. En las cartas que recibia se le recomendaba fuese razonable, y olvidase enteramente sus antiguos caprichos, á fin de merecer mejores informes. Entonces brotaban sus lágrimas; pero no eran buenas lágrimas: solamente el despecho y la cólera las hacian correr, y se obstinaba mas y mas en la resolucion de salir del colejio.

Le fué, pues, preciso finjirse de nuevo enfermo. Como no se habia hasta entonces cedido á sus deseos, y jamas él se habia atemperado á la voluntad de los demás, se persuadia que con terquedad lograría su intento. Por esta vez se engañó.

Los colejiales descubrieron prontamente el significado de sus males. Primero habian creído de buena fé sus dolencias, y le habian compadecido, no dudando de su sinceridad. Mas cuando se enteraron de que ellos tambien se habian engañado, oh! entonces no tuvieron mas compasion de él. Los colejiales gustan de la franqueza, y se rebelan contra todo lo que es hipocresía y mentira. Arturo los temia y no los amaba; un corazon como el suyo no puede amar á nadie.

Una noche, durante la hora de recreo, uno de ellos, llamado Alfredo, muy correton, capaz de hacerse poner preso por cuatro dias con tal de dar gusto á un buen camarada, ó jugar un chasco á uno malo, aprovechándose de un momento en que el maestro no ejercia su vijilancia, reúne los otros colejiales bajo una acacia, y se expresa así:

—Señores, tenemos entre nosotros un enfermo imaginario. Este es Arturo Warner.

—No es buen chico, dijeron á un tiempo todos los otros.

—Por eso, continuó Alfredo, yo os propongo ser yo mismo su médico.

—Bravo! bravo! Este Alfredo es divertido!

—Y ved aquí como, continuó el orador. Compraremos un buen gorro de algodón, y un día que nuestro moribundo risible baje con cara pálida y triste, me encargo en cubrirlo con toda ceremonia.

—Oh! muy bien pensado! dijeron los otros; con eso no volverá á finjirse malo.

—El medio de probarme, dijo Alfredo, que sois de mi parecer, es que todos contribuyamos para comprar el gorro de algodón.

—Es muy justo, exclamaron todos.

—Toma, vé ahí diez cuartos, dijo uno.

—Y aquí están veinte, dijo otro.

—Yo doy treinta, grita un tercero.

—Basta, basta, dijo Alfredo. Ya hay para comprar seis gorros de algodón. Me dais vuestro dinero con mas presteza que si se tratara de comprar con él bollos y confites; compraremos con el sobrante un bello moño para adornar el gorro de nuestro enfermo.

Esta nueva idea hizo reir mucho á los diabólicos estudiantes. Las reuniones están prohibidas en el colegio. Así que se acercaba el maestro, se separó la grave y filantrópica asamblea, y volvió á sus juegos de cuerda, de pelota, y de trompo. Alfredo quedó pues encargado de esta cura importante.

El día fatal llegó muy pronto. Nuestro enfermo bajó del dormitorio mucho despues de los otros, con su semblante lastimoso de costumbre.

Sin embargo, habia juzgado á propósito terminar su enfermedad á la hora de un recreo que precedia á la comida y habia venido á mezclarse con los otros para mirar no para participar de sus juegos.

Alfredo habia dado la señal. Luego que el maestro pasó á otro extremo del patio, todos formaron al instante un círculo al rededor de Arturo. Alfredo se acerca al punto por detrás y le encaja en la cabeza un ancho gorro de algodón adornado de un magnífico moño, y esto en medio de grandes risas y ruido de pies, y palmeteo de todos los colegiales, que conduciéndole solemnemente á la fuente para administrarle un chorro de agua, y parodiándole la escena burlesca de los boticarios del *enfermo imaginario* repetian en coro: *Dignus est intrare, dignus est intrare in nostro docto corpore*. No se separaron sino cuando el maestro atraído por sus estrepitosas voces estaba cerca de ellos.

Un frío sudor corría por todos los miembros de Arturo. Sin embargo, solo contra todos, no se atrevió á decir nada, y concentró en sí mismo su cólera. Mas tomó odio á todos los colegiales.

Desde este momento quedó curado de todas sus enfermedades. Se le vió presentarse con los otros en todos los ejercicios; su salud, apesar suyo, se manifestó excelente. Solamente no reía con sus camaradas, ó bien era una risa forzada, si reía. Sin embargo, lo que no habian podido hacer ni los consejos de su padre ni los del rector, ni todas las visitas del médico, la travesura de algunos camaradas lo realizó. Esto no es extraño.

Querría que esta historia se terminase aquí, que el castigo de Arturo no hubiese sido mas fuerte. Mas debo continuar mi relacion hasta el fin: como es triste seré breve.

Hasta aquí solo teneis adversion á Arturo, ahora vá á inspiraros pura compasion. Si no tenia todavía la alegría de los otros; si todavía no se habia convertido en un verdadero estudiante, al menos empezaba á encontrar que la vida del colejo puede ser soportable, y aun le habria tomado gusto al cabo si no hubiese sido por un incidente terrible y deplorable del cual él mismo se hizo víctima. Una enfermedad interna, una enfermedad en las entrañas vino á apoderarse de él. Esta fué demasiado verdadera, el pobre niño lo experimentó cruelmente. No le dejaba ningun alivio, era cruel.

La escena del gorro habia hecho en él tal impresion, que no se atrevió á descubrir lo que padecia. Temió que despues de haber sanado, podia ser objeto de igual burla, y quiso mas bien aguantar, esperando un pronto restablecimiento de su mal; procuraba callarlo, ocultarlo; mas su mal lo devoró.

Se echaron de ver al fin los dolores atroces que sufría. Ved qué cambio se habia verificado en él; poco antes se decia malo y no lo estaba, ahora lo está de una manera horrible y no osa manifestarlo; sin embargo se consiguió persuadirle que lo estaba realmente, y consintió en que se le cuidase. Pero estos cuidados pudieron curarle? Ay! no; habian llegado muy tarde. Arturo habia concentrado por mucho tiempo su mal en sí mismo; los esfuerzos que habia hecho para ocultarlo, lo habian convertido en incurable. Si hubiese tenido siquiera su madre á su lado!

Cuando se está enfermo, una madre es tan buena, tan preciosa! El echaba de ver que el menor de sus cuidados valia mas que todos los de los extraños que le rodeaban. Entonces fué cuando se arrepintió muy amargamente de haber sido tan injusto, tan ingrato con ella, y deseó con el mayor anhelo pedirla perdon de lo que la habia molestado. Diariamente preguntaba al rector para saber si la vería pronto. La señora Warner habia recibido noticia de la enfermedad de su hijo, y solo la distancia era causa de que no estuviese ya á su cabecera. Arturo no debia volver á verla. Ya habia muerto cuando ella llegó.

CAMINOS DE HIERRO.

Ahora, queridos niños, que se están reuniendo fondos para hacer un camino de hierro que partiendo desde Madrid llegue hasta Alicante, leereis con gusto los detalles que os vamos á dar acerca de tan importante medio de comunicacion.

Llámanse caminos de hierro las vias de transporte donde se mueven los carruajes sobre dos líneas paralelas de barras de

hierro. Al principio se ahondaron estas barras en toda su extension haciendo una muesca mas ancha que profunda, para que entrase en ella parte de la llanta, dirigiendo su movimiento; pero hoy se prefiere una construccion mas económica, en la cual la forma rectangular de las barras no se ha mudado, y las ruedas están hechas en forma de muesca. Hablando con propiedad, estas vias no son *caminos de hierro*, porque aun cuando este metal hace en él las principales funciones, ocupa muy poco sitio, y solo es una parte muy pequeña del todo.

Dos líneas paralelas de barras de hierro constituyen un *carril* sobre el cual tendrían que moverse en la misma direccion y con igual presteza todos los carruajes, si no se pusiesen en juego por intervalos arreglados los medios de evitarse, cruzándose unos á otros. Pero todos los obstáculos desaparecen si el camino es de doble carril, uno para la ida y otro para la vuelta. Los caminos de un solo carril, solo pueden convenir para el servicio de una máquina, de una carrera, de cualquiera explotacion, cuyos productos se transportan á muy corta distancia en carruajes que vuelven vacios para ser cargados de nuevo. Los transportes á grandes distancias, tales como los necesita un comercio activo, exigen un doble carril, y de este modo la circulacion está sujeta á una regularidad de que carecen los caminos ordinarios.

Esta especie de carriles impone á las obras una precision en la medida que no exigen las carreteras ordinarias, y están destinados á dirigir el movimiento muy rápido de masas enormes, cuyos choques destruirían muy pronto todo lo que se opusiera á su curso, y á prolongar su duracion, ejecutándolos con la mayor perfeccion. Antes de emplear el hierro para este uso, los ingleses y los americanos se valieron de la madera; pero pronto se vieron obligados á renunciar á ella.

La aplicacion del vapor á los caminos de hierro ha producido verdaderas maravillas: diez, veinte, treinta carruajes con un coche de vapor ó *locomotivo* salvan en un instante una distancia inmensa, pues la velocidad de ciertos locomotivos excede á la del viento mas desencadenado. En general la velocidad media de los locomotivos es de diez leguas por hora, aunque hay algunos en Inglaterra que han recorrido en una hora el espacio de veinte y cinco leguas.

No es de extrañar pues que en muy pocos años se haya puesto en movimiento una masa enorme de capitales para construir caminos de hierro. La Inglaterra ha invertido ya mas de cuatro cuentos de reales; los Estados-Unidos de América cinco mil quinientos millones; la Prusia y los diversos estados de la Confederacion germánica mil setecientos; el Austria ochocientos; Francia cuatro cientos ochenta; la Holanda y la Bélgica cuatro-

cientos; la Rusia ochenta; los estados de Italia cuarenta, y la Isla de Cuba seis millones de duros.

Este inmenso capital ha contribuido á poner en movimiento una multitud de industrias, á acrecentar el valor de las tierras, á aumentar el precio de la mano de obra, á elevar las rentas de los particulares y del Estado, sobre todo en Bélgica, que solo tiene sesenta y cuatro leguas de largo y cuarenta y dos de ancho, y cuenta ya mas de cien leguas de caminos de hierro.

El establecimiento de estos medios de comunicacion perfectos, procura á las personas una economía de tres quintas partes del tiempo y dos terceras del dinero: á las mercancías un ahorro de una tercera parte sobre el precio del transporte.

Y cuál es ahora la fraccion de la sociedad que saca mas ventajas de esta facilidad de transporte? La clase media sin contradiccion alguna. En Inglaterra, donde los caminos jamás han sido frecuentados por gran número de viajeros á pie, se conoce menos que en Alemania las ventajas que los caminos de hierro ofrecen á los que viajan á pie. Allí, estos viajeros abandonan su baston de peregrino para subir en los convoyes, y así desde Leipzig hasta Dresde, donde el precio del viaje solo cuesta unos trece reales por veinte y cuatro leguas, la multitud se aprovecha con gusto de la inmensa ventaja que les proporciona el camino de hierro, porque atraviesan en tres horas el espacio que se andaba antes en tres dias.

La economía es indudable; pero los caminos de hierro no solo proporcionan á las poblaciones una gran economía en los costos del viaje ó de transporte de mercancías: tambien están llamados á destruir el espíritu de rivalidad de pueblo á pueblo, á propagar la civilizacion, haciendo mas fácil el contacto de los diferentes grupos sociales, y como todo lo que consumen se extrae de las entrañas de la tierra, su desarrollo es excesivamente provechoso á las clases trabajadoras, á las cuales aseguran una sucesion indeterminada de trabajo.

La aventura siguiente sucedida á un jóven en extremo distraido, podrá daros una idea de la rapidéz de las comunicaciones por los caminos de hierro, comparativamente á los demás medios de transporte.

Ernesto de la Rosa, jóven de diez y seis años, era, como ya hemos dicho, sumamente distraido, defecto que le habia acarreado muchos chascos. Cada vez que le sucedia esto, se proponia corregirse; pero habian pasado muy pocos instantes cuando ya habia perdido de vista sus proyectos de reforma.

Hallábase en Paris Ernesto, y su familia, compatriota nuestra y obligada á vivir fuera de España, moraba en Meudon, en una linda casa de campo. Ernesto, cansado de residir en la capital de Francia, determinó reunirse con su familia, y á las sie-

te de la mañana de un hermoso día de primavera se puso en marcha en el primer convoy del camino de hierro de Versalles (orilla izquierda). En el espacio de veinte minutos el convoy se detuvo dos veces; pero Ernesto, según su costumbre, pensaba entonces en todo menos en su viaje, y no paró su atención hasta que al fin se detuvo el convoy. Entonces echó pie á tierra como todos sus compañeros de viaje, y dijo á uno de los empleados.

«¿Con que ya estamos en Meudon?

—En Versalles, caballero, respondió el francés.

—Demonio! á Meudon es á donde yo quería ir.

—Para qué subió V. en uno de los carruajes de Versalles? Todos tienen rótulo: mírelo V.

—Es verdad; y cómo me las compongo ahora para ir á Meudon?

—Es bien fácil; dentro de cinco minutos sale un convoy.»

Ernesto tomó asiento, y veinte minutos después se hallaba en marcha, pensando en el placer que recibiría su familia al verle, y en lo bien que le iría en la casa de campo.

Sumido en sus pensamientos, corrió media hora sin que lo advirtiese, y cuando el convoy se detuvo exclamó:

«Cómo, ya estamos en Meudon?

—En París dirá V. caballero.»

Furioso Ernesto, no se atrevió á quejarse temiendo no se burlaran de él, y se apresuró de nuevo á pagar su asiento para el próximo viaje. Aquella vez nuestro distraído se mantuvo alerta, decidido á poner el pie en tierra no una vez sino siempre que parase el convoy; pero desgraciadamente aquel en que partió no se detenía en parte alguna, de suerte que por la tercera vez, el pobre Ernesto cruzó á Meudon sin detenerse y se halló de nuevo en Versalles.

Después de tronar contra los caminos de hierro volvió á emprender su viaje, y al fin se bajó en Meudon, no sin haber andado quince leguas en lugar de dos.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Frecuentamos nosotros en esta corte una sociedad, compuesta en su mayor parte de hombres instruidos, que se ocupan con frecuencia, no de los sucesos del día que los sucesos del siguiente hacen olvidar, no de frívolas anécdotas, sino de objetos científicos, de nuevos descubrimientos, de las observaciones hechas por los naturalistas, ó contadas por los viajeros. Sin embargo, algunos jóvenes, y no pocas señoritas, concurren con

sus padres á esta sociedad, y cosa admirable! lejos de aburrirse, hallan placer en semejantes instructivas conversaciones.

Hemos pensado, pues, que los lectores y lectoras del *Mentor* también hallarán algún interés en los objetos discutidos en la sociedad, si se procura despojar estas conferencias de todo cuanto pueda parecerles árido y escabroso. Escogeremos por lo mismo lo que creamos conveniente, y si acaso cometermos una indiscreción divulgando de este modo lo destinado únicamente á un corto número de personas conocidas, nuestros amigos nos perdonarán, en favor del objeto laudable que nos proponemos.

I.

Animales microscópicos. — Hombres que comen tierra.

Conocido el reino animal con bastante perfección en la época que alcanzamos, no se emprenden grandes viajes por los sábios, sin que enriquezcan este reino con algunas especies nuevas, y también con cierta clase de animales que aun no habían los naturalistas observado; pero al menos parece que ya no hay importantes descubrimientos que hacer, y que los animales recientemente hallados solo se distinguen de los ya conocidos en algunos caracteres.

Así muchos naturalistas se han dedicado en los últimos tiempos á observar el mundo microscópico, es decir, á seres tan pequeños que la simple vista no puede distinguir su forma, y es preciso recurrir al microscopio para examinarlos, así como reconocer su organización. Al número de estos animales pertenecen los *infusorios* que en grandes masas se encuentran en las aguas, sobre todo en las estancadas, así como en otros fluidos.

Estos animalillos tienen formas muy variadas, como que son redondos ó entre largos, además de transparentes, y están cubiertos de una conchita desnuda ó vellosa. Hay un naturalista que sostiene haber observado infusorios que tienen los ojos en la cola, en lugar de tenerlos en la cabeza, y otros que tienen no un solo estómago, sino cincuenta; por fortuna estos cincuenta estómagos digieren tan poca cosa, que con ellos no se empobrecen ni la tierra ni las aguas. Si fuese de otro modo, los infusorios podrían alarmarnos, porque se propagan con espantosa rapidez: si un día no hay mas que algunos individuos, dos ó tres días después hay millares, y en menos de una quincena millones.

Creeráse tal vez que no tenemos relación alguna con los infusorios: sin embargo, las observaciones hechas con ayuda del microscopio, han revelado que los animalillos se agarran á los hombres ni mas ni menos que á los cuadrúpedos, á las aves y á los pescados, y, en una palabra, á toda la naturaleza animada, prefiriendo precisamente los ojos. ¿Podría nadie figurarse que tenemos animales en los ojos?

Por mas débiles y chicos que sean, los animalillos no desaparecen despues de la muerte con tanta facilidad como los animales de mayor tamaño. Se han encontrado masas enormes de mas de cincuenta especies diferentes en la tiza blanca que hay en las tierras contiguas á París: una pulgada cúbica de tiza, es decir, un pedazo de tiza de una pulgada de altura, de ancho y de largo, contiene más de un millon; de suerte que cuando se empuña una libra de aquella tiza, se tiene en la mano mas de diez millones de infusorios.

Tambien se han encontrado masas de estos animales en el tripol ó greda que sirve para dar lustre á los metales: igualmente los contienen las capas de arcilla y los montones de turba ó cespèd terroso: los hay en la sal de roca llamada sal gema, á la cual tiñen algunas veces de un color rojo; porque el rojo es el color dominante entre los infusorios, y sus ojos con especialidad parecen de este color, al menos en muchas especies.

Por último, examinando hace poco un polvo blanco que se halla en las rocas del norte de Europa, particularmente en la Laponia y en la Finlandia, y que tambien se encuentra en el norte del Asia, se han descubierto masas de estos animales microscópicos provistos de una concha; observacion que ha explicado á los naturalistas el motivo por qué los pueblos del norte en tiempo de penuria buscan este polvo blanco, que se llama harina fosil, para que les sirva de alimento.

Esto no es de extrañar, si se atiende á que la substancia animal de los antiguos infusorios no está enteramente destruida, y debe conservar alguna cualidad nutritiva ó alimenticia. Tal vez esto no tenga buen sabor; pero los lapones y los inlandeses, á quienes no es dado escojer los manjares, porque la naturaleza no les ha concedido ganados, legumbres y frutas, y no tienen con qué pagar las producciones de otros paises, no pueden ser muy mirados en materia de alimentos, sobre todo en instantes de penuria y carestía. Los habitantes de las orillas del Orinoco en América, y los negros, tanto en Africa como en las colonias, comen pollas de una tierra gredosa cuando no tienen otra cosa mejor para aplacar el hambre; y los noruegos, vecinos de los lapones, han molido muchas veces cortezas de árboles para amasarlas y hacer pan: cuando la necesidad aprieta, los pueblos se las componen como pueden.

LOS ZAPATOS DE HORTENSIA.

Retirada la emperatriz Josefina, esposa de Napoleon, cuyos gloriosos hechos os hemos contado ya en el *Mentor*, al palacio de la Malmaison, trataba á cuantos se acercaban á ella con tal

dulzura y bondad, que sus damas, como jóvenes y curiosas, le rogaron un día las enseñase sus diamantes de que se hablaba mucho en todo Francia. Acogiendo la emperatriz con complacencia semejante deseo infantil, mandó pusiesen en medio de la cámara una gran mesa, sobre la cual extendió todas las joyas que contenían sus cofrecitos.

Las camaristas abrieron tanto ojo deslumbradas con tantos brillantes y piedras preciosas como realzaban tan ricos adornos; pero la emperatriz, luego que se divirtió un rato con la admiración de las jóvenes, las dijo con seriedad:

«No envidieis este lujo, que en manera alguna constituye la felicidad. Yo aprecio mas un par de zapatos viejos que tengo guardados, que cuantos diamantes encierran mis cofres.»

Al oír esto las camaristas, no pudieron disimular la risa, porque creyeron que era una broma. Entonces Josefina repuso:

«No hay que reírse, pues, lo repito; el regalo que me ha causado mas placer en toda mi vida, es un par de zapatos de cuero, y voy á deciros por qué.

Cuando dejé la Martinica con mi niña Hortensia para venir á Francia, estaba muy lejos de ser rica: el pasaje en el buque que nos transportaba habia consumido la mayor parte de mis recursos, y apenas pude comprar lo indispensable para un viaje tan largo.

Hortensia, vivaracha, alegre, que sabia muy bien las *dancitas* de los negros, y cantaba imitando perfectamente su cadencia y sus gestos, divertia mucho á los marineros, los cuales no la dejaban, conversando con ella á todas horas. Luego que yo me dormia, la niña subia al puente, y allí era objeto de la admiración general, repitiendo sus habilidades con gran satisfacción de los marineros.

Un contramaestre ya viejo la quería muchísimo, y cuando sus ocupaciones se lo permitian se solazaba con su amiguita, la cual lo amaba hasta rayar en locura.

A fuerza de correr, bailar y saltar, los zapatos de mi hija se rompieron enteramente, y sabiendo que no tenia otros, á la par que temiendo no la dejase yo subir al puente, me ocultó esta corta desgracia, de suerte que un día la ví venir con los pies ensangrentados, y la pregunté asustada si estaba herida.

—No, mamá, me respondió.

—Y esa sangre?

—No es nada, mamá, yo te lo aseguro.

Entonces traté de reconocer el mal y descubrí que los zapatos estaban hechos pedazos, y se habia destrozado un pie con un clavo.

Nos hallábamos á la mitad de la travesía, y hasta llegar á Francia no habia medio de procurarse un par de zapatos nuevos. Aflijida yo profundamente al considerar el sentimiento que

iba á causar á mi pobre Hortensia, obligándola á permanecer en nuestra mezquina habitacion ó camarote, no hacia mas que llorar, sin encontrar remedio á mi dolor.

En aquel momento llegó nuestro amigo el contramastre, y se informó con franqueza algo brusca de la causa de nuestros *llo-riqueos*. Hortensia sollozando apresuróse á decirle que no podría subir al puente porque habia roto los zapatos, y yo no tenia otros que darle.

— «Bah! dijo el marino, ¿no es mas que eso? Yo tengo en mi baul un par, y ahora mismo voy á traerlos. V. los arreglará á la forma de los pies de la niña, y yo coseré la cosa lo mejor que pueda. Pardiez! navegando es preciso acomodarse á todo, porque los requisitos son buenos para tierra. Con tal que haya *lo necesario* abordo, lo demás es pedir cotufas.»

Sin darnos tiempo de responderle, fué á buscar los zapatos, y nos los presentó con aire de triunfo, habiéndolos aceptado Hortensia con grandes demostraciones de alegría.

Nos pusimos á trabajar, yo cortando y él cosiendo con ardor, y antes de concluirse la tarde, ya mi hija podia entregarse de nuevo al placer de saltar, bailar y divertir á toda la tripulacion.

Aquel momento fué tan dulce para mí que nunca lo he olvidado. Mi reconocimiento hácia el viejo marino era sincero, y muchas veces me he acusado á mí misma por no haber preguntado el nombre de familia del contramaestre, conocido abordo únicamente con el nombre de Santiago. Hubiera sido para mí altamente satisfactorio hacer alguna cosa por él luego que la fortuna me fué favorable.»

Este relato, hecho con encantadora modestia y admirable sencillez por una emperatriz, interesó vivamente á sus camaristas, quienes se alegraron mucho de la curiosidad que las habia asaltado de ver los ricos diamantes de Josefina.

UN TÉMPANO DE NIEVE.

Los habitantes de las montañas estan cercados de mil peligros, que apenas pueden concebirse en el centro ó mediodía de nuestro país. Entre estos peligros no son los menos terribles los témpanos de nieve y aun de hielo que se desprenden de la cima de los montes, y algunas veces sepultan aldeas enteras. Semejantes fenómenos son muy frecuentes en las cadenas de montañas que se extienden al frente de Granada, y llevan por nombre Sierra Nevada. Nada mas triste ni mas desolador que el aspecto de ciertos puntos de aquella comarca: acá y allá vénse funestos vestigios de apagados volcanes, y estrechos y sombríos valles encerrados entre montañas cuya cima está cubierta de eternas nieves, que se desprenden cuando menos se piensa, rodando con un rui-

do semejante al del trueno, destrozando, arrancando y llevándose en su curso impetuoso árboles, habitaciones y rocas.

Hacia muchos años que en Sierra-Nevada no había caído tanta nieve como en 1827. Muchos pueblecillos estaban como aprisionados, porque la nieve había cubierto todos los caminos, no siendo Almilla la que menos había sufrido. Uno de sus moradores, llamado Aguirre, viudo proletario que tenía dos hijos, aquejado del hambre, que ya hacía unos días empezaba á sentirse, resolvió, á pesar de la dificultad de reconocer los caminos, dirigirse á Granada con el objeto de vender algunas prendas de su difunta esposa.

Púsose, pues, en camino con sus hijos el 17 de enero á eso de las ocho de la mañana, y al cabo de media hora de una marcha llena de mil dificultades y contratiempos, encontraron á los hijos de un pastor amigo que tenía una choza á la entrada de un vallecillo. Los hijos de Pujada (así se llamaba el pastor), tres hembras y un varón, corrieron al encuentro del tío Aguirre, al cual dijo el muchacho:

«Creo que haría V. muy bien en no ir mas lejos: no hace una hora que se ha desprendido un gran témpano de nieve, rodando hasta el castañar que vé V. á cien pasos de aquí. El sol puede hacer que se desprendan otros, y.....

—Dios nos protegerá, respondió el tío Aguirre; necesitamos ir á la ciudad á toda costa.»

Y continuó su camino; pero no habían corrido diez minutos cuando los hijos del pastor oyeron un ruido lejano repetido por el eco de las montañas. Oyéronse á poco gritos y lamentos, y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

«Bien lo dije! exclamó el chico; el pobre tío Aguirre y sus hijos.... corramos!.....»

Dichas estas palabras, se dirige al sitio donde presume que los tres viajeros pueden haber sido alcanzados por el témpano de nieve; síguenle sus hermanas, y bien pronto reconocen que las huellas de aquellos tres infelices van á perderse bajo un monton de nieve de mas de veinte pies de alto.

«Ea, muchachas, manos á la obra!»

Armado de un hacha que había sacado para cortar leña, abre en la nieve una zanja, y las chicas secundan sus esfuerzos, separando la nieve con una podadera y ramas de castaños. Al fin, al cuarto de hora de incesante trabajo, oyeron débiles gemidos, y los infatigables chicos, redoblando su ardor, hallan por último á los infelices sepultados en aquella horrible tumba, y tienen la dicha de sacarlos sanos y salvos. Entonces hubo un espectáculo interesante: el tío Aguirre lloraba, abrazando á sus hijas y á los valerosos muchachos á quienes él y ellas debían la vida; y Francisco quiso que los tres fuesen á la choza de su padre, donde fueron acogidos con la hospitalidad propia de los habitantes del campo.



LA BARRERA REAL.

(Año de 1236).

LA casa de Santiago Alvarado estaba situada á un extremo de la ciudad de Palencia, y era una especie de barraca de un solo piso, pero en tal estado de vetustez, que daba lástima verla así. El edificio, aunque poco elevado, había gravitado bajo su propio peso, y por un lado venido á tierra, de suerte que casi era un monton de ruinas hacinadas por el tiempo.

Y sin embargo, delante de aquella casucha miserable se veía una barrera real, como las que había delante de las habitaciones de los reyes ó príncipes. Quién pues vivía en la desmantelada casa? algún rey destronado? algún príncipe arruinado como

ella? No por cierto! Nadie mas que un simple soldado retirado del servicio, la anciana Brígida, su esposa, y Esteban, su tierno hijo, que como buen pechero se ocupaba en tejer cáñamo. Por qué pues semejante distincion delante de la oscura vivienda del tejedor?—Esta es una historia que exige esplicacion.

Unos veinte años ántes de la época que hemos fijado al frente de esta historia, espiraba en la casucha que hemos descrito muy sucintamente, Enrique I de Castilla, hijo de Alfonso VIII, muerte desgraciada pero que por otra parte evitó una guerra civil espantosa, provocada por la tiranía del rejente D. Alvaro de Lara, que no solo atentó contra la libertad y las propiedades de los seculares, sino que exasperó al clero atacando las inmunidades de la iglesia.

Ahora, mis queridos lectores, es bueno que sepais que á continuacion del decreto que concedia derecho de barrera á reyes y príncipes, se decia lo siguiente: «si algun rey, reina ó hijo de rey se hospedase en casa de un particular sin guardar *incógnito*, dicho particular tendrá derecho para adornar su casa con una barrera, la cual subsistirá hasta que se pudra; pero se prohibe expresamente reedificarla, bajo la pena de un severo castigo.»

El padre de Santiago Alvarado conocia esta disposicion, y como fuese muy ambicioso de honores y distinciones, aunque solo era un pobre trabajador, se apresuró á construir una barrera delante de su puerta, á lo que nadie se opuso, porque estaba en su derecho.

Luego que se hubo colocado la barrera, el padre de Santiago Alvarado creyó que era completamente feliz, y mientras sus vecinos, de cualquier estado y condicion, rabiaban de envidia, él se sonreía orgullosamente cuando los veía quitarse el sombrero al pasar por su casa, en respeto á la magestad real.

Desgraciadamente invirtió todos sus ahorros en la construccion de la barrera, y apenas hubieron pasado los primeros dias del triunfo de su vanidad, echó mano al bolsillo, mas lo encontró vacío, y como la miseria vá siempre rodeada de las privaciones, y estas suelen minar la mejor salud, el orgulloso tejedor se acostó un dia para no volver á levantarse.

Antes de morir llamó á su hijo Santiago y le dijo:

—«Santiago, no tengo otra cosa que dejarte sino esta casa; pero la barrera que está delante es una fortuna, puesto que es una honra que solo pertenece á los reyes y príncipes. Ven á ocupar esta casa, cuida de la barrera, y presérvala de la ruina, porque ya sabes que está prohibido repararla.»

Como veis, el pensamiento de orgullo que lo mataba aun no le habia dejado en sus postreros instantes, y de su alma pasó á la de Santiago, el cual luego que abandonó el servicio militar, se instaló en la miserable casucha, casóse con Brígida y

tuvo un hijo, á quien educó en sus mismas ideas, de suerte que la barrera real era un culto para toda la familia.

Una tarde del mes de setiembre, Santiago Alvarado estaba sentado delante de su puerta, entre su casa y la famosa barrera. Hallábase sombrío y pensativo, y aun cuando Esteban y Brígida procuraban distraerle, todo era inútil, pues ni de los labios de Santiago salía una palabra ó una sonrisa, ni sus ojos se fijaban en su familia. Siguiendo la direccion de sus miradas, era fácil conocer la causa del profundo pesar que turbaba su reposo, la cual no era otra que la próxima ruina de la barrera.

A pesar del cuidado del tejedor, las frias lluvias del invierno y el sol ardiente del estío, habian minado la madera insensiblemente, y separada y hendida por aquí, podrida y carcomida por allí, la gloriosa barrera amenazaba total ruina para la estacion de los vientos, que estaba muy próxima. Santiago conocia el miserable estado de la barrera, y todos los dias iba á visitarla, lanzando hondos suspiros al ver el deterioro de la noche anterior, siendo esto lo que le traia inquieto la noche de que hemos hablado, además de otra causa que vamos á referir á nuestros lectores.

Hacia Santiago aquella mañana su acostumbrada visita, cuando vió de pronto delante de él un hombre de extraordinaria expresion que le dijo con indefinible sonrisa:

—Por qué no reparais ese poste que amenaza ruina, y para cuya reedificacion se necesita muy poco trabajo y mucho menos costo? con tres horas á lo mas y algunos maravedís para comprar una alfagia de madera nueva, estais fuera del paso.

Alvarado miró al desconocido sin responder; pero al notar la expresion de sus miradas se estremeció sin saber por qué.

—No respondeis, amigo? prosiguió el hombre en tono de proteccion.

Santiago se animó, y dominando la emocion involuntaria que habia sentido, repuso en el mismo tono:

—Por Dios, amigo, que no os aguardaba aquí.... quién sois?... qué quereis?

—Quién soy, compañero? un amigo que conoció á vuestro difunto padre.... Hace veinte años que siendo yo maestro carpintero, levanté la barrera que mirabais poco ha con tanto sentimiento.... Lo que quiero?... quiero sacaros de pena, ayudaros á repararla muy pronto.... Qué decís á esto, compañero?

—Oiga! saltó de pronto Santiago, mirando al desconocido con aire sospechoso. Me parece que sois un espía de la autoridad, á menos que no seais el mismo Satanás en persona....

—Aun cuando así fuese, compañero !.... repuso el desconocido.

—*Domine, miserere mei!* balbució Santiago persignándose.

:

El hombre frunció el entrecejo; mas volvió á la carga diciendo: —Veo que estás loco, y quiero hacerte un favor; espérame esta noche, y aun no habrá marcado el reloj de arena las doce, cuando ya estaré aquí provisto de mis herramientas y de la manera necesaria.... de buena encina, se entiende!

Alvarado creía soñar; la barrera, la gloriosa distincion de que estaba tan orgulloso, sería reparada de repente! Sin embargo dudaba todavía, porque había cierta cosa en los ademanes del desconocido, que le hacia desconfiar de él.

«Este demonio quiere tenderme algun lazo,» pensaba; pero el orgullo, que había matado á su padre y que él había heredado, ahogaba sus justos temores, y exclamó repentinamente alargándole la mano:

Compañero, acepto tu oferta; con que toca estos cinco!

El desconocido estrechó con fuerza la mano de Santiago, y este se estremeció nuevamente, sin poder adivinar lo que sentía al lado de aquel hombre.

—Bueno, dijo este, esta noche estaré aquí á las doce... Hasta la vista!...

Y disponíase á marchar, cuando Santiago le detuvo diciéndole:

—Tu nombre, amigo, á fin de que conozca al que quiere hacerte un tan gran beneficio.

—Ah!... mi nombre?... repuso el hombre sonriendo; me llamo el maestro Claudio, compañero.... Hasta la noche!

Y desapareció antes que Alvarado hubiese vuelto de la especie de estupor en que le había sumergido lo raro de aquel encuentro.

—Qué diablo de hombre es ese? exclamó Santiago. Es necesario que sea muy amigo de hacer bien al prójimo, para arriesgar así el gargüero; porque yo no he olvidado la prohibicion que sobre mí pesa con respecto á la barrera.

Reflexionó profundamente durante algunos momentos, y luego dijo con lentitud:

—«Cuida de la barrera y presévala de la ruina,» hé aquí las últimas palabras de mi respetable padre, que en paz descanse.... Pues bien! su deseo será satisfecho, añadió con resolucion, esta noche repararemos la barrera, aunque tambien me aprieten á mí el gargüero.»

Tales eran las reflexiones de Santiago al dejar al desconocido, y entró en su casa, permaneciendo todo el día pensativo y cabizbajo, sin que su hijo Esteban consiguiera de él una caricia.

—Santiago, le dijo Bríjida, confíame tus penas!

—Señora Bríjida, respondió el mal humorado tejedor, dejadme tranquilo y recogeos, porque no me gustan ni las curiosas ni las habladoras.

Era la primera vez que la trataba con tanta dureza, y Brigida se apresuró á obedecer enjugándose una lágrima, mientras Esteban decía á su padre:

—Y tú no te acuestas?

—No, Esteban, contestó Alvarado con cierta emoción.... espero á uno, y no puedo acostarme.... Si oís ruido, no os asustéis.... Buenas noches!

.....
Eran cerca de las doce, hora sombría y misteriosa, y Santiago, sentado delante de su puerta, temblaba á pesar suyo, presa de una de esas emociones violentas que nada motiva y de que no podemos darnos cuenta. No salió de esta especie de crisis hasta que oyó estas palabras:

—Ola, amigo! duermes?

Santiago saltó sobre su banco de madera, y alzando la vista vió delante de él al maestro Claudio, con dos enormes bigas al hombro y en una mano las herramientas.

—Sois vos, maestro Claudio? murmuró Santiago.

—Pues no lo vés?... ea, compañero, sígueme al soportal.

Diciendo esto, como quien conoce los sitios, dió vueltas á la casucha, y se dirigió á un cobertizo que se hallaba al lado opuesto, sin que Alvarado se atreviese á dirigirle la palabra.

Ya allí, cogió un hachon de esparto, lo encendió y fijándolo en la pared se puso á trabajar con gran asombro del tejedor. Era espantosa la rapidéz con que menudeaba los golpes: saltaba la madera hecha astillas, y de tal modo sonaban los hachazos, que no parecia sino que trabajaban al lado del maestro carpintero veinte oficiales invisibles; de suerte que Santiago temblaba de pies á cabeza, y sentia una especie de mareo.

En cuanto al maestro Claudio, permaneció mudo todo el tiempo que duró su trabajo, y una hora despues ya estaba concluida la nueva barrera, faltando solo colocarla en lugar de la vieja. El carpintero la arrancó con una mano, y dando al aterrado tejedor un mazo, le dijo:

—Golpea, golpea para clavarla en el suelo! golpea! golpea!

Santiago, impulsado por una fuerza irresistible levantó el mazo y lo dejó caer; luego volvió á empezar, primero lentamente, despues mas de prisa, en seguida mucho mas, y al fin con tal fuerza y celeridad que sus golpes repetidos resonaban en todo el barrio. En vano queria pararse: un brazo invisible guiaba el suyo incesantemente, sin descanso, siempre y siempre!...

Y la barrera se hundia mas y mas á cada golpe, y estos se sucedian sin cesar, la barrera se hundia, se hundia siempre, y Alvarado la seguia atraído constantemente hácia ella por el peso del mazo, que se aumentaba por intantes, y que pegado á su mano lo arrastraba hácia la tierra!

—Golpea! golpea! repetía el maestro Claudio riendo á carcajadas.

Ya la barrera habia desaparecido, y Santiago se hundía á su vez, en tanto que Claudio ahullaba:

—Golpea, orgulloso! golpea!

—Piedad, Satanás, piedad! murmuraba Alvarado que se hundía mas y mas, perseguido por la risa discordante del maestro Claudio.

.....
—Virgen santa! qué haces aquí á estas horas? es estar en su juicio dormir al aire libre en las frias noches de setiembre? exclamó Brígida sacudiendo el brazo de su marido.

El tejedor lanzó un grito, y despertó sobresaltado.

—Qué es eso?... qué hay? socorro!... Ah! eres tú, Brígida?.. dónde estoy, gran Dios?

—Durmiendo delante de la puerta y sentado en un banco á riesgo de ponerte malo... Estaba acostada, y como hubiese advertido que no te hallabas allí, he venido á llamarte.

Santiago despues de oir á Brígida corrió á la barrera, y la encontró tan deteriorada que amenazaba ruina: volvió entonces á donde se hallaba su esposa, y la dijo:

—He tenido un sueño espantoso!... gracias, Dios mio!

Arrodílose murmurando una oracion, y levantándose despues, dijo á su esposa:

—Brígida, el orgullo es muy mal consejero: gracias á él, murió de miseria mi padre, y poco ha faltado para que á mí no me sucediese lo mismo: hace quince dias que no trabajo; pero mañana vuelvo á mi faena, y la barrera real perezca de mala muerte si le parece, pues me importa un bledo, acordándome como me acuerdo de las palabras que sin cesar me repetía el buen monje fray Severino:

«Hermano, desconfía del orgullo y no olvides que hay honores que son muy pesados para las clases del pueblo y que labran su ruina.»

LA RANA QUE QUIERE IGUALARSE CON EL BUEY EN CORPULENCIA.

MAMA, decia una jovencita á su madre, yo no quiero aprender esa fábula de la rana y el buey. Primeramente ¿qué significa eso? Una rana que quiere hacerse tan grande como un buey!... eso no es posible!

Y su madre la respondió acercándosela á sí. Pronto vas á tener diez años, Aurelia, y no te falta penetracion para en-

tenderme.... La rana solo sirve aquí para representar muchas clases de personas; los vanidosos que quieren parecer mas ricos de lo que son; las coquetas que se arruinan gastando adornos extravagantes, ajenos de su posicion, á fin de rivalizar con otras coquetas de un rango mas elevado; tú misma, si no pones cuidado....

Al decir esto, abrió Aurelia grandes ojos, y su madre continuó:—Cuando vuelves del Prado donde has visto otras niñas ricamente vestidas, y con mil juguetes, te sorpendo muchas veces atormentando á tu padre hasta que te dá gusto, satisfaciendo tus deseos de adornos y juguetes como los que has visto. Bien ves que es necesario vivas precavida, porque en llegando á ser grande, ya no serán juguetes, sino alhajas, diamantes, cachemiras las que excitarán tu envidia; y podrá suceder entonces que te parezcas á la rana de la fábula que se *inchó tanto que rebentó*! Tu porvenir será comprometido por tu vanidad. Ahora, hija mia, estoy cierta que no dirás mas que la fábula nada significa, y la aprenderás sin murmurar.

Esta madre tenia razon, hijos mios, y para convencerlos, si no estais bien persuadidos de ello, voy á contaros una historia:

Despues de las victorias de su marido, lady Malborough era la favorita de Ana Estuardo, que la recibia á todas horas, la confiaba sus mas íntimos pensamientos, que, en fin, la trataba como amiga; esta por tanto se miraba como la primera señora del reino despues de la reina. Llena de esta idea y deslumbrada por el esplendor de su fortuna, parecia á veces olvidar su papel de favorita para hacer el de soberana; mandaba en palacio, y las damas de honor tenian frecuentemente que quejarse de su altivez. Ana lo veia todo; mas sea por bondad, sea con intencion, dejaba á lady Malborough sembrar órdenes orgullosas que mas adelante debian producirla una cosecha abundante de enemistades. En el colmo del poder, la favorita no podia, pues, concebir que la reina pensase en darla una rival.

Sin embargo, Ana, fatigada tal vez de la altivez de la duquesa, y sin duda alguna fastidiada de no tener otra sociedad que la suya, porque lady Malborough alejaba con cuidado lo que podia hacerle la menor sombra; Ana, pues, deseaba sin declarárselo á sí misma, un trato mas agradable, relaciones mas francas que las que existian.

Tal era, poco mas ó menos, la situacion de los ánimos de la reina y de la favorita el día que se paseaban las dos por los jardines reservados de San James.

Ya despues de algunos instantes pasean silenciosas, siguiendo una calle de árboles que está por delante de la habitacion de las damas de honor. La cara de la reina se muestra se-

vera, y la confusion está pintada sobre las facciones de lady Malborough: esta, en fin, obligando su orgullo á ceder, se acerca á su soberana, y dando á su voz la menor dilatacion posible:

—Que vuestra bondad se digne perdonarme, dijo, mas habia hallado la tela de su traje tan bella, que no he podido resistir la tentacion de gastar una semejante.

—Parece, milady, que cada una de las partes de mis vestidos tiene el don de agradaros hasta ese punto, puesto que ni aun cinta tengo que al punto no tengais su igual.

—Que vuestra magestad....

—Parece que olvidais demasiado la distancia que nos separa, milady, —dijo la reina en un tono mas levantado que el que habia tomado la duquesa.

—Vuestra gracia tiene, pues, la intencion de humillarme delante de las mujeres que nos siguen? exclamó lady Malborough, indicando dos damas que venian bien lejos detras de ellas.

—No pueden oir, milady, y cuando así fuese?... la leccion podria tal vez aprovecharos... Yo debería.....

La reina se habia ya vuelto hácia sus damas é iba sin duda á hacerlas testigos de las humillacion de la duquesa, cuando sus ojos se fijaron sobre esta; vió su cara tan contraida, que tuvo piedad de su sobresalto.

—Mas yo soy demasiado buena, añadió continuando su paseo, y siento que estoy dispuesta á perdonar.

La cara de lady Malborough recobró poco á poco sus colores acostumbrados, y teniéndose por dichosa de haber evitado una afrenta tan grande como la que se la quería hacer sufrir, dió á la reina escusas tanto mas humildes, cuanto mas cierta estaba de no ser oida. La conversacion habia tomado otro giro, y todo parecia olvidado, cuando sonidos de un harpa que salian del cuarto de las damas de honor, vinieron á los oidos de la reina, que se detuvo para escuchar. La favorita sufrió mucha contradiccion al ver la atencion que su señora daba á esta música, y trató de alejarla.

—Vuestra majestad hace mal en permanecer así en inaccion... El aire es frio esta mañana y temo....

—Así os parece, querida duquesa; ha mucho tiempo que no hace una mañana tan bella....

Dejad, quiero oir esa cantata.

—Es admirable que agrade á vuestra gracia... esta música es de mal gusto, y voy si lo mandais á hacer cesar...

—No, os digo, me agrada mucho, mucho.

Forzoso fué, pues, á la duquesa escuchar tambien. Mientras mayor era la habilidad de la música, mas sufria lady Mal-

borough, temiendo todo lo que podía agradar á la reina. Y además su instinto celoso la había hecho reconocer en la hábil instrumentista una dama jóven, presentada pocos días antes en la corte, lady Masham, de la cual había dicho Ana Estuardo:

—Su figura y sus maneras me gustan mucho.

La favorita estaba en un suplicio; pero fué otra cosa muy distinta, cuando cesando la música, una voz encantadora cantó unas coplas en estilo lleno de gracia y atractivo. La reina parecía experimentar el mas vivo placer; así es que estuvo escuchando hasta la última copla. Cuando se hubo concluido se volvió hácia la duquesa cuya figura gesticulaba bajo la forzada sonrisa que contraían sus labios.

—Ved ahí una voz deliciosa, milady.

—Vuestra gracia siempre ha sido muy indulgente con sus damas de honor.... Ahora tambien tiene la bondad de hallar deliciosa una voz.... muy comun.

—Sois mal contentadiza, duquesa; ciertamente eso está bien cantado.

—Muy bien, sin contradiccion; sin embargo, me ha parecido oír algunas notas falsas.

—Quiero conocer cual de mis damas tiene esa habilidad.

—Será bien difícil satisfacer á vuestra gracia.... entre tantas mujeres.... Cómo reconocer?

—Fácilmente lo conseguireis, querida duquesa; yo os doy á vos este encargo.

—Mas....

—Quiero que esta noche misma me la presenteis vos.

—Sabe vuestra majestad si esa dama es de nobleza tan elevada para ser admitida en su presencia?

—Duquesa, mi buena Inglaterra no está tan desprovista de condados, que yo no encuentre uno que dar al esposo de la música á la cual debo algunos instantes de placer. Soy reina, y por consiguiente caprichosa; á cualquiera precio que sea satisfaré esta fantasía. Y mientras mas obstáculos escojitaseis que oponer á mi voluntad, mas la siento que se aumenta; decid una palabra mas contra esa dama, y la hago duquesa... quizás será bastante noble para ser admitida en mi tertulia.

Lady Malborough conoció entonces por fin la falta que acababa de cometer, pareciendo dar demasiada importancia á la presentacion de lady Masham, porque era ella en efecto la que había cantado; no trató mas de oponer obstáculo al cumplimiento del deseo de la reina. Al contrario tambien, como si hubiese querido reparar su torpeza, se prestó con agrado á lo que se exijia de ella; fué á buscar á lady Masham, la participó la invitacion de la reina, y la presentó aquella misma noche.

Mas el golpe estaba dado; Ana habia comprendido la intencion de la duquesa, y desde aquel momento resolvió poner dique á la ambicion de la favorita, escogiéndola una rival. La casualidad quiso que la música fuese la misma lady Masham que la reina habia ya mirado con atencion algunos dias antes; no se necesitó mas para prevenir á Ana en favor de la recién llegada. La recibió con bondad, la hizo que repitiese las coplas de por la mañana, y la atendió. La jóven dama de honor alentada, sin duda, por los elogios de su soberana, tomó parte en la conversacion, y su agudo ingenio acabó de ganar á la reina, que durante toda la tertulia afectó la mas grande frialdad para con lady Malborough. Esta volvió á su casa con rabia en el corazon, y revolviendo en su cabeza mil proyectos de venganza contra su rival; porque demasiado preveía la elevacion próxima de lady Masham.

El día siguiente por la mañana, la reina hizo llamar á la jóven dama de honor, y la tuvo durante una hora á su lado; por la noche la recibió otra vez en su tertulia, y muy pronto no fué ya posible dudar que lady Malborough no sería su plantada, ó al menos precisada á partir con otra el favor real por el que se mostraba tan celosa. Esta noticia produjo una agradable sensacion en la corte, donde la duquesa era poco querida. Esta tenia mucha altanería para dejar visible su despecho; lo ocultó bajo cierto aire de indiferencia; y como si no se hubiese verificado cambio alguno para con ella, continuó siempre al lado de la reina, y su manera de obrar en palacio no sufrió alteracion alguna. Sin embargo, habia en el fondo de su corazon una levadura de odio que fermentaba en silencio.

Algunos meses se pasaron así; lady Malborough parecia esperar un momento favorable para humillar á su rival, cuya elevacion miraba como pasajera. Mas lejos de presentarse esta ocasion, parecia alejarse mas cada dia; el favor de lady Masham aumentaba, y la duquesa afectaba no temer á la nueva favorita en el momento mismo en que tomaba la resolucion de vengarse de ella. Un dia despues de la comida, al tomar el té la reina, se encontraban presentes las dos favoritas: lady Masham acababa de cantar, como lo hacia todas las noches, y las damas ciertas de agradar á S. M., le ofrecian un tributo de elogios. Lady Malborough se unió á ellas.

—Es imposible tener mas habilidad que milady.

—Milady es bien buena, respondió lady Masham en tono que se traslucía la ironía, porque era demasiado astuta para dar crédito á la manera falsamente lisonjera de su rival;—la doy gracias por sus elogios.

—Son tan sinceros como la amistad que profeso á milady.

—Doy el mismo crédito á los unos que á la otra, milady. Hace mucho tiempo que he echado de ver las buenas intenciones que su honor se digna tener conmigo.

—Intenciones de las que segun espero participa su honor?

—La duquesa de Malborough haría mal en dudarle.

—Está lejos de hacerlo, y sentiría infinito que sus sentimientos no fuesen bien conocidos de lady Masham.... Oh! perdón, añadió, debiera haber dicho condesa de... de.... los títulos de su honor son tan recientes que no he tenido aun tiempo de aprenderlos.

—Los de su honor son tan viejos, que la corte podría muy pronto olvidarlos.

—Basta! prorrumpió la reina que primero se habia divertido viendo enredadas á las dos rivales, pero que empezaba á temer un rompimiento estrepitoso; basta!; no veis la mucha diversion que procurais á esas damas, sobre todo á madam-sela de Ambers?

La risa espiró en los labios de todas, y se apresuraron á volver á su seriedad.

Esperando restablecer la buena inteligencia entre las dos enemigas, Ana se volvió hácia lady Malborough y la habló en un tono propio á recordarle su antiguo favor.

—Duquesa, la dijo, me siento cansada, haced por mí los honores.

Empero por mas que hiciese, el cristal estaba roto; lady Malborough guardó silencio: buscaba un medio pronto de humillar á su rival.

Sin embargo, se levantó, echó el té y en el momento en que llevaba en la mano un bol de porcelana del Japon lleno de agua hirviendo, un rayo de alegría brilló en sus ojos. Tenia asegurada su venganza, venganza grosera y poco digna del lugar donde pasaba esta escena. Finjió tropezar en el pie de un sillón, dió un traspie, se inclinó hácia adelante, y dejó caer el jarro del Japon, vertiéndose lo que contenia sobre el traje y las manos de lady Masham. Esta dió un grito, y todas las damas, sin exceptuar la reina, se apresuraron á socorrerla, mientras que la duquesa disimulando mal su triunfo, finjia escusarse de su torpeza. Se aparentó creerla; mas esta ocurrencia puso término á la tertulia. La reina quiso estar sola, y cada cual se retiró; menos lady Masham, que salió una hora despues del cuarto de la reina, mas poderosa y favorecida.

Despues de esta noche, la duquesa, á quien sus cargos llamaban á la corte, vino todos los dias, mas fué muy rara vez admitida á la tertulia de la reina. La humillacion que experimentó una noche cuando presentándose á la puerta de la habitacion regia, el ujier la dijo con el mayor respeto posible:

—Vuestro honor no está escrito en la lista de S. M.; fué un golpe tan sensible, que en su rabia insensata, pensó en devolver á su soberana afrenta por afrenta.

La loca duquesa se arrojó desde este momento á cuerpo descubierto en una lucha desigual. Puso estudio en imitar á la reina en sus adornos; gracias á algunas inteligencias que habia sabido conservarse en lo interior del guarda-ropa real, sabia todas las mañanas cuál sería la compostura de la reina, y en el mismo dia se presentaba en palacio con el mismo adorno. Ana no tardó en comprender la intencion de lady Malborough, y se encolerizó mucho.

—Insolente duquesa!—decia un dia á lady Masham, se atreve á entrar en contienda conmigo!... Mas yo la haré pagar bien cara su imprudencia. Sus riquezas no bastarán para los gastos en que la meteré; haré venir á todo precio telas extranjeras....

—Y tal vez sabrá las intenciones de vuestra gracia y hallará medio de procurarse telas iguales.

—Pero esto no se puede sufrir.... es vergonzoso ver á Ana Estuardo, reina de tres reinos, juguete todos los dias de esa impertinente duquesa. Oh! por qué la he hecho tan rica?

—Lo que hay de mas extraordinario, es que parece olvidar que su fortuna le proviene de vuestra gracia, y que una palabra sola puede destruirla, como una palabra la ha elevado.

—No, mi querida condesa, no, eso no se puede.... lord Malborough es un fiel súbdito, su brazo es uno de los baluartes de la Inglaterra, y yo no me atrevería por la insolencia de una mujer, á irritar contra mí los pares del reino. Oh! lady Malborough conoce bien cuanta es su fuerza; sin embargo, yo debería....

—Enviadla á Bedlam como una insensata.

—Sin duda, mas eso es imposible. Sin embargo, condesa, es necesario hallar un término á esto; no quiero verme humillada por ella todos los dias.

—No habría mas que un medio tal vez..... Que vuestra gracia le abandone todas las partes del traje, y se distinga por una sola; los guantes por ejemplo. Encargad á Burnet, vuestro proveedor, guantes de un color extraordinario, bordados con seda y oro, y esto con el mayor secreto. De esta manera, en el baile de corte que no se verificará hasta dentro de quince dias, V. M. tendrá seguridad de gozar del despecho de la vanidosa duquesa.

—Tu ocurrencia me agrada, Masham; vé tu misma á casa de Burnet, lo mas secretamente posible, y tráemelo aquí.

El proveedor de la reina fué introducido por la noche en

palacio, recibió todas las recomendaciones, y prometió entregar los guantes la mañana misma del día del baile.

Ocho días despues, la carroza de lady Malborough se detuvo delante de la puerta de Burnet; la duquesa bajó de ella y entró en el almacén. El mercader se adelantó á recibirla y saludarla, y la recibió con respeto. Sin embargo, bajo su modo respetuoso era fácil descubrir señales de cierto embarazo. Temia que lady Malborough no hubiese comprendido el encargo de los guantes de la reina y que no viniese para procurarse otros iguales. Se engañaba porque el secreto había sido guardado esta vez.

—Burnet, dijo al mercader, he sabido de la costurera de S. M. que vos la habiais provisto de una tela de las Indias....

—Es verdad, vuestro honor; cuesta bastante cara para ser bella.

—Sabeis, Burnet, que no miro el precio cuando deseo una cosa. — Quiero una pieza de esa tela.

—Será imposible satisfacer á vuestro honor, solo ha quedado un pequeño resto.

—Nada hay imposible; cuánto cuesta la pieza?

—Cien libras esterlinas.

—Os doy ciento cincuenta si me la hallais dentro de una hora.

—Será bien difícil.... Sin embargo....

—Amigo mio, dijo mistres Burnet desde el fondo de la tienda, creo recordar que Jacobs nuestro vecino ha hecho venir al mismo tiempo que nosotros, una pieza de igual tela... Quizás no la habrá vendido todavía... si te informases....

—Mistres Burnet tiene razon, lo habia olvidado... Si su honor quiere que se la envíe?

—No; esperaré aquí, escojiendo diversas mercancías.

El mercader salió, mas en lugar de ir á casa de Jacobs su vecino, subió á su almacén donde halló la pieza. Despues de la rivalidad de la duquesa con la reina, Burnet especulaba así sobre la vanidad de lady Malborough; sabia que no retrocedia á la vista de ningun sacrificio para obtener lo que deseaba, y se aprovechaba de esta circunstancia como mercader de los mas... hábiles....

Mientras que Burnet iba á casa de Jacobs, su digna mujer ponía de manifiesto á la vista de la noble parroquiana las mercancías que creia mas propias para imitarla, y á cada artículo no olvidaba añadir esta frase:

—S. M. ha mandado tomar ayer tal ó tal cantidad. La mercancía era tambien comprada. Mistres Burnet habia ya presentado á lady Malborough una gran cantidad de objetos, cuando una niña chica que jugaba del lado á dentro del mostrador empujó una caja y la cayó al suelo.

A esta vista, la tendera se puso pálida, y olvidando la presencia de la duquesa, se precipitó hacia la niña y la dió de bofetadas, diciéndola:

—Tontuela! vé á jugar á otra parte; por poco no echas á perder los guantes de la reina!

Lady Malborough aplicó la vista hacia la caja, mas Burnet volvía en este momento.

—Ved aquí la tela consabida, milady, no ha dejado de costarme dificultad conseguirla.

—Muy bien; se pagará lo que sea preciso, dijo la duquesa tomando una silla. Ahora que ya he hecho mi compra, hablemos un poco de vos, Burnet. Cómo van vuestros negocios?.... Estais contento?

—Vuestro honor es muy buena; no me quejo, á Dios gracias! El comercio va bien.

—Mucho me alegro. Ah! tambien necesito algunos pares de guantes.

—Mistres Burnet, enseña algunos guantes á su honor.

—Estos me agradan, dijo lady Malborough, despues de haber abierto como por casualidad la caja donde se encontraban los encargados por la reina; será menester imitarlos con los que he comprado....

Mistres Burnet se puso encarnada como la grana, y el mercader quedó sumamente turbado.

—Su honor dispensará, respondió, mas están vendidos.

—Ah! lo siento! dijo la duquesa volviendo á sentarse; no hablemos mas. Y vuestro hijo, Burnet, qué pensais hacer de él?

—Se destina á la carrera militar, y en este momento me ocupo en comparle una subtenencia.

—Qué lastima!.... he llegado demasiado tarde....

—Que quiere decir vuestro honor?

—Nada... sería causaros un sentimiento inútil.

—Mas el negocio no está aun concluido, y si....

—El duque mi marido me escribia de Alemania para encargarme que le buscase un jóven instruido, intelijente, que pudiese servirle de secretario, con el grado de subteniente.... Habia pensado en vuestro hijo, mas vos no podeis....

—Vuestro honor se engaña; nada mas factible, dijo mistres Burnet en el colmo de la alegría, y si os dignais tomar á mi hijo bajo vuestra proteccion....

—Nuestro reconocimiento será eterno, añadió el marido mas insinuante ya; el porvenir de Juan quedará así asegurado, y...

—Preciosos guantes! interrumpió la duquesa dirijiendo á la caja una mirada codiciosa.

—Si no estuviesen vendidos tendría un placer en ofrecerlos á su honor, mas....

—Creo que nunca joya alguna me habría sido mas agradable.... Decis, pues, Burnet, que aprobais mis planes relativos á vuestro hijo Juan?

—Oh! señora duquesa, será la felicidad....

—No podriais cedermé tres pares solamente?

—Me es sensible rehusar á vuestro honor.

—Podrá imaginarse tal fantasía? pero me agradan de tal modo.... Cuándo teneis que entregarlos?

—Dentro de ocho dias nada mas.

—Y hace mucho que están encargados?

—Habrá el mismo tiempo.

—Os queda tiempo suficiente para hacer trabajar otros iguales... Pensad en ello, Burnet; negármelo sería darme prueba de mala voluntad.... Escribirme el nombre y apellido de vuestro hijo.... Bien, eso es... yo me llevo esta caja. Mañana escribo á milord-duque y antes de un mes Juan es subteniente... Mi carroza, llamó ella, haciendo señas al cochero. Adios Burnet! adios mistres! dijo metiéndose en el coche; pondreis esos guantes á mi cuenta, no los quiero sin esa condicion.

El coche se alejó rápidamente, y ya estaba muy distante cuando el mercader y su mujer notaron, al volver de su aturdimiento, la desaparicion de los guantes.

—Nuestro hijo será subteniente! exclamó mistres Burnet.

—Sí, pero y los guantes de la reina?

—Bueno, se harán otros.

—Imposible! el modelo se ha destruido por orden de S. M.

—Desgraciado!..... somos perdidos!

—Sin duda alguna; sobre todo si, como lo temo, la duquesa tiene intencion de adornarse con esos guantes en el baile de la corte....

—Es menester verla, y suplicarla que no lo haga....

Aquella misma noche se presentó Burnet en el palacio de la duquesa, mas no le dejaron entrar los lacayos. Tres dias se pasaron sin que pudiese llegar á donde estaba lady Malborough, que habia dado ordenes positivas para esto. En fin, el desgraciado mercader, no quedándole ya duda alguna de las intenciones de la duquesa, prefirió mas dejar á Londres por algun tiempo, proponiéndose no regresar hasta que este negocio quedara terminado.

La mañana del dia en que el baile debia verificarse, la misma lady Masham fué á casa de Burnet, mas solo se encontró con la mujer, que no dió una contestacion clara.

—No sabia lo que su honor queria decir.

—Burnet habia marchado á Escocia, donde era llamado por la familia de un compadre suyo.... y jamás habia hablado de esos guantes.

Cuando lady Masham llevó esta respuesta á la reina, esta no

pensó que lady Malborough tuviera en esto parte alguna. Que se juzgue, pues, cuál sería su ira, cuando por la noche vió á la duquesa adornada con ostentacion de los mismos guantes que ella habia encargado para sí.

Ana se retiró temprano del baile; y al dia siguiente, cuando la duquesa quiso entrar en palacio, un ugieer le presentó una órden de la reina, por la cual lady Malborough, privada de sus empleos en la corte, no debería volverse á presentar en ella. La duquesa, confundida primero, se tranquilizó pronto; no podia esperar una desgracia completa, y se fiaba demasiado en el poder del duque, su esposo. Sin embargo, su conducta inconsiderada movió á la reina á espiar los pasos de Malborough, y se descubrió muy pronto que se encontraba implicado en intrigas dirigidas á contrarrestar las determinaciones del gobierno. No fué menester mas para que fuese segura la perdicion de uno y otra, y algunos dias despues, privados ambos de sus honores, dejaban la corte, y veian á sus hechuras echadas de los destinos que ocupaban.

— Ved aquí, niños míos, en este ejemplo á la rana que quiere igualarse al buey en corpulencia.





UN PRÍNCIPE CALAVERA.

I.

NUESTROS jóvenes lectores se servirán trasladarse con nosotros á un extremo de Londres cerca del camino de Rochester, espacio lleno por los años de 1400 de terrenos incultos, de lagunas y de prados donde se alzaban acá y allá algunas casas de ladrillos y de madera. En una ahumada taberna de paredes groseramente pintadas conferenciaban en alta voz varios amigos, mezclando al ruido de su conversacion el choque de los vasos y de los frascos de hoja de lata. Uno de ellos, personaje de alta estatura, fué á descolgar de un clavo de la cocina un jamon que hacia seis meses estaba puesto al humo, y á pesar de las reclamaciones del tabernero lo llevó en triunfo, diciendo:

«Victoria, amigos míos! aquí traigo este avechuelo que he atrapado en la cocina..... El pícaro de Patrick que decía tendríamos que contentarnos con pan seco! Beberemos y comeremos a su salud.

—Señor, murmuró el tabernero con timidez, este jamon pertenece á unos marineros que deben venir hoy á almorzar aquí.

—Que se pasen sin él.

—Pues entonces, pagádmelo, porque no sé si puedo fiar á vuestras señorías.

—Bah! somos de buena familia y yo me llamo sir John Falstaff.... Quién de vosotros tiene dinero? Por lo que hace á mí, estoy reñido en este momento con todas las monedas que corren en Inglaterra.

Un jóven que habia escuchado aquella corta reyerta riendo á carcajadas, la cortó con estas palabras:

—Toma, John, aquí está mi bolsillo que puedes dar á Patrick por el jamon.

—Atencion! dijo Falstaff; nuestro amigo Harry necesita que yo le enseñe á ser económico. »

Y presentando una moneda de oro al tabernero, el cual se inclinó profundamente, guardóse lo demás en la faltriguera del pantalón. Aumentóse con esto la hilaridad de Harry, y á poco el canto estrépitoso de veinte aturdidos estremecía las paredes de la sala.

Acababa de dar la queda, y los perezosos viajeros se apresuraban á ganar las primeras casas de Londres. Densas tinieblas se extendían por la campiña donde brillaban acá y allá algunos farolillos que llevaban los criados, cuando de pronto fué á asaltar á Falstaff una idea que le hizo palmotear de alegría.

«Camaradas, les dijo, qué tal? os divertís?

—Sí, respondió Harry; mas por qué nos haces esta pregunta?

—Me parece que la fiesta se vá poniendo muy pesada, y que debemos variar de rumbo. El jamon se ha acabado, ya no hay cerveza, y soy de opinion de que debemos asustar á los viajeros que caminan en este momento de Rochester á Londres. Les aliviaremos el bolsillo para completar la comedia, y volveremos aquí á beber á su costa.

—Adoptado, exclamó Harry.

—Adoptado! repitieron los demás en coro.

Y derribando mesas y bancos, salieron de la taberna y tomaron la direccion marcada por Falstaff, que era el jefe de la cuadrilla. Todos se cubrieron el rostro con una careta, según costumbre de aquellos tiempos, y emboscándose á lo largo de las dos filas de árboles que coronaban el camino, esperaron en silencio.

El primer viajero que se presentó fué un fraile agustino que

volvía de un monasterio inmediato, caballero en una sosegada mula.

«Alto! oyó decir de repente.

—Misericordia! murmuró; qué quereis?

—Tu bolsa.

—Ay Jesus! solo tengo unas pobres alforjas.

—Sin duda llenas de limosna; venga, y pronto!

Despues que el monje fué robado, dos aldeanos, tres mercaderes, y un noble que intentó, aunque en vano, hacer resistencia, sufrieron la misma suerte! Parecia que Falstaff y sus amigos habian ejercido toda su vida el latrocinio á mano armada. Sin embargo, uno de esos locos dijo que todo aquello olía á Tiburn (1), y sir Jonh respondió:

«No tengas cuidado, que el príncipe de los calaveras nos cubre con su proteccion. No es verdad, Harry?

—Ciertamente, yo respondo de todo.

—Por otra parte, añadió Falstaff, ya tenemos un buen botin; con que volvámonos á la taberna, donde cenaremos, regando el asado con algunos vasos de vino de España.

II.

Vueltos los viajeros de su primer espanto, habíanse reunido en presencia del enemigo comun, y como vieron que los salteadores se retiraban precipitadamente, pensaron que tenian mas deseo de oro que de sangre y no abrigaban otro objeto que poner á cubierto la rapiña. Marchando pues con precaucion, siguieron á lo lejos las huellas de los camaradas de Falstaff y llegaron á la taberna, donde comenzaba de nuevo el canto con acompañamiento del choque de los frascos. El noble y uno de los aldeanos se separaron del grupo y fueron en busca de un magistrado, mientras el resto de los quejosos hacia de centinela delante de la puerta.

El magistrado se trasladó inmediatamente á la taberna con varios arqueros, porque el suceso le pareció de la mayor gravedad, y entró delante diciendo:

«En nombre del rey y las leyes del país, os arresto á todos por ladrones insignes y enemigos del reposo público.»

Harry se llevó á los labios un gran vaso de vino de España, y dijo con tranquilidad:

«Veo que dormis, amigo mio, porque aquí solo hay unos nobles que se divierten en paz.

—O cielos! murmuró el magistrado, es monseñor el príncipe de Galles.»

(1) Nombre del sitio donde se ajusticiaba.

Estremecieronse los viandantes al oir estas palabras y se quitaron los sombreros.

—Sí, dijo el príncipe reclinándose contra el espaldar de su banco de encina, soy yo el alegre Harry. Qué tiene esto de particular? No es conveniente que me familiarice con mi pueblo?...

—Buen medio ciertamente, respondió el magistrado; comenzais robando á vuestros súbditos, y luego querreis que os amen!

—Dejémosnos de moral, exclamó el príncipe con impaciencia, y volviéndose á los viajeros les dijo:

«Os atreveríais á sostener que os he maltrado?

Uno de los aldeanos clavó la vista en Falstaff y dijo:

«De seguro este es uno de los ladrones.

—Yo! saltó Falstaff con finjida indignacion; no sé como me contengo.»

El magistrado se colocó en seguida sobre una especie de estrada, escuchó la declaracion de los quejosos, á los cuales puso en posesion de lo que se les habia robado, y despues condenó á los compañeros del príncipe á pasar la noche en la cárcel.

«Tambien yo sin duda, dijo Harry, estaré comprendido en esta sentencia.

—No, milord; pero si os exceptuo de esta humillacion, no es á causa de vuestro rango, sino por respeto al rey vuestro padre.

—Viejo insolente!

Esto dijo el príncipe de Galles, y arrojándose sobre el magistrado, le dió un golpe violento.

El magistrado pidió auxilio, y el príncipe fué conducido á la cárcel, á la cual llegó furioso; pero la frescura del calabozo, la obscuridad, y el silencio calmaron la vivacidad de sus arrebatos.

III.

A la mañana siguiente, un anciano se presentó en el palacio y solicitó una audiencia del rey. Qué es lo que pasó en aquella entrevista?.... Al cabo de una hora, el venerable monarca preguntó si el príncipe de Galles habia vuelto á palacio, y como se le hubiese respondido afirmativamente, le llamó á su presencia y delante del magistrado le dijo:

«Todo lo sé, porque este digno magistrado me ha revelado tu abominable conducta.

—Padre mio, creed.....

—Es inútil que procures defenderte, te lo repito, lo sé todo; te has empeñado en apesadumbrarme, cubriendo de oprobio mis canas. Qué! yo gobierno este pais, poseo una parte del territorio francés, y no puedo dominar las pasiones de mi hijo! ¿Son es-

tos los ejemplos que debían recibir de tí tus hermanos, y no te abochornas de tí mismo cuando oyes por todas partes al pueblo bajo pronunciar tu nombre con familiaridad? Puesto que desciendes voluntariamente hasta él, bien pronto se pondrá sobre tí, y no hay razon para que despues de mi muerte este palacio sea una taberna abierta á todo el mundo!»

El rostro del príncipe estaba como el carmin, y con los ojos bajos escuchaba Enrique las palabras severas de un padre justamente irritado, hasta que al fin dijo:

«No procuraré negar mis faltas: conozco que he obrado mal; pero qué le hemos de hacer? Lo pasado, pasado.

—No, exclamó el rey, porque mañana volverás á tus infamias, gracias á los consejos de tus compañeros de disolucion. Has quebrantado la ley y ultrajado á un anciano, á un juez. ¿Sabes que has dado un bonito ejemplo?... La ley debe ser observada por los príncipes no menos que por los súbditos, porque si liga á los pueblos protege al soberano, á quien todos deben respetar. ¿Quién te obedecerá si no respetas á los ancianos? Aunque este digno magistrado te ha impuesto un castigo, esto no es bastante, y es preciso que le pidas perdon.

—Yo, padre mio!

—Sí, sí, aquí mismo, en mi presencia.

—Señor, dijo el juez, no exijais que el príncipe se humille de esta suerte.

—Lo repito, tiene que pedir os perdon: si vos teneis la bondad de olvidar vuestra injuria, esto no es razon para que yo pierda tan pronto su recuerdo. —Y bien, Enrique, qué esperas?

El príncipe presentó la mano al juez, y le dijo con voz conmovida:

«Dispensad mi conducta, y dadme el abrazo.

—Monseñor, murmuró el juez con ternura, en este momento sois digno hijo de un gran monarca.

—Y yo, repuso el rey, soy feliz por contar entre mis súbditos quien tan bien comprende sus deberes de magistrado, y por tener un hijo obediente á la ley. Enrique, que esta leccion te sea útil!

—Lo será, padre mio.

—Lo veremos, dijo el monarca.

IV.

La Inglaterra acababa de perder á Enrique IV, su amado soberano, y en el pueblo reinaba sorda fermentacion, porque todos veían con temor brillar la aurora de un nuevo reinado. Todo el mundo sabia que antes de llamarse Enrique V, el rey actual era conocido por Harry el Calavera, y se temían los escesos de

un poder mal aconsejado, y se creía que los antiguos compañeros del príncipe de Galles pisarían con insolencia las gradas del trono, dejando á un lado á los tios y á los hermanos del rey, y hundiendo sus insaciables manos en los tesoros del Estado. Estos temores subieron de punto cuando el primer día de besamanos la multitud vió á Falstaff al frente de una brillante comitiva, la cual se dirigía hácia la puerta principal de palacio. Esperanzados en el próximo valimiento de aquellos señores, los judíos de la *Cité* les habian prestado grandes sumas para que se equipasen; de suerte que los caballos llevaban monturas bordadas en oro y armas de brillantes colores, mientras Falstaff y sus amigos lucían mantos de terciopelo, elegantes caperuzas de seda ó de paño cubierto de oro, ricas manteletas y espadas primorosamente cinceladas.

Al pasar oyéronse murmullos de indignacion, y algunos gritos de «¡abajo los impíos y los enemigos del pueblo!»

Pero Falstaff, mirando á la muchedumbre con arrogancia, metió espuelas á su brido, y las turbas retrocedieron bramando de cólera.

Cuando sir John y sus camaradas entraron en la antecámara, encontraron allí á los primeros señores y á los principales empleados de la corte, los cuales le miraron con desprecio; mas su insolencia no se disminuyó, y esperaron con paciencia la llegada del gracioso soberano.

Alzóse un ancho tapiz, y el ujier gritó con voz sonora:

El rey!

Enrique apareció vestido de luto, y grave como debe serlo un jóven, cuya herencia es una corona. Paseó sus penetrantes miradas por la doble fila de cortesanos, embajadores y caballeros, á los cuales dirigió palabras afables, y cuando entre la corporacion de magistrados divisó al juez que le puso en la cárcel, contrajo el rostro del rey cierta alteracion repentina.

«Probablemente, le dijo, habreis olvidado un suceso que tuvo lugar entre nosotros hace tres años.

—No lo he olvidado, señor.

—¿Cómo, pues, os habeis atrevido á presentaros en este sitio?

—Porque mi conciencia está tranquila; hace tres años que no hice otra cosa que cumplir con mi deber.

—Sí, respondió el rey abrazando al anciano, sí, supisteis cumplir con vuestro deber, y como estoy seguro de que protegeréis al pueblo, os nombro gran justicia de Inglaterra!

—Dios salve al rey! (1) gritó la multitud con entusiasmo.

Sir John se acercó en aquel momento, y el monarca le dijo mirándole con desden:

(1) *God save the King!*

—Quién sois?

—Cómo? V. M. no me conoce? Soy Falstaff, el camarada del alegre Harry.

—Retiraos, que si hubo un Harry, ya no existe. Retiraos, que harto tiempo me habeis extraviado, animándome á que faltase á mi deber para con mi padre y mi pueblo. Os destierro para siempre de mi presencia, y no os impongo otro castigo, porque he sido vuestro cómplice; pero acordaos de que os está prohibida la entrada en mi palacio, y procurad reparar por medio de una conducta mas noble, el escándalo que hemos causado á los hombres de bien.»

Así es como el gran rey Enrique V supo borrar las huellas que dejó un *príncipe calavera*.

ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE D. PEDRO EL CRUEL.

En varias páginas de nuestro *Mentor* os hemos hablado de este monarca, grande á pesar de sus vicios y sus violencias. Escrita la crónica de este rey por algun enemigo suyo personal, la vida de D. Pedro aparece á nuestra vista como un tejido de crímenes y desaciertos, causándonos horror el cuadro que con tan negros colores traza el desapiadado cronista.

Sin embargo, á medida que ha ido pasando el tiempo, y se ha estudiado mas y mas la época en que tuvieron lugar tantos sucesos portentosos, las generaciones se han convencido de que si bien D. Pedro cometió excesos imperdonables, ni fué tan cruel como lo indica su sobrenombre, ni bañó en sangre el manto de su glorioso padre Alfonso oncenó. Por eso el joven poeta Zorrilla dice con mucha oportunidad en uno de sus dramas, hablando de la víctima de D. Enrique de Trastamara:

Por odio y contrario afán

Calumniado torpemente,

Fué soldado mas valiente

Que prudente capitán.

Osado y antojadizo

Mató, atropelló cruel...

Mas por Dios que no fué él!

Fué su tiempo quien lo hizo.

Para probaros que á muchos hechos del asesinado monarca se dió por sus contemporáneos una intencion torcida, atribuyendo á determinaciones inocentes miras criminales, y prestando á meros caprichos conatos de feroz barbarie, os contaremos una anécdota que hemos encontrado escrita en un libro antiquísimo

que se halla en la biblioteca de la universidad de Salamanca.

Hallabase D. Pedro en Burgos, y honraba con su confianza a un judío llamado Abel Rusafa que entonces era su tesorero particular. Una mañana avisan al hebreo que su casa está cerca de soldados, y que el jefe que los manda desea hablarle.

Este oficial, á quien el judío habia prestado algunos servicios pecuniarios, y que lo apreciaba no poco, entra consternado y dice con voz triste:

«Con profundo pesar me veo encargado de ejecutar de órden de mi soberano una sentencia cuya severidad me espanta: ignoro el delito que habeis cometido para excitar hasta tal punto el resentimiento del monarca.

—Yo! respondió el hebreo; lo ignoro tanto ó mas que vos, y mi sorpresa es mayor que la vuestra. Pero al fin cuál es esa órden?

—Si os he de decir la verdad, me falta valor para manifestárosla.

—He perdido la confianza de S. A.?

—Si no fuese mas que esto, no me veriais tan afligido. Puede devolveros su confianza; puede nombraros otra vez su tesorero; mas....

—Se trata de desterrarme á mi pais?

—Sería algo incómodo; pero con vuestras riquezas se está bien en cualquiera parte.

—Dios de Israel! se piensa en encerrarme en alguna fortaleza?

—Ay! las puertas de las prisiones se abren.

—Sacra Jerusalem! quieren darme de palos?

—Este suplicio es cruel, pero no mata.

—Y qué! dijo el judío sollozando, se halla en peligro mi vida? El rey, tan bueno para conmigo, que me hablaba con tanto cariño hace dos dias, querrá.... oh! no puedo creerlo. Acabad por el Dios de Israel! porque la muerte me asustaría menos que esta cruel incertidumbre.

—Pues bien, Rusafa, dijo el oficial con voz triste, mi soberano me ha dado órden de que busque quien os diseque, rellenándoos de paja, porque quiere conservaros.

—Disecar! esta es una chanza de mal género, exclamó el judío mirando fijamente al oficial.

—Lo repito, es necesario rellenaros de paja.

—Sin duda habeis perdido la razon, ó S. A. no ha conservado la suya: se disea á un hombre, rellenándolo como si fuese un tigre ó un zorro?

—Ay! mi pobre amigo; lo mismo decia yo; así es que á la palabra rellenar he hecho lo que nunca hemos intentado, manifesté mi sorpresa, mi dolor y hasta aventuré algunas observaciones; pero el rey, irritado de mi irresolucion, me mandó saliese

de la cámara y ejecutase al momento la orden que me había dado.»

Es imposible pintar la admiración, la cólera, el temblor, y la desesperación del pobre judío. El oficial dejó por algún tiempo libre curso á la explosión de su dolor, y le dijo que le daba un cuarto de hora para que arreglase sus negocios.

Entonces Rusafa le ruega, le conjura, le pide en vano que le deje escribir una carta al rey para implorar su piedad. El jefe de la tropa, movido al fin de sus reiteradas súplicas, cede temblando á su ruego y se encarga de la carta; pero no atreviéndose á ir directamente á palacio, se dirige precipitadamente en busca de D. Juan de Alburquerque, favorito de D. Pedro.

Al oír aquel el extraño lenguaje del oficial, llamado D. Diego Sahagun, cree que el valiente aragonés se ha vuelto loco, y corriendo á palacio, expone al rey respetuosamente su asombro.

D. Pedro no le deja acabar y exclama: »

«Pardiez! Sahagun ha perdido la chaveta. Corre y ordena á ese loco que inmediatamente ponga en libertad al judío, si no se ha muerto de terror.»

Alburquerque sale, ejecuta la orden, vuelve y halla á D. Pedro riendo á carcajadas.

«Ya sé la causa, dijo á su favorito, de una escena tan burlesca como inconcebible: tenía un perro muy bonito, á quien puse Rusafa por un antojo. Este perro acaba de morir, y habiendo ordenado á Sahagun que le hiciese disecar para conservarle, como dudase, pensando yo que tal vez creería degradarse si ejecutaba semejante comisión, le mandé salir inmediatamente á desempeñar mi encargo.»

Este hecho ó cuento parecerá sin duda algo burlesco; pero lo cierto es que entre las crueldades que la tradición cuenta del rey D. Pedro, se halla la de haber hecho disecar á un judío, porque no le facilitó las enormes sumas que le hubo de pedir para sostener su lujo de monarca joven y galanteador.

TENORIO.

LA SEÑORITA TÓCALO-TODO.

Nada es mas desagradable y mas peligroso á la vez que la costumbre contraida por ciertos niños, de tocar todo lo que ven en cualquiera parte donde se hallen.

Tal era Eugenia Valseiro, encantadora niña de diez años, amable y muy dócil en general, pero que no podía ver nada que

le llamase la atención sin ponerle la mano encima; al notar su manía hubiérase dicho que veía con los dedos.

Y sin embargo, no pocas veces había recibido el castigo de su indiscreción, porque se había quemado las uñas con unas planchas, había prendido fuego á su vestido acercándose á unos hornillos confiados al cuidado de la cocinera, y mas de una vez los cuchillos la habían cortado los dedos.

Cierto día una gran urraca que quería cojer en una casa donde se hallaba de visita con su mamá, le dió tan buenos picotazos que llevó vendada la mano por espacio de un mes; pero nada había podido corregirla, y todos cuantos la conocían la llamaban señorita *Tócalo-Todo*.

Una mañana, en el momento en que iban á conducirla á la escuela, su padre dió á la criada una carta para un pintor, cuya carta debía entregar de paso, recojiendo la respuesta. Eugenia y la criada fueron introducidas en el taller del pintor, quien dejando su paleta y sus pinceles, abrió la carta, disponiéndose á contestar. Ya Eugenia había tocado á muchos lienzos; á poco movió los resortes de un maniquí que creyó una muñeca grande, y muy luego llamó su atención la paleta, sobre la cual estaban colocados los colores. La cojió, la examinó, tocó cada uno de los colores con la punta de los dedos, y despues pasó revista á los pinceles, pintorreando en un pliego de papel que encontró á mano para ver el efecto que harían tantos colores reunidos.

Entre tanto, habiendo escrito su carta el pintor, la entregó á la criada, la cual se retiró con la niña; pero apenas estuvieron en la calle cuando exclamó:

«Ah! cómo te has puesto, Eugenia!»

Y en efecto, Eugenia estaba desconocida: tenía una mancha negra en la mejilla derecha, una línea transversal azul en la mejilla izquierda, la nariz de color de violeta, la barba de púrpura. En cuanto á sus manos, estaban pintadas de todos colores; y por lo que hace al vestido, que antes era blanco, tenía por delante una tintura amarilla, por detras de verde oscuro, y el resto parecía la muestra de una tienda.

—Qué es lo que tengo? preguntó la niña.

—Lo que tienes? repuso la criada; tienes.... no tienes figura humana.

Eugenia asustada se mira, luego procura ocultar sus manos y ruega á la criada que coja pliegues á su vestido, prendiéndolo con alfileres; pero ya era tarde: ya al aspecto de un rostro tan singularmente embadurnado, los que pasaban se habían detenido, y las chanzonetas llovían sobre la infeliz Eugenia.

—Qué demonios! decía uno; parece que el carnaval se prolonga este año.

—Quíá! decia otro; no vé V. que son las máscaras que se han divertido en producir chicos por el estilo?

—Ola! decia un tercero; cómo está el señor Arlequin tu padre?

—Oh! Francisca, decia Eugenia, llévame á casa á fin de que pueda mudarme de vestido.

Pero la criada que habia sufrido mucho con la mala costumbre de la niña, nada quiso oír.

—Tengo orden de llevarte á la *maestra*, respondió, y debo obedecer.

—Pero no vé que me voy á morir de vergüenza?

—Quíá! no se muere una por tan poca cosa.

Y la llevaba de la mano; pero aun no habian andado cien pasos cuando un grupo de chicos, que tambien se dirigian á la escuela, atraídos por los gritos de algunos pilluelos, acudieron y se pusieron á bailar en derredor de la pobre niña pintada de todos colores. Desgraciadamente uno de los muchachos conoció á Eugenia, y gritó:

—Toma! pues si es la señorita *Tócalo-Todo!*

—*Tócalo-Todo!*... ah!.... *Tócalo-Todo!* repitió la tropa infantil.... Buenos dias, señorita *Tócalo-Todo!* ha servido V. de paleta?.... Vaya que parece V. el mandil de un pintor de brocha!

—Señores, dijo el mas pillo de la tropa, llamemos á un aguador, y que le eche encima una cuba de agua: con eso se lavará!

Entre tanto la pobre Eugenia lloraba á lágrima viva, y sus sollozos eran tales, que acabaron por sofocarla, siendo preciso que la criada se la llevase al momento. Una grave enfermedad fué el resultado de aquella ocurrencia; pero este mal produjo un gran bien: Eugenia comprendió al fin todos los sinsabores, todos los peligros que podía atraer la falta á que se habia entregado por espacio de tanto tiempo; resolvió firmemente corregirse, y la que entonces se llamaba *Tócalo-Todo*, ahora es citada por su discrecion.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Serpientes Boas.—Voracidad de las serpientes Psylos.—

Fiestas de las serpientes en la India.—El Cobra-coral.

Pertenece á la familia de los reptiles la serpiente Boa, que segun aseguran los viajeros, es espantosamente larga en Asia y Africa, habiéndolas en la zona tórrida que tienen diez y quince

metros. Lo que distingue al boa es la forma algo larga de la cabeza, cuyo movimiento no deja de revelar gracia, y las manchas oscuras y amarillas de que se halla sembrada su negra piel. Esta serpiente carece de dientes venenosos, y de consiguiente su mordedura no es muy funesta. Sin embargo, es peligroso el boa, porque aprieta con fuerza su víctima hasta ahogarla, lo que le ha valido el nombre de *constrictor*, palabra que significa en latín apretar fuertemente.

No obstante, muchos naturalistas aseguran que se ha calumniado á esta especie, pues no ahoga ni á hombres ni á animales, y aun que su extension nunca pasa de cuatro metros.

Habíase dicho tambien acerca de este boa que cuando era chico se lanzaba del fondo de la yerba donde se oculta sobre las tetas de las vacas que pastan en las praderas, y las mamban para alimentarse con su leche. Es cierto que hay serpientes que tienen esta costumbre ó instinto, que tambien se observa en las culebras de nuestras regiones; pero los naturalistas afirman que el boa de que venimos hablando mira con desvío la leche de las vacas, y no las mama.

En los bosques del Brasil hay enormes boas que segun se dice sueltan, cuando se les turba en su prolongado reposo, un gruñido ronco, arrojándose en el agua para librarse del peligro. Basta con decir que estos boas, á los cuales dan los salvajes el sobrenombre de *sucuriaba*, no embisten á los hombres, siendo, al contrario, perseguidos por los indígenas, quienes se mantienen con la carne de estas grandes serpientes.

En general, hay en los bosque del Brasil muchas especies de reptiles, siendo no pocas de ellas temibles para los habitantes. No faltan tampoco cuadrúpedos á los cuales embisten con valor los boas, y que tienen poca esperanza de escaparse de animales tan terribles; los monos, las cabras, los cabritos, los jabalies y los búfalos son presa de su voracidad, cuando no se les presenta lugar á donde refugiarse. Luego que el boa, oculto bajo las hojas secas ó bajo las ramas de los árboles, se alza de repente y abre sus espantosas fauces guarnecidas de agudos dientes, dando penetrante silvidos, el cuadrúpedo sobrecogido de espanto, permanece inmóvil, como fascinado por las miradas del reptil. Este, de un salto, se arroja sobre su pobre víctima, la envuelve en sus largos pliegues, y acaba por tragársela; ó si el cuadrúpedo es muy grueso, quebranta los huesos con la fuerza muscular de sus anillos, y despues de reducirlo á menor tamaño, lo convierte en manjar.

Un buque inglés trajo á Europa habrá unos veinte años una enorme serpiente viva de la India, á la cual daban en la travesía cabras que habian traído á este efecto. El espantoso reptil, despues de observar algun tiempo con ojos fijos al pobre animal

que temblaba de miedo, se erguía, se arrojaba sobre él, se enroscaba en derredor de su cuerpo, le fracturaba los huesos, cubriéndolo de una baba pegajosa, y luego lo introducía en sus fauces, que abría como una anchurosa sima.

Era esta una operación larga y penosa: la presa bajaba lentamente, y por el volumen que tomaba la serpiente en el sitio por donde pasaba la cabra, se podía seguir con la vista los progresos que hacía en el cuerpo del monstruo, el cual caía en una especie de letargo, no dando señales de vida hasta que la digestión estaba hecha; es decir, al cabo de ocho ó diez días.

Se lee en un viaje hecho por un holandés á Surinam en la Guiana, que al atravesar un bosque el viajero halló en medio del camino una cosa que tomó por un tronco de algun arbol, y que en esta persuasión pasó por encima; pero cuál no sería su espanto cuando conoció que lo que habia creído un tronco era una serpiente enorme que probablemente hacia entonces su digestión, porque permaneció inmóvil!

No es de extrañar que los pueblos salvajes, como que tienen la imaginación sobresaltada con los peligros de que las serpientes monstruosas los amenazan, hayan hecho de ellas sus ídolos, á los cuales rinden una especie de culto como para aplacar su cólera y mitigar su ferocidad.—En el Oriente se ha adelantado mucho en el arte de arrancar á las serpientes sus venenosos colmillos, y de domesticarlas hasta cierto punto. Así se ven hombres que se presentan en público con serpientes enteramente sometidas á sus órdenes, que se enroscan en sus brazos ó en sus piernas, y saltan á compás al son de la flauta.

Ya en la antigüedad se conocia y admiraba á los domadores de serpientes que se llamaban psylos, y hoy se vé á ciertos hombres dar representaciones de su arte en las plazas públicas de las poblaciones de Egipto; y en la India, una clase entera de hombres denominados Mhaulos, tienen por oficio quitar el veneno á las serpientes, adiestrarlas y casi convertirlas en animales domésticos. En algunas poblaciones de la India se celebra una fiesta de serpientes, llamada Djapan, durante la cual se lleva en procesion á un niño de la clase de los Mhaulos, que tiene el cuello, los brazos y casi todo el cuerpo cercado de serpientes enroscadas, y todos los indios que van en la procesion, llevan una serpiente en la mano.

Varias veces habreis oido hablar de la formidable serpiente de cascabeles que habita en América, y cuyos dientes sueltan un veneno muy activo. Esta serpiente sería aun mas temible, si por fortuna el ruido de los anillos de su cola (lo que le ha hecho dar el nombre de serpiente de cascabeles) no sirviese de advertencia á los hombres, y si este ruido no les hiciese pensar en ponerse en salvo cuanto antes.

Agreguemos que al contrario de esta serpiente y de otras especies peligrosas, la naturaleza ha creado especies enteramente inofensivas, al menos para el hombre: tal es el Daboís de la Nigricia en Africa, que lejos de hacer mal al hombre, parece que se complace en buscar su compañía, y que solo persigue á los reptiles venenosos, de suerte que ayuda á librar de ellos la comarca, y se hace útil á los habitantes, sin perjudicarlos; por lo cual el Daboís es festejado y casi reverenciado por los negros.

Se necesitaría un tomo si se quisiera describir todas las especies de serpientes, porque hay gran número de ellas, y algunas son verdaderamente lindas por los colores sembrados en su piel y sus bellos contornos, como el Cobra-coral, ó culebra de un hermoso rojo de coral que se halla en el Brasil y en la Guiana, pero que no es menos peligrosa por su veneno.

MISERIA Y CARIDAD.

Los jóvenes habituados á un continuo bienestar y muchas veces al lujo, no pueden formar idea del estado de profunda miseria que reina hace muchos años entre los jornaleros de la Gran-Bretaña. El jornalero español experimenta privaciones y escaseces; pero pocas veces ó nunca llega al estado de pobreza que cerca en Inglaterra á millones de individuos. Vosotros vais á decidir acerca de esto.

Un pobre chico de diez años, de risueño y amable semblante, de figura inteligente pero descompuesta por los sufrimientos, se presentó hace algunos días ante uno de los condestables de la ciudad de Londres, y se declaró culpable de un delito cometido aquella noche en perjuicio de un tabernero, á quien habían quitado unos gansos.

Sin la rijidez de su consigna, el agente de seguridad pública se hubiera compadecido de la extremada juventud y la franqueza del que acababa de delatarse; sin embargo, antes de proceder á la formación de la sumaria, creyó de su deber el conducir ante el *sherif* ú oficial encargado en la ejecución de las leyes, al raterillo, á quien no gustó mucho esta resolución.

En presencia del magistrado, el niño reiteró su confesion, y ya se preparaba á revelar los detalles del hurto, cuando aquel le interrumpió diciendo que los culpables eran dos jóvenes que habían sido presos dos días antes, y que documentos que no dejaban duda alguna demostraban que habían cometido el de-

lito sin la concurrencia de cómplice alguno, en hora y con circunstancias distintas de las indicadas por el niño, á quien lo pequeño de su estatura no habría permitido, por otra parte, alcanzar á la pared que habia sido necesario saltar.

El magistrado concluyó instando al chico para que declarase los motivos por qué se acusaba de una accion culpable, á la cual era enteramente extraño. Hé aquí la esplicacion que dió el muchacho, vertiendo abundantes lágrimas:

«Yo soy el que he tenido la idea de delatarme... Somos tan pobres!... hemos perdido á nuestra madre, mis tres hermanas y yo; y nuestro padre que trabaja en unas canteras de yeso, no gana lo bastante para sostenernos. Yo sabia que habian robado unos gansos á un tabernero del barrio, y como he oido decir que á los chicos condenados por hurto se les encierra en una gran casa, donde se les enseña á leer y á trabajar en un buen oficio, queria pasar por delincuente, á fin de estar encerrado hasta que hubiese aprendido uno, con la ayuda del cual pudiera cuando saliese mantener á mis hermanitas y ayudar á mi padre.... En la cárcel tendría vestidos y pan, que partiría con ellos, y es una desgracia que no me envien á ella, porque nunca me atreveré á robar de veras....»

Conmovido en extremo el magistrado, con consentimiento del padre del chico, se ha encargado en proveer á sus necesidades hasta la edad de diez y ocho años. Despues de haberlo vestido con esmero y aseo, él mismo lo ha confiado á un artesano honrado para que le enseñe su lucrativo oficio, y sería cosa imposible describiros la alegría del inglesillo. Todos admiran su actividad y aplicacion; aplicacion y actividad que nacen de los sentimientos mas nobles; el amor filial y el cariño que profesa á sus pobres hermanitas.



A CELEDONIA DE ANDUEZA Y GELI,**niña de tres años.**

Oh niña, para que Dios
Te llame su fiel amada,
Y arrulladora paloma
De lindas azules alas,
La inocencia que te abriga
Jamás arrojes del alma.

Hermosa flor cuyo cáliz
Suavísimo aroma exhala,
Que nunca el cierzo bravío
A besar tus hojas vaya,
Y rieguen tu fresco tallo
De manso arroyo las aguas.

Que jamás el llanto surque
Tu semblante, Celia cándida,
Y cuando el astro del día
Se sumerja en la mar vasta,
Lleven sus pálidos rayos
A tu pecho la esperanza.

Mas cuando el sol majestoso,
Lanzando esplendentes llamas,
Preste el oro á tus cabellos
Y refleje en tu garganta,
Tus infantiles acentos
Mezcla al murmullo del aura.

Sí, que es dulce al corazón,
Si al mundo sonríe el alba,
Mientras la flor abre el cáliz
Y los pajarillos cantan,
En voz tierna y reverente
Alzar humilde plegaria.

Adios, oh niña; las brisas
Que en torno á tu frente vagan,
Son el purísimo aliento
De querubines sin mancha,
Que Dios ha querido sean
Arcángeles de tu guarda.

J. MANUEL TENORIO.



FERNANDO É ISABEL.

EL reinado de Fernando é Isabel será eternamente célebre en los fastos de la gloria y de la política, porque abrió una nueva era de grandeza para España, preparando las maravillas del siglo de Carlos V, del altivo monarca que aspiraba á la monarquía universal; y porque prolongando la ilusión popular, sostuvo en medio de grandes reveses el poder de Felipe II, umbrroso revolucionario, que desde el fondo de su gabinete trastornó la Europa, á la cual podia comprar con los tesoros del Nuevo Mundo.

Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II, trilogía importante en la historia del humano entendimiento! Por espacio de tres reinados consecutivos, España caminó al frente de la civilización, figurando en Europa en primera línea, porque la España de entonces era la nación victoriosa, ilustrada, urbana, galante y caballeresca por excelencia, como fué grande y valiente, aunque ya había decrecido su poder, cuando los descendientes del Cid y de Pelayo empapados en las ideas de independencia, dieron á la oprimida Europa la señal de la libertad comun por medio de una resistencia heroica al moderno conquistador.

Teatro mucho tiempo de las sangrientas luchas de Roma y de Cartago, despues de haber tenido la gloria de dotar al imperio romano de sus mejores príncipes, España fué presa de los hunos, los godos, los visigodos, y los vándalos que marcaban su temible paso con la caída de los tronos y la destruccion de las ciudades. Los conquistadores árabes, esos hijos del entusiasmo y de la victoria; los sarracenos de Africa, los moros subyugaron á su vez á España, é imponiendo su dominacion á los vencidos, ejercieron sobre ellos el mas glorioso, el mas lejítimo de los imperios, civilizando sus costumbres, introduciendo en la nacion sometida los beneficios del comercio y la industria, inspirando á los españoles el amor á las letras y las bellas artes.

Fernando, á quien los españoles dieron los dictados de Prudente y Sábio, y sus súbditos de Italia el de Religioso, unióse en matrimonio con Isabel de Castilla, y reunió bajo su poder este reino y el de Leon, convirtiéndose en un monarca poderoso. Sin hablar aquí de sus guerras contra Francia y el rey Luis XII, á quien venció con su astucia y el valor de su gran capitán Gonzalo de Córdoba, la reunion del Aragon y de la Castilla asestó el último golpe á la dominacion de los moros en España, cuya espulsion era la principal, si no la única necesidad del país. En consecuencia, hiciéronse inmensos preparativos, y se encañaron los esfuerzos de los dos reinos unidos contra Granada, donde los moros se habian hecho fuertes en sus postreros momentos de dominacion.

La flor de la nobleza española combatia en el sitio de Granada; Gonzalo de Córdoba hizo allí su primera campaña, y Fernando é Isabel asistieron en persona á tan renombrado asedio, lo cual servia de estímulo á los intrépidos guerreros..... Espulsados los moros de Granada, mas tarde se rebelaron los de Castilla, no sin sucumbir al ascendiente de la fortuna y el valor de los españoles. Pero como se refujiasen no pocos á los montes inaccesibles de las Alpujarras, donde por espacio de mucho tiempo desafiaron el poder del vencedor; Fernando, á quien la conquista de Granada habia valido el dictado de Católico, resolvió justificar un título tan glorioso. Para ello promulgó un

decreto, mandando que los moros que no abrazasen el cristianismo, saliesen del reino; medida perjudicial al Estado, por cuanto solo unos diez mil moros recibieron el bautismo, al paso que se retiraron á Africa mas de cien mil familias, privando al territorio español de un pueblo agrícola y comercial, á quien se debía una era, ya que no de ventura, de civilizacion al menos.

No obstante, sin la toma de Granada y la espulsion de los moriscos, no se hubiera descubierto el Nuevo Mundo; pues estos sucesos estaban ligados entre sí por medio de resortes invisibles. Mientras Fernando é Isabel tuvieron que luchar contra los moros de Granada, como el poderoso interés de la seguridad de la nacion absorvia los demás, olvidaron el resto del mundo. Poco les importaba que el genio de Colón fuera á revelarles que allende los mares existia otro globo y pueblos desconocidos hasta entonces; los dos *reyes* (¿quién mereció mejor el nombre de *rey* que Isabel de Castilla?) no veian otro mundo que la ciudad de Granada, ni llevaban mas lejos su plan de conquistas. Granada era su único horizonte y los límites de la tierra; pero luego que se apoderaron del último baluarte musulmánico, escucharon al célebre navegante, y bajo la impresion de su reciente triunfo aspiraron á nuevas glorias. Conocieron, Isabel sobre todo, que tenia un alma noble y generosa, cuán bochornoso y aun impolítico sería repudiar una empresa de que podría aprovecharse otra potencia, y al fin se cumplieron los votos de Colón al cabo de ocho años de obstáculos, desprecios y constancia.

«*Sí, la tierra da vueltas!*» exclamaba Galileo en los hierros de la inquisicion; y del mismo modo sostenia Colón, á despecho de la ignorancia y la envidia, que existia otro continente. Como los héroes de la ciencia, pasando de lo conocido á lo por conocer, el ilustre navegante antes de intentar su descubrimiento, estudió á los antiguos y consultó á los sábios modernos, dedicándose por espacio de cerca de cuarenta años, es decir, mas de la mitad de su carrera, á recorrer las diversas partes del globo. Aunque se hubiera engañado en sus cálculos, el mundo debería estarle agradecido, porque de error en error no se pasa al descubrimiento de la verdad?... Pero la envidia contemporánea, tan difícil de desarmar, no cesó de perseguirle, no pudiendo perdonarle el que acertara en sus cálculos.

Tratósele primero de visionario y vagabundo, y despues se le incensó como un Dios; pero la envidia no tardó en vencer, destrozando la divinidad aun en vida. Esta es la historia de la debilidad humana en todas las grandes empresas que confunden al vulgo, debiendo tenerse en cuenta además que el exceso de la gloria produce el exceso de la injusticia. Habíase negado que pudiese existir otro hemisferio, y Colón lo descubre. Habíase negado el movimiento, y él marcha. ¿Qué debía resultar de esto? Se afectó

despreciar sus trabajos, sosteniéndose que nada tenían de difíciles, y que el piloto mas simple los hubiera ejecutado; acusacion que el noble marino refutó de un modo ingenioso.

Pero cuántas calumnias, cuántos malos tratamientos, cuántas injurias y ultrajes tuvo que sufrir antes de obtener reparacion! No la obtuvo mientras respiró, y solo con la muerte espizó la gloria de su vida, porque contra tanto odio y encarnizamiento solo podía invocar á la posteridad.....

Digno patricio de Génova, despreciado por tu patria, Inglaterra y Portugal, España se aprovechó de tus conocimientos y tu arrojo para descubrir un mundo, plantando en él la noble enseña de Castilla!....Quién diría al que acababa de prestar á la monarquía tan eminente servicio que habia de volver á Europa cargado de cadenas, despues de sufrir las persecuciones y los ultrajes de los envidiosos Ovandos y los mezquinos Bo vadillas?....

Sin embargo, en el buque que conducia hubo hombres generosos que quisieron romper sus grillos; pero los contuvo diciendo que se los habian puesto en nombre del rey, y hasta que este lo ordenase no los dejaría. Cuando se vió en presencia de Fernando, cayó á sus plantas con los ojos preñados de lágrimas, y triunfó, confundiendo á sus acusadores. Despues volvió á América, donde se vengó descubriendo nuevos paises; pero ay! al desembarcar en España se halló sin protectora, porque la generosa Isabel acababa de espirar. Fernando, cediendo sin duda á pérfidas cuanto insidiosas instigaciones, quiso obligar al gran marino á que hiciese dimision de todos sus empleos, y si bien el ilustre genovés rehusó con dignidad, no pudo resistir á este último golpe, y murió en Valladolid á la edad de setenta y cinco años, dejando memoria eterna.

Y ya que al hablar de Fernando é Isabel, á quienes tanto debió la España de aquellos tiempos, á pesar de la ingratitude de Fernando para con Colón y el gran capitan; ya que hemos tratado del descubrimiento del Nuevo Mundo, diremos algunas palabras acerca de Hernan Cortés y de Pizarro; esos terribles conquistadores que subyugaron la América, imponiéndola el formidable dominio del poderoso rey de Castilla. El recuerdo de las portentosas hazañas de estos dos guerreros, vivirá eternamente porque es imposible olvidar la larga série de triunfos que alcanzaron con un puñado de soldados, contra enemigos que no tenían número.

Cortés y Pizarro han renovado en el Nuevo Mundo los prodijios de Marathon; ambos activos, ardientes, infatigables, ambiciosos, pero prudentes y políticos; dotados de la sangre fria tan necesaria para ejecutar grandes designios; de alma fuerte, de viva y penetrante imaginacion, de constitucion robusta, mos-

trábanse ávidos de riquezas, pero tambien de peligros; porque si las unas crean la fortuna las otras aseguran la verdadera fama.

Con seiscientos hombres y algunas piezas de cañon, el joven teniente de Velazquez derribó el poderoso imperio de Méjico, empleando la astucia y la destreza, la fuerza y el valor. *Vencer ó morir!* grita á sus camaradas despues de quemar los buques, y logra encadenar la victoria, tanto mas gloriosa, cuanto que al principio no dejó de ser dudosa. No menos temible para los españoles que para los mejicanos, vióse obligado á luchar hasta el fin de su carrera contra las frecuentes insurrecciones de los vencidos, y contra las sospechas no solo de aquellos á quienes obligó á vencer, sino de la corte de Madrid, que temia su ambicion y su popularidad. Cansado de combatir contra indignos adversarios que le suscitaba un gobierno ingrato, abandonó el teatro de su gloria; y vuelto á España, pasó el resto de sus dias en la soledad, desdeñado por un soberano á quien *habia conquistado mas provincias que poblaciones le dejaron sus ascendientes.*

Quizá mucho mas admirable, Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, todo lo debió á sí mismo, y con su jenio suplió á los beneficios de la educacion. Hombre extraordinario que saliendo de las últimas filas del pueblo como Sixto V, cuya historia os hemos contado, destruyó imperios como Alejandro. A ejemplo del rey de Macedonia, no solo supo destruir, sino fundar ciudades, establecer colonias, proteger el comercio y la agricultura. Estraño á la avaricia, Pizarro empleó los tesoros del Perú en los gastos de la conquista, y murió en la pobreza á los golpes de un asesino.

Separada de la metrópoli por medio de la violencia, la América ha quebrantado el yugo de sus antiguos señores, y no es ya una colonia española sino que se gobierna por sus propias leyes. Empero desgarrado el Nuevo Mundo por facciones intestinas, entregado á continuas convulsiones y violentas tempestades, quizá á estas horas echa de menos el dominio de la pujante aunque hoy decaida nacion de Fernando é Isabel.

LOS TRES HERMANOS MUSICOS.

I.

Despues de seis años de encarnizada y sangrienta guerra, gracias á nuestra constancia, á nuestro entusiasmo, á nuestro valor, en fin, no solo logramos espulsar de nuestra patria á los

franceses, sino que les perseguimos hasta su país, repeliendo de este modo la más injusta de las agresiones.

Hallábase acampado nuestro ejército cerca de Bayona, y se agrupaban los soldados en torno de las fogatas, cuyas llamas iluminaban los heroicos semblantes, que jamás pudo mirar el enemigo cara á cara sin espanto. La actitud de los guerreros españoles revelaba la fatiga, porque contaban largos y penosos trabajos; pero entre aquellos espesos bigotes se traslucía la expresión de terribles amenazas contra los que vinieron á hacernos la guerra en nuestra misma casa, derramando á torrentes la sangre castellana, y sembrando de escombros la nación de Carlos III.

Sobre una de las fogatas se veía una gran marmita sostenida por tres palos puestos en forma de triángulo, y llena de legumbres y de algunas gallinas, á creer el olor que exhalaba cuando el ranchero movía con un bastón lo que la vasta marmita contenía. Acá y allá se encontraban en el suelo algunas armas, barrilillos, jarros y panes de munición; cuadro tanto más interesante, cuanto que andaban allí confundidos oficiales y soldados, no faltando algunos de estos últimos que lucían en extraño maridaje las prendas del uniforme español y alguna que otra francesa recojida en los campos de Vitoria.

Mientras así se disponía la cena, salió de un bosque inmediato una mujer joven todavía, pero pálida y flaca, debido al cansancio, la enfermedad ó la pobreza; de suerte que una vejez prematura había marchitado sus facciones, que sin ser hermosas, tenían no obstante cierta regularidad. Su traje revelaba profunda miseria, y sobre su espalda hallábase sentado ó más bien agrupado un niño de tierna edad, puesto sobre una caja parecida á los organillos que traen los músicos extranjeros. A su lado caminaban otros dos niños de alguna más edad que el primero, y los tres eran sumamente bonitos; pero el frío, el hambre y todas las incomodidades de un viaje de muchos días, hecho sin dinero y sin recursos, habían enflaquecido sus mejillas, apagado el brillo de sus ojos y borrado los bellos colores de la infancia. Así es que tiritaban, y dirigiendo ansiosas miradas á todos aquellos preparativos, harto bien dieron á conocer su necesidad.

«Ola, comadre, exclamó un andaluz, que era el orador de la compañía y á quien sus camaradas habían bautizado con el nombre de *Buen-Timbre*; ¿de dónde viene V. de este modo?

—De Bayona, respondió la joven con acento alemán muy pronunciado.

—Por lo que veo, no es V. francesa.

—No señor, soy sajona, de Dresde.

—Magnífico!.... pero no se detiene V. un poquito?.... De buena gana hablarían esos chicos con la lumbre, y dirían una

palabra á la gamella. Ea, dejémosnos de remilgos! con los valientes no hay que gastar cumplimientos.»

Y los tres niños, con inefable expresion, miraban alternativamente á los soldados y á su madre, dando gracias á los unos y suplicando á la otra. Esta, sin disimular su alegría, se acercó al grupo, y todos acudieron á desembarazarla de su pesada carga. Hiciéronla sitio para que se acercase al fuego, y los niños, saltando con su acostumbrada alegría entre los soldados, abrazaron á *Buen-Timbre*, jugando con sus bigotes.

Cuando llegó la hora de cenar, todos se acercaron á la marmitta, y sobre anchas rebanadas de pan negro ponian la carne y las legumbres, y despues pasaban de mano en mano los jarros llenos de vino. La madre y los hijos estaban enagenados, y sus rostros expresaban ese aire de ventura que tan bien sienta á la juventud y la infancia.

«¿Cómo ha llegado V. á tan miserable estado? dijo *Buen-Timbre* suavizando la voz.

—Mi marido, mis dos hijos y yo habitábamos una casita en las cercanias de Dresde, y por tres veces fuimos robados por las tropas francesas.

—Lo mismo han hecho en mi tierra; pero les hemos pagado como merecian.

—Mi marido, que en otro tiempo fué músico, y habia sufrido muchas desgracias, tocaba el violin por las calles, y mis dos hijos, pues entonces no habia dado á luz el tercero, iban con él tocando el organillo.

—Con esta caja?

—Sí, señor soldado, dijo uno de los niños con acento muy español; ¿quiere V. que la toque?

—Pues no habla mi lengua como yo!

—Su padre era español, y les enseñó el castellano.

—Acabára V. por Cristo! con que estos pilluelos son paisanos míos, ó poco menos? Pues, señor, me alegro infinito, dijo el soldado apurando un jarro de vino.

—A poco tiempo murió mi marido, y como nada nos habia quedado, me he puesto en camino con los niños para ir al pais de mi marido, donde espero hallar algun pariente que recoja á estos pobrecitos. Entonces me volveré yo á Alemania.»

La viuda no pudo acabar, porque los sollozos la ahogaban.

—Ah! dejémosnos de simplezas, dijo *Buen-Timbre* saltándose las lágrimas; ¿y de qué pais era su marido de V?

—De Osuna, cerca de Sevilla..... Hasta el día, nos hemos mantenido los tres tocando por los pueblos; pero hacia dos dias que á casi nadie habíamos encontrado, y veinte y cuatro horas que ni habíamos comido ni descansado. Cuando avisté á VV. apenas tenia esperanzas de llegar á la aldea que se vé desde aquí,

porque aunque no me faltaban fuerzas, los niños no podían sostenerse, viéndome obligada á llevar en brazos ya al uno ya al otro, y para engañar su hambre á hacerles mascar ramillas de algun árbol.....»

Al día siguiente el ejército emprendió la vuelta á España, donde entraron la madre y los hijos tocando un himno patriótico. La alemana, al ver el suelo patrio de su marido, alzó al cielo una mirada de gratitud, y los chicos la imitaron como la imitaban siempre que se ponía á rezar.

II.

En Vitoria, la madre de los tres niños, á quienes en adelante llamaremos los tres hermanos músicos, cayó enferma, y el mayor de los chicos, que no tenía doce años, no quiso que la condujeran al hospital. Lloró tanto y tan fuerte; sus hermanos mezclaron tantas lágrimas á su llanto, que enternecidas algunas personas caritativas se encargaron de cuidar á la pobre extranjera y á su corta familia.

Siéndole preciso á *Buen-Timbre* continuar su marcha, abrazó á sus amigos y les dejó algunas monedas que había guardado en el forro de su uniforme. Esta fué para los niños una fortuna, cuyo secreto solo confiaron á su madre á fin de tranquilizarla acerca del porvenir, bien limitado por cierto. A pesar de estos recursos inesperados, tratóse al pie del lecho de la querida enferma de cómo se aumentarían los medios para vivir sin servir de carga á nadie. Había en aquellos tres corazones y en aquellas tres inteligencias apenas formadas maravillosos instintos, pero la música y la profesion de su padre era cuanto podían explotar, y hé aquí lo que se adoptó á propuesta del mayor de los niños:

Todas las mañanas, despues de estar seguros de que nada faltaría á su madre, recorrerían las calles de Vitoria tocando el organillo y cantando algunas canciones del país para agradar á los transeúntes: dos veces al día uno de ellos iría á casa para ver á la madre y entregarla lo que juntasen, y por la noche se reunirían todos despues que la campana diese las diez, ó, como decían los niños en alemán, cuando sonase el *lumbeglock*. Por supuesto se adquiriría un violin y un método para aprender á tocar este instrumento, al paso que uno de ellos, el mayor, se aprovecharía de las horas de descanso para recibir lecciones, y poder en seguida enseñar á sus hermanos.

Al principio los vitorianos hicieron muy poco caso de los tres chicos, á los cuales confundían con los músicos alemanes, italianos y franceses que suelen penetrar en España por aquella parte de la frontera; pero su donaire, su modesto vestido y sus graciosos semblantes interesaron á algunas personas, y des-

pues á otras, hasta que obtuvieron la predileccion de la ciudad.

En el paseo eran la delicia de la jente elegante; en el café servian de solaz á los jóvenes, y en las posadas, en las tabernas, en las romerías, divertian á la multitud. Aprendian con pronta y fácil docilidad lo que podia ser grato á los que les escuchaban, y hasta componian algunas cancioncillas, recuerdos mas bien que inspiraciones. De todo esto resultó, que recojieron muy buenos cuartos, restablecióse la salud de su madre, y á las bendiciones que sin cesar les dirigia esta, mezclaban acentos de religiosa gratitud.

Una mañana clara y despejada, la ciudad entera habia salido á gozar de los primeros rayos del sol de primavera, y los tres hermanos, muy crecidos y con buenos trajes se presentaron á la multitud, la cual les miraba con sorpresa y con benévola curiosidad. No llevaban como otras veces el organillo que era su eterna orquesta y el único acompañamiento de sus cantares, sino que el mayor tenia un violin, el otro una flauta, y el mas pequeño, aunque con trabajo, cargaba con un violonchelo.

Animados los chicos con la buena acogida de los vitorianos, colocáronse en una eminencia, y allí ejecutaron delante de lo mas escogido de la poblacion fragmentos de Beethoven y de Mozart. Los oyentes estaban admirados, y llovian las monedas sobre una bandeja de estaño, con gran alegria de los músicos, quienes se retiraron á la ciudad con ánimo de entregar para objetos de beneficencia todo el producto de su primera colecta, en lo cual cumplian un voto de caridad.

Era imposible comprender cómo aquellos niños que pasaban todo el dia y parte de la noche tocando el órgano y cantando en los sitios públicos y en los paseos, en las plazas y en las calles, se habian convertido tan pronto en hábiles artistas. Porque nadie sabia que por espacio de cinco años, bajo la direccion de su hermano mayor, cuya disposicion y celo eran extraordinarios, cada uno de los dos hermanos habia aprendido el instrumento que podia completar la armonia. Todas las noches, cuando su madre se dormia bendiciendo á los hijos de su corazon, encerrábanse en una pieza aislada del piso alto, y allí daban principio á una leccion que devoraban con avidez. Con el estudio y la constancia, saltaron la primera valla, y luego creció el trabajo, los progresos fueron rápidos, y nuestros músicos, uno de los cuales entraba en la juventud, mientras los otros hallábanse en la adolescencia, se creyeron bastante fuertes para intentar un ensayo en público, no sin que el éxito coronase su empresa.

Habíanse hecho los músicos la delicia de las mejores tertulias de Vitoria, y vivian con su buena madre en la mayor comodidad, cuando llegó la noticia de que pronto entrarían tres batallones de infantería, destinados á guarnecer la plaza. En las

provincias siempre llama la atencion la llegada de nuevas tropas; así es que un concurso numeroso se trasladó á la puerta por donde aquellas debían hacer su entrada.

Los tres hermanos, acompañados de su madre, hallábanse entre la multitud, y cuando oyeron á lo lejos la música militar saltaron de alegría, como si un presentimiento secreto fuese á anunciarles lo que iba á suceder. Avanzaban los batallones vestidos de gala, y á la cabeza de la música, despues de los gastadores, llamaba la atencion un tambor mayor de alta estatura, y cuyo traje era muy pintoresco. Llevaba un kolback con un penacho, del cual salía un plumero gigantesco, y los tres hermanos le miraban con emocion cuya causa ignoraban, hasta que el mayor exclamó:

«*Es Buen-Timbre!*»

Al oir este nombre, el tambor mayor volvió la cabeza majestuosamente, y la mirada que dirigió á sus amigos les probó que no los había olvidado; pero la disciplina no le permitia distraccion alguna, por lo cual les hizo seña para que acompañasen el regimiento hasta el cuartel que debía ocupar.

III.

Figúrense nuestros jóvenes lectores cuál no sería el placer de todos al volverse á encontrar: sucedíanse las preguntas y las caricias, y ninguno se escuchaba hasta que *Buen-Timbre* rogó á sus amigos le contasen su actual estado. Hízolo así el mayor, y cuando acabó su relato, el veterano abrazó á los tres, estrechándolos contra su corazon.

Sus aventuras eran mas sencillas: cumplidos sus años de servicio, no había querido abandonar su bandera que había visto flotar con orgullo en muchos combates, y nombrado tambor mayor de su batallon, iba de guarnicion á Vitoria, donde todos los días podría ver á los que amaba con todas sus fuerzas, y en los cuales había pensado no pocas veces.

Buen-Timbre era muy constante en las visitas que hacía á sus amigos, y como se apasionase de la música al oirlos, quiso aprenderla. El mayor de los tres hermanos se convirtió en su maestro; mas su organizacion era rebelde para la música, á pesar de la gracia con que se contoneaba al frente de sus tambores, y la destreza con que manejaba la insignia de su empleo.

Dos años despues de estos sucesos, los tres hermanos tuvieron el dolor de perder á su mamá, y abandonaron una ciudad que si les ofrecía gloriosos recuerdos, tambien les aflijia con el pesar que les causó la muerte de una madre, cuya salud habían minado los trabajos.

Luego que recorrieron la Francia, se dirigieron á Alemania, recojiendo en todas partes aplausos y dinero. Ellos mismos componían lo que tocaban, y sus obras tenían particular encanto, el de una delicadeza inimitable. Pura y penetrante su melodía, suave y argentina su armonía, noble el candor de aquellos tres artistas unidos por los lazos de familia y por la fraternidad intelectual, acercábanse hácia la madurez sin perder ninguna de las amables cualidades de la infancia, y toda la Alemania celebraba su mérito.

Seguramente era un espectáculo digno de interés el de tres hermanos recorriendo con tanta reputacion y colmados de aplausos y de riquezas, las mismas poblaciones que años antes habian pisado pobres y necesitados, faltos de todo, hasta de consuelos. Quisieron tornar á los sitios que habian sido testigos de sus trabajos, y festejados en todas las ciudades, hasta la corte rindió su tributo de admiracion á su indisputable talento.

Hace un año que hallándonos nosotros en Alemania presenciábamos una escena interesante. Ejecutábase una ópera nueva en el teatro de una de las ciudades que se miran en las ondas del Rhin, y un augusto personaje habia acudido para asistir á la representacion. La ópera obtuvo todos los sufragios, y la partitura excitó transportes de entusiasmo, pues al mismo tiempo que eran graves y expresivas las masas de armonía, sostenian perfectamente las cantinelas del drama musical.

Cuando se acabó la última escena, la corte quiso saludar al autor de una obra tan llena de mérito; y como los espectadores se asociasen á este deseo, salieron á las tablas con suma modestia tres artistas con el pecho cubierto de cruces. Eran los tres hermanos músicos, los cuales se abrazaron llorando al oir las felicitaciones mil veces repetidas de un público entusiasta que no se cansaba de prodigarles su admiracion y cariño.

EL SOBRINO DE LA FRUTERA.

Cómo, desdichado! repetía á su hijo el padre Lázaro, cocinero en Versalles; por Navidad tendrás seis años, y no posees todavía la menor habilidad de agrado; ni sabes dar vueltas al asador, ni espumar la olla!

Y es menester confesar que el padre Lázaro reprendía con alguna razon, porque en el momento que ocurría esta escena, en 176.... acababa de sorprender á su heredero presuntivo en flagrante delito de travesuras y pereza, tirando al florete, armado de un asador que hacia las veces de éste, contra la pared ahumada de la cocina, sin cuidarse de un ave que esperaba de un modo lastimero sobre la mesa el momento de ser empalada, y

de la puchera paterna que despedía hirviendo borbotones de espuma sobre la ceniza.

—Vamos, perdónalo y abraza á ese pobre niño; él no lo hará mas, decía una paisana todavía jóven, frutera en Montreuil, y hermana del irritable cocinero. Marta (este era su nombre) habia ido á Versalles bajo pretexto de consultar á su hermano, no sé sobre que proceso, pero en realidad para acariciar y regalar frutas á su sobrino, á quien amaba locamente. Todo en el carácter y el exterior de aquel niño podia justificar este afecto extraordinario, porque era travieso y alborotado, pero bueno y sensible, y bonito, bonito!.... que daba gana de comérselo á besos al ver sus lindas mejillas, mas frescas y coloradas que las frutas de su tia. Mas el padre Lázaro reñia siempre. Seis años! repetia, y no sabes espumar la puchera! Jamás podré hacer de este niño nada bueno.

El padre Lázaro, tenedlo entendido, era uno de esos cocineros pagados de su saber y fanáticos que miran su oficio como el primero de todos, como un arte, como un culto y que afianzaba con tanta severidad un cuchillo de cocina, como un bajá el yatagan; que pelaba un ganso con el continente solemne de un gerofante consultando las entrañas sagradas, batia una tortilla de huevos, con la majestad de Jerjes azotando el mar; que habia encanecido bajo el inmóvil gorro de algodón, y tendria gustoso al tiempo de morir el mango de una sarten, como dicen que tienen los indios devotos la cola de una vaca.

Ya no hay hombres de ese temple.

En cuanto á Marta la frutera, era una criatura buena y sencilla.... tan buena, que era no tonta, como se dice vulgarmente, sino al contrario, vivaracha. Sí, ella encontraba á veces en su corazon maneras de hablar sentimentales y apasionadas, que el mismo Voltaire, el hombre grande de aquel tiempo, jamás habria encontrado bajo su peluca.

Todavía hay mujeres de esta estofa.

—Hermano, dijo enternecida y casi llorando al ver llorar á su Lazarito: ¿te acuerdas de aquel gran cofre que te parece tan á propósito para guardar la loza, y que no he querido venderte? pues te lo cederé ahora si quieres.

—Todavía doy por él diez francos como antes.

—Hermano, quiero mas.

—Vamos, diez libras y diez sueldos y no hablemos mas.

—Oh! exijo mas todavía. Es un tesoro el que quiero!

El padre Lázaro miró á su hermana como para descubrir si estaba loca.

—Sí, continuó ella, quiero llevarme á mi casa á mi Lazarito, para mí sola. Desde esta noche, si quieres, es tuyo el cofre, y me llevo el chico á Montreuil.

El hermano de Marta no dejó de poner algunas dificultades, porque en el fondo era buen hombre y buen padre; pero el niño en pleito le hacia criar, segun su expresion, *tan mala sangre* y hacer tan malas faltas!... Las instancias de Marta eran tan vivas.... y por otra parte, el cofre en cuestion, era tan cómodo para encerrar la loza!.... en fin cedió.

—Ven, hijo mio, ven, decia Marta llevándose á Lazarito hacia su calesin, mejor estarás en mi casa, entre mis manzanas, que comes con tanto placer, que en la sociedad de gansos asados de tu padre. Pobre niño! habria perecido entre esta humareda.... Mira que pronto, añadió con sencilla admiracion, mi ramo de violetas, que hace poco estaba tan fresco, ya se ha puesto marchito. Oh! ven y marchemos pronto: si tu padre quisiese desdecirse y recojerte de nuevo!

Y se llevaba su presa tan velozmente, que los transeuntes la habrían tenido, á no dudarlo, por una gitana ladrona de niños, á no ser por su ropa decente y el andar libre y contento de su jóven compañero.

El primer cuidado que tomó la buena tia despues de haber instalado á su sobrino en su casa, fué enseñarle ella misma á leer, de lo que el padre Lázaro no se habria acordado jamás, porque totalmente desprovisto de instruccion, el buen hombre no conocia el valor de esta, y se le habria sorprendido mucho, sin duda, esplicándole que una de las plumas que él arrancaba tan sin reparo en las alas de sus gansos, podia, cayendo en manos hábiles, trastornar el mundo. Lazarito aprendió pronto y con tanto empeño, que la maestra se veia frecuentemente obligada á cerrar el libro la primera y decirle: «basta, anjel mio, basta por hoy; ahora vete á jugar, ten mucho juicio y diviértete bien.» Y el niño obedecia y andaba á caballo con gran ruido en la casa ó delante de la puerta montado sobre un palo. Algunas veces la inocente cabalgadura tascaba el freno al parecer.

—Dios mio! Dios mio! se vá á caer, exclamaba entonces la buena Marta, que seguia al ginete con los ojos, pero muy pronto lo veia domar, dirigir y espolear su palo de escoba con toda la destreza y el aplomo de una vieja hechicera, y tranquilizada, se sonreía desde su ventana como una reina desde su balcon.

Este instinto guerrero fué creciendo con la edad, de tal modo, que á los diez años fué nombrado por unanimidad de votos general de los nenes de Montreuil, que combatian entonces, divididos en dos campos, la posesion de un nido de mirlos. Inútil es decir que justificó esta eleccion por prodijios de habilidad y de valor. Se pretende tambien que le sucedió ganar cuatro batallas en un día, hecho inaudito en los anales militares (el mismo Napoleon no llegó nunca mas que á tres). Pero su grado superior y sus victorias no hicieron á Lázaro mas arrogan-

te que antes, y todas las noches el beso filial de costumbre resonaba con la misma expresion en las mejillas de la frutera. Mas ay! la guerra tiene azares terribles, y cierto dia el conquistador experimentó cierta desgracia, que estuvo para disgustarle de las conquistas para siempre. Este es el hecho: cuando se bajaba para observar los movimientos del enemigo, la mano apoyada en un tronco de árbol, y poco mas ó menos como Napoleon dirigiendo una batería á Montmirail, el pantalon del general observador estalló y se rasgó por detrás, donde sabeis, dejando pendiente y flotante el ancho extremo de una camisa que Marta habia lavado y planchado el dia antes. A esta vista, los héroes de Montreuil dieron una carejada tan fuerte, como la hubieran podido dar los dioses de Homero, grandes amigos de reir como se sabe. El ejército se alborotó; el general gritó en vano como Enrique IV, cuya historia habia leído: «Soldados, reuníos, sirviendo de guia mi plumero blanco!» Le respondian que un penacho no se ponía en aquel sitio, y que no se podia sin hacer injuria á los colores franceses enarbolarlos en semejante brecha; de tal modo, que el pobre general rompió sobre la espalda de un amotinado el baston de general, y entró en su hogar triste y corrido como los ingleses, al llegar á Doules despues de la batalla de Fontenoy..... Este nombre me recuerda una circunstancia, que habria hecho mal en omitir, porque influyó mucho en el carácter y el destino del héroe de esta historia. Un pobre soldado viejo que venia de tiempo en tiempo á casa de Marta, su parienta lejana, á fumar en su pipa en el rincon de su chimenea, y acalorarse el corazon con un vaso de ratafia, no habia dejado de contar como él y el célebre mariscal de Saxe habia ganado la célebre batalla. Os dejo pensar si esta relacion inexacta, mas acalorada, habia debido inflamar la imaginacion del jóven oyente. Desde entonces, dormido ó despierto, oía sin cesar galopar los caballos, silbar las balas, y resonar los cañones; y mas de una vez, solo en su cuartito, se figuró en su pensamiento autor de aquel gran drama militar.

Era menester haberle visto entonces brincar, saltar y gritar. —Tirad los primeros, señores ingleses!— Mariscal, nuestra caballería es rechazada!—La columna enemiga es inmóvil!—Adelante la casa real! pin! pan! Bravo! el cuadro inglés está roto! Nuestra es la victoria, viva el rey!

El pobre Lázaro se creía por lo menos escudero de Luis XV ó coronel. Semejante ambicion os causa risa sin duda! ¿Habria sido un milagro, no es así, que el sobrino de la frutera pudiese levantarse á tanta altura? Sí, pero recordad que nos acercamos á 1789, época fecunda en milagros, y escuchad: Lázaro, alistado primero en los guardias franceses, á pesar de las lágrimas de la tía, que él trataba de consolar, antes de partir, con sus cari-

ños, no tardó en ser sarjento. Despues el siglo marchó, y la fortuna de muchos sarjentos tambien. En fin, de grado en grado llegó á ser, acertarlo. ¿Coronel? No habia ya coroneles! Escudero del rey? No habia ya rey. No lo acertais? Pues bien, Lázaro, el hijo del cocinero; Lázaro el sobrino de la frutera, llegó á general; no ya general por broma, y con gorra de papel, sino general *formal*, con su sombrero de penacho y una casaca bordada de oro; general en jefe, general de un grande ejército francés, nada mas que esto. Y si de ello dudais, abrid la historia moderna, y en ella leereis con entusiasmo las bellas y grandes acciones del general Hoche. Hoche era el apellido de la familia de Lázaro. Démosnos prisa en decir para elogio suyo, que sus victorias bien formales en esta ocasion, no alteraron la misma modestia y bondad que sus victorias cuando niño en Montreuil. Así, cuando un día de revista pasaba al galope por el frente de su ejército, estaba aun en una ventana cerca de allí una buena vieja que miraba atentamente al gallardo general, llena de placer, de temor y repitiendo como veinte años antes. «Dios mio, Dios mio! se vá á caer! En cuanto al cocinero regañon de Versailles, tambien estaba allí maravillado de haber dado un héroe á la patria, repitiendo con cierto orgullo á los que le felicitaban: No podeis creer cuánto me ha costado educar á ese niño. Figuraos, ciudadanos, que á los seis años no sabia espumar la puchera.

HIMNO A DIOS.

Los globos inflamados que absorto el hombre mira
Allá en el firmamento rodando sin cesar;
Los átomos errantes que en el espacio inmenso
Vemos, y en medio al aire, alijeros volar;

La hermosa primavera de flores coronada;
Del abrasado estío el caloroso ardor;
El nebuloso otoño y el aterido invierno
Con sus oscuras noches, su escarcha y su rigor;

El fragoroso estruendo de hortisona tormenta;
Del trueno el eco sordo que retumbando vá;
Todo recuerda al hombre la imájen sacrosanta
Del Dios del universo, del grande Jehová.

Cuando niño inocente yo en la floresta umbría
Blandamente embriagado en cénica ilusion,
El cielo suspendido sobre mi pura frente
Contemplaba estasiado de las brisas al son.

Venciendo mis sentidos á la ignorancia ruda,
Del sol un blando rayo mi mente iluminó,
Y admiré entusiasmado el órden inmutable
Que el dueño de los mundos al mundo señaló.

En májico embeleso el alma arrebatada,
Entreví allá en mis sueños al Supremo Hacedor,

Cercado de querubes, en la mansion angélica,
Radiante de hermosura, cubierto de esplendor.

A través de los soles las nubes traspasando,
Armónica y sublime su voz creí escuchar,
Y en mi transporte ansiaba subir hasta los cielos,
Y en sus plantas divinas mil besos estampar.

Hoy que el tiempo agostando mis años infantiles
Trajo á mi pobre espíritu la luz de la razón,
Humíllome al aspecto del Dios del universo,
Que el culto de la mente pasára al corazón.

Pero mi rudo acento resuena en la espesura
Del solitario bosque, y del viento al rumor,
Pulsando triste lira de débiles sonidos.
Canto humilde tus glorias y tu poder, Señor!

Sobre un trono esplendente de brilladora lumbre,
Circundado, Dios mío! de pompa y majestad,
De las sombras del caos á los dormidos mundos
Sacaste, y de las nieblas de inmensa oscuridad.

Tú dominas los vientos, y en las espesas nubes
Velando con misterio la frente divina,
De tu voz al ruido abre el norte rajiendo
De las negras tormentas el henchido arsenal.

Tu mano forjó el trueno, y en noche tenebrosa
A los ardientes rayos alas de fuego dió,
Tu mano los cabellos del errante cometa
Para asustar al malo con cólera erizó.

Pero también tu mano la tierra fertiliza
Y en áridos desiertos la rosa hace brotar,
Tu mano que sobre ella las perlas del rocío
Vá en abundante lluvia benigna á derramar.

Si quieres que iluminen las pálidas estrellas
Allá en la oscura noche el firmamento azul,
Te obedecen al punto, y encienden sus fanales,
Rasgando de las nieblas el pavoroso tul.

Justamente indignado contra el protervo impío,
Ora tu soplo enciende el fuego del volcán,
Ora tu voz desata las roncadas tempestades,
Ora tu brazo impele al férvido huracán.

Tú las alas formaste del águila altanera
Que á la región celeste subiendo en vuelo audaz,
Se mece entre las nubes, y gira en remolino
Del sol esplendoroso ante la escelsa faz.

El murmurante río; el cristalino arroyo;
Del campo la verdura; las flores del jardín;
La noche soñolienta; el bullicioso día;
El vapor de la tarde; de la aurora el carmin;

Todo revela al hombre tu espíritu infinito,
En todo mira el sello de tu inmenso poder,
Y si acaso un instante te desconoce ciego,
Bien pronto arrepentido te encuentra por do quier.

Que si la luna brilla en la callada noche
Te bendice gozoso el misero infeliz;
Mas si la voz del trueno retumba en noche oscura,
Tiembla el malvado y ora, doblando la cerviz.

J. MANUEL TENORIO.



HISTORIA DEL BARON DE TRENK.

COLOQUEMOS, queridos niños, á la cabeza de esta historia la lección que encierra, á fin de que el interés sobrado vivo que los grandes infortunios inspiran, no os impidan buscarla. Aprended con este ejemplo á tener constancia; sabed que no hay dolor superior á nuestras fuerzas, ni obstáculos que no pueda vencer una voluntad firme y robusta; y si algun día os persigue la desgracia, acordaos del baron de Trenk, y de que sois hombres!

Nació Trenk en Koenisberg, en Prusia, y á los diez y ocho años, como era uno de los jóvenes mas bien formados de su pais, entró á servir en la guardia del rey de Prusia, Federico el Grande, quien al cabo de tres semanas elevó á Trenk al grado de porta-estandarte. «Pocos hombres, dice Trenk, han alcanzado con tanta rapidez semejante fortuna. Favorito del rey, era á la vez hombre de corte, instruido y oficial en el cuerpo

mas bello de la escuela militar mas sábia de Europa; Pollnitz, Maupertuis y Voltaire eran mis maestros; el porvenir me sonreía, y no había ejemplo de igual ventura!....»

Pero Trenk cayó repentinamente en un abismo de infortunios; pues acusado por los que le tenían envidia de sostener correspondencia con un primo suyo, general austriaco, sin ser interrogado, sin forma de proceso, fué arrestado al frente de sus tropas y encerrado en una fortaleza.

Cualquiera otro se hubiese figurado estaba perdido para siempre; pero un año mas tarde, Trenk, que se habia escapado de su prision, era capitán de caballería al servicio de la emperatriz de Rusia, secretario íntimo del canciller del imperio, y debia ser nombrado gentil-hombre de cámara. Pero Federico le persiguió hasta allí: las intrigas de su embajador dieron en tierra con la fortuna de Trenk, que obligado á dejar la Rusia se dirigió hácia Alemania. Los espías del rey de Prusia lo aguardaban para apoderarse de él; pero Trenk tenia espías tambien, y á la cabeza de algunos hombres osados, embistió á los soldados prusianos que iban á prenderle, los hizo prisioneros y los envió á su jefe, no sin aplicar á cada uno de ellos cincuenta palos.

Admirado Federico, y sintiendo sin duda haberse privado de tal súbdito, le instó á que volviese á su patria; pero Trenk, como todos los hombres, juntaba á sus grandes cualidades, grandes defectos; y como su valor se acercaba á la audacia, y su perseverancia tenia mucho de terquedad, respondió con orgullo: «que era tardía aquella gracia, y no se espondría á sufrir nuevas injusticias!» Entre un capitán de caballería y un rey como Federico, la lucha era desigual: así es que la venganza del monarca, ofendido en su orgullo, fué terrible.

Una noche que Trenk se hallaba tranquilo en su lecho en Dantzick, ciudad libre imperial, fué preso á despecho del derecho de jentes y de todas las leyes de la humanidad, porque apenas cayó en poder de los prusianos, le robaron su bolsa, su reloj y todas sus joyas! Conducido primero á Lavenbourg, desde allí lo trasladaron á Berlin, y por último á la ciudadela de Magdebourg, donde lo aguardaba un calabozo! Tenia seis pies de ancho sobre diez de largo: la pared era del grosor de seis pies, y la ventana estaba construida de manera que pudiese penetrar alguna luz, mas no se podia ver ni el cielo ni la tierra. La avaricia del mayor de plaza, que traficaba con el alimento de los prisioneros, aumentó el suplicio de Trenk, pues solo le dió libra y media de pan de munición, con un cántaro de agua. Trenk habia sido siempre gran comedor: fácilmente hubiese consumido seis libras de pan, y solo le daban la cuarta parte cada veinte y cuatro horas! «Hubiera dado, di-

ce el infeliz, una letra de cambio de mil ducados, por hartarme una vez de pan seco: apenas me dormía, soñaba que estaba en mi gran mesa llena de los manjares que mas apetecía; pero duraba poco la ilusión, me despertaba el hambre y me impedía volver á cerrar los ojos. Este suplicio duró once meses!» Trenk no habia esperado todo aquel tiempo para escaparse; al contrario, estaba á punto de conseguirlo, cuando fué denunciado por uno de sus cómplices. «Terrible destino, dice, que me ha perseguido siempre, precipitándome en el abismo de la desgracia en el mismo momento en que creía vencidos todos los obstáculos!»

A eso de media noche entraron bruscamente en el calabozo del prisionero, que solo tuvo tiempo para ocultar entre la ropa su cuchillo; le bendaron los ojos, le hicieron subir á un carruaje, y despues de largos rodeos se detuvieron los que le conducian, quitándole la venda. Trenk se veia entonces entre dos herreros armados con martillos, y cerca de un brasero encendido sobre un suelo cubierto de cadenas. Al momento dieron principio al trabajo y le sujetaron los pies con una cadena á un anillo hundido en la pared. Situado aquel anillo á tres pies del suelo, Trenk solo podia dar dos ó tres pasos á derecha y á izquierda. Soldaron en torno de su cuerpo un anillo de un palmo de largo, del cual pendia una cadena clavada en una barra de hierro del grueso de un brazo: la cadena tenia dos pies de largo, y por los dos extremos quedaban sujetas sus manos con esposas. Hecha esta operacion, todos se retiraron sin pronunciar una palabra, y Trenk, sumido hasta entonces en un estupor sin igual, oyó cerrar cuatro puertas, cuyo ruido sonaba para él como si clavasen un atahud!

Por fin llegó el dia, y pudo examinar su prision á la luz del eterno crepúsculo. Su anchura era de ocho pies, y su dimension de diez. A su lado habia un comun y en el ángulo de la pared un asiento formado con cuatro ladrillos, en el cual podia sentarse apoyando la cabeza sobre la pared. En frente del anillo que le encadenaba habia una ventana practicada en una espesa pared de seis pies. La abertura subia hasta la mitad donde tenia un enrejado de alambre muy unido, y desde aquel sitio bajaba por fuera hácia el suelo. Aquella abertura estaba cerrada por uno y otro lado con gruesos barrotes de hierro. Junto al prisionero habia un guarda-ropa de madera, y un cántaro para agua: en la pared se leia el nombre de Trenk formado con ladrillos, y á sus pies estaba la tumba en que debia ser enterrado, y donde se habia grabado tambien su nombre y además una cabeza de muerto! Esta prision se habia edificado con yeso y cal en el término de once dias, y Trenk fué trasladado á ella la noche misma que se

:

concluyó; de suerte que todo el mundo estaba persuadido de que no soportaría quince días la humedad de una pared nueva, en un agujero cerrado casi herméticamente, donde no podía hacer mas movimiento que saltar sobre el mismo sitio en que estaba atado, y sacudir la parte superior del cuerpo, hasta adquirir algun calor.

Permaneció, en efecto, seis meses sentado continuamente en el agua que brotaba de la bóveda, precisamente en el sitio en que se veia obligado á sentarse: durante los tres primeros meses, jamás logró secarse, y era tan grande la humedad, que todos los días, mientras duraba la visita, dejaban las puertas abiertas algunos minutos, sin lo cual apagaba el vapor de las paredes la luz de las linternas!

¿Quién creería que hubiese para un hombre condenado á semejante muerte momentos de alegría? Sin embargo, Trenk tuvo un instante de un placer vivísimo cuando el mayor de plaza después de haber hecho colocar una cama de madera en el calabozo, con una manta de lana, le presentó un pan entero de munición que pesaba seis libras, diciéndole: «se os dará todo el pan que necesiteis.» «Jamás ningún molino, dice Trenk, quebrantó los granos mas pronto que mis dientes quebrantaban el pan de munición, y así antes de la noche habia devorado mi pan con un gusto inesplicable!»

Después de aquel corto consuelo, Trenk no pensó en otra cosa que en escaparse. Al día siguiente notó cuando abrieron las cuatro puertas que eran solamente de madera, y al momento resolvió separar las cerraduras, cortando la madera del rededor con el cuchillo que habia llevado de la ciudadela. Pero antes era preciso librarse de los hierros: consiguió sacar de la esposa su mano derecha, pero no la izquierda; entonces separó algunos pedazos de ladrillo de su asiento, y limó con tanta dicha el clavo de la segunda esposa, que tambien logró librarse de ella: como el aro que tenia al rededor del cuerpo no estaba sujeto á la cadena sino por un simple garabato, consiguió romperle, en cuya obra gastó muchos días. Quedaba todavia la cadena principal que le ligaba los pies; Trenk se ocupó desde luego en torcerla, y como era fuerte y vigoroso, á fuerza de tirar rompió dos anillos. Ya sin hierros, corrió á la primera puerta, y después de haber hecho un pequeño agujero en la parte baja, reconoció que solo tenia una pulgada de grueso.

En seguida fué preciso volver á colocarse los hierros, lo que no fué poco embarazoso para Trenk: después de haber tentado mucho tiempo, encontró el anillo de la cadena que se habia roto y lo arrojó al comun. En cuanto á la cadena, la ató con un pedazo de cordón que sujetaba sus cabellos; pero cuando

quiso introducir en la esposa la mano derecha, estaba tan hinchada con los esfuerzos que habia tenido que hacer para sacarla, que no pudo conseguirlo. Pasó toda la noche en limar el clavo, pero inútilmente, tan remachado estaba. Sin embargo, se acercaba el medio día, hora de la visita, y era urgente el peligro; al fin consiguió entrar la mano en la esposa, y todo volvió á su anterior estado: entonces aguardó un poco para descansar.

Apenas se cerraron las puertas aquel día, sacó la mano del anillo y se desprendió de todas las cadenas. Comenzó entonces á trabajar en las puertas: la primera se abría hácia dentro, y el cerrojo, así como la cerradura, estaban por fuera; la forzó en menos de una hora; pero la segunda, que se abría hácia fuera, le costó un trabajo increíble; consiguió su objeto, mas todos sus dedos estaban desollados y el sudor corría por su cuerpo. Luego que estuvo abierta, descubrió la luz por la ventana del vestíbulo, se encaramó á ella y reconoció que su prision estaba edificada en el foso principal que es el primer terraplen: el centinela se hallaba á unos cincuenta pasos, y era preciso escalar una empalizada para llegar al terraplen. La tercera puerta se abría, como la primera, hácia dentro, y era necesario por consiguiénte cortar la madera al rededor de la cerradura, lo cual habia llevado á cabo Trenk al ponerse el sol. Restaba la puerta, que era preciso cortar como la segunda; pero se hallaba en extremo cansado, y sus manos tan magulladas que casi no tenia esperanza. Emprendió al fin la obra despues de descansar algun tiempo, y casi habia cortado la extension de un pie cuando la hoja del cuchillo se rompió y cayó fuera!.... Escuchad al baron de Trenk expresar lo que sintió entonces: «Gran Dios! qué fué de mí en aquel momento! ¿se ha encontrado alguna criatura en situacion mas desesperada? Brillaba la luna en todo su esplendor; miré al cielo con ojos extraviados, y caí de rodillas buscando valor en la religion, sin que lo encontrase aquella vez!»

A eso del medio día, cuando abrieron la puerta exterior, juzgad la sorpresa de todo el mundo al ver la otra abierta y á Trenk con el pedazo de cuchillo en la una mano y en la otra una piedra. «Juradme, gritó, no cargarme de cadenas mas pesadas que las anteriores, ó me doy muerte!» Así se lo prometieron y le cumplieron la palabra, dándole vino y aun buena sopa mientras se colocaban las nuevas puertas, lo que duró cinco días: la del interior quedó completamente guarnecida de hierro!

Tanta valentia encontró al fin un admirador: un viejo granadero llamado Geffhard, que se hallaba de guardia cerca de Trenk, tres meses despues de su tentativa le habló por la ventana y le manifestó el interés que le inspiraba. Trenk escribió por su medio y logró enviar á un amigo de Viena una carta enonb

le pedia mil florines de oro: la mujer del granadero se encargó del mensaje, y cuando llegó el dinero, Geffhard lo colocó en el cántaro del preso un día que estaba encargado de renovar el agua. Cuál fué la sorpresa de Trenk al reconocer que solo faltaban cinco pistolas cuando le había dicho que se quedase con mil!

El nuevo plan del preso, provisto de dinero, consistía en escaparse por debajo de los cimientos del calabozo: el fiel Geffhard le facilitó dos limas pequeñas para desembarazarse de los hierros. A fin de que no pudiesen descubrir los clavos que faltaban y cuya cabeza había limado, mojaba un poco de pan de munición y lo frotaba sobre el hierro mohoso para que tomase su color: esta pasta servía para cerrar los eslabones abiertos y llenar el sitio de los clavos. La secaba de noche con el calor del cuerpo y en seguida frotaba el sitio así lleno, para darle el pulimento del hierro. Dispuesto todo, dió principio á la obra.

El pavimento de la prision no era de piedras, sino de gruesas tablas de encina de tres pulgadas de espesor: el suelo, pues, tenia nueve pulgadas de grueso y se hallaba unido con broches de una pulgada de diámetro y cerca de un pie de largo. Consiguio con la barra de sus esposas arrancar un pedazo de hierro, la aguzó en la piedra de su tumba y formó un excelente escoplo para cortar las tablas. Separada una de ellas, buscó el modo de volverla á colocar cuando quisiese; tapaba las hendiduras con pan y esparcia polvo sobre ellas. Esta obra exijia gran precaucion, pero luego pudo trabajar con mas osadia. Comenzó por hacer un hoyo en la pared para introducir en él los pedazos de madera que iba á arrancar, trabajo que duró mucho tiempo: principiaba por esparcir los restos de cal y de piedra por el suelo y despues los reducía á polvo: ponía este polvo en el borde de la ventana, y lo empujaba con un pincel compuesto de un mechon de pelo, y cuando hacia viento aquel polvo se disipaba en el aire; pero como este medio era muy lento, recurrió á otro espediente: formó con la tierra petrificada montones que secaba del mejor modo posible, y luego en el momento de la visita los arrojaba al comun. Así es como logró deshacerse de la tierra y del yeso que no podía colocar en el agujero, que se ensanchaba cada dia. Teniendo entonces donde ocultar los pedazos de madera, atravesó el pavimento. Debajo de él habia una arena blanca y muy fina de que se deshacia ya como acabamos de decir, ya por medio de Geffhard, á quien pasaba un lienzo lleno de arena cuando el granadero estaba de guardia, vaciándolo este con precaucion. Pero todo esto caminaba con mucha lentitud, y Trenk apeló á nueva astucia.

Con sus herramientas hizo otro hoyo en el pavimento debajo de la puerta de la prision; el uno era el ataque falso, el otro el verdadero; despues formó un enorme monton de arena en me-

dio de su prision. Hecho esto, cerró con precaucion el verdadero agujero, y se puso á trabajar en el otro, pero con tanto ruido que le oyeron desde fuera, que era lo que deseaba. A media noche abrieron las puertas, y le hallaron ocupado en el trabajo en que quería ser sorprendido. Nadie concebía por qué quería ahondar hácia la puerta donde habia una triple guardia. La centinela permaneció en el calabozo toda la noche, y por la mañana se presentaron algunos presos para llevarse los escombros en esportones. Se tapó el agujero, se allanó el suelo, se soldaron de nuevo los hierros, y todo el mundo se burló de su tentativa. Por lo demás, nadie vió el otro agujero de donde habia sacado la mayor parte de la arena, y Trenk continuó ahondando su galería subterránea.

Una noche que se hallaba ocupado en romper los cimientos del terraplen, sucedió á Trenk una aventura espantosa cuyo solo recuerdo turbaba su sueño, presentándole imágenes horribles. Separó con el pie una gran piedra que se desprendió detrás de él encerrándole en su agujero. Cuál fué su espanto al verse así enterrado vivo! Despues de un instante de reflexion intentó abrirse paso junto á la piedra, procurando separar la arena de que estaba rodeada: por fortuna tenia delante un pequeño espacio hueco que pudo llenar con la arena de que estaba cercada la piedra; pero entonces comenzó á faltarle el aire y no podia respirar! Le fué imposible continuar su trabajo; una sed extraordinaria le privaba el uso de todos los sentidos, y se vió obligado á morder en la arena para refrescarse y recibir un poco de aire, permaneciendo ocho horas en aquel estado. Al fin volvió en sí, y continuó trabajando. Despues de increíbles esfuerzos logró volverse, y pasar la cabeza junto á la piedra que cerraba herméticamente el canal. Allí encontró un poco mas de aire, de suerte que á fuerza de arrastrarse como un gusano, saltó á la otra extremidad del canal y llegó felizmente á su calabozo. El dia estaba ya muy avanzado y sus fuerzas lo habian abandonado hasta el punto de verse obligado á acostarse, creyendo que no podría volver á tapan el agujero. Sin embargo, lo consiguió despues de media hora de sueño; apenas habia acabado oyó el ruido de las puertas y las cerraduras, pues era la hora de la visita.

Solo quedaban al preso algunos pies que horadar para obtener su libertad, cuando el exceso de su audacia le perdió de nuevo. Es preciso oírle confesar aquella falta, de que se arrepintió tan amargamente.

«Enagenado de alegría y sin poder disimular el placer que me causaba la perspectiva del venturoso porvenir que me prometia, perdí el seso y cuando debia tener mas vijilancia, discrecion y actividad, mi amor propio me hizo tomar la mas loca y temeraria resolucion; acto de demencia que sin duda fué efecto de

un inevitable destino, ó mas bien de mis largos sufrimientos! Quise poner á prueba la generosidad de Federico el Grande, y tan empeñado estaba en mi lindo proyecto que esperé con impaciencia la hora en que el mayor haría la visita. Luego que entró le dije: «señor mayor, sé que el gobernador, el generoso duque Fernando de Brunswink se halla en la actualidad en Magdebour (me lo habia dicho Geffhard); hacedme el gusto de buscarle y decirle de mi parte que le suplico visite mi calabozo, aumentando el número de mis centinelas, y en seguida señalarme hora en que me escape de la prision y recobre la libertad. Si logro cumplir lo que prometo, espero me conceda su proteccion, instruyendo al rey de mi buena fé, á fin de que se convenza de la rectitud de mi modo de pensar y de la lealtad de mi proceder.»

«El mayor, estupefacto, miró al teniente y creyó me habia vuelto loco; salió y volvió á poco con el comandante Reichmann, el mayor de plaza, y el otro mayor encargado de la inspeccion. El duque me contestaba, segun me manifestaron, que si probaba lo que ofrecia, me libraria de los hierros en el mismo instante, y que además me prometia el perdon del rey. Despues de una larga capitulacion y las promesas mas formales, arrojé á sus pies los hierros, abrí mi eguero, les propuse que bajasen á la galeria, y, en fin, declaré que en un paraje que no podia revelar tenia caballos que me esperaban para huir. La sorpresa de aquellos hombres no puede explicarse: salieron de nuevo, y volvieron á decirme que el duque no faltaria á sus compromisos, y me condujeron sin grillos al cuarto del oficial de guardia.»

Pero todo aquello era mentira: el mayor nada habia dicho al duque, y para evitar le acusasen de descuidado, se jactó delante del príncipe de haber sorprendido á Trenk en medio de su trabajo, añadiendo que indudablemente se hubiera escapado sin su vijilancia. «El pobre Trenk, como dice él mismo, fué conducido de nuevo al cuchillo del carnicero.» Al cabo de algunos dias, le encerraron en su calabozo, que habian empedrado con piedras gruesas y era impenetrable: solo le pusieron una cadena en los pies, pero que pesaba tanto como las anteriores, y entonces fué preciso renunciar á la esperanza de salvarse.

Solo le quedaba un recurso, que era el de enviar letras de cambio contra sus bienes en Alemania á ilustres personajes, á quienes suplicaba se interesasen en su miserable situacion; pero todos tomaban el dinero y ninguno respondia. Al fin tuvo la suerte de encontrar un hombre honrado, el jeneral Tiedt, émbajador de Austria en Berlin, cuyo diplomático, á fuerza de instancias, alcanzó la libertad de Trenk bajo las condiciones siguientes:

1.º Que nunca intentaría vengarse de nadie: 2.º que no

pondría los pies en Prusia: 3.º que no hablaría ni escribiría mientras viviese el rey de nada de lo que le había sucedido: 4.º que no serviría á ningún otro soberano ni en el orden militar ni en el civil.

Juró todo lo que quisieron. «He pasado, dice Trenk al concluir su relacion, once años cabales en la prision, el mejor tiempo de mi vida, años que ningún soberano de la tierra puede devolverme ni en juventud ni en posicion pecuniaria.

«Cualquiera lector creará ahora que esta época es el fin de mis infortunios. Pues bien! le aseguro bajo palabra de honor que mejor quisiera volver á mi calabozo de Magdebourg, y pasar allí otros diez años, que sufrir otra vez las iniquidades que he soportado en Austria sin poder recobrar mi herencia!»

La autoridad de un hombre que tanto padeció nos enseña, queridos niños, cuánta verdad contienen las palabras de Bossuet cuando decia: «si pudiéramos salir de la tumba, quizá no haya un hombre que no deseara volver á ella al ver la acojida que tendría en este mundo.» Precisamente es esta la historia del baron de Trenk: al verle salir de su tumba, nadie quiso reconocer sus derechosni restituir sus bienes, de que se habian apoderado unos hombres injustos. Al fin de sus dias Trenk tuvo que luchar á un mismo tiempo contra los hombres, contra la pobreza y contra el dolor, porque decia: «me resiento de los crueles pesares que he sufrido y de los trabajos que he pasado, empezando á ser para mí el lecho lo que fué mi prision!»



SOR MARTA.

«**D**IME, Manuela, preguntó una mañana Teodora Aparicio á su ama de leche, ¿sabes á quién espera mi papá á comer?... á juzgar por los preparativos que debo hacer, sin duda es un gran personaje.

—Ya sabes, respondió el ama, que el brigadier tu papá no acostumbra decirme lo que quiere hacer.

—Pero, repuso Teodora, es que no hace mucho tiempo recibió á personas de distincion, y no hizo tanto como ahora.

—Tienes razon; aunque esperára á un príncipe no se tomaría tanto trabajo.

—Y, sin embargo, ya sabes que cuando se trata de recibir á algun compatriota, nada perdona papá.

—Lo sé, mas supuesto que nada quiere decir, es preciso no procurar adivinarlo, porque no le gusta esto.»

Y se separaron el ama y la jóven, la una para desempeñar sus quehaceres, y la otra para ir á satisfacer su curiosidad.

El brigadier D. José Aparicio, despues de batirse con gloria contra los franceses que querian arrebatarnos nuestra independencia, cayó prisionero, y conducido á Francia enamoróse de las virtudes y hermosura de una jóven marsellesa bastante rica, y habiendo contraido matrimonio con ella, decidióse á fijarse para siempre en la patria de su esposa. Disfrutando, pues, de un pacífico retiro en una quinta situada cerca de Paris, su esposa y su hija le prodigaban amor y ternura, y respetado de sus criados, y de sus arrendatarios, y de los aldeanos que le rodeaban, el brigadier vivia envanecido de lo pasado, contento con lo presente, y confiado en la salvacion de la independencia de su patria.

Ya hacia dos horas que Teodora se hallaba de centinela en el pabellon del terrado, y examinaba atentamente el hermoso y verde parque que conducia á la quinta: sus ojos interrogaban con curiosidad la larga porcion del camino que pasaba no lejos, y que como una cinta iba dando vueltas hasta perderse detrás de los altos matorrales que formaban el horizonte: sin embargo, no veia lo que esperaba con tanto anhelo. De vez en cuando iba á animarla una nube de polvo que se alzaba á lo lejos sobre el camino; pero bien pronto reconocia la clásica diligencia que seguia su camino acostumbrado, sin cuidarse siquiera del interés que habia inspirado.

No obstante, una vez algo entró en el parque, y Teodora fijó un momento su atencion; pero aquel momento fué corto, porque era un modesto calesin de mimbre tirado por un pobre caballo que caminaba al mas humilde de los trotes, uno de esos carruajes tan comunes en las campiñas francesas, y de los cuales se sirven los curas cuando no pueden montar á caballo. Acostumbrada Teodora á ver con frecuencia á los pastores de los contornos en aquel modesto carruaje, no hizo caso de él, y ya empezaba á impacientarse cuando acudió la nodriza exclamando:

—«¿Qué haces ahí? tu papá pregunta por tí, y todavía no te has vestido!

—Si nadie ha llegado aun, dijo Teodora.

—No se trata de eso, sino que tu papá es muy amigo de la exactitud, y es preciso no hacerle esperar; ven á vestirte.»

Teodora entró en su habitacion, y ya podeis pensar cuánto no trabajaría su imaginacion mientras que su nodriza la ayudaba á vestirse.

—«¿Pero por dónde han podido llegar? decia.

—¿Qué te importa eso? respondia el ama.

—Es que siempre es bueno saber con quien vá una á tratar, porque al fin.....

—Se acicala una mejor para unos que para otros, no es verdad? interrumpió la nodriza; pues bien, disponte como si fueras á ver á uno que pretendiese tu mano; vístete bien, porque así estarás mas bonita, y porque esto gustará á tu papá.»

Al fin, despues de mirarse perfectamente al espejo, se dirigió Teodora á la sala, persuadida de que iba á presentarse en medio de una reunion brillante, por lo cual estudió en el camino el modo de saludar, y se decidió á abrir la puerta de la sala, no sin sentir viva emocion.

Sus inquietas miradas recorrieron rápidamente el vasto salon, y cual no sería su admiracion al ver, en vez de la mucha jente que esperaba, á su padre y á su madre solos, con una vieja, á la cual trataban con el mayor afecto!... La anciana llevaba el humilde traje de las hermanas de la Visitacion, compuesto de un manto de sayal negro, un devantal azul con babadero, una pañoleta blanca, y un gorro negro por cima de un capillo blanco.

«Ven, Teodora, la dijo su padre cojiéndola de la mano: ven á abrazar á una respetable y antigua amiga, que ha tenido á bien acordarse de tí, y que nos honra con su visita.

—Señorita, dijo la religiosa, os causará menos sorpresa mi visita cuando sepais que tengo obligacion de implorar á todos los corazones generosos en favor de los pobres. Debía, pues, venir á casa de vuestro padre, á quien Dios ha recompensado dándole una hija tan linda.»

Por mas lisonjero y bien dicho que fué aquel cumplido, no pudo volver su buen humor á Teodora, cuyo engaño habia sido muy grande; así es que durante la comida estuvo un si es no es chabacana. Por la noche Aparicio acompañó hasta cierta distancia el modesto carruaje de la religiosa, y de vuelta á la quinta, llamó á su hija, á la cual dijo con sequedad:

«Teodora, no estoy contento contigo. Oh! si hubieras conocido como yo á la admirable mujer que acaba de salir de aquí, habrias querido caer á sus plantas, porque si hay un nombre que todos acatan y bendicen, es el de Sor Marta! Ya lo has visto; simple aldeana, no es su nobleza lo que se admira en ella; pobre hermana lega, no se quema incienso á su fortuna; pero se ha creado un nombre, ha conquistado la gloria, merced á sus virtudes y su bondad, y créelo, esta gloria es la mas duradera, si no es la mas brillante. Oye su historia, y verás si te engaña.»

«Ana Biget, que este es el nombre de familia de Sor Marta, nació en 1748 en Torés, cerca de Besanzon: su madre, aunque pobre, era buena y caritativa, y como socorriese á los pobres, este ejemplo inspiró á la jóven desde temprano esos sentimientos generosos que convirtieron su vida en mision de bondad y caridad cristiana.

« Los conventos, tales como existían antes de la revolución, componíanse de dos clases de religiosas; unas con el nombre de pensionistas como pertenecían á familias ricas y distinguidas evitaban en aquellos sagrados asilos los peligros del mundo, llevando á ellos su fortuna y su bienestar: otras, que se llamaban hermanas legas, nacidas en las cabañas ó en las tiendas de los artesanos, eran admitidas con condicion de que desempeñarían los trabajos caseros, para cuyo empleo eran menester robusta salud, costumbre de trabajar, y garantías de una vida arreglada.

« Por estas humildes funciones empezó su carrera Sor Marta, distinguiéndose desde los primeros tiempos de su entrada en el convento de la Visitacion por su celo y piedad. A poco no se contentó con observar la regla, sino que hizo mucho mas, por lo cual el arzobispo le dió permiso para que visitase á los presos, consagrándoles todos sus cuidados.

« La revolución estalló, y aquel terrible huracan derribó las casas religiosas, dispersando á las pobres reclusas: Sor Marta no se dejó abatir por semejante desastre; llamó á las puertas de los calabozos, y gracias á su desprecio de todos los peligros, logró socorrer á los infelices que en aquella época poblaban las cárceles.

« Sor Marta no tenía otra fortuna que una pension de 333 francos (unos 1300 rs.), y con tan cortos recursos logró ser la providencia de los pobres. Su humilde morada era la cita de los ancianos, los niños y los enfermos indigentes, á los cuales daba limosnas y comida, privándose de todo para subvenir á las necesidades de los que sufrían. Además pedía para los pobres, y era tal el respeto que inspiraba, que era raro que alguno desoyese sus súplicas.

« En marzo de 1805 estalló un incendio en una aldea cerca de Besanzon, y Sor Marta acudió al instante con el fin de animar á los trabajadores, dándoles el ejemplo y contribuyendo con sus consejos á contener los progresos del fuego. Pero una casucha habitada por una ama de eria, llamada Catalina Simon, era presa de las llamas, y el fuego se había declarado con tanta violencia, que la pobre nodriza y sus dos hijos no pudieron huir: segura era su pérdida, porque nadie se atrevia á socorrerla, y en vano ofrecía Sor Marta cuanto poseía, hasta su cruz de oro, pues la inminencia del peligro atemorizaba á los mas intrépidos. Entonces Sor Marta, olvidando su edad, se persigna y se arroja entre las inflamadas ruinas, viéndosela algunos instantes despues con los que acaba de salvar, y la benéfica hermana, con las manos y el rostro quemados, dá gracias á la Providencia por la fuerza que hubo de prestarle en aquel momento.

« Dos años despues, Sor Marta, que se ocupaba en buscar en las

orillas del Doubs los simples necesarios para sus enfermos, descubrió á un hijo de un pobre pastor que se habia caído en el rio y estaba para ahogarse: sin pensar en el peligro que vá á correr, la valerosa hermana se arroja al agua, y aunque no sabe nadar, esto qué importa? Una persona se halla en peligro, es preciso salvarla, y Sor Marta despues de esfuerzos inauditos, consigue sacar al chico que iba á perecer.

» Como la guerra se aproximase á Francia, pobló los hospitales de soldados y oficiales de todas las potencias de Europa, siendo Sor Marta su providencia. Gracias á su actividad creó recursos para prodigarles los cuidados mas tiernos, siendo su intérprete cuando tenian que hacer alguna reclamacion, y logrando su canje. De sus resultas mil bocas reconocidas llevaron el nombre de Sor Marta á las orillas del Tajo, el Támesis, el Oder y el Volga.

» Los acontecimientos de 1813 y 1814 volvieron á la venerable hermana la energía que la edad hubiera podido debilitar, precisamente cuando Francia sufria todas las calamidades de la guerra. Amenazábanla todas las desgracias que habia llevado á las capitales de Europa, y en semejante peligro Sor Marta no podía limitarse á su acostumbrada caridad. Cuanto mas se aumentaba el peligro, tanto mas se acrecentaba su valor; de suerte que corrió á donde la guerra se hallaba mas encarnizada, y arrosando todos los peligros, recorrió los campos de batalla para ir á socorrer sin distincion á los heridos de todos los países, á los cuales levantaba con intrepidez bajo el fuego de los cañones, viéndosela despues de la accion en los hospitales de sangre. Allí comunicaba su celo á las mujeres, ponia á contribucion las poblaciones para adquirir hilas y bendas, y en todas partes la escuchaban, obediéndola con gusto.

» En aquella época fué cuando Sor Marta encontró á un extranjero en medio de un camino, herido mortalmente de resultas de haberle tirado su caballo. Como respirase aun, Sor Marta le bendó perfectamente, y en union con unos aldeanos lo condujo á un pueblo inmediato, donde le prodigó cuantos cuidados exijia su lamentable situacion. No queriendo dejarle en una poblacion, donde á nadie tenia que se compadeciese de él, se procuró un carruaje, en el cual le puso sobre una poca de paja, y así le siguió hasta dejarle con su familia, bendando su herida, reanimando sus fuerzas, y tratándole como una madre á su hijo. Merced á su celo, el extranjero que hoy puede contarte este rasgo de beneficencia....

—V. papá! exclamó Teodora.

—Sí, tu padre debe la vida á Sor Marta. Te admira ahora la buena acogida que he querido dispensar á mi salvadora, á la que me ha permitido disfrutar la dicha de verte crecer y de amarte?

—Oh! no, papá, y ahora me arrepiento de haber sido tan impolítica.

—Sí, y te arrepentirás mucho mas cuando sepas que la reputacion de Sor Marta se ha extendido de tal manera que esta sencilla aldeana que ya habia recibido en su pais una medalla con esta inscripcion: *homenaje á la virtud*, recibió despues de la campaña recompensas que la honraron menos que á los que se las dieron. El ministro de la Guerra le envió una cruz; el emperador de Rusia una medalla; el rey de Prusia la escribió una carta dándola gracias por haber cuidado á los heridos, y remitiéndola además de una medalla, cien monedas de oro para sus buenas obras. El emperador de Austria le concedió la medalla del mérito civil, y el rey de nuestra patria, el augusto Fernando VII, una condecoracion. Ya ves, hija, que hubieras podido hacer mejor acogida á una mujer, á quien tantos soberanos han creído digna de homenajes y honoríficas recompensas.

—A un angel que salvó á mi padre! exclamó Teodora; oh! papá, soy muy culpable; pero perdóneme V. y permítame que envíe á Sor Marta para sus pobres el dinero que habia separado para las modas de este invierno: ella lo empleará mejor que yo.

—Bien, hija mia, bien! ven á abrazarme, y que el ejemplo de Sor Marta sirva para probarte que no hay condicion tan humilde, en la cual no se pueda por medio de la virtud y la caridad crearse un nombre ilustre y respetado.»

Sor Marta, cuya historia acabamos de trazar, cuando se sintió debilitada por la edad se retiró á su pais, donde siguió socorriendo á los pobres hasta el momento de su muerte, acaecida en marzo de 1824.

PRESENCIA DE ESPÍRITU.

Reinaba en Oriente un príncipe tan célebre por su generosidad como por la violencia de su carácter, y existia ó tal vez existe aun en la capital de sus estados una fábrica de chales hermosísimos y de prodijiosa finura.

Era costumbre que todos los viernes un operario de esta fábrica, la cual contaba hasta quinientos, entregase al emperador en el momento en que montaba á caballo para ir á la mezquita,

un chal muy largo y muy ancho, pero de tal finura que pasaba por el ojo de un baston que el operario llevaba consigo.

La prueba se hacia en presencia del príncipe, quien mandaba dar al operario un centenar de piastras, se envolvía en el chal, y á su vuelta lo regalaba á alguna persona de su servidumbre ó de su corte.

Cierto viernes recayó la suerte, para llevar el chal, en un operario de diez años, pero tan cubierto de harapos que se le veían las carnes. Dirigióse, sin embargo, en busca del emperador con el baston y el chal, y el príncipe al ver su miseria se compadeció de su desnudez, diciéndole le pidiese lo que quisiera, pues lo obtendría al momento.

El operario, olvidando su pobreza, rogó al emperador le diese una bonita sortija para ponérsela en el dedo, y el monarca, naturalmente irascible, se enfureció al oír una petición tan descabellada de parte de un joven falto de todo.

«Cómo, miserable! pides una joya, y no tienes para cubrir tu desnudez..... Que le den quinientos palos en la planta de los pies.

—Escuchadme, señor, exclama el adolescente prosternándose.

—Habla.

—Si lo que quereis darme es por el precio del chal, eso no reza conmigo; pertenece á mi amo, y de consiguiente sobre él deben recaer los quinientos palos. Si son aguinaldos para los operarios de la fábrica, somos quinientos, y todos deben participar del regalo.»

Al oír esta respuesta, el emperador cayó sobre la grupa de su caballo, dando fuertes carcajas, y luego que se calmó su alegría dijo al mancebo:

«Tu presencia de espíritu te salva.»

Volviéndose despues á los suyos, añadió:

«Que se le den mil piastras (unos dos mil y pico de reales), y vístasele de pies á cabeza: sobre todo, no hay que olvidar una bonita sortija, como que es la primera cosa que me ha pedido.»

El pobre joven se retiró lleno de alegría al ver que habia terminado con tanta felicidad una escena que empezó bajo tan malos auspicios.



MAL HIJO Y MAL PADRE.

PARTE PRIMERA.

I.

CARLOS VII, gracias al valor de Dunois y al heroísmo de Juana de Arco, había podido al fin espulsar de Francia á los ingleses que hacia muchos siglos poseían no pocas poblaciones, arrebatadas á la cobardía de los reyes de la Galia. Dueño Carlos

después de una lucha larga y sangrienta de su hermoso reino, hubiera vivido en el seno de la felicidad y la calma, si de su mismo palacio no hubiese salido un enemigo cien veces más temible que los hijos de Albion. Hablamos del delfín Luis que apenas contaba veinte años y ya quería reinar, resultando del choque de la ambición del hijo y de la terribleza del padre, lo que vamos á referir á nuestros jóvenes lectores.

Vivia á la sazón el rey en Chinon, entregado á fiestas y placeres, cuando Luis se le presentó una mañana, diciéndole con fingido respeto:

—« Dios os guarde, padre mio; espero que ningún mal os sobrevenga, y creo que no padece detrimento vuestra apreciable salud.

—Ninguna otra cosa me aqueja, gracioso Luis, sino el sentimiento de ver á mi hijo encerrado en su aposento, como si no fuese la gloria de su padre la que se festeja en este momento.

—Señor, si obro de este modo, es porque al lado vuestro no haría otro papel que el del caballero más oscuro.

—Siempre lo mismo, Luis! siempre murmurando.

—Murmurar!.... No lo permita Dios, dijo el delfín inclinándose en señal de respeto..... Pero es triste no tener crédito en la corte, é ignorar absolutamente lo que pasa en un estado que estoy llamado á reír.

—Pon fin á tus lamentaciones, y no olvides que todo lo debes esperar del tiempo y de tu sumisión.

—Mi sumisión es grande, señor, pero el tiempo es largo..... Y luego, habiendo vacado un alto empleo en el ducado de Normandía, propuse á Clermont Tallard.....

—Lo sé, hijo mio, respondió el rey con intención; mas he dado este destino á uno de mis antiguos gentiles-hombres, el cual hará entrar en mi bolsillo el dinero normando, que acaso iría á otra parte si Tallard se hubiera encargado de cobrar los impuestos.

—Vive Dios! exclamó el delfín rojo de cólera; mas reprimiendo semejante movimiento, añadió: respeto vuestros mandatos.

Y se preparaba á retirarse, cuando el rey le detuvo, diciéndole:

—Luis, prométeme que esta noche no permanecerás encerrado en tu cámara; concurre al baile!

—Señor, os juro que esta noche abandonaré mi cámara! »

Al entrar en su aposento, halló en él el príncipe á Clermont Tallard que le esperaba.

—Clermont, dijo con furia paseándose precipitadamente; repíteme lo que hace poco me dijiste.

—Monseñor, el duque de Alençon os ofrece asilo en su buena plaza de Loches, una de las mejor fortificadas que existen en Francia.

- ¿Con qué fuerzas cuenta?
- Con trescientas lanzas y quinientos arqueros.
- ¿Y mi primo de Borbon?
- Monseñor de Borbon sostendrá los derechos del delfin de Francia.
- Clermont, es preciso partir hoy mismo; ¿está todo preparado?
- Todo, monseñor, y solo falta que monteis á caballo.
- Media hora despues, decia Luis alejándose de Chinon:
- En verdad, padre mio, que no podreis quejaros, pues cumplo mi juramento.... En marcha, señores, y Clermont le preguntó:
- ¿A dónde nos dirigimos?
- ¡Al castillo de Loches! respondió el príncipe, y la comitiva se puso en camino.

II.

Paseábase Luis con el duque de Alençon por la muralla del castillo de Loches, y decia al poderoso magnate:

—En verdad, primo, que no he visto plaza mejor fortificada que esta.

—Ha resistido á los esfuerzos de los ingleses, y es para mí una dicha, monseñor, ofreceros un asilo tan seguro contra el resentimiento del rey.

—Eres muy buen amigo, Cárlos, dijo el delfin, y luego exclamó de repente: primo, ¿no ves una nube de polvo á lo lejos?

—¡Por la cruz del Señor que es verdad! afirmó el duque mirando con atencion; y si no me engaño es tropa del rey.

—¡Por nuestra Señora que si caigo en sus manos soy perdido!

Un capitan de los arqueros del duque se acercó corriendo y dijo:

—Un mercader que recorre las campiñas, acaba de presentarse en la poterna pidiendo se le permita entrar en el castillo.

—¡Que se vaya al infierno! saltó el duque; tal vez será algun espia que viene á examinar nuestras fuerzas. Es preciso despedirle.....

—No, repuso el delfin; tal vez ese hombre nos dé algun aviso útil acerca de la tropa que viene aproximándose.

—¿Pero si es de los suyos? preguntó el duque.

—¿No hay calabozos para los espías?

—Teneis razon, monseñor..... Interrogadle mientras yo me preparo á la defensa.

El duque desapareció bien pronto con el capitan, y apenas

:

entró en lo interior del castillo, mandó que condujesen al mercader á su presencia. Luego que le vió, despidió á los que le habían acompañado, y dijo:

—Habla, Roberto, ¿qué hay? ¿qué es lo que has hecho por mí?

—Monseñor, respondió Roberto, que era un espía del delfín, cuando se supo vuestra partida, reinó en Chinon el mayor tumulto, y nuestro Señor el rey no dudando os preparariais á reclamar vuestros derechos, ha enviado tras vos un destacamento con orden de prenderos.

—Y Clermont ¿en qué se ocupa?

—Luego que os dejó aquí, se dirigió en busca del duque de Borbon, el cual os ofrece un asilo en Moulins: montad, pues, á caballo, monseñor, porque la tropa que se acerca es mucha en número, y no es imposible que la plaza sea tomada por asalto..

En esto estaba la conferencia cuando llegó el duque y preguntó.

—Monseñor, ¿quién es este hombre?

—Un simple mercader que me ha dado muy buenas noticias acerca de esas tropas; déjale, pues, marchar cuando quiera, y veamos si tus arqueros son tan valientes, primo mío, como dice la fama.

Cercado el castillo por las tropas, ya se había presentado dos veces ante las murallas un heraldo, intimando al duque que entregase al delfín; pero el duque había rehusado, y á eso de las nueve de la noche, viendo que el príncipe no bajaba, subió á su aposento para contarle lo que pasaba..... ¡Pero cuál no sería su admiración al ver solo á Roberto!

—¿Tú aquí? le dijo: ¿pues no hay una hora que te he visto salir por la poterna?.... ¿Qué significa esto?

—Significa, monseñor, que el delfín vá á estas horas camino de Moulins.

—¡El delfín se ha marchado! exclamó el duque, y bajó precipitadamente. Cuando llegó á la muralla, el heraldo del rey hacía la tercera intimación.

—Abrid las puertas, gritó el duque á los suyos; bajad el puente levadizo, y que el jefe de la tropa venga en busca del delfín.

A la mañana siguiente, después de registrar el castillo escrupulosamente, los soldados del rey fueron á darle parte del mal suceso de su expedición, y entretanto llegaba Luis á Moulins; pero se vió obligado á buscar otro asilo, y así anduvo de peregrinación en peregrinación algún tiempo, hasta que por mediación del duque de Borgoña se firmó la paz entre el delfín y el rey, volviendo Luis á Francia.

III.

Habia ya trece años que Luis vivía al lado de su padre, y durante este tiempo devoró tan bien su resentimiento que el rey depuso toda sospecha, ó al menos creyó en su arrepentimiento, aunque nunca quiso darle una sombra de poder. Así es que cuando el delfín presentó al consejo del rey una solicitud para obtener el permiso de hacer un viaje al Delfinado, nadie pensó en oponerse, y Luis alcanzó cuanto apetecía.

Pero apenas llegó á aquel país, convencieron al consejo y el rey de que el delfín se había burlado de ellos; pues trató de ceñirse la corona del Delfinado, soberanía á que le daba derecho su nacimiento. Sin embargo, antes de castigar á su hijo, Carlos aguardó á que espirase el plazo de cuatro meses que le había concedido, y el mismo día fijado para la vuelta del príncipe, inquieto y ajitado el rey, llamó al conde de Dunois, su confidente, diciéndole:

—Al fin nuestro hijo Luis se ha quitado la careta, rebelándose contra nosotros.

—Señor, no condenemos al delfín hasta saber si volverá ó no á palacio.

—No volverá, conde, no volverá, Luis es un mal hijo que no se cuida de mis pesares y que me desea mas daño que mis enemigos de allende el mar.

—Tal vez, Señor.....

—No le defiendas; ¿cómo quieres que califique su conducta, si no la llamo traicion?.... Pero yo pondré remedio; toma las armas, conde, y no le guardes miramiento alguno.

—Al delfín, Señor!

—Sí, á mi hijo, yo te lo mando como rey, y te lo suplico como amigo.

—Señor, voy á partir, y castigaré á nuestro rebelde como merece.

Espera, conde, dijo el rey como indeciso, vas á castigar un rebelde; pero no lo hagas con mucha dureza; acuérdate de que es mi hijo.

—No tengais cuidado, Señor, que sereis obedecido.

—Y salió Dunois, dejando al rey bañado en lágrimas.

IV.

El delfín no tardó en saber las órdenes de su padre, y juzgando sería imposible la resistencia, se disfrazó, dejó el Delfi-

nado, cruzó la Borgoña y llegó á Brabante sin ser conocido.— Al cabo de algun tiempo hallábase una mañana en medio de su pequeña corte hablando de sus esperanzas y de sus proyectos, cuando se le presentó su médico anunciándole que la princesa acababa de dar á luz un niño.

—Por Dios que no podias traerme mejor noticia! dijo el príncipe, y quitándose la cadena de oro que llevaba al cuello se la dió al médico, dirigiendo estas palabras á los caballeros de su séquito: señores, quiero que este dia sea de alborozo y de júbilo; iremos á una cacería y despues de perseguir á los gamos habrá fiesta en palacio.

Una hora despues los cazadores montaron en sus corceles y armados de venablos partieron al son del cuerno.

Al dia siguiente Luis y los suyos se hallaban en la misma sala, cuando anunciaron la llegada de Clermont Tallard. Inmediatamente se trasladó á su gabinete, acompañado del gentil-hombre, al cual dijo:

—¿Has seguido mis instrucciones? ¿has manejado las cosas de suerte que no pueda haber acomodo entre el rey Cárlos y el delfin de Francia?

—Monseñor, siguiendo vuestras instrucciones, hablé al rey vuestro padre, el cual sin dejarme acabar el discurso que llevaba preparado, me mandó que saliera de Francia en el término de ocho dias. Sin embargo, he permanecido en ella el tiempo necesario para saber que el rey de Hungría ha pedido en matrimonio á vuestra hermana la señora Magdalena, y para proporcionarme una copia del acta, en la cual no se hace mencion de monseñor el delfin.

Luis temblando de furor tomó la copia que le presentaba su confidente, y despues de leerla exclamó:

—¡Ira de Dios! ¡con que mi padre quiere burlarse de mí!.... pues bien, á un matrimonio tan insolente, un bautismo que no lo será menos..... Clermont, dí á los señores que se encuentran ahí que los convido al bautismo de mi hijo, y dispon lo necesario para que esta ceremonia se verifique mañana.

—¿Sois padre, monseñor?

—Sí, y mañana será bautizado mi hijo con el nombre de duque de Normandía, como si fuese hijo primogénito de un rey de Francia.

Así sucedió en efecto, y el tierno infante tomó el nombre de duque de Normandía, como si ya estuviera vacante el trono de San Luis.

V.

—Y bien, conde, dijo á Dunois Cárlos VII cuando supo semejante bautismo; ¿qué piensas de esto?

—Que el delfín ha querido vengarse de que no se haya hecho mencion de él en el acta de matrimonio de la señora Magdalena de Francia.

—Si esto solo le hubiera guiado, le perdonaría; pero veo una intencion oculta.

—¿Qué quereis decir, Señor?

—No ves que es atentar á una de mis prerogativas mas inviolables bautizar á su hijo bajo el nombre de duque de Normandía?... Es necesario, pues, que confie en mi pronto fallecimiento.

—Vos morir cuando os hallais tan robusto y tan sano?

—Conde, no hay salud que no pueda destruir el veneno.

—El veneno? repuso Dunois con indignacion.... ¿Y cómo lo intentaría el príncipe hallándose tan lejos?

—Luis es astuto y sagaz, y buscará los medios de envenenar mis alimentos.

Dunois quiso disuadir al rey de su idea; pero este se afirmó en la creencia de que su hijo pensaba envenenarle y llegó á desconfiar de todos en tal extremo, que cuando le servian la comida, despedia á todos sus servidores, y arrojaba los alimentos en una pequeña habitacion que se hallaba debajo de su cámara. De sus resultas comenzó á enfermar, y á los ocho dias de no probar alimento, le acometió una especie de rabia y se revolcaba en su lecho, pidiendo de beber. Dunois, que estaba á su lado, le presentó un vaso de agua, el rey lo tomó, y tirándolo de repente, dijo al conde mirándole con estraviados ojos:

—Traidor! ¿quiéres envenenarme?

Entonces comprendieron todos la causa de la enfermedad del monarca, y temiendo por su vida, sus mejores amigos y servidores hicieron grandes esfuerzos para decidirle á que tomase algun alimento; mas todo fué inútil, pues Carlos se obstinó en no comer.

VI.

Despues del bautismo que habia herido tan profundamente á Carlos VII, la pequeña corte del delfín se entregó al placer y la alegría, y mientras el padre agonizaba en su palacio, el hijo vivia en Brabante en medio de los festines y el bullicio. La caza sobre todo era su diversion favorita, y un dia que se hallaba con los caballeros de su séquito entretenido en cazar con pájaro á lo largo de un rio, suelto el alcon seguia de cerca á una garza, descendiendo si esta descendia y remontando su vuelo tras ella. Ya la pobre garza iba á ser presa del alcon, y todos observaban con interés la lucha de los dos pájaros, cuando vieron llegar rienda suelta á un jinete que iba haciendo señas á fin de llamar la

atención de los cazadores. Luego que Luis lo divisó, exclamó olvidando la caza:

—Por Dios que es mi fiel Roberto! sin duda hay novedades en Francia.

Roberto llegó á la sazón, y dijo:

—Señor, el rey ha fallecido: los Señores de Borbon y Orleans vienen encargados en daros la noticia; pero yo he querido ser el primero.

—¡Ha muerto mi padre, exclamó Luis, con muestras de alegría; y luego descubriéndose añadió con hipocresía:

—¡Que Dios reciba su alma!.... Fundaremos una misa anual por su reposo..... Señores, el rey ha muerto!

—¡Viva el rey! gritaron los caballeros con entusiasmo.

Un mes despues hallabase Luis en Reims, donde fué consagrado y reconocido por rey bajo el nombre de Luis XI, y toda la nobleza, como asimismo los embajadores de los cuatro príncipes de Oriente, festejaron el advenimiento al solio del que despues de ser mal hijo, no debía ser mejor padre.

PARTE SEGUNDA.

I.

Hacia ya cerca de tres años que el rey Luis XI fué consagrado, cuando una mañana dijo á Carlota de Saboya, su esposa:

—Señora, en mi reino pasan cosas extrañas; algunos vasallos se han rebelado contra mí, y en nombre del bien público han formado una liga que puede ser peligrosa.

—¿Qué quereis decir con esto, monseñor? preguntó Carlota temblando.

—Quiero decir, señora, que cuando yo solo era delfin, mi interés exijia que estuviéseis á mi lado, ahora este mismo interés exige que os alejeis de la corte.

—Pero, señor, no comprendo cómo mi presencia....

—Escuchad, señora; vuestro hermano de Saboya es aliado del Bourguignon, principal motor de la liga formada contra mí, y vuestro hermano podría aprovecharse de vuestra estancia en la corte para... En fin, pronto saldreis con buena escolta para el castillo de Amboise, de donde no saldreis sino de orden mia...

—¿Con que es decir, que teneis sospechas de mí, y me dais á Amboise por prision?

—Señora, dijo Luis en tono severo, gracias á Dios reino en Francia, y todos deben obedecerme.

—Señor, no será la reina de Francia la que dé el ejemplo de la rebelion... os obedeceré; pero no intenteis privarme de mi hijo, porque...

—¿Y quién piensa en separaros de ese niño? Residirá con vos en el castillo que os designo por morada, y mas tarde os manifestaré la educacion que quiero darle... Partid, pues, y Dios os guarde.

—¿No abrazaís á vuestro hijo antes que partamos? preguntó la reina presentándole el pobre Carlitos, asustado al ver el umbrío rostro de su padre.

—Basta, señora, respondió bruscamente el rey separando al niño que le presentaban; obedeced, y os conservaré mi amistad.

La reina se retiró tristemente, y luego que entró en su aposento, rompió á llorar, cubriendo de besos á su hijo.

—¡Por Cristo que la reina está loca! exclamó Luis cuando se vió solo; ¿pues no piensa engañarme?... ¡desgraciada de ella si conspira!... Pero nó, al niño es á quien temo.... Si los señores insurrectos se apoderasen de él, harían lo mismo que con mi hermano para lograr sus fines, y entonces...

Dichas estas palabras, quedó profundamente pensativo, y despues añadió, como herido de una reflexion repentina:

—Un delfin puede ser perjudicial, y harto lo se yo por experiencia.

Dos horas despues, siguiendo las órdenes de su réjio esposo, la reina Carlota salió de Plessis-les-Tours, donde á la sazón se hallaba Luis, y se dejó conducir á Amboise, en cuyo castillo la encontraremos mas tarde en compañía de su hijo.

II.

Entre tanto, la liga se hacia mas poderosa, y cercado Luis de enemigos dentro de su mismo reino, la rebelion á que él mismo dió ejemplo en el reinado de su padre, servia en aquel momento de castigo á su pasada conducta. La traicion, á la cual él protejiera, colmó la medida del castigo, y el mismo duque de Alençon que dió asilo al rebelde delfin, como hemos dicho en la primera parte de esta historia, fué traidor al rey Luis XI, entregando á los coligados todas las plazas que poseía en Normandía, y el formidable castillo de Alençon.

Furioso Luis, resolvió vengarse del duque, y para ello sitió á Alençon con un ejército respetable; pero la plaza estaba bien fortificada y provista de víveres, y aunque el rey dió varios asaltos, siempre fué rechazado con pérdida de los sitiadores. Viendo pues que era imposible tomar el castillo á viva fuerza, acudió á la astucia, que era su remedio favorito, y

procuró ganar á algunos oficiales del duque; mas esta tentativa le salió mal tambien.

Entonces, habiendo sabido que René, hijo del duque de Alençon, cansado de estar encerrado habia salido del castillo solo y sin armas, disfrazado de arquero, comisionó á un destacamento para que le prendiese, porque acostumbrado el rey á aprovechar cuantas circunstancias pudieran serle útiles, no quiso dejar escapar esta.

Preso René, fué conducido á la tienda del rey, y allí estuvo muchas horas sin que nadie le dijera una palabra. Era lo peor que desde el dia anterior no habia comido, y de cuando en cuando pasaba por delante de él el cocinero del rey, acompañado de sus acólitos, con manjares cuyo vapor avivaba su hambre, sin que nadie se ocupase del pobre jóven. Al fin un hombre vestido de negro lo llevó á donde estaba el rey, el cual le dijo cortesmente:

—Dios guarde al señorito; os he hecho esperar algun tiempo, pero ha sido para recibiros como mereceis. Sentáos á esa mesa, y cobrad fuerzas para sufrir con valor la suerte que os espera.

Al oir René estas últimas palabras, creyó que habia llegado su fin, y respondió con altanería:

—No necesito esos alimentos para tener valor: cualquiera que sea mi suplicio, lo soportaré como caballero noble y valiente.

—Con todo, bueno será que honreis mi mesa, dijo el rey, y dejó solo al doncé, que como le aquejaba el hambre, no permaneció ocioso delante de una mesa tan bien servida, y aunque pensaba en la muerte, no dejó de dar buena cuenta de los succulentos manjares.

El rey dió libertad á René, y apenas este entró en el castillo, su padre le encerró en un calabozo, en castigo á su desobediencia. El doncé devoró en silencio su cólera, y el mismo dia en que fué puesto en libertad de órden del duque, se puso de acuerdo con el rey secretamente para darle entrada en el castillo, en cuyas almenas flotaba al dia siguiente la bandera real.

Condenado á muerte el duque de Alençon por sentencia del parlamento, el dia en que debia ser ejecutado, solicitó hablar al rey, al cual dijo en presencia de toda su corte:

—No vengo á solicitar mi perdon, sino á rogaros que me escuchéis.... Señor, cuando solo érais delfin, disteis el ejemplo de la rebelion, y desde que sois rey habeis visto que vuestra leccion no ha sido perdida; vos me habeis enseñado á ser traidor, y yo os he hecho traicion á mi vez; pero os habeis vengado de mí, dándome otra leccion, que tampoco será inútil... Habeis

enseñado á mi hijo cómo se vende á su padre, y René es el que me lleva al cadalso... Mi última plegaria cuando me vea cara á cara con el verdugo, será, monseñor, que vuestro hijo me vengue de todo el mal que me habeis causado... Ya estoy dispuesto á morir; marchemos pues.

—¡Soldados, deteneos! gritó el rey pálido y ajitado; y luego continuó: queda revocada la sentencia, y que el duque sea conducido á la prision del Louvre... En cuanto á nosotros, preparémosnos á partir.

—¿Para le Plessis-les-Tours, señor? preguntó un gentil-hombre.

—No, para el castillo de Amboise, dijo el rey horriblemente ajitado.

III.

Cárlos entre tanto crecía al lado de su madre en el castillo de Amboise; pero el pobre niño no era dichoso, porque no tenía otros juegos ni otro paseo que el patio del castillo. Tratábasele como prisionero de estado, y se espiaban todas sus acciones como las de un hombre osado y emprendedor; de suerte que de cuantas personas se presentaban para visitar á la reina y al delfín en su soledad, muy pocas obtenían el permiso de llegar hasta ellos.

Entre los que visitaban á los ilustres prisioneros, hallábase el duque de Orleans, tío de Cárlos, y á quien este quería mucho, porque le contaba escenas de batallas y de torneos y se compadecía del pobre niño. Sin embargo, las visitas del duque cesaron repentinamente, y una tarde en que Cárlos, triste y aburrido, se hallaba junto á su madre, le dijo esta procurando distraerle:

—¿Qué tienes, Cárlos, y por qué estás tan triste?

—Porque me aburro en este castillo, del cual no puedo salir, y porque ya hace tres meses que no he visto á mi tío.

—Quizá alguna orden severa...

—¡Una orden! ¿y quién puede mandar á mi tío que no me vea?

—No lo sé, respondió la reina, un poco turbada al oír esta pregunta.

—¿El rey mi padre?

—Cárlos, yo no he dicho eso, esclamó la reina mirando en torno suyo con inquietos ojos.

—Sí, repuso el niño; solo el rey puede dar órdenes á mi tío el duque de Orleans... ¡Qué infeliz soy! ¿Pero qué he hecho yo á mi padre para que me trate de esta manera?

—Calla, Cárlos, calla si no quieres que también den orden para que te separen de tu madre.

Aquí llegaban de su conversacion, cuando se alzó la tapicería y entró un hombre sin pedir permiso.

—¿Quién se atreve á presentarse de este modo delante de mí? exclamó la reina indignada.

Cárlos se levantó, y lanzando un grito de sorpresa, se precipitó en brazos del que acababa de entrar tan bruscamente.

—¡Es mi tío, mi tío el de Orleans! exclamó en el colmo de la alegría.

—¡Silencio, niño, silencio! dijo el duque, y volviéndose á la reina, añadió: Dios os guarde, señora.

—¿Qué hay? preguntó Carlota asustada al notar el sobresalto del duque.

—Nada que yo sepa, señora; pero he querido ver á monseñor el delfín á pesar de que me está prohibido, y para esto he tenido que disfrazarme y venir en secreto á este sitio, donde tal vez me descubran los espías del rey.

—Nada temais, señor duque, dijo la reina; nadie puede entrar en mi cámara sin mi permiso; y solo al rey le es dado hacerlo; pero le creo harto ocupado en sus asuntos para que venga á visitarnos.

Animado con estas palabras de la reina, el duque se entregó abiertamente al placer que sentia al hallarse al lado del delfín; y nosotros dejaremos á estos tres personajes en el aposento de Carlota de Saboya, para volver al lado de Luis XI, á quien dejamos disponiéndose á partir para Amboise.

IV.

Apenas se llevaron los soldados al duque de Alençon, retiróse Luis á su aposento, presa de horrible agitacion, y paseándose precipitadamente, decía con voz ronca:

—La predicción de este hombre me ha asustado, porque quién sabe si mi hijo.... pero no, esto es imposible... ¿Qué puedo temer de un niño encerrado en un castillo, lejos, muy lejos de mí?... ¿Pero y si el duque de Orleans ha infringido mis órdenes, y continúa visitándole?... ¿no puede darle malos consejos?....

Entregado á estos pensamientos, y sin poder olvidar las palabras del duque de Alençon, no durmió en toda la noche, y apenas era de día partió para Amboise, con una escolta bastante respetable.

Pocos días despues llegó á la poblacion, y dejando su gente en una hospedería, se encaminó solo hacia el castillo, esperando sorprender á todo el mundo y ver mejor lo que dentro de sus muros pasaba.

—¿Qué sucede por aquí, conde? preguntó el rey al alcaide luego que se avistó con él.

—Nada de particular, señor, pues en todo seguimos vuestras órdenes. Monseñor el delfín vive en la ignorancia de lo pasado, y no puede adivinar el porvenir.

—Bien, conde; ¿y de visitas?

—Son muy raras, señor, y solo admito á las personas que me indica V. M.

—Perfectamente: ¿y el duque de Orleans?

—Hace tres meses que no ha vuelto, y creo no está en ánimo de infringir las órdenes de V. M.

—Soy del mismo modo de pensar: ahora conducíme al aposento de la reina, que quiero ver lo que hace, oculto trás de la mampara.

Acompañado del alcaide del castillo, Luis penetró en silencio hasta la puerta de la cámara de la reina, y allí se detuvo observando lo que pasaba dentro. Cárlos estaba sentado en las rodillas de su tío, el cual le enseñaba un manuscrito soberbio.

—Tío, ¿es para mí este libro? preguntaba Cárlos abriendo tanto ojo.

—Sí, Cárlos, respondió el duque, porque algun día serás rey, y en esta crónica podrás aprender todo lo que ha sucedido en Francia hasta el reinado anterior.

—¿Y cómo, preguntó Cárlos con pena, si no sé leer las letras que aquí están escritas?

—Será preciso que lo aprendas, Cárlos, pues importa conocer el pasado para trabajar en bien del reino.

—¡Ira de Dios! exclamó el rey alzando la tapicería; cualquiera que os oyese creería que Luis XI ha muerto; pero pronto os haré ver que no es así.

A tan brusca aparicion, todos se levantaron, y la reina se apoyó temblando en el espaldar de su asiento, mientras el duque bajaba la cabeza como si esperase la muerte, y Cárlos dejaba caer el libro que tenia entre las manos.

—¡Por Cristo, continuó el rey pálido de cólera, que suceden aquí cosas muy buenas; pero yo pondré enmienda.

Dicho esto, recojió la crónica y dándola al alcaide, que temblaba en un rincón, le dirigió estas palabras:

—Tomad, conde, y esperadme en vuestro aposento, donde no tardaré en veros, porque tenemos que ajustar una cuenta.

El conde salió con la cabeza baja, y el rey dijo al de Orleans: —En cuanto á vos, partid para Orleans al momento, y esperad allí mis órdenes. Aun estoy vivo, y algun noble par puede bajar á la tumba antes que Luis.

El duque se retiró lanzando una mirada compasiva á la reina y al pobre niño.

—¿Por qué temblais, señora? dijo el rey volviéndose á Carlota.... sentaos, y no olvideis que mañana teneis que salir para el Delfinado.

—¿Sin mi hijo? preguntó la reina con angustia.

—Sin vuestro hijo, respondió el rey con sequedad; y arrancando de los brazos de la madre al niño, abandonó la estancia sin mirar siquiera á su esposa.

Algunas horas despues, cuando apenas clareaba el dia, Luis dejando al conde encerrado en un calabozo, tomó el camino de Plessis-les-Tours.

V.

Todo el tiempo que Carlos vivió al lado de su padre en el castillo de Plessis, estuvo entregado á favoritos del rey, los cuales, como este último deseaba, dejaron al delfin en la mayor ignorancia. Muchas veces se encontró Carlos cara á cara con su padre, y procuró ganar su cariño; pero todos sus conatos fueron inútiles, pues si alguna vez el rey se dejaba llevar de un sentimiento de ternura, á poco volvía á su dureza, y rechazaba á Carlos sin piedad.

Al fin cayó enfermo Luis, y Carlos solicitó verle; mas no pudo conseguirlo.

—Ocultémosle mi estado de debilidad, se decia Luis XI á sí mismo; esto sería hacerle gustar las delicias del mando, y quiero que solo piense en la corona cuando yo haya fallecido.... si muero! añadió al instante, porque á pesar del mal estado de su salud, temia á la muerte, y su conciencia le acusaba de tantos crímenes, que tenia miedo que se acercase el momento en que le sería preciso dar cuenta de su conducta.

Aunque enfermo, se levantaba todos los dias, y arrodillado ante un reclinatorio, se encomendaba á todos los santos, pero los santos eran sordos á sus ruegos, y dejaban obrar á la naturaleza, la cual le empujaba hácia el sepulcro.

Un dia se sintió mas débil que nunca, y creyendo se acercaba su última hora, se decidió á llamar á su hijo, el cual entró en la cámara con el rostro bañado en lágrimas. El rey se hallaba tendido en una cama de respeto, y el médico seguía con ansiedad todos los movimientos de la vida que iba extinguiéndose poco á poco.

Cuando Carlos entró, precipitose hácia su padre, cuya mano quiso cojer; pero este le rechazó con aspereza, diciéndole:

—Carlos, déjate de llores en que no creo, pues conozco muy bien la alegría que debe experimentar un delfin al ver acercarse el momento de ceñirse la corona.

Conmovido Carlos, quiso hablar, pero el rey le interrumpió.

—Si llevo á pasar á mejor vida.... lo que todavía no es segu-

ro..... la corona de Francia será tuya, y entonces tendrás necesidad de mis consejos: toma pues este libro que he escrito expresamente para tí; es mi *Rosario de guerras*, y ojalá puedas meditarlo mucho antes de hacer uso de él!

—¡Padre mio! exclamó Carlos; permitid al menos que en este instante supremo estreche vuestra mano en las mías; no me rehuséis una caricia cuando.....

—Carlos, ya te dicho que no creo en tu dolor.

Luis hizo una seña, y el heraldo de armas que se hallaba á la puerta, le llevó la corona real, que el rey estrechó convulsivamente enseñándosela á su hijo.

—Será tuya, Carlos..... Pero mas tarde..... cuando yo esté.....

No pudo decir mas y cayó sin conocimiento. El médico se inclinó entonces, y despues de escuchar los latidos de su corazón, dijo con voz grave volviéndose al heraldo que esperaba en la puerta:

—El rey ha muerto!

Carlos se precipitó hácia su padre, cuya mano cubrió de besos, y dirigiéndose el heraldo á los que se hallaban en la cámara inmediata, repitió este grito tres veces:

—¡El rey ha muerto!

—¡Viva el rey! respondieron los señores.

Carlos VIII subía al trono y Luis XI descendía á la tumba.

De este modo el rey que apresuró la muerte de su padre con sus continuas rebeliones, pasó su vida entregado al temor, y murió sin creer en la ternura de su hijo, por lo mismo que él, culpable y traidor, ni respetó al autor de sus días, ni fué sensible al cariño paterno.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.—REINO DE JUDA.

I.

El profeta Elias.

Por aquel tiempo un vecino de Galaad llamado Elias, dijo á Achab:

«Durante los años que van á correr, no caerá lluvia ni rocío hasta que mi boca lo ordene.»

El Señor se apareció entonces á Elías y le dijo:

«Retírate de aquí: vete hacia el Oriente y ocúltate en la orilla del torrente de Carith, frente al Jordan; allí beberás agua del torrente, y los cuervos te llevarán la comida.»

Elías partió y se encaminó al sitio designado, al cual le llevaban los cuervos por la mañana y por la tarde pan y carne; pero como no había llovido se secó el torrente.

Entonces el Señor dijo á su profeta:

«Vé á Sarepta, ciudad de Sidonia, y reside en ella, porque he mandado á una viuda que te mantenga.»

El santo varon partió para Sarepta, y cuando llegó á las puertas de la ciudad vió á una mujer ocupada en recoger leña, á la cual dijo:

«Dadme un poco de agua para refrescarme, y pan para sostener mis agotadas fuerzas.»

—¡Ay! ¡no tengo pan! solo poseo en un puchero tanta harina como cabe en la palma de la mano, y en un vaso algunas gotas de aceite. Vengo á recoger aquí pedazos de madera para preparar el alimento de mi hijo y el mío, despues de lo cual solo nos resta morir.

—Nada temais, repuso Elías: con la harina que teneis haceis un pan y cocedlo en la ceniza: en seguida me lo dareis, y luego amasareis para vos y vuestro hijo.

«Hé aquí lo que dice el Señor, Dios de Israel:

«La harina que hay en ese puchero no faltará y el aceite que el vaso contiene no disminuirá hasta el día en que el Señor haga caer la lluvia sobre la tierra.»

Esta mujer se fué, y obedeció las órdenes del profeta.

Desde entonces la harina y el aceite se aumentaron hasta poderse mantener con ella la viuda y toda su familia.

Algun tiempo despues, el hijo de la viuda cayó enfermo, y pronto exhaló el último suspiro.

La pobre mujer se dirigió al santo varon y le dijo:

«¿Para qué habeis venido á mi casa? ¿para hacer que muera mi hijo en castigo de mis pecados?»

—Dadme vuestro hijo, respondió Elías.

Llevólo al cuarto donde se albergaba, le colocó en su lecho, y despues imploró al Señor diciendo:

«Dios mío, tened piedad de esta honrada viuda que me dá de comer.... ¿Por qué la habeis herido con tanta crueldad en su hijo, su único bien en este mundo? Haced, Dios mío, que el alma de este niño vuelva á su cuerpo.»

El Señor acogió la plegaria del profeta, y el niño resucitó, adorando su madre á Dios, cuyo poder y bondad conoció entonces.



LÚCULO Y NINA.

TRADICION GALLEGA.

HERMENERICO, rey de los suevos, reinaba en toda la Galicia por los años de 412, y como el horror, la desolacion y todas las plagas juntas, como dice muy bien un historiador moderno, vinieron á España en pos de los feroces bárbaros sali-

dos de las orillas del Danubio, el conquistador, lejos de aliviar la suerte del pueblo, imponía pesados tributos, y consentía que sus recaudadores se valiesen de muy odiosos medios para sacar contribucion á las familias insolventes.

Imposible es pintar la miseria de Galicia y Asturias en aquella época, que recuerda la historia en desdoro de los salvajes de la Germania. Las villas y aldeas presentaban un aspecto triste y sombrío; las chozas hallábanse desamparadas, y casi todos los aldeanos tenían pintada en el rostro la espresion de amenazadora tristeza que siempre revela alguna calamidad pública. Baste decir, que era tal la desolacion, que muchos pueblos mudaban de nombre para tomar otros mejor apropiados á su actual espantosa situacion.

Así sucedía á un puertecillo de mar, que convertido en teatro de la rapiña de los recaudadores públicos, habia dejado su antiguo nombre por el de *Queinven*, palabra céltica que significa lamento. Pescadores casi todos los habitantes de aquel pueblo, aunque este ramo de industria no enriquece, hubieran podido vivir cómodamente sin las cargas escesivas que sobre ellos pesaban y que de modo alguno podian soportar.

En dos leguas á la redonda no se encontraba una cabaña que contuviese algun mueble ó herramienta de valor; y hasta habia familias que lloraban la pérdida de sus hijos, vendidos para pagar el impuesto á *extranjeros que pasaban el mar*, como dice un cronista; de suerte que los pobres galaicos echaban de menos la dominacion romana, mas justa y clemente.

Entre las chozas de Queinven que mas habian sufrido, habia una situada junto á la boca del puerto por el lado que da frente á la bahía. Habitada por una vieja y dos niños, solo contenia bancos de madera mal labrados, camas de yerbas marinas cubiertas de velas de barco y pieles de lobo; y del techo pendian cenachos de juncos para el pescado, en los cuales se llevaba á la villa y aldeas inmediatas. Todo lo demas se habia vendido, porque los recaudadores no se paraban en barras, y en la plaza de Queinven vendian cuanto designaban, sin hacer caso de los lamentos lanzados por sus víctimas.

Un dia hallábanse los dos niños sentados al sol á la puerta de su choza delante del mar, tranquilo á la sazón, y componian unas redes viejas, colgadas de la pared exterior. La anciana se paseaba apoyada en un baston de acebo, y algunas veces se paraba á contemplar á los niños, los cuales trabajaban con destreza, sin pensar en la miseria y la desgracia. La anciana no pudo reprimir un suspiro, y Lúculo la dijo:

—¿Por qué suspiras, abuela?

—¿Por qué jime la paviota cuando la tempestad amenaza? dijo la anciana tristemente.

—¡Oh! nada hay que temer, repuso el niño: el día está soberbio; el aire caliente, y tendremos buena pesca.

—Buena, ó mala, será muy difícil pagar la contribucion.

—¡Y bien! saltó Nina, ¿qué pueden sacarnos los hombres negros, si todo se lo han llevado?

—¡Pobres niños! murmuró Kebana; vosotros no sabeis hasta donde llega la crueldad de los tesoreros del rey.

—Abuela, si nos echan de aquí, dijo Nina, iremos en busca de un país gobernado por un príncipe menos malo que el rey Hermenerico; y en la marcha, para mover la piedad ajena y ganar el pan cotidiano, así como albergue de noche, yo cantaré alguna balada.

—¡Oh! cántanos alguna cosa, hermanita, porque me gusta mucho oírte.

Nina entonó con voz dulce y monotonía una tierna balada, y cuando acabó de cantar, se le acercó un anciano diciéndole:

«¡Bien, Nina! has cantado como una tortolilla.

—Buenos días, padre Marcos, dijeron la anciana y los dos niños.

—Dios os proteja, amigos míos, dijo el anciano pescador dando la mano a Kebana, y un abrazo a Nina y Lúculo.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Kebana?

—Nada, respondió Marcos con abatimiento. Como sabeis, vengo del pueblo inmediato, donde he visto cosas muy horribles.

—¿Qué habeis visto, padre Marcos? preguntó Lúculo.

—He visto vender las cosas arrebatadas al pueblo, entre las cuales habia...

—¿Qué? dijo Nina, asustada.

—¡Niños, querida mía, niños!

—¡Paciencia! ¡paciencia! exclamó la abuela; un perro rabioso no se contenta con una mordida.

—¡A menos que no se le mate! replicó Marcos.

—¿Y quién se atrevería a intentarlo? ¿no habeis dejado a mi hijo en manos de los corchetes, contentándoos con murmurar?...

¡Ya se vé, los recaudadores tienen a sus órdenes tantas picas!

—Esto es muy triste, madre Kebana.

—¡Sí, padre Marcos, es odioso! ¿sabeis cuando estarán aquí los tesoreros del rey?

—Mañana por la noche a más tardar.

—¡Marchemos! exclamó Lúculo de repente, marchemos a la pesca, padre Marcos, y mañana antes de ponerse el sol traeremos el reposo y la felicidad en nuestras barcas!

—Sí, dijo el padre Marcos; el día es soberbio para la pesca de la sardina, y antes que la marea haya subido dos veces, estaremos aquí de vuelta. Venderemos la pesca, y pagaremos la contribucion.

Algunos minutos despues, Kebana y Nina vieron á los recaudadores atravesar la boca del puerto. Las barcas, provistas de buenos velachos, entraron en la bahía y se deslizaron sobre las tranquilas ondas, hasta que desaparecieron despues de doblar un cabo hácia el N. O.

La abuela y su nieta se abrazaron llorando luego que perdieron de vista las barcas, y se disponian á entrar en la choza cuando oyeron de pronto, aterradas, el sonido de una trompeta. Aquella señal anunciaba que los tesoreros del rey acababan de llegar á Queinven, y que al dia siguiente apenas amaneciese se daría principio á la exaccion de las respectivas cuotas.

II.

Puro y radiante apareciera el sol para alumbrar la escena que iba á pasar en la plaza de Queinven, donde los recaudadores públicos no tardaron en establecer su derrama. Pronto se llenó la plaza de jente, reuniéndose en grupos, en los cuales se hablaba en voz baja de los corchetes, quienes con sus luengos cabellos y sus crecidas barbas, llamaban la atencion de la multitud.

En el puerto estaba amarrada una galera francesa, y los marineros comian calentándose al sol, mientras un hombre envuelto en una ancha capa, y de largo bigote, se paseaba acá y allá, dirijiendo la palabra algunas veces á los recaudadores, y sin hacer caso del pueblo que lo miraba con desconfianza.

«Por el alma de mi padre, decia en un grupo un jóven llevando la mano al puñal, que es de muy mal agüero la presencia de ese marino.

—Los lobos se comen á los carneros, respondió uno que estaba á su lado. ¿Por qué nos resignamos á ser carneros?

—Es preciso aguardar, Arnoldo, repuso un anciano triste y severo; no basta tener justicia y razon; tambien es necesaria la fuerza.

—Madre Kebana, decia en otro grupo una jóven que llevaba un niño en brazos, me faltan cuatro dineros (1) para completar mi cuota: ¿creéis que los hombres negros me concederán un plazo?

—No lo sé, porque este año son mas crueles que nunca.

—¿Me quitarán mi hijo? preguntó la jóven asustada.

—No, no, repuso la madre Kebana, procurando tranquilizar á la infeliz.

En aquel momento se dejó oir el sonido de la trompeta, agolpóse la multitud hácia donde estaban los recaudadores, y el

(1) Moneda antigua.

jefe de estos pronunció la fórmula siguiente en medio del mas profundo silencio:

«En nombre del rey, nuestro amo y señor, nosotros sus humildes tesoreros venimos á requerir á todos sus súbditos de esta villa por el pago de contribuciones, tributos é impuestos que tiene á bien sacar á su amado pueblo. Declaramos ademas que perseguiremos por todo rigor de derecho á los que no paguen, exigiendo una multa de doce libras (1) á los que estén ausentes y no tengan quien responda por ellos.»

Despues de esta corta alocucion se sentó, y en seguida uno de los recaudadores comenzó á llamar á los vecinos, mientras otro se disponia á apuntar las sumas recibidas por el jefe.

El primer nombre que se pronunció fué el de la jóven del niño, la cual se acercó temblando á la mesa de los tesoreros y depositó la suma que tenia en la mano.

«Faltan dos dineros, dijo el depositario frunciendo las cejas.

—Concededme unos dias, y os los daré, dijo la pobre madre en tono de súplica.

—Dentro de algunos dias estaremos lejos de aquí, respondió el tesorero con sequedad.

La jóven quiso hablar; pero varios corchetes se apoderaron de ella y se la llevaron.

Se pronunció otro nombre, y acercóse Arnoldo el del puñal, mas sombrío y resuelto que poco antes.

«Señores, dijo á los tesoreros; mi padre acaba de morir, y he gastado en su entierro todo cuanto tenia. De consiguiente, aguardad mejores dias, y en el *interin*, hablad al rey de nuestra miseria, con lo cual hareis una buena accion.

—¡Ah! ¡ah! dijo el tesorero, ¿peroras en vez de pagarnos? ¡Magnífico!.... ¿Tienes alguna cosa en tu cabaña?

—Nada, respondió Arnoldo con voz hueca.

—¿No tienes una barca?

—Sí, soy pescador, dijo animándose.

—¡Pues bien! aprende otro oficio, porque tu barca vá á ser vendida.

—¡Miserable! gritó Arnoldo furioso, sacando el puñal y arrojándose sobre el tesorero; moriré, pero á lo menos tú espíarrás tu crueldad!»

Rudo fué el golpe, pero mal dirigido, y pasó el puñal entre el brazo y el cuerpo. Los corchetes se apoderaron de Arnoldo, y sin hacer caso de la indignacion popular, le ataron para conducir-lo á alguna mazmorra, donde le esperaba la muerte, como á tantos otros.

(1) Otra moneda antigua.

Quando el tumulto que produjo aquella escena se calmó un poco, continuó la lista, y después de una veintena de nombres se oyó pronunciar el de Kebana. Inmediatamente se presentó esta con la frente inclinada y apoyándose en su bastón.

«¿Pagas, vieja? dijo bruscamente el depositario.

—Probablemente pagaré esta noche, porque mi nieto....

—¡Ah! sí, es justo interrumpió el que leía la lista: la nota dice que tienes dos nietos.

—Lúculo está pescando, y sin duda vendrá esta noche con buena pesca.

—No podemos esperar: ya hallaremos en tu choza alguna cosa que vender.

—¡Ay! dijo la anciana; nada contiene que valga la pena de ser vendido.

—¡Bah!... y tu hija?

—Está con su hermano.»

El recaudador se dirigió á los corchetes y les dijo con marcada intención:

«Id á la choza de la vieja, y cojed todo lo que encontreis en ella, todo, lo oís?»

La anciana, á pesar de su gota y sus ochenta años, saltó como una leona que teme perder sus cachorros, y salió de la plaza queriendo dejar atrás á los corchetes; ¡pero ay! la faltaron las fuerzas, y al apoyarse en su bastón, se rompió este, y la anciana cayó en tierra, lanzando un grito lastimero. Varias personas acudieron á socorrerla, mas la hallaron inmóvil, pues había muerto.

«Siga la lista, pues á este paso no acabaremos hoy.»

Así dijo el tesorero, y los nombres se sucedieron con rapidez, á despecho de las súplicas, los lamentos y las imprecaciones que se elevaron de todas partes. Muebles, utensilios, niños, todo se llevaba al muelle, y se oían gritos, y juramentos que hacían creer que todo Queinven se hallaba en completa rebelión. Las madres pedían sus hijos; los niños llorando tendían los brazos á sus madres, y los corchetes con el bastón en la mano les cerraban el paso, mientras que los hombres taciturnos y afligidos deliberaban entre sí, casi dispuestos á apelar á la fuerza para rescatar sus hijos robados. No se atrevieron á hacerlo, porque acostumbrados á la resignación, la debilidad había penetrado en sus corazones; de suerte que dejaron vender al traficante francés toda aquella mercancía humana.

III.

Al anoecer, en el mismo momento en que los jóvenes esclavos, entre los cuales se hallaba Nina, subían medio muertos

á la galera francesa, Marcos y Lúculo, que habian hecho una buena pesca, entreban cantando en Queinven. Sin embargo, pronto conocieron que los tesoreros se hallaban en la poblacion, y Lúculo, terriblemente alarmado, amarró de prisa su barca, y dejando á su compañero ocupado en plegar la vela y recoger los remos, se arrojó á la playa pálido y ajitado, atravesó rápidamente la plaza, y llegó á la choza, en la cual habia dos mujeres sentadas junto al cadaver de Kebana.

El pobre niño se quedó estupefacto al pronto, pero luego prorrumpió en sollozos, y precipitándose sobre el cadaver, lo estrechó en sus brazos convulsivos y lo cubrió de besos y lágrimas. Despues miró espantado á las mujeres, diciendo:

«¿Dónde está Nina? ¿dónde está mi hermana? ¿por qué no está aquí?»

Las dos mujeres guardaron silencio.

«Hablad, hablad!

—Ha sido vendida, respondieron.

—¡Vendida! ¡vendida! ¡Dios mio! es imposible; ¿dónde está?

—Todavía está en el puerto la galera.»

Lúculo contempló á su abuela por breves instantes, la besó en la frente y abandonó la choza. Marcos le salió al encuentro, y deteniéndole, le dijo:

«Nina se halla en la galera.

—Y mi abuela está en la choza tendida en su lecho de yerbas.

—¿Mala?

—¡Muerta!

—¡Día de desgracias! exclamó el anciano ocultando una lágrima.

—Padre Marcos, cuidad del entierro de mi abuela, que yo voy en busca de mi hermana!»

Cuando llegó al puerto, los remeros estaban en sus bancos y la galera iba á partir. Los esclavos acababan de ser encerrados en la bodega, y solo se esperaba la orden del capitán para ponerse en movimiento. Lúculo consiguió abrirse paso por en medio de la agolpada muchedumbre, se acercó á la galera, y de un salto cayó dentro con escándalo de los marineros.

«¿Quién eres? le preguntó el capitán en lengua céltica.

—Lúculo Prastiñí.

—¿Qué quieres?

—Venderme.

—¿En cuánto?

—En lo que querais.

—¿Seis libras?

—Corriente.»

El comandante sacó las monedas de una bolsa de cuero que pendia de su cintura, las dió al mancebo, y conduciéndolo á la

bodega lo introdujo en ella y cerró la puerta. Lúculo dirigió una mirada rápida y escudriñadora á los niños allí amontonados, y apenas vió á su hermana se arrojó en sus brazos.

« ¡Pobre hermana mia! murmuraba con voz ahogada, estrechándola contra su corazon.

— ¡Tú aquí, Lúculo! decia Nina estupefacta..... ¡Oh! tú vienes á sacarme de aquí ¿no es verdad?..... Pronto, pronto, vámonos, que abuela nos estará esperando.

— No nos aguarda, dijo Lúculo suspirando.

— ¿Qué quieres decir? ¿no soy libre? ¿cómo es que estas aquí?

— Ni mas ni menos que tú, Nina.

— ¿Esclavo?

— Esclavo, pues me he vendido.

— ¿Te has vendido?.... ¿y para qué?

— ¡Para estar á tu lado, para consolarte! exclamó Lúculo.

— ¡Oh mi buen hermano!

— Solo habia un medio de llegar aquí para protegerte..... para salvarte si es posible, añadió en voz baja..... Este medio no era otro que venderme, y me he vendido. Estás contenta, hermana?

— Mira, dijo Nina, enjugándose las lágrimas, ya estoy alegre..... Contigo sufriré las desgracias con valor..... ¿Pero qué pensará abuela de tí?

— No tengas cuidado por ello, hermana.

— ¿Sabe que estás aquí?

— Lo aprueba, estoy seguro de esto.

— ¿Y quién la cuidará faltándole nosotros? quién la mantendrá?

— ¡Ay! ¡á nadie necesita ya! dijo Lúculo con acento desgarrador.

Nina miró á su hermano, y al verle llorar, comprendió al fin; oprimiéndose el corazon, y dio al llanto rienda suelta, ocultando el rostro en el pecho de su hermano. En el mismo instante se agitó la galera, y el ruido de los remos dió á conocer á los cautivos que se alejaban de su pueblo natal. La multitud arrojó desde el muelle gritos espantosos, á los cuales respondieron los niños con gemidos y sollozos; pero á poco los unos lloraban y los otros habian secado sus lágrimas, porque estas se agotan pronto, sobre todo, en la infancia.

IV.

La galera era pesada y se alejaba con lentitud, porque el viento soplabá de la parte del mar, y los franceses no podían hacer uso de sus velas. Así es que al cabo de una hora, aun se

veía desde Queinven el farol colgado en el mastil de su galera.

En el camarote donde estaban encerrados los esclavos hacia un calor sofocante, de suerte que estos, despiertos y bañados de sudor, se disputaban delante de las lumbreras el aire que por ellas penetraba. Lúculo y Nina se mantenían delante de una lumbrera, y no por egoísmo sino porque el mancebo acababa de formar un proyecto para cuya realización precisamente era necesario no moverse de aquel sitio. A pesar de la oscuridad, á pesar de la distancia, pensaba en huir y escapar al poder de los franceses á toda costa.

Inclinóse pues hácia el oído de Nina, y el siguiente diálogo se entabló entre ambos:

«¿Hermana, tienes fuerza y valor?

—¿Qué quieres decir, hermano?

—Quiero decir que si no tienes miedo podemos volver á Queinven.

—¿Y cómo?

—A nado.

—¿Pero si apenas sé nadar?

—Sabes bastante para mantenerte á flor de agua, agarrándote á mi cintura.

—Mira que distamos media legua del puerto.

—Lo sé; pero podemos ir á descansar á un islote que está á un cuarto de legua, y cuando la marea esté á punto de sumergirlo, haremos otro esfuerzo hasta llegar á Queinven. Ea, Nina, resolución, y nos salvamos!

—¿Pero cómo salir de aquí?

Lúculo mostró la ventanilla.

«¿Por esta lumbrera? dijo Nina; nos oirán caer á la mar.

—No, porque no nos soltaremos hasta que los remos batan el agua. Decídetelo pronto, pues cada momento que se pasa aumenta las dificultades.

—Hermano, tengo miedo; vete solo.

—Bien; supuesto que te asusta mi proyecto, no hablemos de él mas; permánezcamos en la esclavitud, y pronto nos venderán, á tí á un amo y á mí á otro.

—Oh! no, exclamó Nina, primero la muerte.

—Nina, los esclavos se dan al que mas paga.

—Sí, pero la noche está muy oscura.

—Tanto mejor, respondió Lúculo.

El mancebo y su hermana se despojaron de la ropa que podía embarazar sus movimientos, y la arrojaron al mar. Lúculo puso sobre el banco del camarote las seis libras que le había dado el capitán, y con gran sorpresa de los demás cautivos pasó por la ventanilla, y con las manos arriba y los pies en el agua aguardó á su hermana.

El peligro á que la niña iba á esponerse, era para atemorizar un alma mas fuerte que la suya. Sin embargo, al ver á Lúculo que la llamaba en voz baja, pasó la lumbreira y oyó á su hermano murmurar estas palabras:

« ¡Suelta las manos, Nina! »

Ambos cayeron al mar en el momento en que los marineros empezaban á remar, y el jóven se dejó correr, arrastrando á su hermana: cuando salió con ella á flor de agua, descubrió en la sombra la forma vaga de la galera que continuaba su derrotero con lentitud.

Nina perdió el conocimiento con tan brusca caída; pero cuando volvió en sí la inminencia del peligro la dió resolución. Se agarró lo mejor que pudo á la cintura del nadador, sin embarrazar sus movimientos, y ayudándose con las piernas, se dejó llevar.

« ¿Estás bien, Nina? la preguntó Lúculo.

—Sí, sí, respondió brevemente, conteniendo la respiración para no tragar el agua salada.

—¡Valor, pues, hermana, y bogue la galera! »

Y el intrépido mancebo, sonriéndose de su chanzoneta y nadando como un pez, avanzaba con la seguridad y precisión de un nadador consumado. Seguramente era una cosa solemne y terrible ver á aquellos dos fujitivos en medio del mar, siempre dispuesto á devorar una presa!... El cielo favoreció á los dos hermanos, y al fin tocaron un islote situado en aquella época á un cuarto de legua de Queiven.

Nina exhaló un grito de alegría, se sentó sofocada sobre la arena y respiró con delicia las robustas bocanadas del aire salitroso.

« ¡O ventura! dijo llorando de placer; ¡ya estamos en seguridad!... ¡he tenido un miedo! Hermano, permanezcamos aquí hasta que vengan á buscarnos.

—Olvidas una cosa, hermana, y es que la marea vá á desalojarnos de aquí.

—¡Ah! repuso Nina en tono menos alegre; me asusta la marea; pero no tendré valor para volver á entrar en el agua.

Tampoco tendrás gana de irte anegando poco á poco.

—¡Es tan largo un cuarto de legua! dijo la niña llorando.

—Yo he andado hasta una legua á nado.

—¡Marchemos pues! exclamó Nina sin moverse de su sitio.

—¡Sí, levántate, y á la mar! »

Nina hizo un esfuerzo violento y se levantó dispuesta á proseguir el penoso viaje; mas como el peligro que una vez se ha corrido no se arrostra de nuevo tan fácilmente, solo cuando la marea iba á invadir el banco de arena, se atrevió la niña á intentar la travesía.

Lúculo y Nina, ayudados de la marea, avanzaban con presteza, cuando llegó á sus oídos un lejano rumor. Continuaron su derrotero y no tardaron en percibir una barca que hendía las hondas rápidamente. La impaciencia y la ansiedad se apoderaron del nadador, cuyos miembros empezaron á entorpecerse. Los músculos perdían el necesario resorte, y en vano el joven sacudía sus miembros para volverles la elasticidad: debilitáronse sus movimientos, y Nina conoció que andaba muy poco.

La pobre niña no profirió una queja, ni un suspiro siquiera: guardó silencio para no atormentar á su hermano, y apoderóse de ella el miedo, el terror que oprime el corazón, helando el alma! De pronto oyóse á poca distancia una voz extranjera, y Lúculo y Nina vieron una barca que se dirigía hácia ellos.

Perdida toda esperanza de salvacion, Nina despues de un instante de silenciosa lucha consigo misma, exclamó fuera de sí:

«Hermano, todo se concluyó; ya no puedes llevarme, y juntos vamos á perdernos..... Adios, pues, hermano mio, adios!....»

Y diciendo estas palabras, soltó la cintura de Lúculo y desapareció. El joven se sumergió tras ella y la sacó á flor de agua.

«¡En nombre de nuestro Dios! ¡en nombre de nuestra difunta abuela! exclamó el mancebo llorando.... Nina, sígueme hasta el último momento!

—¡No, no, sin mí puedes escaparte!

—¡Jamás; muramos ó salvémosnos juntos!

—¡Huye, dijo Nina sollozando, huye, pues nos persiguen furiosos!

—¿Que importa su furia? Vamos, Nina, agárrate con mas fuerza á mi cintura, que me siento con doble vigor.... Ora y avancemos!»

En efecto, el peligro le dió robustez, y nadó con mas presteza que antes; pero la barca francesa, mas ágil, se les echaba encima, llevando un farolillo en el tope, y por una cruel fatalidad seguía ó parecía que seguía los rodeos que daban nuestros fujitivos para separarse á un lado, evitando el derrotero de la lancha.

La energía facticia de Lúculo no tardó en ceder como una ola, y pronto luchó contra la estincion de sus desesperados esfuerzos; sus brazos y sus piernas se encojieron como la baliza de los escollos; sosteníase en el agua por medio de convulsiones mas raras de minuto en minuto, y profería palabras sordas y entrecortadas que Nina no comprendía.

De repente se alzó como para exhalar el último suspiro, y exclamó con voz casi apagada.

«¡Pobre hermana, quería salvarte, y te he perdido!.. perdóname.... yo muero!.....»

Nina no respondió, cojió á su hermano por el cuello, lo estrechó convulsivamente, y ambos rodaron al fondo....

A poco la barca viró de costado y se dirigió en busca de la galera sin llevar los fujitivos.

V.

Algunos meses despues de este suceso, la plaza de Queinven presentaba el aspecto de una gran fiesta. El suelo estaba cubierto de flores, y las chozas aparecían adornadas con guirnaldas. Al frente de la plaza se habia levantado un dosel magnifico, al rededor del cual habia muchos hombres de armas, alegres y satisfechos, mientras los habitantes de Queinven y la jente que habia acudido de diez leguas á la redonda, estaban pensativos y cabizbajos, ó presenciaban graves y frios aquellos preparativos. Su aptitud revelaba suficientemente que en nada se interesaban de lo que iba á pasar, y que al adornar sus viviendas no habian hecho otra cosa que cumplir superiores mandatos.

Tratábase de recibir al rey Hermenerico, causa de sus miserias, el cual volvía de una expedición contra los vándalos, á los cuales acababa de derrotar. A pesar del lujo y el boato nunca vistos por los sencillos galaicos, la multitud no se agolpaba con tanto gusto en torno del rejio dosel, como junto á una simple piedra de granito, que se elevaba sin fausto ni adorno en medio de la plaza, y que tenia grabadas algunas letras geroglíficas.

Numerosos grupos se habian formado en derredor de algunos vecinos de Queinven, y estos les contaban la lamentable historia de dos niños, historia que hacia llorar á cuantos la escuchaban.

«¡Por San Mateo! exclamaba en un grupo un marinero de cierto buque surto en la bahía, en el momento en que el padre Marcos, pues no era otro el que contaba la historia, decía haber hallado al rayar el día á Lúculo y Nina tendidos en la playa estrechamente abrazados, y sin dar señales de vida... Por San Mateo, que si hubiese estado aquí, hubiera hecho tragar á los pobres niños algunas gotas de un licor ejipcio, escelente para recobrar las fuerzas.

—¡Ay! respondió el anciano moviendo la cabeza; no hay licor que vuelva la vida á los muertos, y Luculo no existía.

—¿Y Nina? ¿y Nina? preguntó todo el grupo al mismo tiempo.

—Nina, repuso Marcos, no habia muerto, y al cabo de algunas horas recobró los sentidos; pero todo el día estuvo delirando. Despues, cuando se sintió mejor, nos contó con voz débil é interrumpida las diversas circunstancias de su evasión... llamó á su hermano.... y exhaló el último suspiro....

—¡Pobre niña! murmuraron los que escuchaban el relato.
—¿Y la habeis enterrado aquí? preguntó el marinero.
—A ella y á su hermano, respondió el padre Marcos: los hemos reunido en el seno de la muerte como era justo, y hemos elevado en la plaza este mausoleo para honrar la memoria de los hijos adoptivos de mi corazón, hijos amados, cuyo afecto embellece mi vejez pobre y solitaria.

Cuando el anciano decia estas palabras, un heraldo atravesaba la plaza anunciando la llegada del rey, el cual apareció á poco rato acompañado de una espléndida escolta. A paso lento cruzó la plaza, y fué á colocarse en el solio, cercado de varios sacerdotes druidas y muchos altos dignatarios.

Hemos dicho mas arriba que en la bahía estaba surto un buque, en el cual debia embarcarse el rey con su corte y un atahud, donde yacia uno de los suyos, muerto en un combate contra los vándalos. Despues de descansar el rey en el dosel, dirigióse al buque con su comitiva, y apenas puso el pie á bordo, se le presentó un anciano, el cual le dijo con voz conmovida, pero fuertemente acentuada:

¡Oh rey Hermenerico! escuchad al anciano. Sus palabras serán severas, pero ofrece el resto de su vida para espíarlas. ¿Habeis llenado los deberes de soberano? ¿habeis oido las quejas del pobre? ¿procurais detener las lágrimas que hacen verter vuestros recaudadores? ¿sabeis que venden á los niños de los infelices que no pueden pagar las contribuciones que nos imponeis? ¡Oh Hermenerico! que Dios os castigue por vuestra espantosa crueldad ó culpable indiferencia!

El rey miró á Marcos con ojos de tigre; pero al ver aquella cabeza calva y los ochenta años del antiguo pescador, puso la mano sobre el atahud de su muerto pariente, á quien los suevos tenian por santo, y pronunció estas palabras:

«Glorioso Mauricio, juro por tus manes no exigir contribucion á este pueblo cuya soberania me han dado las armas.»

Y volviéndose á Marcos, le preguntó:

«¿Estás contento del rey?

—¡Este día será para el pueblo un día de fiesta! respondió el anciano.

—Vete pues, y entrégate á la alegría.

—¡Oh Hermenerico, mi alegría está en la tumba! respondió Marcos con voz triste, y saltó á tierra, siendo paseado en triunfo por toda la poblacion.

VI.

Muchos siglos han corrido desde aquella época, y el pueblo que en el siglo quinto tomó el nombre de Queinven, lleva hoy

el de Camariñas. Este puerto, situado al N. del cabo Prior, importante en tiempo de la dominación romana, y considerable después por su comercio de tejidos de paja, tiene en el día muy poca importancia.

En sus inmediaciones se ven aun ruinas de un templo romano, y no hace muchos años se enseñaba á los viajeros una losa groseramente esculpida con algunos caracteres célticos que los paleógrafos descifraban así:

AL CARÍÑO FRATERNAL

de

LUCULO Y NINA.

TENORIO.





A NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

A dónde alzar mis ojos, que abate mi quebranto,
Sino es á tí, Señora, que miras mi afliccion?
A tí que me prometes con tu estrellado manto
Cubrir ay! las heridas del tierno corazon!

A tí que del Amparo te llaman la Señora,

Porque en tus brazos le hallan los que sin él están,
Porque á tus pies descansa el que infeliz te implora,
Porque tu oído acoje los ayes de su afán.

A tí, vírjen hermosa, que nunca fuiste esquivo
Con el que al fin te busca contrito pecador;
A tí vuelvo mis ojos, pues juzgo es compasiva
La vírjen á quien tengo por madre del amor.

Amar fué mi delito, mis culpas son de amores;
O vírjen soberana, amando me perdí:
Hoy triste y sin consuelo, solo con mis dolores
Me encuentro abandonado si no hallo amparo en tí!

He sido un hijo ingrato, piadosa madre mia,
Ya lloro lo que cuesta la negra ingratitud;
De hoy mas serás tu sola, mi dicha y mi alegría,
Tú que haces que mi pecho renazca á la virtud.

Por tí serán mis votos, mis tiernos sentimientos;
En tí mis esperanzas revivirán mejor:
Que sola tú mereces mis nobles pensamientos,
Tú solo, vírjen mia, madre de un santo amor!

GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA.

A NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

A dónde alzar mis ojos, que alarde mi quebranto,
Sino es á tí, Señora, que miras mi aflicción?
A ti que me prometes con tu estrellado manto
Cubrir ay! las heridas del tierno corazón!

A ti que del rayo de tu luz, Señora, llaman la atención



LAS DOS COLEJIALAS.

I.

EL antiguo convento de C.... en el reino de Valencia, era un magnífico edificio con sus huertos, los corpulentos árboles de sus bosquecillos y las verduzcas paredes de yedra. Sus jardines, esmaltados de flores, eran regados por un purísimo arroyo, cuyas orillas se hallaban sembradas de sauces, y mas allá se descubrían vastas campiñas teñidas de verde, de rosa y oro, mientras que mas lejos se divisaban pintorescos montes que se cubrían en el estío de un manto soberbio de púrpura.

Pero ni estas bellezas, ni la magnificencia de lo interior, ni la majestad de su iglesia, habian hecho célebre el convento tanto como la circunstancia de admitirse en él, por cierto estipendio, jóvenes de familias pudientes, á las cuales se daba una mas que regular educacion por las monjas dedicadas á llenar esta tarea, tanto mas importante, cuanto que ni habia colejos en España, ni abundaban los conventos en que se educase al bello sexo.— Las pensionistas de C.... alternaban en muchas cosas con las novicias; pero se distinguian en su traje y en que gozaban de alguna mas libertad.

Una de las colejiales—pues así debe llamárselas—era entonces una jóven rubia y pálida que tendria quince años, y regulares cuanto espresivas facciones, aunque velaba su frente una nube de tristeza. En su distinguida fisonomía, en la graciosa dignidad de su apostura y en la sencillez de sus maneras, conociase que era una jóven de elevado nacimiento, y efectivamente era Clara de Tellez Mendoza, descendiente de nobles varones, cuyo árbol genealógico se perdía en el plantel de los reyes de la edad media.

La amiga de la ilustre doncella era enteramente el reverso de la medalla, por lo cual decian las demas pensionistas que su buena armonía se fundaba en los contrastes. Irene Ponciano, algo mas jóven que Clara, tenia un semblante vivo y animado, y poblaban su bonita cabeza hermosos cabellos negros. Era franca, tenia talento y no carecia de inteligencia; pero estas ventajas perdian mucho si se tomaba en cuenta un orgullo caprichoso y burlon, que siempre estaba alerta, y que enfriaba á los demas. Y sin embargo, era la hija única, adulada y mimada de una familia plebeya que de repente pasó de un estado mediano á una gran opulencia, gracias á una enorme cantidad que heredó sin esperarlo.

No habia colejiala que no envidiase la suerte de Irene, y sin embargo ella ocultaba en el fondo de su corazon un profundo pesar, porque si bien era rica, sabia que cuantos trataban á sus padres se burlaban de su oscuro nacimiento, de sus ridiculeces, y sobre todo de su falta de educacion. La desgraciada niña llegó á avergonzarse de tener por padres á quienes ignoraban los usos del mundo, y sufria horriblemente cuando pensaba en esto.

Por aquel tiempo llegó al convento en un soberbio carruaje el marqués de Casa-Tellez, y con el pretexto de que tenia que hacer un viaje largo, depositó á su hija en aquella especie de colejo, no queriendo dejarla sola en su palacio. Por espacio de muchos dias no se habló de otra cosa que del vestido ricamente bordado del poderoso caballero, del diamante que llevaba en un dedo, y sobre todo de su elegante carruaje.

«¡ Ah! qué dichosa debe ser la hija de un gran señor!»

Así dijo Irene desde el primer día, y se propuso hacerse amiga de la marquesita, á fin de adquirir consideracion por este medio, y lo logró por último, aunque no sin condiciones por parte de Clara.

«Te prevengo, la dijo una tarde que estaban sentadas bajo un sauce, que si te acepto por amiga, es preciso que te resignes á oir verdades, porque has de saber, querida, que tienes muchos defectos.

—¿Cómo defectos? exclamó Irene poniéndose tan encarnada como una cereza.

—Tienes defectos, repuso Clara con tranquilidad, y haré los mayores esfuerzos para quitártelos. Así es como entiendo yo la amistad: ¿qué te parece?

—Me parece, contestó Irene con risa forzada, que podrías rebajar alguna cosa de tus enormes pretensiones.

—¿Aceptas ó no aceptas?..... responde, porque hay quien me haya hecho proposiciones, ni mas ni menos que tú.

—¿Quién, Elisa de Artal?... ¡esa tontuela cuyos parientes están arruinados! Su padre se ocupa en pescar ranas, y su madre en remendar su viejísimo traje.

—Eres burlona, envidiosa y mal intencionada; te doy la enhorabuena, Irene.

—¡Gracias por el cumplimiento!.... ¿Pero en qué soy mala?

—Te responderé cuando me hayas dicho por qué te burlas de una familia que soporta con valor su infortunio.

—Tienes razon; ¿pero por qué se afanan en hacer mas ridícula su pobreza, echándola de grandes?

—Veo que te ríes de todo, menos de lo que te interesa, Irene.

—De lo que nos interesa á las dos.

—Sí, ya sé que me tienes algun afecto...

—Te quiero como á una hermana, y siento mucho verte tan triste desde que se fué tu señor padre.

—¡Mi padre! repitió Clara con un movimiento nervioso.

—Creo que tu hermano no se cuida de tí, y esta es una ingratitude.

—Mi hermano es honrado y valiente, dijo Clara conteniendo su emocion... Mas vengamos á nuestras condiciones: ¿las aceptas?

—Sí, desde hoy me tengo por tu hermana, y cuando vuelvas á tu palacio, estaré en él contigo ocho días, pero me has de enseñar los usos del gran mundo, para que el señor marqués de Tellez no se abochorne de verme al lado de su hija.

—Precisamente por eso no quiero pasarte nada: porque la impertinencia es de muy mal gusto, y te diré una cosa que sin

duda te sorprenderá: la murmuración es de mal tono en la alta sociedad.

—Vaya una cosa rara, dijo Irene; en todas las tertulias de la provincia se murmura de día y de noche.

—En la antigua corte no sucedía así; y sin embargo, se sabía vivir mejor.

—Entonces procuraré corregirme, porque no quiero avergonzarte.

—¿Te corregirás por orgullo, eh?

—Tal vez; pero más por el cariño que te tengo.

Y las niñas se separaron, dándose la mano en señal de alianza.

II.

Algunos meses después de esta conversación la abadesa de C.... llamó á Clara de Tellez, y la dijo:

«Querida niña, tengo que darte una noticia mala para ti y para todas nosotras; se ha suprimido nuestro convento, y bien pronto vamos á ser dispersadas como la paja que el viento disipa: el huracán revolucionario ha tronchado nuestras ramas, y no podemos darte abrigo.

—Lo sé, respondió Clara tristemente.

—Pero quizá no sabrás, hija mía, que todos los bienes de tu padre han sido confiscados.

—Pobre Luis! exclamó Clara, y abundantes lágrimas surcaron sus mejillas.

—Quisiera saber, dijo la abadesa, si no tienes inconveniente en vivir con alguna familia respetable hasta que sepa tu padre tu situación. En cuanto á tus demás parientes, todos han emigrado, y por consecuencia no pueden ofrecerte asilo y protección.

—Tengo los diamantes de mi madre que me entregó mi papá antes de marcharse, y mi hermano me ha dado veinte y cinco onzas: creo que con esto....

—Sí, de este modo á nadie servirás de carga; ¿pero á quien te confiaré, hija mía?

Mientras la abadesa pasaba revista á todos sus conocidos, una monja abrió la puerta.

«¿Qué hay, sor Angélica? dijo la abadesa volviéndose con gravedad.

—La señora de Ponciano quiere llevarse á su casa á la señorita de Tellez, respondió la religiosa. Pide la venia de nuestra respetable madre, y el consentimiento de esta señorita.

—¿Qué dices acerca de esto, Clara?

—Que Irene es mi mejor amiga, y que aceptaré si me lo permite V.

—En ese caso, dijo la abadesa á la portera, conduzca V. al locutorio á la señora de Tellez.

—¿No me bendecirá V. antes que salga de aquí? preguntó Clara cayendo de rodillas.

La abadesa se levantó del sillón en que estaba sentada y dijo, extendiendo su mano hacia la jóven:

«Hija mia, que el Dios del huérfano, del proscrito y del afligido, te bendiga desde lo alto de los cielos; que el ángel del Señor te guie por la solitaria senda que vas á pisar, y te guarde nuestro bienaventurado patrono San Benito!»

Clara quiso besar la mano que la habia bendecido con tanta solemnidad; pero la noble benedictina no se lo permitió, y besándola en la frente la dijo con voz conmovida:

«Adios, querida niña; ruega algunas veces por la pobre Ana de Belluga!»

III.

Cuando Clara vió por la primera vez á la señora de Ponciano, necesitó todo el imperio que sobre sí misma tenia y toda su política para reprimir una ligera sonrisa.

Llevaba la buena de la señora un vestido de grandes ramajos, y de su cabeza pendia un manojo de flores atado con un lazo, cuyas puntas flotaban como los gallardetes de los buques de guerra: sus negras y largas manos estaban llenas de sortijas de todos colores, y un enorme collar de oro le ceñía el cuello á manera de collar de perro.

«Señorita, dijo la de Penciano, jugando con un soberbio abanico, Irene me ha dicho que acaba V. de perder una fortuna muy consecuente.

—¡Diga V. considerable, por el amor de Dios! murmuró Irene moviendo los hombros.

—Considerable, repitió la señora de Ponciano con admirable docilidad.

—¡Ay! es cierto, señora, respondió Clara.

—Lo siento mucho, repuso la señora con aire de afliccion, y me atrevo á decir que mi hombre, cuyo abuelo fué lacayo de su familia de V., se dará á mil diablos cuando lo sepa.

Irene se mordió los labios de cólera al oír lo de lacayo, y su madre prosiguió:

—Lo bueno que tiene, es que nuestra casa y todo lo que contiene están á vuestro servicio, y tendremos una gran satisfaccion en que viva V. con nosotros.

—Señora, respondió Clara titubeando como si temiese hacer una proposicion ofensiva, acepto, pero únicamente con la condicion de que...

—Nuestra casa no es una posada, interrumpió vivamente.... Mereceríamos ser silbados si consintiéramos que pagara V.

—¡Pues bien, señora! exclamó Clara enternecida, durante algunos meses tendrá V. una hija mas.

—Acabára V. por Cristo, señorita! nada mas hay que decir; con que hasta luego.

—¡Ah! ¡qué infeliz soy con tener una madre tan vulgar! exclamó Irene desesperada cuando se marchó su madre.

—¡Está visto que tienes muy mal corazon! dijo Clara con frialdad.

—No he de avergonzarme.....

—¿De tu madre, Irene, que te ha velado dia y noche? de tu madre que cuando tú eras niña no tenia otro placer que mecerse en sus rodillas, entonando dulees canciones! ¡de tu madre que ha confundido sus lágrimas con las tuyas tantas veces! ¡Oh! retráctate pronto, porque esto es espantoso.

—Ella tiene la culpa; ¿por qué me ha dado una educacion que me hace conocer que á ella le falta?

—Si yo me hallára en tu lugar, la ocultaría mi superioridad con piadosa intencion, y la bendeciría de todo corazon porque no tuvo el egoismo de mantenerme en su ignorancia.

—¿Pero cómo se puede respetar á uno al conocer sus ridiculeces?

—Olvidas una cosa, querida, y es que ridiculos ó no, los autores de tus dias tienen derecho á que los respetes, porque el que dá órdenes á la estrella de la mañana, el que manda al rayo y á las irritadas olas, ha dicho al niño: HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE.

—Tú hablas así porque eres hija de un gran señor; pero ponte en mi lugar, y si tuvieras una madre por el estilo, ¿qué harías?

—Le manifestaría tal respeto y cariño á la faz del mundo, que cualquiera dijese: es preciso que esta mujer sea muy virtuosa, supuesto que la quiere tanto una jóven tan instruida y bien educada.

—Y si tu padre y tu hermano vieses á mi madre, ¿qué pensarían acerca de ella? respóndeme con franqueza.

—Dirían que es una aldeana que no ha tenido tiempo ni medios para instruirse; pero si vieran tus encojidas de hombros y tus desdeñosas muecas cuando oyes hablar á tu madre, podrían pensar.....

—¡Y bien! ¿qué?

—Que eres una criatura á quien ahoga la vanidad.

Aquí llegaban de su conferencia cuando se presentaron los dos esposos, diciendo D. Secundino:

«Señorita, mi familia debe mucho á la de V.

—¡Ya lo creo! saltó Doña Leandra; como que cuando tu padre iba al palacio el buen señor le daba siempre....

—La mano, interrumpió el moderno capitalista.

Dicho esto con bastante política, describió un círculo con su mano derecha, á fin de ofrecerla con mas elegancia, y llevó á Clara con gran pompa al *comedor de cincuenta personas*, como decia Doña Leandra.

IV.

Ponciano, que habia sido pasante de procurador, tenia un medio barniz de urbanidad y una tintura de educacion que habrían podido pasar en la multitud, sin las pretensiones que le hacian desdeñar el trato de los unos y ridiculizar á los otros. Hacía notar con mucho cuidado todas las faltas de español que eran bastante enormes para que él pudiera conocerlas, salpicaba su conversacion con mujeres y criados de un latin barbaro, y se mofaba de todo lo que no entendia: por lo demás, cometia diez defectos de ortografía en una carta de doce renglones, y jamás citaba un rasgo histórico sin que lo adornase con algun anacronismo ó de dos faltas de geografia.

Sin embargo, tenia buen fondo, y deseando proseguir una buena accion que nada le costaba, el millonario resolvió hacer mas, é impulsado de una ambicion noble, intentó reunir los restos del gran naufragio de la noble casa, y construir con ellos una cosa que se pareciese á una fortuna. Llamó pues un dia á la señorita de Tellez y la dijo:

«Dentro de poco se vá á vender la finca principal del marquesado de Tellez: ¡si pudiéramos adquirirla!

—¡Ah! de buena gana, exclamó la jóven, ¿pero con qué? no tengo otra cosa que los diamantes de mi madre que apenas valen sesenta mil reales, y un cartucho de onzas que no llega....

—Yo tengo algo que agregar á esas sumas.

—Sí, pero....

—Esto es de los arrendatarios de las fincas, los cuales bajo su firma se han comprometido á pagar..... ¿No me ha hablado V. de algunos papeles que le entregó el señor marqués antes de partir?

—¡Voy á buscarlos! dijo Irene; yo sé donde están.»

Y salió dando saltos, volviendo á poco con un paquetito cerrado. Ponciano rompió el lacre, y despues de leer el primer papel que halló á mano, dijo:

«Esta es la nota de lo que importan los arrendamientos.... ¡Ah! toda la vajilla de plata está enterrada al pie de una encina, la cuarta á la derecha.... Es un negocio de diez mil duros... ¡magnífico!»

Ponciano abrió una ventana y gritó á un criado que le ensillara la mejor yegua.

«Padre, ¿á dónde vá V.? preguntó Irene.

—A la hacienda del señor marqués; no podría dormir tranquilo sabiendo que hay un tesoro de diez mil duros sin otra defensa que una capa de tierra.»

Encontrada la vajilla y cobrados los arrendamientos, la hacienda fué comprada en la cuarta parte de su valor, y á no ser por la prolongada ausencia del marqués de Casa-Tellez y de su hijo, cuyo paradero se ignoraba, habría sido feliz Clara al lado de sus padres adoptivos

V.

Una tarde hallábase Irene sentada en una colina que daba al camino real, y se ocupaba en pintar unas bellísimas ruinas cercadas de árboles que se descubrían á alguna distancia. Estaba embebida en contemplar el modelo, cuando llegó á sus oídos una melodía algo sorda pero de singular dulzura que parecía querer acompañar el último gorjeo de las aves y el murmullo de una fuente que corría mas abajo.

«¡Qué cosa tan linda! dijo Irene acercándose á la verja; ¿qué será?»

Bien pronto lo supo, porque un jóven cuyo roto vestido revelaba miseria y abandono, estaba recostado en el tronco de un álamo al borde del camino, y, vuelto el rostro hácia el horizonte, donde el sol declinaba majestuosamente, pulsaba con distracción las cuerdas de una guitarra.

—«Será ulgun jornalero ambulante, pensó la jóven; me dan tentaciones de finjirme una princesa y llenarle de admiración....»

Y entreabriendo la verja con precaución, Irene sacó de la faltriquera una peseta, y enseñándosela al viajero le dijo:

«¡Tome V. amigo!»

El mancebo clavó sus azules ojos en el rostro de Irene, y dijo apoyándose sobre el codo:

«¿Qué quiere V. hermosa niña?

—¡Niña! repitió Irene extraordinariamente resentida.

Y al alzar sus ojos para mirar de un modo despreciativo al que habia cometido la falta de no hablarla como á una duquesa, se quedó asustada al aspecto de un semblante que le pareció diabólico. La tez del extranjero era de un lustroso color de aceituna como la piel de los salvajes de América, y poco faltó para que la jóven no le tuviese por un canibal. Sin embargo, reflexionó, y como el desconocido hablaba español castizo, creyó se las habia con algun busca-vidas que se dirigía á alguna feria.

«¿Qué era lo que V. decia? repuso el viajero, mirando á la jóven con ojos alegres.

—Decía, contestó Irene con dignidad, que... hé aquí una peseta....

—La veo perfectamente.

—Entonces, dijo Irene con altivez, tiene V. la mollera muy espesa.... ¿No vé V. que con ella se puede comer?

—¿Es decir que yo no tengo para comer?.... Es V. muy política!

Indignada Irene del modo burlon con que se acogía por el jóven su magnífica limosna, le dijo con extraordinario desprecio:

«Sin duda alguna será V. un titiritero.

—Y V. muy impertinente, contestó el gitano con mucha calma.

—¿Sabe V. con quién habla? ¿ignora V. que mi padre es dueño de todas estas tierras?

—¿Cómo se llama su padre de V.?

—Ponciano, respondió Irene con sequedad.

—No le conozco, dijo el vagabundo.

—En verdad, replicó Irene con irónica sonrisa, que perderá mucho!

—Tal vez ganará, murmuró el vagabundo, devolviéndola á la doncella desden por desden.

—¡Insolente! exclamó Irene furiosa; sepa V. que la señorita de Tellez es mi íntima amiga....

El jóven al oír estas palabras se puso en pie, quitóse su sombrero, y dijo á Irene en tono muy político:

«Señorita, ¿me permitirá V. que hable á Clara un rato?

—¡V. hablar á Clara!

—Dígala V. que tengo que darla noticias muy importantes.

—¿De parte de quién? preguntó Irene.

—¡Tema! ¡de la mía!

—¡Ah! de la de V.... però antes quiero saber con quien tengo el gusto de hablar.... ¿Es V. músico ambulante, cómico de la legua ó gitano?

—Nada de eso, respondió el desconocido; soy.... ladrón para servir á V. »

Irene cerró la reja con prontitud, y el jóven se rió de todo corazón al ver el miedo de la doncella, la cual comprendió al fin lo que su amor propio la había ocultado hasta entonces.

«V. es el caballero de Tellez, le dijo.

—Y V. una jóven muy guapa, exclamó el jóven.

Irene se apresuró á abrir la puerta de la verja, y apenas entró el expatriado, miróse en el agua de un estanque, y dijo sonriéndose:

«Tema sembrar el espanto en su casa de V. y ocasionar una verdadera alarma.

—Con el agua de ese estanque podrá V. quitarse la pintura.

—La pintura, señorita! tendré que conservarla contra mi gusto.

—¿Cómo?

—Porque me he pintado al óleo, temiendo viniese á darme á alguien chaparrón.»

Irene no pudo contener la risa y salió corriendo para avisar á Margarita, la cual nó tardó en ir á abrazar á su hermano.

VI.

«¿Cómo has venido aquí? preguntó Margarita á Luis, pasados los primeros momentos de su profunda alegría.

—La casualidad me ha traído á esta quinta, donde he encontrado á una jóven que despues de tomarme por mendigo, saltimbanquis y ladron, me dijo te hallabas aquí.

—¿Y cómo te habló de mí? preguntó Clara admirada.

—Te nombró porque ajé su orgullo, y desconocí su importancia.

—No la juzgues mal, Luis, porque tiene muy buen carácter, y debemos mucho á su familia.

—Ciertamente le debemos mucho, exclamó el jóven con efusion, puesto que te ha recojido, hermana.

En aquel momento llegaron los dos esposos, y Ponciano despues de muchos cumplimientos, dijo á Luis, haciendo una seña á Clara para que no le interrumpiese:

«Ciertamente es muy duro que hayan vendido vuestras haciendas.

—Tan duro, dijo Cárlos con aire de frivolidad, que agradecería á V. infinito hablase de cosas mas divertidas para estas señoras.

—Oiga V. caballero, exclamó Doña Leandra sin hacer caso de los gestos de su marido; las haciendas....

—Son tuyas todavía, interrumpió Clara estrechando en la suya la mano de Luis.

—¿Mias?

—Sí, porque las hemos comprado.

—¿Cómo?

—En la mesa lo sabrá V., dijo Doña Leandra, porque como el paseo abre las ganas de comer, tendrá V. buen apetito.

—¡Magnífico! exclamó el jóven con alegría; de seguro, señora, no se quejará V. de mi cortedad.»

La cena fué espléndida y larga, porque el jóven emigrado contó la série de sus aventuras en tono alegre y chistoso, y á cada momento era interrumpido por las preguntas impertinentes de Ponciano y su esposa. Luego se habló de cosas in-

diferentes, y el dueño de la quinta, cuando llegaron á los postes, presentó al noble una magnífica copa de oro de trabajo gótico.

—¿Conoce V. esta copa? le dijo.

—¿Que si la conozco? ganóse en un torneo en que tomó parte la flor de la caballería aragonesa y castellana.

—¿Por qué, preguntó Ponciano, no llevan VV. corona sobre el escudo?

—Porque las coronas ducales son buenas para la nobleza de nuevo cuño; nosotros llevamos el casco ó yelmo, distintivo de la verdadera caballería.

—¿Qué imájen es esta? preguntó Doña Leandra, designando un asunto histórico primorosamente grabado en la copa de oro.

—¡Bah! respondió su marido en tono de suficiencia, es un grupo que.... Vamos, Irene, tú que todo lo sabes, ¿que es esto?

—Dido y Eneas, respondió Irene algo disgustada del ridículo elogio de su padre.

—Bien, hija mia, tu educación me ha costado gruesas sumas; pero te han servido.... Esto representa al rey Dido contando á la reina Eneas la toma de *Cartago*.... ¡Bellísimo asunto!

Poco faltó para que el de Tellez soltase la risa; pero aunque era naturalmente burlon, se contubo, y la seriedad que guardó dió á conocer la buena educación que habia recibido. En cuanto á Irene, que rabiaba de vergüenza, se cortó un dedo y dejó caer una soberbia pera que se ocupaba en mondar. Doña Leandra lanzó un grito y se apresuró á restañar la sangre con su pañuelo: Clara comprendió cuánto debia sufrir la vanidosa jóven, y queriendo poner fin á su suplicio, dijo con gracia:

—« Si VV. lo permiten, enviaremos á dormir al pobre Luis que debe estar muy fatigado. »

Estas palabras hicieron levantar de la mesa á todo el mundo, y se separaron ceremoniosamente con muchas cortesías y no pocas buenas noches.

VII.

Irene entró en su aposento con el semblante contraído, llenos los ojos de lágrimas y devorada de una vergüenza insensata.

« ¡Qué noche! exclamó paseándose á grandes pasos; ¡qué ridículos han estado!... el Sr. de Tellez creerá hallarse en una casa de animales tan curiosos como los osos petimetres y los perros instruidos!... ¡Y yo estar condenada á sufrir este suplicio toda mi vida! ¡Oh! esto es espantoso! »

La frente de la doncella se oscurecía, y sus todavía infantiles facciones se revistieron de siniestra espresion; asaltáronla malos pensamientos, y ya había conocido que si sus padres muriesen se consolaría muy pronto, cuando Clara entró de repente diciendo:

—«¿Qué tienes? desde mi cuarto te he oído, y vengo á saber si estás mala.

—No, respondió la orgullosa doncella, ¡estoy buena y contenta! ¿No hemos pasado una noche deliciosa?

—¡Me infundes miedo! exclamó Clara; tu lindo semblante se ha puesto feo, y tu fisonomía no vale nada.

—Escucha, dijo Irene, ¡quisiera morirme! ¡sí, lo digo como lo pienso!

—¿Y cuál es la causa de tu gran desesperacion? ¡Ah! ya lo sé; no puedes decir que tu padre haya trasladado á Europa una ciudad del Asia, y que haya tomado á Dido por Eneas.... ¡Sin duda que es un motivo muy grave!

—¿Cómo te burlas de una cosa que me vuelve loca de pesar?

—¿Y tú cómo puedes volverte loca por tan poca cosa?

—¡Tan poca cosa!... ¡una ignorancia que haría dar azotes á un niño de escuela!

—Es una desgracia, pero no debes olvidar que á falta de esos conocimientos de lujo, posee otros muy esenciales, porque está versado en el estudio de las leyes, entiende de negocios, y maneja perfectamente su caudal. Lo mismo digo de tu madre, la cual si peca por las maneras y el lenguaje, brilla por la bondad de su corazón, la honradez de su vida, su rectitud y su buen juicio.

—Sí, pero aunque tú seas una amiga indulgente, ¡el mundo no transige con los defectos de sociedad!

—Distingamos, Irene: el mundo se divide en jente mala pero sin talento, y en jente que aunque lo tiene, es mal intencionada. Los primeros no valen la pena de pensar en ellos, y de los segundos nada tiene que temer tu madre, porque has de saber, amiga mia, que solo la ignorancia vanidosa, arrogante y necia se complace en triunfar brutalmente de la ignorancia pura y sencilla.

—¿Cómo dices eso! cualquiera diría que yo quiero tiranizar á mis padres...

—No mientas, porque te despreciaré!.... Adios, procura dormirte ocupada en un buen pensamiento, á fin de soñar otra cosa que funerales, á que asistirías con un pañuelo enjuto sobre los ojos.

—Te se olvida que debes abrazarme antes de partir, Clara.

—No lo olvido, sino que lo hago espresamente.

—¿Con que ya no me quieres? dijo Irene bañada en lágrimas.

—Si te quiero, sí; pero es precisoirme acostumbrando á encerrar mi amistad en mi corazón, porque te mimo sin querer, y eres capaz de conservar al mismo tiempo tu pícaro orgullo que agosta tu alma y el afecto que te profeso.

—Gracias por haber venido, dijo Irene; tu voz ha hecho huir á Satanás y al batallón de ángeles negros que me sujerian malos pensamientos. Perdóname y te prometo hacer un grande esfuerzo para corregirme.

—¿Y cuando será esto?

—¡Oh! al instante....

—Bien, dame un brazo; pero como no te corrijas....

—¡Oh! ¡ya verás, ya verás!....»

Y la jóven, tan dichosa por haber hecho las paces como un pajarillo cuando se vé que la tormenta cesa, se durmió rezando, como debe hacer toda niña bien educada y temerosa de Dios.

(La conclusión en el próximo número.)

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.—REINO DE JUDA.

II.

Sacrificio de Elias.

Mucho tiempo despues, el Señor se apareció á Elias y le ordenó fuese en busca de Achab, que á la sazón reinaba en Israel.

Elias partió y llegó á Samaria precisamente cuando se hacia sentir una espantosa miseria.

Achab llamó á Abdias, intendente de su casa, y que como religioso y honrado temia al Señor.

«Recorred todo el país, le dijo; visitad todas las fuentes, bajad al fondo de los valles para ver si allí podemos encontrar yerba, porque nuestros caballos y mulas se mueren de hambre.»

Achab se encargó de visitar parte de su reino, y Abdias partió para explorar la que le habian señalado. Elias le salió al encuentro, y habiéndole conocido Abdias, se prosternó humildemente, diciéndole:

«¿Sois vos, Elias, mi señor?

—Id y decid á vuestro amo, este hombre es Elias.

—¿Qué pecado he cometido para que me entregéis en manos de Achab, príncipe cruel que me dará la muerte?

«Os ha buscado por todo el universo, conjurando á los reyes y los pueblos para que le descubriesen vuestro retiro.

«Si voy á decir á mi rey que estais aquí, me matará; fuera de que cuando yo vuelva á buscaros, el Señor os habrá transportado á lugares desconocidos, y no os veré mas.

—Nada temais, que hoy mismo me presentare á Achab.»

Abdias se encaminó á do estaba el rey, el cual fué al momento á ver á Elias.

«¿No eres tú el que turba la paz de Israel? le dijo con furia.

—Yo no soy el que turbo vuestro reino, respondió Elias, sino vos mismo, puesto que habeis abandonado los mandatos del Señor para adorar á Baal.

«Enviad á buscar los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal y reunid á todo el pueblo de Israel, á fin de que delante de él pueda yo hacer brillar la gloria de Dios.»

Luego que se reunió todo Israel, y los profetas de Baal subieron al monte Carmelo, Elias dijo al pueblo:

«Solo yo he quedado entre todos los profetas del Señor, y los vuestros son cuatrocientos cincuenta: que nos den dos bueyes para que escojan uno y despues de cortarlo en pedazos lo pongan sobre un haz de leña sin encender fuego debajo.

«Yo tomaré el buey que dejen y haré lo mismo.

«Invocad el nombre de vuestros dioses; yo invocaré el nombre del Señor, y el que encienda lumbre debajo de las víctimas será tenido por el único y verdadero Dios.»

Los profetas de Baal prepararon su sacrificio, invocando el nombre de Baal desde por la mañana hasta medio dia, y gritando sin cesar:

«Baal, oye nuestros votos!»

Pero su Dios no manifestaba su presencia, y Elias les decia, burlándose de ellos:

«Gritad mas alto, porque tal vez está ocupado en este momento Baal vuestro Dios: sin duda duerme, y hay necesidad de despertarlo.»

Los profetas se pusieron á gritar mas alto; pero su Dios permaneció sordo á sus clamores.

Cuando llegó el momento de hacer el sacrificio, Elias ordenó que se acercase el pueblo, y elevó el altar del Señor que habia sido derribado. Hizo una reguera y dos surcos alrededor del altar, preparó la madera, y despues de descuartizar el buey, lo puso encima.

En seguida vertió por tres veces sobre la carne y la madera grandes cántaros de agua, á fin de que estancándose el agua en la reguera, cercase completamente el altar.

Entonces el profeta se aproximó y dijo:

« Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, demostrad hoy que sois el verdadero Dios y yo vuestro servidor.

« Escuchadme, Señor, y convertid el corazón de este pueblo incrédulo. »

Apenas había pronunciado estas palabras cuando descendió del cielo una llama brillante que devoró la víctima, la madera, las piedras, y hasta el polvo que se hallaba al lado.

A este espectáculo, el pueblo se prosternó hasta tocar el suelo con el rostro, gritando:

« El Señor es el verdadero Dios! »

EL RIO Y EL TORRENTE.

Fábula.

Entre altas cañas y frondosos árboles,
De una selva á través,
Sus aguas deslizaba melancólico
Un río portugués.

No lejos un torrente con estrépito
Alzaba horrible son
Cuando sus ondas agitaba férvido
Repentino turbion.

Por lo demás, en el estío cálido
Su cauce iba á secar
El sol, quemando sus colinas fértiles
Sobre ellas al pasar.

En su lecho de guijas consumiéndose
Miraba con furor
El torrente envidioso el agua límpida
Del río jemidor.

Cuando allá en la montaña brilla súbito
Violenta tempestad,
Y el cielo cubre con su manto lóbrego
La densa oscuridad.

Se oyen á poco los bramidos hórridos
Del furioso huracan,
Y las nubes despiden luces cárdenas
Cual hirviente volcan.

La lluvia cae á mares, y en su ímpetu
Arrastra mil y mil

Fogosos riachuelos que coléricos

Siguen su curso vil.

Aguas y piedras el torrente ávido

Al momento sorbió,

Y las orillas asaltando indómito,

El lecho abandonó.

En su carrera irregular y bárbara

Con todo en tierra dá,

Y sumerjiendo cuanto encuentra, rápido

Hacia el riachuelo vâ.

« ¡ Atrás! ¡ atrás! » de la campiña el despota

Dice con ruda voz,

Las poco antes del rio olas plácidas

Dispersando feroz.

« Atrás, oh rio, porque tu eres subdito

Mientras que yo soy rey:

Ya que imprudente con desden mirábasme,

Sufre ahora mi ley.... »

Mas la tormenta cesa; el sol vivífico

Vuelve pronto á lucir,

Y logra el rio su pureza prístina

Por grados adquirir.

« ¿ Qué has ganado ?, al torrente dice el misero,

Por la selva correr,

Y las campiñas asolar tiránico

Con tu brusco poder.

« ¿ Qué logras, dime, en tu furor estúpido,

Qué logras, di,

Si á poco encierras en tu lecho fétido

Tu curso baladí?

» Yo tengo dias de violenta cólera,

De pasiones y error;

Pero los campos riego, prodigándoles

Fuerza, jugo y verdor. »

¡ Oh! Dios preserve nuestro hogar pacífico

De la jente brutal

Que ha menester para subir, las rafagas

De recio vendabal.

TENORIO.



LA VOCACION.

LA lámina que va al frente de este número de nuestro *Mentor*, representa una escena de familia, que nada tendría de particular si la experiencia no nos hubiese manifestado cuán profunda era la vocacion de ese niño que acaricia á su padre. ¡La vocacion! ¿no se encuentra animada por el soplo de Dios la criatura que apenas principia á pensar, fija su imaginacion en una carrera determinada, lanzándose á ella con resolucion é intrepidez? ¿es la fé la que sostiene al niño en su propósito, ó escucha alguna voz en el fondo de su alma que le dice cual es su porvenir y su ver-

dadero destino, haciéndole marchar impávido por un sendero que solo él conoce?..... La Providencia, sí, la Providencia nos recoje al nacer, nos acompaña en nuestro corto paseo por el camino de la vida, apartándonos de los malos pasos, y no nos abandona hasta que nos deja en la tumba. Los que yerran la senda que deben pisar; los que tropiezan, los que caen, en fin, ni oyen los consejos de la Providencia, ni hacen caso de mil incidentes, al parecer sin importancia, que hartamente demuestran que el hombre no vá solo, surcando en un débil esquiife el golfo de las pasiones.

Pero si Dios no abandona á sus criaturas, hay seres que se olvidan de él, confiados en el acaso ó en algun poder infernal. Sin luz, faltos de experiencia y sin guia, todos naufragan, queridos niños, si no es que el Criador del universo les tiende su generosa mano, sacándoles de las cenagosas aguas del vicio. ¡Oh! consultad vuestros sentimientos é inclinaciones antes de emprender una carrera, y ayudados de los consejos de vuestros padres ó tutores, entrad en ella con fé, seguros de que tendreis á vuestro lado una divinidad invisible que nunca habrá de abandonaros.

Recorria en 1841 el autor de estas líneas varias poblaciones del Portugal, y en Mora, ciudad célebre por su importancia en la antigüedad, conoció á un abogado de gran talento, que despues de brillar en el foro, se habia retirado á una quinta contigua á Mora. —Hijo de un carpintero, su destino era empuñar la sierra y el cepillo, como los habia empuñado su abuelo y los empuñaba su padre; pero una voz secreta le decia que habia nacido para desempeñar una tarea mas noble, librando á su familia de la pobreza.

Un dia, pues, presentóse en el taller de su padre, y con lágrimas en los ojos le dijo que jamás sería buen carpintero, aunque se afanase por aprender perfectamente este oficio. Patiño, que así se llamaba el artesano, preguntó á su hijo qué carrera quería emprender, y Diego se acordó de la abogacia, hablando con entusiasmo de tan noble profesion.

Pocos dias despues pasó el niño á Lisboa, y allí sabe Dios como residió varios años estudiando leyes. Lo cierto es que apenas se habia recibido de abogado, empezó á distinguirse, siendo mas adelante la mejor lumbrera del foro lisbonense. Rico, apreciado de cuantos le trataban, y colmado de honores, abandonó la carrera activa por el reposo, y en la época referida vivia con sus padres, que ya pisaban el borde del sepulcro.

Allí, sin embargo, daba consejos á cuantos le consultaban, y si alguno le pedia ayuda contra un enemigo suyo ó mas opulento ó mas afortunado, Patiño le defendia gratuitamente, poniéndose siempre al lado del menesteroso y desvalido.

El gobierno portugués habia tratado varias veces, segun nos dijeron en Mora, de atraerle á la capital con el fin de darle un empleo importante; pero el hijo del carpintero, tan sábio como modesto, jamás habia querido abandonar la tranquilidad del hogar doméstico por un puesto, si honorífico, lleno de sinsabores en tiempos revueltos y banderizos.

TENORIO.

LAS DOS COLEJIALAS.

(Véase nuestro anterior número.)

VIII.

Al día siguiente de la llegada á la quinta del hermano de Clara, se celebraba la fiesta del patrono de un pueblo inmediato, y se convino que irían á él en familia, como todos los años, para que no escitase sospechas su no acostumbrado apartamiento. Pusiéronse pues en camino, y al salir de la hacienda Luis miró alternativamente el árbol bajo el cual se habia sentado la vispera para descansar, y á Irene, que se puso tan encarnada como una amapola.

«Aquí he tenido el gusto de conocer á V., la dijo con imperceptible sonrisa, y el mismo objeto ocupaba nuestra atencion: V. pintaba estas hermosas ruinas feudales que yo contemplaba con un sentimiento mezclado de admiracion y de tristeza.... ¿Qué nombre llevan estos restos?

—Ninguno, respondió Irene algo repuesta de su turbacion; parece que ahí hubo un castillo de gran importancia, y como por lo regular la jente crédula se figura las cosas mas raras de estos antiguos castillos, yo sé una leyenda de esas que tanto gustan á mi amiga Clara.

—¡Una leyenda! dijo Luis, ruego á V. que la cuente, porque soy muy aficionado á todo lo que tiene algo de misterioso y extraordinario.»

Irene sin hacerse de rogar contó lo siguiente:

«En una época muy lejana, tan lejana que la tradicion popular ha olvidado completamente su fecha, el conde Godofredo de Aznar, partidario declarado de la dominacion navarra, fué sitiado en su castillo por los castellanos al mando de un célebre capitán. Muchas veces intentaron estos tomar la fortaleza por asalto; pero los sitiados eran tan valientes y se defendian con tanto vigor, que no pudieron lograrlo, y por espacio de muchas semanas se consumieron inútilmente bajo las murallas del gótico castillo, sin otro recreo que el de enterrar sus muertos.

«Un pasado, porque en todas partes hay traidores, puso en noticia del jefe castellano que los arqueros se hallaban faltos de pan, agua y flechas, por lo cual tendrían que rendirse dentro de poco. «No esperaré á esto, dijo el de Castilla, porque he jurado ahorcarlos á todos, y voy á escalar el castillo.» En efecto, á la mañana siguiente flotaba el estandarte de Castilla en grandes torres de madera que los soldados hacían rodar cubriéndose con sus broqueles.

—¡Qué simpleza! exclamó Ponciano con su aire de suficiencia: ¿por qué no se valían del cañón?

—Tenían muchas y poderosas razones para no hacerlo, respondió Luis, puesto que aun no se había inventado; pero prosiga V. señorita.

«Como los sitiadores esperaban ser recibidos no muy bien, hacían sus preparativos en grande; pero contra su esperanza, ni una flecha salió de las almenas, ni se oyó un grito de guerra, ni se vió en las murallas un soldado. La roja bandera del barón de Aznar, ajitada por la brisa de la mañana, parecía que se burlaba de las excesivas precauciones de los sitiadores, y el noble castillo permanecía impasible, silencioso y triste, como si el enemigo no hubiese formado en torno de sus espesos muros un ancho cinturón de hierro. Admirados los castellanos, juraron por su rey que los sitiados meditaban algún plan diabólico, y ninguno se atrevió á arrimar la primera escala. Permanecían pues indecisos sin saber qué hacer, cuando de pronto vieron salir del mismo recinto de la fortaleza una magnífica bandada de pájaros verdes y azules.

«¡Esa es la guarnición que se pone en salvo!» gritó un joven arquero.

—Bien podría ser, dijo el jefe que creía en los encantamientos, y mandó echar en el foso largas bigas para que sirviesen de puentes levadizos, los cuales estaban sujetos con fuertes cadenas. Derribada la puerta principal, el enemigo penetró en la fortaleza sin oposición; pero nada encontró con harto sentimiento suyo. Los soldados, las armas, los muebles de valor, los tesoros del castellano, el mismo castellano, todo había desaparecido como por magia.

«¡Ah! dijo el jefe de los sitiadores persignándose de miedo, lo temí al ver la bandada de pájaros!!!»

«Y la tradición, tan entendida como el guerrero de Castilla, continuó Irene sonriéndose, no pone en duda el hecho de la transformación, y un sábio anticuario, á quien debo la narración de esta leyenda, no está muy lejos de ser del mismo dictámen que la tradición.

—Y V. señorita, ¿qué piensa? preguntó Luis.

—Que es preciso ser capitán como el de la leyenda, ó anti-

cuario para creerlo, contestó la maligna doncella: sin embargo, no comprendo cómo se efectuó la súbita y completa desaparición que dejó á los castellanos con un palmo de narices, como se dice vulgarmente.

—Yo te lo explicaré, querida, dijo Clara; como todas las antiguas fortalezas feudales tienen subterráneos, sin duda por uno de ellos se escapó la guarnición, y el castellano, que no tenía trazas de ser brujo, probó simplemente que era tan prudente como valeroso. »

IX.

Apeáronse los viajeros á la entrada de una vasta pradera llena de jenté, y la familia avanzaba alegremente hácia el teatro de la fiesta, cuando Doña Leandra, que se habia quedado un poco detrás, fué á alcanzarla en un estado espantoso. Al pasar por junto á una laguna medio cenagosa, unos chicos la salpicaron de pies á cabeza, manchándola completamente de barro.

Cuando Ponciano la vió, dijo con enfado:

« ¿Y qué hacemos ahora? toda la canalla de la feria vá á perseguirnos con sus silbidos.

—Voy á sentarme al sol, á fin de secarme un poco: prosigan VV. el paseo, que yo me juntaré á la compañía muy pronto. »

Aquel suceso habia sido presenciado por varias personas hijas de Valencia que habian abandonado la ciudad para divertirse en una fiesta campestre. Irene se detuvo á comprar una bagatela, y un jóven se acercó á ella, diciéndola con mucha cortesania:

« Señorita, tal vez V. podrá decidir una apuesta que acabo de hacer con estas señoras.

—Si puedo, respondió Irene, estas señoras no podrán quejarse de mi buena voluntad.

—¡Pues bien! hé aquí el hecho. He apostado con mi prima Amalia Larrea que aquella mujer que se está secando al sol es una pagoda de la India que han traído para que la admiremos en la funcion que aquí se celebra. »

Irene conoció que sus mejillas ardian, y volvió la cabeza para ocultar su turbacion.

« Y yo, dijo riendo la linda valenciana, he apostado contra mi primo Fernando de Raya, que la pobre criatura de quien habla este, es tan solo un pato, y no muy nadador. »

—No sé de quien hablan VV., murmuró Irene, cuyos nervios se hallaban en revolucion, y que no se atrevió á confesar que era su madre.

—Aquella que está allá abajo, dijo el de la apuesta; ¿né la vé V.?

—No conozco á esa mujer, respondió Irene, ni puedo decir quien sea.»

Dichas estas palabras, continuó su camino, no sin oír á su criada criticar en baja voz su conducta; pero este no debía ser su único castigo. Clara y su hermano se hallaban en medio de un grupo de personas, y sufrían un interrogatorio en forma tocante á la pobre Doña Leandra. A las preguntas que le hacían, respondió Luis con altivez:

«Esa mujer, á pesar de su traje extravagante y sus ridículas maneras, es la mejor señora del mundo.

—¿Y podría V. decirnos, preguntó Fernando de Raya, quien es aquella jóven de vestido blanco que viene hácia nosotros?

—Es la hija de esa mujer que parece á VV. tan ridícula, respondió Luis con frialdad.

—¿Su hija? repitió el jóven admirado.

—¿Su hija? repitieron las damas mirándose las unas á las otras; sin duda se equivoca V.

—No me equivoco; la conozco muy bien.

—Oh! pues entonces es un mónstruo esa jóven; delante de nosotros acaba de renegar de su madre.

—Renegar de su madre! exclamó Clara juntando las manos.

—De los pies á la cabeza está llena de orgullo, dijo Luis, llevándose á su hermana.

Irene se acercó á ellos, pálida y ajitada. Rehusando con política el brazo que la ofreció Luis con notable frialdad, se suspendió al de Clara, y le dijo con voz alterada.

«En tu semblante conozco que lo sabes todo.... Pues bien, sí, es cierto que he cometido una accion tan mala.... Mira, riñeme, continuó llorando; lo merezco y te lo pido por favor.

—Tu corazon te riñe con mas energía que yo pudiera hacerlo, respondió Clara suspirando.

—¿Saben allá abajo quien soy?

—Lo saben!

—Y no ha dejado de causarles alguna estrañeza, dijo Luis.

—Lo concibo, caballero, replicó la jóven bajando humildemente la cabeza.

—Vamos, señorita, dijo el aristócrata con fingida sencillez, tenga V. valor. La vergüenza se pasa pronto!

—Es decir que V. cree, dijo Irene devorando sus lágrimas, que mañana volvería á renegar de mi madre?... Oh! caballero!..

—Perdóneme V. si mis palabras han sido duras, pues mis intenciones eran sanas.

—¿Para qué escusarse? replicó Irene tristemente; he descendido tanto que merezco todos los desprecios.

—Cálmate, cálmate, mi pobre Irene, decía Clara estrechando en sus manos las de la desolada jóven.

—Oh! murmuró con voz ahogada; el recuerdo de mi falta envenenará todos los días de mi vida.

—Pues bien! no llores ya; no me gustan las lágrimas, y tengo el corazón oprimido. La lección ha sido severa, pero por fortuna se ha acabado.»

X.

Doña Leandra iba á levantarse de la piedra en que estaba sentada, cuando vió que su hija corría hacia ella, y arrojándole los brazos al cuello, la abrazaba una y mil veces vertiendo lágrimas amargas.

—¿Qué tienes, hija mía? ¿Qué tienes? preguntó la buena mujer estrechando á Irene contra su corazón.

—Soy indigna del cariño que V. me profesa! exclamó la arrepentida jóven.

—¿Qué es lo que cantas?... indigna de mi cariño!... tú no sabes lo que es el corazón de una madre... Daría toda mi sangre por verte dichosa.... Pero ¿por qué lloras tan fuerte?

—¿Ha renegado V. de su madre alguna vez? preguntó Irene en medio de sus sollozos.

—No, respondió la mujer del pueblo perdiendo el color; el hijo que reniega de su madre merece el castigo del cielo.... Mas tú no has hecho eso, ¿es verdad?»

La cabeza de Irene cayó sin fuerza sobre el seno de su madre como una flor troncada por el viento. Doña Leandra se levantó con un movimiento nervioso, tomó á su hija en sus robustos brazos, y cubriéndola de besos y de lágrimas, la arrancó de la pradera, donde se celebraba la función, no tardando mucho toda la familia en dar la vuelta á la quinta.

XI.

Un mes después dos magníficos caballos cordobeses piafaban á la puerta de la hacienda de Ponciano, é Irene dijo con abatimiento:

«Si V. quisiera irse solo á su quinta, qué bondadoso sería!

—Imposible, respondió Luis de Tellez; me aburriría terriblemente.

—Yo sí que voy á aburrirme! ¿qué quiere V. que me haga sin Clara? Si me la quita V. voy á caer de nuevo en mis defectos.... Con que ya vé V. que es preciso dejármela, caballero....

—No veo esa necesidad, replicó el doncel sonriéndose; en primer lugar, mis derechos son mejores que los vuestros, y en segundo, ¿quién sabe? también yo necesito que me reprendan.

—No tanto como yo, ya lo sabe V.

—Vamos, que de un mes á esta parte se ha hecho V. un angel.... ¿No es verdad, señora Doña Leandra?

—Sí, es un angelito de Dios, y ahora soy una madre muy dichosa.... Pero déjenos V. á la señorita Clara.

—No puedo, señora, dijo el jóven, y toda la familia se puso en camino. Al llegar á la salida de la quinta, exclamó Irene, designando con el dedo el árbol debajo del cual vió á Luis por primera vez:

«Hé aquí un árbol que yo cortaré de buena gana.

—Me opongo, saltó el de Tellez, porque uno de estos dias vendré á pintarlo, y pondré á V. en el cuadro con la peseta que me ofrecía!»

Las dos jóvenes se abrazaron derramando lágrimas. El caballero quitóse el sombrero sonriendo; Clara saludó con el pañuelo, y ambos desaparecieron entre los árboles de que se hallaba cubierto un caminito de travesía. Irene, sentada al pié de la encina, los vió subir una colina que argentaba la luna, y apoyando la cabeza en la mano, continuó llorando en silencio.

—Ven, Irene, la dijo su buena madre que tambien lloraba, ven y hablaremos juntas de la señorita Clara, lo cual aliviará tu pobre corazon.

—Ah! dijo Irene, una amiga como esta es mas preciosa que los diamantes y las perlas: yo habia hallado un tesoro y me lo arrebatan!... Jamás me consolaré de semejante pérdida.... ¡Que no fuéramos todavía colegialas!»

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Delfines en las costas de Francia.—Costumbres de estos pescados.—Preparacion del aceite.—Del título de delfin.—Serpientes monstruosas.

En diciembre de 1841 las olas del mar arrojaron á las costas de Normandía, en el departamento del Sena inferior, una banda de delfines que encallaron en la playa, como sucede con frecuencia á los grandes peces, empujados por las ondas y abandonados repentinamente. Cuando se esparció por la costa la noticia de semejante aparicion, los habitantes de los pueblos inmediatos acudieron en gran número, y discutieron entre sí lo que harían con aquel regalo que les enviaba el Océano.

En otro tiempo no hubieran vacilado un momento, porque se comia el delfín ni mas ni menos que otros grandes cetáceos; pero hoy somos mas delicados y no nos gusta esa carne correa y ese tocino rancio propios de estos grandes animales marinos. Todo el partido que ahora se saca de ellos, es extraer el aceite que abunda en la grasa de que la naturaleza ha rodeado su cuerpo, como si hubiera querido hacerle insensible á la influencia de la temperatura; y este fué tambien el partido que se tomó con respecto á nuestros delfines, los cuales fueron vendidos á una casa del Havre de Gracia que se ocupa en extraer por medio del fuego la grasa de las ballenas, los cachalotes y otros cetáceos traídos por los buques que van todos los años á la pesca de estos grandes pescados.

Tambien se extrae el aceite de los pescados pequeños, tales como el arenque y la sardina; pero el producto que se saca de él no puede compararse, por lo que hace á la cantidad, con el que dan las ballenas y los cachalotes ó ballenatos.

El delfín es uno de los pescados que desde la antigüedad vienen escitando el interés de los naturalistas, primero por algunas singularidades de su estructura, y despues por el grado de inteligencia que posee, indicada por el gran desarrollo de su cerebro. Hasta hay naturalistas persuadidos de que se podría domesticar y enseñar en cierto modo al delfín, como se adiestra al caballo y sobre todo al perro; asercion que está apoyada en el rasgo del delfín que á la vista de todo Atenas se habia acostumbrado á recibir en su espalda á un niño que se divertia en nadar durante el verano en las aguas del Pireo, puerto de Atenas. El delfín se paseaba con el niño, segun los autores griegos, hasta engolfarse en alta mar, y despues lo traía á tierra.

En los tiempos modernos no se ha visto ningun pescado que sea amigo de los niños, ni en general de la especie humana; pero tambien es verdad que en nuestra época no se ha observado á los delfines, como lo hacian los antiguos y sobre todo los griegos con los que sureaban sus aguas. Es probable que la inteligencia de las especies animales, dotadas por la naturaleza de esta preciosa facultad, no se ha debilitado, y que si no estamos tan persuadidos de ello como lo estaban los griegos, sea por falta de observacion y experiencia.

Por lo demás, el delfín es un pez esencialmente social: así es que siguen en grandes bandadas á los buques, y jueguetean en torno de ellos, no sin que los pescadores, poco sensibles á los encantos de la vida social de los pescados, maldigan algunas veces á esas tropas de delfines que se ajitan en la mar, porque ahuyen-tan la pesca, arrojándose en medio de las bandadas de pequeños pescados y dispersándolos a lo lejos.

¿No es singular que antiguamente, como no dejareis de ha-

ber leído en alguna obra francesa, se llamase el delfín, cual si fuese un pescado de este nombre, al hijo del rey de Francia que debía subir al trono después de su padre? En ningún país del mundo, al menos que nosotros sepamos, se ha dado á los príncipes el nombre de un pescado, ni convertido en título honorífico una palabra que designa una especie del reino animal: ¿cómo pues los franceses han caído en este capricho que á fuerza de hábito cesó de chocar al buen sentido de la nación? Hé aquí lo que la historia nos dice acerca de esto:

La parte de Francia, próxima á la Savoya, costeadá por el Ródano y atravesada por el Iser, país montañoso pero que tiene llanuras en extremo fértiles, tenía en otro tiempo señores particulares, uno de los cuales por haber tomado por emblema ó por señal en su armadura la figura de un delfín, recibió también el nombre de este; porque el pueblo en los tiempos bárbaros aplicaba á los grandes personajes los moteles exteriores que llevaban y que podían servir para distinguirlos de otros personajes. Así es como un rey de Inglaterra que se distinguió en las Cruzadas y que llevaba un león en su escudo, obtuvo el nombre de Ricardo, Corazón de León, nombre que justificó cumplidamente por su valor en las batallas y en las desgracias del cautiverio. Así es también como un duque de Brandeburgo, que tal vez no era muy amable, fué conocido con el nombre de Alberto el Oso; pero ningún nombre de animal aplicado á los príncipes hizo la fortuna que el de delfín; porque no solamente el príncipe por quien el nombre fué introducido, lo conservó toda su vida, sino que lo transmitió á sus descendientes, con tal que reinasen, y además á todo el país sometido á su jurisdicción.

La provincia se llamó el Delfinado ó país de los delfines, y cuando al fin fué cedido el Delfinado por Humberto II á Carlos de Francia, nieto de Felipe de Valois, el hijo mayor del rey fué hecho señor del Delfinado, y desde entonces el heredero presunto de la corona ha llevado este título singular, hasta la revolución que estalló en Francia á fines del último siglo. En tiempo de la restauración se restableció por decreto del rey, y no ha cesado enteramente sino después de la revolución de 1830, que derribó á Carlos X para dar la corona á Luis Felipe de Orleans.

Pero volvamos á los pescados; hace muchos años que los periódicos extranjeros se ocuparon un poco de serpientes marinas de forma monstruosa, que decían haberse visto en alta mar sobre la superficie de las olas; si no nos engañamos, había Gacetas que les daban un cuarto de legua de largo, y no había razón para no alargarlas mas, porque era cosa de nunca acabar su espantoso aspecto y su forma gigantesca.

Seguramente que el mar debe contener animales monstruo-

sos y horribles, como lo acreditan las ballenas, verdaderos gigantes entre los animales marinos, sin que hayan faltado navegantes que algunas veces han tomado su espalda elevada sobre el nivel del Océano, por un islote, es decir, una isla pequeña, ó la cima de una montaña sub-marina. Sin embargo, por lo que concierne á las famosas serpientes marinas de tan desmesurada extension con que se ha asustado la imaginacion del vulgo, y de que se ha hablado mucho tiempo en los periódicos, algunos naturalistas presumen que los marinos pueden haberse engañado tomando por los movimientos de un solo animal enorme una comitiva ó procesion de delfines, los cuales siguiendo su costumbre, elevaban su espalda, jugando sobre el nivel del mar. Tal es en efecto el orden con que avanzan; se encorban y luego se lanzan con extremada ligereza, casi lo mismo que los reptiles terrestres, arrojando el agua por un respiradero, organo colocado en lo alto de la cabeza, del mismo modo que las ballenas despiden el agua por las narices.

Lo que la estructura de este pescado tiene de particular es que sus dientes, aunque en gran número, encorbados hácia atrás, no le sirven para destrozar los animales marinos de que se apodera, sino que cuando mas los emplea para retener y enganchar, por decirlo así, su víctima para impedirla que se escape. No pudiendo pues destrozar ni masear su alimento, se vé obligado á tragarlo entero, de lo que resulta que en el delfín el estómago tiene un trabajo mucho mas fuerte que en otras especies animales cuya digestion se prepara por el destrozo y mascamiento de las sustancias alimenticias bajo los dientes de las quijadas. Así es que el delfín tiene su estómago organizado de un modo particular, como que se compone de muchas bolsas, colocadas una detrás de la otra, cada una de las cuales tendrá su funcion especial de suerte que despues de pasar por todas las bolsas y sufrir sucesivamente la operacion de todas ellas, es cuando la sustancia que debe alimentar al animal puede suministrar como en otras especies el quilo necesario para el alimento de la vida. Y ved aquí, queridos niños, como la naturaleza varia hasta lo infinito los medios para llegar al mismo fin; el mantenimiento y propágacion de los seres animados.

UNA BUENA ESPECULACION.

Un jóven gaditano que acababa de heredar una suma respetable, quiso sacar partido de ella, y aunque nunca habia hecho el comercio, se figuró que le seria muy provechoso dirigirse con

mercancías españolas á los estados de Marruecos, trayendo de retorno algunas de este país.

Vivia á la sazón en Cádiz un armenio, establecido antes en Marruecos, y nuestro jóven le manifestó su proyecto, hablándole del género de mercancías que pensaba embarcar. El armenio, astuto y codicioso como lo son todos, conoció al momento con quien se las había y no le costó mucho trabajo disuadirle de que llevase los objetos que le había indicado.

« Todo esto, le dijo, abunda en el país á donde vá V. y no venderá nada: escoja V. cosas que no sean comunes, sombreros por ejemplo.

— ¡Sombreros! Jamás me habría ocurrido esportar este artículo.

— Yo sé que falta en este momento, y así la venta de un cargamento de sombreros es indudable; pero es preciso no divulgar la especie, sino comprar en secreto. Sobre todo, no diga V. á donde vá, porque otros imitarían á V. y cuando llegase en contraría muchos cargamentos que le harían mal tercio. »

El gaditano dió muchas gracias al armenio, y se ocupó sin descanso en su proyecto, comprando cuatro á cinco mil sombreros, que empaquetó sin tardanza alguna, embarcándose con su pacotilla.

El armenio por su parte no dejó de avisar á sus amigos que en tal buque iba una pacotilla de sombreros, los cuales adquirirían por nada luego que el propietario hubiese conocido la imposibilidad de deshacerse de ellos en un país donde no se llevan.

El novel comerciante llega á Salé, puerto del imperio marroquí, donde se hallaba el emperador Muley-Mohammed: desembarca su pacotilla y se establece en una tienda, esperando los compradores, que lo menos que pensaban era en presentarse: los transeúntes miraban con sonrisa aquella coleccion de sombreros, y se burlaban del mercader.

El emperador, que era hombre de talento, aunque déspota musulman, instruido del asunto por uno de sus oficiales, llamó á su presencia al novel traficante, y le dijo:

« Es preciso que seas un imbécil: ¿traer un cargamento de sombreros á un país donde no se usan?... ¿En qué piensas?

— Señor, hartó sé que he hecho un gran disparate; pero me han engañado: no teniendo conocimiento alguno comercial, consulté antes de salir de España á un armenio-marroquí, quien me ha burlado, haciéndome creer que la mejor mercancía que podía traer á este imperio era una pacotilla de sombreros.

— ¿Es un armenio el que te ha dado tan buen consejo?

— Un armenio establecido en Cádiz.

— ¿Cómo se llama?

—Fulano.»

El emperador le conocía, porque los armenios hacían entonces casi todo el comercio de Berbería.

«¡Y bien! ¿qué piensas hacer? preguntó al gaditano.

—Señor, reembargar mis sombreros y hacer rumbo para España, donde los venderé como pueda. Por bien librado que salga, siempre perderé la mitad de cuanto poseo.

—No, no hay que partir: quédate y vende tus sombreros.

—Señor, ni siquiera un comprador se ha presentado.

—Lo creo; pero ya se presentarán..... Te prohibo vender los sombreros á menos de cuatro zequies (unos 120 rs.): si vendes uno á precio mas bajo te mando ahorcar, ¿lo oyes?»

El español se prosterna, asegura que seguirá exactamente las órdenes del emperador, y vuelve á la tienda.

El mismo día se publicó un decreto mandando que todos los armenios llevasen sombrero, y previniendo que el que no lo tuviese á las veinte y cuatro horas de promulgado el decreto, sería empalado. Los armenios corren á la tienda en tropel, y se ponen furiosos al oír pedir cuatro zequies por un sombrero: el español no baja el precio; la orden es terminante, y es preciso comprar un sombrero: sueltan pues los cuatro zequies, y en tres días se vende toda la pacotilla, reuniendo el gaditano 15 ó 20,000 zequies que en manera alguna esperaba.

Lleno de alegría llega al palacio del emperador con un hermoso regalo, y le dá las mas expresivas y rendidas gracias.

«No quiero tu regalo, le dijo el príncipe, aunque sea costumbre del país; me contento con verte alegre.

—Señor, gracias á vuestras bondades, he hecho mi suerte, y me vuelvo á España.

—Todavía no; antes es necesario que rescates todos tus sombreros: vuelve á la tienda; pero acuérdate de que solo debes dar por cada sombrero media piastra: cuidado con pagar mas.»

El comerciante promete obediencia, y de nuevo se instala en su tienda: el mismo día se prohibió á los armenios no solo llevar sombrero sino tenerlo en casa: además prohibiéndose á todo el mundo, menos al mercader gaditano, comprarlos.

De este modo vuelven todos los sombreros á poder de su antiguo propietario.

Pero figuraos la sorpresa y la indignacion de los armenios al ofrecerles media piastra por lo que el día antes les habia costado cuatro zequies! Rabian, blasfeman, mas como no habia otro remedio, entregan el sombrero por la susodicha cantidad.

Cuando fué poseedor de toda la pacotilla, el gaditano volvió á palacio á dar las gracias al emperador, el cual le permitió partir, haciéndole además un regalito.

Ya en España, la venta de los sombreros rescatados por me-

dia piastra, le produjo una ganancia considerable, y esta operación, que debía arruinarle, labró su fortuna, haciéndole desistir para siempre de toda especulación comercial, y mucho menos de consultar á los armenios.

HISTORIA SAGRADA.

REINO DE ISRAEL.—REINO DE JUDA.

III.

Habiendo reconocido al verdadero Dios todo el pueblo, el profeta del Señor dijo:

«Apresad á los sacerdotes de Baal, y que no se escape ni uno.»

Conducidos al torrente de Cison, fueron arrojados á las olas.

Ahab contó á la reina Jezabel las acciones de Elias, y cómo habia dado muerte á todos los profetas: la reina se enfureció en gran manera, y envió un hombre para que dijese al profeta estas palabras:

«Que los dioses me traten con severidad si mañana á la misma hora no os hago perder la vida!»

Elias tuvo miedo y huyó, llegando á Bersabea en Judá. Cuando marchaba por el desierto, se sentó bajo un árbol y deseó la muerte.

Se arrojó al suelo y se durmió; un ángel del Señor le tocó, diciéndole:

«Levantaos y comed.»

Elias miró, y vió junto á su cabeza un pan cocido bajo la ceniza y un vaso lleno de agua. Despues de haber comido el profeta volvió á dormirse; pero el angel del Señor despertóle de nuevo diciéndole:

«Levantaos y comed, porque os queda mucho que andar.»

Habiéndose levantado Elias, cobró fuerzas tomando alimento en abundancia, y luego caminó por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches hasta á Horeb, el monte de Dios.

Cuando llegó á este sitio se retiró al fondo de una caverna.

El Señor se le apareció y conduciéndolo al monte, le dijo:

«Vuélvete por el camino que has seguido en el desierto, y cuando hayas llegado á Damaseo consagrarás con el santo aceite á Hazael, para que sea rey de Siria. Tambien consagrarás

rey de Israel á Jehu, hijo de Namsi; y en fin, consagrarás á Elisea para que sea profeta en tu lugar.»

Elias partió, y despues de un largo viaje halló á Elisea que labraba la tierra con bueyes. El profeta le cubrió con su manto, y Elisea le dijo:

«Permitid que vaya á abrazar á mi padre y á mi madre, y volveré á buscaros.

Despues de esto, el nuevo profeta siguió á Elias.

IV.

Victoria de Israel.

Benadad, rey de Siria, reunió todo su ejército y fué á siti-
tiar á Samaria, acompañado de treinta y dos reyes que se le ha-
bian agregado.

Diputó enviados á Achab, rey de Israel, para intimarle que
le entregase sus riquezas y sus mujeres é hijos.

Achab consintió en este sacrificio; pero no contento Benadad,
pidió le permitiese escojer en la casa de los servidores del rey
de Israel todo lo que creyera convenirle, á cuya peticion no qui-
so acceder Achab.

«Que los dioses me traten con toda severidad, exclamó Be-
nadad, si no reduzco á polvo esta ciudad insolente!»

Dió orden de embestir al momento á Samaria, y comenzar los
preparativos del ataque.

En aquel momento, un profeta fué en busca de Achab y le
dijo:

«El Señor ha pronunciado estas palabras: ¿habeis visto esa
innumerable muchedumbre? pues bien, os la entregaré á fin de
que sepais que soy el único Dios Todopoderoso.»

El profeta manifestó luego al rey que el ejército enemigo se-
ría derrotado por los lacayos de los gobernadores de las provin-
cias. Achab les pasó revista, y vió eran doscientos treinta y dos,
al paso que el pueblo y los hijos de Israel subían á siete mil.

Salieron de la ciudad, teniendo á su cabeza á los lacayos de
los príncipes de las provincias.

Benadad se hallaba entonces en su tienda con los treinta y
dos reyes, sus aliados, los cuales, turbada su razon con frecuen-
tes libaciones, no se hallaban en estado de poder dar órdenes.
Cuando avisaron á Benadad que salía gente de Samaria, creyó
que iban á tratar de la paz.

Los lacayos de los príncipes de las provincias avanzaron, pues,
sin ser molestados, seguidos por todo el ejército.

Así pudieron sorprender á los enemigos, los cuales huyeron

espantados, dejando en el campo de batalla gran número de los suyos.

Entonces un profeta dijo al rey de Israel que debía hacerse fuerte, porque le anunció que sus enemigos volverían á atacarle al año siguiente.

En efecto, un año despues, los sirios volvieron en mayor número y mas fuertes que antes. El Señor concedió otra vez la victoria á las tropas de Israel, las cuales mataron en un dia cien mil enemigos.

Benadad huyó á la ciudad de Apha, y se retiró al sitio mas secreto de una habitacion, diciéndole sus servidores:

« Os hemos oido decir que los reyes de la casa de Israel son dulces y clementes; atémolosnos sacos al costado y cuerdas á nuestro cuello, dirijiéndonos en busca del rey de Israel: tal vez nos concedera la vida. »

Fueron así vestidos en señal de sumision, y se presentaron á Achab, á quien dijeron:

« Benadad, vuestro servidor, os pide la vida.

—Si vive todavía, respondió el rey, le trataré como si fuese mi hermano. »

Benadad se dirijió al campamento de Achab, el cual le hizo subir á su carro, y pronto formaron una liga que puso término á la guerra.

Uno de los hijos de los profetas dijo entonces á un compañero suyo:

« ¡ Hiéreme ! »

Y como este rehusase, añadió:

Porque no has querido oír la voz del Señor resistiéndote á herirme, luego que me dejes encontrarás un leon que te matará. »

Y efectivamente, sucedió lo que habia anunciado el profeta.

Habiendo hallado á otro hombre, tambien le dijo:

« ¡ Hiéreme ! »

Y el hombre le hirió en el rostro. En seguida el profeta cubrióse el semblante de polvo, á fin de que no le conocieran, y fué en busca del rey, al cual dijo:

« Porque habeis dejado escapar á un hombre digno de la muerte, vuestra vida responderá por la suya, y vuestro pueblo por el suyo. »

El rey de Israel dió la vuelta á su reino, sin hacer caso de lo que el profeta le habia dicho.



LA IGNORANCIA PERJUDICA.

ERA un sábado por la tarde, y en la Muela, poblacion situada á unas tres leguas de Zaragoza, un pobre se entretenia en hablar con los niños que acababan de salir de la escuela, diciéndoles:

«Sí, amiguitos, es necesario aprender á escribir y á contar euando menos, porque si yo hubiera querido, no me vería obligado á pedir limosna, cruzando las campiñas en lo mas crudo del invierno con un vestido destrozado.... feliz si esuentro algunos ramajos para calentarme euando hace frío!»

El tío Pablo Melaza, que se hallaba de acuerdo con el pobre, le condujo á su casa, lo mismo que á los niños, y formando todos un círculo en derredor del mendigo, este prosiguió así:

« Cuando cumplí veinte y un años, no sabia leer ni escribir, y encontrándome sin padre ni madre, como tenia algun dinero y mucha ignorancia, me dediqué á vagar hasta que llegué á un puerto, donde un buque iba á hacerse á la vela para Chile. Rabiaba por embarcarme con destino á cualquier pais, porque lo único que sabia de geografia era que el Norte es frio y el Sud ardiente. Embarquéme, pues, y al cabo de unos dias de navegacion, el buque tuvo que hacer escala en no sé qué costa. Con la esperanza de matar un oso, salté en tierra una mañana, y tanto me separé de mis compañeros, que me extravié completamente. Empecé á dar gritos, y nadie me respondió!... Pregunté al sol, que ya principiaba á declinar, qué camino debía seguir, y sin acordarme de que me hallaba en otro hemisferio, como yendo hácia el Oeste marchaba en realidad hácia el Este, me alejé cada vez mas del buque.... Entonces conocí cuán útil es la astronomía, y maldije mi ignorancia.

« A todo esto helaba espantosamente, y abatido caí en el suelo, donde permanecí unas tres horas, hasta que los marineros del buque dieron conmigo. Lo primero que hice fué llevar la mano á la nariz, y la encontré insensible, muerta!... Como no pudo hacer ejercicio lo mismo que mis piernas, se me habia helado, y vedme aquí chato y muy chato.

— ¿Y ese ojo? preguntó un niño; lo heló tambien el frio?

— Este es otro resultado de la ignorancia, dijo el pobre, y prosiguió:

« Luego que regresé de mi viaje, fuime á vivir con un amigo de la infancia, que era un químico muy hábil. Como la ociosidad es curiosa, un dia que mi amigo se hallaba de paseo, me introduje en el laboratorio, y despues de examinar cuanto me habia llamado la atencion, cogí un recipiente, y para verle mejor lo acerqué á una luz que habia sobre una mesa. De repente estalla entre mis manos, y caigo al suelo sin sentido.

— Infeliz ¿qué has hecho? me dijo mi amigo levantándose.

« Entonces conocí que mi ojo izquierdo no veia!... el clóruro y gas hidrógeno me habian dejado tuerto, y di gracias á Dios por no haber perdido los dos ojos.... Sin embargo, mejor hubiera sido saber algo para evitar el peligro.

— ¿Y el brazo? preguntó otro niño.

— Oh! mi pobre brazo derecho!... me direis que no solo soy un ignorante é imprudente, sino un estúpido, y tendreis razon; ¿pero qué le hemos de hacer? Demasiado caras me han salido mis torpezas.... Invitado á pasar parte del verano en compañía de un amigo que tenia en su quinta un gabinete de física, me trasladé

á ella, y un dia, sin acordarme de mi pobre ojo, me introduje en el gabinete con intencion de hacer alguna de las muchas cosas que habia visto ejecutar á mi amigo. Cerré pues herméticamente las ventanas; pero como la luz de la puerta, la cual iba á cerrar tambien, me hubiese hecho descubrir en medio de una mesa una botella forrada en cobre, y algo mas lejos una pila de piezas de cobre y plata, las junté y las puse á un lado para que no me estorbasen..... ¡Patatrá!..... oyese un estampido, y caigo en tierra..... media hora despues, al volver de un desmayo, me encontré en la cama, con un brazo roto hasta el punto de no ser posible volverlo á su primer estado.

« Esto te enseñará, me dijo el fisico luego que me vió mas aliviado, esto te enseñará á chocar una botella de leyde contra una pila voltaica.

« Estoy muy seguro, queridos niños, que ni mas ni menos que yo querreis saber lo que significa esa gerigonza: jamás lo sabré yo; pero vosotros podeis aprenderlo: á vuestra edad todo se aprende; pero á la mia, no hago mas que repetir estas palabras: ¡Oh! si la juventud supiese!....

« A pesar de mi ignorancia, hubiera podido desempeñar un destino; pero al menos era preciso saber escribir, y jamás me fué posible cojer la pluma con la mano izquierda. Esto me ha hecho repetir muchas veces que todo hombre previsor debia servir de las dos manos que Dios le ha dado, porque cualquiera puede perder una, y vedme aquí ahora sin recursos y obligado á vivir de la caridad pública.»

Terminada la leccion moral, el filósofo estropeado y mutilado se puso en camino apoyándose en su baston, despues que los niños, con gran satisfaccion del tio Melaza y su mujer, le dieron unas cuantas limosnas.

LA PASCUA EN ALEMANIA.

Hablemos de la pascua, queridos niños; de la pascua, fiesta celebrada en toda la cristiandad! ¡La pascua, dia de esperanza y amor! ¡La pascua, que vió nacer al Salvador del mundo!.... ¿Hay pueblo cristiano en que no se celebre esta festividad solemne, no solo con la pompa de las ceremonias religiosas, sino con usos, juegos, cantos y tradiciones que varían segun el suelo y el clima? Con todo, si la pascua es una fiesta jeneral, si todas las naciones civilizadas se ponen en movimiento en esta época memorable, en Alemania presenta un carácter particular.

En aquella parte del Norte, no es únicamente la pascua una

:

festividad religiosa y nacional, sino tambien de los niños, conociéndose con el nombre de *Weinacht*.

La víspera de *Weinacht* toda la tierra germánica bulle y se ajita, y en las orillas del Rhin, lo mismo que en las del Elba y el Danubio; desde Mayenza á Viena, desde Koenisberg hasta Munich, no existe una familia noble, de la clase media ó plebeya, que no se ponga el traje de los domingos. Los buenos de los alemanes dan tanta importancia á la *pascua de los niños*, que se disponen á festejarla con un mes de anticipacion, á cuyo efecto se ha establecido en todas las poblaciones una feria que dura quince dias, y hasta tres semanas, á la cual se ha dado el nombre de *feria de los niños*.

Por lo regular se celebra la feria en la plaza del mercado ó *markal* cubriéndose todo el espacio de la feria de tiendas, adornadas con colgaduras de colores vivos, y casitas de madera, tan elegantes en su forma, como alegres por la mezcolanza de sus variadas pinturas. En aquellas casillas y bajo aquellas tiendas se colocan almacenes surtidos de objetos que puedan ser regalados á los niños, y que los vendedores, tanto indíjenas como extranjeros, presentan a la vista de la multitud con mucho gusto y coquetería. Aquí se encuentran los quincalleros y los fabricantes de juguetes de Nuremberg; allí se vé la pastelera hamburguesa con sus barquillos que crujen entre los dientes y salen calientes de su molde hecho ascua; mas lejos está el vendedor de turrón de Francfort, turrón tan variado en gusto como en calidad, y siempre salpicado de anís multicolor ó de muchos colores, etc., etc. No olvidemos sobre todo la espendedora de la selva Negra, con sus juegos de oca, de paciencia y de guerra, sus ágatas, sus trompos, sus aros y muchísimas otras fruslerías que sería muy largo referir.

Es un espectáculo encantador ciertamente ver á todos aquellos padres, madres, tios y tias paseándose con sus queridos niños, y sorprendiendo al vuelo en la mirada ó palabra fujitiva del niño ó de la niña, la expresion profunda del deseo, á fin de mandar comprar en seguida, sin que el chico lo sospeche siquiera, los objetos que al parecer le gustan mas, los cuales son con frecuencia el secreto de la comedia.

Al fin el deseado dia, el dia de placer y gracia, la *pascua de los niños* reemplaza al de espera, y cuántos corazones palpitan durante aquella hora que separa el banquete de la noche de la festividad propiamente dicha, de esa funcion en que cada niño recibirá su ansiado regalo! Pero silencio, que el jefe de la familia ha dicho, cojiendo una antorcha: «el árbol de Cristo nos llama.»

Entonces todos se levantan de la mesa, y siguen al dueño de la casa. Por primera vez al cabo de ocho dias es accesible á las miradas curiosas de los niños la pieza principal y mas adorna-



da, ó sea el salon. Entremos con ellos para participar de su sencilla admiracion.

En medio del aposento descubrirán nuestros ojos desde luego el *árbol de Cristo*, doblegado bajo el peso de los dulces dorados y de innumerables bujías encendidas; despues en una larga mesa ricamente adornada, veremos plantados en una espesa capa de polvos de oro, tantos arbolillos de Cristo como niños hay en la familia; en las ramas está escrito el nombre del dichoso dueño, y á sus pies los diferentes regalos que se le destinan y que deseaba con tanto ardor al admirarlos en la feria.

Sería imposible describir las emociones, las esperanzas, los goces de aquellos corazones infantiles en esa noche, esperada de un año á otro; de esa noche en que se realizan todos los sueños de una imaginacion juvenil. En un instante se cumplen mil votos! — Una caja de soldados de plomo; una muñeca vestida de criada ó aldeana; un plato de mazapan ó de caramelo, hé aquí sus castillos fantásticos; todas las puertas de su paraíso están abiertas..... Dichoso tiempo, feliz edad, ¿por qué pasais tan pronto?

En parte alguna, que nosotros sepamos, se distribuyen tantos regalos en la pascua como en Alemania; el jornalero mas necesitado, la mujer mas desgraciada, creerian faltar al mas sagrado de los deberes, si no consagrasen á él una buena parte de sus ahorros. Pero esos regalos son mas abundantes que costosos, de suerte que cuando aquella misma noche las aldeanillas, vestidas de blanco y coronadas de flores y laurel, van á entonar bajo las ventanas de los particulares himnos en honor del recién nacido Jesús, los niños las llaman y recompensan sus cánticos religiosos y naturales con la mayor parte de los dulces y juguetes que reciben en aquel célebre día.— Ya veis, de consiguiente, que la pascua de los niños en Alemania, sirve para desarrollar el dulce sentimiento de la beneficencia.

De este modo, mis jóvenes amigos, bien pronto se propagan desde las casas á las calles gritos de estrepitosa alegría: se oyen risas prolongadas, y aquello es un delirio universal, tanto mas admirable, cuanto que los bosques del árbol de Cristo, iluminando los pisos de todas las casas, esparcen por toda la ciudad un resplandor vivísimo.

La mayor parte de las veces un concierto de familia y un baile de niños improvisado al piano (amigo de todas las casas en el suelo germánico) cierran los placeres de una funcion encantadora, que deja en el alma muy gratos recuerdos aun para los que, como el autor de estas líneas, vagan lejos de su patria, buscando en extraños y remotos paises la calma que no pudieron hallar en su infelice patria.

S. D.



LOS AGUINALDOS.

Los historiadores antiguos hacen subir el uso de dar aguinaldos hasta el reinado de Tacio, rey de los sabinos y de Roma. Habiendo recibido este rey como un buen augurio ramos cortados en un bosque consagrado á la diosa Estrenna ó diosa de la Fuerza, y que le presentaron el primer día del año, autorizó esta costumbre en la sucesion de los tiempos, y dió el nombre de *Strenae* á esos presentes, á causa de aquella diosa, que presidia despues la ceremonia de los regalos.

Una elegia, compuesta por el poeta latino Tíbulo, prueba que el uso de los aguinaldos y de los cumplimientos á la entrada de año, estaba establecido entre los romanos.

Hé aquí una traduccion de los versos del poeta latino :

Mis ojos vieron el dichoso día
Que anuncia el nuevo año.
Nuestros padres saltando de alegría,
Uníanse á la amiga muchedumbre,
Y todos se obsequiaban mutuamente
Con riquísimos dones
En prueba de amistad ó amor ardiente.
Oh! tú que prestas melodiosos sonos
A mi modesta lira! dime, ó musa,
Qué debo regalar á mis amigos,
De mi inmenso placer fieles testigos.

Entre los autores modernos, un poeta ingenioso y cáustico, opina lo mismo acerca del origen de los aguinaldos, y lo expresa en muy buenos versos en una epístola á sus amigos sobre el día de año nuevo.

Siguiendo de los años la corriente,
Del enero al brillar el primer día,
La altiva Roma en entusiasmo ardiente,
Se agitaba y de gozo sonreía.
El deudo festejaba á su pariente;
El amigo sus votos dirigía
Al amigo, y alegres se estrechaban,
Y en su mutuo contento se gozaban.
Mas luego á sus presentes añadieron
El oro y el opalo y el zafiro;
De Bengala tesoros ofrecieron,
Y riquezas magníficas de Tiro.

Bellísimos caballos también dieron;
Prodigaron las telas, el papyro;
Cuanto produce la anchurosa tierra
Vive en el aire, ó en la mar se encierra.

El Senado y tribunos fervorosos
Demandaban á Dios gloria y ventura,
Y al señor del imperio presurosos
Felicitaban todos con dulzura.
De sus labios brotaban amistosos
Acentos, y era tal, era tan pura
Su fé, que en el señor del gran imperio,
Confundían á Tito con Tiberio.

El último pensamiento del poeta es una ironía que comprendereis, oh niños, recordando que Tito fué aquel excelente príncipe que creía haber *perdido el día* en que no había hecho algún bien; y que Tiberio, por el contrario, mas conocido bajo el nombre de Neron, era odiado del género humano.

Es fácil creer que el corazón y los lábios no estaban en aquel tiempo, ni lo están hoy, siempre de acuerdo con los deseos dictados por el deber, el interés ó el uso.

Por eso otro poeta ha escrito los siguientes versos:

Del año en el día primero
Se miente sin ton ni son,
Y entonces el embustero,
Malicioso y lisonjero
Ofrece su corazón.

En este célebre día
Los abrazos se prodigan;
Mas todo es pura falsía,
Que la astuta hipocresía
Y el engaño á mucho obligan.

No mentemos al amor,
Porque es simple el que no sabe
Que es una cándida flor,
Y que antes que el día acabe
Ha perdido su color.

Por eso pintan á Jano
Con doble y vario semblante:
El primer viento liviano
Arrastra un cariño vano,
Solo en enero constante.

Ciertamente hay aduladores que tienen siempre en su boca alabanzas mentirosas para todo el mundo; pero al lado de estos

hombres dignos de desprecio, hay muchos que ven en la vuelta del día de año nuevo, una ocasión para rendir sincero homenaje á la virtud, al mérito, ó á la amistad. Si esta época es grata á los niños porque les proporciona juguetes y toda clase de dádivas, les es también agradable, porque es el aniversario en que pueden hacer á sus padres, á sus maestros y todos los que aman, y los aman á ellos, una expresión de su reconocimiento y cariño.

Hay un gran número de niños, que cuidan poco de la conservación de los regalos que se le hacen por vía de aguinaldo. He conocido, por el contrario, una linda jóven que guardaba con religioso esmero sus juguetes, y preguntándola un día, por qué á imitación de los otros niños de su edad, no rompía sus muñecas y sus albrics, me dijo: « porque cada juguete representa para mí la persona que me le ha dado, y temería causarle un sentimiento si no conservase lo que me regaló.»

Hay una clase laboriosa que de algunos años á esta parte ha dado un golpe mortal á la costumbre de los aguinaldos, adoptada por los dueños de las fábricas. El año anterior, varios jornaleros de Barcelona se presentaron á cumplimentar en la entrada de año al principal de una fábrica; pero todos rehusaron la suma que el dueño pensaba regalarles.

Uno de ellos le dijo en nombre de sus camaradas: « deseamos á V. un buen año, porque de él nos aprovecharemos, buena salud porque le apreciamos, y por esto no nos debe V. dinero.»

Este noble desprendimiento gustó mucho al fabricante, el cual empleó la suma destinada á los aguinaldos en una comida á que convidó á sus operarios.

A pesar de esto no ha pasado todavía el reinado de los aguinaldos. Mucho tiempo ha de transcurrir antes de que se renuncie á dar y recibir los tributos del primer día del año.

Nuestros jóvenes lectores pueden dormir tranquilos la noche de S. Silvestre, pues al despertar se verán sorprendidos con no pocos regalos.

T.



LA VIDA POR AGUINALDO.

I.

Estamos en pascua, oh niños,
Días de bullicio y gresca,
De aguinaldos y de zambra,
De tambores y panderas.
Todo el mundo goza y rie
En esta solemne fiesta,
Despidiéndose del año
Que va á acabar su carrera.
Gozad, oh niños, gozad;
Comed tortas y jaleas,
Pues Dios permite al cristiano
Que en la pascua se divierta.
Mas no olvideis, por el cielo,
Que mañana otro año empieza,

Y es preciso aprovecharlo,
Concurriendo á las escuelas.
El descanso, si no es mucho,
A las almas vigor presta,
Inspiracion á la mente,
Al cuerpo esbelbez y fuerza.

Cuando las aulas se abran,
Entrad gozosos en ellas,
Abordando entusiasmados
Y con anhelo las ciencias.
La aplicacion hace mucho;
El estudio abre la senda;
El trabajo facilita,
Y consigue la paciencia.
Luego que, andando los días,
La juventud desaparezca,
Y la vejez la reemplaze,
La vejez adusta y fea,
Vereis cuánto vale al hombre,
De su ventura en defensa,
Haber roto año por año
De la ignorancia las nieblas....

Mas dejemos este tono;
Porque en los días de huelga
El *Mentor* sembrar no debe
Melancólicas ideas.

Gozad, pues, niños queridos,
Disfrutad la dicha inmensa
De recibir aguinaldos
Con faz alegre y risueña.
Pero dejadme contaros
Por fin de año una historieta,
Sencilla, queridos míos,
Sencilla, mas verdadera.

II.

D. Sancho llamado el Gordo
Murió al poder de un veneno,
Heredando la corona
De Leon Ramiro tercero.
Niño de menor edad,
En paz mandaron el reino
Dos celebradas matronas
De origen preclaro y regio.
Doña Teresa dotada

De despejado talento,
Y prudente Doña Elvira,
Gobernaron con acierto,
Dando la madre y la tia
Al rey menor un ejemplo
Que imitar despues no quiso
El orgulloso mancebo.
Aquellas ilustres hembras,
Mientras duró su gobierno,
Con los moriscos de Córdoba
Union y paz mantuvieron.
A los salvajes normandos
De la Galicia espeliendo,
Quemaron todas sus naves
Con admirable denuedo,
Esclavizando á los pocos
Que escaparon al acero,
Y haciéndoles cultivar
De Leon el fértil suelo.

No faltaron, sin embargo,
De su regencia en el tiempo,
Hombres de ambicion henchidos,
Osados y turbulentos.
El marqués de Garci-Córdoba
Se alzó con todos sus deudos,
Talandó algunas campiñas,
Y á saco entrando tres pueblos.
Las regentes al instante
Que la alta traicion supieron,
Juraron quitar la vida
A los traidores protervos,
Y pocos dias despues
En un combate deshechos,
A escepcion del cabecilla
Que se acogió á un bosque espeso,
En el cadalso espiraron
Los menguados insurrectos,
Con lo cual á otros rebeldes
Se puso potente freno.

III.

Era la pascua, y Leon
A las fiestas entregado,
Bendecia á las regentes,
Prodigándolas aplausos.

Doña Teresa leía
En un lujoso breviario
Que regaló el rey de Francia
A su marido D. Sancho.
De pronto oyó la princesa
En la antecámara pasos,
Y luego vió entrar á un hombre,
Sin ceremonia, en su cuarto.
«La vida, princesa ilustre,
La vida humilde os demando;
Si fuí rebelde, Señora,
Ya soy rendido vasallo.»
Esto dijo Garcí-Córdoba,
Y se arrojó contristado
A los pies de la rejente,
No sin besar su alba mano.
La guardadora del reino
Miró al marqués prosternado,
Y en tono severo dijo,
Al infeliz rechazando:
«Juré que tú y tus malsines
Subiríais al cadalso,
Y así habrá de acaescer,
Que el juramento es sagrado.
—Es verdad, la guardadora,
Respeto vuestro mandato;
Empero es fuerza se cumpla
Prometimiento mas blando.
Puesto que vos prometisteis
Ante el Dios de los cristianos
Otorgar lo que os demanden
En pascua vuestros vasallos,
Que el juramento se cumpla
Nada mas justo y mas santo....
Pido á la gobernadora
La vida por aguinaldo!»
La princesa levantó
Al valiente castellano,
Perdonándole la vida
De su promesa en descargo;
Y Doña Elvira despues
Este perdon confirmando,
Con generosa bondad
Le devolvió sus estados.

TENORIO.